ENCUADERNACION
Y
SUSCRICIONES
de
Carlos Gil,
Mercado, 45,
LOGROÑO

del alumno Julian Diez del Corral y Blanco de Salcedo

LA EDUCACION

DE

LA MUJER.

Esta obra es propiedad de los **Sres. Seix y Compañía,** que se reservan sobre la misma cuantos derechos les concede la ley.

BA.6443-DC

LA EDUCACION

NA 553049

DE

LA MUJER

SEGUN LOS MAS ILUSTRES MORALISTAS É HIGIENISTAS DE AMBOS SEXOS:

EDUCACION QUE ABRAZA DESDE LA INFANCIA HASTA LA SENECTUD DE LA MUJER;
SEÑALA SU MISION COMPLEJA COMO HIJA, MADRE DE FAMILIA Y ENTIDAD SOCIAL; LA CONSIDERA EN TODAS SUS ESFERAS,
DESDE LA ELEVADA CATEGORÍA DE REINA HASTA EL HUMILDE OFICIO DE COSTURERA, É INDICA LOS CUIDADOS QUE RECLAMA SU EDUCACION
FÍSICA, INTELECTUAL, MORAL, RELIGIOSA Y SOCIAL,
DENTRO DE LA ARMONÍA DE LA RAZON Y DE LA FÉ, SEGUN LA SEVERIDAD DEL DEBER, EL ESPÍRITU DE JESUCRISTO
Y LA CIENCIA DEL SIGLO XIX.

AD 1

MONUMENTO ERIGIDO Á LA REGENERACION DE LA MUJER

CDC
396
PAN.
A.2.

POR EL DOCTOR

D. José Panadés y Poblet.

CEU Biblioteca
B. Díez del Corral

TOMO II.

CEU Biblioteca

BARCELONA.

D. JAIME SEIX Y COMPAÑÍA.

CALLE DE DOU, NÚMERO 15.

PROVINCIAS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

AMÉRICA.

LOS CORRESPONSALES DE LA CITADA CASA.

MDCCCLXXVIII.

CEU
Biblioteca

BARCELONA.
IMPRENTA DE ESPASA HERMANOS Y SALVAT.
CALLE DE LAS CÓRTES, NÚMERO 223.

LIBRO PRIMERO.

MUJER DE LA CLASE MEDIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

EDUCACION FÍSICA.

Preliminares.

Nadie negará que existe la MUJER de la clase media, puesto que esta clase existe.

Empero, ¿desde dónde empieza y dónde acaba la clase media? ¿Cuáles son los horizontes habitados por la MUJER, cuya educacion va á formar el segundo volúmen de nuestra obra?

Esta es la cuestion prévia de este momento, de este órden, de la segunda etapa de nuestro plan. ¿Y es esta realmente una cuestion?

Indudablemente que lo es, porque de nada se habla tanto, tan vagamente, con mayores discrepancias y oposiciones como de los términos medios. Estos, son hoy combatidos por todos los ángulos de la polémica; es mas: son declarados el *delenda cartago* por amigos y adversarios de la civilizacion moderna.

De modo que el *mediis tutissimusibis*, ó *in medio consistit virtus*, axiomas morales, políticos, filosóficos, jurídicos y sociales deberian, segun los extremistas de entrambos y opuestos polos, ser inapelablemente condenados á la anihilacion.

Este tema extremista es simplemente una locura, un delirio, ó mejor, un fantasma trazado por el sueño de un sofisma, de un absurdo, de un paralogismo, de un estrabismo de apreciacion, porque lo que combaten esas escuelas extremas, es sencillamente la mistificacion de las cosas, de las instituciones que han cometido el gravísimo delito social de usurpacion de naturaleza, de personalidad entitativo-constitutiva de las cosas, el de llamarse *medio* en la constitucionalidad social, jurídico-personal, ontológico-moral, cuando no es en realidad otra cosa mas que la moneda falsa de todo lo que dice ser y representar. Que á estas falsificaciones se

asesten certeros tiros de aniquilamiento, es no solo procedente, sino obligatorio y laudable, en merecer bien de la humanidad, sus instituciones y sus fines.

Querer que no existan *medios*, es dar palos de ciego, porque toda entidad consta de principios, medios y fines solidarios. Pretender destruir los *medios* es querer un puente roto, una escalera inservible, una cadena á pedazos sin que pueda utilizarse para los fines que la llevó á su construccion.

La igualdad material de clases y cosas é instituciones, seria una monotonía insoportable, una creacion monstruosa. No cabe mas igualdad que la correlativa ante la ley comun.

Existen y han, pues, de existir, diversidades en la unidad-universo, diversidades y unidad, que juntas forman su armonía y belleza arquitectónicas.

Existen, pues, clases en el mundo social; y estas se reducen perfectamente á los tres grupos que forman filosóficamente las partes de un todo: principios, medios y fines subjetivos, ó sea en la entidad social; alta clase, clase media y clase popular.

ARISTOCRACIA.—MESOCRACIA.—DEMOCRACIA.

Esta division será por álguien tachada acaso de impertinente, por venir del campo político; pero, además de que la política es una ciencia, y aquí estamos tambien moviéndonos á impulsos científicos; no se nos negará que esos términos científicamente no significan forzosamente gobierno, sino influencia, impulso, fuerza, dominio. ¿Y quién dejará de conceder que cada clase tiene su dominio y ejerce ó debe ejercer su influencia en los impulsos sociales, en la economía múltiple de la civilizacion y perfeccionamiento de los pueblos, en todos y cada uno de los elementos humanos?

De ahí, pues, que la MUJER de la mesocracia, ó de la clase media, tenga el lugar correspodiente en los destinos sociales. Por lo mismo debe tenerlo su educacion. El espacio, existencia y mision de la MUJER de la clase media, es á la par de esta ámplio, vasto, necesaria, augusta, como que en el medio á manera de palanca estriban y se apoyan y se mueven y funcionan los lados, los extremos, la cabeza y los piés, las clases superiores é inferiores.

Imágen de esta armonía, trabazon, enlace y solidaridad de estas clases, sea el arco de silleria en que el centro, en nuestro caso clase media, es la llave, el sosten de toda la obra.

Símbolo práctico de los límites de las tres clases sociales puede ser perfectamente la divisoria trazada, libre y naturalmente por cada una de ellas, por su naturaleza, sér, facultades y posicion en las estaciones de ferro-carriles, en las cámaras de un buque, en los trenes de viajeros, en la plaza pública, en los paseos y en mil otros sitios y ocasiones de la sociedad, haciendo ó sin hacer dispendios pecuniarios; por lo cual no se nos diga que el dinero sea el agente, sea la recta que á tales divisibilidades conduce. No, á estas llevan el nacimiento, la posicion, la instruccion, la educacion, la profesion y sobre todo el talento explotado en una carrera, arte ó rango social.

¿Quiérese con esto decir, que infaliblemente estos meridianos marquen á precision la clase en que cada uno de los que en tales divisorias aparece colocado sea el que *clásicamente* le corresponda?

De ningun modo; hay siempre séres triviales ó ridículos que no quieren ó no saben resignarse al puesto que la papeleta providencial de su entrada y existencia en el mundo les traza, y se pasan de la cazuela á la platea, de este al anfiteatro, ó de este á los palcos de primer órden en el teatro social, y de ellos no saben separarse hasta que viene el portero de la miseria, y con ímpetu brusco ú homérica carcajada los arroja trágica ó bufamente en la vía pública, siendo ludibrio de todo el mundo, cuando no son aventados por la desesperacion á esos tristes nosocomios intelectuales llamados casas de alienados. ¡Tristes sanciones de haberse salido de su esfera de accion, de la clase á que Dios y las facultades de su sér los destinaran!

Esas son aberraciones infantiles ó monstruosas, hijas de cortedad de alcances ó de perversion de racionalidad: niños ó mónstruos sempiternos.

No pueden, no deben ser tomados en cuenta, como ejemplares en la clasificacion, estudios y aplicaciones de las clases sociales, á no ser tomados como mojones plantados cabe á los abismos para apartarse de ellos y seguir las sendas naturales de distinalidad natural y providencial de cada sér en su correspondiente categoría, en su clase peculiar.

El genio ó la fortuna en lo alto, el talento y la pasabilidad en el medio, la pedestría, las facultades limitadas á lo indispensable en las inferioridades sociales, á la manera que la direccion de las armas lleva á artillería la gran talla y corpulencia con muestras de alguna vivacidad, á caballería la talla que le sigue y á infantería lo que no se distingue de la comunalidad. Clase alta, clase media, clase baja. No debe repugnar esta divisibilidad y clasificacion, puesto que se halla como elemento de connaturalidad en cada sér, ora sea individual, ora colectivamente considerado, desde nuestras reuniones y juegos infantiles hasta nuestros actos mas trascendentales de la vida y accion social.

Es verdad, y no la echamos ni echaremos en olvido, que la buena armonía, el amor, la buena educacion, trato, cariño, caridad, benevolencia y beneficencia deben hacer insensibles las distancias y diferencias de clases sociales, por derecho natural y sobre todo por derecho cristiano; pero negar la existencia y necesidad de las discrepancias seria nécio, inútil y trastornador.

Existen, pues, y deben existir las clases sociales. Existe la clase media, y es importantísima.

De consiguiente existe la MUJER de la clase media.

Debemos, por tanto, bosquejar su situacion, su naturaleza, lo que es y lo que debe ser.

Decian los antiguos filósofos: *cada sér es lo que es por su forma.* Nosotros análogamente decimos: *cada persona es lo que es por su educacion.* Explanemos este apotegma y apliquémoslo á la MUJER de la clase media.

El talento, la capacidad es como la materia prima, la esencialidad amorfible, el

fondo que puede recibir esta ó la otra forma, y por los grados de esta, por los de su pulimentez, por sus coloridos ser clasificado el sér en máximo, medio ó ínfimo lugar. Insiguiendo estos principios que sin ser demoledores, tienden á la justicia, sea en pro del que fuere, puede perfectamente un príncipe imperial descender mas abajo del pueblo, á las heces de la plebe, y un hijo de esta elevarse hasta la cúspide del poder y de la gloria por su forma, por el desenvolvimiento de sus facultades, por su educacion hácia el abismismo ó hácia las regiones celestes. Ejemplos de uno y otro nos repite la historia, y por cierto la historia contemporánea.

¡Napoleon!... ¡Thiers!... ¡Isabel de...! ¡María Victoria!...

Si la clase media es como la llave del arco social, es evidente la importancia de la educacion de la MUJER de esa clase, que es su generatriz.

¿Y en qué estado se halla esta educacion? ¿Bajo qué bases gira? ¿Qué grados alcanza en longitud y latitud? ¡Ah! triste, pero forzoso es decirlo: en España se encuentra en un cultivo tan superficial, tan rutinario, tan pobre, que apenas si echa raíces en general; florece en pocas comarcas, y solo en alguno que otro valle de privilegiada tierra y abono, llega á dar alguno que otro fruto. Lo bastante dejamos ya consignado del estado y movimiento de la educacion de la MUJER de la clase alta en el tomo primero de nuestra obra; clase que en países extranjeros raya á grande altura; á la misma respectivamente brilla en aquellos la educacion de la MUJER de la clase media. Lo primero lo hemos probado en su lugar; esto lo probaremos en el decurso de este volúmen. Por de pronto bastará preanunciemos que en el extranjero auxilia la MUJER de la clase media al marido en la direccion y explotacion de grandes é importantes industrias, y si tiene la desgracia de enviudar, raras veces se resiente la marcha de las mismas bajo la educada inteligencia y actividad de la MUJER que ya en plena vida de su marido era el alma de la casa y de la misma industria. En España, en semejantes casos, ó tiene que venir una liquidacion inconveniente, ó sobreviene una bancarrota completa porque ni la ley ni la educacion que aquí estilan, permiten á la MUJER otra cosa, á no ser un maridaje, una sociedad perjudicial con algun *primo*.

Además del importante ó principal papel que en industrias, artes ó negocios desempeña la MUJER de la clase media en el extranjero, la mayor parte de las escritoras notables, de las mejores educadoras de este siglo, pertenecen á esa clase digna de mayor importancia de la que se le dá, especialmente en nuestro pais.

La justa y mas considerable elevacion que allí se dá á la educacion de la MUJER de la clase media, hace que el hombre de negocios, de industrias, de artes, halle con mayores facilidades esposa más preparada, mas educada, mas apta para compartir con él no solo la augusta y creadora mision del amor, sino tambien la direccion é impulso de los negocios de su casa y del porvenir de ambos y de los hijos que Dios confie á su connubio, á sus desvelos, á su amor é inteligencia educados.

Esa mejor educacion y mas vasta instruccion con que á la MUJER que nos ocupa se forma allí, genera una marcha y armonía admirables en las familias de la im-

portantísima clase media, que en todas partes debe ser el nérvio motor del progreso y civilizacion sociales.

En nuestro pais, la MUJER de la clase media apenas deja sentir, no ya su influencia en la familia, en el progreso, en los adelantos y mejoras sociales, sino ni siquiera su existencia, su paso por esas augustas regiones.

Es verdad, y la confesamos con gusto, que las pocas escritoras contemporáneas españolas, han salido ó pertenecen á la clase media: éslo tambien, y nosotros las hemos visto con gran complacencia, que alguna que otra esposa é hija de la clase media cooperan con su esposo, padre ó hermanos á la buena marcha de sus casas, de sus negocios, y si tienen la desgracia de que la implacable parca corte en flor el precioso capullo de la existencia de aquellos, solo sus amantes corazones se resienten de su pérdida; sus casas apenas si la perciben.

Empero estas que por acá son excepciones, deben ser la ley general, y lo son en otros paises. Decimos que debe ser ley general, por muchas razones: por la naturaleza de la cosa misma, por la buena inteligencia y armonía entre los esposos, que han de ser como dos hemisferios de un mismo mundo, y bien dice el refran: «que cada casa es un mundo,» como dos mitades de un mismo todo. Si una, pues, de esas dos mitades está informada, disforme, vácua, erial, ¿cómo se quiere que se adapte adecuadamente con la otra su compañera en la formacion de un todo de tanta trascendencia como es el nuevo mundo de una familia? Cuando la rosca está granulosamente elaborada, ¿cómo ha de marchar bien el engranaje?

Precisa y desgraciadamente es lo que pasa aquí con los engranajes del matrimonio de la clase media, trazados al poco mas ó menos, ó en ambas mitades, ó en una de las dos, casi siempre en la mitad femenina.

Al ocuparnos de las viciosas normas que generaban, que generan fatalmente aun los matrimonios de alta clase, la vanidad de una posicion, el vano orgullo de un fósil pergamino, de un título de tortas y pan pintado, pequeñas combinaciones de tertulia y otras tan deplorables como estas ó mas dignas aun de reprobacion, nunca, ó rarísima vez, empero, la analogía de sentimientos, de amor, de educacion, de inclinaciones, de connaturalezas, de virtudes, etc., y de ahí los nefastos ejemplos que de la familia alta refluyen sobre la media. Hoy debemos decir que, ya sea por tales y tan epidémicos ejemplos, ora tambien y mas principalmente por la falta de verdadera y completa educacion de la MUJER media, y la no muy superior del hombre de la misma clase, ya asimismo por el errado fausto y desordenado lujo de la vida, lo cierto es que la constitucion del matrimonio y familia de la clase media, sino es inseguida y cortada en patrones de tan malas condiciones como los de la alta clase, no le anda muy en zaga, y acaso algunos de peores matices y resultados no menos funestos.

Si allá preside la vanidad de un título, acá impera la concupiscencia de poseer una beldad, un tesoro, una vida sibarítica, entablar una competencia con una rivalidad de luengos años.

Estas condiciones, sin la concordia de corazones, sin armonía de espíritus, sin

analogías de educacion é instruccion, sin conformidad de caractéres, sin compenetracion de voluntades, sin generosidad y desinterés de cálculos, de miras, de nobles fines, ¿pueden generar matrimonios y familias felices, focos de regeneracion social?

El fastidio que entre los consortes de condiciones morales desiguales sobreviene á los pocos meses del matrimonio, ora porque el marido observe con pena, con su amor propio herido, el triste papel que su esposa representa en una conversacion de visita, de tertulia, de un banquete, de un viaje, de una casa de baños, ora porque no vea en ella una compañera inteligente que sepa comprender las necesidades de su espíritu, de su corazon, de los momentos críticos de su existencia, de sus negocios, de sus contrariedades, en las cuales lo deberia no sólo saber sufrir, sino que su educacion habia de darla habilidad bastante para prevenirlo ó calcularlo y hacer en su alma la paz, la tranquilidad en su espíritu, la medicacion moral en sus angustias. Indudablemente que todo esto es de una dificultad, de una especie de sublimidad de arte que visto de cerca, que puesta sobre el terreno sobrecoge á la MUJER de mas clara vision. Empero, como dice perfectamente Lopez Catalan, cuyo último y precioso trabajo sobre educacion, en que es una notabilidad de las pocas de que podemos gloriarnos en España, hemos dado casi por entero en nuestro primer tomo, ¿sabeis por qué esas dificultades parecen invencibles y lo son para la mayor parte de los esposos pasados y presentes, y continuarán siéndolo? Pues sencillamente; es porque para el mas leve oficio, para la cosa mas trivial, se buscan maestros, maestras que con un tiempo dado de apredizaje pongan en aptitud de poder salir en bien de lo que quiere saberse ó hacerse; pero para el dificilísimo arte, para las augustísimas funciones de esposos y padres y madres de familia, todos se creen maestros sin haberse tomado la menor pena de tomar algunas lecciones, una regular preparacion. Luego, como el que se lanzase á alta mar en una barquichuela sin remos, sin velas, sin áncoras, al azar, se hallan con los escollos de las dificultades y se zozobra casi en la totalidad de los casos, y los matrimonios felices, matrimonios que sean mútuamente tranquilos y brillantes astros que se presten belleza, dicha y luz en que bañen á sus hijuelos. Esos hogáres típicos de armonía, de compenetracion, de ventura para sí y para la sociedad, es cierto que donde se hallan en mayor número correspectivamente es en la clase media, porque al fin es la que ni sufre las angustias de la escasez que pesa las mas veces sobre los pobres hogares del pueblo, ni sobrenadan en las delicias degradadoras á menudo de la Cápua de las clases altas.

Empero, desgraciadamente, como dice Le Play, tales modelos de familia no abundan lo que seria menester para llevar la sávia de la vida moral á todas las ramas del árbol de la sociedad que del tronco de la clase media debia percibir principalmente.

El hombre de la clase media se halla harto ocupado en atender á los negocios de su casa, á sus intereses materiales, á los del porvenir de sus hijos, de su nombre, de su crédito, de su fama y del sostenimiento de su industria, de su bufete, de su despacho, de su clientela, para estar siempre de un temple sereno, alegre, jovial,

agradable, despues de los albores de su matrimonio, de su luna de miel. Mil preocupaciones, mil obstáculos, mil contrariedades abrúmanlo muy á menudo, y si su esposa no sabe servirle de fuente refrigerante desde los principios, sin exaltarse ni desfallecer jamás, sus inflamaciones pueden fácilmente buscar y hallar en terrenos peligrosos esas aguas que no manan en lo que debe ser su vergel del sacro hogar. Nosotros, entre muchas sequías que en los campos de la familia de la clase media, especialmente de la MUJER de esta clase, nos ha tocado presenciar, hemos tenido la suerte plácida de contemplar verdaderas Minervas que llevaran á sus Telémacos como de la mano por los escollos del proceloso viaje de la vida. Cuando fatigados de luchar con los tormentos del negocio, del trato social, han aportado á las consoladoras playas del hogar, de la familia, para fruir un tanto de reparadora bonanza, aunque avistados en torvos visajes, harto motivados las mas de las veces, por esas dignas y educadas y preparadas para tan augusta mision, son por ellas recibidos con semblante sereno, cariñoso, paciente aun ante contestaciones algo duras ó bruscas, hijas no del corazon, sino de la fatiga, del mal humor que ellas saben calmar con cariño y habilidad y con sufrimientos pacíficos hasta el sacrificio de su amor propio. Del ara de este sacrificio semidivino mana sobre el fatigado corazon del esposo un rocío vital, reparador, que termina por la victoria no sonada de la hábil esposa, y por la cicatrización de las heridas del esposo y la feliz serenidad del horizonte de la familia.

Este matrimonio así preparado en sus dos mitades, sobre todo en la cara mitad femenina, de este modo puesto en uniforme movimiento racional y luminosa y recta y oportuna y saludablemente aplicado, es el que está dispuesto para llevar á la cultura, á la educacion de sus hijos las doctrinas, las teorías pedagógico-filosófico-cristianas que aquí venimos sustentando. Los que se hayan efectuado sin ó con escasas ó torcidas disposiciones, los que sigan su ruta pedestre ó reptilmente, cayéndose acá, levantándose allá, marchando al acaso, ¿cómo y en qué proporcion nos atenderán y entenderán y seguirán? No nos hacemos ilusiones: ó llevarán el *minimum* de nuestra dòctrina, ó la rechazarán sin exámen, la suprema necedad, ó la máxima injusticia. Bien dice el aforismo del sentido comun: «No hay peor sordo que el que no quiere oir.» Pues bien: nosotros, para llenar la mision que Dios al iluminar el faro modesto de nuestra inteligencia nos asignara, para dar tranquilamente cuenta del empleo de las luces de este faro á la Providencia, vibraremos tan fuerte como nos sea dable, tan claro como podamos, y oigan nuestros acentos quien quiera oirnos, vea nuestros destellos el que se digne abrir los ojos á esta luz, y diremos con el Profeta: «Señor, hemos hecho cuanto nos habeis mandado y ha estado á nuestro alcance para curar esta Babilonia y no ha querido curarse, permitidnos que la dejemos en paz...» ó en menos palabras, con nuestra bella lengua: «Señor, aquí paz y despues gloria...»

La generalidad de los matrimonios de la clase media se constituyen y marchan hoy inconscientemente, con pequeñez de miras, con pobreza de materiales, ó sea de condiciones intelectuales, morales y sociales en España, y si pobres están en desar-

rollo las facultades del hombre de la clase media que constituye un nuevo mundo en un nuevo hogar, son incomparable y respectivamente mas miserables las de la MUJER de la misma clase, porque aquel, al fin y al cabo tiene una carrera, un arte, una industria liberal, elevada sobre el nivel comun, que le asigna un puesto en el palenque social. Empero, la pobre hija de la clase media, que es llevada al tálamo conyugal, ¡cuán opacamente riela en su alma! Sin brillo intelectual, sin fuego, sin calor filosófico-moral, sin experiencia teórica ni práctica, con solos débiles rescoldos ó cenizas de nociones, de tinturas incoloras de un programa de cotorra, inclusa la religiosidad y la moral. La lógica para ella es la nieve del polo, la estética, el sentimiento, la sublimidad del arte, de la poesía, de la ética son como otras tantas teclas muertas. Por esto no saben elevarse sus almas á las regiones purísimas del ideal y por él á lo imposible.

Sí, lo imposible: puesto que imposibles son para las almas vulgares las victorias sobre las circunstancias extraordinarias, los contratiempos de la vida, que saben solo vencer los corazones cincelados al crisol de la filosofía, de la ética, de la filosofía de la historia, la filosofía de la moral, la filosofía del deber, la filosofía del corazon humano, la filosofía de los grandes principios de la Teodicea, de la razon de sér de todas las cosas, de las grandiosas leyes de la Providencia, y sobre todo, de la gran ley de la justicia, de la compensacion. Vastos horizontes á que no deja aspirar siquiera al alma de la MUJER de la clase media su actual educacion, manca, ciega, errada, mezquina. Y eso que indudablemente la mejor riqueza, la mejor dote que á la MUJER de esta clase pudiera dársele, seria un cuerpo sano y un alma engrandecida por la sólida educacion física, intelectual, moral-religiosa y social. Si á esta juntara unos parafernales sustanciosos, fuera ciertamente un complemento, un accidental á lo principal que nada dejaria que desear. Empero, siempre será la primera, la verdadera riqueza de la MUJER un cuerpo relativamente embellecido por la naturaleza y la higiene y un alma ennoblecida por una adecuada y digna educacion de todas y cada una de sus nobilísimas facultades, así sensibles como intelectuales, morales, religiosas y sociológicas. ¡Cuánta aberracion, cuán sórdidas cupididades se han dado y se dan en este punto al tratar toda constitucion de matrimonio, del sacerdocio augusto de la familia! El vil metal, ó la pasajera voluptuosidad son casi generalmente los cebos que llevan á esa misteriosa y dificilísima playa; el corazon recto, un juicio iluminado, un noble carácter, nada son para esos séres rastreros...

Por esto los frutos de la generalidad de esos matrimonios ó son silvestres ó nulos. ¡Preparar y buscar á la MUJER como una hembra ó un bolsillo! Esto es la degradacion del corazon, la apostasía del alma, la exposicion de la familia.

Hemos dicho y sostendremos *pro aris et focis* que la dote principal de la MUJER está en la nobleza de su corazon, de su carácter, de su inteligencia y de su conciencia. Y nos consuela ver que esto mismo han sostenido todos los grandes espíritus de todos los tiempos, así los hijos de la revelacion como los hijos de la filosofía. En prueba de esta asercion, léanse alternativamente unos y otros que

vamos á citar aquí. El inmortal Luis de Leon, otro de los mártires de la ciencia y de la verdad, ved cómo se expresa á este propósito en su nunca viejo libro de *La perfecta Casada,* glosando el texto del Sagrado Libro de los proverbios: «*Confia en ella el corazon de su marido, no le harán mengua los despojos.*» «Pero si no es esto, dice Leon, ¿qué confianza es la de que Dios habla en este lugar? En lo que luego dice se entiende... Llama despojos lo que en español llamamos alhajas y aderezo de la casa, como algunos entienden, ó como tengo por mas cierto, llama despojos las ganancias que se adquieren por vía de mercancías. Porque se ha de entender que los hombres hacen renta y se sustentan y viven ó de la labranza del campo (agricultura) ó del trato ó contratacion con los hombres (industrias, artes, negocios). La primera manera de renta es ganancia inocente y santa ganancia, porque es puramente natural, así porque en ella el hombre come de su trabajo, sin que dañe ni injurie, ni traiga á costa ó menoscabo á ninguno, como tambien porque la manera como á las madres es natural mantener con leche á los niños que engendran, y aun á ellos mismos, guiados por su inclinacion, les es tambien natural el acudir luego á los pechos; así nuestra naturaleza nos lleva é inclina á sacar de la tierra, que es madre y engendradora nuestra comun, lo que conviene para nuestro sustento. La otra ganancia y manera de adquirir, que saca fruto y enriquesce de las haciendas ajenas, ó con voluntad de sus dueños, como hacen los mercaderes y los maestros y artífices de otros oficios, que venden sus obras, ó por fuerza y sin voluntad, como acontece en la guerra, es ganancia poco natural y á donde las mas veces interviene alguna parte de injusticia y de fuerza y ordinariamente dan con disgusto y desabrimiento aquello que dan las personas con quien se granjea. Por lo cual, todo lo que en esta manera se gana es en este lugar llamado despojos por conveniente razon. Porque de lo que el mercader hinche su casa, el otro que contrata con él queda vacío y despojado, y aunque no por vía de guerra, pero como en guerra, y no siempre muy justa. Pues dice ahora el Espíritu Santo que la primera parte y la primera obra con que la MUJER casada se perfecciona, es con hacer á su marido confiado y seguro que teniéndola á ella, para tener á su casa abastada y rica, no tiene necesidad de correr la mar, ni de ir á la guerra, ni de dar sus dineros á logro, [1] ni de enredarse en tratos viles é injustos, sino que con labrar él sus heredades, cogiendo su fruto y con tenerla á ella por guarda y beneficiadora de lo cogido, tiene riqueza bastante. Y que pertenezca al oficio de la casada, y que sea parte de su perfeccion aquesta guarda é industria, demás de que el Espíritu Santo lo enseña, tambien lo demuestra la razon. Porque cierto es que la naturaleza ordenó que se casasen los hombres, no sólo para fin que se perpetuasen en los hijos el linaje y nombre de ellos, sino tambien á propósito de que ellos mismos en sí y en sus personas se conservasen; lo cual no les era posible, ni al hombre solo por sí, ni á la MUJER sin el hombre; porque para vivir no basta ganar hacienda, si lo que se gana no se guarda; que si lo que se adquiere se pierde, es como sino se

[1] No se olvide bajo qué tiempos é ideas económicas hablaba Fray Luis de Leon, en nada adaptables á los nuestros.

adquiriese. Y el hombre que tiene fuerzas para desvolver la tierra y para romper el campo, y para discurrir por el mundo y contratar con los hombres negociando su hacienda, no puede asistir á su casa, á la guarda de ella, ni lo lleva su condicion; y al revés la MUJER, que por ser de natural flaco y frio, es inclinada al sosiego y á la escasez, y es buena para guardar; por la misma causa no es buena para el sudor y trabajo del adquirir. Y así, la naturaleza, en todo proveida, los ayuntó, para que prestando cada uno dellos al otro su condicion, se conservasen juntos los que no se pudieran conservar apartados. Y de inclinaciones tan diferentes, con arte maravillosa, y como se hace en la música, con diversas cuerdas hizo una provechosa y dulce armonía, para que cuando el marido estuviese en el campo, (lo mismo que decir en viaje, á su negocio de movimiento, etc.), la MUJER asista á la casa, y conserve y endure el uno lo que el otro cogiere. Por donde dice bien un poeta, que los fundamentos de la casa son la MUJER y el buey: el buey para que are, y la MUJER para que guarde. Por manera que su misma naturaleza hace que sea de la MUJER este oficio, y la obliga á esta virtud y parte de su perfeccion, como á parte principal y de importancia. Lo cual se conosce por los buenos y muchos efectos que hace; de los cuales es uno el que pone aquí Salomon cuando dice que confia en ella el corazon de su marido, y que no le harán mengua los despojos. Que es decir que con ella se contenta con la hacienda que heredó de sus padres, y con la labranza y frutos de ella, y que ni se adeuda, ni menos se enlaza con el peligro y desasosiego de otras granjerías, que por do quiera que se mire es grandísimo bien... ¿Qué diré de la institucion de los hijos (educacion), y de la órden de la familia, y de la buena disposicion del cuerpo y del ánimo, sino que todo va por la misma manera? Porque necesaria cosa es que quien anda ausente de su casa halle en ella muchos desconciertos, que nascen y crescen y toman fuerzas con la ausencia del dueño... » Aquí pondera el insigne Fray Luis de Leon las delicias y ventajas del campo y la vida agrícola sobre las de las otras ocupaciones, y continúa diciendo: « Y de todos estos provechos, la raiz de donde nascen y en que se sustentan es la buena guarda de la MUJER que decimos. Mas es de ver en qué consiste esta guarda. Consiste en dos cosas: en que no sea costosa, y en que sea hacendosa. Y digamos de cada una por sí: no ha de ser costosa ni gastadora la perfecta casada; porque no tiene para que lo sea; porque todos los gastos que hacemos son para proveer ó á la necesidad ó al deleite; para remediar las faltas naturales con que nascemos de hambre ó desnudez, ó para bastecer á los particulares antojos y sabores que nosotros nos hacemos por nuestro vicio. Pues á las mujeres en lo uno la naturaleza les puso muy grande tasa y en lo otro las obligó á que ellas mismas se la pusiesen. Que, si decimos verdad y miramos lo natural, las faltas y necesidades de las mujeres son mucho menores que las de los hombres; porque, lo que toca al comer, es poco lo que les basta, por razon de tener menos calor natural. Y así es en ellas muy feo ser golosas ó comedoras. Y asi ni más ni ménos cuanto toca al vestir, la naturaleza las hizo por su parte ociosas para que rompiesen poco y por otra aseadas, para que lo poco les hiciese mucho. Y las que piensan que á fuerza de posturas y

vestidos han de hacerse hermosas viven muy engañadas, porque la que lo es, revuelta lo es, y la que no, de ninguna manera lo es ni lo parece, y cuanto mas se atavía es mas fea. Mayormente que la buena casada, de quien vamos tratando, cualquiera que ella sea, fea ó hermosa, no ha de querer parecer otra de lo que es, como se dirá en su lugar. Así que, cuanto á lo necesario, la naturaleza libró de mucha costa (pero la sociedad la hace muy mucho erradísimamente, por desórdenes de clase y lujo, que retraen del único camino moral y civilizador, el matrimonio, la familia) á las mujeres, y cuanto al deleite y antojo, las ató con muy estrechas obligaciones para que no fuesen costosas. (Y ellas lo son sobrada y desastrosamente por aberraciones, mala educacion y malos ejemplos sociales)... Y con ser esto así, no sé en qué manera acontece que cuanto son mas obligadas á tener este freno, tanto, cuando le rompen, se desenfrenan más que los hombres y pasan la raya mucho mas, y no tiene tasa ni fin su apetito. Y así sea esta la segunda causa que las obliga á ser muy templadas en los gastos de sus antojos, porque si comienzan á destemplarse, se destemplan sin término, y son como un pozo sin suelo, que nada les basta, y como una carcoma, que de continuo roe, y como una llama encubierta que se enciende sin sentir por la casa y por la hacienda, hasta que la consume. Porque no es gasto de un dia el suyo, sino de cada dia; ni corta que se hace una vez en la vida, sino que dura por toda ella, ni son como suelen decir muchos pocos, sino muchos, muchos. Porque si dan en golosear, toda la vida es el almuerzo, y la merienda, y la huerta, y la comadre, y el dia bueno; y si dan en galas, pasa el negocio de pasion y llega á increible desatino y locura; porque hoy un vestido y mañana otro, y cada fiesta con el suyo; y lo que hoy hacen, mañana lo deshacen, y cuanto ven, tanto se les antoja. Y aun pasa mas adelante el furor, porque se hacen maestras é inventoras de nuevas invenciones y trajes, y hacen honra de sacar á luz lo que nunca fué visto. Y como todos los maestros gustan de tener discípulos que los imiten, ellas son tan perdidas que, en viendo en otras sus invenciones, las aborrecen, y estudian y se desvelan por hacer otras. Y cresce la frenesía mas y ya no les plasce tanto lo galano y hermoso como lo costoso y preciado, y ha de venir la tela de no sé dónde, y el brocado *de mas altos*, (de mas órdenes), y el ámbar que bañe el guante y la *cuera* (sobrefalda) y aun hasta el zapato, el cual ha de relucir en oro tambien, como el tocado, y el manteo ha de ser mas bordado que la basquiña; y todo nuevo, y todo reluciente, y todo hecho de ayer, para vestirlo hoy y arrojarlo mañana.

Y como los caballos desbocados, cuando toman el freno, cuanto mas corren, tanto van mas desesperados, y como la piedra que cae de lo alto, cuanto mas desciende, tanto mas se apresura, así la sed destas cresce en ellas con el beber, y un gran desatino y exceso que hacen les es principio de otro mayor, y cuanto mas gastan, tanto les place mas el gastar. Y aun hay en ello otro daño muy grande, que los hombres, si les acontesce ser gastadores, las mas veces lo son en cosas, aunque no necesarias, pero duraderas ó honrosas, ó que tienen alguna parte de utilidad y provecho, como los que edifican suntuosamente, y los que

mantienen grande familia, ó como los que gustan de tener muchos caballos; mas el gasto de las mujeres es todo en el aire, el gasto muy grande, y aquello en que se gasta, ni vale ni luce. En volantes y en guantes y en *pebetes* y *cazoletas* (aromas y perfumes), y azabaches y vidrios y musarañas, y en otras cosillas de la tienda, que ni se pueden ver sin asco, ni menear sin hedor. Y muchas veces no gasta tanto un letrado en sus libros, como alguna dama en enrubiar los cabellos. Dios nos libre de tan gran perdicion; y no quiero ponerlo todo á culpa suya, que no soy tan injusto; muchas veces nasce de la mala paciencia de sus maridos. Y pasara yo agora la pluma á decir algo dellos, sino me detuviera la compasion que les he; porque si tienen culpa pagan la pena dellas con las setenas. Pues no sea la perfecta casada costosa, ni ponga la ternura en gastar mas que su vecina, sino tenga su casa mas bien abastada que ella y mas reparada, y haga con su aliño y aseo, que el vestido antiguo le esté como nuevo, y que con la limpieza, cualquiera cosa que se pusiere le parezca muy bien, y el traje usado y comun cobre de su aseo della no usado ni comun parecer. Porque el gastar en la MUJER es contrario de su oficio, y demasiado para su necesidad, y para los antojos, vicioso y muy torpe, y negocio infinito que asuela las casas y empobrece á los moradores, y los enlaza en mil trampas, y los abate y envilece por diferentes maneras...»

En lenguaje parecido, en el fondo, á este, aunque mas enérgico y pulimentado en sus formas, se expresan á este propósito, autores modernos tan diversos como Michelet, E. Martin, y nuestro Castro y Serrano en sus *Cartas Trascendentales,* presentando á la MUJER media, perfecta y adecuada, y sólidamente educada como la mejor riqueza, y el mútuo amor, como el puro cielo del matrimonio y de la familia y su educacion. Ya tendremos lugar de examinar y cotejar en el decurso de este volúmen las paralelas de tan diversas manos trazadas. Baste su alusion y el anunciado de su concordancia en estos preliminares. Veamos antes de cerrarlos una nueva cita del ilustre é inmortal Fray Luis de Leon sobre el segundo punto, ó sea el amor mútuo como norte del matrimonio, como la segunda fuente de la felicidad de la familia y de la sociedad.

»*Págole con bien, y no con mal, todos los dias de su vida.* Cuyo texto glosa Fray Luis de Leon de este modo:

»Que es decir que ha de estudiar la MUJER, no en empeñar á su marido y meterle en enojos y cuidados, sino en librarle dellos y en serle perpétua causa de alegría y descanso. Porque, ¿qué vida es la de aquel que vé consumir su patrimonio en los antojos de su MUJER, y que sus trabajos todos se los lleva el rio, ó por mejor decir, el albañar, y que tomando cada dia nuevos censos (préstamos), y creciendo de continuo sus deudas, vive vil esclavo aherrojado del joyero y mercader? Dios, cuando quiso casar al hombre, dándole MUJER, dijo: «Hagámosle un ayudador su semejante.[1]» De donde se entiende que el oficio natural de la MUJER y el fin para que Dios la crió es para que sea ayudadora del marido, y no su calamidad y des-

[1] Génes., II, 18.

ventura, ayudadora y no destruidora. Para que lo alivie de los trabajos que trae consigo la vida casada, y no para que le añada nuevas eargas. Para repartir entre sí los trabajos y cuidados, y tomar ella su parte, y no para dejarlos todos al miserable, mayores y mas acrescentados. Y finalmente, no las crió Dios para que sean rocas donde quiebren los maridos, y hagan naufragio las haciendas y vidas, sino para puertos deseados y seguros en que viniendo á sus casas, reposen y se rehagan de las tormentas de negocios pesadísimos que corren fuera dellas.

Y así como seria cosa lastimera si aconteciese á un mercader, que despues de haber padecido, navegando grandes fortunas, y despues de haber doblado muchas puntas, y vencido muchas corrientes, y navegado por muchos lugares no navegados y peligrosos, habiéndole Dios librado de todos, y viniendo ya con su nave entera y rica, y él gozoso y alegre para descansar en el puerto, quebrase en él y se anegase; así es lamentable miseria la de los hombres que bracean y forcejan todos los dias contra las corrientes de los trabajos y fortunas de esta vida, y se vadean en ellas, y en el puerto de sus casas perecen; y les es la guarda destruccion, y el alivio mayor cuidado, y el sosiego olas de tempestad, y el seguro y abrigo Scilla y Caribdis, y peñasco áspero y duro. Por donde lo justo y lo natural es que cada uno sea aquello mismo para que es; y que la guarda sea guarda, y el descanso paz, y el puerto seguridad, y la MUJER dulce y perpétuo refrigerio y alegría del corazon, y como un halago blando que continuamente esté trayendo la mano y ennobleciendo el pecho de su marido, y borrando los cuidados dél, y como dice Salomon: «Hále de pagar bien y no mal, todos los dias de la vida.» Y dice, no sin misterio, que le ha de pagar bien, para que se entienda que no es gracia y liberalidad este negocio, sino justicia y deuda que la MUJER al marido debe, y que su naturaleza cargó sobre ella criándola para este oficio, que es agradar y servir, y alegrar y ayudar en los trabajos de la vida y en la conservacion de la hacienda, á aquel con quien se desposa; y que, como el hombre está obligado al trabajo del adquirir, así la MUJER tiene obligacion al conservar y guardar; y que aquesta guarda es como paga y salario, que de derecho se debe á aquel servicio y sudor; y que como él está obligado á llevar las pesadumbres de fuera, así ella le debe sufrir y solazar cuando viene á su casa, sin que excusa alguna la desobligue. Bien á propósito desto es el ejemplo que San Basilio trae, y lo que acerca de él dice: «La víbora, dice, animal ferocísimo entre las sierpes, va diligente á casarse con la lamprea marina; llegada, silba, como dando señas de que está allí, para desta manera atraerla de la mar á que se abrace maridablemente con ella.» Obedece la lamprea, y juntase con la ponzoñosa fiera sin miedo. ¿Qué digo en esto? ¿Qué? Que por mas áspero y de mas fieras condiciones que el marido sea, es necesario que la MUJER lo soporte, y que no consienta por ninguna ocasion que se divida la paz. ¡Oh! ¡que es un verdugo! Pero es tu marido. ¡Es un beodo! Pero el nudo matrimonial lo hizo contigo uno. ¡Un áspero, un desapacible! Pero miembro tuyo ya, y miembro el mas principal. Y porque el marido oiga lo que le conviene tambien. La víbora entonces, teniendo respeto al ayuntamiento que hace, aparta de sí su ponzoña,

¿y tú no dejarás la crudeza inhumana de tu natural, por honra del matrimonio? Esto es de Basilio. Y además desto, decir Salomon que la buena casada paga bien y no mal á su marido, es avisarle á él, que pues, ha de ser paga, lo merezca él primero, tratándola honrada y amorosamente; porque aunque es verdad que la naturaleza y estado pone obligacion en la casada, como decimos, de mirar por su casa, y de alegrar y descuidar continuamente á su marido, de la cual ninguna mala condicion de él la desobliga; pero no por eso han de pensar ellos que tienen licencia para serles leones y para hacerlas esclavas; antes, como en todo lo demás, es la cabeza el hombre, así todo este trato amoroso y honroso, ha de tener principio del marido; porque ha de entender que es compañera suya, ó por mejor decir, parte de su cuerpo, y parte flaca y tierna, y á quien por el mismo caso se debe particular cuidado y regalo. Y esto San Pablo, y en San Pablo Jesucristo, lo manda así, y usa mandándolo aquesta misma razon, diciendo: «Vosotros los maridos, amad á vuestras mujeres, y como á vaso mas flaco, poned mas parte de vuestro cuidado en honrarlas y tratarlas bien.» [1] Porque así como á un vaso rico y bien labrado, si es de vidrio, le rodeamos de visera (funda ó guarda), y como en el cuerpo vemos que á los miembros mas tiernos y mas ocasionados para recibir daño, la naturaleza los dotó de mayores defensas, así en la casa á la MUJER, como á parte mas flaca, se la debe mejor tratamiento. Demás de que el hombre, que es la cordura y el valor, y el seso y el maestro, y todo el buen ejemplo de su casa y familia, ha de haberse con su MUJER, como él quiere que ella se haya con él, y enseñarla con su ejemplo lo que quiere que ella haga con él mismo, haciendo que de su buena manera dél y de su amor, aprenda ella á desvelarse en agradarle. Que si el que tiene mas seso y corazon mas esforzado, y sabe condescender en unas cosas y llevar con paciencia algunas otras, en todo con razon y sin ella, quiere ser impaciente y furioso, ¿qué maravilla es que la flaqueza y el poco saber, y el menudo ánimo de la MUJER dé en ser desgraciado y penoso? Y aun en esto hay otro mayor inconveniente: que como son pusilánimes las mujeres de su cosecha, y poco inclinadas á las cosas que son de valor, sino las alientan á ellas cuando son maltratadas, y tenidas en poco de sus maridos, pierden el ánimo mas, y decáenseles las alas del corazon, y no pueden poner ni las manos ni el pensamiento en cosa que buena sea; de donde vienen á cobrar siniestros vilísimos. Y de la manera que el agricultor sabio, á las plantas que miran y se inclinan al suelo, y que si las dejasen se tenderian, arrastrando por él, no las deja caer, sino con horquillas y estacas que las arrima, las endereza y levanta, para que crezcan al cielo, ni mas ni menos el marido cuerdo, no ha de oprimir ni envilecer con malas obras y palabras el corazon de la MUJER, que es caedizo y apocado de suyo, sino al revés, con amor y con honra lo ha de levantar y animar para que siempre conciba pensamientos honrosos. Y pues la MUJER, como arriba dijimos, se dió al hombre para alivio de sus trabajos, y para reposo y dulzura, y regalo, la misma razon y

[1] Eph. V, 25.

naturaleza pide que sea tratada dél dulce y regaladamente; porque ¿dó se consiente que desprecie ninguno á su alivio, ni que enoje á su descanso, ni que traiga guerra perpétua y sangrienta con lo que tiene nombre y oficio de paz? O ¿en qué razon se permite que esté ella obligada á pagarle servicio y contento, y que él se desobligue de merecérselo? Pues adéudelo él y páguelo ella porque se lo debe, y aunque no lo deba lo pague; porque cuando él no lo supiere adeudar, lo que debe á Dios y su oficio, pone sobre ella esta deuda de agradar siempre á su marido, guardando ella su persona y su casa, y no siéndole como arriba está dicho, costosa y gastadora, que es la primera de las dos cosas en que, como dijimos, consiste esta guarda. Y contentándonos con lo que della habemos escrito, vengamos ahora á otra que es el ser hacendosa, á lo cual pertenece lo que Salomon sigue diciendo: «*Buscó lana y lino, y obró con el saber de sus manos.*»

«No dice, sigue el comentario de Fray Luis de Leon, que el marido le compró lino para que ella labrase, sino que ella lo buscó. Para mostrar que la primera parte de ser hacendosa es que sea aprovechada, y que de los salvados de su casa y de las cosas que sobran y que parecen perdidas, y de aquello que no hace cuenta el marido, haga precio ella, para proveerse de lino y de lana, y de las demás cosas que son como estas, las cuales son como las armas y el campo, á donde descubre su virtud la buena MUJER. Porque apuntando su buen artificio ella, y ayudándolo con la vela é industria suya y de sus criadas, sin nueva costa, y como sin sentir, cuando menos pensare, hallará su casa abastada y llena de riquezas. Pero dirán por ventura las señoras delicadas de ahora, que esta pintura es grosera, y que aquesta casada es MUJER de algun labrador que hila y teje, y MUJER de estado diferente del suyo, y que así no habla con ellas. A lo cual respondemos que esta casada es el perfecto dechado de todas las casadas, y la medida con quien así las de mayores como las de menores estados se han de ajustar cuanto á cada una le fuere posible; y es como el padron de esta virtud, al cual la que mas se avecina es mas perfecta. Y bastante prueba de ello es que el Espíritu Santo que nos hizo y nos conosce, queriendo enseñar á la casada su estado, la pinta de esta manera. Mas porque quede mas entendido, tomemos el agua de su principio y digamos así: Tres maneras de vida son en las que se reparten y á las que se reducen todas las maneras de viviendas que hay entre los que viven casados; porque ó labran la tierra, ó se mantienen de algun trato y oficio, ó arriendan sus haciendas á otros, y viven ociosos del fruto dellas. Y así, una manera de vida es la de los que labran, y llamémosla vida de labranza, y otra de los que tratan (comercio-industria-artes), y llamémosla vida de contratacion; y la tercera de los que comen de sus tierras (rentistas-propietarios), pero labradas con el sudor de los otros, y tenga por nombre vida descansada. (Estas tres vidas pueden perfectamente representar las tres clases sociales, alta, media y obrera). A la vida de labranza pertenece no solo el labrador que con un par de bueyes labra su pejugar (corta posesion), sino tambien los que con muchas yuntas y con copiosa y gruesa familia, rompen los campos y apacientan grandes ganados. La otra vida que dijimos de contratacion,

abraza al tratante pobre, y al oficial mecánico, y al artífice y al soldado, y finalmente á cualquiera que venda ó su trabajo, ó su arte, ó su ingenio. La tercera vida, ociosa, el uso la ha hecho propia ahora de los que se llaman nobles y caballeros y señores, los que tienen ó renteros ó vasallos, de donde sacan sus rentas. (Esta clase es hoy mucho mayor y mas variada). Y si alguno nos preguntase cuál destas tres vidas sea la mas perfecta y mejor vida, decimos que la de la labranza es la primera y la verdadera; y que las demás dos, por la parte que se avecinan con ella y en cuanto le parecen, son buenas, y segun que della se desvian son peligrosas. Porque se ha de entender que en esta vida primera, que decimos de labranza, hay dos cosas, ganancia y ocupacion; la ganancia es inocente y natural, como arriba dijimos, y sin agravio ó disgusto ajeno, la ocupacion es loable y necesaria, y maestra de toda virtud. La segunda vida de contratacion, se comunica con esta en lo segundo, porque es tambien vida ocupada como ella, y esto es lo bueno que tiene, pero diferéncianse en lo primero, que es la ganancia, porque la recoge de las haciendas ajenas, y las mas veces con disgusto de los dueños dellas, y pocas veces sin alguna mezcla de engaño. Y así, cuanto á esto, tiene algo de peligro y es menos bien reputada. En la tercera y última vida, si miramos á la ganancia, cuasi es lo mismo que la primera, á lo menos nacen ambas á dos de una misma fuente, que es la labor de la tierra... El Espíritu Santo hizo en la MUJER de esta clase una pintura de perfecta MUJER, y púsola delante de los ojos á todas las mujeres, así á las que tienen aquella condicion de vida como á las de diferentes estados, para que fuese comun á todas, á las del mismo estado, para que se ajustasen del todo con ellas, y á las de otra manera, para que se le acercasen é hiciesen semejantes cuanto les fuese posible. Porque aunque no sea de todas el lino y la lana, y el huso y la tela, y el velar sobre sus creadas, y el repartirles las tareas y raciones; pero en todas hay otras cosas que se parecen á estas y que tienen parentezco con ellas, y en que han de velar y se han de remirar las buenas casadas con el mismo cuidado que aquí se dice. Y á todas, sin que haya en eso excepcion, les está bien y les pertenece, á cada una en su manera, el no ser perdidas y gastadoras, y el ser hacendosas y acrecentadoras de sus haciendas. Y si el regalo y mal uso de ahora ha persuadido que el descuido y el ócio es parte de nobleza, y de grandeza, y si las que se llaman señoras hacen estado de no hacer nada y de descuidarse de todo, y si creen que la granjería y labranza (ú otro trabajo) es negocio vil y contrario de lo que es señorío, es bien que se desengañen con la verdad. Porque si volvemos atrás los ojos, y si tendemos la vista por los tiempos pasados, hallaremos que siempre que reinó la virtud, la labranza (el trabajo) y el reino anduvieron hermandados y juntos; y hallaremos que el vivir de la granjería de su hacienda (ó negocio) era vida usada, y que les acarreaba reputacion á los príncipes y grandes señores. Abraham, hombre riquísimo y padre de toda la verdadera nobleza, rompió los campos (los trabajó), y David, rey invencible y glorioso, no solo ántes del reino apascentó las ovejas, pero despues de rey, los pechos de que se mantenia eran sus labranzas y sus ganados. Y de los romanos, señores del

mundo, sabemos que del arado (del trabajo) iban al Consulado, que es decir al mando y gobierno de toda la tierra, y volvian del Consulado al arado, (al trabajo) (y análogamente sucede en la grandiosa República de los Estados-Unidos). Y sino fuera esta vida de señores, y no solo usada y tratada por ellos, sino tambien debida y conveniente á los mismos, nunca el poeta Homero en su poesía, que fué imágen viva de lo que á cada una persona y estado convino, introdujera á Elena, reina noble, que cuando salió á ver á Telémaco, asentada en su cadira (silla), una doncella suya le pone al lado en un rico canastillo copos de lana ya puestos á punto para hilar, y husadas ya hiladas, y la rueca para que hilase... Pero ¿qué, es menester traer ejemplos tan pasados y antiguos, y poner delante los ojos lo que, de muy apartado se pierde de vista cuasi? Sin salir de nuestras casas, dentro de España, y casi en la edad de nuestros abuelos, hallamos claros ejemplos desta virtud, como de la reina católica Doña Isabel, princesa bienaventurada, se lee. (Y en nuestros tiempos la santa reina Amelia de Orleans con sus hijas trabajando para su casa y para los pobres). Y si las que se tienen ahora por tales, y se llaman duquesas y reinas, no se persuaden bien por razon, hagan experiencia dello por algun breve tiempo, y tomen la rueca y armen los dedos con la aguja y dedal, cercadas de sus damas, y en medio dellas hagan labores ricas con ellas, y engañen algo de la noche con este ejercicio, y húrtense al vicioso sueño, para entender en él, y ocupen los pensamientos mozos de sus doncellas en estas haciendas, y hagan que, animadas con el ejemplo de la señora, contiendan todas entre sí, procurando de aventajarse en el ser hacendosas; y cuando por el aderezo ó provision de sus personas y casas no les fuere necesaria aquesta labor, (aunque ninguna casa hay tan grande ni tan real, á donde semejantes obras no traigan honra y provecho), pero cuando no para sí, háganlo para remedio y abrigo de cien pobrezas y de mil necesidades ajenas... Por manera que la buena casada en este artículo de que vamos hablando, de ser hacendosa y casera, ha de ser ó labradora en la forma que dicho queda, ó semejante á labradora todo cuanto pudiere. Y porque del ser hacendosa decíamos que era la primera parte ser aprovechada, y que por esta causa Salomon no dijo que el marido le compraba lino á esta MUJER, sino que ella lo buscaba y compraba, es de advertir lo que en esto acontece, que algunas, ya que se disponen á ser hacendosas, por faltarles esta parte de aprovechadas, son mas caras y mas costosas labrando que antes eran desaprovechadas holgando; porque cuanto hacen y labran ha de venir todo de casa el joyero y del mercader, ó fiado, comprado á mayores precios, y quiere la ventura despues que, habiendo venido mucho del oro y mucho de la seda y aljófar, para todo el artificio y trabajo en un arañuelo de pájaros ó en otra cosa semejante de aire. Pues á estas tales mándenles sus maridos que descansen y huelguen, ó ellas lo harán sin que se lo manden, porque muy menos malas son para el sueño que para el trabajo y la vela, que lo casero y hacendoso de una buena MUJER, gran parte dello consiste en que ninguna cosa quede desaprovechada, sino que todo cobre valor, y crezca en sus manos, y que, como sin saber de qué, se haga rica y saque tesoro, á manera de decir, de entre las barreduras de su

portal. Y si el descender á cosas menudas no fuera hacer particular esta doctrina, que el Espíritu Santo quiso que fuese general y comun, yo trujera ahora á vuestra merced por toda su casa, y en cada uno de los rincones della le dijera lo que hay de provecho; mas vuestra merced lo sabe bien, y lo hace mejor, y las que se aplican á esta virtud, de sí mismas lo entienden; como al revés, las que son perdidas y desaprovechadas, por mas que se les diga, nunca lo aprenden... »

Sentimos no estar aquí de acuerdo con el grande Luis de Leon, porque ya hemos expuesto y combatido todos los fatalismos, que cierran la puerta á todo mérito y demérito y condenan á la inaccion á la humanidad. Suponemos que si las matemáticas espiritistas fueran exactas, y nos fuera real, positiva y palmariamente dable evocar su espíritu, nos daria explicaciones que nos satisfarian, y no dijera que con tales almas la educacion, el cuidado, el trabajo, no tienen nada que hacer y que hay que dejarlas como son, sin que haya que esperar nada, porque esto seria plenamente la admision de la escuela de los naturalistas puros, ó de los gallistas material y fatalmente cerebrales. No quiere esto decir que nosotros no tomemos en cuenta el instrumentalismo del alma, y que cuanto este esté mejor organizado, el alma ha de funcionar con mas brillante maestría. Empero, si la fuerza del genio de Demóstenes pudo conseguir rectificar el instrumento de la palabra, y la higiene, la gimnasia, la cirugía, logra otras rectificaciones sensoriales de mayor importancia si cabe, es de evidencia lógica y experimental que el alma es la directora y que los órganos son los elementos á sus órdenes y nada mas. Y que en consecuencia, jamás debe tenerse á nadie, hombre ó MUJER, por incorregible, por ineducable, porque las consecuencias de lo contrario caerian como lluvia de fuego sobre la humanidad; es mas, sobre la Causa Suprema de las cosas y la sabiduría de sus leyes. ¿No trabajan las ciencias jurídico-morales sobre la enmendabilidad de los mayores criminales, cuya correccion es su grandioso y noble cometido, que ven realizado á menudo en todos los países cultos, menos la desgraciada España? ¿No logra admirables resultados la ciencia frenopática sobre los séres mas desdichados de la familia humana? ¿No hemos visto todos los que hemos viajado algo, y algo diferentemente de los baules, muchísimos de esos prodigios? ¿No conocemos séres hoy en estado nobilísimo de virtudes, de saber, de inteligencia, de comportamiento moral y social encomiabilísimo, habiendo antes sido tipos de tristísima degradacion ó estupidez? Y ¿á qué se deben estos milagros? A la educacion físico-moral que con sus desvelos y sudores, con sus inteligentes y solícitas inspiraciones, sabe convertir los eriales en paraisos. Hacer bueno é inteligente al que ya lo es de sí ¿qué mérito tiene? El mérito está en convertir una piedra en una interesante personalidad, en hijo de Dios. Si esta no es la mision de la educacion, esta careceria de razon de ser, lo mismo en el terreno fisiológico, que intelectual, moral-religioso que social.

No creemos que la luminosa alma de Luis de Leon, si se pusiera con nosotros al habla, nos contradijera en estas ideas, cuya ortodoxia filosófico-religiosa nos parece incontestable; empero los tiempos de Luis de Leon no eran (y él lo vió en

triste experiencia) no eran tiempos pedagógicos. Salvada esta observacion, continuaremos la cita de Fray Luis, que viene á glosar ahora este texto bíblico: «*Fué como navio de mercader, que de lueñe* (lejos) *trae su pan...*

«Pan llama la Sagrada Escritura á todo aquello que pertenesce y ayuda á la provision de nuestra vida. Pues compara á esta su casada, Salomon, á un navío de mercader bastecido y rico. En lo cual hermosa y eficazmente dá á entender la obra y el provecho desto que tratamos y llamamos casero y hacendoso en la MUJER. La nao; la nao corre la mar por diversas partes, pasa muchos senos, toca en diferentes tierras y provincias, y en cada una dellas coge lo que en ellas hay bueno y barato, y con solo tomarlo en sí y pasarlo á su tierra, le dá mayor precio y dobla y tresdobla la ganancia. De más desto, la riqueza que cabe en una nao y la mercadería que abarca, no es riqueza la que basta á un hombre solo ó á un género de gente particular, sino es provision entera para una ciudad, y para todas las diferencias de gentes que hay en ella; trae lienzos y sedas y brocados, y piedras ricas, y obras de oficiales, hermosas, y de todo género de bastamiento, y de todo gran copia. Pues esto mismo acontece á la MUJER casera, que como la nave corre por diversas tierras buscando ganancias, así ella ha de rodear de su casa todos los rincones, y recoger todo lo que pareciere estar perdido en ellos, y convertirlo en utilidad y provecho, y tentar la diligencia de su industria, y como hacer prueba della así en lo menudo como en lo granado. Y como el que navega á las Indias, de las agujas que lleva y de los alfileres y de otras cosas de aqueste jaez, que acá valen poco y los indios las estiman en mucho, trae rico oro y piedras preciosas; así esta nave que vamos pintando, ha de convertir en riqueza lo que pareciere mas desechado, y, convertirlo sin parecer que hace algo en ello, sino con tomarlo en la mano y tocarlo, como hace la nave, que sin parecer que se menea, nunca descansa, y cuando los otros duermen navega ella, y acrescienta ella con solo mudar el aire, el valor de lo que recibe; y así la hacendosa MUJER, estando asentada no para, durmiendo vela, y ociosa trabaja, y cuasi sin sentir cómo ó de qué manera, se hace rica. Visto habrá vuestra merced alguna MUJER como esta, y dentro de su casa debe haber no pequeño ejemplo de aquesta virtud. Pero sino quiere acordarse de sí, y quiere ver con cuanta propiedad y verdad es nao la casera, ponga delante los ojos una MUJER que rodea su casa y que de lo que en ella parece perdido hace dinero, y compra lana y lino, y junto con sus criados lo adereza y lo labra, y verá que estándose sentada con sus mujeres, volteando el huso en la mano, y contando consejas (como la nave, que sin parecer que se muda va navegando, y pasando un dia y sucediendo otro, y viniendo las noches y amaneciendo las mañanas, y corriendo como sin menearse, la obra), se teje la tela y se labra el paño, y se acaban las ricas labores, y cuando menos pensamos, llenas las velas de prosperidad, entra esta nuestra nave en el puerto y comienza á desplegar sus riquezas, y sale de allí el abrigo para los criados, y el vestido para los hijos, y las galas suyas, y los arreos para su marido, y las camas ricamente labradas y los atavíos para las paredes y salas, y los labrados hermosos, y el abastecimiento de todas las alhajas de

casa, que es un tesoro sin suelo. Y dice Salomon que trae esta nave de *lueñe* pan porque si vuestra merced coteja el principio de esta obra con el fin della, y mide bien los caminos por donde se viene á este puerto, apenas alcanzará cómo se pudo llegar á él, ni cómo fué posible de tan delgados y apartados principios venirse despues á hacer un caudaloso rio...

«*Madrugó y repartió á sus gañanes las raciones, la tarea á sus mozas.*»

«Es, como habemos dicho, esta casada que pinta aquí y pone por ejemplo de las buenas casadas el Espíritu Santo, MUJER de un hombre de los que viven de labranza, (que es como quien vive de su negocio, etc.), (MUJER de clase media). Y la razon porque pone por dechado á una MUJER desta suerte, y no de las otras maneras, tambien está dicha. Pues como en las cosas semejantes la familia que ha de ir á las cosas del campo, es menester que madrugue muy de mañana, y porque no vuelve á casa hasta la noche, es menester tambien que lleve consigo la provision de comida y almuerzo, y que se les reparta á cada uno, así la racion de su mantenimiento como las obras y haciendas en que han de emplear su trabajo aquel dia, pues como esto sea así, dice Salomon que su buena casada no encomendó este cuidado á alguna de sus sirvientas y se quedó ella regalando con el sueño de la mañana descuidadamente en su cama; sino que se levantó la primera, y que ganó por la mano al lucero, y amaneció ella antes que el sol, y por sí misma, y no por mano ajena, proveyó á su gente y familia, así en lo que habian de hacer como en lo que habian de comer. En lo cual enseña y manda á las que son desta suerte, que lo hagan así, y á las que son de suertes diferentes, que usen de la misma vela y diligencia. Porque aunque no tengan gañanes ni obreros que enviar al campo, tienen cada una en su suerte y estado otras cosas que son como estas, y que tocan al buen órden y provision de su casa, ordinario y de cada dia, que las obligan á que despierten y se levanten y pongan en ello su cuidado y sus manos. Y así, con estas palabras dichas y entendidas generalmente, avisa de dos cosas el Espíritu Santo, y añade como dos nuevos colores de perfeccion y virtud á esta MUJER casada que va dibujando. La una es que sea madrugadora; y la otra que madrugando provea ella luego y por sí misma lo que la órden de su casa pide: que ambas á dos son importantísimas cosas. Y digamos de lo primero. Mucho se engañan los que piensan que mientras ellas cuya es la casa, y á quien propiamente toca el bien y el mal della, duermen y se descuidan, cuidará y velará la criada, que no le toca y que al fin lo mira todo como ajeno.

«Porque si el amo duerme, ¿por qué despertará el criado? y si la señora, que es y ha de ser el ejemplo y la maestra de su familia, y de quien ha de aprender cada una de sus criadas lo que conviene á su oficio, se olvida de todo, por la misma razon, y con mayor razon, los demás serán olvidadizos y dados al sueño. Bien dijo Aristóteles en este mismo propósito que el que no tiene buen dechado, no puede ser buen remedador. No podrá el siervo mirar por la casa si vé que el dueño se descuida della. De manera que ha de madrugar la casada para que madrugue su familia. Porque ha de entender que su casa es un cuerpo y que ella es el alma

dél, y que como los miembros no se mueven sino son movidos del alma, así sus criadas sino las menea ella y las levanta, y mueve á sus obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas ó (dependientes) madrugasen de por sí, durmiendo su amo y no teniéndola por testigo y por guarda suya, es peor que madruguen, porque entonces la casa, por aquel espacio de tiempo, es como pueblo sin rey y sin ley y como comunidad sin cabeza; y no se levantan á servir, sino á robar y destruir, y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos. Por donde como en el castillo que está en frontera, ó en el lugar que se teme de los enemigos nunca falta la vela, así en la casa bien gobernada, en tanto que están despiertos los enemigos, que son los criados (no siempre merecen estos infelices semejantes dictados), siempre ha de velar el señor. Es el que ha de ir al lecho el postrero, y el primero que ha de levantarse del lecho. Y la señora y la casada que esto no hiciere, haga el ánimo ancho á su gran desventura, persuadida y cierta que le han de entrar los enemigos el fuerte, y que un dia sentirá el daño y otro verá el robo, y de continuo el enojo y el mal recaudo y servicio, y que el mal de la hacienda acompañará tambien el mal de la honra. Y como dice Cristo en el Evangelio, que mientras el padre de la famila duerme, siembra el enemigo las cizañas; así ella con su descuido y sueño meterá la libertad y la deshonestidad por su casa que abrirá las puertas y falseará las llaves y quebrantará los candados, y penetrará hasta los postreros secretos, corrompiendo á las criadas, y no parando hasta poner su inficion en las hijas; con que la señora que no supo entonces ni quiso por la mañana despedir de los ojos el sueño ni dejar de dormir un poco, lastimada y herida en el corazon, pasará en amargos suspiros muchas noches velando. Mas es trabajoso el madrugar y dañoso para la salud. [1] Cuando fuera así, siendo por otra parte tan provechoso y necesario para el buen gobierno de la casa, y tan debido al oficio de la que se llama señora della, se habia de posponer aquel daño, porque mas debe el hombre á su oficio que á su cuerpo, y mayor dolor y enfermedad es traer de continuo su familia desordenada y perdida que padescer un poco, ó en el estómago de flaqueza, ó en la cabeza de pesadumbre; pero al revés, el madrugar es tan saludable, que la razon sola de la salud, aunque no despertára el cuidado y obligacion de la casa, habia de levantar de la cama en amaneciendo á las casadas. Y guarda en esto Dios, como en todo lo demas, la dulzura y suavidad de su sabio gobierno, en que aquello en que nos obliga es lo mismo que mas conviene á nuestra naturaleza y en que recibe por su servicio lo que es nuestro provecho. Así que, no solo la casa, sino tambien la salud, pide á la buena MUJER que madrugue. Porque cierto es que es nuestro cuerpo del metal de los otros cuerpos, y que la órden que guarda la naturaleza para el bien y conservacion de los demas, esa misma es la que conserva y da salud á los hombres. Pues, ¿quién no ve que aquella hora despierta el mundo todo junto y que la luz nueva saliendo, abre los ojos de los animales todos, y que si fuese entonces dañoso dejar el sueño, la natu-

[1] Esta era una de tantas preocupaciones y errores de la falta de ciencia.

raleza (que en todas las cosas generalmente, y en cada una por sí, esquiva y huye el daño, y sigue y apetece el provecho, ó que, para decir la verdad, es ella eso mismo que á cada una de las cosas conviene y es provechosa) no rompiera tan presto el velo de las tinieblas que nos adormecen, ni sacara por el oriente los claros rayos del sol, ó si los sacara no les diera tantas fuerzas para no despertar? Porque si nos despertase naturalmente la luz no le cerrarian las ventanas tan diligentemente los que abrazan el sueño. Por manera que la naturaleza, pues nos envia la luz, quiere sin duda que nos despierte. Y pues ella nos despierta, á nuestra salud conviene que despertemos. Y no contradice á esto el uso de las personas que ahora el mundo llama señores, cuyo principal cuidado es vivir para el descanso y regalo del cuerpo, las cuales guardan la cama hasta las doce del dia. Antes esta verdad, que se toca con las manos, condena aquel vicio, del cual, ya por nuestros pecados ó sus pecados de ellos mismos, hacen honra y estado, y ponen parte de su grandeza en no guardar ni aun en esto el concierto que Dios les pone.

»Castigaba bien una persona que yo conocí, esta torpeza, y nombrábala con su merecido vocablo. Y aunque es tan vil como lo es el hecho, daráme vuestra merced licencia para que lo ponga aquí, porque es palabra que cuadra. Así que, cuando le decia alguno que era estado en los señores este dormir, solia él responder que se erraba la letra y que por decir establo decian estado. Y ello á la verdad es así, que aquel desconcierto de vida tiene principio y nasce de otro mayor desconcierto, que está en el alma y es causa él tambien y principio de muchos otros desconciertos torpes y feos. Porque la sangre y los demas humores del cuerpo, con el calor del dia y del sueño encendidos demasiadamente y dañados, no solamente componen la salud, mas tambien aficionan é inficionan el corazon feamente. Y es cosa digna de admiracion que, siendo estos señores en todo lo demas grandes seguidores, ó por mejor decir grandes esclavos de su deleite, en esto solo se olvidan dél y pierden, por un vicioso dormir, lo mas deleitoso de la vida, que es la mañana. Porque entonces la luz, como viene despues de las tinieblas y se halla como despues de haber sido perdida, parece ser otra y hiere el corazon del hombre con una nueva alegria, y la vista del cielo entonces y el colorear de las nubes y el descubrirse la aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas) y el aparecer la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay sino que suena entonces mas dulcemente, y las flores y las huertas y el campo, todo despide de sí un tesoro de olor? Y como cuando entra el rey de nuevo en alguna ciudad se adereza y hermosea toda ella, y los ciudadanos hacen entonces plaza y como alarde de sus mejores riquezas, así los animales y la tierra y el aire, y todos los elementos, á la venida del sol se alegran, y como para recibirle, se hermosean y mejoran y ponen en público cada uno sus bienes. Y como los curiosos suelen poner cuidado y trabajo por ver semejantes recibimientos, así los hombres concertados y cuerdos, aun por solo el gusto, no han de perder esta fiesta que hace la naturaleza al sol por las mañanas; porque no es tanto gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos, porque la vista se deleita con el nascer de la luz y con la figura del aire

y con el variar de las nubes; á los oidos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazon el campo y las hierbas despiden de sí es olor suavísimo; pues el fresco del aire de entonces templa con grande deleite el humor calentado por el sueño, y cria salud y lava las tristezas del corazon, y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos antes que se ahogue en los negocios del dia. Pero si puede tanto con estos hijos de tinieblas el amor dellas, que aun del dia hacen noche, y pierden el fruto de la luz con el sueño, y ni el deleite, ni la salud, ni la necesidad y provecho que dicho habemos, son poderosos para los hacer levantar, vuestra merced, que es hija de la luz, levántese con ella, y abra la claridad de sus ojos cuando descubriese sus rayos el sol, y con puro pecho levante sus manos limpias al Dador de la luz, ofreciéndole con santas y agradescidas palabras su corazon, y despues de hecho esto y de haber gozado del gusto del nuevo dia, vuelta á las cosas de su casa, entienda en su oficio, que es lo otro que pide en esta letra el Espíritu Santo á la buena casada como fin á quien se ordenó lo primero que habemos dicho del madrugar. Porque no se entiende que si madruga la casada, ha de ser para que, rodeada de botecillos y arquillas, como hacen algunas, se esté sentada tres horas afilando la ceja y pintando la cara, y negociando con su espejo que mienta y la llame hermosa. Que, demas del grave mal que hay en aqueste artificio postizo, del cual se dirá en su lugar, es no conseguir el fin de la diligencia y es faltar á su casa por ocuparse en cosas tan excusadas, que fuera menos mal el dormir. Levántese, pues, y levantada, gobierne su gente y mire lo que se ha de proveer y hacer aquel dia, y á cada uno de sus criados reparta su oficio; y como en la guerra el capitan, cuando ordena por hileras su escuadra, pone á cada un soldado en su propio lugar y le avisa á cada uno que guarde su puesto, así ella ha de repartir á sus criados sus obras y poner órden en todos, en lo cual se encierran grandes provechos, porque lo uno, hácese lo que conviene con tiempo y con gusto; lo otro, para cuando alguna vez acontece que, ó la enfermedad ó la ocupacion tiene ausente á la señora, están ya los criados por el uso, como maestro en todo aquello que deben hacer, y la voz y la órden de su ama, á la cual tienen ya hechos los oidos, aunque no la oigan entonces, les suena en ellos todavía, y la tienen como presente sin vella. Y demás desto, del cuidado del ama aprenden las criadas á ser cuidadosas, y no osan tener en poco aquello en que ven que se emplea la diligencia y el mandamiento; y como conocen que su vista y provision della se extiende por todo, paréceles, y con razon, que en todo cuanto hacen la tienen como por testigo y presente, y así se animan, no solo á tratar con fidelidad sus obras y oficios, sino tambien aventajarse señaladamente en ellos. Y así cresce el bien como espuma y se mejora la hacienda, y reyna el concierto, y va desterrado el enojo. Y finalmente, la vista y la presencia y la voz y el mando del ama hace á sus mozas (dependientes) no solo que le sean provechosas, sino que ellas en sí no se hagan viciosas, lo cual tambien pertenece á su oficio...»

Atinadas reflexiones que el padre Luis de Leon expone sobre las principales condiciones, la dote, la riqueza principal que la MUJER, y sobre todo la MUJER de la

clase media, debe llevar al matrimonio, las cuales reflexiones tienen por bello remate este párrafo glosador:

«La perfecta casada no solo ha de cuidar de abastecer su casa y conservar lo que el marido adquiere, sino que ha de adelantar tambien la hacienda, conforme á esto de la Escritura Santa: « *Vinole al gusto una heredad, y compróla, y del fruto de sus palmas plantó viña...*»

Amor, trabajo, y trabajo inteligente, virtuoso y fecundo, tales son los millones que en los capítulos morales ha de aportar la MUJER, y mas la MUJER de la clase media, al marido, á la familia, al concurso social.

Al explicar á este propósito el inmortal Profesor de Salamanca el texto que acabamos de sentar, dice: «Esto no es algun nuevo precepto diferente de los pasados, ni otra virtud mas particular que las dichas, sino antes es como una cosa que se consigue y nasce dellas. Porque cierto es que la casada que fuere tan tasada en sus gastos y tan no curiosa por una parte, y por otra tan casera y veladora y aprovechada, no solo conservará lo que su marido adquiere, sino tambien ella lo acrescentará por su parte que es lo que aquí ahora se dice. Porque de tan grande industria y vela, el fruto no puede ser sino grande. Por manera que los demas títulos que, siguiendo esta doctrina de Dios, habemos dado á la buena MUJER, añadimos ahora éste, que sea adelantadora de su hacienda, no como título diferente de los primeros, sino como cosa que se sigue dellos, y que declara la fuerza de los pecados y lo que pueden, y el hasta dónde llegarhan. Y así, decir que compró un heredamiento y que plantó viña del sudor de su mano, es avisarle que del ser casera, que se le pide, su propio punto en no pasar hasta esto, que es, no solo bastecer á su casa, sino tambien adelantar su hacienda; no solo hacer que lo que está dentro de sus puertas esté bien poseido, sino hacer tambien que se acrescienten en número los bienes y posesiones de fuera. Y es decille que pretenda y se precie ella tambien de, señalando como con el dedo alguna parte de sus posesiones, poder decir claramente: «Este es fruto de mis trabajos; mi industria añadió esto á mi casa, de mis sudores fructificó esta hacienda,» como lo han hecho en nuestros tiempos algunas (y en los de hoy innumerables en paises extranjeros). Pero dirán que es esto pedir mucho. Mas pregunto yo á los que lo dicen, ¿qué es en esto lo que tienen por mucho? ¿Tienen por mucho que la diligencia y aprovechamiento y labor de una MUJER, acompañada de sus mujeres (dependientes) salga cosa de tanto valor como es esto? ¿Ó tienen por mucho que quiera ella gastar lo que adquiere en estos aprovechamientos y haciendas, y no en sus contentos y galas? Si aquesto postrero es lo que les parece mucho, en aquesta doctrina no tienen razon, ni en tener otro gasto, por mas suyo ni por mas apacible y gustoso, ni en pensar que se vende en la tienda cosa que comprada las hermosee mas que estas compras. Porque aquello pasa en el aire, y el bien y honra y contento, juntamente con el buen nombre que por esta otra vía se adquiere, como tiene raices en la virtud, es duraredo y perpétuo. Mas si lo primero las espanta porque no creen tanto bien de sus manos, lo uno hácense injuria á sí mismas y limitan su poder apocadamente, y lo

otro ellas saben que no es así, y que pueden, si quieren aplicarse, pasar de esta raya, porque ¿á dónde no llegará la que puede hacer y la que hiciere lo que se sigue?... »

Este es el nudo de la cuestion, que aun en aquellos tiempos tan angostos para la educacion general de las diversas clases sociales, y sobre todo para la MUJER, entrevió el génio del gran Luis de Leon. Si hoy con la difusion que ha tenido y la extension que en todas partes está tomando la instruccion y cultura de toda personalidad humana, de toda clase y condicion social, en los paises latinos, especialmente en España, se sostiene una guerra tenaz, insensata, irracional á la educacion verdad de la personalidad de la MUJER, ¿qué habia de ser en aquellos tiempos?

Si la MUJER no hacia mas entonces era porque se la mantenia aherrojada en la ignorancia de su misma personalidad humana, en la mísera opinion de que no era apenas mas que una media persona racional. Esta era la pauta, el círculo popiliano en que la encerraban las teorías y la práctica de su educacion. Las que sobrenadaban á ella eran rarísimos fenómenos como la Oliva Sabúco, y las pocas santas que llevan por escudo de su alma pensadora el hábito de una órden monástica, y aun este no siempre era un escudo blindado que librara del *Santo Oficio* como no inmunizó á la esclarecida doctora Teresa de Jesús.

Hoy hace mas, muchísimo mas, incomparablemente mas la MUJER; empero ni hace todo lo que puede, ni lo pueden todas las que deben por lo angosto ó errado de su educacion, que no sabe producir en ellas ni un amor verdaderamente grande, ni un trabajo en realidad inteligente, un espíritu positivamente virtuoso, un alma completamente desarrollada, capaz de formar las delicias racionales de un esposo digno, ni menos de dignificar al que tiene la miseria de no serlo, de ser ella la estrella polar de la familia, el astro mas luminoso del firmamento humano.

Desgraciadamente es un astro opaco, insuficiente para ser el norte de la familia, de sus hijos, cuando no llega á ser el punto negro de la misma, su division, su causa de naufragio por lo estrecho de su corazon, por lo corto de su caudal intelectual, por su fanatismo, por las preocupaciones en que han alimentado y alimentan su sér, su existencia, su accion, su vida, su influencia en la familia y en la sociedad.

¡Lujo y miseria! es el título de uno de los dramas de nuestro teatro contemporáneo de costumbres.

Pues bien: ¿por qué reinan realmente esas dos monstruosidades unidas en la vida social? ¿Por qué causan tantas ruinas á la sacra institucion de la familia, á las venerandas instituciones de las sociedades humanas? Porque el *lujo y miseria* morales reinan en el alma, en el corazon, en la vida, en la educacion, en la economía de la MUJER, y sobre todo en la educacion de la MUJER de la clase media, educacion que se parece á esos árboles frondosos, floridos, pero que carecen eternamente de frutos.

¡Apariencias fantásticas de sabiduría!

¡Realidad de miseria de corazon, de inteligencia y de conciencia en la MUJER!

Tal es la causa de su frivolidad, de su insuficiencia, de su incapacidad, con que atrofía el matrimonio, la familia. Y este atrofiamiento se perpetúa porque ella, la MUJER, no sabe darse cuenta de él, no sabe curar de él á sus hijas, no sabe, menos aun, desviarle de él á sus hijos, que siguen buscando para sus pasiones vanas ó sensuales. Mujeres de estas condiciones, cuando no se acibaran el camino de la única fuente de salvacion social, el matrimonio como Dios y la razon mandan: descartada la clase alta que ya hemos tratado, y la baja, que trataremos en otro tomo, digamos:

¿Cómo mandan Dios y la razon el matrimonio de la clase media y la educacion de la MUJER de esta clase?

Veámoslo brevemente, en epílogo, en resúmen de estos preliminares, puesto que tanto por nuestra introduccion á los mismos, cuanto por las citas autorizadas con que los venimos confirmando, se ve ya campear nuestra doctrina, que creemos sea la del buen sentido, la del criterio de cultura, de civilizacion, que afortunadamente va extendiendo sus bellas y benéficas alas sobre todos los pueblos, sobre todas las clases, sobre todas las condiciones sociales, segun los vientos mas ó menos favorables que reinen en las respectivas naciones por ellas habitadas. Y decimos aquí en compendio, porque en el decurso de este tomo deberemos exponerlo en extenso, conforme al plan que nos hemos impuesto y hemos prometido á nuestras lectoras benévolas, á quienes Dios conceda el hambre y sed de justicia, de luz, de verdad que ilumine brillantemente sus inteligencias y guie y ennoblezca sus corazones.

Indudablemente la clase media es la red telegráfica de la sociedad, su sistema motor, su temperamento nervioso, y la MUJER de esta clase debe ser el nervio óptico-simpático-directivo de los sentimientos y de las ideas por la educacion de la familia.

Si el alma, si el corazon de la MUJER no reciben su completo desarrollo, su plena, sucesiva y cabal educacion, ha de quedar ó en encogimiento ó en malísimo estado de funciones, ó la inteligencia ó el corazon, ó ambos á dos. El carácter es la resultante de la inteligencia plenamente iluminada y del corazon perfectamente dirigido por una sólida instruccion y educacion en marcha armónica é inseparable.

¿Por qué da la MUJER una importancia exhorbitante, que raya en delirio á la belleza de maniquí, á un lazo, á una trenza, á un colorete, á una mueca, á un andar coqueton, mímico-bufo-ridículo, á un vestir arlequinesco, costoso, desproporcionado á su clase? Porque su inteligencia obtusada, ofuscada, encogida, fascinada y su corazon delirante por los halagos mentidos de hombres mas ignorantes ó culpables que ella, que fingen adorarla como una divinidad por esas plumas, por esos coloretes, por esas sedas, por esos perfumes, por ese lujo y miseria, que, cuando hayan hundido en el polvo ó en el cieno á esos pobres ídolos, han de motivar ó pretextar para esos *homecillos* mismísimos el alejamiento del matrimonio de la familia, y han de mantener en aquel polvo ó cieno sepulcrales á la desgraciada divinidad que no levantaron sino para abismarla profundamente y maldecirla y

colmarla de mil y mil anatemas culpándola de pecados que ella no cometió, y de la perdicion de la vida de familia, y de la dignidad social. ¡Ah! tendrá eternamente razon la monja y esclarecida poetisa mejicana cuando exclama:

. . . . . .
. . . «¿Por qué os quejais?
Ó tomadlas cuales las haceis,
Ó hacedlas cuales las buscais »

Nada más lógico que esta conclusion: ó no quejarse de las frivolidades, de los desórdenes, del lujo y miseria de la MUJER, ó elevar su inteligencia y su corazon á las serenas y puras regiones de la verdad, de la bondad, de la belleza y de la justicia, bases únicas de regeneracion, de órden, de salvacion, de felicidad individualista y social.

¿La verdad, la bondad, la belleza y la justicia son astros que brillen en el actual firmamento de la educacion de la MUJER? Léjos, muy léjos deben estar de él, pues no se les ve ni á simple vista ni con auxilio de la observacion mas paciente y perspicaz; solo fenómenos de tarde en tarde se aparecen en ese interesante hemisferio. Esto no lo negarán ni pueden negarlo el hombre ni la MUJER mas apasionados por los devaneos en sus momentos de reflexion ó de remordimientos, que sostienen á voz en grito que el verdadero amor, la verdadera virtud, el verdadero mérito no existen en la MUJER, por lo cual huyen del matrimonio como de la laguna estigia. Y ¿quién tiene en esto metida á la MUJER sino esos torbellinos inmensos de cursis ó voluptuosos idólatras del Venucismo? Este desórden, esta tiranía del *cursismo*, de las superficialidades frívolas ó degradantes es preciso que desaparezca á todo trance. Y ¿cómo hacerla desaparecer? Iluminando plenamente la inteligencia de la MUJER de la clase media, educando profundamente su corazon, ora para vivir de la dignidad de su saber laborioso, imponiéndosela á la sociedad, al hombre, que ante ella no tenga mas remedio que respetarla y merecer con dignidad su amor digno, que la haga su digna compañera, y digna madre de sus hijos. Modelando en esta educacion esplendorosa, seria, dignificadora, el carácter de la MUJER de la clase media, ella modelará el de las generaciones venideras, y en esta fuente pura se cristalizarán, se purificarán las clases alta y baja, sirviéndolas la MUJER de la clase media de union que las atraiga, sino por emulacion, al menos por vergüenza al camino del decoro, de la verdad, de la virtud. El actual estado del matrimonio, de la familia, de las costumbres sociales no puede prolongarse. Es urgente hacer desaparecer las fiebres devoradoras del desórden moral, creando núcleos de regeneracion en la MUJER, en la esposa, en la madre de familia. De nada sirve, es peor aun, callar, encubrir los vicios con oropeles de virtudes, con cendales de mutismo. El mal existe, no es incurable; es preciso, pues, emprender su curacion con criterio luminoso y régimen firme, racional, justo, moralizador. El primer paso es publicar el mal y proclamar el régimen curativo.

Un filósofo é historiador ilustre á quien hemos citado mas de una vez, dice perfectamente á este propósito:

«¿Por qué no se casan muchos en nuestros dias? Esta interrogacion envuelve un hecho que no se oculta á nadie. Y este hecho es un hecho trascendentalísimo. Por un conjunto singular de circunstancias sociales, religiosas y económicas, *el hombre no toma* MUJER, *huye de esta union.*

»Y esta tendencia toma cuerpo de dia en dia. No solo el hombre y la MUJER marchan por vías diversas y paralelas, sino que parecen dos individualidades salidas de la misma estacion, uno á gran velocidad, otro á pequeñísima y muy lenta marcha, y además sobre rails divergentes.

»El hombre, aunque debilísimo moralmente, sin embargo marcha por una vía tan rápida en ideas, de inventos y descubrimientos, que el *rail* candente lanza chispas por doquier.

»La MUJER, fatalmente dejada atrás, permanece en el sulco de un pasado que de ella misma está inconsciente. Ella ¡la pobre! es abandonada á larga distancia, por nuestra desgracia, sin poder ó sin querer marchar mas aceleradamente.

»Lo peor de todo es que parece tienen poca prisa de rectificar y armonizar su camino. Parece que nada tengan que decirse sobre el particular. El hogar desierto, la mesa abandonada, el tálamo conguyal en crudo hielo.

»No está obligado, dicen, á meterse en gastos por los suyos. Empero no se portan de mejor manera en una sociedad extradoméstica, en que debe reinar la educacion. Todo el mundo puede ver en las reuniones de noche como una sala se divide en dos, una de hombres y otra de mujeres. Pocos habrán hecho la observacion de que en una pequeña tertulia amigable de una docena de personas, si la señora de la casa exige con una suave violencia que aquellas dos salas se fusionen, que los hombres hablen con las mujeres, de la fusion nace el silencio, se dilue la conversacion, ó esta se hace rara y balbuciente.

»Necesario es decir la cosa claramente, tal cual es. No tienen comunidad de ideas, ni de lenguaje, y sobre lo que podria interesar á entrambas partes, no se sabe cómo expresarse. Se tratan harto oficialmente, se han perdido de vista. En breve, sino viniera un remedio, no serian ya dos sexos, sino dos razas enemigas.»

El hombre y la MUJER enemigos como creadores del humano linaje, como esposos, como padres de familia.

«No es, pues, extraño, continua el citado autor, si el libro que venia á combatir estas tendencias desastrosas, un pequeño libro del corazon, sin pretensiones literarias, haya sido por todas partes acerbamente censurado.

»El *Amor* venia á caer audazmente sobre el divorcio, invocar la buena naturaleza, diciendo: *Amad todavia.*

»Al oir este acento, amargos alaridos quebraron los aires; es que habia dado en la cuerda sensible, enferma. «¡No, no queremos amar! ¡No queremos ser felices!... Algo encerrado debe haber ahí.» Bajo esa forma religiosa que viene á divinizar á la MUJER, tiende á fortalecer, á emancipar su espíritu; quiere un ídolo esclavo, y atarla sobre el altar.

»De suerte que ante la palabra de union, estalló el mal de la época, la division,

disolucion, los sombrios placeres solitarios, las necesidades de la vida salvaje, que se albergan en el fondo de su espíritu.

»Mujeres en gran número visten el negro crespon de la soledad, de las lágrimas. Sus directores (eclesiásticos ó filósofos, no importa qué) dictan su lenguaje. Apenas si osan defender débilmente á su defensor...

»¡Un libro defensor del matrimonio, de la familia! ¡Qué escándalo! Escribidnos, si quereis, os lo rogamos, treinta novelas en pro del adulterio. Á fuerza de fantasía, hacedlo algo divertido. Se os aplaudirá mas, mucho mas.

»¿Por qué ni para qué fortalecer la familia? dice un periódico religioso. ¿No está en el colmo de perfeccion en su estado actual? *Ha habido lo que se llamó adulterio, pero hoy no existe.*—Perdone usted, le replica un gran diario político en un folletin bastante espiritual de un gran éxito, *sí, sí, el adulterio existe, se le ve en todas partes, pero ya hace tan poca mella, se le da tan poca importancia, que no hay quien se inquiete por ello...*

»Desgraciadamente esto es tan cierto, que afirmamos sin vacilar, que sino fueran los dotes, apenas habria un matrimonio por muestra.

»Sin embozos ni reparos se sostiene entre los hombres de nuestra sociedad que el matrimonio solo debe ser para las aldeas, no para las grandes poblaciones.

»No se olvide la palabra fatal que señaló la decadencia del pueblo mas culto y espiritual de la tierra, el pueblo de Aténas: «¡Ah! ¡si pudiéramos tener hijos sin mujeres!...»

»Las causas que en nuestros dias hacen la guerra al matrimonio son varias y y complejas.

»La primera de ellas, y no pequeña, es indudablemente la miseria de las hijas del pueblo, y la legalizacion de sus extravíos, presa de desordenadas pasiones, y cebo de la perdicion, de la degradacion de las mismas que la ofrecen.

»De ahí el hastío y la enervacion, el desvío y desden de un amor mas elevado, el fastidio mortífero que causaria ponerse en condiciones de merecer á la larga un noble amor, cuando se tiene á mano su falsificacion.

»El que guarda un átomo de nobleza de corazon por *una sola*, lo pierde en esos venenosos caminos de Babilonia.

»Otra causa (lo hemos señalado todos) es el fasto y lujo frívolo, pero dispendioso de nuestras señoritas con sus escasas ó nulas condiciones para ser mañana señoras, madres de familia.

»Tambien perjudica al matrimonio la particion que entre sus hijos y parientes hacen muchas mujeres, en vez de partirlo entre aquellos y el marido.

»El mayor enemigo es, sin embargo, la cortedad de la educacion que se da á la MUJER; el fanatismo y la ignorancia, cubiertas por las venenosas flores de la adulacion, con que las educan ó pierden.

»¡Fanatismo, supersticion, ignorancia, lujo, frivolidad, halagos y adulacion! Tal es el cortejo que acompaña á nuestras jóvenes. Con este cortejo, por este camino de emponzoñadas flores no se va, no se puede ir á otra parte que al cementerio del

matrimonio, de la familia, de las costumbres privadas y públicas. Por este cortejo, por este camino se hace vivir á la MUJER en antagonismo con el hombre amante de la vida, de la civilizacion, y se perpetúa el divorcio de la razon con la fé, de los elementos naturales con los sobrenaturales; divorcio, lucha, duelo que no puede producir, que no produce mas que males sin cuento, males que engendran las crisis morales como la que venimos con tantas angustias atravesando.

»Un soltero, hombre de talento y de corazon, en una conversacion íntima con varias personas de valer, entre ellas un catedrático, escritor, filósofo que ha merecido bien de la familia por los grandes servicios que le ha prestado en sus lecciones y libros y ejemplos bellísimos como esposo, como padre de familia y como funcionario público, confesaba con ingenuidad la excelencia del matrimonio, mas añadiendo á seguida el nefasto *pero* de los obstáculos, en estos términos elocuentes: «Caballero, de ningun modo creais, sean cuales fueren las distracciones que uno se tome, que no seamos desgraciados con no tener un hogar, quiero decir, una MUJER propia, una MUJER que realmente nos pertenezca. Lo sabemos, lo sentimos. No hay otro bálsamo para el corazon. Y no tenerla, caballero, sabemos que es una vida sombría, cruel y amarga, pero... el lujo y el fanatismo opuesto á la civilizacion moderna con que educan á las jóvenes, nos retraen del matrimonio, hacen que, á pesar de todo, le tengamos horror.»

En estas tan breves como elocuentes palabras están fotografiadas, están grabadas al acero las ventajas y las contras del matrimonio. El remedio vamos á trazarlo en una mejorada educacion y costumbres severas, sanas, morales, cristianas, que den á la MUJER luz en su inteligencia con que conozca lo frívolo y perjudicial que para ella misma es el lujo, la vanidad, la sed de adoradores pasajeros; y calor en su conciencia con que sienta y aprecie la virtud, el verdadero mérito, el trabajo, bases firmes para un amor sincero y decoroso, que sea el sol de la familia y la renovacion social.

CAPÍTULO II.

EDUCACION FÍSICA.

La madre de la clase media.—El esposo.—Deberes de ambos antes del alumbramiento en armonía con su trabajo ú ocupaciones.

No hay en la tierra dignidad mas elevada, funcion mas augusta, mision mas sublime, fin mas noble, que la maternidad.

¡La madre!

Ningun corazon, por poco noble que él sea, carece de arrobadora admiracion ante tan misterioso sér, tan sublime dictado, tan interesante mensajera.

No ha habido, no puede haber poeta que no haya pulsado su lira para cantar la elevacion, la célica grandeza del ángel continuador de la creacion.

El alma que no la respeta, que no la admira, que no la venera, es un alma perdida, es un corazon carcomido.

La madre debe hallar, y halla ordinariamente, en la sociedad conyugal, y en la sociedad humana una cuasi adoracion religiosa; y ha de ser así porque su sér, su mision, sus funciones, son participacion continuadora directa de la obra de Dios. No pretendemos ni dejamos de tener en cuenta el concurso del hombre en esa participacion. Empero su concurso es mas instintivo, mas gratuito, sin el mérito de sacrificio, de penalidad; que en cambio tiene en gran número de intensidad y duracion. El sacrificio en aras de la obra de Dios, de la familia, de la sociedad humana, es el panllevar de la MUJER en la maternidad.

Difícil y meritorio en alto grado es el ser esposa digna, segun hemos expuesto en el capítulo anterior; empero éslo sin comparacion el ser madre y madre merecedora de este sublime dictado. ¡Y á tan difíciles ministerios se va al acaso, y sin enseñanza ni educacion, ni preparacion algunas! ¿Qué de extrañar es que se desempeñen ciegamente, sin conciencia, sin saber el valor inmenso que se les tiene confiado? Así que es lógico salga malbaratado, y si se dan algunos resultados excelentes no es sino la excepcion, que pone de manifiesto la corriente general.

Cuando no se les da á tan altos ministerios preparacion alguna, es que no se les

da tampoco importancia de ninguna clase. Esta consecuencia es fatalmente palmaria, lógica, evidentemente práctica por desgracia.

Otro corolario fatalmente cierto, tambien desgraciadamente en curso, es que no dándosele importancia, no se le guarda las consideraciones merecidas. Y aun lo mas triste en este terreno es que se hermanen las desconsideraciones á la grandeza misteriosa de la madre salidas de los materialistas con las provenientes de cierta escuela que se tiene por privilegiadamente cristiana, que menosprecia las augustas funciones del matrimonio, que aparenta mirar con desden. ¡Y esas gentes han tenido madre!

Bien podemos decirles: mucho lo disimulan. Sensiblemente este disimulo es mas congénito en la raza latina, y de en esta nuestro pais de jauja.

Decian los antiguos filósofos: que *de lo desconocido no puede darse estima; ignoti nulla cupido.* Este principio es de evidencia intuitiva, tiene plena aplicacion á toda teoria, á toda línea de conducta práctico-didáctica, y de consiguiente á lo que venimos exponiendo. Se desconoce y se quiere desconocer la dignidad de la madre; de consiguiente la de la familia. De este desconocimiento craso ó afectado, proviene indudablemente la falta de veneracion que á ella Dios ha querido y quiere y debe querer se tribute, tanto á su mision abstracta, como á personalidad y funciones concretas.

Si se concibiera lo augusto de la dignidad y funciones de la madre, segun la fé y la razon, se empezaria por respetarla y encomiarla en general, se filtraria y difundiria como un ambiente embalsamado este respeto y encomio á la juventud, á los hijos, á la familia, á la sociedad, por más que con esta comunicacion salutífera deba siempre correr parejas la enseñanza é inculcamiento teórico y práctico de los grandes deberes de la madre, por lo mismo que es grandiosa su dignidad y su mision veneranda y concreadora en la tierra, partiendo siempre de la base inolvidable de que la madre verdadera, digna de tan augusto nombre, no es la que alumbra físicamente hijos, sino la que meciéndolos en su seno, nutriéndolos con su sangre, alumbrándolos, nutre completamente su alma y su corazon con la luz de la educacion plena y posiblemente completa, segun todos los alcances de sus fuerzas, de sus facultades. Estos son los dobles y complejos deberes de la maternidad, y siendo nosotros de los más ardorosos defensores de su dignidad, de sus derechos, debemos serlo tambien, y por lo mismo de sus deberes en la nutricion del cuerpo y en la del alma.

En la armonía de estos ineluctables derechos y deberes maternales, en su plena realizacion en la familia y en la sociedad, está la llave de la regeneracion de una y otra, puesto que el dia que esta doctrina armónica fuese la conviccion general, se traduciria en una exquisita y delicada y firme y concienzuda preparacion de la MUJER para tan altos destinos. Y esta preparacion ciertamente daria un aumento considerabilísimo en el número de las esposas y madres dignas de estos nobilísimos títulos, que hoy, en la rutinaria, corta, errada y fanática tradicion son ó tenidos en poco, en menos ó en desprecio.

Entonces como imanes, atraerian y conservarian mas hombres en el matrimonio, y sabrian ser verdaderos nortes del hogar, de la familia, cuyos hijos no saben hoy ni comprender despues de los primeros pasos en la civilizacion.

De ahí los desvíos matrimoniales, los desacuerdos de la familia, sostenidos, mantenidos, alimentados como fuegos de intestinas guerras domésticas y sociales por esa escuela neocatólica, apoderada como yedra de la MUJER, y haciéndole de auxiliar comun la escuela materialista, que en negaciones nefastas y desoladoras coinciden mas de una, mas de mil veces al dia.

Y si para todo estado y posicion necesita la MUJER gran prestigio, grandes cualidades, le son necesarias en mayor grado para ser esposa y madre en la clase media, porque debe juntar á la delicadeza exquisita de un gran corazon, una inteligencia desarrollada para dirigir el trabajo de su casa, mayormente si es, como suele ser general en esta clase, casa de trabajo intelectivo, de industria, de comercio, de negocio. Se objetará acaso que su mision no está en el despacho. Nosotros insistiremos en que su presencia, sino personal, moral, puede ser siempre de un gran auxilio para el marido, y en las ausencias, enfermedades ó ¡pérdida! de este, su presencia personal y moral es de suma necesidad. Y sino está preparada su inteligencia, su carácter, su espíritu, su corazon para ello, ¿qué sucederá? El esposo tiene en este terreno un gran deber, el de saberla suplir lo que la corta ó nula educacion que la han dado no le haya proporcionado. Se excusará con sus ocupaciones; empero estas dejan claros que debe aprovechar, y en nada podrá aprovecharlos mejor que en crear su esposa y madre de sus hijos, tanto en su corazon, como en su inteligencia y carácter. Ya sabemos que es difícil y duro hacerlo cuando no se ha hecho á tiempo; pero milagros puede y debe obrar el amoroso é inteligente marido en bien de su compañera, de la que debe ser el ángel de su casa, de su familia, de la sociedad.

El matrimonio impone deberes sagrados á ambos cónyuges, y ninguno de los dos debe eludirlos, muy al contrario, tener una tierna y bien interesada solicitud en su pleno cumplimiento. La esposa debe sacrificarse en aras del consuelo del esposo en sus cuitas, en los abrumamientos de su vida, de sus trabajos, de sus negocios. El esposo á su vez tiene como primer elemento racional, la estricta obligacion de merecer las solicitudes cariñosas pagándoselas él en los sufrimientos físicos y morales porque atraviesa el delicadísimo corazon, la atribulada y endeble existencia, accion, vida y funciones de la MUJER, y mas aun cuando esta ha ingresado en la vía mixta de poesía y dolor de la maternidad.

En esta cuasi sagrada situacion de la MUJER, crecen, si cabe, los grados de los deberes de ambos cónyuges, tanto individual como mútuamente. Individualmente, imponiéndose ó sometiéndose á las privaciones de gustos, de caprichos, de diversiones, de pasatiempos, en sí mismos inocentes, honestos, lícitos, pero que dados los deberes del connubio, cuyas bases y fines principales son el mútuo apoyo y consuelo de los consortes y la educacion de sus hijos, son un crímen tomárselos cuando hay razones para la privacion, cuando la situacion de sufrimento, de dolor,

de tristeza de cualquiera de ellos hace sino necesaria en absoluto, al menos moralmente necesaria la asistencia, cariño y consuelo del otro. Mútuamente, no solo privándose cada uno de lo general que acabamos de anotar, no solo no haciendo cosas que pueden venir en desagrado, en molestia, en malestar de su compañía, sino haciendo cuanto esté en su mano, todo aquello que pueda realmente hacer el uno por el otro, porque tal es su deber estricto, inapeable, mayormente en la crítica situacion de la esposa-madre ya.

Esta, sin que se entregue cobarde y erróneamente á una vida muelle, sin movimiento, sin accion alguna, debe abstenerse, lo mismo que hemos dicho debia privarse de ciertas diversiones, de trasnocheos, de tertulias, de respirar aires viciados en esas reuniones, debe, decimos, tambien abstenerse de ciertos trabajos que puedan causar á su salud, á su vida, á la del fruto de bendicion que mora en el sacro templo de su seno. Una actividad comedida, un movimiento mesurado, un paseo higiénico, un trabajo en armonía con su estado y la vigilancia y marcha de su casa, una alternativa entre descanso, trabajo y expansion, pulsada por un ánimo sereno, un corazon grande, un alma pensadora y un cuerpo sano é higiénicamente alimentado, sin caprichitos insanos y pueriles, es la racional y digna economía que ha de guiar á la que recientemente tiene conciencias de las funciones augustas de la maternidad.

Una higiene fielmente estudiada, consultada, si conviene, y seguida con conciencia y constancia, sin vacilaciones, debilidades, ni consejos de quienes no deben ni pueden darlos, higiene que guarde el cuerpo, ó mejor á los dos cuerpos que hay en la recien madre de irregularidades, de egrotismos, de males que habrian de aparecer temprano ó tarde, con una higiene moral, que guarde al espíritu, á la imaginacion, á la vida superior de las enfermedades morales, de sensaciones, de impresiones horripilantes ó dolorosas, son las paralelas que han de conducir á la jóven madre por las vías balsámicas de la salud y de una plácida alegría á una feliz creacion, al inefable gozo de dar á la familia y á la sociedad un hombre nuevo, una reproduccion del milagro de la creacion del hombre. Verdadero milagro, puesto que los padres no tienen conciencia de la obra casi-divina que Dios les ha encomendado, es decir, que obran en nombre de Dios, en comision divina y bajo la direccion de la ley y providencia del Eterno Hacedor de todo sér. ¡Y se desdeña á los séres que tienen tan alta y divina comision! ¡Y se empeñan en no solo aceptarla sino pretenderla sin preparacion alguna, sin cualidades dispuestas para la plena ejecucion de tal y tan célico cometido!...

La MUJER de toda condicion, aunque sea, aunque se halle bajo el peso de la grandeza maternal, está exenta de la ley del trabajo, que es una ley de órden á la vez que un jornal, una sancion.

La madre de la clase media lo estará, debe creerse menos estar exenta que la superior y la inferior, porque Dios la puso como eje del mundo maternal, del mundo del corazon, del amor, de la economía humana, del hogar, de la familia, mas aun, de la sociedad en general, puesto que sobre ella no pesa ni el burdo trabajo, ni la

miseria de la desgraciada madre proletaria, ni la ofuscacion de las humaredas del fausto, de la soberbia, de la adulacion, de la farsa social de la clase alta.

Su condicion es un bienestar, una vida plácida, si hay órden en su casa, si á ella le ha cabido en suerte una madre de unos grados de inteligencia, de corazon, de buen sentido que se lo haya sabido comunicar teórica y prácticamente en el gobierno de la casa, y la lotería de un marido de carácter entero al paso que bondadoso, de amor á su compañera, á la casa, al trabajo, á la familia. Ni ha de ir entre arroyos de oro, flores y pedrerías, ni sus ojos han de ser los honores de la infeliz obrera que es á la vez presa de un trabajo implacable y de una miseria aterradora.

Si su ojo ha de estar avizor sobre los dependientes del negocio de su casa y domésticos, sobre los encargos de su marido, sobre la marcha de todos los ramos de la industria, arte ó negocio que les dá nombre, consideracion y provecho, esta vigilancia ni quiebra por su fatiga, ni trae en pos de si el cendal del hambre, del frio, la desnudez... Podrá tener contratiempos, contrariedades, algun disgusto, pero... bien dicen que: «los duelos con pan son menos.»

Levante, pues, su alma y su corazon al cielo, y dé gracias sinceras y humildes y cariñosamente filiales al Padre del amor, de las bondades, de las misericordias, y pídale los rocíos de la gracia fecundante para que los campos de su alma y de su corazon y de su sacro seno correspondan ciento por uno á los designios de los divinos destinos que tiene confiados como esposa, como madre, como modelo de la sociedad.

Y si esta plegaria sale de su espíritu pura como el aura matinal y se eleva divina y pura hasta el seno del Padre celeste, y ella conforma sus actos con estas elevaciones filiales, no dude que si su esposo tuviese necesidad de un milagro para hacerse digno de su alma grande y de su corazon puro, el cielo lo haria; los rocíos en que se convertirian sus plegarias límpidas como las aguas de las montañas, como los vapores de sus blancas nieblas, penetrarian el alma, el corazon de su esposo, y si fuese un erial se convertirá en un paraiso. La paciencia, el amor, el sacrificio, la oracion de una recien madre, obran verdaderos milagros en la familia. Lo que falta es que haya estas madres dignas que pongan de su parte, de su alma y de su corazon todo, todo lo que, segun Dios en ellas haya puesto, deben dar para corresponder á su vocacion. Muchas cosas son ó parecen imposibles, árduas ó difíciles porque no se abordan, porque no se empiezan; empero si se lleva á ellas el principio de buena voluntad y de iniciacion, lo que parecian montañas, son llanuras.

Alguna mas ciencia en la educacion de esas jóvenes que mañana habrán de ser madres, alguna mejor, y mas ámplia, y mas estudiada y provechosa experiencia y y enseñanza práctica preparatoria al lado de una madre, una abuela, una tia ó un aya, que á la buena experiencia hayan unido la luz de estudios, de instruccion, de cultura verdadera de sus facultades, seria el talisman con que la jóven esposa, la jóven madre realmente cristiana, habria de obrar los milagros antedichos en la familia.

Angel del hogar, la llama una escritora española contemporánea. ¡Pobre ángel! ¿Cómo quereis que vuele desahogada á las grandes alturas de esposa y madre si teneis aprisionadas ó cortadas las alas de su alma, de su corazon? Por eso se halla atortolada, inmoble, sin saber lo que le pasa en la gran transicion de estado á estado, de hemisferio á hemisferio, del hemisferio de las blancas y frias nieves de la inocencia, al de los grandes calores del matrimonio, de la familia y la vida social.

Por esto nosotros no nos cansaremos de excitarla á que lo procure por todos los medios que estén á su alcance, por el libro, por la revista, por el articulo de periódicos científicos, artísticos, literarios, históricos, morales, de aplicacion actual, por la observacion de la sociedad, de las conversaciones elevadas, si puede caberle la suerte de oirlas en sociedad, en estaciones de verano, de viajes; huyendo de las frívolas ó poco decentes, ó haciendo como la abejilla, labrando el panal de la formacion de su alma, de su inteligencia, de su conciencia, de su completo carácter, hasta con los jugos de las flores amargas que á cada paso se hallan desgraciadamente en el campo social. Así, y solo así, aprovechando la poca ó mucha instruccion que la hayan dado, podrá llenar el difícil papel que le ha cabido en su destino de esposa y madre de familia.

No se nos oculta que ante estas observaciones, ante estas prescripciones de conducta, se nos dirá que pedimos peras al olmo, que para eso se necesita una voluntad de hierro y una paciencia de Job; á lo cual contestaremos lo que al estudiante que quiere ser algo en el difícil campo de la ciencia: «el que quiere el fin, que ponga los medios,» «el que quiera mieses, que sude en su laboreo y cultivo,» «no hay atajo sin trabajo.»

¿La delicadísima situacion de recien madre exige privaciones, sacrificios, estudios, pensamientos elevados, planes para el porvenir de los séres que están llamando á las puertas de la existencia? Pues no hay mas remedio, no hay mas camino de vuestra dignidad y de la ventura de vuestra mútua felicidad y la de vuestros hijos que van á venir, que someterse á esas privaciones, á ese trabajo, á ese estudio, á esos pensamientos, á esos planes.

La que se siente en sí, en su conciencia, que es ya madre ante Dios y lo será mañana ante el mundo, y no cambia las vanidades, los devaneos, los pasatiempos pueriles, frívolos, equívocos y peligrosos al cuerpo y al alma, es indigna del alto estado que tomó ante Dios y ante la sociedad, con sagradas promesas de cumplir los gratos, al par que penosos y estrictos deberes que aquel *si quiero* entrañaba.

Nadie tiene derecho al suicidio y menos aun al homicidio, al infanticidio, al parricidio, al filicidio. Pues todos esos crímenes comete la que siente ser madre y no deja devaneos nocivos á su salud, á su vida, y mucho más todavía al inocentísimo sér de quien sabe ya es ella su madre.

Y de estos crímenes es cómplice ó fautor todo el que á tal madre, á tal MUJER incita á la continuacion de esa vida de sociedad mundanal despues de su nuevo estado, en vez de ser contra-corriente salvadora de una madre y un infante!

La sobriedad y la higiene son dos necesidades para la vida; ¿qué grado no han de tener para la madre que en sí sustentar debe dos vidas?

Su alejamiento de amistades frívolas ó perjudiciales, que perturben la paz de su alma, de su corazon, de su seno, de su familia, ó que puedan desagradar á su marido, es tambien un deber para ella.

Este y otros análogos á los que venimos señalando en este capítulo, son tratados con delicadeza suma, de mano maestra por una poetisa y madre contemporánea en esta página, que creemos verán con gusto nuestras lectoras:

«Vamos, señora, no hagais la coqueta con vuestra madre. No me pongais tan por piezas menudas los gastos de vuestro hogar; no me describais tan detallamente el arreglo de vuestra casa, y todo para que yo me envanezca de la discípula que en tí tengo, para que yo sea celebrada por los brillos de vuestro mueblaje, de vuestro jardin, de vuestro ajuar, espejos de vanidad maternal!

»¡Cuando yo te decia que tú llegarias á ser fuerte en matemáticas! El libro de gastos que me remites, es un modelo en su género. Me da ganas de soterrarlo bajo una piedra de la casa, para que la posteridad que remueva nuestras ruinas, lo halle, lo admire, y forme una opinion grande acerca una verdadera señora de familia del siglo XIX. Tus sumas y partidas vienen consignadas con la fijeza tranquila de una compradora que sabe el precio de las cosas. Se hallan alineadas como un batallon de amazonas mandado por una heroína En cuanto á las sumas totales de tus sumandos, tienen la majestad de una inscripcion lapidaria; percíbese á simple vista que el buril de la exactitud ha trazado sus sentencias del *haber* y *debe*.

»Si me atreviera á dar marco á este manuscrito, tu primera obra maestra, lo colgaria al lado de la cabeza de *Niobé*, tu primer dibujo, que es el ornamento de tu cuarto de soltera.

»Lo que me refieres respecto á tus habilidades dispuestas para el caso en que tu cocinera faltara, ó fuera incapaz, me ha llenado la boca de agua. Se comerá bien en tu casa, es decir, se hablará con alma.

»Confiesa, hija mia, que el aprendizaje de esta química de puchero y cacerola no ha sido ni penosa ni humillante; y cuando te feliciten por tu ciencia culinaria, lo propio que por tu habilidad en el arreglo y marcha de tu casa, levanta tus manos, muestra que, á pesar de ello, conservan su blancura, y que tus uñas permanecen rosadas; afirma muy alto que no hemos jamás comentado sobradamente á la *señorita Francisca, ni la cocinera de la clase media:* que no te he impuesto con exceso el cilicio del delantal; y que si hasta que te casaste, has ayudado en los quehaceres domésticos, nunca te he distraido de un estudio, ni apartado de una contemplacion celestial, para hacerte envidiar de un cordon de este color.

»Has aprendido el arte de cocina con oírmela á mí dirigir. Háste impuesto en la direccion y marcha de una casa, viéndolo á mi lado, viviendo en la mia; has respirado el aire nutritivo, al propio tiempo que el aire que poetiza el espíritu, el corazon. Has hecho prosa á lo M. Jourdan, sin apercibirte de ello; lo cual te dejaba toda la libertad de tu espíritu para elevarte á las regiones ideales de la poesía.

»Tu comedor, cuya disposicion me place, verá así bellas comidas, á la par que tu salon oirá interesantes conversaciones.

»Yo tengo ahí mi sitio; el sillon mio por excelencia, el sillon circular, entre la chimenea y la ventana, cerca la arquita de madera que yo te bordé. Tú me guardarás mi puesto.

»Debo confesarte que dejando á vuestra eleccion el color y forma de vuestros muebles, no fué sin alguna secreta desconfianza. Temia que tu esposo quisiera mueblar en demasía vuestra habitacion como el nido coqueton y exclusivo de vuestro amor y de vuestra felicidad.

»En todas las primeras libaciones de una pasion, aun la mas honesta, hay un ofuscamiento de egoismo que dispone á soñar siempre y de pronto en sí mismo, no siempre para desembarazarse de los demás, sino para darles un buen ejemplo. Créese, con toda ingenuidad, servir á la propaganda de las virtudes del amor adornando con idolatría el amor virtuoso.

»Mas tarde, cuando los hijos marchan sobre rosas esparcidas esperándolos, cuando el mundo, al cual no puede siempre cerrarse la puerta de su santuario, se introduce en él, y el mundo sonrie con harto desden á los sentimentalismos excesivos de este hogar que no ha querido prever los efectos de la hospitalidad.

»Pronto me tranquilizó vuestra eleccion discreta, elegante en el moviliario. Es de un gusto delicado y severo. Habeis previsto para vuestro cofrecito, los ancianos padres, las tristezas, las meditaciones. Las formas son cómodas, sin afectar un rebuscamiento de indolencia que disgustaria á vuestras visitas.

»Los objetos de arte son bastantes en número para halagar la vida ideal, y y bastante raros para no descorazonar á la vida real.

»No habeis tenido la anhelante admiracion de las antigüedades. Un ajuar nuevo en un museo, es una cuna en una caja de momia.

»Vuestro gusto, queridos mios, se ha demostrado hasta en las cosas de la industria vulgar, nada hay chocarrero; todo os va bien, todo os hace juego en ese oásis en que el silencio reina dulcemente.

»No he tenido necesidad de recomendarte la familiaridad que debe reinar entre os sillones, las mesas y demás accesorios de salon.

»Puédese, en un arreglo del mejor gusto, establecer una gracia, un aire, una ligera regularidad armoniosa que rompe con la simetría, dándole una belleza que ofrece al que la visita un encanto y le asevera una hermosa estancia. El órden absoluto, como todos los absolutos, perturba tanto á la simpatía como todos los desórdenes.

»En mi juventud, conocí personas amables, hospitalarias de intencion, que no permitian tocar un sillon de su sala, y que para mayor seguridad habian clavado todos los muebles de sentarse en la pared. Sentíase una especie de terror en aquella morada metódica. Llamábase á tal salon: *sala de la tortura*. Creíase uno sobradamente interrogatoriado en ella. Al pasar de ciertos meses, nadie volvia ya á confesarse allí.

»La primera habilidad de una ama de casa, es aparecer siempre dispuesta á atender á los que la sorprendan, y tener para ellos dispuesto el mueble de su predilección.

»¿Recibirás tú, pues, *al* mundo ó *del* mundo visitas, desde el primer año de tu matrimonio? Sí, ¿en pequeñas tandas de tertulias musicales? Acaso.

»La soledad os place, mis queridos hijos; estais todavía en la isla desierta; empero tendreis necesidad, caballero y señora Robinson, de establecer vuestro viernes; permitidme este espantoso juego de palabras; toma, ó elige tú el lunes, para no coincidir tu dia de visitas con el mio.

»Piensa sériamente que tu esposo tiene deberes sociales que cumplir. Por modesto que sea, tendrá necesidad de tomar parte, en grande ó pequeña escala, en el combate de la vida; tendrá necesidad de aliados, y tú de auxiliarle en elegirlos. Si no temiera aparecer sobradamente precavida, te diria que tú le ayudarás asimismo á escoger sus enemigos.

»Haceos, pues, el cargo, antes que os veais azotados por el desencanto y el hastío, para que no os veais en la violencia de cerrar puertas el dia de una irrupcion del mundo. Haceos vuestras *relaciones*, para que no os veais obligados á *sufrirlas*. Tomaos todo el tiempo que querais, pero empezad por madrugar. Proveeos de amigos, á medida que los halleis buenos, á fin de que no tengais que soportar un tropel de amistades de ocasion, el dia de una alegría ó de una desgracia.

»Tú supiste elegir perfectamente tus amistades de soltera. Ten, al menos, igual cuidado, hija mia, en elegir tus amistades de recien casada. Ahora sois dos á quien las amistades pueden dañar; el mal, pues, fuera por duplicado. No todas las mujeres de tu edad podrán cuadrarte bien... somete, pues, á la prueba, antes de entregarte, esa afinidad ó semejanza de situaciones que confunde harto pronto los hogares, sin haberse hermanado los caractéres.

»Vela por tu felicidad, como yo velaba por tu salud, con precauciones de todos los dias, por la higiene de vuestros corazones, y no por exóticos quebraderos de cabeza: ¡No seas celosa! No dejes á tu alma tiempo para serlo, ocupándote hasta tal punto que sea imposible el que lo seas nunca.

»Sé buena, laboriosa, este es el mejor preservativo; pero sé buena de corazon, porque es la única manera de serlo. Me parece inútil te prevenga contra el delirio de creerte jamás infalible; con él perderias grandes ocasiones de ser digna de perdon, de compasion; como tampoco tienes á la vez deber de creer en la infalibilidad de tu marido, pues con su pensamiento perderias el gozo delicado de poder tú perdonar.

»¿Es esto todo? Sí y no.

»La economía de la vida moral tiene analogías respectivas con la vida física, la vida de cocina: sus reglas esenciales no son numerosas; pero las combinaciones de las salsas, los arreglos y especias varian al infinito.

»Eres sobradamente buena cocinera para no ser excelente moralista.

»Tu última carta, hija mia, tenia cierto aire de una niñita espavorizada, que me ha dado mucho que reir; lo cual no estorbará para que te riña.

» Tú eres una cristiana sincera; pero tu amor, sin que tú lo eches de ver, te juega la treta maliciosa, en estos momentos, de inspirarte una devocion pagana!

» Sí, señora; cuando te quejas de no poder conseguir que tu marido practique contigo la religion; cuando tú te mueres porque sea él quien te dé con sus dedos el agua bendita; en todo esto eres presa extravagante de una coquetería que no es tan cristiana como tú te imaginas; quieres prestar testimonios al cielo, y ensayas los escondites deliciosos del Eden para devorar tu manzana.

» Será menester que te confieses de todo eso, mi querida devotita; confesarte con el señor y dueño de tu hogar ante todo, y no volver á delinquir pecado de fanatismo, que podria alterar la paz de tu casa, sin lograr la conversion de tu marido.

» No te has quejado de ello, ya lo sé yo, y te lo digo antes que tú me lo digas á mí. Empero el ojo de una madre no debe perder fácilmente su largo hábito de penetracion. He adivinado un suspiro en el sonris de tu carta, y si yo no te hiciera en esto parar mientes, á no tardar muy mucho tú llegarias á tener á tu esposo por un impío.

» Por de pronto, mi amada Luisa, dime: ¿conoce álguien jamás el fondo de la impiedad humana? Muchas veces hay bastante fé mal colocada hasta en blasfemias extravagantes. No todos los que se niegan á las prácticas religiosas son fatalmente ateos.

» Yo no desconozco tus escrúpulos, los he experimentado yo misma. Toda MUJER que quiera vivir (como debe) la vida moral é ideal de su marido, ha de venir á probarlos un dia.

« Tu padre es un hombre pensador. Yo quise en los primeros hervores del matrimonio, hacerle pasar por una especie de noviciado. En mi tiempo la prueba tenia menos peligros. Habia en la atmósfera un resto de aquella efusion religiosa, que inspirára á nuestros grandes poetas, á nuestros grandes oradores, á nuestros grandes artistas. Chateaubriand, Lamartine, Víctor Hugo, acababan de cantar sus plegarias, y nosotros las oíamos aun cuando ya no cantaban.

» Tu padre los oia conmigo con tanta complacencia como sentia mi alma; empero cuando quise que tradujera en actos de la vida práctica religiosa aquella complacencia, cuando trataba de reducírsela á fórmula que me servia de oratorio, se resistió con tanta suavidad como firmeza. Él reclamó su libertad, yo me sometí porque sabia el culto sacro que él prestaba á la mia.

» Sin embargo, él me amaba muy mucho, y no dejó de ser nunca un espíritu religioso.

» Desde entonces no hice mas pruebas; pero todas las ocasiones que nos reunian un dia, ó un hecho fausto: en vuestros natalicios, por ejemplo, queridos hijos mios, en vuestras primeras comuniones, en tu matrimonio, en tu casamiento, al plegar yo mis manos para orar, siempre sorprendí la complacida mirada, cariñosa, plausible, tierna, de tu padre, Él pagaba con su estimacion lo que yo elevaba al cielo por las alegrías de la tierra; él no tachó jamás ni de tonto ni de ridículo, ni bastante filosófico, el que yo expansionara mi corazon en la plegaria, cuando

rebosaba gozo; yo á mi vez hallaba su filosofía tan tolerante, que no podia tacharla de intolerable.

»En las horas de tristeza, de luto: al dejarnos nuestros padres, al morir mi primer hijo en mis brazos, siempre hallé la misma aprobacion en los ojos de aquel hombre decente. Jamás le pedí que obrara como yo; él tampoco me sometió nunca á pensar y creer como él. Constantemente su respeto acompañó mi devocion. Jamás se provocaron nuestras conciencias. Mi amor sumiso, la paz de nuestro hogar, la conveniente y saludable direccion que yo daba á vuestra educacion é instruccion, y á su tiempo á vuestra piedad, le parecieron siempre prendas suficientes para no vivir intranquilo por lo que pudieran decirme en la iglesia, y la serenidad de su inteligencia, su lealtad, su bondad, me han tenido siempre tranquila tambien respecto á su fé, que él llamaba la duda.

»Haz como yo, hija mia. Estamos atravesando un tiempo de cuestiones religiosas y cuestiones políticas. Nuestro cometido es bien sencillo. Abramos las ambulancias discretas de las conciencias heridas; curémoslas, sin envenenarlas; curémoslas con la buena salud de nuestras almas.

»Es menester convenir que tras tantas y tantas revoluciones, controversias y escándalos, los hombres son algo excusables por sus dudas; dudas que son la enfermedad de la crescencia del espíritu humano.

»Se hace demasiada honra á la materia y á la industria con atribuirles la fiebre moderna. Yo tengo para mí, que haya causas mas grandes para semejante inquietud. Los que tan maravillosamente hojean el cielo, la tierra y los mares, buscan un nuevo Dios. Si dan la vuelta á todas las cosas, para reunírsenos en el punto de partida; si han de venir pronto ó dentro un siglo á reconocer que el nuevo Dios es el Dios antiguo, ved lo que hoy no podemos precisar, hija; empero toda vez que ellos andan en investigaciones, seamos indulgentes; preparémosles el abrigo para cada descanso, la buena palabra para cada decepcion; tengamos nuestra fé discretamente en vigilancia, para recompensarlos siempre que quieran entrar en el redil; pero guardémonos mucho de hacerles estar por fuerza.

»¡La MUJER quebrantará la serpiente! En hora buena; pero procure no equivocarse, que en vez de la serpiente no destruya anguilas. Si la verdadera serpiente quiere introducirse en tu paraiso, atráela y adormécela con un chorro de leche; luego la matarás sin sentirse de ello.

»Tú no conocerás el fondo de las opiniones religiosas de tu marido hasta el dia que lo veas de rodillas á los piés de tu tálamo para recibir tu primogénito, el Mesías, el salvador de las almas paternales! Tú verás si su mirada va acompañada de las lágrimas que yo sorprendí siempre en los ojos de tu padre en casos semejantes, y si exclama como él: ¡Dios mio, qué bonito es!

»Por lo que hace á las opiniones políticas de tu esposo, respétalas, sean cuales ellas fueren. Es conveniente que un hombre pertenezca á un partido. Él no tiene la culpa de que los partidos sean muchos y que se vea obligado á elegir. La única aspiracion que en este punto debe tener la MUJER dócil, patriótica y espiritual, es

que la política jamás rebaje la dignidad de su marido y que ninguna sombra notable empañe su buen nombre.

»¡Cuántos hombres de estado que no han variado en su carrera, diplomática ó parlamentaria, sino para complacer la coquetería de sus mujeres, ambiciosas de un título, un destino ó un cintajo!....

»Vela sobre esa conciencia varonil, de la que tú eres solidaria. Si cimbrea, sostenla; si se yergue, sostenla mas aun; hasta en la gloria, proyecta sobre ella el reflejo de tu conciencia serena, modesta, tranquila.

»Antes se dijo que los antiguos salones hacian pacíficas las luchas políticas y religiosas...

»Empero mas que los antiguos salones son de desear que se multipliquen los hogares amables, indulgentes, tolerantes.

»Para conseguir esto del tuyo, pon tú desde luego con eficacia manos á la obra, querida hija mia.

»Los hombres que nos halagan, para ahorrarse el tener que juzgarnos, y que nos reconocen el arte de todas las diplomacias, para justificar á veces sus malas tretas, proclaman á drede, con cola el *tacto* femenino.

»Pesadas responsabilidades nos imponen con esta palabra; es nuestro elogio y su grande escusa. Esta ciencia infinita de las precauciones, nosotras jamás la poseemos bastante. Haz de ella tu constante estudio, y cuando se subleve tu conciencia de las audacias de libertad que se tome, en religion ó en política, la conciencia de tu marido, dí perfectamente para tí que la primera condicion para las mujeres de salvar á los que aman, es no atarlos por su salvacion...»

Este lenguaje supone, es verdad, no queremos ni debemos ocultarlo, una instruccion, una educacion sobre el nivel vulgar, sobre la escasa ó falsa medida de la educacion que se da á la MUJER, especialmente en España. Y sin embargo, ese lenguaje traduce la línea de conducta, el criterio con que la MUJER deberia llevar la marcha de su casa, habria de ajustar su conducta, su comportamiento, la armonía de su vida con el carácter, las ideas y el criterio de su marido, cuyo amor, cuya adhesion á ella, á la verdad, al bien, á la misma fé debe saber adquirirse para si y para Dios con suavidad, con no *tratar de exigir* en ese terreno cosa alguna. Merecerlo ella por el trabajo, por las relevantes condiciones con que ha de saber imprimir á su casa, y aun á los asuntos de la misma una marcha matemático-poética. La madre cuyas grandes ideas teórico-prácticas hemos en trasunto dado á conocer, en las citas que de ella hemos hecho, expone perfectamente las cualidades, la instruccion y educacion que ha de adornar á la esposa para hacerse digna de serlo y ser el faro de la familia. ¡Cuán pocas son desgraciadamente aquí las jóvenes que llegan al tálamo conyugal con la dote inapreciable de esas riquezas morales, intelectuales y espirituales, de infinito mayor valor que las riquezas materiales que pueda llevar la MUJER al matrimonio! ¡Y cuán pocos los hombres que prefieran aquellas á estas! Y luego se quejan, aunque tengan las riquezas de Creso, del vacío que la ignorancia de sus esposas hace á su alrededor, al de la educacion de sus

hijos, á la marcha y vigilancia de la casa. No tienen razon de quejarse, pues dieron la preferencia á lo material sobre lo moral, ahoran sufran las consecuencias de su mal gusto. El olmo no puede dar peras.

La MUJER que lleva al matrimonio una dote moral de riqueza de sus cualidades de espíritu, de corazon, de conciencia, de ciencia, de razon, junto con la fé y la piedad ilustradas, la manera que tan bellamente expone la madre que acabamos de citar, como está en los trances delicados de su vida, empezando en el máximo de su primera maternidad, en sus ideas, en las aspiraciones de su alma, podrá estar segura de contar con la dulce cooperacion unitiva, solidaria, mas que fraternal del amor y concurso de su marido, que estará con ella hasta en la nobilísima accion de la plegaria eucarística al cielo por las bendiciones de Dios. La madre y jóven esposa descrita y educada por la manera de aquella hija de la citada escritora, sabrá hacer los milagros que debe saber obrar muchas veces en su carrera del matrimonio; milagros consigo mismo de dominio de sus pasiones, de sus genialidades, de sus caprichos, y á veces de su razon por el sacrificio, el sufrimiento, la paciencia milagros con su marido con saber sobrellevar sin violencias, sin bruscas contrariedades, las diversidades que puedan existir entre los caractéres suyo y del esposo, entre los gustos, las inclinaciones, la educacion, las ideas, los sentimientos, que contrariados de frente, sin discernimiento, sin tacto, sin tomar en consideracion que para que á uno le sufran es preciso saber sufrir á los demas, producen choques y rompimientos que no conducen á nada bueno: milagros con los hijos sabiendo trazar una recta á sus corazones en dulces, suaves y elevados sentimientos y costumbres, y elevando su razon en fraternal abrazo de la ciencia y la fé, de la luz natural con la sobrenatural, enseñándoles prácticamente y aun racionalmente no solo á no hacer reñir en su espíritu y en su vida esas dos hijas de Dios, sino que en él y en ella vivan constantemente en paz, en mútuo auxilio segun las ocasiones y las necesidades y los tiempos, no dejándose imponer por bastardas é ilegítimas y ciegas ó interesadas influencias que perturben su corazon, su alma, su conciencia, su armonía con su esposo, con la felicidad del santo templo del hogar, con los sagrados intereses de la educacion y porvenir y union de su familia, de sus hijos, que mañana han de formar la sociedad...

CAPÍTULO III.

EDUCACION FÍSICA.

El alumbramiento.—Deberes de los esposos en este suceso trascendental de la familia.— Asistencia facultativa.— Lactancia.—¿Puede la madre lactar? Pues debe hacerlo.—¿Está imposibilitada á juicio facultativo? Debe abstenerse de lactar aunque sea sacrificando su gusto.—Nodrizas.—Lactancia artificial.

Si todas ó la mayoría de las esposas, de las madres, vinieran á serlo con las disposiciones que á su hija señala y desarrolló en su alma, en su corazon y en sus actos la madre que hemos citado en el capítulo anterior, no empezarian á ver eclipses en su felicidad doméstica al ponerse su luna de miel, no verian venir al mundo á su primer fruto de bendicion en las sombras de esos tristes eclipses: sí, tristes para ellas, tristes para la familia, tristes para la sociedad en sus consecuencias, en sus resultados.

¡El alumbramiento de un nuevo astro en el firmamento de la familia humana convertido en un eclipse! Y con todo y ser triste, es sobrado positivo y sobrado frecuente. Al acaso, ó con miras torcidas se fué al matrimonio; ¿cómo ha de llegarse por rectas y floridas vías al nacimiento, á la florescencia de un efecto de aquel torcido acto que fué su causa? Es ley general que los efectos se parezcan á las causas. Si la causa, si el matrimonio hubiese sido una plácida fiesta del amor, de la inteligencia, de la armonía moral de condiciones y caractéres, el efecto, el alumbramiento seria, debia ser, y es en los matrimonios armónico-morales, la coronacion de la primera. Huyendo y condenando los en que la dicha de aquella armonía no reina, vengamos á la descripcion del natalicio del primogénito en el seno de un matrimonio, de un sacro hogar de paz, de armonía, de ventura racional; justa, equilibrada, constante...

¡El primogénito!

¡Aparicion misteriosa!

Astro fulgente si luce en cielo sereno; como el modelo que podemos contemplar en el tálamo amoroso, racional, preparado por una excelente educacion, por una instruccion, y quisiéramos fuese la comun, y este es todo nuestro afan tanto en nuestros trabajos de cada dia, cuanto y especialísimamente en el de la presente obra, por la irradiacion práctica y luminosa de una madre digna de serlo, y además

Amor Materno

(CLASE MEDIA)

completado por la conjuncion de un marido cariñoso, ilustrado, que no buscó en el amor, en el matrimonio la saciedad del hambre del oro ó de otra bastarda pasion; sino lo que Dios y la justa razon señalan que debe buscarse, la nobleza del amor puro, de la sociabilidad cariñosa, la cooperacion de la vida propia y de la que debe ser reproducida, ampliada y llevada á los fines santos, sublimes, augustos que la ley eterna preceptúa.

Ved la sublime sencillez y alborozo con que en ocasion semejante se expresa con su hija, pudiendo servir de gran enseñanza á cuantas quieran aprender en tan santas doctrinas:

«Y bien, hija mia, dice, ¿héme equivocado? Ó mejor, pues, no quiero ni sombra de orgullo en tan célico gozo, ¿podia el cielo engañarnos? Sabes que repetidamente te he afirmado que esta vocacion de nuestros corazones no era una falacia, un bromazo cruel; yo te decia: ¡serás madre, seré abuela!

»Yo te saludo, hija mia, llena de gracias. Yo saludo á tu marido. Yo os abrazo, yo os bendigo!

»Has hecho bien en esperar cinco meses, antes de darme esta noticia. Yo soportaba con mas calma esa inquietud, de lo que hoy puedo soportar la espera! Tu carta ha echado por tierra mi ciencia y mis cálculos. Creíame fuerte en estos, pero veo que no lo soy gran cosa. Desde esta mañana yo lloro cuando veo reir, abrazo y beso como si fuese una piel suave y perfumada el papel que me trae esta buena nueva, yo contemplo las palabras, las escucho. Balbucean con voz de niño que me penetra el alma, que me la lleva como fuera de mí...

. . . . . .

»Mira, me veo obligada á hacerme violencia, á escribir en línea pautada. La línea que escribo ahora, está inundada de lágrimas. El beso que en ella te envia mi alma, va como flotando en lágrimas.

»¡Qué es esto! Así, ¿tan cobarde se hace una cuando llega á ser abuela? Yo querria exhortarte, darte buenos consejos, decirte cosas razonables. Teníate preparadas lecciones prácticas. En ellas hay toda una higiene, y no como quiera, sino una higiene físico-moral para estas circunstancias de espectacion.

»Empero ese *caballerito* con un su piececito de rosado color, acaba de derribar todas las galanuras de mi ciencia, todas las prescripciones de las comadres con las de las comadronas. Ya no veo yo mas que á él, no veo mas que á él; no tengo en la cabeza ni en el corazon sino campaneos; repico á nacimiento, repico á bautismo, repico, repico... Estoy loca; siéntome ya santa en el cielo, ¡tanto me arrebata esta locura hácia Dios!

»¡Ah! cuánto debe amarte ahora tu marido; puesto que yo, siendo así que soy tu madre, que creia haber llegado á la cima del amor maternal, te amo diez veces mas, solo empiezo á amarte bastante.

»¿Sufres? Mira cuan cruel soy: necesito saber que tú sufres algo, todas las mañanas, para estar mas cierta, para que este amoroso sufrimiento refuerce tu afirmacion á fin de que la duda sea imposible.

»Nosotras estamos porque el primogénito sea niña; los hombres están porque sea niño.

»No tengas miedo á esta divergencia. Tú te irás convenciendo de que cuando se derrama la luz, no significa nada ceder un dia. Respecto al alumbramiento he de advertirte que solo las malas madres, las mujeres sin carácter miran con espanto ese dia memorable. Súfrese, es verdad; pero para venir á una paz tan grande, que tiene el secreto de hacer alegrarse por el sufrimiento.

»Tú, hija mia, ya sé que miras con serenidad esa crisis sublime que mezcla los dolores del cielo sobre la tierra con las palmas de un martirio embelesador.

»Cuando este tenga su término, teniendo tu fruto de bendicion en tus brazos, cuando hayas sido herida por su primer grito en tu seno, antes de serlo por su boca en tu pecho, levantarás tus ojos hácia nosotros para decirnos: ¡Qué! ¿no es mas que eso?

»Pues no, no es mas que eso; algunas horas de angustia, una hora de dolor para toda una existencia de delicias!

»Sin embargo, querida mia, es menester no envanecerse por este martirio. Solo es permitido suavizar sus albores. Antes de ese grande esfuerzo, cánsate todos los dias un poco, anda mucho, aunque te pese.

»¡Cuánto me gustaria verte andar! ¡qué imponente debes estar! hermosa, con tu cara algo pálida, con tus plácidos ojos, vagando de acá para allá, que parecen ya buscar al objeto deseado, presente é invisible, con tu nariz abierta, aspirando por adelantado esa flor de tu seno.

»Recuerdo haber visto viajando con tu padre por Holanda, en Amsterdam, si mal no recuerdo, un admirable cuadro de Rembrandt; es la MUJER de un alcalde; seria de tu talla actual; vestida con un traje negro, adornado de encajes en el cuello y bocamangas; tiene sus hermosas y blancas manos cruzadas sobre lo alto del estómago! El gran pintor nunca jamás ha desplegado tanto genio como en esta representacion peregrina, fiel, brillante, de la maternidad.

»Si quisiera yo comunicarte todo cuanto cruza por mi mente, no acabáras tú de burlarte de tu pobre madre.

»¡Cuán bien comprendo yo ahora el divino cuadro de Leonardo de Vinci, que casi se adora en el Louvre; Santa Ana teniendo sobre sus rodillas á la Vírgen madre, que tiende sus brazos á su hijo! Es el símbolo, el misterio de la ternura de la madre y de la abuela.

»Yo tambien, desde que recibí tu carta, os llevo á los dos, á tí y á tu hijo!

»¿Por qué me asaltan recuerdos de arte, de cuadros? ¿Por qué tengo necesidad de adornar con las obras del genio la habitacion de la primera cuna?

»¡La cuna! Corre de mi cuenta. Soy la madrina. ¡Madrina de mi primer nieto! Esto parece menos que ser abuela. Pues bien, querida hija mia, es mucho mas, cuando una reune ambos caractéres. Grande es el gozo de ser abuela; grande la gloria de ser madrina.

»Ahora ya puedo hacerte una revelacion: hace acaso mas de un año, que sin

decir nada á nadie, y sobre todo ocultándome de ti, preparaba el canastillo. No me pesa de haberlo tomado con tanta anticipacion, no ya para tenerlo listo cuando se necesitára, sino que si no lo tuviera terminado, con el delirio que me domina, acaso haria locuras; al paso que con calma, me parece habré estado en lo conveniente, habiendo hecho mi estreno con gran sosiego.

» La cuna será agradable, confortable, como una cuna de Lapon. Parece que esta raza helada tiene el genio de las precauciones cálidas. Tú verás las seis colchitas de pluma en seda-piqué con encajes de guipur para los piés, hechas por mis propias manos! Es la mejor obra maestra de mi vida. Los seis pañalitos festoneados parecen pequeños manteles de altar.

» He cortado las capillas segun las de tu última muñeca. Están perfectamente á medida tanto las de franela como las de batista. Cuando las pongo sobre mi puño y lo miro, me hace ilusion. Tu pobre padre, que será acaso menos cuerdo que yo, está persuadido que yo voy saqueando todas sus camisas, sus hermosas camisas de tela, para darte camisitas suaves, usadas, pero que no por esto se romperán, al paso que dejarán de molestar los miembrecitos de nuestro amado Baby. Sin empezar camisa alguna nueva, sino sacrificando un pequeño mantel, te cortaré fácilmente cinco docenas.

» No te fatigues, pues, hija mia, en trabajo y compras. Entretente, si te parece, en hacer á la aguja los pequeños borceguíes. Esto es lo único que dejo para tí. Tu ajuar flamante, por otro lado, no te facilitaria cosas viejas que utilizar.

» La ropita para el bautizo está hecha de la tuya que he utilizado. Podrás mirarte en ese muñequito, como yo me veré sobre la almohada en que tú descanses tu cabeza fatigada despues de la prueba. ¿Esperaremos la salida á misa para el bautismo?

» Temo el entusiasmo de acapararla, tomarla harto prontamente, si la llevo á la iglesia, antes que tú estés bien, á esa pobrecita, á esa Luisita, porque así se llamará.

» Perdóname que vuelva otra vez á esta vision de una nieta; pero no tengas pena si esta esperanza saliere fallida. En cuanto á mí me creo con fuerzas para consolarme en este caso. Despues de todo, ni yo, ni tú, ni tu marido, ni nadie podemos hacer en esto cosa alguna: lo que haya de ser será.

» Tampoco caigas en la tentacion de rebuscar oráculos en ciertos síntomas. Tu médico te dirá que los mas hábiles no saben una palabra; y que es tan inútil consultar las cartas, *hacerse echar las cartas* como consultar los prácticos mas célebres. La naturaleza nos ha vedado la certitud en este punto, y exige que nos preparemos á amarlo todo para recibirlo todo. Si te sientes con algo mas ó menos de malestar, no te prepares á agradecerlo á tu señor hijo en preferencia á tu señora hija.

» ¡Ah, ya la veo! ¡Qué bella es! tiene un gracioso hoyecito, como tú, en la barba, en la mejilla. Sus bellos y gruesos labios se mueven tan graciosamente para sollozar, para hacer *su pucherito*, que le da á una ganas de hacerla llorar sin otro

objeto que reir. ¡Es tan bello este primer pequeño enfado! ¡Es tan fácil de secar ó beber este llanto!

»¡Cómo sonrie en este momento! Dámela para comerme esa dulce piel...

»Dí por fin á tu marido que es hombre sublime, que se porta como debe y que le abrazo con efusion.»

Ved ahí cómo luce la felicidad del hogar en el alumbramiento de las primicias del matrimonio llevado á cabo con las predisposiciones, con las cualidades morales y aun sociales en que se da más la estima relativa al órden moral que al material, que la MUJER ha sido educada á la altura debida teóricamente, y en la práctica ha tenido la excelente guia de una madre ilustrada y que no solo sabe sus deberes elevados y humildes, sino que sabe cumplirlos y enseñarlos á cumplir, conforme vemos en la madre digna que hemos citado; matrimonio, en el cual además, aparece el complemento de un hombre, de un esposo digno, ilustrado, cariñoso, que así como en la eleccion de esposa supo estimar con preferencia las cualidades del alma á las del cuerpo, las riquezas morales á un puñado de oro, despues sabe perfectamente hermanar el cumplimiento de sus deberes de director de su casa con los humildes del cariño de esposo. La felicidad brilla en este hogar, en toda familia constituida por este procedimiento racional, filosófico y cristiano, porque su naturaleza, su constitucion, su economía hánse generado y siguen dentro el órden eterno y natural; sus elementos responden en principio y medios á la grandeza é importancia de los fines de la familia. Por eso los efectos, los resultados, la marcha de esos matrimonios que sin las retrospecciones poco prácticas de La Play podemos llamar prototipos, modelos, focos de salvacion, de regeneracion social.

El criterio racional selectorio que las prendió, sigue acompañándolos en su itinerario, sus actos, los importantes pasos de su vida. Por lo mismo, la asistencia que á la madre en su alumbramiento se le dé cariñosa y racionalmente, se apartará de la rutinaria, ciega, vulgar: tendrá la madre en ese trascendente suceso primero de su nueva vida, personas cabales de ambos lados de su connubio, que sabiendo reconocer en el esposo el foco de direccion, sabe asimismo prestar un apoyo gradual y respectivo, y cuando este no es necesario, sabe no ser rémora, estorbo, entorpecimiento. De ahí que la rutina, la supersticion, el ciego *siempre se ha hecho así, todo el mundo lo hace de este modo*, no impondrá allí su tiranía; sino se puede dar con una comadrona ilustrada, facultativa en su clase para los casos corrientes, viables, no faltará el facultativo, la persona indicada, y siempre estará éste en su puesto á la menor dificultad que aparezca en lontananza. Así se deben hacer las cosas, racional y regularmente, y de este modo se verifican en las casas, en los hogares, cuyos matrimonios no se han formado sórdida ó casualmente, no han parecido como setas. En estos hogares, en estos matrimonios que podemos llamar modelos, ejemplares, porque desgraciadamente son en menor número, sin que se acostumbren con miquerías de mimos, de muecas, que muchas veces están lejos, muy lejos de la realidad, no faltan jamás, y menos aun en sucesos como el que venimos exponiendo, ni solicitud, ni ternura, ni delicado

amor en convertirse los cónyuges mútuamente en servidores que toman vez, que segun las circunstancias y las necesidades el esposo sirve á la esposa, ó esta á su marido, porque no hay para todo caso, y mas especialmente para los de carácter íntimo, servidores que puedan reemplazarlos. El filósofo por nosotros citado tantas veces, tiene sobrada razon cuando sostiene que debia suprimirse toda intermediaria en el servicio conyugal, no doméstico, que no es lo mismo, y que en ese servicio interior no puede hallarse quien tenga ni caridad de ventajas sobre el mútuo de los esposos.

Acaso se objete á esto las ocupaciones; pero realmente es ó la moda ó la pereza lo que se opone á aquella supresion de cámara, á aquel delicado y recíproco deber que el amor de los consortes deberia dictarles y hacérselo fácil y hasta agradable. De esta suerte es realmente en los matrimonios que se aman de verdad, y ni en salud ni en enfermedades ni en otros casos buscan quien les reemplace en aquellos deberes, que si no son de rigor, deben considerarse de delicadeza, de cortesía, de amor, puesto que nada puede suplir un obsequio de amor. Satisfechos, cumplidos plena y amorosamente los deberes de familia, los conyugales, sobre todo en el suceso delicadísimo del alumbramiento, puesta ya la jóven madre en viabilidad de restauracion, en camino de restitucion de fuerzas, de salud, y prodigados á él ó al recien nacido los solícitos cuidados de los primeros momentos, viene inmediatamente la cuestion de su lactancia.

¿Quién debe lactar al recien nacido, á la recien nacida? En general, la madre. Esta es la ley natural, contra la que conspiran la vanidad, la moda, la frivolidad, la fiebre de la diversion, de la vida muelle, de la vida de la calle, de fisgonería, de visitas.

Si hay una ley general, existirá otra particular. ¿Para qué y para quiénes? Para la imposibilidad, para la inconveniencia de lactar; para la madre que no tiene suficientes fuerzas, bastante néctar de vida para su hijito, para su hijita, para las madres que en lactar á sus hijos hallarian ó la muerte ó el detrimento suyo ó de los frutos de sus entrañas.

¿Quién debe determinar estos casos? El médico de la familia, el médico de ciencia, conciencia y confianza. Una vez determinado si la madre puede lactar ó no puede, viene la solucion. En el primer caso no hay que discurrir: ¿puede lactar? Sí. Pues debe lactar la madre, y esta es la grande, la natural, la augusta solucion. ¿No puede? En este caso vienen dos cuestiones. ¿Se lactará con leche artificial, con viveron ó se entregará, se buscará á una nodriza para que lacte al recien nacido, á la recien nacida? En este segundo caso, la nodriza llevará y tendrá el niño en su casa, ó se la tendrá en ella en casa del niño. ¿Qué condiciones debe realmente reunir el ama en sí y en su familia?

Tales son las cuestiones que es preciso se preparen, se les disponga soluciones *á priori*, de antemano, en lo posible, para no faltar ni á los deberes de la madre, ni á las conveniencias verdaderas de la vida, de la salud de aquellas y de su hijo ó hija.

¿Las soluciones para cada uno de estos casos ha de ser la misma para la MUJER de la clase media que las que hemos dado ya para casos correspectivos de la MUJER de la clase alta? Sí y no. Sí en el fondo, sí relativamente hablando; no en la forma, en el modo, en la aplicacion.

En la cuestion de fuerzas, de salud de la madre para la lactancia, no hay porque decir que la solucion no puede ser mas que una, ha de ser igual para una y otra clase, tomando además en cuenta el trabajo á que pueda la MUJER de la clase media tener precision de atender en la marcha ó negocios de su casa.

En la solucion de la clase de leche con que ha de lactarse al niño, en caso del dictámen facultativo de no poder la madre sin perjuicio suyo ó de su hijo, entra tambien el dato diferencial de la misma ocupacion á que acabamos de referirnos, por la cual la madre podrá cuidar por sí misma con mas ó menos asiduidad aquella clase de lactancia que requiere nuevo cuidado, limpieza, atencion, interés, que es imposible, ó al menos sumamente difícil tenga quien no sea madre, abuela ú otra persona de esta gerarquía de familia. Aun en este caso debe ser presidida, señalada ó indicada la manera y fórmulas de esta lactancia artificial, bastante delicada, por el médico de la casa ó amigo. Esta clase de lactancia dentro de estas condiciones de peso y razonabilidad y bien entendido interés, tiene indudables ventajas para todo caso de imposibilidad física ó moral de la de la madre, especialmente para la clase media. La lactancia de nodriza en su casa tiene menos inconvenientes que en la casa de la familia del niño ó niña que se va á lactar.

Trataremos separadamente cada uno de estos casos.

¿Hay necesidad de demostrar el sagrado deber que tiene toda madre de nutrir á su hijito ó hijita con el néctar de vida que á su nacimiento puso Dios en sus pechos, siempre que su salud y estado se lo permitan, á juicio de la misma, del facultativo y del marido? ¿Es menester encomiar las ventajas de la posible nutricion maternal, y las contras de la mercenaria, sobre todo si la necesidad no obliga á recurrir á esta? Creemos que no se necesita gran fuerza de argumentacion para evidenciarlo, ni para poner de manifiesto la cuasi-criminalidad de las madres que por moda, por muelle é incalificable comodidad, por capricho, por frivolidad cobarde del que dirá el orgullo majadero de una sociedad tonta y ligera, de que no tenga en casa, no exhiba en paseo, en sitios públicos y privados el mueble de lujo de una nodriza rozagantemente uniformada llevando una *sota*, una ayudanta de campo con quien compartir la carga del niño ó niña, cuya augusta reparacion, nutricion, vida desdeña y confia, sin mas motivos que los fútiles apuntados y otros de la misma índole á manos y sangre mercenaria, á quien tendrá que tener mas gratitud, mas cariño que á su madre! Sí, mas que á su misma madre, porque esta ha tenido el mal gusto, el mal corazon de buscarle otra madre que la sustituya sin razon en tan sagrados deberes, en tan augustas funciones.

Y esto no se nos diga que es una fantasmagoria, una invencion de nuestra imaginativa, un cuento de nuestro repertorio, no; desgraciadamente es una historia real, positiva, de una generalidad y extension harto excesiva, porque no hay valor, no hay

ciencia y conciencia del deber puro y puramente llenado, realizado, para oponerse rigorosa, pública, palmaria y noblemente á la ligereza, á la frivolidad, al escándalo con que la sociedad en ciertas épocas, en ciertas clases, en ciertas modas huella las flores y los frutos del bello campo de los mas preciosos deberes. En el punto que nos ocupa, hallamos esta inconsecuencia, esta muellería, esta debilidad en hollar y permitir se huelle tan precioso campo impasiblemente hasta en el dejar hacer, hasta en la falta de carácter de los maridos, que no tienen ni luz en su razon para iluminar esplendorosamente á la de sus esposas, ni firmeza ó carácter para hacer sin tiranías ni violencias que en vez de hollar el campo del deber, sepan noble y sériamente hollar las frivolidades de insanas corrientes de vanidad ó de muellería.

Ya comprenderá todo el que nos lea de buena fé y con una chispa de inteligencia, que venimos hablando de la firmeza en este punto sola y particularmente de los casos posibles, de todos los en que no haya de ser en perjuicio de la salud de la madre ó del niño, porque en este caso somos los primeros en sostener que la madre no debe lactar á su hijo, aunque sea padeciendo los nobles sentimientos del deber y del amor de una buena madre, que debe siempre hacer y gobernarse y gobernar cuanto esté en relacion con su influencia en la alta mision que en la familia y en la sociedad tiene por la divina y sapientísima Providencia asignada. En estas privaciones, para estas excepciones de lactancia maternal, excepciones impuestas por otras excepciones de fuerzas, de salud, de robustez, del néctar materno, es cuando única y necesaria y lícita y legítimamente surge la lactancia extranatural, forastera, artificial ó de nodriza.

La lactancia del viveron, de leche animal tiene, á nuestro humilde parecer, ventajas apreciabilísimas sobre la lactancia mercenaria; pero aquella requiere ser trazada, formulada, dirigida por el médico amigo ó de familia, llevada á cabo por el cuidado de la madre misma, de la abuela ó de otra persona similar, experimentada, de la familia, que mire aquel cuidado como una cosa sagrada, de interés trascendental, como que de él depende la vida del niño ó niña, objeto de toda esa solicitud. Además de la direccion facultativa, del ojo y mano, y vigilancia y solicitud de la madre ó persona indicada, es necesaria una gran limpieza y exactitud en ejecutar las prescripciones. Todo esto parece un mar de dificultades; empero es sumamente sencillo, si se tiene un regular cuidado en enterarse desde el principio del procedimiento, de la fórmula facultativa, si hay el amor debido y el interés que debe cuidar un corazon por el que corra sangre confin ó afin con la del ángel, cuya vida tienen confiada, y deben mirar como un encargo tan sagrado de que Dios les ha de pedir estrecha cuenta.

De esta suerte practicada la lactancia artificial tiene innegables ventajas sin los inconvenientes de la nodriza, de la cual vamos á ocuparnos.

Segun indicamos al iniciar este capítulo, en este punto, se presentan las cuestiones prévias de si ha de lactar la nodriza, en su casa ó en la del niño ó niña, cuya lactancia se le va á confiar porque á ello obliguen las razones indicadas, y las condiciones morales y físicas que en uno y otro caso deben concurrir en la nodriza.

Llamar, buscar, hacer de una aldeana una desterrada, una divorciada con su esposo, con su familia, con sus propios hijos, su patria, sus costumbres, sus hábitos, sus virtudes, todas sus maneras de sér, de vivir, de existir, para convertirse en una planta exótica en la ciudad, en la casa de la familia que la destierra para que lacte mercenariamente al hijo ó hija por quien no siente mas atractivo, mas simpatía, mas cariño, mas amor que el interés sórdido que como cebo la atrae del aire puro, de la vida sencilla al aire emponzoñado de la ciudad, á la vida muelle de una casa que le parece desde luego una morada fantástica, y al poco tiempo una mina por explotar, con pequeñas é impertinentes pasioncillas que se le dispiertan y disparan, no puede ser, en general, mas que cometer un doble atentado, una duple lesion á dos casas, á la de ella y á la del niño, á cuya lactancia se la lleva por un cebo de oro y de regalada molicie.

El daño hecho por esta aberracion á la familia de la aldeana, y á ella misma, es evidente, puesto que á aquella se la desquicia arrebatándole su astro maternal; y á la nodriza, como á toda planta trasplantada fuera de tiempo y de condiciones, se la troncha, cuando no se la conduce á la situacion cuasi culpable de ser expositora de sus hijos, de un hijito que abandona por otro que no ama ni conoce, y si conociéndole parece que lo ama, ó es aparentemente ó en detrimento de los suyos. Si es una recien viuda, una MUJER que no tenga á quien dejar de su casa, y se le haya muerto su infantuelo, habrá menos inconvenientes en buscarla, en traerla del campo á la ciudad para confiarle una lactancia; siempre empero habrá el del cambio de vida y costumbres, el trastorno de convertir su vida frugal y laboriosa en otra ociosa, regalona, muelle y caprichosa, que dañará á su moral, á su físico, y perjudicará á la buena economía de la misma casa, de los domésticos, y si no hay buen gobierno, podrá extenderse el perjuicio al mismo niño ó niña cuya lactancia se le ha confiado, porque los excesos que sus caprichos en comer y beber y en ociosidades pueden producir malos efectos en la salud delicadísima de la niñez en esa tierna y crítica edad y situacion de continuas y peligrosas metamorfósis, tanto que es conocida vulgarmente por la edad de las loterías de la vida.

Ante la *pavorosa* idea, consejo, insinuacion nuestra de incluir, como incluimos aquí, la cuestion de la nodriza, de la lactancia por esta, en los meros casos de necesidad, á que la lactancia maternal sea suplida por aquella sin que abandone su casa, sin que deje los suyos por los ajenos, el campo por la ciudad, su hogar por un palacio encantado, su vida frugal por una vida para ella sibarítica, sus costumbres puras por la agitacion y competencia de las pasiones de una Babilonia, que desarregle dos casas, la suya por abandono, y la á que va de nodriza, exclamará mas de una madre romántica, que tambien las hay en la clase media, ¡Jesús! ¡qué horror! ¡qué tiranía! ¡qué delirio el de este autor! ¡aconsejar que se nos saque al campo, que se nos arranque de nuestra casa á estos benditos niños y los confiemos á gentes desconocidas, lejos de nuestra vista!

Pues sí, señoras, nosotros tenemos todo este valor, que no es tiranía, ni crueldad, ni horror, como ustedes creen ó fingen creer; sino todo lo contrario, está muy en lo

racional, en lo conveniente, en lo justo, porque se evitan todos aquellos inconvenientes que ya hemos indicado, con solo una privacion, que no negaremos lo es, la de no poder ver á cada instante al bendito fruto de sus corazones: pero si tienen la privacion excepcional de no poder lactar á sus hijitos, lo cual es la verdadera desgracia, no poderlos ver sino de cuando en cuando, es ya mucho menor, y algo hay que sufrir en bien de esos tiernos infantes, en bien del órden, de la buena economía doméstica de dos casas, de dos familias, que no se desorganizan con sola esa pequeña ó mayor privacion, segun sea vuestro amor real, verdadero, positivo por vuestros pequeñuelos, que teniéndolos en vuestras casas, con el ama á vuestra vista, os pasais largas horas sino dias, á veces sin verlos, porque en preferencia á ellos ¡pobrecitos! teneis las visitas, la tertulia, el teatro, la...

Y al aconsejar nosotros que la lactancia se verifique en los casos en que vosotras no podais, y solo en estos, en la casa de la nodriza, haceis espavientos sin medida, poneis el grito en el cielo contra nosotros por este consejo que no tiene dañada intencion alguna, ni despropósito chico ni grande, porque no está sino muy fundado en razon. Y esto lo sabeis bien vosotras; pero ¡la moda, el melodrama social, el qué dirán! os impiden confesarlo.

No nos reprocheis por que aconsejemos el destierro de vuestros pequeñuelos á sitios lejanos y en manos desconocidas, pues ahora expondremos las condiciones físicas y morales que deben adornar á las nodrizas á quienes haya necesidad de confiar tales joyas, lo mismo si han de venir á vuestras casas, que si llevais á las suyas á vuestros hijos para su lactancia.

Las condiciones físicas de toda nodriza, sea menester buscarla para la clase alta ó para la media é inferior, deben ser en el fondo las mismas, porque la salud y vida de esos séres interesantísimos, plantaciones preciosas del porvenir social, pertenezcan á una que otra clase y condicion, han de estimarse todas altamente. La clase alta podrá pretender mas belleza, ó mas posicion, mas vanidad ó pompa, frívolas en la MUJER que busque para amamantar á su niño ó niña, lo cual no pasa de ser otra de tantas... ligerezas sociales; empero para que sea nutriz, las bellezas, las pompas, las apariencias no son las que deben buscarse, sino la sanidad personal y de familia del ama, su buena constitucion física, su régimen ordenado, sus costumbres morigeradas, su modo de ser, de vivir, de obrar, conforme á la sana razon, moral y principios cristiano-higiénicos, ó higiniéco-cristianos.

La que reuna estas condiciones con la limpieza personal, con buena fama en todos estos sentidos, con leche sana, bastante y de tiempo proporcional á la edad del niño ó niña que haya de ser por ella lactado.

Las condiciones morales van inseparablemente con las físico-higiénicas enumeradas, puesto que nadie, por mediana que sea su instruccion, ignora la inseparable influencia de lo moral sobre lo físico en nuestra mixta personalidad, compuesto íntimo y misterioso de cuerpo y espíritu, de materia y un *quid* que no lo es, que dígase lo que se quiera por los materialistas, pertenece á un órden superior á la

materia, á un órden moral, espiritual, impalpable, pero de evidente influencia sobre nuestra existencia.

Estas condiciones morales y sociales respecto á la nodriza *necesaria*, pueden y deben, sin embargo, ser objeto de una informacion particular por parte de la familia que va á confiarle nada menos que la joya preciosa de un tierno vástago suyo para que de aquella reciba la continuacion de la vida, su segunda base en sus futuros destinos. En esta informacion debe entrar no solo la personalidad de la nodriza, que para una familia séria de la clase media no le importará la estética ó alcurnia de aquella, sino la familia consanguínea ó afin de que proceda, y en que viva, no heráldicamente sino bajo el punto de vista fisiológico-higiénico-moral-social.

De este modo racional, tranquilo y justo estudiada el ama y sus condiciones personales y de familia, física, moral y socialmente, y una vez adquirida la conviccion de su conveniencia, ¿qué dificultades pueden ofrecerse para entregarle el niño ó niña en lactancia? Ninguna mas que la privacion de verle siempre. ¿Y este inconveniente no está compensado con las ventajas consabidas y señaladas? Ciertamente que sí. Además, algun inconveniente hay que soportar en las cosas de este mundo que no es la perfeccion, que debe marchar á ella entre ventajas é inconvenientes, planicies y ascensiones.

Tal es la ley general de esta vida, y sometiéndose á ella, no hay mejor manera de dar solucion á todos nuestros actos, que este lema altamente práctico: *Del mal el menos.*

Y considerando lo por nosotros apuntado y las reflexiones que cualquiera puede ponerle como comentario, ¿quién duda que, dada la necesidad de suplir á la madre en la lactancia de MUJER, es altamente menos mal verificarlo en casa de la nodriza, si esta vive en el campo, en situacion higiénica y es de las condiciones físico-morales apetecibles?

Allí tendrá el niño ó niña lactada, aire, mucho aire, que es lo primero que necesita despues de una buena leche, y aun juntamente con esta, como dice elocuente y sentidamente un filósofo, moralista é higienista que luego citaremos una vez mas á este propósito.

Además de aire puro, recibirá los beneficios de una vida natural, sóbria y altamente saludable, no aspirará ni por la nodriza ni por sí los tósigos de las ciudades y las pulverulencias dañinas de sus faustos, sus pompas de competencias necias y de su vida desordenada. Hasta la madre misma y su esposo y los de su familia que la acompañen á visitar y besar y vigilar al tierno fruto de su amor, recibirán periódicamente saludabilísimas renovaciones de aire puro, de las delicias del campo precioso en que se nutre lozano el interesante vástago, base de sus ilusiones, dulce objeto de sus ensueños. Tememos hacernos pesados, y dejamos á nuestras lectoras los comentarios que pudiéramos seguir haciendo sobre este asunto de vitalísimo interés para los niños y para la sociedad misma, de la que son la mejor de las esperanzas, y que tantos dejarán de llegar á bien. Pondremos fin á este capítulo con la cita á que nos hemos referido poco há, recordando aquí nuevamente cuántos

millares de niños se ven llegados en flor por falta de cuidado, y esto cada dia. Al año, espanta el número de los que mueren de pocos meses, años y aun dias, y muchos de ellos ¡pobrecillos! ¡no han perecido sino por falta de higiene!

«¡El sol, el aire, la luz para los niños!

»Un ilustre observador afirma que infinidad de esos séres microscópicos, mantenidos en la oscuridad, ó en la sombra, se animalizan al sol, y se convierten en verdaderos animales. Lo cierto, lo incontestable, lo aceptado por todo el mundo, es que lejos de la luz animal vegetal, que el vegetal llega con dificultad á la florescencia, y si llega, la flor permanece pálida, languidece, aborta y muere.

»La flor humana es de todas la que requiere mas sol. Para ella, es el primer y supremo motor inicial de la vida. Comparad el niño de un dia, que no ha conocido mas que las tinieblas, con el niño de un año; la diferencia entre este hijo de la noche y el de la luz es enorme. La masa cerebral de este, comparada con la del otro, ofrece el milagro palpable de una completa transfiguracion. Nadie se admira de ello, cuando se considera que en la masa cerebral el aparato de la vision ocupa por sí solo mas espacio que todos los otros órganos sensorios reunidos. La luz inunda la luz, inunda la cabeza, la atraviesa de parte á parte hasta los nervios, profundos, recónditos de donde sale la médula espinal de todo el sistema nervioso, todo el aparato de la sensibilidad y del movimiento. Hasta por encima de los conductos ópticos en que circula la luz, la masa central del cerebro, (coronilla brillante) parece como penetrada por ella y realmente lo es.

»El primer deber del amor, es dar al niño ó niña no menos que á su jóven madre, pues no ha mucho era niña, débil, casi postrada por el alumbramiento, fatigada por la lactancia, uno y otra necesitan luz, mucha luz, la salubridad de una buena situacion de aire y sol, que debe bañarlos desde su primer despertar, cosa apetecible y admirada por la infancia por mucho tiempo, en su curso hácia mediodia, y cerca las dos gusta de su calor, no menos que de su luz, y que no deja de mirar sino á disgusto.

»Á los que viven la vida del mundo, la vida artificial, dejadles el lujo de los salones que dan á poniente. Los reyes, los magnates, los ociosos, han rebuscado en sus Versalles la situacion de ocaso, que esplendore sus fiestas nocturnas. Empero cuantos santifican su vida por el trabajo, que aman y tienen sus mejores glorias y fiestas en su hijo y en su esposa queridos, estos viven la bella vida de la mañana. Con su régimen de vida de trabajo y descanso racionalmente compartida, saben procurarse las puras y vitales auras de las hermosas horas primeras de la mañana, horas en que la vida toda entera, intacta todavia, está enérgica y productiva. Á estos cabe el goce, la primera flor de la alegria que embelesa toda la naturaleza en su almo despertar.

»¿Qué puede compararse á la graciosidad inocente y deliciosa de estas escenas de la mañana, en que el hombre laborioso, habiéndose anticipado al sol, lo presencia á su salida como por bajo las cortinas va á admirar y á besar á la jóven madre y al niño en la cuna?—Ella se ve sorprendida y oye que le dicen: ¡Cómo

tan tarde?—Ella sonrie, y exclama: ¡Qué perezosa soy!—Amada mia, no es tarde, no; solo son las cinco. El niño te ha despertado muchas veces; duerme, hija mia, al menos una hora mas. Ella no se hace mucho de rogar, y con su hijito se vuelven á quedar dormidos.

»Cerremos, corramos las cortinas, bajemos las persianas. Empero el dia, en su triunfal y rápida progresion, no se deja eclipsar. Entáblase una liza interesante entre la luz y las tinieblas. Y seria una lástima el que venciera la noche. ¡Qué cuadro se perderia! La madre se inclina hácia su hijito, ella descansa la curvatura de su brazo amoroso... Un suavísimo fulgor logra penetrar. Súfrelo, deja en derredor de ese grupo interesante esa preciosa aureóla de la bendicion de Dios!...

»En otro de mis libros he hablado de un árbol fuerte y robusto, (sino recuerdo mal, era una castaño), que yo observé que vivia sin tierra, solamente de la atmósfera. Nosotros mismos en nuestras casas colocamos en tiestos, vasos ó macetas ciertas plantas elegantes que vegetan igualmente sin mas alimento que la atmósfera. Nuestros pobres labriegos son tambien una sensible ejemplaridad mas en este punto, por su mísera alimentacion; ¿y qué es lo que en su vida suple los alimentos? ¿Qué es lo que les permite hacer, tan mal alimentados, tan rudas labores, tan pesadas y de tanta duracion? La pureza del aire en que viven y el poder que les da de obtener de las sustancias favorables y alimenticias del aire todo lo que tiene de sustancial.

»Ahora bien, tú que tienes la suerte de poder alimentar, y esto en tu compañía, á esos dos árboles del paraiso, tu jóven esposa que vive en tí, y ese infante que es tú mismo,—no olvides, ten bien presente, que para que ella viva, florezca y alimente á tu querido pequeñuelo con leche excelente, es preciso ante todo proporcionarle el alimento de los alimentos, el aire vital. ¡Qué calamidad, qué desgracia, qué triste contradiccion, parapetar, encerrar á tu pura, á tu casta y bella esposa, (ó nodriza) en la perniciosa atmósfera, que dañaria su cuerpo y á su alma? No, no; impunemente una persona delicada, impresionable, sensible, no recibirá el desagradable pisto de cien cosas viciadas, viciosas, que asciendan á ella desde la calle; el álito de esencias nimiendas, los tósigos de las chimeneas, de emanaciones miasmáticas y de las malas sombras que se ciernen sobre nuestras ciudades!

»Es preciso hacer un sacrificio, amigo, y colocarlos fuera, donde puedan vivir, si es posible hacerlo, que vivan en el campo.—Esto viene en abono de nuestra doctrina arriba expuesta, de nuestros consejos severos, de que el ama y niño vivan en casa de aquella, en el campo, y no en casa del niño, en la ciudad.—Si es la madre la que lacta, y puede vivir con su familia en campo abierto, en situacion aireada, es tambien y á su vez lo conveniente. Será para ellos un sacrificio, el esposo verá menos á sus amigos; pero si estos son verdaderos, irán alguna vez á verles.—¡Oh esposo! ¿podrás ir poco al teatro? Los placeres agitadores y enervantes son mucho menos de desear cuando se tiene en su hogar el amor, sus goces rejuvenecedores, su *Divina Comedia*. Tú perderás menos tiempo por las noches en danzas de salones, en intrigantes bagatelas de tertulias. En recompensa, la mañana siguiente,

fresco, descansado, cuanto no habrás gastado en vanas palabras, podrás emplearlo en el trabajo, en obras sólidas y provechosas, resultados duraderos, que no desaparecerán tan fácilmente.

»La casa donde vivan los pequeñuelos,—y los grandes no menos,—esté, en cuanto sea posible, rodeada de árboles, campos ó jardines, y aun quisiera que cada uno tuviese el suyo, pequeño ó grande. El hombre no se desarrolla debidamente lejos de sus armonías vegetales. Todas las leyendas de Oriente empiezan en un huerto ó jardin. El pueblo de los fuertes, de los puros, la Persia, coloca el mundo primitivo en un jardin de luz.

»Sino puedes salir de la ciudad, vive en los pisos elevados. Mas felices que los primeros, los cuartos y quintos convierten los techos en jardines ó focos de salubridad. Al menos la luz abunda. Es de desear que tu jóven esposa madre tenga á su vista un bello y vasto horizonte, en los ensueños de sus esperanzas, durante las luengas horas de tus ausencias. Yo aplaudiré que las primeras miradas del niño, cuando se lo asome á un balcon, á una ventana, á una miranda, se hallen alegres sobre las bellezas producidas por los rayos solares, sobre los monumentos, por ellos embellecidos y contorneados con admirable y estética variedad segun las diferentes horas del dia. Cuando nuestra vista no contempla las grandezas de las montañas, las formadas por las colosales sombras, las bellas florestas, recíbese de los grandes edificios, en què está incrustada la vida nacional, la historia en piedras de la patria, emociones precoces, cuyas huellas se hacen imperecederas. Los infantuelos no saben leerla, empero, desde estas tempranas impresiones, su alma vibra por los efectos de la arquitectura, transfigurada en esos monumentos del campo. Tal rayo, tal ó cual ráudal de luz que á una hora dada hace vivamente destacar la belleza de un templo, les produce una impresion que no se les borra jamás.

»De mí sé deciros que nada me impresionó tanto en mi primera infancia como el haber visto una sola vez el Panthéon entre mí y el sol. Érase por la mañana. El interior, rebelado por sus ventanales, irradiaba con un esplendor misterioso. Entre las columnas ligeras del hermoso templo jónico, tan enormemente elevado sobre sus grandes muros áusteros y sombríos, el azul perpetuaba, pero rosado por un indecible reflejo. Yo me ví tan fuertemente embelesado, extasiado, atónito, que afirmo no haber en mí observado despues ante los mas portentosos hechos y acontecimientos y visiones de mi vida. Estos han pasado por mí: aquel éxtasis de la infancia se refleja todavía en mi imaginacion y aun me ilumina con sus esplendores...»

Ciertamente no puede darse una apología mas poética al par que científica de las ventajas del campo, del aire, de la saludable vida alejada de las bagatelas y de la corrupcion de las ciudades, especialmente para la infancia, para los séres endebles de lactancia maternal, ora mercenaria, pero siempre léjos de las babilonias, léjos de las vanidades, de agitaciones desordenadas, de una respiracion miasmática.

Estas prescripciones, estas privaciones de la severidad higiénica para la vida en general, y mas especialmente para la vida que está en sus albores, en las oscila-

ciones peligrosas, si imponen algun sacrificio á las madres, á las familias, ya sean los pequeñuelos, lactados por sus madres, la cual es la mayor felicidad para aquellos y no menos para las verdaderas madres, ya hayan de serlo por una nodriza, á quien se le entregue en su casa, reuniendo las condiciones expuestas y debidas, en cambio querrán la lozanía de la vida presente y ulterior, son la base firme y necesaria para una buena constitucion física, sin la cual es delirante esperar nada para mañana en la múltiple é interesantísima vida de la niñez, que ha de sustituir á las generaciones que le preceden.

¿Vale ó no vale la pena de hacer el pequeño sacrificio de las mónadas sociales, de respirar, de hacer que respire y viva una vida plácida, pura, sencilla y regeneradora? ¡Ah! la lactancia es una tarea, una época de sementera, de sacrificio; empero de esta semilla ha de resultar el buen grano social por la sanidad de la familia en esos tiernos vástagos, cuyos cuerpos lozanos serán las aureólas de las privaciones y cuidados que les prodigueis; y si resultan enfermizos, ellos serán vuestra espina, vuestra tortura de conciencia, si es que vuestra conciencia viva.

Que los exquisitos cuidados, que las privaciones que la lactancia de vuestra niñez exige, son una carga, no lo negamos; pero afirmamos sí, que cuando Dios la impuso, la adhirió tambien un placer indecible para el amor maternal, que el citado autor describe en estos términos:

«La divina mirada maternal sobre la cuna, el éxtasis de esa jóven madre, su inocente sorpresa de tener como un dios en ella, su religiosa emocion ante ese ensueño, que sin embargo es una realidad, tal es el hermoso cuadro de tan espiritual placer que se puede contemplar á cada momento en ese mundo poético y real de la maternidad; y sin embargo, es tan difícil al génio del arte su reproduccion! Correggio ha sabido hacerlo, con todo, de un modo admirable, inspirado por la naturaleza, libre de las trabas de la rutina, puesto que hasta él fué el arte esclavizado y congelado por aquella. Creemos se nos apreciará la descripcion de esa obra del genio:

«Vénse espectadores en derredor de la cuna, y sin embargo la escena *es solitaria, todo* se realiza entre *ella* y *él* que son la misma persona. Ella lo mira febrilmente. Establécese entre la madre y la cuna corrientes mútuas de una irradiacion eléctrica, un deliquio que les funde una en otro. Madre y niño son una misma cosa en esta vivificante luz que restablece su primordial, su tan congeniable unidad, de la madre en su hijito, de este en su madre...

»En cambio del goce de los ensueños de las esperanzas, de cuando palpitaba en su seno, disfruta ahora de las suavidades de sus miradas misteriosas del mas sublime de los amores, del encantamiento de tenerlo ante sus ojos. Inclinada hácia él, ella se entusiasma. Jóven y cándida como es, por signos misteriosos reverbera la mas célica de sus alegrías en asimilarse por el amor este fruto divino de sus mismísimas entrañas. No ha mucho, él vivia de ella; ahora ella se nutre de él, lo absorbe, *lo bebe y lo come.* Deliciosísimo cambio de vida; el infantuelo la recibe y la dá, absorbiendo á su madre á su vez en leche, calor y luz.

»Grande, grandísima revelacion. No se presenta ahí un vano espectáculo de

fantasmagoria, de arte ó habilidad, simple placer del corazon ó de los ojos. No, no; es un acto de fé, un misterio, pero no un absurdo; es la base séria y sólida de la religiosidad, de la educacion, sobre lo cual va á elevarse el desarrollo de la vida humana. ¿Cuál es este misterio? Ved aquí:

»*Si el niño no fuera como un Dios, si la relacion de la madre con él no fuera un culto, él no viviria.* Es un sér tan frágil, que nunca se llegaria al feliz desarrollo de su nutricion, de su educacion si no hubiera hallado en esa madre la maravillosa idolatría que la diviniza, que la hace suave, dulce, apetecible el sacrificarse por él. (Esto sucede en la verdadera madre). Ella lo halla siempre hermoso, bueno y perfecto. Y fuera poco aun afirmar todo esto, pues ella lo considera como ideal, como dechado de belleza y bondad, el zénit de la perfeccion...

»Desde el alumbramiento, desde que el niño vió la luz, y se vé en la pupila maternal, refleja y reemite instintivamente la vision de amor, y desde entonces tambien el mas profundo y el mas dulce misterio de vida se realiza entre ambos.

»¿El tiempo aumentará algo á esa felicidad misteriosa? ¿Puede acrecentar la beatitud de un hogar, de un matrimonio tan perfecto? Acaso puede ser por una sola cosa: que ambos lo hayan comprendido; que él se desprenda de la inmabilidad divina, obre y quiera corresponder, que vaya á ella con todo su pequeño corazon, que posea el vuelo de entregarse.

»Este segundo momento del amor y de la fé mútua se halla personificada en una obra única que la Francia posee en el Louvre. Su autor, Solari (de Milan), se inmortalizó por este solo cuadro; todos los demas cuadros suyos han perecido. Solari vivió largos años entre nosotros, y poseyó la doble vista, el alma de dos naciones hermanas.

»Sin esto, ¿hubiera podido hallar la fibra delicada de la vida nerviosa, su exquisita poesía?

»Aquí no hay efectos mágicos, nada de misteriosos combates entre la luz y las tinieblas. En los esplendores del dia, al aire libre, sin vida artificial, bajo las delicias de una arboleda, en un panorama agradable por mediano que sea, una madre (ó nodriza) y su hijo, natural ó de leche, nada mas bello. Aun acá y acullá la cualidad de tal ó cual colorido ó tono, (¿efecto de las restauraciones?) hiere ú ofende la vista. Y ¿cómo el corazon se halla tan turbado?

»La jóven madre, fina y bella, singularmente delicada, quiere mas allá de sus fuerzas. No es que sus pechos estén faltos de leche, al contrario, se distingue por la belleza de su plenitud, y mas todavía por la evidente ternura y suavísimo deseo de lactar por sí misma á su hijito. Empero, ¡está tan pálida su bella y expresiva faz! tanto, tanto que exalta inmediatamente al espectador la duda de si alimentará sus hermosas fuentes de otro modo que ¡á costas de su propia vida!

»¿Quién es ella? ¿Una flor italiana, vacilante, algun tanto evaporada? ¿ó una nerviosa francesa? Yo sin dificultad la creyera una ú otra. Por lo demás, la nacionalidad importa menos que la época. En el tiempo cruel de las guerras, de las miserias, es cuando el arte sintió, expresó el rasgo vibrante que el dolor agrega á la

graciosidad, á esas sublimes sonrisas de la MUJER adolorida que excusa el sufrimiento y quisiera no llorar.

»La bella y hermosa criaturita, el precioso sér sobre el cual aquella se incluia, descansa sobre una almohada, que aquel ángel no podia llevar. Chocante desproporcionalidad de fuerzas y volúmenes, que aquí no tiene ningun sentido místico. Empero el infanzon viene de sana y potente estirpe; de un padre que sin duda guarda aun el vigor de los tiempos heróicos. Pero ella, la jóven madre, viene en línea inmediata de la época del dolor, de la época de la debilidad, del sufrido suelo italiano de Correggio. Postrera gota del divino néctar, bajo la presion del dolor.

»Notad tambien que en los tiempos calamitosos, la madre, aunque mal alimentada, lacta por largo tiempo á su hijo. Y cuanto más exquisito es su juicio, más dulce halla ese proceder, y con mayor oposicion y resistencia renuncia á él. Ella, ella, esa verdadera y esplendorosa madre es la que carece del valor para el destete. Ella se agosta, ella lo comprende así; empero ella marchará hasta los confines, mientras tenga una gota de leche. Ella se aniquila, pero no importa, ella morirá para que su infantuelo, su ángel de Dios no llore de hambre.

»Este tipo de Solari expresa tres cosas:

»Tan débil como es, no dando las superfluidades de su vida, sino antes bien sus elementos necesarios, su sustancia, sin embargo, ella sonrie, y exclama con pasion: «¡Bebe, bebe, hijo mio! ¡bebe, esto es mi vida!»

»Mas, ora sea que esa criaturita encantadora, de un apetito inocentísimo, haya lastimado algo los bellos pechos de su madre, ora sea que la vibradora succion hiera al pecho y atraiga sus fibras interiores, ello es que ella ha sufrido y sufre aun. No importa; ella, no obstante, dice: «¡Goza... bebe... es mi dolor!»

»Y sin embargo, la leche que asciende, que hincha y que pone tiernos los pechos maternos, sale y fluye abundante. El dolor, imponiéndose silencio, deja libre acceso á una suave golosía, que no carece de belleza, como la tiene el herido que respira plácido gozo en verse quedar exangüe por la patria. Empero, en aquel cuadro brilla felicidad; si la madre disminuye en sí, ella se siente aumentar en él. Ella experimenta en ese peregrino y profundo trastueque que llega hasta sus entrañas, y dice á pesar de todo: «Bebe... es mi placer.»

»Él, su invencible poder, que hace que, aun cuando sea su tiempo, ella no halla camino de separárselo, es el que conociéndola y amándola, vive, ora por su vida física, ora ya por la vida de su corazon, completamente en ella, está por ella enteramente absorbido.

»Amor que puede parecer tranquilo en la inocencia de esta tierna edad, y que no es seguramente como el de su madre, estimulada por todas las flechas de delicias y dolores, pero fuerte con su grande unidad. Si pudiera hablar el infantuelo, diria: «Tú sola eres mi infinito, mi mundo acabado y completo; nada en mí hay que no sea de tí, y que no quiera ir á tí... Yo no sé si vivo, pero amo...»

»La India simboliza el círculo de la vida perfecta y divina por la actitud de un Dios que con la mano contiene su pié, se concentra y forma arco. Así se colocan á

menudo los infantuelos, así lo hace este, dulcemente mecido en el regazo maternal. Ella le ayuda á ir á si. El lo quiere lo mismo que ella, y hace á este fin cuanto le es dable. Por este movimiento gracioso, encantador, de instinto natural, en el que se siente inclinar evidente la tendencia de la ternura, él remueve todo su cuerpecito, arquea toda su personita en toda su extension sin quedar un punto por mover. Se unifica para ofrecerse y darse por entero.» La madre, la familia que en aras de estas misteriosas y dulces escenas de la vida infantil, no hallan la suya, no serian dignos de serlo.

CAPÍTULO IV.

EDUCACION FÍSICA.

Consideraciones científico-históricas sobre lactancia y destete.—Albores de la educacion física de la niña de la clase media.—Deberes maternales en este punto capital.

Aunque las consideraciones, principios y consejos por nosotros sentados en el capítulo precedente nos parecen de todo punto incontrovertibles, de completo acuerdo con los de la ciencia y aun con los severos principios del deber natural y religioso, sin embargo, les tenemos tanto cariño, los profesamos con tanto fervor, con tanta conviccion, con tal anhelo de que no se vean por nadie rechazables, de que por todos, especialmente por las madres, los padres, las familias sean adoptados, que no queremos vayan con solo el débil apoyo de nuestra escasa autoridad; queremos que lleven el sello de la historia y el escudo de la autoridad facultativa, cuya voz haremos llevar aquí por un eminente profesor, médico, higienista, bien conocido y altamente estimable y justamente estimado en el mundo científico, en el mundo social, y hasta en el pequeño mundo de nuestras lectoras, puesto que lo hemos citado ya en otros lugares de esta obra, y lo hemos de citar otras veces antes de hacer en ella punto final. Esta autoridad respetable es la de Mr. Fonsagrives, que viene en nuestro auxilio en estos términos:

«El gusto é inteligencia por estas cuestiones (las referentes á la salud, á la higiene) y aun cierta curiosidad saludable por ellas, afortunadamente se generaliza mas y mas de cada dia; todos quieren hablar ú oir hablar de esas cuestiones; se ve empeño decidido por asistir á las conferencias harto raras que algunos beneméritos profesores voluntariamente ofrecen al público (nosotros hemos asistido con sumo gusto á las que el laborioso Dr. Giné ha dado en la *Union Barcelonesa de las clases productoras,* por cierto muy concurridas); empiézase por fin á comprender que pasar á ojos vendados por en medio de mil peligros que amenazan todos los dias la salud y la vida, es no estimar ni la dignidad, ni la vida, ni la seguridad.

»Desgraciadamente no se trata de una curiosidad puramente especulativa, ima-

ginaria, puesto que se trata de un interés real y de actualidad. En efecto, no puede negarse que el nivel de la salud y de la robustez física desciende de un modo harto sensible y á ojos vistas, y esto sin declamaciones de esplin ni de exageracion. Los hombres de edad madura, comparando lo que observan con lo que han visto, poseen una conviccion muy acerada y fulgente de la gravedad del mal. ¿Cuánta mayor claridad reviste aun, cuando á la vista de la historia, trasladamos nuestra mirada á aquellas robustas y sanas generaciones, que al desaparecer nos han legado el recuerdo de su viril belleza y de su atlética energía? La estatura baja; la musculatura desaparece, la pureza de los alineamientos y la armonía de las proporciones desaparecen poco á poco; la inteligencia truena sobre esas ruinas por ella ó en su nombre causadas, y el cerebro, y placeres, absorbiendo en su provecho todas las fuerzas vivas del organismo, persisten en usurpar una especie de autocracia enfermiza.

»¿Cómo puede ser de otro modo dentro las condiciones de la vida actual? El olvido de ó desprecio ó desórden de los ejercicios corporales, de los ejercicios físicos; el arrastre de las pasiones sobrescitadas en grado inaudito; la competencia de la vida y del placer coincidiendo con la debilitacion de los frenos moderadores; el matrimonio apartado de sus condiciones saludables y naturales, la invasion del lujo en detrimento de la satisfaccion de las necesidades reales; los inexplicables progresos de las drogas enervadoras; un trabajo intelectual, precoz y excesivo impuesto á los niños; el abandono del campo y excesivo crecimiento de las grandes poblaciones; ¡cuántas causas de debilitamiento para las generaciones actuales! Y siendo así, ¿cómo extrañar, por tanto, la marca de debilidad con que se presenta á la faz pública?

»La gravedad del mal implica la necesidad absoluta de una pronta y general y eficaz vulgarizacion de las nociones prácticas de la higiene. Al revés de la medicina, que debe extrictamente permanecer en su templo, porque divulgando sus conocimientos superficialmente no aprovecharian á nadie, y podrian llegar á ser, sin clase alguna de compensacion, tema de inquietudes perjudiciales; la higiene no tiene vida sino á condicion de esparramarse. De consuno, es su derecho y su mision. Necesaria es, pues, su vulgarizacion.

»Dia vendrá, abrigo de ello la mas firme esperanza, en que los colegios, institutos, seminarios, ejército, armada, los talleres, es decir, todas las aglomeraciones y centros de instruccion y educacion... en el campo y en las ciudades, las nociones de higiene serán el pan cotidiano del régimen del individuo, de la familia y de la sociedad, que es lo que deberia ser, especialmente para la educacion física de la niñez y de la juventud, bajo el criterio de la madre ilustrada, que ha de ser el pequeño médico de primera intencion en el hogar, y sobre todo ha de ser la generatriz de la salud, corporal primero y moral despues, de sus hijos. Para eso la llama la Escritura Santa «MUJER fuerte,» Providencia de la familia y dice que es dificilísimo el dar con una que reuna las cualidades que se requieren...» y un autor célebre en educacion dice que la solicitud y la ciencia de la ternura materna es

irreemplazable, y otro: que para que reuna esta dulce condicion debe ser fuertemente educada y formado su carácter.

La madre, la MUJER que participe, por alguna regular educacion, de estas altas cualidades, leerá y hará con gusto lo que venimos recomendando, especialmente á las madres.

Hablando particularmente con estas dice el doctor Fonsagrives:

«Hay, en higiene, una doctrina escéptica que se complace en afirmaciones del género de esta: Los cuidados asíduos de que rodeemos á nuestros niños, no han de aumentar en gran cosa sus probabilidades de vigor y de conservacion; despues viene la inevitable comparacion entre los niños de las ciudades, colmados de solicitud y de bienestar, y, sin embargo, pálidos, nerviosos, puestos en peligro por la aparicion de un diente, y los de los labriegos, los cuales con una alimentacion grosera, con habitaciones á las veces mefíticas y un singular abandono, hallan el medio de hacerse con nutridas mejillas y musculatura vigorosa.

»Si esta doctrina tiene de su parte la razon, el empirismo, el acaso, la rutina valdria mas que el saber; la pobreza fuera de mejor condicion que el bienestar, el abandono seria preferible á los cuidados; y el lector no tiene ya nada que hacer sino cerrar este libro que era juguete de una pura ilusion creyendo ocuparle en sus intereses muy reales.

»Hipócrates dijo, hace ya veinticuatro siglos, esta frase luminosa en su sencillez y que contesta á ese sofisma: «Hay cosas que convienen á la salud; hay otras que no le convienen en modo alguno: luego ha de haber una medicina.» Insiguiendo esta esplendorosa doctrina, puede tambien afirmarse que hay una higiene, y nosotros vamos á probar su demostracion en aplicacion á la infancia.

»Permítasenos antes un recuerdo personal, que no ha de hallarse que huelgue aquí.

»Hace algunos meses, en uno de nuestros paseos á orillas del mar, hallamos un pescador que llevaba de la mano á una niñita de tres á cuatro abriles. La infantuela iba andrajosa y desgreñada, con los piés desnudos; pero la vivacidad de sus ojitos y los rosados colores de sus mejillitas, indicaban, bajo la sórdida superficie de aquel sér, un vigor de salud poco comun. Una madre á quien íbamos acompañando y que comparaba mentalmente este resultado de la incuria con él, ¡ay! desgraciadamente mediano que obtenian sus cuidados, tan asíduos como inteligentes, no pudo contenerse, acariciando á la niña, de decir á su padre, con un suspiro de envidia: «¡Cuán feliz sois con tener una hijita tan vigorosa!» A lo cual el pescador contestó bruscamente: «Esto es lo de menos; he tenido cinco y esta es la única que me queda.» Y era esta la triste realidad; la plaga de la incuria habia pasado por allí y habia hecho su dolorosa seleccion.

»Es, pues, menester cuidar á los niños: estos, realmente. acusan desde su entrada en la vida, por una estrecha dependencia de la sociedad, que son las crisálidas humanas, sér social por excelencia: empero es menester cuidarlos con una inteligencia de sus necesidades, y no con esa ternura imperiosa y ciega que no ve

mas allá de la hora presente y que no tiene otro pensamiento que provocar un sonrís ó secar una lágrima. Ahora bien, si las madres desempeñan mal ordinariamente esta gran mision de su vida, la causa no es otra, en general, que algo por debilidad y mucho por ignorancia.

»¿Dónde, por otra parte, se les enseña lo que les hace mucha falta saber en este punto? ¿Qué participacion hay en el programa de su instruccion relativamente á conocimientos higiénicos que les son tan necesarios? Ellas saben coser como Penélope, bailar como Psychis, hacer confituras como las hijas del vicario de Bakefield, y, tocante á sus funciones maternales, no saben mucho mas que lo que les dicta la naturaleza...

»El aguijon irresistible del genio justifica solo sus invasiones sobre el dominio viril de la inteligencia, y el genio es raro. «El destino de la MUJER, ha dicho madama Staël, se parece, bajo algunos conceptos, á la de los libertos en Europa; si ellas quieren adquirir algun ascendiente, se les hace de ello un crímen de un poder que las leyes no les han otorgado; si permanecen esclavas, se oprimen sus destinos.» Estas recriminaciones son fundadas en todas las mujeres de verdadero talento y modestia; pero de ningun modo por lo que respecta á las pedantes, necias ó ignorantes; pues cada cual debe contentarse con los grados que marque su capacidad. La influencia de la MUJER sobre la marcha del espíritu humano solo tiene lugar indirectamente por medio de la educacion. Su rango, su sangre y sus cuidados es el admirable tridente de su influencia sobre los mares de la vida. No deben quejarse de la parte que les ha cabido en suerte; solo deben saberla ejercer.

»El papel de la MUJER en la higiene de la familia no es ni tan real ni tan bien comprendido como fuera de desear. Woodsworth, de una manera sumamente ingeniosa, ha llamado al niño el *padre del hombre*. La higiene debe recoger esta palabra. El hombre, en efecto, recibe directamente la herencia del vigor ó de la debilidad, de la salud ó enfermedad que le ha legado su infancia, y jamás estará sobradamente cuidado este período tan decisivo de la vida. Un dia de la infancia vale por un mes de la adolescencia, como influencia sobre la salud definitiva.

»J. de Maistre ha soltado una frase notable sobre el papel social de la MUJER, en estos términos: «Sin duda pertenece á nuestro sexo el formar geómetras, tácticos, químicos, etc.; empero lo que se llama *hombre*, es decir, el hombre moral, probablemente se forma á los diez años, y si no lo ha sido sobre las rodillas de su madre, será para él una desgracia irreparable.» Lo que el autor de las *Veladas de San Petersbourgo* dice del hombre moral, se aplica con igual exactitud al hombre *físico:* se forma á *los diez* años, ó no se forma. Si ha recibido una buena direccion, será un hombre, una MUJER, sano y vigoroso; si la ha recibido torcida, su debilidad será para siempre irremediable. Es propísimo de la madre el imprimirle esta saludable direccion; empero para que ella pueda desempeñar este lado importantísimo de su mision, es necesario que sepa, y para saber, es menester enseñarla, es menester que aprenda. La lectura ruda de los textos muertos no basta; necesita los textos vivos, la enseñanza oral, mas penetrante, mas demostrativa, y ya es

hora de preguntarse porqué no se han dado á las mujeres de ciudades y aldeas cursos prácticos y elementales de higiene. ¡Oh rutina!...»

Esta exclamacion la haria con mas fuego el eminente Profesor si fuese español y viviese en España, pais eternamente aliado de la Ínsula Barataria...

Pero sigamos leyendo al doctor Fonsagrives: «Una MUJER que ha escrito una obra apreciable sobre la educacion de los niños, miss Hamilton, ha dicho que las fuentes de la vida moral están en manos de la madre. No son estas las únicas fuentes de que disponen; ellas son árbitras tambien de las fuentes de la energía y del vigor físicos, y su cometido es tanto mas decisivo sobre este punto en la educacion, que una solidaridad estrecha liga durante un período dado de tiempo su propia salud á la de sus hijos. Así es que no hay una precaucion que no tenga su lugar de ser, no hay sacrificio que sea perdido, no hay un solo cuidado inteligente que no lleve su fruto. La higiene maternal es la higiene elevada á su máxima potencia, puesto que toma al hombre en los umbrales mismísimos de la vida, y puede modelar á su gusto, en alguna manera, esa blanda cera, segun la bella, exacta y sabida comparacion de San Basilio, cera que aguarda una forma y que está todavía flexible á las modulaciones.

»El libro, el tratado que nosotros escribimos, es, sobre todo, un libro de vulgarizacion práctica, y no nos propondremos por tanto como tipo aquella maternidad ideal que sueña la imaginacion, pero cuya perfeccion absoluta se cierne á una elevacion á que no llega la humanidad. Ver lo posible en la educacion, quererlo firmemente y sin exaltacion, y con una conciencia reflexiva de lo que vale este posible; practicar valerosamente esa larga sucesion de deberes, unos altos, otros humildes, todos ennoblecedores, y los cuales constituyen la augusta y muy compleja mision de la maternidad, no es un ideal, sino un fin muy real al cual es menester llegar.

»Las precauciones y hasta los sacrificios que deba imponerse la madre en bien del fruto de sus entrañas; la lactancia, ora sea natural, ora sea artificial, es decir, ya sea un placer, ó ya sea un sacrificio, el destete, los cuidados de toda clase que garantizan la salud del niño; la direccion moral que ha de dar á sus cuidados; tales son los puntos tan varios como importantes de que vamos á tratar en este capítulo.

»No basta que la higiene haya preparado, en una union, en un matrimonio felizmente armonizado, las condiciones de una descendencia sana y robusta; su mision quedaria incompleta sino rodeaba y escudaba con toda su solicitud este gérmen precioso antes y despues de los alumbramientos.

»La higiene, en todas las cosas, impone restricciones y privaciones, en nombre de ese bien abstracto que tiene por nombre *salud,* y cuyo valor no se justiprecia sino cuando se ha tenido la desgracia de perderla. Las privaciones son reales y presentes, los peligros eventuales y en el porvenir; por esto mismo se profesa á este precioso y aliviador arte un respeto tan platónico; se aman sus preceptos en su aplicacion á otras personas, á los vecinos; y nosotros tenemos todos los dias

pruebas sobradas de que mas fácilmente se asiente á veinte verdades higiénicas que se lleva una á la práctica.

»En el terreno que ahora consideramos, ya es otra cosa, por fortuna: la higiene tiene aquí una palanca poderosa por lo mismo que es noble, y siempre que lo sea, puede con ella contar: esta palanca es el amor maternal. La MUJER madre no se pertenece, sino que pertenece por entero á la mision de madre: á ella debe referirlo y subordinarlo todo; y las severas exigencias de la higiene tienen por sancion presente la satisfaccion del deber cumplido, y por compensacion las alegrías de la maternidad en el porvenir. Ahora bien, estas alegrías se pagan como todas las otras y mas que todas las demas, y la madre lo sabe desde luego.

»La maternidad, desde sus primeros crepúsculos, coloca á la MUJER en condiciones especiales; su vida fisiológica, moral, afectiva, se ve profundamente modificada; su higiene tiene algo muy singular, y si nos contentáramos con formular á este propósito reglas, no se haria otra cosa que sentar principios sin aplicacion, y por consiguiente sin utilidad práctica.

»El respeto y las consideraciones debidas á la madre, sobre todo antes y recien alumbrada, estaban consignados en la ley y costumbres romanas. En Roma veia la MUJER-madre que hasta los magistrados consulares le cedian el paso; y la ley hebráica, con todo y ser tan rigurosa, les concedia la exencion del ayuno y abstinencia, privilegio que les continua guardando la Iglesia. El tiempo de estas inmunidades conferido por disposiciones públicas, ha pasado ya; empero el en que la MUJER debiera comprender el precio, el valor de ciertas precauciones, y la futilidad ó peligros de diversas preocupaciones, á las que queman incienso, ha llegado asimismo.

»La ignorancia y las pasiones desordenadas son los dos obstáculos tradicionales de la higiene (y de muchas otras cosas buenas); atacar á la primera, es llenar una parte de su deber, y rectificando á las segundas, es facilitar singularísimamente por otra parte el triunfo de la moral.

»La alimentacion, y esto se concibe fácilmente, debe ser dirigida con el mayor cuidado antes y despues del alumbramiento.

»Las perturbaciones digestivas, variadas, pero habituales en ese estado, no permiten determinar la cantidad de alimentos que pueden permitírsele... Esto debe hacerse prudencialmente, tanto en contener como en avivar el apetito. El principio general debe ser: «ni sobrecargar el estómago, de modo que no pueda hacer bien la digestion de lo comido, ni dejarse decaer á sí misma y al fruto de su seno por no excitar algo el apetito...» »

»Segun Gardieu, despues de los cuatro meses no hay tanto peligro en dejar se suelte algo mas el apetito de comer.

»En los últimos meses, la cantidad de alimentos ha de subordinarse al ejercicio que haga la MUJER-madre. Cuando la hinchazon de las piernas, la pereza ú otras causas la tienen inmóvil, es peligrosa la nutricion sobrada, por el exceso de sangre, que puede causar un doble perjuicio.

»Sus costumbres en alimentarse, su constitucion, su sobradamente rica ó pobre sangre, deben tenerse muy en cuenta en este caso, en este estado.

. . . . . .

»Los alimentos ferruginosos y analépticos son los indicados... En higiene como en medicina, evitar un peligro, es contraponerse á otro.

»La jóven madre, antes y despues del alumbramiento debe subordinar sus gustos y apetitos á las conveniencias de su salud y la de su hijo...

»El vino con agua puede convenir á la pobre de sangre. Cuando no hay costumbre, cuando el agua va bien á las digestiones, no debe prescribirse, sino seguir el régimen ordinario, cuya constancia es el mejor precepto higiénico, siempre que aquel va bien. Las bebidas espirituosas deben proscribirse en general; solo deberá aconsejarse á las que tengan vómitos tenaces, que tan malos son en ese estado, tanto para la madre como para el fruto de sus entrañas.

»Aquí se presenta la cuestion de los *deseos-alimenticios*, á estos apetitos *irracionales*, como los llama Actuario, frutos de rutinas, pavesas de preocupaciones, no menos que (¿por qué no decirlo?) instrumentos de tiranía. Háse colocado esta doctrina al amparo de los respetables Hipócrates, de Aristóteles, de Platon, de Galeno. Era hacerle demasiada honra; empero Demangeon, en una obra muy curiosa «*El poder de la imaginacion sobre el físico y moral del hombre*,» ha demostrado el que esta asercion es errónea, y que no se halla nada en sus escritos que dé lugar á patrocinar aquellos absurdos. La sola autoridad de algun peso que estos pueden invocar en estos absurdos, es la del ilustre Malebranche; pero en examinándola á fondo, se ve que no le asiste mas fundamento que delirios ó extravíos de la imaginacion.

»Las manchas, los señales de fresas, de ciruelas, etc., no tienen sólida razon en la fisiología. «Es verosímil, dice Montaigne, que el principal crédito de las visiones, de los encantamientos y otros fenómenos por el estilo, lo son de la imagicion, obrando solo sobre las almas vulgares y débiles, se les ha acabado por hacer creer realidades lo que no es mas que ensueños de su imaginacion enfermiza.» Esta es la verdad: infinitas son las madres que han sido contrariadas en deseos de cosas para comer, y sus hijos no han presentado señal alguna; lo cierto es que esta es la hora en que nadie puede señalar, precisar á una MUJER, cuyo deseo contrariado haya producido señal en su hijo...

»Lo contrario traeria el grandísimo inconveniente de no poder jamás contrariar á una MUJER-madre en deseos de comer cosas torpes ó dañinas, lo cual no puede avenirse con la sana razon, ni con la economía sapientísima, racional y religiosa de la Providencia y sus leyes, y ni siquiera con la higiene.

»Generalmente se opina por las comidas repetidas ó á menudo y de poca cantidad. Nuestra opinion no está conforme con esta opinion vulgar, pues estamos por el régimen ordinario, á no ser que el estómago en casos particulares pida otra cosa. En los últimos meses, pueden convenir las módicas y repetidas, porque las perturbaciones estomacales son de mayor obstáculo.

»Parece innecesario indicar que una jóven esposa por poca conciencia que tenga de los deberes de la maternidad, y por pocas que sean sus aspiraciones á cumplirlos, desde luego huye de los banquetes y grandes comidas y convites de las ciudades, y si asisten por compromiso, tienen la fuerza de carácter y de voluntad para no pasar en ellas de la cantidad y régimen de las comidas frugales y regulares de sus casas; aunque, hasta en este caso, fuera mejor no asistiesen á ellos, porque sus vapores, su duracion fatiganle, su atmósfera mefítica, física y moralmente perjudican siempre hasta á los estómagos mas sóbrios y caractéres mas ordenados perjudican algo ó algos, pero mas singularmente á las jóvenes madres; porque además de los inconvenientes citados, tienen para estas otros inconvenientes graves relativamente como las exigencias de la etiqueta, del vestir, de las galas, que convienen poco, poquísimo á las jóvenes madres...

»La temperatura de los alimentos reclama por último algunas observaciones. En condiciones normales conviene dejar á las madres su gusto en este punto. Las que sufren náuseas persistentes pueden usar con buen resultado de bebidas heladas, pero sin hacer abusos, que pueden perjudicar. Debo aquí consignar un hecho acaecido en este punto ante mi observacion: en casa una jóven madre que sufria pertinaces vómitos por abuso de bebidas heladas, prescribirle yo al contrario bebidas alcohólicas á una temperatura que apenas podia la boca soportar. En higiene la excepcion confirma la regla.

»Los vestidos de la MUJER casada han de ser lo que debian ser los de la MUJER en general, esto es, que no opriman el abdómen, las regiones respiratorias; con lo cual dicho se está que el corsé estrecho, coqueton, de moda, es una pieza perjudicialísima á la salud, porque daña á la digestion, á la respiracion, al movimiento, y de consiguiente al desarrollo personal de la madre y de los frutos de su seno, á quienes pueden ocasionar grandes males ó la muerte. Repetiremos lo que hemos dicho en otra parte: si pudieran hablar las losas sepulcrales, dirian que muchas, muchísimas de las víctimas que encierran prematuramente se las llevaron los corsés, los trajes atosigados. Es una cosa lamentable ver obligadas á las mujeres, medio prensadas de cintura, á desabrocharse despues de cada comida. Cuando esa MUJER jóven lleva ya en su seno el sagrado objeto que la constituye madre, ¿qué será del desarrollo regular de ese débil sér, aprisionado con mas estrechez en ese *carcere duro* por las apreturas de los trajes? Muchas veces allí recibe deformaciones irremediables para toda su vida. Esto no es por nuestra parte una afirmacion gratuita ni injuriosa; puédese probar desgraciadamente cada dia de muchas maneras. Isid. Geoffroy Saint-Hilaire ha hecho notar, que en estos casos las deformaciones recaen en su mayor parte sobre la cabeza ó piés; y aduce un hecho por él visto de una jóven madre que en tales condiciones alumbró un niño cuya cabeza habia sufrido á causa de las apreturas un impedimento de desarrollo. Mis colegas en medicina, los profesores René y Dumas, han tenido varios de estos casos, que confirman nuestras aseveraciones; que tienen su demostracion patente en las presiones de concepciones clandestinas y de las pobres mujeres obligadas en el campo ú otras partes á trabajos

insoportables en su estado. Todo esto indica los cuidados que deben tenerse en los modos y modas de vestir las mujeres.

» Para casos especiales en que realmente pueda necesitarse contentores elásticos, el médico debe graduarlos é indicar los modos.

» El corsé es el heredero de la *fascia mamillaris* con que las romanas consultando mas la belleza plástica de las formas que los sanos preceptos de la higiene oprimian su seno y regiones mamarias, lo cual entonces y ahora, es causa no solo de los accidentes señalados, sino de que no puedan las madres lactar por falta de desarrollo de los órganos secretorios y lácteos.

» Esta cuestion higiénica y hasta humanitaria debe resolverla una sola palabra: libertad. La moda y sus tiranías, realmente no debian tener nada que hacer ahí donde se trata nada menos que de la creacion de un hombre, cosa trascendental, ciertamente, ó no hay cosa que lo sea.

» En cuanto á las habitaciones, respiracion, aire, luz, sol, etc., ya hemos dicho lo bastante encomiando el campo ó lo que mas se le parezca, los pisos altos, barrios foráneos, etc., donde además tiene las ventajas de librarse de las fiestas, banquetes, bagatelas de la sociedad ficticia ó corrompida y corruptora...

» La MUJER de tienda, de baja habitacion, debe suplirlo con paseo al aire libre. Regular el reposo y el ejercicio antes de los alumbramientos, no es cosa tan baladí como pueda parecer á la primera y superficial mirada; lo que sí, es de primera importancia hacerlo. Esta reglamentacion pone sériamente en apretura la responsabilidad del médico, cuando es sobre este punto consultado, (aunque desgraciadamente lo es raras veces), y en caso de serlo tiene ocasion de comprender que es tan difícil prescribir este régimen higiénico en su punto, como lo es recetar con el debido acierto una medicina en su caso; y que en uno y otro necesita, ciencia, reflexion y buen criterio médico.

» Puede decirse de un modo general, que un ejercicio moderado es favorable á todos los períodos de la maternidad; conserva el apetito, regulariza la circulacion y la accion nerviosa, y se opone á la pereza abdominal, que constituye en muchas mujeres una séria incomodidad, y que puede á veces llegar á producir abortamientos. Esta regla no tiene excepciones sino cuando sucesos ó fenómenos anteriores en la salud hacen que el reposo sea de primera necesidad; pero hasta este caso puede dar la excepcion de que esta MUJER caiga en situacion pletórica. Allí es donde el médico de la familia debe demostrar su capacidad, su tacto, su interés amistoso, su criterio.

» Mauriceau equivocadamente sienta como regla general que la MUJER en los dos últimos meses de sus gestaciones no debe andar, siendo así que la generalidad de los autores y experiencia aconsejan lo contrario, puesto que el andar, el ejercicio es el medio de dar á ciertas articulaciones la flexibilidad necesaria, y utilísimo para prevenir la congestion cerebral á que en casos semejantes hay tanta propension. Gardieu atribuye la felicidad en los partos de las mujeres del campo á su vida activa y ejercicio hasta sus últimos momentos aprovechables. Tambien aquí es menester

el buen criterio médico para cada caso particular, porque á estos no pueden comprender las reglas generales.

»Si el ejercicio mesurado es útil, los movimientos violentos, bruscos ó sacudidos, son por lo contrario perjudiciales. Por lo mismo, los bailes, los esfuerzos, los movimientos bruscos accesorios de brazos, la accion de levantar fardos, repetidamente producen falsos partos. Las sacudidas morales no le convienen mas que las físicas.

»De los viajes nos ocuparemos en otro lugar.

»La MUJER madre debe hacerse desde luego con el buen gusto del recogimiento, la tranquilidad, la ocupacion regular; y saber mirar como bagatelas fútiles ó perniciosas las tertulias, las veladas, los bailes, y es altamente deplorable que el sentimiento del deber y hasta de la propia conveniencia no hagan innecesarios estos preceptos.

»Háse dado como causas de los abortos en las mujeres del campo las corrientes físicas; en las de las ciudades las corrientes morales. Allí desórden en el trabajo; aquí desórden en la vida moral. En efecto, las emociones eléctricas, forzadas, que emanan de ciertas lecturas ó de ciertos espectáculos, no tienen menos peligros que las sacudidas físicas. Chailly Honoré ha observado y asistido mujeres presas de prematuras parturiciones á consecuencia de espectáculos que las habian fuertemente impresionado. ¡Qué triunfo para el melodrama! Por lo demas, este no tiene solo la culpa, pues la comparte (yo he visto poco ha un caso) con esas lecturas que vuelan tras las huellas de Ana de Radcliffe y de Edgardo Poë, sin alcanzar su talento, y que se han dado por norte convulsionar los nervios del lector y corromper su gusto. La gloria de muchos abortos puede colgarse con justicia á esa mala literatura. ¡Gócese en semejantes triunfos! Empero otra la releve pronto.

»La jóven y buena madre sabe ya á que atenerse en similar asunto, lo que le conviene y le amenaza; para ella el momento tan deseado de dar *una personalidad al mundo* va á llegar por momentos, y ella sueña un plan de educacion. ¿Qué digo? ¡Ah! la buena madre lo soñó ya aun antes de saber cuando lo necesitaria. Ayudémosla en busca de ese fénix que se halla siempre para el primogénito, y de que se desespera para los restantes; empero véase la observacion de la ciencia acerca las ventajas é inconvenientes de las varias clases de lactancia, las reglas del desdete, y la naturaleza de los cuidados que son la condicion de una buena y sana educacion física de la infancia.

»Venido ya á luz el recien nacido, el nuevo sér, el nuevo hombre, ó MUJER, rotas las ataduras vasculares que lo aprisionaban, no va á solventar de cualquier manera la transicion de la vida dependiente á la autónoma: de la vida interior de la sangre maternal á la vida exterior de la lactancia, que cuando es natural, es decir, materna, hay tanta seguridad para el infantuelo, ¡tanta dulzura para la madre!

»La lactancia materna, considerada de siempre, y con razon, como la natural, como un deber cuyo cumplimiento estaba hasta garantizado en las leyes de las sociedades antiguas por prescripciones expresas, se ha venido á convertirse en una cadena incómoda y de la que se desprende con sobrada facilidad Este abandono de

un deber que la naturaleza ha puesto tan alto que en él fijó, no el acaso, el atractivo de una de las mas puras alegrías; ¿puede explicarse cómo se ha pretendido hacerlo, por el descenso del nivel de la salud y del vigor; ó no dependerá mejor de la degeneracion del sentimiento maternal y de la debilidad harto indulgente con que los médicos de hoy aceptan como buenas las razones verdaderas ó fingidas de ineptitud que fácilmente se les presentan? Ciertamente hay bajo este concepto un relajamiento sobrado positivo, y la higiene tiene el deber de impedir sus progresos, llamando á las madres al sentimiento de los peligros que amenazan á sus hijos cuando los confian á nodrizas mercenarias, ó á los azares de la lactancia artificial.

»Se ha dicho con harta ligereza que los antiguos confiaban siempre la lactancia de sus hijos á nodrizas, y nodrizas esclavas. Esto es verdad por lo que respecto á los príncipes y magnates; la historia y los poetas nos lo dicen á cada paso; y nos dicen tambien que entre el niño y su nodriza se establecian vínculos de una afeccion duradera, que no lo abandonaba ella ya nunca y que desempeñaba cerca de él una especie de papel de segunda madre y confidenta. Sin embargo de esto, la lactancia mercenaria no era una regla general y fija, invariable. Sara, cuyo nombre hebreo significa *princesa* é indica rango elevado, lactó á su hijo Isaac, á pesar de lo avanzado de la edad en que le fué dado llegar á ser madre; Ana, esposa de Elcana y madre de Samuel, lactó por sí mismo al niño profeta, segun nos lo dice el Libro de los Reyes. Segun observacion de Fleury (en su obra: *Costumbres de los Hebreos),* en todos los Libros Sagrados no se halla mencion mas que de tres nodrizas: la de Rebeca, la de Miphiboseth y la de Joas. Hecuba habia tambien lactado á Hector, y Penélope á Telémaco.

»La causa de error y de su propagacion en este punto, es que los niños lactados por sus madres, en la época de su destete, eran confiados á mujeres que los tomaban á su cargo, y que recibian y conservaban el nombre de *nodrizas.* Lo que se desprende en sana crítica es: que en las clases medias y populares, la lactancia materna era la práctica mas general.

»Las leyes de Licurgo la mandaban como un deber riguroso, y su cumplimiento fué mantenido tambien en Atenas; nuevamente en este emporio de la civilizacion griega se conservaron ásteramente las costumbres. Muchos son los ejemplos que de ello podríamos citar; baste con algunos: Demóstenes *(Harenga IX)* cita una de las mujeres que fueron reprendidas y citadas públicamente y en justicia por haberse dispensado de lactar á sus hijos sin poder alegar razones sérias.

»Entre los germanos, segun Tácito *(Costumbres de los germanos),* confiar sus hijos á nodrizas era un acto reprensible y en algun modo infamatorio.

»En Roma, la lactancia materna estuvo en sus buenos tiempos, en gran honor; pero al decaer las costumbres las mujeres recurrieron á llamar nodrizas que tenian en sus casas, y algunas tambien en las suyas. En este caso, les ponian en el cuello un collar de *crepundia* de chupadores ó juguetes, para reconocerlos, costumbre que para su vergüenza era comun á sus hijos y á los expósitos. La relajacion llegó á tal grado que inspiró la elocuencia indignada de Juvenal, y que la Iglesia, alar-

mada, hizo oir por boca de San Ambrosio y de San Juan Crisóstomo *(Homilia I, in Psalm. XX)*, y de San Clemente de Alejandría *(Pedagog.*, lib. III, cap. IV), amargas y elocuentes quejas sobre este punto. Hallamos en Aulo-Gelio *(Noct. atlig.*, lib. XII, cap. II), un discurso admirable atribuido al filósofo Favorino sobre la obligacion moral de la lactancia materna. Esta pequeña obra maestra de estilo y de razon no solo es una página de sana y buena higiene, sino que constituye tambien una revelacion picante de las costumbres de los romanos en esta época. Con este doble carácter, nuestros lectores, nos agradecerán que reproduzcamos los pasajes mas notables:

«Vínose á anunciar, dice Aulo-Gelio, al filósofo Favorino, y en nuestra presencia, que la MUJER de uno de sus auditores acababa de alumbrarle un hijo. «Vamos, exclamó, á ver á la madre y á felicitar al padre.» Este pertenecia á una familia noble y senatorial. Todos seguimos á Favorino, lo acompañamos hasta la casa y entramos con él. Este halló al padre en el vestíbulo, lo abrazó, lo felicitó y se sentó. Se informó de si el parto habia sido lento y laborioso, y habiéndosele dicho que la jóven madre, fatigada por los desvelos y el dolor, se habia quedado dormida, dió mas anchas á su interlocucion. «No dudo que ella estará en ánimo de nutrir á su hijito con su propia leche.» La madre de la parida, es decir, la abuela, (¡siempre está allí, al lado de la cama!) habiendo contestado que eran necesarias contemporizaciones y dar el niño á *nodrizas*, para no agregar las fatigas de la lactancia á las del parto que aquella acababa de sufrir, replicó vivamente Favorino: yo te conjuro, ¡oh, MUJER! que ella sea siempre y completamente la madre de su hijo. Alumbrar, y tan presto alejar de sí al sér que se ha puesto en el mundo, ¿no es una maternidad imperfecta y contraria á la naturaleza? ¡No se es madre sino á medias, cuando despues de haber nutrido en su seno un sér que no se veia, se le rehusa su leche cuando ya se le ve vivo, hombre ya, implorando el seno maternal!... Si se merece la indignacion pública y la execracion general por ir á matar al hombre en sus primeros dias, cuando se forma y se nutre en manos de la naturaleza, no se ha de merecer menos, por rehusar al niño formado y venido á luz, el alimento de su sangre, alimento que conoce y de que tiene ya hábito de nutrirse. Empero, no importa, se responde á esto; mientras él viva y sea nutrido, cualquier que sea el seno en que lo sea. ¿Por qué el que usa este lenguaje, ya que sea tan sordo á la voz de la naturaleza, no piensa tambien que importa poco en qué cuerpo y de qué sangre se haya formado el hombre?...

»Hay todavía otra consideracion que no puede despreciarse. ¿No es verdad que las mujeres que abandonan y destierran lejos de sí á sus hijos, para dejar que otras los nutran, trituran, ó al menos relajan, debilitan el dulce vínculo de ternura con que la naturaleza ha unido el alma de los hijos á la de los padres? Un niño dado á criar no es mucho menos olvidado que un muerto. Así se desvanece y altera la piedad, cuya primera semilla habia echado la naturaleza; y el niño puede aun amar á su padre y á su madre, este amor no efecto de la naturaleza, sino el fruto de la sociedad y de la opinion.»

«Este lenguaje es severo, sin duda; pero ¿no es saludable que nuestras *maravillosas* de hoy, como las maravillosas de antes en Roma *Mulieres prodigiosæ,* como las llamaba Favorino, sepan á que se exponen ellas sustrayéndose á este primer deber de la maternidad? La lactancia maternal, no lo olviden las madres, es una obligacion imperiosa, siempre, por supuesto, que no sea perjudicial á la madre ó al hijo; siempre que sea inofensiva para aquella y ventajosa para este. Esta manera de nutricion libra á la infancia de los inconvenientes de una leche, que por su composicion, ó por la edad ó tiempo de lo mismo, no es á propósito para la niñez, de la amenaza permanente de una interrupcion fortuita en la lactancia, y finalmente de esas contaminaciones contagiosas contra las cuales no pone á cubierto la eleccion mas remirada. Con un autor célebre, puédese preguntar si esta cuestion no tiene además de la trascendencia física, otra de órden muy importante. «¿El niño, dice, tiene menos necesidad de una madre que de un pezon?» Otras mujeres, hasta bestias mismas, pueden darle la leche que ella le niega; *empero la solicitud maternal no la suplirá de modo alguno.*

»Fuera de esta ojeada casi enteramente moral, pero de las mas sérias, no puede dudarse de que la lactancia mercenaria rompe deplorablemente, respecto á la niñez, las armonías funcionales establecidas por la naturaleza entre la salud de la madre y la suya. La fisiología nos enseña que la leche y la sangre tienen entre sí un parecido constitutivo notabilísimo no menos que de composicion química, y que el primero de estos líquidos orgánicos, presenta en la MUJER, variacion al infinito, si es permitida la frase, en las proporciones de sus elementos constituyentes; podria decirse con exactitud: *tal sangre, tal teche;* así que repugna pensar que la sustitucion del regazo materno por una de una nodriza mercenaria es cosa indiferente. Y no hablamos aquí mas que de las cualidades materiales, groseramente palmarias, al alcance de la balanza y el microscopio; ¿quién nos dice que no las hay mas íntimas aun, y de las cuales la salud, este reactivo tan exquisitamente sensible, acusa la influencia, aunque escapen al análisis?

»Empero, seremos justos: si hay mujeres á quienes es menester estimular á que crien á sus hijos, hay otras por el contrario (y afortunadamente por honra de la humanidad no son pocas), á las cuales es necesario detener en esa pendiente, por la que las derrumba la exageracion del noble sentimiento maternal.—Nosotros nos gloriamos de haber escrito ideas armónicamente conformes con estas luminosas prescripciones de un autor tan respetable como el que venimos citando, sin que préviamente lo hubiéramos consultado: esto prueba la verdad en nuestro pensasamiento y plan de esta obra.—Sigamos aduciendo los testimonios sustentadores de nuestros principios en autor de tanta nota.

»No se pueden nutrir niños con nervios ni con ternura; necesitan leche, y para tener leche se necesita salud, sobre todo esa salud normal y estable que no está á merced de una emocion ó de una vigilia, que muy comun en la campaña, es mas rara en medio de las agitaciones de nuestra vida social. La abundancia y la calidad de la leche no bastan, por lo demás, para constituir la aptitud para lactar;

hay obstáculos que provienen de las condiciones actuales de la madre ó que proceden de hechos de heredad mórbida y que solo el médico es capaz de apreciar. Y, para decirlo aunque no sea sino de paso, esta mision tan importante y tan delicada no puede ser cumplida convenientemente por un médico cualquiera, sino por el *médico de la familia*, este tipo interesante en el cual se reasumian en otro tiempo la fidelidad de la adhesion y la fidelidad de la confianza, y que poco á poco desgraciadamente ha de desaparecer.

»Empero puesto que sus luces, tan útiles y tan necesarias realmente, son llamadas tan raramente, al menos, es menester que las familias conozcan las circunstancias en las cuales hay ocasion propicia para estimular á las jóvenes madres á lactar, y otras en que es necesario, por el contrario, moderar su celo y pedirles, en favor de su hijo, que hagan callar su corazon y que oigan la voz de la razon.

»Por otra parte, se hallan mujeres bien constituidas, y que gozan de buena salud, y sin embargo no tienen leche suficiente. Esto con todo no es motivo suficiente siempre para que se recurra de plano á una nodriza; aunque es difícil de apreciar exactamente bajo este concepto el grado de aptitud para lactar, no son pocos los casos que se presentan de jóvenes madres, que siendo al principio solo medianas nodrizas, acaban por tener leche abundante y de buena calidad. Siempre, pues, puede considerarse prudente un ensayo. Por lo demas, el exámen microscópico del *colostrum*, esa leche rudimentaria, puede ya en los últimos meses de la gestacion dar indicios preciosos sobre la disposicion para la lactancia. Mr. Douné ha demostrado todo el valor de esta precaucion en un libro que se ha hecho clásico, y en el cual las familias y los médicos pueden encontrar enseñanzas muy útiles.

»Las imperfecciones del órgano secretor de la leche, particularmente la cortedad del pezon que han de alargar los labios del recien nacido, rara vez constituyen un impedimento absoluto á la lactancia; hay muchos y variados medios artificiales de suplir ese defecto y otros análogos externos. Las grietas, al contrario, se convierten á menudo en una dificultad insuperable, puesto que importan consigo como consecuencias, insomnios, erethismo (irritacion) nervioso, demacracion por falta de apetito; la leche se altera, y no es raro ver al niño que desmejora y es presa de frenesí. En este caso es necesario emplear á toda costa cuantos medios se puedan haber á mano de la ciencia y de la experiencia para curar las grietas, ó recurrir á los procedimientos de succion mediata, pero prepararse á interrumpir la lactancia tan presto como la salud de la madre ó del hijo exijan este sacrificio.

»No faltan madres que capitulan pronto, harto pronto acaso; otras hay á quienes es menester imponérseles con autoridad este sacrificio. ¿Quién no ha visto ejemplares de esas excelentes jóvenes madres obstinadas valientemente en esa via dolorosa de lactancia maternal, queriendo al menos nutrir, sonriendo con la tranquila y bella sonrisa del deber cumplido, en medio de los sufrimientos que febricitan su mirada? El moralista aplaude su edificante obstinacion, el médico les demuestra ó indica su heróica locura y su peligro; y obtienen de ellas en nombre del interés de

su hijo, lo que rehusarian sino se tratara mas que de su sufrimiento. Estas, estas son madres verdaderas; pero todas no tienen la sangre de Blanca de Castilla en sus venas, y el higienista debe discernir antes de preceptuar.

»Las condiciones generales de la salud demandan igualmente ser interrogadas con cuidado, para saber si la lactancia maternal es oportuna ó inoportuna. «Si, ha dicho con razon Mr. Douné, no deberia concederse la facultad de lactar sino á las madres dotadas de una fuerza y de una salud tan róbustas como las que se desean en las nodrizas agenas; casi, casi tendria que renunciarse á ver á las mujeres de sociedad criar á sus hijos, porque es muy infrecuente hallar estas condiciones en las mujeres de las grandes ciudades, y sobre todo de ciertas condiciones sociales; empero hay tantas compensaciones en que crien á sus hijos, aunque sea con inferioridad de condiciones bajo este punto de vista, que no es malo ceder algun tanto en las exigencias y no extremar el rigor. Nada es mas comun, en efecto, que ver en Paris mismo, á mujeres de unas fuerzas medianas, cuya salud no siempre está al abrigo de un tropel de esos pequeños inconvenientes que parecen inherentes á ciertas posiciones sociales, poseer no obstante las cualidades esenciales como nodrizas y lactar con el mejor éxito, sin experimentar ningun daño en su salud. Ciertamente seria sensible por la madre y por el niño el contrariar el gusto que estas madres sienten en lactar, y de consiguiente privar al niño de su nutriz natural. Esto seria caer, por exceso de precauciones, en otro órden de inconvenientes, ó al menos privarse de ventajas reales, positivas y preciosas. Débese igualmente alejar, en esta materia delicada, de un espíritu de sistematismo exclusivo, favorable ó adverso á la lactancia maternal; empero debe y puede decirse que la presuncion está en primer término por la madre.»

»Por lo que hace á las ineptitudes que provienen de un estado enfermizo determinado, del linfatismo, de la escrófula, de un temor ó sospecha de tísis, ya estas son cuestiones graves que superan la competencia de la familia y sobre ellas debe consultarse á un médico juicioso, con el propósito sério (lo cual no siempre sucede) de conformarse á su parecer.

»Puede, pues, verse ya claramente que nosotros nos inclinamos á pensar que la MUJER debe lactar siempre que goce de una regular salud, y ofrezca por lo demas condiciones especiales de aptitud para llenar esta funcion.

»No hemos hasta ahora invocado mas que el interés de su hijo; pudiéramos tambien invocar su propio interés, porque nosotros creemos firmemente que la lactancia es en la série de actos que preparan ó que constituyen la maternidad física, un complemento necesario, ó al menos muy útil para la salud. Ella es sin duda funcion transitoria, pero una funcion muy activa y que no podria, no puede considerarse como indiferente. Al contrario, es, tenemos de ello profunda conviccion, toda una série de afecciones y de miserias que pesan gravemente sobre la vida de la MUJER, y cuyo desarrollo, tan frecuente en nuestros dias, puede ser en gran parte atribuido á esta causa. Podríamos aquí insinuarnos de una manera vivísima; pero la evocacion de un peligro personal es un argumento de intimidacion

al cual sentimos honda repugnancia: los peligros que corren sus hijos deben ser suficientes para las mujeres que posean el sentimiento maternal; las que de él estén destituidas, ni tendrán bastante corazon ni bastante prevision para dejarse interesar ó espantar. La madre debe pues nutrir á su hijo siempre que pueda. Esta obligacion va á presentarse con mayor peso y evidencia por los inconvenientes inherentes á la lactancia innatural ó mercenaria, y sobre todo á la artificial, de que vamos á tratar ahora.

»La madre, dolorosamente impedida de lactar á su hijo, ve aumentarse sus deberes antes que disminuirse. ¡Qué contraste entre estas palabras y sobre todo entre las cosas que representan! Por un lado, el deber atractivo, que satisface al propio tiempo la aspiracion de la naturaleza y las necesidades del corazon; un oficio lleno de gracia que completa en algun modo la maternidad y que da á los cuidados asíduos y de los que necesita el niño, una vigilancia de una solicitud que vele siempre, y de una ternura que no se desmienta jamás; por otra parte, la fria especulacion, el oficio, con el lujo por objeto y el sacrificio de la salud de su propio hijo por medio; cuidados de los cuales la venalidad es acusada á cada paso por exigencias y amenazas; inconvenientes que se sienten y peligros que no siempre son distinguidos. Pero no encojezcamos el cuadro ni trasportemos al terreno del sentimiento una discusion que debe permanecer en el dominio mas práctio del razonamiento y de los hechos. Por lo demas, ya lo hemos dicho, la lactancia mercenaria es por desgracia harto á menudo una necesidad que es preciso aceptar de buen grado, y de que ha de sacarse el mejor partido posible.

»Suponemos, pues, que la lactancia maternal, despues de un exámen atento y competente, ha sido declarado impracticable, porque la jóven madre está ó es de sí sobrado débil, porque no tiene bastante leche; ó bien porque su salud haria la lactancia perjudicial ó para sí ó para su hijo, es menester tomar inmediatamente una resolucion, si es que ya no se haya tomado de antemano; ¡buscar una nodriza! grave cuestion que pertenece mas exclusivamente á la medicina de lo que ordinariamente se cree, y cuya solucion exige no menos atencion que buen juicio.

»Los autores tan numerosos que se han ocupado de esta cuestion capital de higiene pedagógica, han repetidamente formulado y justificado sus exigencias relativamente á la eleccion de una nodriza. Resumiéndolas, puédese trazar de la nodriza típica este retrato ideal:

»Debe tener de veinte á treinta años; mas jóven estaria falta de experiencia de los cuidados de que necesita un niño; y si sobrepasare mucho de aquella edad, tendria menos aptitud para la lactancia. Conviene, todo lo posible, que haya alumbrado dos ó tres veces; (*quœ bis aut ter pepererit.*—ACTIUS TETR. I,-III). Su salud demostrada por sus proporciones bien delineadas, el colorido de tez, la blancura y entereza de su dentadura, que no dejen que desear. El color negro de los cabellos es una condicion favorable; pero debe estar en armonía con el del cútis; puesto que en verdad los cabellos negros con epidermis delicada, muy fina, blanca y rosada, son á menudo el velo de un temperamento linfático y hasta escrofuloso. La consti-

tucion debe ser sana y vigorosa, el temperamento sanguíneo, la salud exenta de toda tara hereditaria ó personal. Su leche ha de ser abundante, de buena calidad, de un tiempo que no esté en desproporcion con el del tiempo del niño, que sus órganos mamarios estén en proporciones aptas para la succion y nutricion del infantuelo que así obtenga sin gran esfuerzo la cantidad de leche necesaria á su alimentacion. Su carácter alegre, su humor igual, con noticias favorables respecto á su amor al cumplimiento de sus deberes, su paciencia, su moralidad, completan en fin este tipo que la teoría se propone y que la práctica persigue en vano.

»Si hay nodrizas de esta naturaleza, pocas serán, *rara avis intenis*, y es menester, cuando se necesita, contentarse con menos. En esta materia, como en todas las cosas, una calidad tiene habitualmente un inconveniente correlativo por contrapeso; la alegría es una amenaza de aturdimiento, las ventajas exteriores se convierten en un peligro, la inteligencia en una pendiente de indocilidad, el marido un amago permanente á la interrupcion forzada de la lactancia. Las nodrizas que no ofrecen esta última condicion son, indudablemente, con mayor exclusivismo encariñadas y adictas á los niños que se les confien, pero, á parte de una repugnancia muy legítima, ¡qué condiciones de conducta y salud! Conviene, pues, no llevar demasiado lejos sus exigencias y saber contentarse con las cualidades mas esenciales, cuando se ha tenido la suerte bastante escasa de hallarlas.

»En este punto el juicio de la familia debe abdicar prudentemente ante el juicio autorizado del médico, que reune no solo una experiencia vasta, sino que tambien dispone por su carrera de los recursos científicos necesarios para juzgar con acierto de la salud de una nodriza, y del valor de su leche. Él leerá mas allá de las apariencias, podrá examinar la leche con el microscópio, apreciará sanitariamente el estado de vigor ó decaimiento del niño que le presente acaso la nodriza como muestra de aptitud y por una investigacion que nunca será ni bastante minuciosa ni bastante completa, él sabrá ir al fondo de la salud. Harto numerosos y sobrado repetidos son los ejemplos de las familias en las cuales penetra por una nodriza el veneno de una enfermedad contagiosa ó el gérmen de una enfermedad parasitaria, lo cual indicará sobradamente que no es cosa baladí dejar de consultar al médico en este asunto.

»Hay una cuestion que hasta aquí no se ha resuelto, sino mas bien oscilado por el sentimiento en vez de serlo por los hechos; y que sin embargo despierta y merece despertar en alto grado el mayor interés de las familias; esta cuestion es: la relativa á la trasmision posible de las inclinaciones morales y de las aptitudes intelectuales de la nodriza por la lactancia. Esta influencia en la cual creen la mayor parte de las madres, era admitida por los antiguos, y la historia les indicaba ejemplos mas ó menos demostrativos; así es que la ebriedad de Tiberio, á quien los Romanos segun Suetonio, llamaban por un triple juego de palabra: *Caldius Biberius Mero*, en lugar de Claudio Tiberio Nero, era considerada como una herencia de su nodriza, apasionada por el vicio.—*Duód. cœs. III.*—Las costumbres harto reprensibles de Rómulo y Remo, les habian tambien sido transmitidas, segun la opinion vulgar,

con la leche de su nodriza Laurencia, por sobrenombre la *Loba*, á causa de sus desórdenes. «No sin razon, hace decir Aulo-Gelio á Favorino, háse creido que la leche tiene la propiedad de crear semblanzas de cuerpo y espíritu, y esta influencia se manifiesta en el hombre no menos que en los animales: que los cabritos mamen la leche de una oveja, ó corderos la de una cabra; la lana de estos será mas ruda; la de aquellos mas suave, etc. Nada contribuye ó influye mas á formar las costumbres que el carácter de la nodriza. (AUL. GEL. NOCT. attic. lib. XII, cap. II).»

»¿Qué es lo que debe pensarse sériamente de esta transfusion, por el intermediario de la leche, de las cualidades ó de los defectos de la nodriza? Nada, sino que no es un mero perjuicio, una preocupacion. Los niños nutridos ó lactados por cabras no son, háyase dicho ó dígase lo que se quiera, ni mas vivos, ni mas indóciles, ni tiran mas á *cabra* que los otros; y las madres pueden, sin peligro alguno de decadencia intelectual, suplir la leche de un ama por la de una burra.

»La lactancia como la fecundacion seria un acto puramente físico, si el sentimiento casi divino de la maternidad no los espiritualizara; la leche nutre poco ó mucho, bien ó mal, empero, muy felizmente no tiene mas accion. Plutarco, recomendando que se tomaran nodrizas *griegas*, es decir, de buenas costumbres, epígrama á la tendencia á las nodrizas romanas, habia perfectamente comprendido que la inteligencia y la moralidad de las nodrizas son garantías de buenos cuidados y de buena salud, pero no abrigaba en modo alguno la opinion de que sus cualidades ó defectos se transmitan á los niños. Así es como debe juzgarse esta cuestion.

»En las pequeñas localidades, es bastante fácil el procurarse nodrizas. Las mujeres que se dedican á esa industria averiguan cuidadosamente las plazas vacantes, y ellas mismas van á ofrecerse para ocuparlas. Además, es mucho mas hacedero el recoger sobre ellas y su conducta informes exactos; empero todo eso no pasa así en las grandes poblaciones; presentan, bajo este punto de vista, peligros de mas de una clase. Hallan en ellas en un momento dado, y casi siempre es con urgencia, una nodriza que ofrezca garantías sérias de aptitud, de moralidad y de salud, es cosa que se ha llegado á hacer de tal suerte difícil, que la administracion pública ha visto, desde mucho tiempo atrás, la necesidad de subvenir á este grave interés de higiene pública; y de ahí arranca la creacion de la *Direccion general de nodrizas*.

»Este Instituto, fundado á últimos del pasado siglo en su raíz, y hoy refundido en la *Direccion de la Asistencia pública*, tiene por objeto proporcionar á la poblacion de París, por retribuciones ó mensualidades razonables y en buenas condiciones de moralidad y de salud, nodrizas á domicilio de los padres y en el de las mismas amas ó nodrizas. Médicos visitadores, personas encargadas de buscar nodrizas, é inspectores aseguran este servicio. A pesar de esta excelente organizacion, no da este Instituto todos los frutos que se prometia de su existencia. Las familias acomodadas han considerado, en efecto, la *Direccion de nodrizas* como un establecimiento destinado principalmente á las clases obreras é indigentes, y han continuado buscando por sí mismas las nodrizas que les hacen falta; añádase á esto el

que los centros, ó despachos ó agencias particulares de colocacion de nodrizas, agencias que precedieron de mucho tiempo á la fundacion de la municipal, hacen á esta una competencia poco leal y que impide su prosperidad con gran detrimento de la salud pública. Esas agencias reglamentadas por el reglamento de policía de 23 de junio de 1842, son de una utilidad mas que equívoca, y sus abusos han llegado á tal punto, que en 1853 Mr. Vernois, encargado de hacer una investigacion sobre esta cuestion, creyó deber en conciencia proponer la clausura de aquellas agencias de especulacion privada, y la creacion en las principales poblaciones de una *Direccion municipal,* con una ó muchas sucursales, segun su importancia. Esta medida estaba ciertamente justificada por la necesidad de prevenir la explotacion de las familias y hasta de las mismas nodrizas por esos industriales que se ponian de por medio entre aquellas y estas. Hasta ahora no tengo noticia de que se haya dado satisfaccion y cumplimiento á este deseo y necesidad. Una publicacion reciente «*De la mortaliddd de los infantes en lactancia*» (1866), debida á la pluma de Mr. Brochard, ha venido á confirmar la extension del mal y la necesidad urgente del remedio radical. Sus investigaciones ponen de manifiesto sobradamente la diferencia expresiva que existe entre la mortalidad de los niños repartidos; servidos y vigilados por la comision municipal de nodrizas y la de los servidos por agencias particulares. En el distrito de Nogent-le-Retrou, la mortalidad de los primeros es de 17 por 100, y la de los segundos de 42 por 100. Acaba de fundarse una sociedad protectora de la infancia. La idea es buena y, si despierta una vecindad chocante y triste á la vez, revela al menos, de un modo oportuno, la extension del mal y la urgencia de que se remedie.

»Una vez elegida la nodriza, es necesario colocarla en condiciones de higiene propias para poner á cubierto su salud y por consiguiente para al propio tiempo mantener su leche abundante y de buena calidad. Estas dos condiciones son necesariamente solidarias una de otra.

»Su alimentacion ha de ser sustanciosa, pero sobre todo ha de estar en armonía con sus costumbres originarias, sin desconocer, sin embargo, las circunstancias desfavorables en las que coloca la estancia en la ciudad á una campesina. En todo caso, es menester procurar que ese cambio no tenga nada de brusco, nada de exagerado, si es que ese cambio se quiera verificar. Un autor célebre en las teorías educativas, y al que nos hemos referido mas de una vez, pone en evidencia, y con gran luz de razon, todo lo que hay de irracional en saturar y sobrecargar de alimentos suculentos y vinos á esas campesinas que no los usan sino raramente, ó nunca. «Es necesario, dice, que la nodriza viva solo algo mas cómodamente, que tome alimentos solamente algo mas sustanciosos; empero no que cambie por completo su manera de ser y vivir; porque un cambio brusco y total, aunque sea de mal en mejor, es siempre perjudicial á la salud, y puesto que su régimen ordinario la ha hecho ó vuelto sana y bien constituida, ¿por qué hacerla cambiar?» Perturbaciones digestivas que reaccionan sobre la salud del niño, erupciones diviesales y una falta de apetito que disminuye ulteriormente la abundancia de la leche, son las

consecuencias de esta práctica absurda y harto general, que es tanto mas perniciosa cuanto que las nodrizas que salen del campo, llevan en las ciudades una vida mas inactiva, mas encerrona, y se ven colocadas desde luego y por todo eso en condiciones desfavorables para sacar un buen resultado de una alimentacion sobrado suculenta. Por desgracia, ellas van á colocarse en casas ricas con el afan preconcebido de desquitarse de las privaciones de su casa, é imponen para esto, y aprovechando ó abusando de la situacion, exigencias que no son de hoy, á juzgar por este pasaje del *Rustro* de Planto, en que Fronesia, sumando lo que cuesta un niño, dice, entrotras cosas: «Es necesario contar con lo que cuesta sostener á la madre, al niño y á la comadrona, y á la nodriza además hay que darle gran provision de vino para beber dia y noche.» (RUSTRO, act. V, sc. 1.ª). La teoría indica que es menester resistir á estas exigencias; la práctica aconseja estudiarlas prudentemente contemporizando.

»Hay un cierto número que la rutina y la preocupacion permiten ó vedan á las nodrizas, y á menudo sin ó con poca razon en uno y otro caso. Médicos y padres pasan por las horcas caudinas de este dogmatismo incompetente, que resuelve sin apelacion y de plano las cuestiones de la oportunidad de la cerveza, de la cidra del vino, de los ácidos, de las frutas, y convierte los alimentos en *galactógenos* ó aptos para aumentar la cantidad de la leche, y en alimentos *venteros* produciendo en la lactancia cólicos flatulentos. Mucho pudiera decirse sobre estas caracterizaciones, lo propio que sobre la teoría, muy en boga, de las sustancias que hacen la leche *refrescante* ó *inflamada*. Lo que puede decirse de mas general es que un alimento resultará siempre bueno para el niño cuando mantiene en buen estado la salud de la nodriza; y que por el contrario, los infantes en lactancia, como dice perfectamente Boerhaave, llevan consigo la pena de los desórdenes de régimen de las nodrizas.

»Idénticas consideraciones sobre su género de vida. El que les conviene mayormente es aquel que las tenga mas cercanas á sus costumbres y hábitos anteriores. Es decir que el campo es doblemente favorable á la lactancia mercenaria, puesto que el niño se aprovecha directamente por sí mismo, é indirectamente por el buen estado de salud de la nodriza. La necesidad del ejercicio es tanto mas apremiante cuanto que aquella tenia de antes una vida mas activa. Es, pues, necesario luchar contra la pereza de las nodrizas, por interés de su salud y de su porvenir. Es preciso ocuparlas, obligarlas á pasar gran parte del dia al aire libre, exigirlas una limpieza y aseo en toda regla, y en todo lo posible no apartarlas de la vida conyugal con prohibiciones, cuya utilidad es muy eventual, y que seguramente serán eludidas.

»La reaparicion del flujo mensual y las probabilidades de otro estado interesante son circunstancias que se presentan asaz frecuentemente en las nodrizas y que despiertan la solicitud de las familias. Ni lo uno ni lo otro son bastante á que obligue á tomarse una resolucion imperiosa, cuando por otra parte el niño sigue bien. Al contrario, si diera muestras de desmejorar ó peligrar su salud, entonces es

menester ocuparse de estas condiciones, y despues de oido el médico, tomar una resolucion definitiva.

»Las enfermedades accidentales de la nodriza promueven la misma cuestion práctica. Se trata de una enfermedad aguda que no se manifiesta con ningun carácter de gravedad y que no tiene cualidades de enfermedad contagiosa, es menester un poco de calma; si el niño ó niña puede comer, auméntense prudencialmente sus dósis ausiliares, vigilar, y ver el momento en que un cambio de nodriza se haga indispensable.

»Hay una circunstancia que las familias deben conocer, para evitarse ansiedades y concesiones inútiles, á saber, que el cambio de leche ó nodriza no tiene en sí, dígase lo que se quiera, mas pequeños inconvenientes. Al hablar así, claro está que me refiero á un cambio ventajoso, que se verifica por una transicion bien elegida y bien ordenada, y que procura al niño una leche de la misma edad ó tiempo y circunstancias que la sustituida. En estas condiciones, el peligro es puramente imaginario. No ha, pues, lugar á capitular ante exigencias inadmirables, y tanto mas habituales cuanto que las nodrizas mercenarias conocen prodigiosamente que tienen á las jóvenes madres asidas por el corazon y que pueden tiranizarlas.

»No hemos hablado hasta aquí sino de las nodrizas en el domicilio del niño, es decir, de las que pueden ser elegidas con inteligencia, lactar de un modo conveniente y vigilar con eficacia. Esta forma de lactancia ajena tiene sin duda menos inconvenientes, aunque los tiene, pero desgraciadamente no siempre es asequible, y ciertas dificultades de posicion, de fortuna, ciertas necesidades de trabajo obligan harto á menudo á las madres á confiar sus hijos á nodrizas de puntos lejanos en demasia. Cuando esta medida rigurosa viene dictada por la necesidad y es sufrida con tristeza, no hay nada que decir, y la madre es digna de que se la compadezca. Nosotros, en honra de la humanidad, preferimos pensar que siempre sucede así, y que este destierro del niño no se conoce jamás por casualidad el culpable abandono de un deber ni el cobarde deseo de una libertad ilegítima. Es bueno, sin embargo, que las familias sepan á que se exponen alejando sus hijos sobradamente; al menos será para ellas un estímulo á vigilarlos de cerca, y á que no cesen en esta vigilancia asídua.

»Dos casos se presentan: ó bien la nodriza habita en la ciudad, y el niño es colocado en condiciones de habitacion y de ventilacion; ó bien aquella vive en el campo, lejos, en cuyo caso no se la puede vigilar de cerca. La demora ó habitacion en las afueras, en los alrededores, ofrece por doble motivo, ventajas que la hacen preferible á todas. (Esto mismo hemos sostenido nosotros en el capítulo anterior). Júzguese, por los detalles siguientes, la suerte que espera á los niños lactados lejos de la familia: «Es imposible, dice Mr. Brochard, formarse una idea de la inmoralidad que se ha apoderado de esta industria, de esta especulacion incalificable de las nodrizas en el distrito de X... Esos niños se ven, á vista del público, talmente entregados á una muerte mas ó menos próxima, que el coche que los lleva al domicilio de sus nodrizas es llamado en los campos el *Purgatorio*. Esto quiere decir

que en saliendo de aquel coche se van al cielo. En la época en que yo hacia las investigaciones estadísticas á este objeto, un alcalde del distrito me escribia que el número de lactancias anualmente colocadas era por término medio de 80.

»Por otro conducto los registros civiles me indicaban que en el mismo año, habian fallecido en aquel mismo distrito municipal 80 *parisienses*. Un colega que ejercia la medicina en sus alrededores, me ha contado varias veces que él conocia mujeres que habian siempre tenido lactancias, que las tenian siempre y que no devolvian jamás ninguna: todas fallecian. Así que el alcalde de tantos municipios se servia ante mí de esta frase característica: «El cementerio de mi distrito está cimentado de pequeños parisienses.» ¡Qué martirologio, si pudieran reunirse todos los fastos, se formaria con los de esos niños trasplantados, privados á menudo de los cuidados mas indispensables, y hasta de leche, y expuestos á todos los peligros de la especulacion y de la incuria! Los riesgos del viaje, las privaciones impuestas á las lactancias por el sórdido interés, el defecto de limpieza y aseo, la no vigilancia real que debe ejercerse sobre la conducta y salud de la nodriza, son otros tantos inconvenientes de relieve de esta forma de lactancia; no hablo del peligro de la sustitucion de niño, sino hay vigilancia, ó si llega á tal punto el abandono. Las damas romanas, á las cuales estigmatizaba César diciéndolas que las veia mas habitualmente con perros y loros que con niños en los brazos, ponian toda su vigilancia anterior y posterior en pro de sus hijitos colgándoles en sus cuellecitos, segun antes precitamos, un collar de juguetes sellado, lo cual se hacia con los expósitos, y lo recuerdan los *plomos* de los de nuestros dias. Este peligro tiene un aire romanesco que no le quita nada de su realidad.

»La lactancia mercenaria, en estas condiciones fortuitas, puede ocasionar una mortalidad, que en algunas localidades en las cuales la lactancia es una industria, era de un 42 por 100 en el primer año. Ahora bien, las estadísticas mas recientes no evaluando la mortalidad general en este período solamente hasta el quinto ó sexto año de edad de la niñez, se puede ver con toda la influencia funesta de la lactancia sin vigilar. No hay biberon por malo que sea, que no valga mas. Si por el contrario, se compara la lactancia mercenaria vigilada ó la ejercida á domicilio, vigilada tambien y dirigida como es debido, su ventaja sobre la artificial se destaca fácilmente. Aristóteles nos legó entre las riquezas de sus sentencias esta que se ha hecho vulgar: «El ojo del amo engorda el caballo;» *oculus domini pinguescit equum.*» El ojo de la madre sobre el niño produce el mismo efecto; téngalo, pues, tanto como sea posible sobre él, y que ya que no pueda darle su leche, prodíguele al menos su vigilancia incesante y sus caricias.

»Hemos ya bastantemente dejado ver que no éramos nada entusiastas de ese recurso higiénico que se llama *lactancia artificial*. Sin embargo, debemos reconocer que es un recurso que, en circunstancias dadas, bien y sabiamente practicado, puede producir excelentes resultados. Si se limitase, pues, su aplicacion á circunstancias de necesidad, no tendríamos nada que decir, y nos contentaríamos con enumerar las precauciones constantes y los cuidados asíduos al abrigo de los cuales

se pueden sortear sus inconvenientes. Estas precauciones y cuidados desgraciadamente no se guardan de ordinario; en ciertos paises y en ciertas clases, el biberon, en vez de ser un *suplemento* de necesidad, se ha convertido en un *cómodo sistema*, y su recurso tiene violenta tendencia á extenderse de un modo abusivo. En esto tiene la higiene un alto interés que defender, y ya seria hora de que la estadística resolviera esta cuestion, puesto que ella solamente es la que puede juzgarla definitivamente. Los guarismos de la actual, lo confesaremos desde luego, no son completamente inutilizables en este punto; empero no llenan aun la condicion de grandes números, sin la cual no tienen mas que una significacion incierta; además, no comprenden mas que los datos sobre los niños admitidos en los hospitales, y por consiguiente ofrecen solo condiciones especiales que pueden pesar (y pesan) sobre esta forma de lactancia.

»Por lactancia artificial, entiéndense dos cosas distintas: lactancia por una hembra de leche (cabra), y lactancia por biberon. Pudiérase realmente considerar en rigor lo primero como una forma de lactancia natural, puesto que la leche se suge de un orígen orgánico; mas el uso se ha adjudicado tambien aquella acepcion.

»La lactancia por un animal, que no es cosa tan nueva, si tomamos en cuenta la fábula de Amaltea y Júpiter, tiene la ventaja de que el niño recibe la leche por succion, es decir, que la halla en fuente viva, si se me permite expresarme así, en una temperatura normal, y que en este tránsito de la boca al estómago, no se mezcla íntimamente con la saliva. Este sistema, bastante en uso todavía en Alemania y Suiza, está ya casi abandonado en Francia, ó al menos se ve limitado á los niños atacados de enfermedades contagiosas que pudieran transmitir á una nodriza. En este caso se somete á un tratamiento medical del que se aprovecha tambien el niño, que halla á la vez un alimento y un remedio.

»La cabra debe indudablemente á las funciones de nodriza que desempeñó en el Olimpo el monopolio casi exclusivo de este modo de alimentacion: sea lo que fuere, lo cierto es que lo justifica con su docilidad, la forma y largo de sus pezones, y asimismo con la facilidad con que uno se procura este animal en todas partes. Al principio de este siglo, á los administradores del hospicio de Aix (Provenza), desengañados seguramente del biberon, se les ocurrió lactar á los niños expósitos por medio de cabras. Observóse que cada uno de estos animalitos conocia al niño ó niños que debia lactar y se colocaba de modo que pudieran sugir cómodamente la leche de sus pezones. Estas son calidades afectivas é inteligentes que tienen indudablemente su valor; pero si el higienista entra en su exámen, piensa en la composicion de la leche, es tan rica en materia grasa, tan nutritiva, tan diferente de la leche maternal, y se pregunta como el estómago de un recien nacido podrá arreglárselas con ella. Mr. Douné ha citado el hecho notable de mujeres que tenian una leche tan rica, que los niños que lactaban sufrian por aquella riqueza y enflaquecian como si hubieran dado con una lactancia insuficiente. ¿Puédese creer en tal caso, que un recien nacido pueda digerir una alimentacion semejante, aunque tuviera el estómago de Júpiter? No somos nosotros los que sostendremos que sí, y opinamos que en la

imposibilidad de servirse de burras de leche, á causa de las dificultades materiales que fácilmente estarán al alcance de cualquiera, vale mas, á falta de nodrizas, acudir al biberon. La cabra no es un recurso útil sino para completar, hácia los seis ó siete meses, una lactancia normal interrumpida por una circunstancia fortuita.

»La lactancia artificial propiamente dicha, que fuera mas propio llamarle nutricion artificial, exige precauciones innumerables é impone gastos bastantes, dos condiciones que la hacen perjudicial, sobre todo para las clases pobres. La eleccion de la leche es lo que importa en primer término. La leche de vaca es, en Francia, empleada con exclusion de toda otra, porque es la que puede procurarse con mayor facilidad; pero no es la que conviene mas. Las diferentes leches alimenticias pueden ser clasificadas, bajo el punto de vista higiénico, en dos grupos: leches grasas (vaca, cabra, oveja); y leches azucaradas (leches de MUJER y de burra). Seria, pues, lógico buscar un sustitutivo á la leche de la MUJER en el grupo á que la de esta pertenece, y es incontestable, que al menos durante los primeros meses, la leche de burra es preferible. Cuando no haya el inconveniente económico ó de proporcion, debe determinarse por esta eleccion, esto es, por leche de burra, porque es de una importancia apreciabilísima.

»Séase cual fuere la leche que se adoptare, la edad del animal, su salud, el tiempo trascurrido desde su última parturicion, son otras tantas condiciones que tienen una extrema importancia, pero de las cuales ordinariamente nadie se ocupa; y cuando uno piensa lo que llega á ser este precioso alimento en las grandes poblaciones, en donde la mezcla de diversas ordeñaciones, las leches diferentes por su tiempo y su composicion, á menudo alteradas por los fraudes, someten el estómago de la infancia á pruebas tan rudas, compréndese perfecta y fácilmente la tendencia de convertirse el biberon en un narcótico homicida. Seria, pues, conveniente tener el animal en casa y empezar la higiene de la criatura por la de la nodriza.

»Si á estos inconvenientes se unen los inherentes á la desigualdad de la temperatura de la leche, á la impropiedad y falta de aseo en los aparatos que sirven para esa forma de lactancia, al defecto de unidad en la direccion de los cuidados que recibe el niño, como asimismo á la falta de experiencia en las personas que se los dan, que los tienen á su cargo, se comprende que se ha franqueado la frontera de la naturaleza y que se ha entrado en los dominios de un arte peligroso y difícil, sembrado de escollos. Los antiguos llamaban *assa nutrix* ó nodriza seca, á la MUJER encargada de nutrir á un niño por el biberon, nodriza bien seca por cierto, y que conviene ahorrársela. Hartos peligros, en efecto, hay inherentes al biberon en sí mismo, para que la madre delegue á los cuidados mercenarios la direccion de la lactancia artificial.

»Así serán sus resultados.

»¿Qué, pues, hay en realidad que pensar del biberon? Si nos atenemos á los resultados que sustentaba ya en 1838 el abate Gaillard, capellan del hospital de Tours, de los cuales se deduce que la mortalidad de los niños nutridos por biberon era de 80 por 100 en el primer año, habríamos pronto resuelto la cuestion; empero

hay que ver las cosas tales como son, y es justo reconocer que la procedencia de aquellos niños y los cuidados forzosamente imperfectos que á aquellos pobres infantes se dispensan en tales casas, son las verdaderas causas de tal y tan espantosa mortalidad. (Esta es tambien la verdad que nosotros podemos y debemos confesar, habiendo visto aquellos fatales resultados en los asilos análogos, y resultados excelentes en todos los particulares debidamente cuidados niños, leche y biberon)...»

Cuidados, muchos cuidados, inteligencia y cariño, es lo que puede resolver favorablemente la cuestion de la lactancia artificial, que sin estas condiciones convenimos con el higienista respetable que venimos citando, y nosotros hemos ya asentado en el capítulo anterior, puede ser en extremo mortífera.

Volvamos á ceder la palabra al autor citado, acerca de otra cuestion delicada, el destete.

«El momento del destete es siempre crítico y demanda doblemente vigilancia y cuidados.

»La edad en que conviene destetar á los niños, la época del año en que es preferible elegir, cuando esta eleccion está en lo posible, las precauciones de que es preciso rodear al destete para que el niño no tenga que sufrir por ello, tales son las cuestiones que la solicitud maternal debe proponerse y solventar acertadamente en este punto.

»En la antigua Roma, ofreciase en los lares domésticos un sacrificio á la diosa Edulis, *(edere,* comer) en los momentos en que iban á inaugurar el destete. Esto era una confesion implícita de las dificultades espinosas de este acto; la Vigilancia era la divinidad propicia bajo cuyos auspicios es menester encomendarla.

»No puede determinarse con absoluta precision el límite de la lactancia; la salud del niño, la edad de su denticion, las condiciones del clima, las de la salubridad actual, etc., importan diferencias que hacen fracasar toda regla prescrita.

»Entre los hebreos, el destete no se verificaba antes del tercer año, ó hasta tener el infante tres años, segun nos lo dice un pasaje del libro II de los Macabeos, (XXVII, 271), y segun así lo intepretan San Gregorio y San Juan Crisóstomo. Este es tambien el límite que señala Galeno. En este límite hay realmente una exageracion: niños hay á quienes si se quisiera llevar hasta aquel límite, ellos mismos de por sí se desprenderian del pecho maternal sin que lo hubieran llegado á saludar siquiera. Entre nosotros, y en condiciones normales, el destete se verifica de los doce á los quince meses. Este límite varía, por lo demas, segun la salud de la madre y la abundancia de su leche, segun el apetito que manifiesta el niño por una alimentacion mixta, segun su estado de vigor, etc. Todo considerado, y en circunstancias normales, por otra parte, un niño robusto puede ser destetado antes de los límites indicados si alguna circunstancia imperiosa lo exigiere. Su temperamento es un dato importante en esta cuestion. Generalmente se conviene en que los niños rubios, de carnes fofas, de cútis blanco y brillante, propensos al linfatismo, deben ser destetados antes que los que sean morenos, enjutos y de colores sanitosos.

Alfredo Leroy creia asimismo que una lactancia prolongada demasiadamente, dispone á los niños á usagres, al raquitismo, á las escrófulas. Este parecer es cuestionable por lo que hace al raquitismo, que proviene mas comunmente de una lactancia incompleta que de un destete retardado; pero aquel parecer es tenido como firme y cierto por lo que toca á las otras dos afecciones.

»El estado de la denticion es un indicio variable, pero natural, que vale ciertamente mas que todas esas reglas arbitrarias que pretenden dar un carácter de precision absoluta á lo que es esencialmente relativo y variable por su naturaleza.

»Sábese que los primeros dientes aparecen ordinariamente entre cinco y ocho meses, y que los dientes salen por grupos. El primer grupo está constituido por los incisivos medianos inferiores; el segundo por los incisivos superiores; el tercero por los pequeños molares; el cuarto por los caninos; el quinto por los últimos molares. Mr. Trousseau ha dado el juicioso consejo de que se aproveche, para destetar, el momento en que un grupo ha salido y en que el niño ó niña va á tener un período de reposo. Nosotros completaremos esta recomendacion y le daremos una forma mas comprensiva para las madres, haciendo notar que un número impar de dientes, debe, en general, hacer diferir el destete. Indica, en efecto, un período activo de evolucion dentaria que seria importuno complicar con un cambio alimenticio.

»La primera denticion, es decir la aparicion de los veinte primeros dientes, no terminándose sino de los veinticuatro á los treintra meses, no debe esperarse esta época; los caninos no apareciendo sino hasta los diez y ocho ó veintidos meses; se viene á concluir que el consejo de Mr. Trousseau, de que se espere la salida de estos dientes, es casi siempre impracticable. Puédese, en general, decir que el momento que se para la salida de los molares de la de los caninos, es el mas á propósito para el destete; en primer lugar porque el niño está en aptitud de tomar otros alimentos muy diferentes de la leche, y luego tambien porque este descanso en el trabajo de la denticion se prolonga lo bastante.

»En el caso de la salida precoz de los caninos, y cuando dos de ellos hayan ya salido, es menester retardar el destete hasta que aparezcan los otros dos. Todas las madres, en efecto, saben, por una dolorosa experiencia, cuan laboriosa es la aparicion de estos dientes, y tampoco ignoran que si la salida de los cuatro caninos es sucesiva, el trabajo que los trae no tiene interrupcion.

»Así que es evidente que la época para el destete no puede ser fortuita ni arbitraria; solo el estado variable de la denticion debe determinar el cuando puede procederse al destete; y esto se concibe, puesto es probable que con la aparicion de los dientes, coincidan modificaciones del aparato digestivo, que estén en relacion con los alimentos nuevos que va á tener que elaborar. En cuanto á la necesidad de elegir un período de descanso en la denticion, está indicada por este hecho que la denticion y el destete conspiran á producir enfermedades intestinales en los niños; por otra parte, es bueno que en el momento en que ellos atraviesan las pruebas tan dolorosas del laborioso dentado, tengan el bálsamo del pecho materno que los tranquilice y los consuele. Ahí está tambien uno de los inconvenientes del destete prematuro. En

cuanto al destete tardío, no acarrea perjuicio sino á los niños linfáticos, á quienes mantiene en un lastimoso estado de anemia y de hinchazon; estos tales realmente necesitan desde muy atrás una alimentacion mas reparadora y mas estimulante.

»La eleccion de la estacion en que se ha de verificar el destete, no es tampoco indiferente. Mr. Douné, sin embargo, no le da mas que una mediana importancia si se trata de niños que estén sanos y que tengan buena constitucion. En efecto, aquí puede aplicarse la sentencia antigua: *Omne sanum sanis,* «todo es sano para los sanos;» pero en menos buenas condiciones de salud y de vigor, es prudente no destetar á los niños ni durante el verano ni al principio del otoño, sobre todo en los paises meridionales en que las afecciones del vientre son comunes y muy graves. Si el destete se hace forzoso, conviene verificarlo, en cuanto sea posible, en el campo, ó á cierta elevacion de morada sobre el nivel del mar, para evitar los fuertes calores. La existencia de afecciones epidémicas, sobre todo de afecciones intestinales, seria una razon para pensarlo.

»Por lo que hace al modo de proceder á la delicada operacion del destete, hay dos métodos en disponibilidad: 1.° El destete brusco, y 2.° el destete lento ó gradual. Mr. Douné es partidario del primero; cree que es mejor terminarlo todo en dos ó tres dias que prolongar esta prueba. En esto diremos tambien que nada puede fijarse de un modo absoluto. Los niños han sido, en efecto, mas ó menos preparados para el destete por una alimentacion mixta; ellos de por sí indican ó mucho apego al seno ó tendencia á desprenderse de él. La mejor conducta ó procedimiento es, á nuestro parecer, el aumentar progresivamente la alimentacion, al propio tiempo que se va disminuyendo la lactancia; retirar el pecho de noche, y por fin, irlo negándoselo al niño ó niña por de dia poco á poco. El destete progresivo vale mas para el niño y para la nodriza; permite vigilar la salud y las digestiones del niño, y devolverle el pecho si las circunstancias lo exigiesen. Este era el método seguido por Gardiano, cuya experiencia, en este punto era tan consumada; aquel doctor prolongaba el destete durante quince ó veinte dias. En ese procedimiento, indudablemente habia pesadez excesiva; pero como compensacion, las mujeres que destetaban de este modo estaban mucho menos expuestas que las de hoy á las sofocaciones de pechos, á hinchazones, etc.

»El conjunto de los cuidados que reclama la infancia, ha sido recientemente sintetizado en la palabra *puericultura.* Nosotros ni la defendemos ni la adoptamos. Su mayor defecto está en mirar el nombre con un arte nuevo, al que Mr. Costa ha arrimado su nombre, y en despertar una similitud de consonancia que hiere á la dignidad humana. El de *pedotrophia,* que como es sabido, ha servido de título al poema latino de Scevola de Santa Marta, seria en rigor preferible, si se extendiera su acepcion al conjunto de cuidados que reclama el niño; pero importa poco que la educacion física de la infancia tenga ó no un nombre científico, mientras que las madres comprendan su importancia, y sepan sobre qué bases esenciales debe estribar. Mas arriba hemos consignado ya su cometido decisivo en la direccion de la salud de sus hijos, no ruinosa ni mucho menos releva el de los padres, sino que

es su auxilio y ejecutoria. Tracemos á grandes rasgos lo mas importante de esta higiene maternal, que está siempre inquieta, siempre llena de solicitud, y que debiera siempre ser ilustrada.

«Un aire, una cantidad suficiente de luz, una temperatura conveniente, vestidos bien arreglados bajo el doble punto de vista de la comodidad del bienestar y de la salud, una regularidad suficiente de sueño, de descanso y de ejercicio, el aseo, una alimentacion bien dirigida, tal es el programa de una higiene eficaz de la infancia. Vamos á probar de poner en relieve sus puntos mas principales.

»Pringlo ha dicho: «que el aire mata mas hombres que la espada:» «*plus occidit aer quam gladius,*» y sin exageracion está ciertamente expresada en esta sentencia una gran verdad, y verdad que á todos toca. Al modo como en el terreno de la moral no pueden darse lecturas indiferentes, es decir, que no hagan bien ni mal, así mismo, bajo el punto de vista de la salud, no hay atmósferas indiferentes: ó nos vivifican y nutren, ó bien nos envenenan. Ahora bien, la atmósfera vale lo que valga la habitacion, sobre todo en las ciudades donde no hay las compensaciones del aire exterior del campo.

»Hay condiciones que apenan el corazon, donde las familias obreras, reducidas en las poblaciones manufactureras á una existencia troglodítica, atosigadora y mísera, crian lejos del sol y de la luz y del aire, una especie de larvas humanas, que amagan raquitismos y escrofulismos. Aquí evidentemente no hay nada que hacer sino llamar sobre estas miserias los auxilios incompletos de la caridad, y recomendar que se lleven sus niños al sol y al aire libre tan á menudo como hacerse pueda. Tiempos han de venir, abrigamos de ello firme esperanza, en que tales embudos desaparecerán, y en que la miseria, bajo esa expresion lamentabilísima, no será mas que una lastimera excepcion. La higiene, la moralidad y el bienestar marchan de acuerdo hácia este noble fin, y ellos lo alcanzarán, ó de otra suerte, seria preciso renegar del porvenir de la humanidad. Empero, entre tanto es menester no limitarse á estériles jeremiadas, sino que es menester mitigar los inconvenientes tan realmente tristes de la vida desheredada por medio de cuidados minuciosos de aseo y ventilacion de las habitaciones. *Segun se hace nuestra atmósfera, así es nuestra respiracion.* La higiene se inclina contristada ante la necesidad; pero protesta contra el abandono: tal es su derecho y su deber.

»Hay casas en que bastaria abrir las ventanas para dejar entrar la salud, ¡y en las cuales sin embargo se mantienen cerradas! ¡casas en que se sacrifica á un lujo equívoco, y en que se omiten los cuidados mas elementales del aseo; casas en que el salon usurpa inútilmente el espacio de los cuartos de dormir, ó se gastan sumas desordenadas en muebles fastuosos que fuera mejor gastarlas en adquirir un ajuar bueno y conveniente y saludable; otras casas hay en fin, en que se afanan mucho por el placer de la vista y muy poco por las necesidades de los pulmones.

»Y sin embargo, bien valdria la pena de que se pensara y obrara algo y aun algos mas y mejor por el bien de los pulmones. «El aire, ha dicho Max Simon en un librito en el cual se dan la mano la mas elevada razon con la mas exquisita sen-

sibilidad, el aire es el pan de la respiracion; este pan se respira en vez de comerse, ved ahí toda su diferencia. Yo supongo que si se propusiera á un hombre el comer pan, pan ordinario, mojado en suciedades, de seguro no aceptaria tal convite, y haria perfectamente. ¡Y bien! cuando este hombre vive ordinariamente en una atmósfera saturada de todas clases de malas exhalaciones, ¿qué otra cosa hace sino comer un pan manchado, humedecido en miasmas ponzoñosos, envenenarse lentamente? A medida que lo respiramos, quitamos al aire los elementos necesarios á la vida, y á la vez vaciamos en él por la respiracion una especie de excrementos gaseosos que son como resíduos de las digestiones que venimos repitiendo; doble causa que altera su pureza y le hace inapto para reparar y sostener la salud? ¿Volveriais á comer lo que habeis comido? No, ciertamente que no; ¡y bien! sin embargo haceis eso que negais con tanto horror, cuando continuais respirando un aire cuyo elemento vital habeis agotado, desde el momento que no lo renovais.» (Dr. Max Simon: *Hygien du corp. et de l' ame.)*

»La pureza del aire que respira en un cuarto ó dormitorio es el resultado del aseo de la habitacion misma y del aseo personal de los con quienes habita. Cada personalidad puede considerarse como el centro de una esfera de emanaciones corporarales cuyos radios disminuyen por el aseo y aumentan por la incuria. Los vestidos impregnados á su vez, irradian en todos sentidos esos efluvios sórdidos que ofenden nuestro olfato y perjudican nuestra salud, ó al menos la comprometen. Y de ahí arranca la necesidad de una limpieza minuciosa. Esta necesidad se impone todavía con mayor fuerza al espíritu, cuando se sabe que la piel, si absorbe, exhala mas aun, y dejar por falta de baños y lociones, obstruir las innumerables aberturas por las cuales escapa el sudor es tan absurdo, higiénicamente hablando, como tapar los conductos por los cuales se salen las inmundicias de una casa ó una poblacion.

»Hufeland ha llamado ingeniosamente *baños de aire* á la exposicion cotidiana de la niñez al aire libre. La movilidad del fluido, la renovacion incesante de las de sus cunas y ropas en contacto con la piel, el choque de las *olas aéreas*, la accion tonificadora de sus frescores, son otras tantas notas higiénicas que forman armonía completa. Empero el baño de aire no es solamente exterior, entra tambien en el pecho, y por este acarreo de materiales y esa exportacion sucesiva de materiales usados ó inútiles, sirve doblemente al interés de la salud. ¡Felices los infantes que se hallan colocados en condiciones de clima que les permiten escapar de los peligros de la vida secuestrada! Los que nacen en la primavera y que tienen el privilegio de atravesar dos estaciones cálidas sobre tres, pueden sacar buen partido de esta circunstancia favorable. Expondremos á propósito del sistema de Locke, todo el peligro de transformar los niños en sibaritas de calor, en una especie de *noli me tangere* atmosféricos que tiritan ó sudan cuando el calor baja ó sube de un grado, y que yacen siempre tiranizados por la estrecha y perjudicial férula del termómetro.

»Un proverbio italiano dice: «Allí donde no penetra la luz, entra la enfermedad,» la observacion confirma plenamente la verdad de esta sentencia.

»El fisiólogo Edwards estableció tiempo ha clínicas ó experimentos que demuestran toda la influencia de la luz sobre el desarrollo regular de las formas. Dos vasos, el uno envuelto en papel negro, el otro expuesto á la irradiacion solar, reciben una cierta cantidad de huevos de rana; estos abortan en el primero y se abren en el segundo. En otras experiencias, reconoció que la oscuridad impedia la metamorfósis de sus larvas, que se transformaban al contrario rápidamente bajo la influencia de la luz. La persistencia de las formas fatales seria, pues, un resultado de la penuria del excitante luminoso; esta causa interviene con plena evidencia en la produccion del raquitismo.

»Por lo demas, la fisiología no pone menos de manifiesto la influencia de la luz sobre los fenómenos de la vida. Si el embrion humano, como el embrion vegetal, se desarrolla fuera de la influencia de la luz, esta es absolutamente indispensable para la salud y el crecimiento del embrion hecho planta ó hecho hombre, segun sea su naturaleza. ¿Quién no sabe, en efecto, que la respiracion vegetal es nula ó languidece en la oscuridad; y que á la luz, por el contrario, las partes verdes del vegetal absorben el ácido carbónico y los rayos químicos reductores; que el carbono es fijado en los tejidos de la planta y el oxígeno exhalado; que en la oscuridad hay un trastorno completo de estos fenómenos químicos; que además bajo la influencia de esta condicion, la cronulina ó materia colorante verde disminuye, los jugos propios no se elaboran, sobreabunda una savia acuosa y los tejidos débiles vegetan con una rapidez enfermiza?

»Las experiencias mas recientes de Morren han venido á confirmar las de Edwards, y ponen de manifiesto, en una forma elegante y expresiva á la vez, la necesidad de la luz. Este físico compara dos vasos conteniendo agua pura; el uno está bañado por la luz, y en él se desarrollan infusorios; el otro está en la oscuridad, y en él no aparece señal alguna de vida. En semejantes condiciones, dos otros vasos, conteniendo una infusion vegetal, dan infusorios animales en el vaso colocado á la exposicion de la luz, é infusorios vegetales el vaso colocado en la oscuridad. En fin, en una série de vasos de grado en grado menos iluminados, se experimenta que las formas animales de nueva formacion aparecen tanto mas adelantadas en la escala zoológica cuanto la accion de la luz ha sido mas viva.

»La observacion directa oponiendo el colorido vivo, animado, la piel en circulacion activa de los niños criados en pleno sol frente á frente de la belleza anémica de los que se ven confinados, acusa esta influencia de un modo notable. La vida no consiste, como algunos quieren suponer, en fenómenos físico-químicos, y los que la vida desenvuelve son muy superiores, en su mayor número en lo mas intimo de nuestros tejidos; pero no es menos verdadero que la accion de la luz sobre la envoltura cutánea, y mediatamente sobre el cerebro por la retina, es un estímulo útil y fuera del cual no hay salud posible. Seria curioso buscar ó averiguar cuáles son en el espectro los rayos que previenen ó combaten mejor la debilidad en el hombre, y tendria acaso resultados prácticos el llegar al final de esta via exploradora. Conviene, en todo caso, que si el sol, como ingeniosamente se ha supuesto, es el foco

de todas las fuerzas que obran sobre nuestro planeta, es tambien el estimulante enérgico de estas fuerzas vivas que escaparán siempre ó por larga fecha á la ley de *correlacion*.

»Es, pues, menester pasear á los niños al aire libre. La atmósfera del litoral tiene el privilegio de broncear esos cútis delicados, y de proporcionar rápidamente á las mejillas pálidas de los niños de nuestras ciudades, esa encarnadura que es el sello de la salud. Es un admirable recurso, al cual resiste raramente el linfatismo, próximo pariente, sino padre del escrofulismo. ¡Cosa extraña! precisamente en las condiciones en que la atmósfera sobrenada en luz, este excitante hace á veces mas falta á los niños. Así se explica que en nuestras poblaciones del mediodia y durante el verano, los niños confinados por el calor no hallen, en los contornos en que los postigos están herméticamente cerrados, la cantidad de luz necesaria á su salud; de donde procede esa palidez mate de su tez y esa hinchazon de carnes, á cuya causa concurre casi por exclusivo la atmósfera ordinariamente contaminada de miasmas. Hay en este punto una proporcionalidad de la cual la higiene debe ocuparse.

»El niño tiene, fuera de las condiciones fisiológicas generales inherentes á la temperatura, necesidades especiales que es menester conocer, porque es preciso satisfacerlas.

»Si se tiene presente que el niño en tan tierna edad no tiene aun sino una respiracion lánguida, inconstante, se comprenderá que su calorificacion sea imperfecta. Edwards y Breschet, buscando la temperatura media de los adultos, la han representado por 36° c. 12, y no han hallado por la de los recien nacidos, sino 34,7° c., diferencia ya muy considerable. Además se ha experimentado que en los niños nacidos antes de tiempo la temperatura orgánica puede descender hasta los 32° c. Es, pues, necesario que el calor exterior lo supla, y esta necesidad es tanto mas real cuanto que el niño tiene menos edad, y chilla menos, es decir, que la respiracion es menos activa.

»Es conveniente no olvidar que el niño pasa bruscamente de la atmósfera de su madre á la del aire exterior, á saber de +38° c. á una temperatura algunas veces hivernal, y que además, la renovacion epidérmica que sigue al nacimiento lo coloca en condiciones particulares de sensibilidad frigorifica. Compréndese desde entonces todo el interés que hay en ponerle al abrigo de esta influencia antivital. El número de niños que sucumben á causa del frio es mas considerable de lo que se cree, y la mortalidad extrema que en Rusia pesa sobre los recien nacidos débese ciertamente atribuir en gran parte á esa causa.

»La temperatura del dormitorio, la clase, espesor y forma de los vestidos, la disposicion de la cuna, son otros tantos medios á propósito para conservar y reanimar el calor en los recien nacidos en la infancia. Los cuidados que se les dispensen contribuyen asimismo, lo cual se comprende fácilmente; el tiempo que se emplea en su aseo, en limpiarles, vestirles, la temperatura del agua empleada en sus abluciones, son otras tantas particularidades cuya importancia nos parece innecesaria encarecer.

»Cuando el niño, la niña nace antes de tiempo, es menester, si la estacion está fria, envolver su cuerpecillo en guata de algodon, cubrirlo con pequeños adredones ligeros, al propio tiempo que se ponen á su derredor botellas llenas de agua caliente. La exposicion de la cuna al nivel del sol, ante una chimenea ó brasero encendidos, es una mala práctica cuyos perniciosos efectos hemos experimentado, sobre todo si es una chimenea, por la corriente en que no puede menos de enfriarse. El doctor Denucé, de Burdeos, ha propuesto, hace ya algunos años, una cuna incubadora, á cuyo beneficio se puede, por una corriente de agua caliente en un doble fondo de zinc, mantener una temperatura determinada y constante. Este ingenioso aparato es muy á propósito para salvar á muchos niños débiles ó nacidos antes de tiempo. Nosotros planteamos la cuestion de si la incubacion por el calor orgánico podria tambien ser útilmente empleada. Sydenam le ha atribuido propiedades especiales, porque este calor es, decia, congénere con el nuestro. ¿Es esto simplemente una vision mística, y las *feas boberías glaciales* de que habla madama de Sevigné valen realmente otro tanto?

»Una vez ya emancipado, por su desarrollo, de los peligros especiales porque el frio le hacia correr, es necesario por eso no transigir con este enemigo, y llegar (cuando no hay obstáculos de debilidad) á desafiarlo impunemente. Empero para llegar á este resultado se necesitan dos condiciones connexas: que la respiracion se verifique activamente y con toda su perfeccion fisiológica, y que el niño haya aprendido creciendo á moverse y á hacer ejercicios. El *endurecimiento* debe entonces reemplazar á las *precauciones* y el sistema de Locke hallará ahí su asiento. Volveremos sobre esto mas adelante.

»Raras veces la elevacion de la temperatura exterior es una condicion desfavorable para el niño, ó al menos, si hay que temerla, no es tanto por sí misma cuanto por las vicisitudes termológicas incesantes á que da ocasion. Se entiende que me refiero al niño que sigue bien. Si por el contrario, es débil, mal alimentado, y propenso á flujos de vientre, ó presenta turbaciones digestivas ocasionadas por la denticion ó el destete, entonces la cosa cambia de aspecto y el calor se hace una cosa nociva; de ahí la necesidad en los paises meridionales de prolongar la lactancia hasta una estacion fresca, de verificar el destete con precaucion, y hasta de emigrar al Norte, ó buscar fresco en las alturas próximas. Estas precauciones están muy especialmente indicadas cuando el destete coincide con la denticion, ó cuando reina en la comarca en que se habita el *cólera infantil*, esa enfermedad tan mortífera para los niños, y cuyos peligros son aun mucho mas terribles en las regiones meridionales...

»La higiene vestimentaria de los niños se resume en estas tres palabras: aseo, sencillez y libertad.

»Del aseo ha dicho Hufeland que es *la columna fundamental de la salud*, con cuyo bautismo estamos perfectamente de acuerdo y nos releva de mas encarecimientos en este lugar; tiene el suyo propio en la higiene general de los niños. Es evidente que si el aseo es necesario en toda edad, lo es incomparablemente mas en

la infancia, cuya piel absorbe con una extremada actividad y presenta una delicadeza de tejidos tal que se inflama ó se excoria rápidamente bajo la influencia de la incuria.

» Los baños son con particularidad necesarios á la niñez durante los primeros albores de su vida, y la naturaleza del medio en el cual han vivido durante la incubacion del seno maternal indicaria ya claramente esta necesidad, si la experiencia no demostrara su realidad. No se trata ciertamente de baños glaciales. Dejemos que Rousseau los envie á los salvajes, y reconozcamos con Edwards «que un instinto sabio lleva á las madres á cuidar á sus hijos envueltos en templada temperatura, y que es menester resolver esta cuestion por las vias de la experiencia y la observacion de la naturaleza y no segun las versátiles opiniones de ciertos hombres.»—*Influence des agents phisiques sur la vie.*—Hablamos aquí de los niños de pecho; puesto que mas tarde podrá y se deberá ciertamente fortalecerlos: ahora es menester conservarlos en calor, y el nido del niño delicado debe estar abrigado como el del pájaro.

» Parece natural que el niño estuviera vestido cómodamente por sí y por su bienestar; por desgracia halla invariablemente cabe á su cuna dos infaustas hadas: la rutina y la moda, y estas son las encargadas de su ajuar: la una exige que la tradicion sea respetada, aun cuando la tradicion sea incómoda é irracional; la otra despótica como todos sabemos, se cuida menos de saber si un vestido es cómodo que si es de novedad; y en nuestros paseos hormiguean esos infantes, que cubiertos con sombreros incómodos, transformados en mostruarios de lujosas lencerías, experimentan temprano la dolorosa prueba de la vanidad humana. *El hombre nacido de la* MUJER preferiria su desnudez primitiva, si tuviese voto en capítulo, y de todas las pompas de Satán, esta es la que sacrificaria con mas gusto. Mucho habria que decir sobre estas vanidades, sino prestaran al sentimiento maternal, que todo lo sacrifica, no sé qué reflejo que desarma al moralista. Por lo demas, la influencia de la moda sobre el niño es aceptada como un hecho consumado: ella lo tiraniza en la cuna; ella le corta sus vestidos; ella le cortará tambien los de su virilidad. Es menester tomar una resolucion.

» El hombre está ávido de libertad, y se ve entregado desde la cuna á mil servidumbres. La de la envoltura estrechada ni es la menos incómoda, ni la menos ruda. Montaigne ha dicho: los fajamientos y envolturas de los niños son absolutamente innecesarios. Locke y sus contemporáneos tronaron contra estas vestiduras de la infancia; pero sin embargo continua en estrujar á las nuevas generaciones. La rutina está á prueba de todas las revoluciones. La Bastilla cae, la envoltura continua persistente. Es verdad que esta moda tiene en su favor una respetable antigüedad. Un cuadro de Pompeyo representa una actriz teniendo en sus brazos á un niño fajado, inclusos los brazos, estrechado por las circulares vueltas de una *fascia* ó trilla de lana que la transforma en una especie de momia; su cara expresa una placidez inverosímil. Las campesinas en Italia y en algunas de nuestras provincias, en Bretaña, por ejemplo, han conservado ese sistema irracional de atadura infantil.

Se ha dicho demasiado bien y demasiado mal de la envoltura, y en este punto como en toda controversia prolongada, el debate rueda sobre una confusion. La envoltura de Pompeyo es mas que un absurdo, es una crueldad; pero si se tratara de una envoltura suficientemente ancha, que dejase libres los brazos, el liberalismo del filósofo genovés huelga, y la fajadura inglesa (que no tiene de envoltura mas que el nombre) preferible á la vulgar en verano, no puede en cambio ser preferida en invierno, ó en climas rigurosos. No tiene mas que una ventaja, á saber, que no deja á los niños en la atmósfera de sus deyecciones ó excrementaciones; empero esta ventaja puede lograrse asimismo por una exquisita delicadeza en aseo y vigilancia.

»Pudiera perfectamente escribirse un libro, y no como quiera, sino un libro muy instructivo sobre vestido y aseo de los niños desde la envoltura hasta los vestidos de su adolescencia. Camper, que no se desdeñó de publicar un tratado acerca del calzado, escribió tambien un libro sobre la manera de vestir á la infancia, y este tema, aun dado ese opúsculo y el haber trascurrido tanto tiempo, está muy léjos de ser agotado. Yo no puedo dejar de indicar este vacio á los higienistas del porvenir, porque este nuestro libro es un tratado de generalidades, y no tendria límites si se detuviera en la minuciosidad de cada detalle. Solo diremos una palabra sobre la cuestion de la franela.

»Nuestras lectoras pueden ver con fruto una especie de tratado del doctor Fiévé sobre esta materia. La cosa parece baladí á primera vista. Háse dicho de Marengo que es una pequeña poblacion y un gran nombre. La franela importa una de las mas grandes cuestiones de la higiene, la del *endurecimiento* que nosotros trataremos luego con ocasion de los sistemas pedagógicos. La franela y el agua fria son en higiene dos términos antagónicos, entre los cuales necesariamente hay que elegir, y esta eleccion es preciso hacerla desde la infancia. El primero de estos medios representa la precaucion; el segundo representa la fortaleza. Este es aplicable á los niños de cierta fuerza; aquel conviene á los niños débiles y valetudinarios que sucumbirian en la lucha. Las madres generalmente aceptan solo con pena para sus hijos la humillacion de la franela, y su mirada mide con tristeza la distancia que separa esta estafa afeminada de la varonil cota de malla de la Edad Media; pero nosotros no somos nuestros antepasados, y es menester aceptar el nuevo órden de cosas con lo que tiene de mejor y con lo que en sí lleve de peor. Al menos que las madres sepan que la franela es una servidumbre provisional, y que al llegar la oportunidad, puédese deshacerse de ella, inaugurando, de una manera prudente, las prácticas de la hidroterapia.

»Las reglas generales del régimen de los niños son fáciles de trazar: la induccion las formula, y la experiencia las justifica.

»Su alimentacion, exclusivamente láctea y que les basta maravillosamente durante un período muy activo de su vida, indica al menos que les conviene, antes de llegar á la omnivosidad, una alimentacion muy sencilla. En otras palabras, hay peligro en hacerles pasar, como se hace cada dia, del régimen de la leche al de la mesa comun. El estómago necesita un tiempo bastante largo; para acostumbrarse á esta

transicion de una química fisiológica muy simple á un análisis digestivo de los mas complejos. Hufeland, impresionado por este inconveniente, era de opinion de que la base alimenticia de los niños, hasta los diez, fuese la leche, dándoseles una sopa con leche por la mañana y por la noche. Este era su régimen favorito. Sin duda era exagerado, pero era bueno.

»El uso de las carnes debe ser progresivamente aumentado; empero el niño que no es como Tiberio, *maxillis lentis,* y que engulle ordinariamente sin mascar, no debe comer, sobre todo durante los primeros años, sino carnes tiernas y poco cosidas. Nada tan habitual, en efecto, como ver en su economía pasar pedazos de carne indigestos á través de todo el tubo digestivo. Los embutidos, los guisados especieros, las carnes saladas ó ahumadas, no les convienen de ninguna manera. Con mayor motivo se les debe alejar de esos alimentos de gustos fuertes, esos manjares gastronomales en los que se revuelve una sensualidad perniciosa y de mala ley, que si es mala para los adultos, es fatal para los pequeñuelos.

»El régimen alimenticio ha de ser suficientemente variado para sostener el apetito, pero sin que lo sea de suerte que fatigue al estómago. La sopa era en otros tiempos la base clásica de la alimentacion de los niños; ella constituia el fondo sustancial de su alimento, y no habia que temer las transgresiones de una sobriedad desde entonces, y por lo mismo, sumamente fácil. La sopa hoy se ve reemplazada por el *potaje,* del cual está alejado el pan en provecho de pastas pesadas, y en el cual el niño sino por pura fórmula moja sus labios desabridos y ávidos de clavarse hasta en el fondo de la comida. El desuso de la sopa y la multiplicidad abusiva de los postres son los dos inconvenientes principales del régimen actual de los niños. El remedio se logra con la vuelta á lo que de bueno habia en el régimen alimenticio de nuestros buenos antepasados, como la sopa por ejemplo, y la práctica de que los niños no deben figurar en la mesa comun mas que cuando su razon esté bastante en desarrollo para poder conversar con los grandes y para no tener nada que temer de los mil aguijones del deseo gastronómico. « *Las mujeres de hoy están léjos de sus costumbres.* » Apenas el niño ha sido destetado que ya toma asiento en la mesa como si fuera un personaje, y emite á la vista de cada plato, con notas á veces chillonas, deseos que la higiene condena, pero que la debilidad materna satisface. Este es uno de los mas positivos y mas graves peligros, y esto no como quiera, sino en mayor grado de lo que se cree generalmente. La infancia necesita comidas mas breves, cocina menos sabia y una alimentacion mas uniforme.

»Señalemos finalmente otro abuso no menos grave por razon de su alcance y de su frecuencia: este abuso es el del azúcar y de la pastelería.

»Los fisiólogos del siglo pasado hicieron una guerra bastante apasionada al *cocido;* hubieran sido mas justos, á mi parecer, si hubieran dirigido sus tiros haciendo blanco en los alimentos zucareros. ¿Los niños gozaban de peor salud en el siglo XV, cuando el azúcar se vendia por onzas en casa el boticario, y su salud ha sufrido del bloqueo continental? Es bastante discutible; pero lo que no es permitido es considerar el empleo abusivo del azúcar como indiferente ante la higiene. El

azúcar es la *sal* de los niños, así como el vino es la *leche;* así lo quiere la sabiduría de las gentes; empero de aquella sal poco basta. Su inconveniente mayor es estragar el gusto de los niños destetados de los otros alimentos mas reparadores y mas útiles, no menos que producirles perturbaciones digestivas y constipaciones. Conviene, pues, usar de él con moderacion.

»Seremos mas radicales al tratar de pastelería, puesto que diremos categórica y resueltamente no gastar, no probar pastelería. Este lazo está tendido en todas las calles de nuestras poblaciones, y para colmo de desgracia, ha tomado sobre todos nuestros paseos un aire especial de ambulancia de provision; ¿y cuáles son los niños de las clases acomodadas que no sucumban en ese lazo? Si alguna industria hay que merezca las censuras de la medicina, esa industria es la pastelería, en cuyos laboratorios los niños perciben de un golpe la emanacion de un mal hábito y una mala salud. El arte culinario, acusado no sin algun fundamento de una gran parte de males físicos que pesan sobre la especie humana, es casi un arte medicinal ante esta misma especie. Por desgracia, los alimentos que elabora llegan harto seguramente hasta hacer traicion al estómago por la doble seduccion de los ojos y el paladar, y el peligro es tanto mas de temer cuanto que es de cada dia y que un atractivo mas inminente lo disimula. Ciertamente, toda clase de pastelería no es indigesta en el mismo grado; empero, ¿qué puede esperarse, para los niños, de esos manjares de pastas pesadas, sin fermentar, en cremas, aromas, azúcar y cuerpos grasos, que se juntan en combinaciones fortuitas, y se mezclan habitualmente con coloridos sospechosos? Nada bueno, seguramente. Y ¿qué alimento hay que no pueda serles preferible con ventaja? Únicamente los bizcochos pueden hallar libre plática en las severidades de la higiene; pero no sin la restriccion de no constituir de la alimentacion de los niños mas que un elemento accidental, nunca á título de alimento usual. En algunos paises, las pastelerías de los niños son tostadas de pan con manteca fresca ligeramente polvoreada de azúcar. He visto á niños manifestar un vivo apetito por estas pastas improvisadas, que escapan de la reprimenda algo enérgica que yo acabo de formular contra las otras.

»¿El vino conviene á los niños? ¿Les es indispensable? Contestaré que *sí* á la primera pregunta, y *no* á la segunda. Hufeland lo proscribia con un rigor injustificado; lo acusaba de que habituaba á los niños á una excitacion de que luego no podrian prescindir, de que debilitada el cuerpo entero, de que sobrescita el cerebro; de acrecentar la predisposicion á las enfermedades inflamatorias, á las *meningitis,* al crup; de calentar la sangre, de que estimula las pasiones, y de que destruye por consiguiente todo lo que forma el encanto de la infancia. Esto es mucho decir. Vénse niños aguados que gozan de una maravillosa salud y tienen una hermosa y admirable encarnadura; puédese, pues, prescindir del vino. Asimismo se ven niños que tienen la costumbre de beber vino y que gozan tambien de inmejorable salud; el vino, por consecuencia, no tiene los inconvenientes que le imputa Hufeland. Los niños robustos y bien alimentados pueden beber agua; esto será para ellos una necesidad de menos, es decir, una esclavitud de menos; empero los niños endebles

y pálidos hallan en el vino un elemento oportuno de reparacion nutritiva. Esta es toda la verdad en esta cuestion.

»En cuanto á los licores espirituosos, su inoportunidad es notoria, y las familias no deberian necesitar avisos acerca de este punto.

»El té y el café no tienen los mismos inconvenientes; empero tampoco hay ventaja alguna en hacer acostumbrar á los niños á bebidas estimulantes. Las funciones nerviosas se hallan tan predispuestas en ellos á sobrescitarse, que mas conviene calmarlas que estimularlas. Brillat Savarin [1] gratuitamente ha exagerado los inconvenientes del café en los niños, y ha amenazado á los padres, que no tengan la fuerza de impedir que los niños lo tomen, de que se preparan para el porvenir «*pequeñas máquinas secas, gastadas y envejecidas á los veinte años.*» Ciertamente, para llegar á este fatídico pronóstico seria preciso abusar extraordinariamente del café; pero lo mas prudente es que los niños no lo usen.

»Las diversas fases porque atraviesa el niño, especialmente las del destete, de la denticion, del crecimiento y de la pubertad, exigen reglas especiales de higiene; pero su aplicacion no está ya al alcance de las madres: el niño está en esos casos en la estrecha línea que separa el estado de enfermedad del de la salud, y la prescripcion del régimen es tan difícil como la de un medicamento. Es, pues, cuestion del médico. Es bueno, sin embargo, que las familias sepan: 1.° Que todas las disposiciones, si no se resuelven con el régimen, indican al menos su utilidad. 2.° que la dieta no puede ser tan prolongada ni tan completa como para los adultos. Hipócrates ha formulado esta distincion, y ha expuesto además que los niños soportan tanto menos bien un régimen severo, cuanto ellos son *mas vivos*, es decir que ellos gastan mas.

»Los crecimientos de los niños es uno de los períodos de su vida que es menester vigilar con mayor cuidado bajo el punto de vista de la alimentacion. El niño va construyendo su morada al propio tiempo que la conserva, y no podria su naturaleza atender á este doble fin sino comiese lo bastante para su realizacion binaria. Así que en este punto ¡cuánto es de admirar la providencial tolerancia de su estómago! ¡qué maravillosa aptitud para digerir todas las cosas y en todas las circunstancias! ¡qué actividad despliega este *padre de familia!* como le llamaban los antiguos, y ¡cómo provee con ahinco á las necesidades de su casa!

»El niño tiene necesidad imperiosa de dormir, y el nivel de las *septem horas*, bajo el cual quiere la Escuela de Salerno hacer pasar á todas las edades, ciertamente seria insuficiente para la infancia.

»Esta necesidad es tanto mas real en él cuanto que es mas tierno. Para él se continua durante cierto tiempo la vida que llevaba en el seno materno, y el sueño intermitente de los primeros dias es, segun la juiciosa observacion de Hufaland, una prolongacion de la incubacion uterina. «*Quó natura vergit, eó ducendum est.*»

»Es necesario dejar dormir á la infancia todo el tiempo que ella quiera. Hácia la

[1] *Philosoph. du goût.* Meditat. VI, 9.

edad de seis meses, convendrá regular el sueño de los niños, y es preciso hacerlo de esta suerte que se armonice el doble interés del sueño de la madre con el de los paseos del niño ó niña. Dado esto, se disminuye progresivamente la duracion del sueño diurno, que es infinitamente menos reparador que el de la noche, porque las diversas impresiones sensorias lo hacen menos profundo, y hácia el final del tercer año, el niño puede generalmente ser relevado del sueño del dia, salvo el caso de que un calor sofocante obligara á diferir este cambio en sus costumbres.

»Hay niños que duermen mucho y en los cuales, sobre todo cuando este hecho es nuevo, tiénese lugar de distinguir un sueño normal de un sueño de languidez, ó de una somnolencia precursora de una enfermedad cerebral. Hay tambien niños que duermen poco; las madres, predispuestas á augurar de todo indicios que halaguen su ternura, quieren ver en este hecho un presagio de precocidad ó de superiodad intelectual. Pues bien: sepan que esto no es mas que el resultado pasajero de un malestar, ó el resultado permanente de un mal hábito. Punzadas de alfiler, mordeduras de parásitos, eritemas ó excoriaciones de la piel á causa del mal estado de los órganos digestivos, ó por defecto de cuidados en el aseo, el mal estar que produce la suciedad de los pañales, una necesidad de excrementacion, algun sufrimiento cualquiera, pueden ser otras tantas causas de este insomnio de que los chillidos forman un cortejo inseparable.

»El sueño, como todas las funciones nerviosas, sufre la influencia despótica de las costumbres. Si *un sueño atrae otro sueño,* segun lo tiene sentado la ciencia aforística de las nodrizas, semejantemente tambien el insomnio es causa de insomnio, y ceder al primer grito ó multiplicar abusivamente la presentacion del pecho al niño durante la noche, es crearse la madre una servidumbre penosa, sin la compensacion de una ventaja para la alimentacion del niño, que al contrario, duerme mal y se amamanta de una leche de calidad muy mediana. Cuesta mucho hacer comprender esto á las madres, y llevarlas á una impasibilidad deseable.

»La costumbre de acostar á los niños consigo es dañina, en primer lugar porque esta especie de nueva incubacion agrada al niño, que se acostumbra tan mal que luego no quiere le priven de ella, y excita en él caprichos instintivos de lactacion continua, y luego tambien porque es una causa continuada, harto frecuente de accidentes deplorables. Este peligro, por lo demas, no ha dejado de ser siempre indicado como tal; el juicio de Salomon nos enseña, en efecto, que era ya reconocido por los hebreos. «El hijo de esta MUJER, dijo una de las dos madres, ha muerto durante la noche, porque ella lo ha ahogado durmiendo. [1] Los accidentes de esta naturaleza son mas temibles seguramente cuando el niño está en manos mercenarias que cuando lo lacta el cariño solicito de la madre, que indudablemente duerme tambien, «*pero cuyo corazon siempre está en vela.*» Aun en este caso la Iglesia ha hecho de este punto ley de una de sus advertencias en el Bautismo.

»Son muchos los medios de aptitud para procurar el sueño á la infancia, pero

[1] «Reg. III, cap. III, 19.»

sépase que no todos son inofensivos. Los buenos cuidados de regularidad y la ausencia de excitaciones extremadas de todo ruido y luz en los momentos del sueño, debian hacer innecesario todo otro artificio. Cuando se ha alejado del niño toda causa amovible de malestar, es preciso armarse de paciencia y resistir, bajo pena de caer en el yugo del mas débil, pero del mas despótico de los tiranos. Los romanos colocaban la cuna de los niños bajo la tutela de una de sus divinidades, *(Cunina dea)* que debia preservarles de todos los males y de todos los maleficios. Este medio es la *firmeza;* pero son contadas las que piensan en invocarla y que no sucumban al sistema precario de las concesiones.

» Las nodrizas de nuestros tiempos no han inventado cosa alguna. Las de Roma calmaban los gritos de los niños por medio de procedimientos análogos á los nuestros, procedimientos fundados ora en la insinuacion, ora en la intimidacion. «*Mammas præbendo, plascentas dando; minas adhibendo, mirabantur lupum;*» las acallaban haciendo resonar *crepitácula* ó *crotala,* especie de collares de laton llenos de objetos móbiles y prendidos; los mecian, y, si era menester, se embadurmaban ó enmascaraban la cara haciendo figuras raras. La práctica mas inofensiva de adormecerlos cantándoles canciones monótonas *(mœnia)* les era familiar, y practicaban el arte de infundirles el sueño con cantinelas coleantes y sonmíferas: *(Somnum longa sua de re querela),* como dice Stacio.

» La práctica del mecimiento, como medio de provocar el sueño, ha sido objeto de recriminaciones enérgicas, que, como razonables, no han logrado extinguirla. Entre los romanos, mecer era una profesion, cuyos operarios se reclutaban entre los dos sexos. Petisco ha reproducido una inscripcion tumularia referente á una mecedora llamada Rufina. Podia elegirse entre una *cunaria* y un *cunario.* Hubiérase perfectamente resuelto resolviendo no tomar á una ni al otro: no es que nosotros consideremos el acto de mecer como capaz de alterar gravemente la salud, y sobre todo, en el grado que vulgarmente se cree, de torcer la inteligencia; pero es positivo, sin embargo, que estas oscilaciones, cuando tocan á un tono, ó á una duracion exagerada, no pueden ser mirados como inofensivos; por lo demas es una rutina y de las mas imperiosas, lo cual basta para que sea condenada. Yo he visto muchas veces en el campo, á niños sometidos, en cunas construidas á este objeto, á balanceos, que hubieran hecho experimentar á un adulto las angustias del mareo. ¿Es esto inofensivo? Yo lo dudo. ¿Es agradable? Solo el niño lo sabe y desgraciadamente él no lo dice. Su acallamiento no es una contestacion. ¿Está contento ó domeñado?...

» La costumbre de ciertas caricias, del contacto de la mano caliente de la madre con la mejilla del niño ó su cabecita, es otra excitacion al sueño, la cual es suave, á juzgar por las exigencias que crea. Es una servidumbre inútil, y puede decirse á este propósito con un autor célebre: «La sola habitualidad que debe dejarse tomar al niño, es que no tome ninguna.» Quisiéramos que esta frase estuviese grabada sobre todas las cunas.

» Los somníferos no son medicamentos hechos para los niños: el insomnio, en ellos, es resultado de malas habitualidades ó de sufrimientos; es necesario corregir

aquellas y curar estos. Esas medicaciones soporíferas no solo son inútiles, son perjudiciales. En Inglaterra, donde la miseria abre sus llagas mas repugnantes, los obreros compran una preparacion opicial que acalla á sus hijos y *hace sabios* á esos séres destinados tal vez á ser, si resisten todos los obstáculos de la miseria, mas tarde los súbditos del rey *Gin* (máquina) y á saborear las dulzuras del *work-house*.

»El lecho sobre el cual descansan los niños no es indiferente ni á su sueño ni á su bienestar. En Roma las cunas tenian ordinariamente la forma de una artesa ó una nave *(cunábula);* algunas veces servíanse de un harneso *(vannus),* partiendo de la idea de que la cuna improvisada era para el niño un presagio de riqueza. Una cuna fija sobre listones ó verjas, que faciliten la transmision del aire y no sofoquen ó encajonen demasiado al niño, siempre será conveniente, sea cual fuere por otra parte su forma y su elegancia. En este asunto el aseo y comodidad es preferible á la riqueza. Las *(cunábulas)* del campo, especie de pirámides truncadas cuadrangulares vueltas al revés, no satisfacen ninguna de las condiciones indicadas y apetecibles, y la cuna de mimbres valdria infinitamente mas; pero las rutinas son tanto mas tenaces cuanto son mas irracionales, y las campesinas montañesas continuarán por largo tiempo sirviéndose del *cunábulum,* legado de la invasion romana.

»Cuando el niño está ya crecido, el número de horas de sueño que pueden dejársele ha de ser prudencialmente regulado de conformidad con su edad, su constitucion, su vigor, la vida mas ó menos activa que lleve; es un asunto de tacto y costumbre, que solo hallará conveniente solucion en la prudencia y solicitud de los padres de familia.» De todo lo que parece muelle y afeminado, nada hay que deba permitirse á los niños con mas indulgencia que el sueño. Solo en esto hay que dejarles que se satisfagan plenamente, porque no hay nada que contribuya mas que el sueño al crecimiento y salud de niños. La única cosa que ha de hacerse respecto á este punto, es determinar qué parte de las veinticuatro horas deberán mejor emplear en dormir, lo cual es fácil de resolver con esta sola nota: «*que es sumamente ventajoso para los niños acostumbrarlos á levantarse temprano.* Nada, en efecto, es mejor para la salud; y quien por su uso ó costumbre constante tenga la habitud de levantarse temprano sin sentirlo, durante su juventud, no tendrá que cuidar de no disipar la mejor y mas considerable parte de su vida en dormir ó revolcarse en una cama, cuando sea hombre formado. Ahora bien: si quereis que vuestros hijos se levanten temprano, es menester que les filtreis la costumbre de acostarse temprano.» Así se expresa con razon suma uno de los mejores pedagogos y filósofo del siglo actual.

»Este principio es excelente, y la experiencia ha demostrado su valer. San Francisco de Sales, que sabia lo que valia, ha escrito sobre él en estos términos: «Levantarse temprano conserva la salud y la santidad.» Léase *pureza* en vez de *santidad*, y tendreis un precioso precepto de higiene pedagógica. El lecho, en efecto, no es bueno para la salud del niño sino con la condicion de que duerma; así, pues, no debe tampoco exagerarse el principio de Locke acostándolos demasiado temprano,

á no ser que por fatiga ó por costumbre se duerman muy pronto. Es inútil insistir sobre esta precaucion, cuya necesidad demostrada debe ser para toda prudencia elemental.

» Hay otra que tiende al mismo objeto de preservacion: dar desde el principio á los niños ciertas actitudes de las cuales la costumbre les crea una necesidad y á que ellos se adhieren instintivamente, hasta durante su sueño. Ya se deja comprender fácilmente de qué peligro les preserva la costumbre de tener los brazos fuera del lecho. Yo he visto á niños, habituados á tener sus manecitas junto á una de sus mejillas, volverlas á esta posicion automáticamente cuando durmiendo, álguien se las ha separado de ella. «*Magni momenti consuetudo.*»

» El movimiento es la afirmacion de la vida; es tambien la condicion de su mantenimiento. Los movimientos en algun modo automáticos del recien nacido y de su grito, simple pretexto para moverse y poner activamente en juego la funcion pulmonar, son la expresion de esta necesidad. Volveremos luego á insistir sobre el análisis del grito en el niño, y demostraremos que en el número de las diversas causas que reconoce, hay una que desempeña un papel importante; es la necesidad de prolongar por un esfuerzo el campo de la respiracion.

» El ejercicio muscular es tan indispensable al niño como al adulto, y aun mas. En él halla un medio de activar el trabajo de renovacion orgánica, es decir, de aumentar los acarreos nutritivos y proporcionalmente los gastos. La fisiología enseña, en efecto, que una fibra muscular que se contrae, es una especie de pulmon microscópico que respira, es decir, que absorbe ciertos productos y despide otros con desprendimiento concomitante de calor. El resultado de contraccion es una modificacion de la fibra muscular misma, que se transforma parcialmente, y por oxidacion, en compuestos químicos mas simples destinados á la eliminacion, y es necesario de toda necesidad que la afluencia de una nueva sangre y el descanso concurran á reparar esta pérdida, cuya expresion sensible es la fatiga. El ejercicio eleva, pues, la calorificacion orgánica, mientras que, por el contrario, la inaccion la rebaja.

» Los recien nacidos, tanto personas como animales, por lo mismo que se enfrian cuando se prolonga la misma actitud y duracion de reposo, han de ponerse en movimiento. El argumento mas sério contra la envoltura es ciertamente este; pero nosotros hemos dicho ya que si una envoltura sobrado estrecha es un vestido absurdo y perjudicial, la abstencion de todo medio contentivo no está tampoco en las miras de la higiene.

» De largo tiempo viene debatiéndose la cuestion de la edad en que conviene que los niños inicien su marcha. Además de que no hay límite fijo que pueda señalarse, es prudente sustituir su juicio al instinto del niño, que es un guia bastantemente mas seguro.

» Generalmente, en nuestras condiciones de clima y de raza, un niño que ha sido bien alimentado y que es de un vigor mediano, puede empezar á andar á la edad de un año. El amor propio de las nodrizas y de las madres anticipa muchas veces este

período; pero hay en ello verdadero peligro. Si tantos niños tienen curvacion de piernas, débese indudablemente al reblandecimiento raquítico del sistema óseo, pero tambien tiene gran parte en ella esa precipitacion inconsiderada y vanidosa.

»Los niños que repugnan á la estacion vertical, y no andan hasta los diez y seis, diez y ocho ó veinte meses, y sobre todo los que exclaman en gritos agudos cuando se les pone de pié, están en vía de raquitismo. La prueba de la alfombra reemplaza con ventaja y seguridad estas tentativas empíricas. El niño emprende sus pruebas con esfuerzo y plena libertad; satisface su necesidad de movimiento; él intenta una y otra vez levantarse por sí mismo, pide un apoyo á los muebles del rededor, y no aventura á andar realmente hasta que conoce que puede hacerlo con seguridad. Á cada cosa su tiempo, y el heredero del rey de la creacion no está en aptitud de tomar en sus inicios la actitud majestuosa que le señala Ovidio: *Os humile* al principio, *os sublime* mas tarde.

»La envoltura ha recibido los dardos por todas las otras trabas opuestas á la libertad de los movimientos en los niños, y sin embargo, las braceras, los andadores y correas de suspension no menos que las correjuelas de caoutchouc, podian y debian ser blanco de la indignacion justa de pedagogos y filósofos. ¿Quién no ha visto en el campo, en los pueblos andar niños de modo que solo tocan al suelo de puntillas, balancines vivientes de la rutina, personificándola en algun modo por sus oscilaciones sobre la plaza? Los aparatos de caoutchouc de ciertas salas de cunas, no son mas que unas modificaciones mas ó menos elegantes de este detestable sistema; la deformacion del pecho y la incurvacion de la columna vertebral, son sus consecuencias harto frecuentes. Las paseadoras de mimbres y los carritos de madera con ruedas no valen mucho mas. «Nada, dice Hufeland, dispone mas á la deformacion de las piernas como los carritos rodadores, y no solo de las piernas, sino del bacinete y columna vertebral.» El único medio de atenuar estos inconvenientes, sin lograr hacerlos desaparecer, y de alejar las consecuencias de las actitudes viciosas, es no prolongar hasta la fatiga la permanencia de los niños en esos aparatos; pero la incuria, por una parte, y la necesidad, por otra, llevan forzosamente á abusar de los mismos. Su destierro definitivo es, pues, procedente.

»Es menester, mientras se espera que los niños anden, reducir sus ejercicios á los movimientos sobre alfombra ó manta, y al paseo al derredor de una almohada primero, y luego con el auxiliar de los brazos ó su guia la transicion de una de estas posiciones á otra, vendrá igualmente indicada por los deseos que manifiesta el niño; nunca debe tener lugar antes del tercer mes. La precaucion de llevarlo, ora en un brazo, ora en otro, es prudente para que no tome malas actitudes. Casi todas las nodrizas lo llevan siempre sobre el brazo izquierdo, y esta cuestion merece una atencion especial.

»Cuando el niño ha crecido, entonces ya manifiesta enérgicamente esta necesidad de movimiento, ese organismo muscular, que es uno de los atributos de su edad. Es preciso satisfacer este deseo instintivo. Ahora bien, el niño lo satisface de dos modos: por los movimientos libres, es decir, por el paseo y los juegos, ó por los

movimientos rítmicos, cuyo conjunto constituye un arte indispensable para la educacion de la infancia, la gimnástica. De esta hablaremos en su lugar; aquí no vamos á ocuparnos sino de los juegos.

»El niño no ve en estos mas que un atractivo, y está en su terreno; su madre debe estar en el suyo viendo mas, viendo un medio de educar sus sentidos, de desarrollar sus órganos y de aquilatar sus fuerzas. El atractivo del movimiento y la entrada en ejercicio de sus pasiones nacientes son los dos móviles, físico el uno, moral el otro, que llevan al niño hácia el juego con una impetuosidad que hace fruncir el entrecejo del pesado preceptor, pero por la cual el higienista profesa una interesante indulgencia. Por otra parte, no le seria difícil demostrar que todos los juegos satisfacen á una necesidad física ó moral, y que tiene ventajas ó inconvenientes bajo uno ú otro de estos dos puntos de vista. Bosquejemos.

»La vista y el oido, estas dos ventanas por las cuales el alma observa el mundo exterior del cual va á tomar posesion, son los dos sentidos á los que primero se dirigen los juegos de los niños.

»El banillo y la gritería los atraen y se presentan á ellos bajo la forma de juguetes. Estos se transforman, es verdad, por las edades; pero la higiene este punto de vista del moralista no tiene accion sino sobre los primeros. Los *crepitácula* de bronce de los romanos se ven sustituidos entre nosotros por juguetes de metal y de marfil, guarnecidos de cascabeles y dispuestos de manera que pueda divertir al niño con el ruido, al mismo tiempo que alivian ese prurito de las encías que acompaña el trabajo de la denticion. Una simple anilla, ó mejor aun, un pedazo de raiz de malvabisco sólidamente unido á una de sus extremidades, sirve convenientemente para aquel objeto. Mas adelante, el objetivo de los deseos del niño cambia y su juguete se convierte en un simulacro del hombre mismo, figurado en juegos en que lo grotesco, lo agradable y lo gracioso se mezclan en proporciones fantásticas. Acaso la higiene tendria derecho de preguntarse si estas primeras impresiones sobre el alma no dejan huellas asaz duraderas para que deje de preocuparse de ellas; pero ella prefiere hacer notar (y esto es de su estricta competencia) que estos objetos no deben, ni por sus formas angulosas y agresivas, ni por sus colorines sospechosos, hacer correr albures á accidentes. El martirologio de los juegos peligrosos seria largo, si uno se dedicara á investigaciones sérias bajo este punto de vista.

»Los comerciantes de juguetes de niños de Roma no eran de espíritu menos inventivo que los de nuestros tiempos, y de cuando en cuando se exhuman de Pompeya y Herculano muestras de su ingeniosidad, desde los hombres pantomímicos, de patron griego, *(neurospaston)* que habian perfeccionado esta industria hasta tal punto que sus títeres, segun Aristóteles, movian la cabeza, los miembros y aun los ojos, hasta esas muñecas con las cuales la niña, por un gracioso vuelo al porvenir, «preludia el dulce oficio de madre,» segun bella frase de Leguné.

»Hace algunos años, háse descubierto en las cercanías de Roma, en una tumba de niña (¡oh triste sonrisa de la muerte!) una de esas *pupa* marfil, con miembros articulados, que yacia, siendo lo único reconocible en medio de aquel polvo, en otro

tiempo por ella alborozado. ¡Qué asunto para un poeta! El higienista se lo deja libre; pero lo que no puede abandonar, es la pretension, ó mejor, el deber de velar con suma atencion sobre esos ejercicios animados que constituyen los juegos de la infancia y que interesan muy directamente á su salud.

»Seria menester no un tratado incidental sino un libro sobre esta cuestion de higiene pedagógica; pero, esperando que algun médico lo escriba, nosotros solo indicaremos algunas generalidades á él pertenecientes.

»Y en primer lugar seria menester clasificar los juegos, bajo el punto de vista de su accion fisiológica y los órganos ó aparatos que ponen especialmente en ejercicio.

»Los antiguos no habian retrocedido ante este trabajo, en lo que concernia á las luchas de los pugilistas ó los juegos gimnásticos, y clasificaban metódicamente, relativamente á eso, las diversas especialidades de marcha ó de carrera, el *cesto*, el *poncracio* ó el *disco* como ellos clasificaban las diversas especies de bailes. Puede leerse en la coleccion de Oribaso y en la obra de Mercuriali, cuyo título, epigramático de su tiempo, lo es aun mas del nuestro *(Artis gynasticæ apud antiquos celeberrimæ, nostris temporibus ignoratæ, libri sex.—Venetiis apud Iuntas an. Dom. MDLXIX)*, la prueba del cuidado minucioso con el cual establecian entre los ejercicios ó los juegos distinciones al infinito. ¿Érase sutileza? Algo tal vez; pero ¡ay! ¡cuán poco merecerá esta nota nuestra generacion medical del siglo XIX!

»Despréndese de sí mismo el que el aro, las cuerdas, la pelota, el volante, las barras, etc., esa especie de *pentathle,* que crea á la vez el golpe ó certeridad de la vista, la rectitud y agilidad de la infancia al mismo tiempo que los recrea, sin embargo no pueden convenir en el mismo grado á la salud de todos.

»La lucha y la carrera libre ó rimada en sus diversas formas, se hallan en el mismo caso. Para ciertos niños ó niñas, convendrán tales juegos con preferencia á tales otros, que pueden y deben ser vedados por respeto á su salud. ¿Qué médico confundirá, (tomaremos por tipo el mas vulgar de los juegos) los efectos fisiológicos de la *pequeña cuerda* con los de la *cuerda larga*, y recomendará la última cuando haya interés en desarrollar los músculos de los brazos y ensanchar el diámetro de la respiracion? ¿Quién no ha visto que este ejercicio algunas veces producia en niños predispuestos, ó en aquellos que extreman la emulacion de las *triples vueltas,* palpitaciones que son harto frecuentemente el preludio de afecciones orgánicas del corazon. Este peligro y el de ciertas actitudes repetidas deben despertar la solicitud de las familias; empero, ¿se cuidan de eso? La palabra *juegos* como la palabra *descanso*, como la palabra *ejercicio,* significa cosas que no pueden calificarse de buenas ni malas por su naturaleza; no tienen valor sino por su régimen y su oportunidad. Habria ciertamente exageracion malquista de parte de la higiene, si quisiere reglamentar en absoluto los juegos de los niños. El atractivo y la expontaneidad que de él nace, son una condicion que domina todos los demas, y no es menester que el niño por órden á tal ó cual juego, pueda ir á pedir la lectura del *bando que le prohibe divertirse;* sino que se puede ejercer sobre él esta direccion

sin que se aperciba de ello. El gran arte de la educacion consiste en llevar á la infancia á que ame lo que le es útil, y jugar piezas bien intencionadas á sus deseos. ¿Qué recursos no puede hallar la imaginacion ingeniosa de la madre á este propósito?

»Firmeza sin violencia, dulzura sin debilidad, tal es el problema fácil de formular, pero difícil de resolver, de toda educacion que desde los principios merecer quiera la calificacion de fructuosa. Y es necesario no imaginarse que se puede dejar siempre para mañana resolverse á elegir el plan. Esta eleccion es urgente. El niño, *que nace bueno,* si hemos de creer á ciertos filósofos, no espera á que la sociedad lo *haya pervertido* para mostrarse tal cual es; es decir, un sér apasionado, harto amante de sí propio, de su bienestar, y muy indiferente del de los demas, muy hábil para explotar la debilidad que se presente á su vista, muy ingenioso para sustituir hasta las fronteras de lo posible su pequeña voluntad á la fuerte de los que le rodean. ¿Quién no ha visto apuntar ese despotismo á la envoltura, despotismo duro, pero interesante, lleno de amenazas para el porvenir, pero lleno de graciosidad presente, y en el cual las madres, intérpretes interesadas, leen invariablemente y con orgullo los presagios de una energía y de una firmeza varoniles? El higienista repara ahí de mas cerca y con mas detencion, el lado gracioso del cuadro que desaparece, y los peligros de una indulgencia abusiva lo afectan con toda su evidencia.

»Hubo un tiempo en que el niño estaba invariablemente uncido al yugo de una rígida y triste disciplina, y en que la autoridad paternal no se le manifestaba sino dura y amenazadora; las mismas madres median en algun modo las caricias y no tenian sino una indulgencia de cierta manera. Era un sistema absurdo, lo confieso; pero si comprimia brutalmente tanto los buenos como los malos instintos, si colocaba la educaeion fuera de esa atmósfera de ternura y de confianza que le es indispensable, al menos tenia las ventajas de ser un sistema, es decir, de una regla seguida de uno á otro confin, de una manera fria, pero perseverante. Hoy las *cárceles de la juventud cautiva* y las férulas han, gracias á Dios, desaparecido, y nosotros no lo lamentamos, aunque se hayan llevado consigo algo de la magistratura paterna; una familiaridad exagerada ha tomado el asiento de una rigurosa dependencia, y nosotros, padres de la generacion actual, que preferimos, sin embargo, con el ilustre autor de los *Essais*, «*ser amados que ser temidos,*» nos vemos obligados á reconocer que por instantes la autoridad paternal decrece y que su decaimiento es una de las numerosas pruebas del debilitamiento que se experimenta hoy en los caractéres. ¿Qué podrá decirse con mayor razon de la autoridad maternal? ¿Qué se han hecho la firmeza de las resoluciones, la perseverancia en un método, la impasibilidad? Cualidades de otra época, cuyo severo escudo no se halla ya mas que sobre los cuadros de familia, y que no perseveran hoy ante la seduccion de una sonrisa ó la amenaza de un grito.

»Acabamos de pronunciar una palabra preñada de peligros para la higiene, y debemos entrar en algunas explicaciones.

»El sér humano anuncia su entrada en este mundo por un vagido; y un suspiro anuncia que lo ha dejado ya; grito de presentimiento; suspiro de consuelo, tiene uno la tentacion de exclamar, cuando uno mide la luenga série de sufrimientos corporales y de tristezas que separan estos dos términos extremos de la carrera de la vida. Empero no es á este terreno de filosofía espliniana al que queremos llevar esta cuestion, y nosotros solamente nos proponemos (podrá esto parecer menos sublime, pero es mas práctico) estudiar la significacion de los gritos de la infancia al nacer, y determinar los casos en que es preciso tomarlos en cuenta, y los en que será menester oponerles una prudente y razonable inercia resistente.

»El grito, la expresion de la fisonomía, ciertos gestos muy limitados y las lágrimas, constituyen la parla compleja con cuyo auxilio la infancia manifiesta sus necesidades, sus sufrimientos, sus deseos y tambien sus caprichos.

»Los partidarios del estado de naturaleza, que admiten de buen grado que el hombre nace bueno y que sus imperfecciones son el resultado de la educacion mal dirigida que recibe, profesan por esas criaturitas, muchas veces adoloridas, las mas irritadas, una indulgencia que no es sino un pretexto para incriminaciones contra la sociedad, que en suma no puede mas, y hace lo que puede. Rousseau que no conocia el grito del niño mas que teóricamente, como es sabido, y sobre todo, que iba muy lejos en este camino de la indulgencia sentimental: «Cuando el niño llora, dice, no está como debe estar, tiene alguna necesidad que satisfacer; examínese, búsquese esta necesidad, provéase; cuando no se halla, ó cuando no se puede subvenir á ella, los llantos continuan, nos vemos importunados, en cuyo caso se halaga al niño para hacerle callar, se le mece, se le canta para hacerle dormir; si se obstina en no callar, uno se impacienta, se le amenaza; hay brutales nodrizas que á veces llegan á pegarles. Ved ahí extrañas lecciones para la entrada de la vida.»

»Es menester que se vean las cosas tales como son, y no segun aparecen á través del prisma de un sistema; los gritos de la infancia son de naturaleza muy diversa; los hay que manifiestan deseo ó necesidades, otros son la expresion de un malestar físico; pero hay otros que son reflejo de caprichos ó habitualidades viciosas; y es necesario saber distinguir estos gritos, para satisfacer á unos y resistir á otros. Pocas madres se toman la molestia de hacer este delicado análisis, ni saben hacerlo; pero han de tardar en experimentar la certeza de las divisiones señaladas, que los primeros llantos son deseos que pronto se truecan en mandatos, si no se tiene criterio. Cuando ellas se aperciben, el mal ya está hecho, *el vaso está embebido, la tela ha tomado doblez,* y no hay mas remedio que inclinarse ante un despotismo, fácil de impedir al principio.

»Hablemos en primer término de los gritos *de necesidad.* Estos deben atenderse sobre manera, y es necesario aplicarse en reconocerlos, para darles pronta satisfaccion. El recien nacido no vive, en cierto modo, mas que para nutrirse, y protesta enérgicamente por sus gritos contra todo lo que contraría este instinto; pero se calma tan luego como está satisfecho. Hay, sin embargo, niños tan voraces, como hace observar Billard, cuyo paladar no se da por satisfecho aunque el estómago

esté lleno, y que exonerándose al modo de los romanos, vuelve á exigir el pecho á cada instante. Importa muy poco distinguir esta necesidad ficticia de otra verdadera, so pena de generar ó de conservar afecciones intestinales siempre sérias.

»Á veces tambien la irascibilidad del niño proviene de la escasez de leche; el pecho lo calma un instante, pero no tarda en elevar nuevos gritos de protesta contra la insuficiencia de su alimentacion. Las apariencias externas de las nodrizas de esta clase son muchas veces engañadoras; mas el balance con que el niño toma y deja el pecho, indica claramente, como dice Mr. Natalis Guillot, un medio riguroso para reconocer si estos gritos son hijos de una necesidad ó de un capricho.

»Hay otros niños á quienes place el calor del pecho maternal, y sus chillidos indican en este caso mas el deseo de este calor que la necesidad de alimento.

»Vése, pues, que la calma producida por darles el pecho, no implica siempre que los gritos de los niños sean siempre legítimos, es menester, en consecuencia, guardarse de dárselo, creando en este punto habitualidades que luego será difícil desarraigar. Regular sus tetaciones es cosa indispensable, y cuando se les ve prosperar, á pesar de sus gritos, es menester no tomárselos en cuenta. Los gritos de los niños no indican solamente la necesidad ó deseo del pecho ó teta, tienen tambien por objeto buscar calor y movimiento. El niño á quien la incubacion maternal ha acostumbrado á una temperatura de 38°, es tanto mas impresionable al frio cuanto que el ejercicio no le viene en ayuda para elevar á un grado suficiente y para conservar su calor propio; él lo suple con los gritos, que vienen á ser aquí el cumplimiento de una funcion al mismo tiempo que la expresion de una necesidad.

»Estos gritos de ejercicio, ó *gritos fisiológicos*, son ordinariamente confundidos con los primeros; no indican ni deseo ni sufrimiento. El niño se entrega á ellos porque tiene el instinto que le dice le son útiles. Es una gimnástica muscular que se le hace necesaria.

»Los primeros vagidos son los esfuerzos saludables de una funcion que se establece, y á la cual no podria bastar el ritmo calmoso y regularizado de una respiracion ordinaria. Un recien nacido que no grita es una criatura que se asfixia. Sino grita porque tiene poca vitalidad, mas á menudo está en languidez porque no grita; y esta gimnasia respiratoria no solo es útil el dia primero, sirve asimismo por largo tiempo para el desarrollo progresivo de esta funcion importante. Asimismo, para que sus músculos crezcan, es menester que funcionen, y por esto el grito en un niño libre de las travas de la envoltura, lleva á todos sus miembros á una especie de agitacion convulsiva. Este grito tiene una fisonomía particular que no permite se le confunda con otro: la cara se enrojece menos, las facciones se hallan menos contraidas, los ojos andan vagando de acá para allá con una expresion distraida, la cara expresa una inquietud que contrasta con los gritos, y estos se notan separados por ciertas pausas que indican que el niño toma un ejercicio saludable que toca al límite de la fatiga y pretende no ir mas allá.

»Los gritos de *malestar* ó de *dolor* no son los mas numerosos de todos, digan lo que quieran las madres. El frio, los rigores de una envoltura abusivamente estrecha,

el malestar producido por la incuria de los pañales, el pinchazo accidental de un alfiler, las agresiones parasitarias, los cólicos, los dolores de la denticion, etc., son las causas mas habituales de esta clase de gritos. Su violencia, su duracion, y á veces tambien su reproduccion periódica, la expresion contraida de la fisonomía, el rehusar el pecho, el desmejoramiento del niño, las señales de diversos estados enfermizos, la retorcion de sus piernecitas hácia su vientrecillo, la introduccion de los dedos en la boca con persistencia, son señales de gritos de dolor, nunca desatendidos por las madres solícitas.

»Los gritos de *caprichos* ó de *habitud* no son ciertamente tan raros como lo piensan las madres jóvenes, siempre deseosas de evitar la reconvencion de indulgencia abusiva y prefiriendo referir los gritos habituales á una necesidad física mas bien que á una irascibilidad nativa.

»El niño lleva consigo las disposiciones del carácter que él tendrá ó deberá tener, disposiciones secundadas ó contrariadas por la atmósfera, por el criterio en que se verifique su desarrollo moral, su educacion. Un filósofo dice que el malvado es un niño robusto; puede paralelamente decirse que el niño es un hombre débil, y los contornos de su temple, de su sér moral son perceptibles desde los primeros dias. Hay niños que gritan sin motivos y cuyos gritos manifiestan una singular violencia. «Estos niños, dice Billard, se distinguen por sus gritos obstinados; las nodrizas, que temen serlo de esas criaturas, las designan vulgarmente con el dictado de *niños malos.*» Los niños de esta naturaleza, *esos bandidos de labios rosados,* como se les ha llamado por álguien, son excepcionales; empero ¡cuántos y cuántos son los que una ternura ininteligente, mal entendida, una solicitud que falta á su fin, *los ha hecho malvados,* es decir, los ha transformado en déspotas de envoltura, prodigiosamente hábiles para sentir y explotar la debilidad que se les ofrece á la vista, crisálidas de que saldrán mas tarde naturalezas violentas y apasionadas!... Es necesario saberlo y tenerlo siempre presente: el hombre, la MUJER moral empieza en la cuna. Por otra parte, aunque se hallara este principio exagerado, así y todo fuera preciso reconocer que levantar esas criaturas al menor grito, pasearlas en brazos, mecerlas, darles diez veces el pecho en una hora, es inaugurar un detestable sistema de educacion física y crearles todos los peligros de una mala higiene.

»El pecho, los cuidados asíduos, las caricias, esa melodía tan dulce del corazon de la madre asciende á sus labios, calman ó al menos adormecen los gritos de necesidad ó de dolor; es menester oponer á los otros esa impasibilidad razonable, hija á la vez de la firmeza y la dulzura, que es la base de toda educacion fructífera. Empero, ¿es siempre fácil distinguir la significacion de esos gritos? Puédese contestar afirmativamente. Las verdaderas madres no se equivocan nunca, y si se equivocan, es que su corazon tiene arte ó parte en este engaño...

»Tambien aparecerá interesado mas tarde en la indulgencia, cuando el niño haya crecido y los deberes de la madre hayan crecido con él; cuando convendrá habituarlo, por medio de una disciplina dulce y firme á la vez, á la sumision de su voluntad, á la práctica de sus deberes juveniles, que son el prólogo de los grandes

deberes de la vida; cuando será menester, en fin, por un buen régimen de sus pasiones y de su actividad física é intelectual, trabajar en hacerse hombre, una MUJER, en la bella y grande acepcion de la palabra. Parto mas importante y doloroso que el primero, sin el cual jamás puede serse madre sino á medias; ¡cuál será la MUJER que no aspire á ser madre completa!...

»Hemos bosquejado á grandes rasgos la mision de la MUJER en la educacion física de sus hijos... Esa mision se hace definitiva por su continuidad, por la intensidad con la cual penetra en los detalles los mas altos é íntimos detalles de la salud...»

Es, pues, necesario que las madres de la clase media se formen en ciencia y conciencia para llenar del mejor modo posible mision tan elevada, y de tanta trascendencia en la familia y en la sociedad. Mas tarde, cuando el niño emancipado tendrá *otro horizonte* que el de los bordes, sus órganos y su salud habrán tomado una consistencia de forma, que harán difíciles, sino infructuosos, los esfuerzos de la higiene. Hagamos notar una vez mas la necesidad de la urgencia de que la educacion de la MUJER tenga conocimientos que son de su estricta competencia, y en cuya adquisicion están igualmente interesados su inteligencia y su corazon...

CAPÍTULO V.

EDUCACION FÍSICA.

Sistemas ó métodos modernos de educacion físico-pedagógicos.—Necesidad de que los padres preparen y elijan un sistema, método y plan desde los principios.—Mayor necesidad aun de que una vez elegido lo sigan y ejecuten de mancomun y constantemente.

Explanados con la elevacion y maestría singulares que distinguen al eminente profesor, que, por su especialidad y la de las materias que aquí tratamos, hemos citado, y citaremos en estos lugares, los principios higiénico-prácticos y aun morales que en los albores de la vida, de la educacion física de la infancia, deben conocer y realizar los padres, y sobre todo las madres desde los primeros vagidos á los primeros pasos de sus hijos, de sus hijas, entremos en la consideracion de los sistemas sérios de educacion física, base y prólogo de la moral, entre los cuales deben elegir y aplicar los padres, las madres, como guias tutelares asignados por Dios mismo para enderezar nuestros pasos por los senderos de la vida.

Para un retrato se linean los contornos, para el mueble mas sencillo se traza un cróquis, una prueba; para construir no ya un palacio, sino una mísera vivienda se levanta un plano. Para todo se estudia una forma, una medida, un ensayo.

¡Empero para el levantamiento del sublime edificio de la educacion de un niño, de una niña bastará el acaso!

Este pensamiento desgraciado, absurdo, es sin embargo lo real, lo práctico, lo diario en la primera, en la trascendental escuela de nuestra vida, la escuela de la familia, cuyos padres ya hemos hecho notar, han creido debian tener un aprendizaje para cualquier cosa de las pocas ó muchas que saben ó debian saber; menos para ser los augustos soberanos, creadores, directores de la familia humana. Y la consecuencia natural de aquel error es no tener ni ciencia ni conciencia de un sistema educativo de sus hijos, tanto respecto á su vida física como á su vida moral, intelectual, social. Así es como se ven con tanta frecuencia cuerpos sin vida ó con una vida física, endeble, y almas sin carácter, sin grandeza en su vida intelectual, moral, social.

Para que no se nos pueda tachar de exagerados, continuaremos aduciendo datos.

«El arquero, dice Montaigne, que da con su flecha mas allá del blanco yerra lo propio que el que no lo alcanza.

»Al modo, dice el ilustre obispo de Orleans, del inteligente jardinero, la educacion ha de colocar la planta que se le confia en una tierra abonada; la riega con aguas puras, la alimenta con rico abono, y así le infiltra jugos que fecunden el trabajo interior de la naturaleza, favorecen una vegetacion activa y la desarrollan para que produzca á su tiempo bellas flores, abundosos frutos.» [1]

»La pedagogía, continua el doctor Fonsagrives, como la medicina, ha tenido y y tiene aun sus doctrinarios; no deberian, sin embargo, olvidar que una y otra deben basarse únicamente sobre la observacion y que repugnan igualmente á las fórmulas inflexibles y á las preocupaciones sistemáticas.

»La pedagogía es un arte y no una ciencia, y hasta que haya llegado á ser lo que Ciceron definió con tanta exactitud: «*un conocimiento cierto, deducido de principios ciertos,*» se verá reducida á vivir de cierto número de hechos tradicionales y de otro número mayor aun de hechos de experiencia. Hasta ahora los *principios ciertos,* preciso se hace reconocerlo, le faltan casi por completo.

»La pedagogía, tomada en su acepcion mas general, abarca, debe comprender la grande obra de la transformacion del niño en hombre, de la niña en MUJER; es decir que tiene dos fases inseparables y simultáneas: física y moral-intelectual. Aquí trataremos especialmente de la primera, pero reservándonos el derecho de interpelar la segunda, siempre que abordearemos los íntimos límites que las separan, ó mejor, que las distinguen en ciertas cuestiones de moral y de filosofía.

»La educacion del alma y la higiene, (que á decir verdad, no es otra cosa que la educacion del cuerpo) no pueden separarse sin grave perjuicio; ¡y sin embargo, cuántos filósofos, cuántos médicos han caido é inducido en este error! Montaigne dice perfectamente á este propósito: «El cuerpo tiene una grande participacion en nuestro sér, ocupa en este un gran puesto; por lo mismo su estructura y su composicion deben ser de gran consideracion. Están, pues, en un gravísimo error cuantos pretenden separar y aislar estos dos nuestros grandes hemisferios.» [2] Nosotros no queremos dejar de hacer todo lo humanamente posible para no incurrir en esta censura.

»Los sistemas modernos sobre la educacion física se apoyan, esto es de notar, mas en autoridad y criterio de filósofos que en el de médicos. Así se explica que Montaigne, Locke y Rousseau hayan ejercido una influencia decisiva sobre las generaciones médicas de sus épocas en la cuestion de la higiene de los niños; los médicos de sus tiempos asistian á la aplicacion de sus fórmulas pedagógicas, juzgándolas, pero modificándolas. Esta invasion de la filosofía en la direccion de la salud de la infancia, érase un reflejo de la educacion antigua, que á lo mas tenia

[1] Education, tom. I, liv. I.

[2] *Essais, liv.* II, *cap.* XVII. *De la presompt.*

Correccion del Miedo

(CLASE MEDIA)

alguna y escasa salida en pocos gimnasios, en que la adolescencia, masculina se entiende, al lado de los baños, de porticados para paseos y ejercicios, de la arena de las luchas y de los juegos de cesto y pelota, hallaban los exedros de los filósofos y retóricos; érase, preciso es confesarlo, una grande idea la de no separar los ejercicios del cuerpo de los del espíritu, y digamos á la vez que la higiene moderna puede y debe hacer de este gran principio simultáneo la base de su programa.

»Hufeland es, tal vez, entre los médicos modernos, el que mas haya influido porque la educacion física entrara en el giron de la medicina: en efecto hasta él, esta, lo repetimos, habia casi completamente abdicado y se resignaba respecto á la infancia á *curadora de las enfermedades*. Hufeland llegó á esta restauracion por un camino bien sencillo: se hacia filósofo, y partiendo (lo cual faltaba á Locke y á Rousseau) de una base sólida, es decir, de un conocimiento profundo de la fisiología, trasladó el estudio de la pedagogía física á un terreno á que la metafísica no podia seguirle. Y de ahí proviene el que la Alemania médica marche incontestablemente hoy á la cabeza de las ideas en materia de educacion de la infancia, y allí es donde sobre manera hay que ir á examinar los procedimientos relativamente á esta grave cuestion.

»Facilísimo nos hubiera sido estudiar la historia de la higiene pedagógica entre los antiguos, y los sólos nombres de Platon, de Aristóteles, de Plutarco, de Jenofonte, de San Clemente de Alejandría, etc., reproducen á este propósito tentativas mas ó menos felices de sistematizacion, pero lo que convenia á las sociedades antiguas no convendria á nuestros tiempos, y yo no quiero examinar aquí los sistemas modernos que han influido sobre la higiene de la infancia. Todos, por lo demas, llevan la precisa impresion de la filosofía griega y romana, y, menester es reconocerlos, la tradicion se manifiesta mas en ellos que la originalidad. A la verdad, es difícil innovar en esta materia.

»Montaigne, Locke, Rousseau, Hufeland y Frobel son los solos pedagogos modernos cuyas ideas vamos á examinar y exponer. Los demas no han hecho mas que reflejarlos ó comentarlos.

»En el capítulo XXV del primer libro de los *Ensayos*, capítulo dedicado á madama Diana de Foix, condesa de Gurson, y cuyo epígrafe es *De la Educacion de la Infancia*, Montaigne se ocupa mas, á decir verdad, de su direccion moral é intelectual que de su educacion física; pero este gran escritor ha formulado en muchos parajes de sus obras ideas que manifiestan que Locke ha tenido en él un precursor. Por lo demas el autor del *Ensayo sobre el entendimiento humano* no tiene dificultad alguna en reconocer que su espíritu se habia nutrido en Montaigne cuyas ideas ha expuesto y sobre todo aplicado.

»El filósofo francés, admirador ferviente de la educacion antigua, invoca á cada momento los principios de Platon, de Licurgo y de Jenofonte. La doctrina del endurecimiento, ó robustecimiento á la que el filósofo aleman debia dar tanto auge, está ya claramente formulada por aquel. «Así mismo, dice, es una opinion admitida de todos que no es razonable educar un niño en los girones paternos; este amor natu-

ral los debilita y relaja demasiado, segun opinan los mas esclarecidos autores; los padres generalmente no saben corregir sus faltas, ni hacer que cóma sóbria y groseramente, como conviene para que tengan robustez y carácter; los padres no sabrian casi nunca ver venir de ejercicios corporales á sus hijos bañados en sudor y polvo, que beban caliente y frio, ni verles sobre un caballo brioso... No basta pulimentar el alma, es tambien necesario cultivar sériamente su cuerpo; es la infancia ligera para que se forme sin secundarla, y es un peso insoportable para sus juveniles fuerzas si estas no son dirigidas debidamente para atender á un doble fin: el cultivo del cuerpo, la elevacion del alma. Yo sé cuánto sufre la mia en compañía de un cuerpo tan endeble y sensible que se deja llevar tan fuertemente á ella; yo percibo á menudo en un estudio, que en sus escritos mis maestros aducen ejemplos de magnanimidad y valor en armonía con la dureza de la piel y la robustez de los huesos. He visto hombres, mujeres y niños de tal naturaleza que se impresionan menos por un garrotazo que yo por papirote. Es menester corregir esta delicadeza con el vigor y asperidad de ejercicios corporales gimnásticos.»

»El capítulo XXXV del libro primero, «*sobre el modo de vestirse,*» es una protesta contra la *moda*, cuyas trabas es preciso romper, «*puesto que hasta tal grado ha ella encadenado todas nuestras conveniencias.*» Hace resaltar la esclavitud de las precauciones, recomienda con Platon «*que no se den á piés y cabeza otro abrigo que el que les ha dado la naturaleza,*» y demuestra el habituar á la infancia á una alimentacion suficiente, pero ordinaria, á las intemperies y á la fatiga, es asegurarle á la vez un alma libre y un cuerpo sano.

»En Montaigne despunta ya, en todos lados, este sentimiento de la dignidad de la infancia y de los cuidados que se le deben, cosas todas de que apenas si medianamente se habia preocupado hasta entonces. ¿Érase razon filosófica? ¿Érase sutileza? A mi parecer, uno y otro. El escritor que ha emitido este grandioso pensamiento: «*Aun que yo pudiera hacerme temer, preferiria mucho mas hacerme amar,*» no era un gran ejecutor del dogmatismo pedagógico de Lycurgo. La carta á madama de Estissac (libro II, cap. 8.°) es una obra maestra de gracia, de sentimiento y de razon, y, si los niños de nuestra generacion han visto suavizar la disciplina cruel á la cual se les sometia en otros tiempos, si las escuelas é institutos no son ya hoy «*cárceles de juventud cautiva,*» si los castigos corporales han cesado de degradar el trabajo so pretexto de disciplinar la voluntad, débese indudablemente algo al autor de los «*Ensayos.*» Júzguese mas que por nuestro aserto, por el valor de el siguiente párrafo, en el cual brillan con igual esplendor la elevada razon del filósofo y la interesada indulgencia paterna:

«Yo condeno, dice, toda violencia en la educacion de un alma tierna que se dirige por las sendas del honor y de la libertad. Hay no sé qué de servil en el rigor y en la fuerza, y opino que lo que no se puede lograr por la razon y la prudencia y el buen modo, jamás se logra por la violencia. Así me han educado á mí; dícenme que en todos mis años juveniles no me pegaron mas que dos veces, y esto muy suavemente. Lo mismo hubiera educado yo á mis hijos, pero tuve la desgracia de

perderlos todos en su lactancia; pero Leonor, una sola hija que pudo salvarse de esta desgracia, llegó y pasó de los seis años sin que hubiese tenido que emplearse en su educacion y correccion de las faltas juveniles, gracias á la solicitud y cuidados de su madre, otros medios que palabras muy suaves, y cuando mis deseos y plan se hubieran visto frustrados, hubiera dispuesto de otros recursos sin que estuviesen en contradiccion con el criterio por mí profesado en la teoría de la educacion, que debe ser justa y natural. Hubiese yo sido aun mas exacto en la aplicacion de este mi criterio á los hijos, que por su constitucion y natural están menos inclinados á servir, á obedecer y tienden mas á la libertad; en vez del rigor de otros criterios, yo les habria agrandado su corazon en la ingenuidad y en la franca expansion. En el rigor y azotes no veo yo otro efecto que volver á las almas mas bajas ó pertinaces de una manera altamente maligna...» [1]

»Nos paramos aquí, porque hablar de Montaigne sin reproducir esas páginas inimitables en que la delicadeza de la intencion, la intrepidez del atrevimiento mas singular y el esplendor del buen sentido se entrelazan á cada palabra, seria una tentativa superior á nuestras intenciones.

»Bástenos en este punto haber demostrado que el sistema de Locke se halla por entero contenido en las obras de Montaigne.

»El tratado de Locke sobre la *Educacion de los niños,* vió la luz pública en 1693, es decir, mas de un siglo despues de los *Ensayos* de Montaigne.

»Dirigidos primitivamente y bajo forma de cartas á uno de sus amigos, Edward Clarke, estos pensamientos, dice el autor, tomaron la forma de un libro, á instancias de cierto número de personas que consideraban su publicacion como una obra de interés público. Locke no dudaba en aquella época de la influencia considerable que su libro debia ejercer sobre la educacion física de la infancia, influencia que es aun dominadora en nuestros dias en la emporia Albion.

»Bordas-Dumoulin considera el tratado de Locke y el de la *Educacion de las niñas* de Fenelon, como resúmenes de lo que poseemos de mas sensato, de mas práctico y por consiguiente de mejor sobre el importantísimo tema de la educacion.

»Dejaremos ahora á un lado toda la parte moral de su obra, para no examinar mas que la parte de su sistema que interesa directamente á la higiene.

»Dos teorías se hallan de frente cuando se trata de la educacion física de la infancia. La una pretende llegar, por una vigilancia asídua y por medio de precauciones de cada momento, alejar una á una todas las causas desorganizadoras de la salud; la otra, por lo contrario, convencida de que eso es una vana pretension, busca únicamente la inmunidad en los hábitos; esta embiste en vez de proteger, y enerva, por el endurecimiento, la aptitud para contraer enfermedades, en lugar de eludirlas por medio de precauciones.

»El sistema de Locke, que descansa sobre la teoría del robustecimiento, se ha captado tantos entusiastas entre los filósofos como pocos ha podido adquirirse entre

[1] Montaigne, *Essais*, liv. II, cap. VIII.

las madres: el peligro ó miedo del momento les priva de ver la seguridad del porvenir; ellas dejan la realidad por la sombra, y el corazon, que se fija siempre con preferencia en la actualidad, eclipsa harto á menudo en ellas la razon, que es la que ve mas lejos y mejor. Así que la educacion física de la infancia se ve arrastrada por un camino peligroso y deplorable (especialmente y casi con exclusiva, en los pueblos latinos), y la molicie conspira, con el arrastre abusivo y prematuro del cerebro, para preparar generaciones sin energia moral, sin vigor físico, es mas, pudiera casi decirse sin juventud. Ciertamente no vivimos junto á los bordes del Eurotas, y si tenemos otros destinos que los lacedemonios, tambien es cierto que nos conviene educacion séria, muy distinta de la actual, y aun de la de los espartanos; pues entre la adarga paternal en que el infante espartano era colocado nudo y la cuna en la que el niño parisien desaparece entre plumones y encajes; entre aquella exposicion con la cabeza descubierta, los piés nudos, cuerpo apenas cubierto de una túnica para defenderlo de todas las inclemencias del invierno, y esta especie de airefobia, cuya habitual expresion se ve todos los dias en las franelas, encolchados y cubre narices, hay un término medio prudente que adoptar; y la ciega ternura de los padres que derribando las leyes de la naturaleza, convierten á sus hijos en séres endebles, valetudinarios y despóticos, no es mas racional que aquella severidad brutal de los antiguos lacedemonios, preparando para su pais, y bajo la égida de las leyes, hombres estóicos y robustos.

»Locke, y antes de él Montaigne, han obrado una enérgica reaccion contra esta educacion enervadora. «Robusteced á vuestros hijos, dice el autor de los *Ensayos,* con el sudor y el frio, con que reciban los vientos, el sol y los accidentes que es necesario sepan despreciar; quitadles toda molicie y delicadeza en vestir y dormir; en comer y beber; acostumbradlos á todo; que no sean tipos de bellas damiselas, sino personas lozanas y vigorosas. Yo he pensado y obrado siempre así, lo mismo siendo jóven que siendo hombre, que ahora que soy viejo...» El sistema de Locke inauguraba precisamente esta higiene del endurecimiento, que es la única útil en verdad, porque es la única que procura inmunidades durables. Locke decia que su tratado sobre la *Educacion física de los niños* podia reasumirse en esta máxima: *Que las clases acomodadas deberian tratar á sus hijos como los buenos y razonables campesinos tratan á los suyos.* La higiene metódica aspira hoy á algo mas y mejor aun que eso, y á la robustez que genera la vida en pleno aire aspira á juntar las ventajas que realizan, sobre todo en la primera infancia, los cuidados intelectuales y asíduos de que los hijos de los campesinos se hallan casi siempre privados. En los campos no se lleva estadística mortuoria; no se ve mas que lo que puede quedar á flote; y los niños raquíticos y delicados hallan en la incuria de los padres un Taygetas que verifica la separacion de los fuertes y de los débiles. El sistema de Locke no era muy á propósito sino para los niños vigorosos; los que nacieren endebles tienen mas bien necesidad de ser cuidados que de ser endurecidos, y precisamente porque no establece esta distincion saludable es por lo que ha sido como un juego de un espíritu ingenioso mas bien que como una doctrina práctica y

aplicable. Es cuestion de distincion, es decir, de discernimiento médico. Nosotros vemos pasar todos los dias por nuestras calles niños vigorosos que se ahogan bajo un mundo de vestidos espesos, y que se hacen así una presa segura de los catarros, y, por el contrario, nos sucede tambien que hallamos niños débiles y enclenques, que ofrecen á las agresiones de un viento frio un cuello descubierto y piernas desnudas. En cada uno de estos dos extremos hay abuso y desordenacion de las condiciones higiénicas racionales. Es la exageracion, pero sobre todo la mala aplicacion de un sistema.

»Locke ha insistido principalmente, con una fuerza de demostracion notabilísima, sobre los peligros que se crean á los niños queriéndoles garantizar contra las vicisitudes atmosféricas, y citaba con elogio la costumbre que tenian en su época ciertas personas en Inglaterra, el ilustre Newton, por ejemplo, de no cambiar nada en su vestir, fuese cualquier que fuese la estacion del año. El consejo estaba expuesto con arte, para que tuviese mayor fuerza para imponerse á su singular designio. La naturaleza, modificando segun las épocas del año el plumaje ó la lana de los animales, demuestra que esta estóica indiferencia al frio no está en armonía con los intereses de la salud. Es, pues, necesario que el traje cambie con la estacion; empero estas concesiones deben ser lentas y mesuradas. Pudiera sostenerse sin exageracion, que hay mas constipados y reumatismos producidos por las precauciones que por las imprudencias. El desarrollo del calor orgánico se verifica de una manera, en cierto modo, ceremoniosa; está en relacion con el calor artificial exterior, y, desde el momento en que este aumenta, la calorificacion orgánica reduce sus gastos en una proporcion correlativa; de modo que una baja repentina, brusca, inesperable, del aire sorprende al organismo en descubierto á este propósito, y de ahí un amago de enfermedad, que aborta ó no aborta.

»El grado de sensibilidad frigorífica á la que se llega con esos cargamentos de vestidos envuelve algo de inaudito. Yo ví á un hombre corpulento y asmático, que se habia creado tal susceptibilidad catarral á puro de abrigarse, que habiéndose un dia olvidado de uno de sus tirantes, fué avisado de esta omision ó descuido por los estornudos. Este mismo hombre se curó una tos persistente con solo adoptar el sistema de irse quitando ó usando menos ropa de un modo progresivo.

»Las ideas de Locke echaron profundas raices en Inglaterra; pero si allí se abusa de la desnudez del cuello, de las piernas y de la cabeza respecto á los niños, entre nosotros se cae en el exceso opuesto. No es que seamos nosotros partidarios intransigentes de ese sistema escocés en toda su crudeza, pero quisiéramos al menos que los vestidos fuesen menos gruesos de lo que lo son comunmente, y que se contrapusiese la baja de la temperatura exterior mas bien por el ritmo del movimiento que por el grosor creciente de los vestidos. Por lo demas, lo sencillo de los vestidos de invierno suponen siempre una costumbre adquirida y conservada de las lociones frias. La hidroterapia habrá prestado este servicio á la higiene, haber disminuido de una manera notable el espanto de los resfriados y de las repercusiones del sudor. La costumbre de salir con la cabeza descubierta contraria sobradamente nuestras

costumbres para que sean aceptados los consejos de Locke; pero al menos conviene que se acostumbre á los niños á tener descubierta la cabeza en casa y por la noche. El gorro con que se les cubre y ahoga ordinariamente su cabeza les crea una servitud positiva, y conspira con los almohadones de pluma á producirles una afluencia congestiva perniciosa en la cabeza.

»El uso del agua fria para las lociones habituales del aseo extradicional en Inglaterra. Locke queria que á los niños les fuesen lavados diariamente los piés con agua fria, «*aunque estuviese mezclada con pedazos del hielo roto en su superficie.*» Estoy persuadido, decia, de que á uno que le hubiesen acostumbrado á andar nudo de piés desde la cuna, y á tener siempre cubiertas las manos, le seria tan peligroso mojarse estas como ahora lo es mojarse los piés para muchas personas que los llevan muy cubiertos. Locke para remediar esta impresionabilidad de los piés al frio, recomienda que se hagan á los niños calzados que puedan recibir el agua, y prepararles á pediluvios frios. La coquetería de las madres eludirá el primero de estos medios, y su ternura repugnará el segundo. Creemos que estas abluciones locales pueden tener inconvenientes, mientras que el pasarle una esponja mojada por todo el cuerpo, (la *sponge bath* de los ingleses) con las precauciones ó cuidados necesarios é inaugurando esta práctica en una estacion templada, robustece contra el frio de una manera mas segura y ciertamente mas inofensiva.

»La reclusion de los niños en cuartos calientes, fuera de las influencias vivificantes del sol y del aire libre, es otra de las precauciones mas generales y mas perniciosas. Esta educacion de invernaderos, no puede dar mas que plantas débiles y pálidas, ahiladas. «De todas las flores, dice ingeniosamente un escritor, la flor humana es la que tiene mayor necesidad de sol.» Y esto es tan positivo refiriéndose al sol como al aire. El ideal de la buena educacion física es la salida diaria, sean cuales fueren las condiciones atmosféricas. Cuando se está á ello acostumbrado, se aprovechan las buenas, y por la costumbre se neutralizan las malas. El baño de aire es igualmente necesario á los niños tanto como la comida, y cuando hay que andar atisbando miedosamente los peligros de una corriente de aire, de una niebla ó de una variacion termométrica, está visto, la sequedad de la salud está á merced del acaso.

»Locke no solamente queria que se endureciese al niño contra las variaciones de la temperatura de que es imposible apartarle constantemente, sino además queria que, tanto respecto al sueño como á la comida, se llevase, por la costumbre, á procurarle los beneficios de una indiferencia casi estóica. En lugar de esa investigacion de los manjares que fomentan la gula, hieren el paladar y fatigan el estómago, exigia que se les acostumbre á un régimen saludable, pero sencillo; que no se les acostumbre al uso de las carnes antes de los dos ó tres años, y que se les dé *mucho pan*. La bebida que él recomendaba era la cerveza floja, y á imitacion de Platon, queria que se proscribiese para los niños el uso del vino, que no se les den ciertas frutas, tales como las ciruelas, los melocotones, las uvas, sino que sea en módicas cantidades, vedándoles absolutamente la pastelería y dulcería; celebraba sobre manera el uso del pan seco.

La Joven Madre

(CLASE MEDIA)

»Sobre todo insistia sobre la necesidad de vestir á los niños de tal modo que tengan entera libertad en sus juegos y movimientos, y que su respiracion se verifique sin obstáculos.

»La regularidad de las horas del sueño, dormir sobre duro, la costumbre de levantarse temprano, completan el conjunto de preceptos: de los cuales algunos son formulados *á priori* y exagerados, y otros, por el contrario, son fruto de una experiencia atenta y una observacion muy segura.

»Locke ha resumido su sistema en las reglas siguientes: «Dejar que los niños vayan al aire libre, procurar que hagan ejercicio; que duerman bien, no alimentarlos sino de alimentos comunes y sencillos, aunque saludables, que no usen vino ni licores; no propinarles medicinas ó muy pocas, que no usen vestidos muy calientes ni estrechos, y sobre todo que tengan la cabeza fria y los piés acostumbrados al frio por lociones sólitas.»

»Dado que sean los niños de una buena constitucion y herencia salutífera, se harán verdaderamente hombres por el sistema del endurecimiento, si se aplica con energia y método; empero si su naturaleza es endeble, habria muchos peligros de acabarla, porque el sistema de Locke en este caso aplicado con rigor, seria la cuchilla de Licurgo, seria su ejecucion. Esta distincion no está al alcance de las madres, que están sobradamente predispuestas á escudar su debilidad moral detrás de la pretextada debilidad física de sus hijos; es, pues, preciso que lleve la garantía del dictámen médico con todo conocimiento de causa. Por lo demas, estos dos sistemas no se excluyen en absoluto; ambos pueden tener su peculiar y sucesiva aplicacion y oportunidad. Un niño delicado y que por tanto requiere cuidados, puede, gracias á estos, llegar á tal grado de buena salud y vigor relativo, que pueda luego dar lugar, con la prudencia debida, á las prácticas del sistema de Locke, y obtener por este un excelente resultado. Es cuestion de un buen juicio. Empero nunca jamás se eche en olvido que no hay peor salida ni mayor tiranía que el método del miedo de precauciones, y, que cuando haya debido por necesidad echarse mano de este sendero de peligros, es necesario darse prisa en salir de él tan pronto como sea posible, para tomar el otro, que si es verdad que sea mas duro, éslo tambien que es mas seguro, el método del robustecimiento.

»El sistema de Locke, «que, afirma él mismo, ha tenido un éxito extraordinario en la persona del hijo de un personaje amigo suyo,» descansa sobre una idea perfectamente racional; pero la educacion física, como la educacion moral, repugna á todo lo que es exclusivo y absoluto, y si no se llevara un criterio claro y delicadamente discernidor á la aplicacion de estas reglas pedagógicas, de las cuales la mayor parte son, sin embargo, racionales, se causarian verdaderos atentados. Por esta razon nos maravilla sobre manera el que Locke, que habia empleado gran parte de su vida en estudiar medicina, y cuyo saber médico inspiraba al ilustre Syndenam una confianza sin límites, no hubiera comprendido que su sistema no podia ser fructuoso sino á condicion de ser aplicado con oportunidad y mesura. La educacion no es, no debe nunca cansarse de repetirlo, una ciencia, sino un arte,

que no vale mas que lo que vale el artista, y los resultados de un sistema en esta materia dependen menos de su valor absoluto filosófico, que del uso juicioso con que se aplica.

»El sistema de Locke inspiraba, en el siglo último, el plan de educacion á que estaban sometidos los niños de Francia, y Coste nos ha conservado en una adicion á su traduccion de Locke, curiosos detalles sobre este punto:

«El modo, dice, de educar los niños en Francia, respecto á su salud y á sus estudios, obedece á un plan del que no se sale jamás. Sus comidas consisten en alimentos comunes; se les permite comer hasta satisfacer sus necesidades, pero no se les sirven mas que cosas sanas. Por la mañana se les da pan seco, con un vaso de agua y vino, ó de agua pura, segun su gusto.

»Se les da tres dias á la semana, pero solo en la comida, guisados, como cochifritos de pollo, empanadas, y otros por el estilo, además del cocido y algo asado, nunca comidas saladas, picantes ni especieras, ni lo que se llaman suculentas ni salsas de gran gusto.

»Los otros dias en la comida no se les da mas que cocido de buey y asados ó fritos.

»Su cena, siempre es la misma: ó bien consiste en una pierna de carnero, ó lengua de vaca ó lomo de esta misma con caza ó volatería, sin ningun guisado. Su postre es un dulce seco, corteza de naranja, etc.

»En cuaresma comen mas ó menos dias de pescado, segun su edad; en el resto del año los viernes y los sábados. En estos dias como en los de la cuaresma se tiene mucho cuidado en no darles sino alimentos sanos, y principalmente fritos en abundancia, porque lo de pescado siendo ordinariamente mas condimentado que las comidas de carne, y excitando generalmente mas el apetito, se teme que comieran demasiado.

»Los que comen de carne en tiempos de abstinencia, lo hacen en singular para no excitar curiosidades.

»Sus colaciones consisten en un pedazo de pan duro, algunos bizcochos y un vaso de agua.

»En la comida y cena, beben vino, si lo tienen por conveniente; siempre Borgoña, pero solo dos copitas; no se les da cerveza, cidra, vinos espirituosos ni licores, ni aguas heladas, mas que rara vez, y esto aun en grandes festividades y con moderacion.

»Tal es su régimen alimenticio: sus ejercicios corporales están tambien reglamentados. Jamás se cubren la cabeza cuando salen (se entiende por el colegio) á menos que monten á caballo ó llueva; se acostumbran de tal manera á estar con la cabeza descubierta, que ni el calor, ni el frio, ni el viento les causan la menor incomodidad. Hacen carreras á menudo hasta perder el aliento y cazan á pié algunas veces dias enteros. Cuando van á sitios reales como Fontainebleau, cazan ciervos durante muchas horas; en una palabra, se les educa como si un dia hubieran de ser atletas, fortaleciéndoles el cuerpo por medio de ejercicios que les hacen

sudar sin que se les deje mudar la ropa, excepto cuando juegan á la pelota, pero no se les sacude, ni se les mete en cama, por fatigados que estén de su ejercicio.

»Se pasean regularmente todos los dias, en invierno y verano, haga el tiempo que hiciere; andan y corren tanto como quieren, ora á pié ora á caballo; si les sobreviene alguna enfermedad, no se les cuida ni se les purga. En caso de fiebres se les propina la quinina; sin embargo, á los accidentes graves, se acude al médico y se sigue su régimen.

»Un constipado no interrumpe sus ejercicios, no se hace caso de los constipados sino cuando son tenaces y pudieran degenerar en enfermedades sérias. Cuando no se abriga este temor, salen, se pasean y siguen sus lecciones como en tiempos normales.

»Estos príncipes se levantan antes de las ocho, á las ocho y cuarto están listos y han hecho ya sus preces á Dios, oyen misa y luego visitan al rey hasta las nueve y media, hora en que el rey va á oir la misa. Vuelven á su casa-colegio, donde tienen recreo con su alta servidumbre, el primer mayordomo de cámara y el subgobernador, únicos que permanecen en el gabinete de los príncipes. A las diez empiezan los estudios y poco despues de mediodia comen en comun si son mas de uno los infantes de Francia.

»El gobernador les sirve cuando comen en privado, que son los dias ya mencionados; pero cuando comen en público este servicio lo presta el gefe superior de la casa. Jamás están en la mesa mas de tres cuartos de hora; vuelven á sus habitaciones donde dibujan, hacen algun ejercicio corporal, etc., hasta las dos.

»De esta hora hasta las tres menos cuarto, hacen gimnasia y algunos juegos con su servidumbre; si es invierno, despues de esto viene el paseo, si es en verano, estudio, y en este caso el paseo es á las cinco. Despues cenan, y terminada la cena, que segun queda dicho siempre es comedida, tienen otro recreo, y hechas sus plegarias, se acuestan á las nueve ó nueve y media; á veces se les hace acostar antes por castigo.»

»La parte moral é intelectual de esta educacion no estaba menos dogmáticamente reglamentada que la educacion física, en lo cual aparecia aun mas claramente manifestada la influencia de las ideas de Locke. ¿El sistema triunfaba de las dificultades de este arte espinoso que consiste en hacer un príncipe, es decir, un hombre que escapara de las mil emboscadas que la opulencia y la adulacion preparan á su salud física, á su juicio y á su corazon; y le preparaba convenientemente para los deberes de su mision en el porvenir? El código higiénico de los infantes de Francia estaba ya muy lejano de los rigores saludables del que formuló Astyages para la educacion de Cyro; pero cualesquiera que fueran sus imperfecciones, á lo menos demostraba la necesidad de una regla, para eludir en lo posible, las mil dificultades de una educacion de esta naturaleza. ¡Singular destino de la higiene, para la cual todo se convierte en obstáculos, lo mismo la indigencia que la riqueza, la penuria que la superfluidad!

»Los sistemas pedagógicos de Montaigne y de Locke tenian por modelo la

educacion de los tiempos antiguos y por base el principio del endurecimiento; el sistema de Rousseau y el mas moderno de Hufeland se han inspirado en el mayor naturalismo. Reconducir la educacion física á sus condiones naturales, fuera de las cuales la arroja la vida social de dia en dia, fué su constante preocupacion. Entre estos dos autores, es preciso sin embargo establecer una gran diferencia: que Rousseau no se agarraba al naturalismo sino para lanzar las amargas invectivas de un espíritu enfermo, contra la sociedad, mientras que el médico aleman ha permanecido en las nobles y elevadas regiones de una filosofía serena y desinteresada.

»Rousseau se inspiró en Locke como este lo habia hecho en Montaigne, y hace notar que su sistema es nuevo despues del libro de Locke, y que teme mucho que no lo sea despues de publicado su mismo libro. Es decir, que en Francia, al menos la educacion de los niños no reinaba sino á medias la educacion inglesa, sino era que se emancipara ya de ella.

»Conocido es el libro en que Rousseau formuló sus ideas sobre este punto; esto no quiere decir que no se repita en las demas obras, especialmente en su *Nueva Eloisa*, y en diversas cartas de su correspondencia desde 1760 á 1771. Ahora bien, habiendo aparecido aquel libro en 1762, se ve que no cesa de preocuparse de su sistema que le ha valido tantas censuras y tambien apasionadas admiraciones.

»Todo está bien, dice el filósofo de Ginebra, al salir de manos del Autor de todas las cosas; todo degenera entre las manos del hombre. Este obliga á un terreno á alimentar plantas de otro; mezcla y confunde los climas, los elementos, las estaciones; mutila su perro, su caballo, su esclavo; todo lo desfigura, todo lo trastorna; tiene pasion por la deformidad; nada quiere del modo como lo hiciera naturaleza, ni al hombre mismo; ésle necesario hacérselo para sí como un caballo de regalo, recortarlo para su capricho como un árbol de jardin.» [1]

»Entrado en esta via de glorificacion del estado de naturaleza, Rousseau no se pára en barras, y descarga (contradiciéndose como de costumbre) sobre la vida salvaje toda la irritacion que le causa la vida civilizada. Proclama que el hombre nace bueno y sano, que solo la educacion lo hace débil y malvado, y que el prototipo de la educacion física es la que se practica en Taití ó en tierras de los Caribes. Vienen luego sus filípicas contra la envoltura, la papilla, el vino, el mecimiento etc., etc. Por lo demás, la naturaleza no le hace olvidar á Esparta, y habla del niño originariamente débil de una manera que Licurgo le hubiera aplaudido. Yo no me encargaria de un niño enfermizo y endeble, aunque pudiera vivir ochenta años. No quiero un discípulo siempre inútil á sí mismo y á los demás, que se ocupa solo en conservarse, y cuyo cuerpo perjudica á la educacion del alma. ¿Qué haria yo con prodigarle vanamente mis cuidados sino doblar la pérdida de la sociedad y quitarle dos hombres por uno? Que otro en mi lugar (¡qué soberbia é inhumanidad á la vez!) se encargue de ese enfermo, yo les cedo el puesto y alabo su caridad;

[1] Defectos sobrados y reales tiene la sociedad para que sea necesario inventar otros monstruosos como Rousseau.

pero mi talento no se emplea en eso; *yo no sé en modo alguno enseñar á vivir á quien no piensa mas que en estorbar que la muerte caiga sobre él.*

» Este Taygetas filosófico, no se desconocerá, llega á las barbas del otro.

» Si el punto de partida de Rousseau es erróneo, puesto que el higienista no debe gastar el tiempo persiguiendo la educacion de una infancia ideal, sino la de la infancia tal como la han hecho las mil influencias de la vida social llegadas á él por herencia, es justo, sin embargo, que ha emitido otras ideas que son de apreciar y tienen excelente aplicacion respecto á la higiénica educacion de la infancia, especialmente sobre la necesidad moral y física de que las madres cumplan su mas sagrado deber de lactar por sí mismas á sus hijos siempre que puedan hacerlo; sobre eleccion y conducta de las nodrizas, acerca el análisis ó discernimiento de los gritos variados de los niños sobre la indispensable necesidad de baños frecuentes y abluciones, sobre la utilidad de la permanencia en el campo, sobre la preeminencia durante los primeros tiempos de la vida al menos, de la higiene mas que de la medicina, propiamente tal. Es maravilloso ver los destellos luminosos que irradia á cada paso la razon, y la razon mas elevada, á través de la oscura nebulosidad paradocsal que caracteriza al sistema del filósofo de Ginebra, y otros por el estilo. Así es, que no aparece difícil comprender el entusiasmo de las madres á la aparicion del libro aludido, y las innumerables consultas que llovian sobre su autor, hijas acaso igualmente de la curiosa vanidad como del deseo de ilustrarse en las numerosas cuestiones que traia al debate.

» Las cartas de su autor al príncipe de Wittemberg manifiestan, por su tono absoluto, toda la autoridad que se habia arrogado en materia de educacion. La lectura de la de 1764, fechada en Motiers, es instructiva; ella demuestra que el filósofo, fiel á sus desconfianzas respeto al celo de las madres en nutrir á sus hijos, sabia á veces entrelazar la amabilidad de Anacreonte con la severidad de Esculapio.

» Hemos ya expuesto sus ideas respecto á la lactancia maternal y mercenaria, á la direccion del régimen de las nodrizas, á los inconvenientes de la envoltura, etc. Esta le proporcionó la ocasion ó pretexto para lanzar una sátira en parte bufa y en parte elegíaca, contra las esclavitudes que caian sobre los niños desde la cuna. El hombre civil, dice, nace, vive y perece en esclavitud; á su nacimiento se le cose en la envoltura; á su muerte se le encierra en una caja; mientras conserva figura humana, está encadenado por nuestras instituciones. La criatura recien nacida necesita extender y mover sus miembros, para sacarlos del encogimiento en que, rollados, han permanecido largo tiempo. Extiéndeseles, es verdad, pero se les impide que se muevan... parece que se teme que tengan aires de vida. Así es que la impulsion de las partes internas de un cuerpo que tiende al crecimiento halla obstáculos insuperables á los movimientos que aquel demanda. Hace contínuos esfuerzos inútiles, que agotan sus fuerzas ó retardan sus progresos. Estaba menos angosto en el seno, menos comprimido de lo que hoy lo está entre sus pañales; yo no sé ver lo que ha ganado con haber nacido (¡Aprieta!) Preténdese que los niños

en libertad podrian tomar malas conformaciones y verificar movimientos capaces de perjudicar á las buenas formas de sus miembros. Este es otro de tantos fútiles argumentos de nuestra vana ó falsa sabiduría, y que jamás experiencia ha venido á confirmar. De esta muchedumbre de niños, que en pueblos mas sensatos que nosotros, son nutridos y educados en mayor libertad que los nuestros en las acciones de sus miembros, no se vé uno solo que se hiera ni estropee; no sabrian dar á sus movimientos ni la fuerza suficiente para ello; y cuando toman una actitud violenta, el dolor les obliga muy luego á cambiarla. Para nada nos hemos acordado aun de poner envolturas á nuestros gatitos ó perrillos, ¿créese que ha de resultarles algun inconveniente de esta omision? (La razon podrá valer, pero la comparacion es infelicísima á mas no poder). El mismo lo siente, pues se sale al paso diciendo: «Los niños son mas pesados; concedido, pero á proporcion son tambien mas débiles. Apenas pueden andar, ¿cómo podrian estropearse? Si se les tendiese de espaldas moririan en esta posicion, como la tortuga, sin poderse volver.»

»Este pasaje es instructivo y demuestra sobre qué fundamento artificial y falso construyó Rousseau su sistema de educacion. El hombre no es un animal, y el hijo del hombre no es un becerrillo; es sociable desde su generacion, por su naturaleza, es decir, creado para la vida en comun, y la sociedad le debe una asistencia que él le pagará mas tarde. Los gatitos y perrillos se hallarian mal con los cuidados que deben prodigarse á los niños, y estos moririan sin esos cuidados naturales. La naturaleza prepara á los animales las condiciones que aseguran su viabilidad, porque ellos no podrian procurárselos por sí, ni tienen sociedad que se los preste; es preciso reconocer que el vino sentaria mal á las cabras, pero que sienta bien á los hombres. Si la naturaleza, como dice Rousseau, no ha creado nada fermentado, ha dado al hombre la inteligencia del provecho que podia obtener de las fermentaciones para su salud ó su bienestar.

»A seguirse á la letra el pensamiento de Rousseau, el hombre deberia aun comer trigo machacado como sus antepasados de los tiempos prehistóricos, y contentarse con beber el mosto de la uva; el pan y el vino serian un refinamiento pernicioso, y el ingesto que nos da sabrosos frutos en lugar de los silvestres, mereceria todos los anatemas de la filosofía naturalística. ¡Qué fárrago de inteligencia y de sofismas, de verdades y de paradojas! Háse dicho, y con razon, que un sistema era una mentira vestida de verdad. Ciertamente el de Rousseau era esta máscara; no dejando nosotros por eso de reconocer, que examinado de cierto lado de la educacion física, ha sembrado un número bastante regular de verdades útiles que nuestra generacion cosecha. No podia seguramente decirse otro tanto de su sistema en la parte moral. «Yo no seguiria, dice madama de Stael, el sistema de Rousseau para la educacion de mis hijos. [1] Nosotros, dice el doctor Fonsagrives, no vacilamos en afirmar lo mismo. Rousseau ha casado á su *Emilio* con su *Sofía*, y ha hecho bien; uno y otro de esos dos *hijos de la naturaleza*, habrian hallado

[1] «Lettres sur les écrits de Rousseau.»

grandes dificultades en su colocacion aislada. Ignoramos si los *solitarios* han aplicado á su hijo habido de su maridaje, esa teoría de la bondad original, de la autocracia de la naturaleza y de la inspiracion de los instintos; pero prefiero creer para el caso en que su propio juicio no hubiese sido falseado por el sistema, que le han dado la educacion regular de todo el mundo civilizado, es decir, esa educacion fruto del buen sentido y la ternura, y en cuanto es posible, exenta de toda preocupacion. No es simplemente la mejor, es la única buena.

»La higiene pedagógica, en Alemania, sigue aun hoy el impulso que le dió Hufeland, autor de un libro clásico titulado: *Macrobiótica, ó Arte de prolongar la vida,* y de otra obra poco conocida, pero de mucho valer, y que es, en algun modo, un anexo de la primera, «*La Educacion de los niños.*» Así formula él sus reglas principales:

«1.ª Favorecer el desarrollo de los órganos, sobre todo de aquellos de los cuales dependen inmediatamente la salud y la duracion de la vida física y moral, ejercitarlos en una justa proporcion y perfeccionarlos todo lo posible. Estos órganos son: el estómago, los pulmones, la piel, el corazon, el sistema vascular y los órganos de los sentidos. Los pulmones sanos dependen del uso de un aire puro, auxiliado en lo demás por el ejercicio de la palabra, del canto y de la carrera. Adquiere un buen estómago no dándole á elaborar mas que alimentos sanos, fáciles de digerir, alimenticios, y que no sean ni sobradamente excitantes ni especieros. La salud de la piel es hija del aseo, de las lotiones, de los baños, del goce de un aire puro, de la permanencia habitual en un lugar cuya temperatura no sea ni demasiado baja ni demasiado elevada, y mas tarde el ejercicio. Se alimenta la fuerza del corazon y de los vásculos por el empleo de los medios precedentes, en particular por una buena alimentacion, auxiliada por el ejercicio, tanto como lo permita la edad.

»2.ª Es necesario secundar el desarrollo sucesivo de las facultades físicas y morales, sin, con todo, precipitarlo demasiado. Tendráse cuidado de que la fuerza vital sea siempre repartida de una manera uniforme, porque la armonía y la proporcion de los órganos son la base de la salud y de la vida. Los baños y un aire puro, á que mas adelante se juntará el ejercicio, son los mejores medios que pueden emplearse para este fin.

»3.ª Es menester disminuir las predisposiciones á las causas de enfermedad, por consiguiente habituar al niño desde el principio al frio y al calor, despues en lo sucesivo á pequeños cambios y á ligeras fatigas.

»4.ª Es necesario alejar y prevenir todas las causas internas de enfermedades que puedan nacer de la presion ejercida por vestidos demasiado cerrados, de falta de aseo y otras causas análogas.

»5.ª Tambien es preciso alimentar la fuerza vital misma. El disfrute habitual de un aire puro es el mejor medio de realizar esta condicion. Sobre todo conviene aplicarse desde luego á aprovechar y desarrollar las fuerzas medicales de la naturaleza, porque estas son el recurso mas poderoso que tenemos en nosotros mismos para contrabalancear y destruir las causas de las enfermedades. Esto se logrará

evitando el habituar al cuerpo á los auxilios de la medicina, precaucion sin la cual se altera de tal modo la naturaleza, que desde entonces echa sobre otro el cuidado de curarse, y acaba por perder definitivamente la facultad de librarse por sí misma de los males que puedan venir á sitiarla.

»6.ª Conviene evitar desde los principios el que se imprima demasiada actividad á la combustion ó gaste interior, y conservarlo en un grado de moderacion tal, que, constituyendo ley para el porvenir alivie la vida y asegure su duracion.» [1]

»Este programa, muy aceptable, pero desgraciadamente difícil de cumplir, se resume propiamente en los términos siguientes: dirigir las funciones naturales por un uso juicioso de los agentes que les estimulen; disminuir la susceptibilidad de impresionabilidad exterior física por el endurecimiento; hacer como la pequeña llama que dura y no prodigar las fuerzas de la naturaleza, de la vida en el momento en que ella elige los materiales de su casa y trabaja para edificarla. Estos conceptos naturales son fecundados en Hufeland por una concepcion muy elevada de las relaciones entre lo físico y lo moral del hombre y por vivísimo sentimiento de su dignidad espiritual. En la obra del médico de Berlin, á quien sus contemporáneos han apellidado el Nestor de los médicos de Alemania, como un soplo de la gran medicina, que tomando al hombre, á la MUJER, bajo el concepto de la universalidad de sus aspectos, se eleva ella de por sí, elevando por la consideracion que le tributa, á aquel que es el objeto de sus esfuerzos y de sus estudios.

»El libro de Hufeland dirige aun hoy al otro lado del Rhin la educacion física de la infancia de aquel dichoso país, y ciertamente merece esta supremacía pedagógica. No es que, examinando los detalles, que su obra esté exenta de defectos; pero estos desaparecen ante la grandiosidad de miras de su plan general. Nosotros, sin embargo, no podemos aceptar el entusiasmo de Hufeland por la alimentacion lactada y el régimen pitagórico, y la exclusion absoluta del vino, renovada por Platon y Locke, y tomándola de estos dos autores, parecerá á mas de un higienista un rigor infundado. «El que prive á sus hijos el uso del vino, dice Hufeland, habrá asegurado su porvenir.» ¡Ay! ¿por qué no ha de ser tan sencillo como esto el problema de la felicidad de nuestros hijos? Esto son meras exageraciones; pero en Hufeland son muy raras, y todo el resto de su excelente obra, ¡qué de sanas reflexiones y de pensamientos juiciosos! El sistema de Hufeland no es ni el de Montaigne ni el de Locke, ni el de Rousseau; tiene algo de ellos, pero el todo es muy suyo.

»El sistema de F. Froebel (de que nos hemos ocupado ya algo en el primer tomo) [2] es una emanacion directa del de Hufeland; inspirado como él por el criterio mas puramente natural, ofrece una singular mezcla de miras altamente prácticas y de conceptos nebulosos, de rasgos útiles y de declamaciones. Es muy aleman.

»Froebel, nacido en 1782, habia tenido por precursor y por maestro al suizo

[1] «*Macrobiótica,*» pág. 290.

[2] En España hay algunas escuelas, poquísimas, regidas por su método: en Madrid se ha empezado á enseñar á los profesores.

Enrique Pestalozzi, cuyo nombre debe ser siempre simpático á la higiene pedagógica. Sabemos, en efecto, que dotado de un espíritu ingenioso y animado de las mas filantrópicas intenciones, Pestalozzi habia creado á sus costas y sostenido de su bolsillo, en Neuhof, canton de Argovia, despues en Iverdum, un instituto destinado á educar á niños y niñas pobres en las condiciones las mas propias para asegurar su progreso intelectual y su desarrollo físico. En este establecimiento, que desgraciadamente, por las tempestades políticas tuvo una existencia efímera, los trabajos manuales, en particular los trabajos de agricultura, estaban sábiamente combinados con los del espíritu. Froebel no hizo mas que desarrollar este pensamiento fecundo, y, como Pestalozzi, se esforzó por seguir en la educacion de la infancia los procedimientos que una minuciosa investigacion de la evolucion natural de la inteligencia habia revelado á su observacion. Así es que, acercarse doblemente á la naturaleza por los medios materiales y por los procedimientos pedagógicos, tal es la fórmula que Froebel se habia propuesto. «El educador, decia, es el gran sacerdote de la naturaleza.» Esta reproduccion de la célebre definicion de Hipócrates: «*Medicus naturæ minister et interpres,*» resume muy exactamente el pensamiento de Froebel. Efectivamente, el médico y el educador tienen misiones armónicas y procedimientos en analogía con ellas.

»Froebel, y esta es una de las ideas fundamentales de su sistema, quiere que la educacion empiece desde los primeros años, casi desde los primeros dias de la vida, y él la confia á la madre, pero á la madre iniciada en los procedimientos especiales de demostracion y obrando ó influyendo sobre la inteligencia de la infancia por medio de los juegos que se proponen por fin, menos el placer que el desarrollo de las facultades. Desde el nacimiento á los tres años, la madre «que es el genio de la primera infancia,» «*Mutter ist der genius der ersten Kindheit,*» debe esforzarse en prerarar al niño para los primeros estudios del Kindergarten, (jardines de la infancia).

»Froebel ha personificado en este nombre, que se ha hecho clásico, y que literalmente se traduce (como nosotros hemos puesto entre paréntesis), «*Jardines de la infancia,*» el sistema de educacion que él preconiza. Los niños, en efecto, tan á menudo como el tiempo lo permite, dan sus lecciones al aire libre.

»Los *Kindergarten* tipo se compone de jardines comunes, generalmente en número de cuatro, destinados, uno al cultivo de las flores, otros al cultivo de plantas forrageras, leguminosas, y subdividiéndose dos grandes cuadros que se hallan en medio de aquellos en otros cuadros menores correspondientes al número de los alumnos, que tienen cada uno su jardin particular. En el centro de un gran patio, se halla una especie de prado sembroso, en el cual los niños pueden dedicarse á ejercicios circulares tales como paseos, vueltas, etc. Este patio está rodeado lateralmente de cabañas destinadas á animales domésticos ó insurumentos de jardinería, y por delante, como en una especie de vestíbulo, se hallan guardarropías, una sala para gimnástica, en casos de mal tiempo, escritorios, la casa del conserje y las salas de trabajo, que sirven tambien para las lecciones nocturnas que se esplican para

iniciar á las madres y futuras institutrices *(Kindergarterinnen)*, en el conocimiento especial del sistema.

»La superficie del instituto es de 10 metros cuadrados por alumno, ó sean 1,200 metros por un *Kindergarten* destinado á recibir 120 alumnos.

»Los «*Jardines de la infancia*» están abiertos para los dos sexos, niños y niñas y destinados á todas las clases de la sociedad, de la edad de tres á la de siete años. Despues, se fijó este tiempo de dos á ocho años, y los niños se hallan divididos en tres secciones: la primera comprende á los de ocho á seis años; la segunda á los de seis á cuatro años; y la tercera de cuatro á dos.

»Permanecen diariamente en la escuela solo cuatro horas: de nueve á once por la mañana, y de dos á cuatro por la tarde; ó de diez á doce, y de tres á cinco respectivamente. Se les va á buscar y se les acompaña á domicilio. Están sometidos á una vigilancia continuada. Una vigilanta *(kindergarterin)* basta generalmente para veinte alumnos.

»La educacion inaugurada desde los albores de la vida, el respeto á las necesidades naturales, atractivos é inspiraciones innatas; el desarrollo simultáneo de la actividad física é intelectual; el *cambio* por la vida en comun; la variedad en las ocupaciones; la corta duracion de las sesiones de labor; la demostracion material é intuitiva sustituida á la enseñanza abstracta y teórica; tales son las bases esenciales de este sistema que se ha captado entusiastas partidarios no solo entre los médicos sino entre las madres. El canto es tambien en esta enseñanza, un auxiliar del cual debe la higiene tomar nota. Coros abren y cierran las clases de todos los dias, y cantos acompañan los juegos. «La música, ha dicho á este propósito M. Raoux, es cosa muy distinta de una sucesion de ondas sonoras. La melodía y la armonía poseen el maravilloso poder de evocar todo un mundo de ideas, de sentimientos, de expansiones, de deseos, de emociones de toda clase, que nada habia hasta entonces podido despertar en las profundidades del alma. Esta misteriosa influencia de la música sobre la sensibilidad, la imaginacion, la inteligencia, se aumenta aun cuando es secundada por otros medios, obrando en el mismo sentido, á saber: la *naturaleza* exterior, tal como debe ser en el jardin de Froebel, y la reunion de cierto número de niños. Estas voces inocentes y puras, que celebran con el corazon las maravillas de la creacion y los beneficios de la Providencia, y que han hecho mas de una vez derramar lágrimas á personas respetables, abren en el alma de los niños manantiales fecundos en emociones y en ideas morales, estéticas y religiosas. Froebel, nacido en un país en que la música vierte tan generosamente sus raudales, no habia de menospreciar un elemento tan poderoso para combatir el mal y desarrollar el bien en todas las esferas de la naturaleza humana.» [1]

»El sistema de Froebel ha debido á los esfuerzos convencidos de Jacobs, de Richegardon, de la baronesa de Marenholtz, de madama de Ruelens, etc., que lo han vulgarizado por sus escritos personales ó por sus traducciones, el haber tomado

[1] Notice sur les Jardins d' Enfants, on aperçu de la reforme pedagogique de Froebel et les avantages physiques, intelectuelles et moraux.—Lausanne, 1859.

en Alemania un gran vuelo. Segun M. Raoux, al comenzar el año de 1859 habia 52 *kindergarten* en Alemania, 5 en Inglaterra, 5 en Francia, muchas en Suiza y Holanda, y establecimientos análogos estaban creándose en los Estados Unidos y en Argel. Un periódico especial ha sido creado para favorecer y atestiguar sus progresos.

»Insiguiendo aquí nuestro propósito, no nos ocuparemos ahora de las ventajas morales de los *Jardines de la infancia*, sino de sus ventajas higiénicas. M. Raoux las ha apreciado en estos términos: «La salud es el último pensamiento de la pedagogia actual. Locales angostos, bajos, húmedos, situados en lugares mal sanos, privados del sol, saturados de emanaciones miasmáticas, que se apoderan del olfato y por él del cuerpo, abrasadores ó helados, herméticamente cerrados ó batidos por corrientes de aire de todos lados, pupitres horizontales, asientos sobradamente altos ó excesivamente bajos, vestidos cerrados en las extremidades inferiores, en la cintura ó en el cuello; posiciones perjudiciales ó inconvenientes para los pulmones, el estómago, el aparato digestivo y circulatorio, la columna dorsal y el cérebro; inmovilidad harto prolongada, colores chillones dañinos á la vista, reflejos y luces que le ofenden por su cantidad, su calidad y su direccion; ved ahí las condiciones higiénicas en medio de las cuales se educa la infancia, en gran número de asilos, de escuelas, de colegios, y con sobrada frecuencia bajo el mismo techo del hogar, en la escuela de la familia. Así se explica el que la estadística nos diga que de 3 á 10 años la mortalidad es de 39 por 100 en Saboya y Bélgica, de 42 en Inglaterra, de 43 en Holanda, de 48 en Prusia y de 50 en Baviera, ó sea en término medio 44 por 100, es decir, que mueren casi la mitad de los niños durante los diez primeros años.

»Y aun nos daria otro espectáculo mas triste si las estadísticas habláran de las debilitaciones incurables, de las afecciones crónicas, de los gérmenes de las enfermedades mortales y de las decrepitudes anticipadas, producidas esas contínuas violaciones de los preceptos mas elementales de la higiene de los estudios y de la higiene general.

»En el Jardin de Froebel, por lo contrario, todo concurre á preservar, á mantener y á fortalecer la salud. La permanencia en un aire puro, constantemente vivificado por las exhalaciones vegetales, y conservado de un modo conveniente en las salas y sus anejos; ocupaciones atractivas, variadas y alternadas de manera que jamás fatiguen ni el cuerpo ni el espíritu; ejercicios de gimnástica, juegos, paseos, sensaciones y sentimientos gratos; en fin, la vigilancia contínua de las institutrices, ved ahí ciertamente las circunstancias todas altamente favorables para el desarrollo de la salud, para la profiláctica y aun para la curacion de muchas enfermedades. Estos resultados son demasiado evidentes para que dejemos de insistir mas en este punto.

»Aunque sea evidente que este cuadro está trazado á propósito en contraste de sistemas; sin embargo, aun dado que tenga alguna exageracion, es preciso reconocer que el doble principio del trabajo en aire libre y del estudio hecho atractivo por

medio de los juegos, de trabajos manuales y de ejercicios gimnásticos y vocales, el sistema de Froebel debia inspirar todos los planes de educacion elemental, lo mismo en las escuelas que en el hogar doméstico para las niñas, que sino tienen jardines todas las de la clase media, tienen el paseo y el campo que Dios ha hecho para todos.

»Un *kindergarten*, se ha establecido en Mulhouse; si tiene éxito favorable allí con sus condiciones climatológicas, con mayor razon deberá tenerlo donde sean mejores. Por lo demas, en Ginebra se han creado, bajo la denominacion de *Escuelas infantiles*, establecimientos que parece han tomado del sistema de Froebel todo lo que tiene de mejor respecto á la higiene, y del desarrollo moral, y se asegura que dan excelentes resultados. Es menester que la instruccion y educacion elemental en nuestro país entre amplia y decididamente por este camino, para no presentar á los estudios mas sérios á organismos ya fatigados é inhábiles para realizar ulteriormente los esfuerzos intelectuales que de ellos hay que exigir. Este pensamiento es el que nos ha obligado á dar extensos detalles sobre el sistema de Froebel, que desgraciadamente es aun poco conocido y menos seguido entre nosotros.

»En nuestros dias, no parece sino que la estima por los sistemas de educacion ha caido ó va á desaparecer por completo. No hay por ellos afan alguno, y cada cual sigue en la educacion de sus hijos, sus inspiraciones personales al acaso, auxiliadas ó no por algunos fragmentos de algun sistema ó método salvados del naufragio en el dominio público. Una indiferencia deplorable ha reemplazado á las discusiones filosóficas. El afan de las familias es ya otro: no se trata de que la salud suba desde sus cimientos con vigor y lozanía descansando en bases sólidas y duraderas, sino de que se llegue cuanto antes al anfiteatro del fausto, de la riqueza, de los goces y las posiciones, á cuyo asalto se precipitan todas las clases y generaciones con febril vértigo. La higiene se ve sacrificada á la ambicion, capricho, ó azar, y Dios sabe las personalidades que prometen á la sociedad, esos niños y niñas débiles, pálidos, nerviosos, gastados antes de la lucha, á quienes se ha hecho hacer todo menos lo que era necesario para llegar á ser sanos y vigorosos. La reforma en este asunto es urgente. Tanto es así que ya comienza á clarear en el horizonte, y pocos años se pasarán indudablemente para que se otorgue una participacion mas equitativa entre las partes, entre las necesidades de la instruccion y educacion y las del desarrollo corporal, entre el trabajo de los músculos y el del espíritu, lo mismo si se trata de niños destinados á profesiones liberales, que de los que van á abrazar profesiones mecánicas, ó lo que es lo mismo, ora se trate de los hijos de clases acomodadas que de los hijos de las clases humildes. El aire, el agua y la luz, estos tres elementos de toda higiene, que la naturaleza ha vertido por todas partes con tanta generosidad, deben ser distribuidos á los niños á medida de sus necesidades; la vigilancia y asistencia de la administracion pública ámplia é inteligentemente organizada ha de oponerse á los estragos de una alimentacion artificial, cuyos resultados son desastrosos cuando está mal dirigida. Las madres

deben beber en lecturas y enseñanzas populares de higiene las luces prácticas de que tienen necesidad para cumplir su gran mision. En fin, los establecimientos de baños y de gimnasia las auxiliarán para cultivar la salud y desarrollar el vigor de sus hijos. Los municipios deben procurar que enseñanzas, baños y gimnasios gratuitos auxilien en esto á las familias pobres. ¡Ved ahí el programa del porvenir! ¡Ojalá nos sea dado á nosotros el gozo inefable de verlo realizado, al menos en parte!»

Respecto á este punto en España necesitamos empezar. ¿Qué mas podríamos decir nosotros sobre lo mucho y bueno del Dr. Fonsagrives?

CAPÍTULO VI.

EDUCACION FÍSICA.

La salud de la Niña y sus primeros estudios.—Marcha paralela y armónica que debe guardarse en su desarrollo corporal y espiritual.—Medios de lograr este doble é importantísimo objeto.

No habrá dejado de observarse la profusion de citas, que en este primer libro de cada uno de los tomos de nuestra obra, vertemos con mayor abundancia que en los demás libros ó partes de nuestro plan. Empero el observador ú observadora de buen criterio echará de ver que tenemos razones poderosas para obrar así. Bastará que citemos una sola que valga por todas, para que no haya un solo lector, ó una sola lectora que deje de aprobar nuestro procedimiento en este punto. Esta razon avaladora es la siguiente: la materia es vidriosa, técnica, facultativa. Nosotros, por más que tuviéramos medios y motivos para decir mucho mas que los autores que citamos, no somos facultativos, somos legos en este asunto, y de ahí que nos parapetemos detrás de robustas columnas que nos resguarden de tiros hasta injustos que por decir verdades mas de una vez nos han disparado y mas de dos nos han de disparar, si Dios concede á nuestra vida los límites normales, guardándolo de tales accidentes y asechanzas, porque no pensamos darnos en este camino de decir verdades un punto de reposo mas que los necesarios para descansar y reparar fuerzas perdidas. Somos débiles, no tenemos la soberbia que nos ciegue para dejar de creerlo y confesarlo, ¿por qué, pues, no hemos de imitar á las interesantes y endebles plantecillas que buscan grandes sombras para cumplir el destino de su vida? Sí, si las imitamos, las seguiremos imitando para cumplir los de la nuestra, que es la defensa de la verdad. Siempre que hayamos de tratar cuestiones delicadas ó agenas á nuestra competencia, pediremos auxilio, porque las ideas son hijas de la verdad, y la verdad es el precioso patrimonio de todas las almas, pues para la verdad las hizo Dios, y á cada una le ha dado una disposicion especial de cultivarla, y estas especialidades deben cooperar y coauxiliar siempre á la exposicion de una obra de verdad. Y en este trabajo quien mas tiene mas debe. Por estas consideraciones altísimas, nadie se desdeña, todo lo contrario, de que se le ponga á contribucion; nadie extraña de ver en derredor de una obra diversidad de ope-

rarios, y cuanto mas inteligentes y expertos sean mejor ha de salir la obra y mas estima y admiracion ha de gozar en lo presente y en lo venidero. Este es nuestro criterio, y creemos sea el de toda alma pensadora. Creer que uno rebata á sí mismo para una obra de alguna importancia, es una fatuidad.

Expuestas, con un peso de buen recibo, las consideraciones que han de obligar á los padres de familia á imponerse en los elementos de un plan, de un método, de un sistema racional de educacion de sus hijos, sobre todo de sus hijas, que un dia habrán de ser las maestras de los suyos, y vista la necesidad de que el plan, el sistema higiénico-pedagógico se aplique desde los primeros albores de la infancia, procede ahora examinar cómo el plan de educacion no ha de perjudicar, sino antes favorecer la salud, la vida, el desarrollo del cuerpo y del alma á la vez. Este pensamiento, este fin, no menos interesante que el del capítulo anterior, no merece menos tampoco que lo razonemos y apoyemos con autoridades y argumentos que no sean de pié de banco; es mas, que sean facultativos para que nadie nos los pueda devolver porque falte en ellos la ley de la liga.

Todas las clases altas, medias é inferiores, proporcional y respectivamente pueden y deben por consiguiente estudiar los modos, los tiempos y los medios de cultivar las preciosas plantaciones de sus hijos en sus múltiples tipos, especialidades, destinos y naturaleza. ¿No aprenden á dirigir sus grandes patrimonios, ó sus modestos predios ó siquiera sus macetas de flores? ¿Por qué razon, por qué sin razon, mejor, han de fiar al acaso el cultivo de las criaturas, augustos compendios de la obra de Dios?

No, no puede continuar esta aberracion monstruosa en el cultivo de la familia humana, y concretándonos especialmente á nuestro asunto, el cultivo del cuerpo y el alma de la niña, de la MUJER que hoy mas que ayer ha de ser completa madre de la familia por la educacion completa de sus hijos. Sí, hemos dicho hoy mas que ayer, porque la vida de febril actividad que en nuestros tiempos absorbe casi por completo la vida del hombre entre negocios y placeres, la madre, la MUJER, debe con mas ciencia y conciencia, con mayor caudal de conocimientos y especialísimo ahinco dedicarse á la completa educacion de sus hijos. Por lo mismo, no nos cansaremos de repetir y de encarecer una y otra vez la necesidad apremiante de que se den estas instrucciones á la niña, á la MUJER, á la que por ley divina y humana tiene confiada la elevada mision de la generacion física y moral de la humanidad. Si con este nuestro modesto trabajo podemos llegar á colocar una piedrecita en edificio de tanto interés y trascendencia, daremos por bien empleadas las horas que hayamos gastado en pulimentarla con nuestros instrumentos y con los auxiliares que nos hemos tomado. Tan noble fin ha de granjearnos, sino laureles y aplausos, al menos las simpatías benévolas de toda mente pensadora, de todo noble corazon.

Vengamos, pues, carísimas lectoras, á otro de los lados de esta piedrecita.

«No se debe formar el espíritu, dice Hufeland, con detrimento del cuerpo.»

«Quien quiera emprender un largo viaje, observa Racine, prepare bien su montura.»

«Acaso, dice el Dr. Fonsagrives, no haya en higiene una cuestion mas grave y mas compleja que la que tiende á armonizar la marcha del desarrollo del cuerpo y del espíritu, la salud del cuerpo y la germinacion de las facultades del alma. Tan antagónicos aparecen á las veces los intereses de uno y otro hemisferios humanos. Ciertamente no hay al menos otra cuestion que sea mas elevada. Ella remueve, en efecto, incesantemente sobre las fronteras de lo físico y de lo moral, y se ve obligada á sortear dificultades constantes.

»El problema era ya delicado en otros tiempos; hoy dia es aun mucho mas complejo, por el hecho de la mayor extension de los programas de estudios y de rapidez casi vertiginosa con que se lleva á los niños de la cuna al bachillerato. En esto, como en otras cosas, se esfuerza por suprimir el tiempo, este factor cuya necesidad comprendian tanto los antiguos, y la Educacion, vehículo en otro tiempo prudente pero seguro, que llegaba con lentitud, pero que llegaba, [1] ha tomado la fantástica velocidad de una locomotora.

»Acuérdome haber visto aun, en mi infancia, crecidos y hermosos jóvenes de veinte abriles, con semblantes muy plácidos, tez fresca, mirada honesta, salud lozana, que terminaban sin impaciencia su segunda enseñanza. Así deberia ser. Aquellos han sido hoy sustituidos por niños, ¿qué digo? por hombres de diez y seis años, pálidos, nerviosos, descoloridos, acelerados en abordar la vida comun, que casi no tienen secretos que saber, y arrastrados por la ambicion, la necesidad ó la envidia en la candente competencia de posiciones y carreras; unos sucumben por este camino; un corto número, gracias á su vigor originario, resisten esos combates insensatos; la mayoría llega extenuada, el cuerpo destrozado por los esfuerzos prematuros y la inteligencia incapaz de producir ya nada fecundo.

»Se repite sin cesar que el hombre físico degenera, y el mal marcha bastante rápidamente para que sus progresos sean en algun modo medibles. Esta degeneracion es una triste realidad, y sobradas causas cierta y desgraciadamente contribuyen á producirla; empero al lado de las que minan sordamente la salud, las hay muy manifiestas y cuyo nefasto poder no se ve recusado por nadie. El alcoholismo (licores), los excesos lujuriosos, el arrastre prematuro del cerebro, constituyen, á nuestro parecer, las tres causas principales de esta degeneracion, que se manifiesta en todas maneras: por la alteracion de las formas típicas, la disminucion del vigor y por el rebajamiento de la fuerza física, no menos que por el de la fuerza moral ó de los caractéres.

»Aquí hay para el médico filósofo ancha senda para tristes reflexiones, pero tambien para ardorosas aspiraciones á lo mejor.

»Esta disertacion de la cual alejaremos cuidadosamente toda exageracion pesarosa, tiene precisamente por objeto trazar el programa del porvenir en lo que concierne á las relaciones de la cultura corporal con el desarrollo del espíritu.

[1] Llegaba poco y para pocos; entre aquella extremada lentitud y la extremada celeridad, hay un término racional.

No es solamente el ensueño de un higienista, es tambien su esperanza mejor fundamentada.

»A veces la infancia trabaja demasiado tempranamente, ó trabaja de sobras; trabaja mal; trabaja otras veces en pésimas condiciones higiénicas: estas son otras tantas proposiciones que debemos desenvolver, otros tantos inconvenientes á que hemos de procurar señalar remedio en este capítulo.

»Que á veces trabaja harto pronto, no puede negarse por quien quiera que conozca medianamente la organizacion de la familia, y sobre todo la organizacion social. El pensamiento no es ciertamente una secrecion del cerebro; pero, aunque de una naturaleza muy superior á él é independiente de él en cuanto á su esencialidad, sin embargo no deja de necesitar este órgano como instrumento de sus manifestaciones. Ahora bien, convengamos lógicamente en que un instrumento no puede prestar servicios sino cuando esté terminado; sino lo está, al aplicarlo á prestarlos, ó se romperá ó los prestará de un modo inconveniente al fin propuesto.»

Por lo que toca á los trabajos prematuros de niños y niñas pobres en industrias, manufacturas, artes mecánicas, etc., veremos en el tercer tomo de nuestra obra con la extension que su naturaleza demanda, las muchas, notables y humanitarias leyes que en todos los países cultos se han publicado á fin de impedirlos, de regularizarlos y evitar que sean deplorable objeto de sórdidas explotaciones. Aquí solo vamos á exponer los inconvenientes de lo prematuro de los trabajos morales de la infancia ora en la escuela del hogar, ora en escuelas públicas, por ser mal dirigidos, ó darles una aplicacion torcida, extemporánea. Ya hemos indicado en otra parte que la segunda enseñanza no deberia empezar antes de los doce años, ni terminar antes de los diez y ocho. Seria mucho mejor, tanto para su salud cuanto para los progresos de su espíritu. En este terreno, mas que en el anterior, la ley es menos culpable que las familias que tienen, ó por interés mal comprendido, ó por nécia vanidad, ó por ignorancia deplorable, una impaciencia devoradora ó desordenada en hacer que los niños carguen con trabajos mentales sobrados, mal entendidos, en edad y situacion que no ha de causar, en general, mas que ruinas en los cuerpos, y frutos raquíticos en los espíritus. Y tanto es verdad que las familias son mas culpables que la ley, que cuando esta, sábia y racionalmente, ha señalado los doce años como edad de ingreso, muchísimas de aquellas se han valido y valen de sus influencias para obtener una dispensa en aquella prudente disposicion.

¡La odiosidad del privilegio convertida en espada infanticida en manos de los padres!

Empero acaso se nos diria que somos Aristarcos si siguiéramos aquí por nuestra cuenta y riesgo. Daremos de nuevo la pluma á la irrecusable autoridad peculiar, que nos dé la razon de cosa juzgada por quien debe y puede fallar en este punto delicado.

«No pediremos, sigue el doctor citado, que se proteja á la infancia con disposiciones legislativas contra la precocidad y el abuso de los trabajos intelectuales; esto seria simplemente absurdo é inexcusable: todo debe, en este punto, ser confiado al

criterio y á la solicitud de las familias, y á la experiencia de los educadores; empero, así y todo, creemos que en esta grave materia, al menos es indispensable que se den ciertas llamadas.

»El trabajo del espíritu fatiga y gasta como el trabajo corporal, y acaso mas que él. Si los artesanos (prescindiendo aun de las profesiones insaludables) envejecen mas pronto que los hombres dedicados á las profesiones liberales; si su longevidad es menor, es menester no imputar este resultado á la diferencia de los trabajos en sí mismos; las privaciones de toda clase y la ignorancia absoluta de las reglas mas elementales de la higiene son la verdadera causa de aquella diferencia.

»Es necesario, en efecto, no creer que esta pura y hermosa llama de la inteligencia arda sin consumir. Si es inmaterial por su naturaleza, tiene necesidad de un alimento material, y ella gasta admirable y sensiblemente á la vez á la lámpara orgánica que se lo presta. El insomnio enflaquece, la excitacion cerebral por el trabajo enflaquece, como tambien enflaquece la fatiga muscular ó corporal. Nada se hace con nada. Hay mas: el trabajo corporal excita al menos la reparacion y, si una alimentacion suficiente viene á compensar las pérdidas, el equilibrio está asegurado. Es una locomotora que devuelve en movimiento lo que se le da en calor. Si se trata del trabajo del espíritu, esta comparacion, ya grosera en el órden material, se hace de todo punto inadmisible. La tension intelectual desgasta por el uso, pero tambien y sobre todo por la debilitacion ó el funcionamiento vicioso de los aparatos de reparacion.

»En la edad adulta, y cuando todos los órganos están ya debidamente perfeccionados, cuando la vida no tiene mas que hacer que conservar lo que ha construido, el trabajo del espíritu, aun que sea excesivo, sin duda tiene inconvenientes, pero son menos sensibles, y solo su larga continuidad podria amenazar la salud ó la vida.

»Empero otra cosa sucede cuando se trata de la adolescencia, y sobre todo de la infancia. Los agrónomos saben perfectamente que el hacer trabajar á los animalitos demasiado jóvenes de los cortijos, compromete á la vez su vigor y la bondad de su raza; y la experiencia ha formulado á este propósito reglas que son aplicables á la higiene de la niñez ó de la infancia. Es evidente y de sentido comun que una precipitacion en el trabajo intelectual no puede ser menos perniciosa para la salud de los niños que un trabajo manual prematuro. Es ya bastante el que su actividad tenga que atender al mismo tiempo á las necesidades del crecimiento y á la sustentacion del organismo, para que se le vaya á sobrecargar con los trabajos prematuros del pensamiento. Es menester dar á la inteligencia desde los principios el fuerte y vigoroso pedestal de un cuerpo sano, y entregarle este instrumento para que saque de él un buen partido. Lo que al paso que hoy lleva esta cuestion en la juventud, pronto no habrá mas que sombras de cuerpos que se agiten; la salud no ganará nada en ello y la inteligencia tampoco: lo probaremos luego.

»Las dolencias de que nos hacemos intérpretes convencidos, están en boca de todos; pero ¡qué de especiosas razones para hacer creer que el mal no tiene remedio!

Créese cada uno obligado á hacer lo que hacen los demas: á desalentar, porque los otros corren; á hacer de sus hijos *latinadores* de siete años, porque el bachillerato no se espera; á precipitar sus estudios para precipitarse sobre los destinos públicos, etc. No se hable de las sugestiones de ese orgullo espoleador, pero ¡ay! mortífero que lleva á las familias á soñar por sus hijos éxitos precoces, y á sacrificar, muchas veces en vano, en su busca una salud que caida no podrá volver á levantarse.

»No es de este lugar el profundizar si la duracion de los estudios podria ser abreviada por una simplificacion, ó una mejor inteligencia coordenadora de las materias que abarcan ó comprenden, de manera que los niños empezando mas tarde, llegaran al término en la época normal y provistos de suficiente instruccion. Bien sabemos lo graves y difíciles que son todos los problemas pedagógicos, y los hombres mejor intencionados y perspícuos les dan vueltas sin lograr dar en la solucion, y á veces, ni por qué lado plantearlos. ¿Acaso tengan un poco, ó un mucho, de ese amor propio que hemos poco há echado en cara á las familias, y la seduccion de un plan de estudios enciclopédico, majestuoso en su conjunto y bien acabado en sus detalles, los conduce bastante hácia lo maravilloso, pero irrealizable?

»Nos inclinamos á creer que el actual plan de estudios oficial podria muy bien revisarse y hacerse mas útil, mas práctico y menos deslumbrador y ambicioso.

»El sistema de la bifurcacion y la idea de la segunda enseñanza especial, han nacido evidentemente de esta íntima percepcion de la insuficiencia hygida y cerebral de los niños para recorrer ese inmenso cielo de los conocimientos humanos. La experiencia ha condenado sin apelacion ese fárrago científico y literario introducido, algunos años ha, en la instruccion; y la mas *humana* de las ciencias, la que tiene mayor necesidad de las *humanidades,* la medicina, se resentirá harto largo tiempo de los golpes que le ha inferido el sistema de la bifurcacion para que nosotros abriguemos indulgencia en favor de este expediente. La segunda enseñanza especial pone actualmente á nuestra vista la experimentacion mas interesante que la instruccion pública ha verificado de largo tiempo á esta parte. No se trata de inspirar, ó mejor, de imponer á los niños, llegados á cierto punto de sus estudios, la eleccion de un diploma abstracto, abriéndoles el acceso á carreras, que algunas veces, sino siempre, implican en su fondo la necesidad de ciencias y letras; pero en lugar de hacer bachilleres indecisos, de dar una instruccion sólida científica y práctica á los jóvenes á quienes sus gustos y apitudes especiales llevan á las carreras industriales, comerciales ó agrícolas. La bifurcacion hacia á la vez desheredados de las ciencias y de las letras; la segunda enseñanza especial, si tiene éxito, disminuirá esa categoría de jóvenes que salen á veces de los institutos «*con un poco de cada cosa y el todo de nada, á la francesa,*» para servirme de una palabra picante de Montaigne; sin contar que los estudios puramente literarios se harán mejores en esos establecimientos, porque las clases, menos numerosas, serán mas homogéneas como valor

intelectual y podrán ser dirigidos mas fructuosamente, siendo expurgados de los elementos retardatarios de los rémoras.

»La higiene, atenta á todo lo que pueda interesarle (y todo le interesa), sigue con una viva solicitud la experimentacion que se prepara; presiente, en efecto, en su triunfo, un retardo saludable en la edad de empezar los estudios, y, por consiguiente, un beneficio real para la salud de las generaciones venideras.

»¿Quiere esto decir que deban pasarse los seis ó siete años sin poner en manos de los niños, de las niñas, un alfabeto siquiera, y se haya de pasar todo este tiempo solamente en cultivar el desarrollo corporal, sin acordarse del moral? No, indudablemente hay medios de utilizar ese periodo grata y provechosamente para la infancia, enseñándola sin cargarla con fárragos de memoria, haciéndole adquirir conocimientos elementales jugando, cantando, aun por los mismos juguetes que en Alemania son á la par instrumentos de sus placeres infantiles y de adquisicion insensible de conocimientos, alimentacion de sus facultades incipientes: esa edad es tambien apropósito para iniciarles en idiomas vivos, en despertarles los nobles sentimientos de lo bello, de lo bueno, de lo justo, de lo verdadero, que principalmente han de beber en puros rocíos de palabras y acciones de quienes les rodeen. Esto es sencillamente de buen sentido, si la experiencia no demostrara que tiempo tan precioso se pierde mas tarde en esfuerzos estériles, para llegar á un resultado nulo ó mediano.

»La inteligencia de la infancia, se resume en una facultad: memoria, facultad que está en esa edad en superior desarrollo sobre las demas, y de la que cada año se llevará un incremento. Si aprenden un habla, el habla materna, en dos años, es decir, si realizan esa empresa espantosa de meterse en la cabeza y conservar en su memoria todo un diccionario, señal manifiesta es de que tienen aptitud especial para aprender lenguas. Ahora bien: el trabajo que se va realizando segun la pendiente de las facultades naturales y especiales aptitudes, es un trabajo que no perjudica á la salud, en general. Conozco una niña de unos tres á cuatro años que habla perfectamente el francés, el inglés y el italiano, sin haber tenido que fatigar para nada ni forzar con insípidos trabajos las tiernas facultades de la niña. Ved ahí la sabiduría, la prudencia del método racional. Ejercitar la memoria sin fatigarla, preparar el camino á las otras facultades sin precipitarlas, hacer del estudio un juego y del juego un estudio, es á la vez excelente pedagogía é higiene.

»El francés, nosotros diremos el español, el latin, el griego, despues el inglés ó el aleman, tal es la escala invariable de los estudios apropósito para la infancia en la actualidad. Esta escala es evidentemente viciosa. Es una cosa de diaria observacion, que los niños pueden aprender á la vez varios idiomas vivos sin confundirlos, y, á nuestro parecer, este ejercicio debia preceder á todos los otros. ¿Qué sucederia luego? Por de pronto no tendria que emplearse un tiempo precioso en edad mas difícil en el estudio de idiomas extranjeros, tiempo que luego pudiera alta y provechosamente utilizarse en otras materias importantes; el programa se veria ya bastante simplificado, y la duracion de los recreos y de los ejercicios físicos podria

aumentarse sin perjudicarse la marcha de la instruccion, de la educacion, de los estudios. Si se mira con justicia é imparcialidad, toda persona sensata verá en esa nuestra proposicion un medio de progreso sin perjuicio para la salud.

»Si se hallan dificultades en hacer viajar á los niños en ciertas condiciones ó posiciones sociales, porque no haya escuelas ó profesores que los enseñen en los puntos donde residen, fácil es contestar que hoy ya esto va, gracias á Dios, siendo raro, pues en toda poblacion de alguna importancia hay familias, escuelas y profesores ó profesoras que posean una ó mas lenguas extranjeras y puedan enseñarlas; y este beneficio inapreciable, é inapreciado, va poniéndose cada dia mas al alcance de todas las fortunas. Además, muchas familias que de todos modos han de tener criados ó dependientes, van tomándolos extranjeros con lo cual logran tambien esta ventaja para sus hijos, con sola la práctica, sin fatigas... y no desesperamos de ver que esta enseñanza penetre tambien hasta las últimas escuelas elementales. Si los niños poseen esta facultad, y la niñez la posee casi siempre en grado maravilloso, es menester pensar en los medios de utilizarla.

»Otro medio de evitar los inconvenientes de los trabajos mentales precoces en la infancia, consistir puede en retrasar la edad mínimum de su admision en las escuelas del gobierno, ó mas sencillamente en tomar el máximum actual como límite inferior. Así por ejemplo la Escuela Naval no admitiria alumnos hasta los diez y siete años en vez de los catorce; la Escuela de San Cyr elevaria su mínimum á veinte años; la Escuela Politécnica haria lo mismo, etc. De esta manera, se dejaria de tener ese apresuramiento febril; el número de meningitis y fiebres tifóideas, que siembran de catástrofes las vias de las carreras, disminuirian sensiblemente, y las puertas de las escuelas del gobierno se verian menos obstruidas, y al realizar un progreso higiénico, se verificaria al propio tiempo, estamos de ello seguros, un progreso intelectual tangible.»

Y si estos ó análogos métodos, sistemas y procedimientos se siguieran respectivamente con la educacion del cuerpo y del alma de las niñas, llegarian vigorosamente á la adquisicion del gran tesoro de la salud, de la robustez y al mismo tiempo insensiblemente á la posesion de su caudal de conocimientos, de instruccion y desarrollo de sus facultades espirituales en armonía con los grandes deberes de madre y maestra de la familia humana. Que esto se puede lograr en bien de la vida del cuerpo y de la grandeza del alma, sin detrimento de uno ni otra, no tiene necesidad de demostrarse, es de sentido comun en quien quiera que se haya ocupado ó se quiera ocupar aunque no sea mas que someramente en tener nocion, ciencia y conciencia de sus mas rudimentarios deberes generales y especiales.

Lo saben y lo saben cumplir todos los padres y educadores de familia que son dignos de estos nombres augustos, que desgraciadamente son escasos; lo dicen los pocos modelos de cabal y completa educacion que el hombre y la MUJER observamos con tanta admiracion como placer en la gran exposicion permanente de la sociedad humana.

Ni trabajo manco ni excesivo. Esta ha de ser la divisa. Contra los excesos de uno y otro extremo, venimos trabajando aquí, y en buenas compañías.

«Acabamos de probar, continua el higienista citado, que la juventud trabaja harto pronto; ahora vamos á demostrar que la que trabaja, trabaja demasiado. Los colegiales no dejarian de aplaudirnos esta proposicion, empero no la sostenemos ante ellos, y apelamos, en esta materia, á intereses muy diferentes de los de su indolencia ó de sus placeres.

»No fuera difícil probar que la exageracion del trabajo intelectual de la infancia daña á su desarrollo físico, y á la vez tambien perjudica á su instruccion. Por una circunstancia rara, pero feliz, los intereses de la higiene están resguardados y defendidos aquí por otros intereses, que deberian asegurar una plena y perfecta satisfaccion.

»Los niños, ora estén sometidos al régimen de la educacion pública, ora lo estén á la de la privada ó doméstica, se ven cargados de un trabajo cotidiano harto prolongado. Todos lo ven, pero para obviar este inconveniente, seria, como hemos dicho ya, necesario reorganizar profunda y concienzudamente el programa de los estudios universitarios, y este punto, lo confesamos, es delicado y difícil de tocar. Distinguir lo necesario de lo accesorio, lo demasiado de lo demasiado poco, elegir con acierto los recortes que hay que hacer, es una obra ante la cual se retrocede, y muchos hombres experimentados y llenos de la mayor buena voluntad declaran que hacer reparaciones en este edificio, es comprometer su conservacion. No sé si este desistimiento está bastante justificado y sino hay nada que hacer para disminuir en los institutos el número de horas de las clases, ó de estudios, es decir, de trabajo; pero la cuestion está perfectamente resuelta por lo que toca á la primera enseñanza, y resuelta experimentalmente.

»En el canton de Zurich, en el cual como es sabido la instruccion primaria es obligatoria (¿cuándo lo será entre nosotros como lo es en Zurich?), los niños no tienen mas que diez y siete horas *minimum* á veintisiete horas máximum de trabajo por semana, ó sea de tres á cinco horas por dia, y la duracion diaria de las clases se gradúa segun la edad. Los niños y niñas que no pasan de seis años no tienen mas que de diez y ocho á veinte horas semanales, los de siete y ocho años tienen de veintiuna á veinticuatro horas por semana, los de nueve á once años, de veinticuatro á veintisiete horas. En Francia, la duracion de las clases semanales, descontando los jueves y los domingos, es de treinta horas, ó sea seis por dia. Si se dice que los niños no trabajan durante todo este tiempo, yo contestaré que se ven al menos obligados durante él á una especie de inmovilidad, [1] de inaccion y de silencio, que, por mas que sea indispensable sin duda para la disciplina y órden, no puede ser bueno para su salud.

»La circular muy reciente del Ministro de Instruccion pública acerca la duracion de las clases en las escuelas primarias municipales, reconoce al mismo tiempo de que venimos hablando, y lo palia con la prescripcion de pausas regulares y multi-

[1] El buen ó la buena educadores saben dar intérvalos de juego segun la edad. Así es debido, y así lo hacemos nosotros.

plicadas, cortando con intervalos ese largo espacio de tres horas que se repite dos veces al dia. «La inmovilidad del cuerpo y la fatiga del espíritu, impuestos así durante tres horas consecutivas, á niños de siete á trece años, hacen levantar, dice la circular, quejas legítimas. Las aspiraciones de la opinion pública han sido satisfechas de antemano respecto á los jóvenes de trece á diez y ocho años que reciben la segunda enseñanza especial, puesto que los nuevos programas para esta enseñanza prescriben que, despues de dos horas de estudio, ha de haber descansos de diez minutos ó de un cuarto de hora empleados en ejercicios gimnásticos, sin perjuicio de los recreos mas largos que siguen á las horas de comer. En algunas escuelas primarias á pesar del silencio del reglamento en este punto, tambien el uso ha venido á interrumpir con recreos intermedios esas largas duraciones de las tres horas de clase de mañana y tarde.

»Un descanso de diez minutos ó de un cuarto de hora es indispensable á los niños, para quienes el movimiento es una necesidad, y de la que no hay posibilidad de evadirse, á pesar de la diversidad de los ejercicios escolares, siendo imposible mantener la atencion durante tres horas.

»Hasta aquí el ministro. La higiene acoge con placer esta mejora, pero la querria mas completa todavía, y un recreo suplementario de una hora mañana y tarde, cortando en dos cada una de las clases, le pareceria un progreso apetecible, sobre todo para los niños de menos edad; de este modo la duracion efectiva de las clases descenderia á veinte y dos horas por semana, y ganaria la salud de los niños.

»Un médico suizo, el doctor Guillauma, que ha tratado con un talento práctico la mayor parte de las cuestiones que se relacionan con la higiene escolar, ha refutado, con lógica y hechos, el argumento que consiste en considerar las pausas repetidas como una causa de disipacion y de turbulencia. Hace notar que los estudiantes de Bala y de Zurich, que tienen un recreo de algunos minutos despues de cada hora de trabajo, son tan dóciles, sino mas, que los de las escuelas que no se rigen por este régimen prudente, é insiste mas aún sobre una consecuencia desagradable de la larga duracion de las clases, es decir, sobre las trabas opuestas á la satisfaccion de ciertas necesidades físicas, con los inconvenientes que de ahí provienen, ó bien sobre la perturbacion que puedan producir los repetidos permisos de salidas. Este práctico doctor dice que ha curado ó asistido á niños atacados de incontinencia ó retencion de orina, que no reconocian otra causa mas que harto largas horas de clases. El detalle es vulgar, pero vale la pena de ser notado. [1]

»Acabamos de hablar de la demasiado larga duracion de las clases; en esto hay puramente una secuestracion física; la imaginacion de los estudiantes se da felizmente las vacaciones que se le niegan, y si hay sujecion corporal, no la hay de espíritu; pero basta para que la salud sufra de ello. Los adolescentes que, voluntariamente, por emulacion, ú obligados por las exigencias de un sistema de educacion, trabajan ocho ó diez horas al dia (en algunos institutos de internos sucede) se les

[1] *Hygiene scolaire, ou considerations sur l' état hygiénique des ecoles publiques.*—Genéve.

juntan á los peligros de la reclusion de la inmovilidad, algunas veces del fastidio, los que son mucho mas temibles, los de la fatiga cerebral. Los que lo hacen por fuerza se ponen enfermos, los que se someten á esta exageracion con inercia, sacan de ello poco ó ningun fruto; el principio tutelar de la variedad en el trabajo no basta para hacer desaparecer el peligro.

»El niño trabaja mal. Si al menos se tuviese como compensacion la perspectiva de un provecho intelectual verdaderamente útil, seria comprarlo algo caro, pero en fin, pudiérase resignar á ello; desgraciadamente nada de eso. El estudiante perezoso, (que cada uno de nosotros mira á su pasado y se pregunta si hay alguno que no lo sea), el estudiante perezoso, á quien se condena á ocho horas de clase ó de estudio, permanece corporalmente uncido á la gleva del trabajo, pero se venga de la servidumbre del cuerpo por la emancipacion del espíritu, rinde homenaje, por su porte exterior, á la ley del trabajo, pero es un homenaje puramente platónico; no trabaja, y lo peor es que pierde en ese simulacro la aptitud para correr á un trabajo sério, de esta manera se embota en él una de las facultades cardinales de la inteligencia, la atencion, y cuando mas tarde quiera ejercitarla, no volverá á dar con ella.

»Nosotros, hombres de sudores intelectuales, sabemos bien, que tres ó cuatro horas de tension activa del cérebro lo extenuan profundamente y que tiene necesidad de volver á reponerse por el descanso; ¿es que los niños acaso son capaces de prestar una actividad cerebral de mayor duracion? Lo dudamos mucho.

»Empero se objeta: disminuyendo el número de las horas de trabajo para los niños, se corre el riesgo de verles emplear malamente el tiempo limitado que se les destina para el estudio; ¿y este no será un óbice sério á todo sistema de instruccion? A esto puédese contestar que seria fácil entonces ser mas exigentes con ellos, y que el atractivo de un trabajo variado y demostraciones materiales que entraran por los sentidos harian mas fructuoso el trabajo real de una hora, que el trabajo ficticio de un dia entero. Así se tendria alumnos mas sanos y mas sabios.

»Búscase enseñarles muchas cosas á la vez; de ahí la necesidad de establecer entre las lecciones referentes á un mismo estudio intermedios que lo convierten en infructuosos, ó de sobrecargarles de trabajo. Hay una palabra de tangible evidencia y que lo mismo se puede aplicar á la educacion que al régimen: «Nútrese uno no por lo que se come, sino por lo que se digiere.» Añadiremos que si es pernicioso para el estómago el tener los ojos mas grandes que este, no lo es menos (para no salirnos de la sabiduría de los proverbios) el tenerlos mas grandes que el cerebro. Las indigestiones de este órgano, en efecto, son mucho mas graves que las de aquel.

»Además, débese fijar sobre el valor general de las inteligencias á las cuales se piden frutos *forzados*, fuera de estacion. He visto á Picos de la Mirandola que maravillaban á los diez años por su saber enciclopédico, que hubieran tambien podido sostener sus novecientas proposiciones y cuya miseria de espíritu era mas tarde la crítica sangrienta del sistema precoz con que habian sido educados. La reputacion equívoca de los fuertes de temas no se puede juzgar sino despues de

largo tiempo, y es innegable, que, en cierto modo, está basada sobre la observacion.

»En el colegio, ó en las lecciones en la escuela del hogar para las niñas, que no deberian aprender en otra, segun se ha sentado con justicia, el objeto principal que debe procurarse sobre todo es *enseñar á aprender*, y seria una pretension mortífera tanto para el cuerpo cuanto para el espíritu, querer hacer entrar y contener por fuerza en una cabeza de adolescente todos los conocimientos de que se compone el programa escolar.

»El gusto del trabajo, la nocion de las buenas fuentes en que se puede beber la instruccion y los métodos con que á ella conducen sériamente; esto es lo grande que debe prometerse todo sistema de educacion prudentemente comprendido. Este sistema, y únicamente este, puede prometerse formar buenas sanidades en los cuerpos y buenas cabezas en sabiduría; y por estos dos caminos formar las grandes naciones. Ch. Dickens ha grafiado en uno de sus mejores romances, á un director de escuela, apasionado por los hechos y vertiéndolos á raudales en la cabeza de sus alumnos, y de sus hijos. Educadores ó padres de familia, no seamos *Thomases Gradgrind*, y no fatiguemos con un trabajo fastidioso é inútil, las tiernas inteligencias que tengamos confiadas. Indudablemente los hechos son algo; pero, separados de las ideas, son piedras aisladas del cimiento ó yeso que habria de juntarlas. Se las ha removido laboriosamente, algunas veces en perjuicio de la salud, y el edificio que con ellas se ha construido es radicalmente ruinoso. Trabajar menos, trabajar mejor, tal es el programa de la pedagogía del porvenir; cuando lo haya resuelto, el cuerpo y el espíritu se verán emancipados de una pesada causa de decadencia. Pero, entre tanto que los hombres celosos é inteligentes que se ocupen de la enseñanza y de sus procedimientos hayan hallado una solucion, la higiene está en el deber de intentar lenitivos y expresar sus votos. Antes de hacernos su eco, comparemos la educacion pública con la doméstica.

»Los niños no trabajan generalmente en buenas condiciones higiénicas, y no hablamos aquí sino de la educacion pública que es la mas general, de la que en 1865 educaba 7.486,066 niños de ambos sexos; la educacion doméstica es rara, en efecto, en las condiciones ordinarias, y, como es el privilegio casi exclusivo de las clases acomodadas, los niños educados por este sistema hallan en su derredor elementos de vigilancia y de bienestar que dejan poco que desear.

»Sábese las controversias en algun modo infinitas, á que ha dado lugar en todo tiempo la comparacion de la educacion doméstica con la pública. Pónese en parangon á este fin una con otras autoridades respetables, y cada cual resuelve este problema difícil como todos aquellos en los cuales intervienen el sentimiento y la razon, segun los aires de su espíritu, ó los datos de su experiencia personal. La higiene tiene voto en este capítulo, y debe decir lo que piensa del uno y del otro de estos dos sistems.

»Fenelon, Locke y Rousseau abogan por la educacion doméstica. Quintiliano, Montaigne, Rollin, y en fin recientemente Mgr. Dupanloup, por el contrario se han

declarado partidarios de la educacion en comunidad. La dificultad de la cuestion, resulta del carácter plausible de los argumentos antagonistas de los dos campos opuestos.

» La educacion se compone de cuatro elementos esenciales. 1.° Las costumbres; 2.° la inteligencia; 3.° el carácter; 4.° la salud. Una educacion que no se preocupa bastantemente de uno de ellos, ó que concede á uno la preferencia mas que á los otros, es por esto solo imperfecta educacion.

» El obispo de Orleans, partidario acérrimo de la educacion pública, á nuestro parecer, ha exageradamente recargado, aunque creemos de buena fé, los colores del cuadro de los peligros que amenazan en la familia las costumbres de la infancia, y seguramente ha debilitado con notoriedad el de los que halla en los establecimientos públicos de instruccion y educacion, lo mismo legales que privados.

» No cabe duda alguna de que un hogar del cual son arrojadas por el lujo, el desórden y la disipacion las influencias tutelares del buen ejemplo, coloca la educacion de la infancia en condiciones mas peligrosas que un colegio bien montado y bien dirigido; pero la cuestion no es precisamente en estos términos extremos en los que debe ser planteada, sino que hay que comparar *una casa ordinaria con un colegio ordinario*. En este terreno, y no abordando la cuestion sino bajo este punto de vista, no hay duda, á nuestro modo de ver, y allí donde se pueda rodear á la niñez á los hijos, de medios eficaces de instruccion y hacerles respirar la sana atmósfera de una vida honesta, es menester no hacer correr á su candor por los peligros de la educacion comun. ¿Se quiere, por el contrario, solamente atender á sus progresos intelectuales? Entonces claro es, como dice el obispo de Orleans, « que la educacion pública tiene sobre la educacion privada, ventajas incontestables en cuanto al horizonte del espíritu, en lo que toca al vuelo de la emulacion, al ardor del trabajo, y, por una consecuencia necesaria, tambien á lo que se refiere al ejercicio y desarrollo de todas las facultades intelectuales. » Esto es verdad; empero la influencia de un preceptor de inteligencia, mejor si fuese la madre desempeñando su obligacion como un sacerdocio, hábil para reemplazar el resorte de la emulacion por el del atractivo, no ocupando á sus alumnos, uno ó mas, sino un corto número de horas al dia, pero ocupándolos realmente, aplicando los métodos de enseñanza á las necesidades particulares de su inteligencia, ¿no podria compensar y aun superar las ventajas de la educacion pública? Aquí tambien aparece la imposibilidad de establecer nada absoluto; es necesario de toda necesidad, tener en cuenta, en esta cuestion compleja, todos los elementos diferentes que en sí entraña.

» Mgr. Dupanloup ha tratado con su elevacion y seguridad de vista que le son habituales la influencia de la educacion pública sobre el carácter, y concede, en este punto, una superioridad incontestable á la educacion citada.

» En la educacion pública, dice, los manoseamientos odiosos son evitados á los niños, y en cambio hallan en ella los que les son agradables y útiles para la formacion del carácter. En la educacion privada, al contrario, los manoseos útiles faltan; y los odiosos son inevitables, de manera que el alumno ó alumnos están ahí flojos

é irritados. La educacion privada, obliga á preceptores y discípulos harto íntimamente, los alumnos ven á los preceptores de sobrado cerca y á toda hora; de ahí la dificultad de la indulgencia conveniente; además se ven de demasiado cerca sus faltas. Un preceptor y un niño reducidos á estar siempre juntos no se dejan nunca respirar uno al otro, y jamás tienen uno ni otro un momento libre. ¿Cuando nazcan entre ellos antipatías, en qué parará este incendio? Es una situacion absolutamente sin remedio; es necesario cambiarla, separarse ó aborrecerse... no hay término medio. En la educacion pública, un profesor es consuelo de otro. Los condiscípulos y los recreos consuelan á todos. En esas edades basta distraerse para curarse todos los males, y olvidar todo pesar; ahora bien; un colegio está lleno de distracciones legítimas. *El profesor no ha sido el inspector de estudios;* él no es quien ha obligado al trabajo cuyos resultados sin embargo acaba de experimentar. Si ha presidido sus recreos, no los ha oprimido en sus juegos, en medio de sus alegres camaradas; hasta ha podido allí aprovechar una bella ocasion para decirles una buena palabra, para iniciarse en su corazon, en amistad y simpatía.» [1]

« Es imposible negar ésta clase de superioridad á la educacion pública, atentamente considerada. El carácter, debilitado por condescendencias, fortalecido por una regla, se habitua á un medio pasidual en el que está destinado á moverse más tarde; y está al abrigo del enervamiento con que le amenazan la debilidad é indulgencia de los padres, la falta de regularidad y la condescendencia obligada de una ternura ciega.

» El último punto de vista bajo el cual debe ser examinado este paralelo es el de la salud. Igualmente aquí, las generalidades ofuscan la verdad, y esta no brilla sino á la luz de las distinciones racionales.

» Ahora bien: la educacion pública amenaza á la salud de la infancia de tres maneras: 1.ª por el rigor de la regla; 2.ª por el peligro de la aglomeracion, y 3.ª por los amagos de habitudes viciosas.

» Para los niños de salud normal, una vida regulada, madrugadora, laboriosa, sóbria, es mas que una carga, una condicion favorable á su vigor; pero si se trata de una criatura delicada, en quien el sistema precario de las precauciones ha debido reemplazar al que es mucho mas seguro ó sea el sistema ya descrito del endurecimiento, y cuya salud débil no resiste dos dias seguidos una misma fórmula de higiene; si se trata, en una palabra, de uno de esos niños valetudinarios como los reciben á menudo nuestros colegios de grandes poblaciones, en este caso, la educacion doméstica que *individualiza* al niño, que se muestra deferente á todas las exigencias de la salud, entonces decimos, y fácilmente se concibe, vale infinitamente mas; ni la duda se concibe siquiera.

» La aglomeracion es en todas partes una mala condicion para la salud. Uno de

[1] En otra parte, al ocuparnos de estas ideas de Mgr. Dupanloup, le hemos opuesto los inconvenientes que hay al lado de estas ventajas

los autores citados, dice perfectamente á este propósito: «La respiracion del hombre es mortal para el hombre.» Es un hecho que en todo lugar en que se aglomeran muchas respiraciones, allí surgen en seguida peligros para la salud. Si es en las poblaciones verdad, aunque haya calles anchas y respirables, éslo incomparablemente mas en los establecimientos públicos como cuarteles, cárceles, talleres, colegios, casas de beneficencia. Por lo demás, la estadística se ha encargado de poner de manifiesto de un modo peculiarísimo la influencia de las aglomeraciones. Ella demuestra en efecto, que la mortalidad de los ejércitos, en tiempo de paz, excede en mucho á la de la poblacion civil de la misma edad. Y cuenta que el personal de los ejércitos ha sido depurado por múltiples reconocimientos, y su higiene reglamentaria mejor estudiada que la de las poblaciones entre las que se reclutan. La sola aglomeracion explica pues esta sigularidad. Es menester que no se entienda por aglomeracion el acervo de un número sobradamente crecido de personas en un espacio harto exiguo. La proporcion de las capacidades habitables puede agrandarse segun el grado designado por las leyes de la higiene, sin que el inconveniente, paralizado así ó paliado, es verdad, desaparezca sin embargo de una manera completa. No hablamos aquí, fácilmente se comprenderá, de los accidentes mas grandes de transmision de las enfermedades contagiosas en las aglomeraciones: esto no hay que exponerlo.

»Muy luego diremos que la higiene de los Institutos, aunque ya hoy en mucho mejorada, ofrece sin embargo, *algos que desear* en cosas importantes bajo el punto de vista de las aglomeraciones.

»Viene finalmente la amenaza de las habitudes viciosas. Sabido se está con que peso gravitan sobre la salud y sobre la inteligencia esas prácticas deplorables, que agarrotan el desarrollo y precipitan á la infancia por la pendiente de la decrepitud física é intelectual. Si esas habitudes nacen algunas veces de excitaciones fortuitas, las mas proceden de la imitacion; está fuera de duda que la educacion en comun las hace nacer mucho mas á menudo que la educacion doméstica. Si se considera que ahí está uno de los mayores peligros que amenazan á la sociedad humana, se comprenderá que la higiene tome este hecho en grave consideracion en la eleccion de un sistema educativo.

»Acabamos de poner en paralelo imparcialmente los dos sistemas, y esta comparacion nos ha enseñado lo que uno y otro tienen de malo y de ventajoso; enséñenos tambien la imposibilidad, en esta materia, de emitir un juicio absoluto. El carácter de los niños, su salud, su inteligencia; la posicion de fortuna y de existencia de su familia; el valor moral y didáctico de los establecimientos de instruccion que se tiene á su alcance; las calidades del preceptor al cual se puede confiar la direccion de los niños, otros tantos elementos de este grave problema, que no puede ser rectamente resuelto sino ponderándolos todos uno por uno.

»El sistema mixto de la media pension es el que hoy cuenta con la mayor y mejor parte de las simpatías, es á la vez *escolar* y *familiar;* concilia las ventajas del estímulo y de la regla con las de la educacion moral por la familia. El Ministro

de Instruccion pública ha estudiado no ha mucho la extension que ha tomado en Alemania el sistema que consiste, para las familias alejadas de los centros de Instruccion, en colocar á sus hijos en casas de confianza, desde las cuales van á los cursos de instruccion de los institutos ó colegios; es de desear, en efecto, que esta costumbre que yo pude apreciar en Vannes para jóvenes procedentes del campo, tome carta de naturaleza en nuestras costumbres de educacion.

» Resumiendo, y sin que queramos descansar sobre la almohada de un cómodo eclecticismo, diremos que la educacion pública, en las condiciones que acabamos de exponer, nos parece la mejor; pero tratándose de niños débiles, delicados, cuya salud exige continuos cuidados, teniendo mas bien necesidad de solicitud que de regla, la educacion doméstica en este caso vale sin vacilacion, es la superior, la única que debe seguirse. En condiciones excepcionales de fortuna, de libertad y de moralidad, cuando la eleccion de las familias puede prometerse para educadores de sus hijos á Pellicos, Pestallozzis ó Topfers, la cuestion cambia de aspecto y no hay padre inteligente que no la resuelva en el sentido de la educacion doméstica.

» Empero estas son desgraciadamente circunstancias sumamente raras, y en la inmensa mayoría de los casos, la escuela pública es á la que confiamos el cuidado de formar á nuestros hijos. Importa, pues, examinar si las escuelas privadas ó públicas realizan todas las condiciones de higiene propias para neutralizar la doble influencia de un trabajo forzado, precoz y de aglomeracion.

» Las salas de las escuelas de la infancia, las escuelas primarias, los institutos ó colegios y las escuelas especiales, constituyen la série de los establecimientos en los cuales se da la educacion en comun en nuestros dias. Al comparar lo que son estas escuelas y lo que eran en otros tiempos, no se puede sin injusticia dejar de reconocer que se han realizado en este terreno innegables y apreciables progresos. Pero ¿hay ya que dormirse sobre los laureles de estos progresos y creer que no hay nada que hacer? No, indudablemente. Seria menester ser muy optimistas para admitir que sobre los 52,524 escuelas públicas que se reparten entre nosotros la enseñanza primaria á tres y medio millones de niños, no haya un gran número, que bajo el punto de vista de la aereacion, la luz y la aglomeracion, no exijan grandes reformas. Esta reflexion es todavía mas rigurosamente aplicable á las quince ó diez y seis mil escuelas libres que están abiertas á los niños de ambos sexos. A pesar de la vigilancia ejercida con inteligencia y celo sobre esos establecimientos, muchos son defectuosos, y sin embargo se ha sufrido una parada en la via de estas exigencias legítimas de la higiene por temor de restringir las dósis en la instruccion primaria, harto restringidas ya desgraciadamente.

» El Estado se impone sacrificios notables para la mejora del material de las escuelas, y en 1865, el presupuesto se aumentó en dos millones para este objeto, y los municipios verifican aumentos análogos, y proporcionales en los suyos. Esto es ya mucho, indudablemente; pero es todavía insuficiente ante las inmensas necesidades á que la enseñanza popular debe subvenir. Con los actuales recursos de la instruccion pública, es imposible que la guerra contra la ignorancia pueda ser llevada á buen

término vigorosa y victoriosamente. Es necesario de toda necesidad ampliar aquellos recursos, aquellos presupuestos en mucho todavía; llegar hasta los límites de lo posible, y, si se pudiese, mas aun, y hacer desaparecer del mapa intelectual de Francia esas tintas negras, (¿qué diria el doctor Fonsagrives si estuviese en España y fuese español?) que contristan á los amigos del progreso, de la humanidad y de su patria.

»Empero, si es urgente multiplicar las escuelas y hacer penetrar la sana luz de la instruccion allí donde no ha llegado todavía, éslo así mismo velar por las condiciones higiénicas de las escuelas que existan. ¿El sistema de las visitas inspectoras patronales y de los comités de vigilancia producen bajo este punto de vista todo lo que deberia esperarse, y no hay razon para crear en Francia (y ¿en España?) una inspeccion general de higiene pública, que abarcára á todos los establecimientos, cuarteles, prisiones, teatros, escuelas, etc., cuya creacion y marcha originan tantas y tan importantes cuestiones higiénicas? Creémoslo nosotros altamente conveniente y quisiéramos que la Administracion pública la creara desde luego.

»La introduccion en los asilos del sistema Froebel, reducido á sus elementos útiles, prácticos; la mejora de las condiciones de higiene en las escuelas primarias públicas y privadas; la disminucion del número de las horas de trabajo, son mejoramientos deseables para estas escuelas elementales.

»En cuanto á la higiene de los institutos, higiene que actualmente sometemos á un atento estudio, y á cuyo objeto pensamos dedicar una obra especial, ha sido considerablemente mejorada en estos últimos tiempos; pero queda todavía mucho por hacer. Contentémonos aquí de expresar un doble deseo: en primer lugar que ciertas modificaciones introducibles en sus programas, permitan simplificarlos, en una notable proporcion de materias y horas de trabajo; y segundamente que presten una extension mayor á los ejercicios corporales, principalmente á los gimnásticos, y que además, estos establecimientos de enseñanza estén situados en el campo, ó parajes aireados, fuera de poblacion.

»Nos pareceria supérfluo demostrar la necesidad de la gimnástica para el desarrollo físico y la conservacion de la salud. Las generaciones actuales no escaparán, si es que puedan escapar, de los peligros con que les amenaza el arrastre ó forzamiento prematuro y abusivo del cerebro, sino utilizando en su favor este poderoso recurso. Es menester vaciar sobre los músculos este superabundante influjo nervioso que las condiciones de la vida actual generan y conservan, y que juega un gran lote cierta y tristemente en aumento de la locura y en la produccion de esas enfermedades extrañas del sistema nervioso que son ó de generacion nueva, ó al menos de una frecuencia inusitada en otros tiempos. Lo declaramos con profunda conviccion, y quisiéramos que todas las familias nos entendieran: un niño de una salud mediana, y con mayor razon si es débil, no resistirá los excesos de trabajo que le exije nuestro sistema de enseñanza sino con la condicion de una gimnástica bien y constantemente dirigida. Su salud pende de este principio; y aun su pureza depende tambien de él, en cierto modo. Se ha observado en Suiza que

desde la generalizacion de las prácticas gimnásticas en las escuelas, el azote de las habitudes viciosas habia disminuido en proporciones muy notables, lo cual se comprende perfectamente. Vale la pena de que se fije la atencion privada y pública sobre este punto.

»Un decreto de 13 marzo de 1854 hizo obligatoria la enseñanza y práctica de la gimnasia en los institutos; pero una leccion por semana es á todas luces insuficiente; y por otra parte la carencia de los gimnasios abrigados hace ilusoria, en ciertas condiciones climatológicas, el beneficio de este ejercicio. Una memoria presentada poco ha á la comision administrativa de los institutos de Paris por el doctor Hillairet, ha pedido que el número de lecciones semanales de gimnasia fuese aumentado, que se den en gimnasios cubiertos, y por fin, que se creen escuelas normales de gimnastas, para garantizar la enseñanza de la gimnasia en los institutos y para extender sus ventajas á los demas establecimientos de instruccion pública y á las poblaciones.

»Nosotros tributamos nuestros mas cumplidos plácemes á estas peticiones, que fueron ya aventajadas en tiempo por nuestras aspiraciones anteriores. Nos parece imposible que antes de poco toda poblacion de alguna importancia no esté dotada de un gimnasio público, dirigido por un profesor y recibiendo, á horas y dias determinados por un reglamento municipal, á los niños de las diferentes escuelas, y aun á los mismos adultos. El cálculo apreciativo que hemos hecho sacar arroja solo el gasto de unas 3,000 pesetas por la primera instalacion, á los que habrá que agregar 1,200 pesetas del sueldo que habria que darse al profesor. Pequeñas poblaciones de Suiza y de Alemania han realizado este progreso; ¿nos resignaremos nosotros á una eterna envidia estéril? En cuanto á nosotros, cuando vemos deslizarse la vida por las calles de las poblaciones á grandes hileras de los niños pobres de las escuelas municipales ó de las escuelas de los Hermanos de la Doctrina cristiana, y leemos sobre sus rostros pálidos ó abotagados, en sus tallas exíguas, en la imperfeccion de sus formas, en su aspecto profundamente débil, la triste huella de la miseria y de la incuria, nuestra reflexion nos dice que la caridad no ha hecho todo lo que ha debido y podido hacer, cuando les ha dado la instrucion; que ella debe darles tambien la salud, y es menester que excite á las municipalidades á entrar resueltamente por el camino de instituciones que produzcan este resultado. Cuando se hayan creado gimnasios y se hayan probado sus frutos, se admirará el haber carecido de ellos por tanto tiempo. La humanidad se extingue por el cerebro, y puede aun ser salvada por el ejercicio muscular; pero creemos que no debe perderse tiempo.

»Quisiéramos nosotros que los recreos y vacaciones fuesen utilizados para ejercicios corporales y la cultura del espíritu. No basta, en efecto, que los niños sean acampados ó encerrados entre los cuatro muros de un patio y bajo la vigilancia de un maestro para que la recreacion sea saludable. En otros dias, hemos estado nosotros en una casa medianera de un patio de colegio, y desde la ventana, como higienistas y amantes de estudiar lo pasado asistíamos diariamente á los recreos de los alumnos. Luchas perjudiciales á la nitidez y aticismo de las costumbres y el

lenguaje, violencia, paseos simétricos, ruido sin animacion, conversaciones en lugar de movimientos, tedio en vez de juegos, una guisa de recreo que acaso hacia desear la clase, el estudio, tales eran los espectáculos que con escasa complacencia presenciábamos. Es necesario, de toda necesidad que las recreaciones se conviertan en ejercicios saludables, no en ejercicios metódicos de gimnasia, sino de gimnasia libre, teniendo el placer por incitativo. Algunos aparatos muy sencillos: un trapecio, una cuerda lisa, unas escaleras ó paralelas horizontales y perpendiculares, un juego de pelota, juegos de carrera ó de habilidad, llenarian este objeto. El fastidio ni repara ni conserva las fuerzas; la alegría es el nérvio, el resorte de la educacion.

» Las excursiones, inauguradas en Suiza para las escuelas de la infancia, serian dignas de figurar en el programa de todo plan de educacion de un modo general; para los institutos tendrian el mérito y la triple ventaja de un buen ejercicio físico, de un cambio de aire y al propio tiempo de una utilísima recreacion del espíritu. El bueno é ingenioso Topfer nos ha iniciado en el *Viaje en zig-zag* el gran provecho que bajo la direccion de un espíritu elevado, puede un colegio obtener de sus vacaciones. Segun el doctor Gautier, un cierto número de alumnos de diversos establecimientos de educacion de Neufchatel han formado un *Club Jurasien* para la exploracion del Jura neuchatelés, y el estudio de los fenómenos físicos y naturales que estas excursiones pondrán ante sus ojos. Es una buena y sana idea que la iniciativa del Ministro de Instruccion pública ha felizmente indicado y puesto en evidencia á los Rectores de los centros de Estudios y al público en general. Apréndese mas en diez minutos de trabajo atractivo que en diez horas de sujecion intelectual, y, como decíamos antes, la higiene y la instruccion tienen aquí intereses completamente solidarios. Que se entiendan, pues, ambas á dos lo antes posible para hacerlos prevalecer.

» Lo que acabamos de manifestar ha podido dejar comprender que los castigos, tales como los arrestos, el quietismo, la violencia, el aislamiento, que castigan la salud al mismo tiempo que las faltas, deben ser impuestos con suma y prudente parsimonia é inteligencia en todo buen sistema de educacion. Empero, acaso, se objete ¿si convendrá aflojar la disciplina por una indulgencia sentimentalista? No, sin duda, pero es menester buscar otros frenos, y la higiene que esencialmente es preservativa por su naturaleza, está en su sitio haciendo notar que en las escuelas, como en los teatros mas sérios, una buena disciplina es la que se funda mejor en la multiplicidad de recompensas que en la multiplicidad de castigos.

» La reparticion de vacaciones podria acaso experimentar saludables reformas y aplicaciones saludables y ventajosas. ¿Por qué en vez de dos mortales meses seguidos uno trás otro, y cortando los estudios por un intérvalo abusivamente prolongado, no dar al fin de cada semestre escolar un mes de descanso? Esta proposicion habrá de chocar con la rutina en primer término; empero ciertamente merece que se examine sériamente.

» Seria tambien de desear que no se aumentara excesivamente el número en los

colegios de internos en un mismo instituto, por espacioso que sea. Las discusiones memorables que acaban de suscitarse á propósito de la higiene hospitalaria han consagrado como tutelar el principio de los pequeños hospitales. Este principio, respectiva y relativamente es aplicable á los institutos. Sin hacer intervenir los intereses de los estudios, comprometidos acaso por clases elevadas, y no escapando en parte de este inconveniente sino por divisiones harto numerosas, ó multiplicadas, creemos que un instituto demasiado numeroso pierde siempre por este solo hecho, y hágase lo que se quiera, algunas ventajas en el sentido de la salubridad.

» Finalmente, es una aspiracion que debe abrigar aun con mas ahinco la higiene: esta aspiracion es que se construyan los institutos de educacion fuera de las poblaciones.

» Las ciudades que comprenden sus intereses deben tener fuera de su recinto: los cuarteles, las prisiones, los colegios internos, institutos, los hospitales, en una palabra, todos los establecimientos de muchos moradores. Cuando nuestro juicio esté descargado del fardo de la rutina, nos maravillaremos de que este progreso se haya dejado esperar tanto tiempo. Estos establecimientos perjudican, en efecto, á la salubridad de las poblaciones, que se la devuelven ámpliamente. La enajenacion de los terrenos que hoy ocupan permitiria, sin duda, el traslado sin gastos onerosos de la mayor parte de los institutos; empero no exijamos demasiado y contentémonos con pedir el aislamiento de los que se creen en el porvenir. Estos serán establecimientos mas aireados y espaciosos; los paseos y jardines se ampliarán como deben serlo; un gimnasio cubierto, un departamento de baños podrán figurar en ellos sin grandes dispendios, pues los baños convienen mucho á todos y mas á la juventud; los baños son para la infancia una de sus mas imperiosas necesidades higiénicas. Los baños de piés no satisfacen esta necesidad, solo bastan al aseo; todo establecimiento de educacion debia procurar que sus alumnos se bañáran una vez al mes. El argumento sacado de la dificultad de comunicaciones, hoy no tiene valor alguno, con las muchas y fáciles vias de movimiento que cruzan por todas y la facilidad con que se pueden construir sin grandes gastos. Por lo demás, los que hubiese que hacer hallarian pingües compensaciones. Hace algunos años un pequeño instituto, destinado á las clases elementales, fué creado en los alrededores de Montpeller, en excelentes condiciones de aereacion y espaciosidad. Este establecimiento, agregado al gran instituto debido á la inteligencia y actividad de su Director el doctor Joncin, está dando grandes resultados que acabalan la atencion y admiracion generales, y es considerado como una de las mejores y mas útiles creaciones de su clase. Sabemos que existen otros establecimientos por el estilo agregados á otros institutos, y que otros todavía piensan hacer lo propio. Nosotros aplaudimos estos propósitos y deseamos que se realicen en las mejores condiciones higiénicas.

» Otra circunstancia merece aun que fijemos nuestra consideracion en este terreno que nos ocupa y es, que debe condenarse el que estos establecimientos, sobre todo de internos, estén instalados en edificios impropios, hechos para cosas muy dife-

rentes, y de estos hay muchos, que producen malísimos resultados en el punto interesante de la salubridad de sus alumnos. [1]

» Así como hay una arquitectura especial nosocómica ó de casas de enfermos, del mismo modo hay una arquitectura escolar. No sabemos si esta cuestion ha sido suficientemente estudiada, y si los nuevos grandes institutos como el del Havre, por ejemplo, se han construido conforme con un tipo determinado, aplicable á todos los establecimientos del mismo género; pero esta uniformidad arquitectónica, una vez hallado ese tipo conveniente, el concurso podria darlo y seria ciertamente deseable.

» Es menester ocuparse de esto: si la higiene es de ayer en su verdadera formacion, su necesidad de aplicacion es urgentísima hoy mas que nunca. Antiguamente no se vivia en masas de poblacion tan apretadas como hoy, los campos no se despoblaban en beneficio de las ciudades; se cultivaba la inteligencia como se cultivaba una planta útil, no se la forzaba como á una flor prematura; se vivia en plácida calma, y se imaginaba que el tiempo tenia un valor moral y productivo; hoy nos movemos en una atmósfera febricitante. Los peligros se han aumentado, es menester que aumenten tambien las defensas contra ellos. Y sobre todo es necesario por los que se refieren á la infancia. Los higienistas se preocupan de ello en alto grado, así es que han aplaudido sin reservas las palabras siguientes, que responden perfectamente á sus constantes cuidados y solicitud: «El Ministro de Instruccion pública, que tiene por mision velar por el mejor y mas ámplio desarrollo del espíritu y del corazon de los niños, debe velar con la misma solicitud por su desarrollo físico. Todos pasan, ó muy pronto pasarán por la escuela, el colegio, el instituto. Una buena higiene establecida en estos establecimientos preparará mejor las fuerzas que residen en gérmenes para el porvenir del país en nuestras tiernas generaciones y dejará menos girones en los hospitales, menos inválidos á la administracion, menos desvalidos á la sociedad, y tambien menos dolores prematuros á las familias.»

«En época alguna, palabras de esta elevacion y oportunidad, expresando un sentimiento tan vivo de la solidaridad de los intereses de la inteligencia y los de la salud, habian dejado percibir su benéfico, suave y saludable acento, y la higiene las ha acogido como un programa para la realizacion de sus mas vivas aspiraciones.»

Este capítulo, que tiene en su defensa la autoridad de la ciencia y experiencia facultativas, os dirá, señoras de la clase media, lo que teneis obligacion de saber para armonizar el desarrollo del cuerpo y del alma de vuestros hijos. Nosotros en su lugar correspondiente apendizaremos estas reflexiones con lo que debemos deciros, especialmente acerca los colegios para vuestras hijas, que hoy debeis solo así preparar.

[1] En otro lugar nos ocuparemos de las condiciones morales de los pensionados, sobre todo para las jóvenes.

CAPÍTULO VII.

EDUCACION FÍSICA DE LA MUJER.

Obstáculos que halla la higiene en el terreno educativo y social.—Medios de combatirlos.

Los principios que venimos exponiendo formarán indudablemente el objeto de la admiracion, de las alabanzas, de los encomios de todos los padres de familia, especialmente de las madres que quieran reflexionar sobre ellas, sobre las razones en que se apoyan, sobre los paralelos de sus resultados, funestos á la salud, á la vida de la infancia si no se oye la benéfica voz de los preceptos higiénicos así en el hogar doméstico como en las escuelas donde se inicia, prosigue y termina su educacion, no menos que su alimentacion, en su aseo, en su vestir, en los ejercicios de su vida, de sus relaciones iniciales con la familia, con la sociedad, los sitios en que se mueven, á que asisten, los sistemas y métodos con que se les educa; altamente saludables si se siguen sus acentos tutelares para seguirlos agradecida, fiel y puntualmente en todas esas circunstancias que venimos señalando.

Empero ¡cuán pocos directores de la familia se preocupan de estos graves y trascendentales asuntos de vida ó muerte para sus hijos, y para las fuerzas sociales que en ellos tienen sus mejores esperanzas! No solo reina esta incuria lamentabilísima en los directores del hogar, que es la grande, la primera y mas genuina escuela de nuestros pasos en las sendas de nuestros destinos, sino en los directores de los estados, de los municipios, de las escuelas públicas; y esta incuria higiénica, que forma una atmósfera atosigante en las esferas privadas y públicas impera mas, mucho mas en nuestro país que en el resto de los pueblos cultos de Europa, cuyos médicos, higienistas, escritores y hombres de gobierno claman y se quejan contra la falta de ciencia, de conciencia y de aplicacion de los salutíferos principios de la higiene en los dominios domésticos y públicos, como se ha podido observar en las citas que del ilustre doctor Fonsagrives respecto de Francia, y otros higienistas por sus países respecto de los suyos respectivos.

No quiere esto decir que en España deje de haber ilustrados médicos é higienistas, á quienes en otro lugar hemos pagado nuestro humilde tributo de homenaje,

que se afanen en sus cátedras, en sus libros, en revistas, en periódicos, en academias, en conferencias y en cuantos medios pueden aprovechar para difundir en todos sentidos los sanos fulgores de esta ciencia de latente, modesta, pero cierta, real y fructuosa vitalidad. Mas es tambien positivo que sus ecos ó se pierden en las rocas de la ignorancia, de la rutina, de la preocupacion, de los desórdenes privados, ó en las malezas de la indiferencia de los que se hallan por favoritismo, por concupiscencia ó por intrigas de mala ley, sin condiciones ningunas encomiables al frente de los varios destinos del país. Si dan alguna vez leyes, disposiciones, órdenes, bandos de policía, de higiene se quedan, en general, como letra muerta, como estátuas de sal. En todas partes, pues, cuenta la higiene con graves obstáculos públicos y privados; pero en España son tan empedernidos que no sabemos si débiles ecos como los que aquí venimos emitiendo podrán lograr los honores de la correspondencia, y mucho menos los de la encarnacion.

De todos modos, nosotros que tenemos acreditado no ser fatalistas, que hemos demostrado firme fé, invencibles convicciones en la eficacia de la predicacion de la verdad, de lo bueno y de lo justo, nosotros que somos paladines de las metamorfósis de los individuos y de los pueblos por la accion vivificadora de la educacion, porque nos ha enseñado el sol de la razon y la luz del Evangelio que la predicacion y la gracia pueden sacar bien del mal, pueden obrar los milagros de convertir las piedras en hijos de Abraham, no debemos, no podemos desmayar; nos es preciso ejercer nuestro ministerio de apóstoles de la perfeccionabilidad de la familia humana, diciéndole siempre, un dia tras otro: ¡adelante! asciende, sube por la senda bella aunque algo costosa de la perfeccion, en cuya divina cúspide se te manifestará la Suprema Perfeccion, la suma, la esencial, la absoluta y eterna Perfeccion. Y así, en este punto como en todos los que debamos tratar, seguiremos repitiendo estos ecos saludables y con ellos enseñando, en lo que podamos, á individuos y colectividades las espinas que en esta ascension han de hallar y los medios que han de poner en práctica para vencerlas, para apartarlas ó triturarlas sin ser por ellas arañados. Ved ahí lo que en este capítulo vamos á ensayar en compañía de los autores técnicos, propios, facultativos, que han de ser, como es razon providencial cada uno sea en su facultad, los guias, los centinelas de estas nobles excursiones. En esta empresa, la MUJER ha de ser la gran palanca, el ángel tutelar que nos auxilie, iniciada científica y concienzudamente en estos hermosos viajes en busca de la salud, de la vida lozana de los cuerpos, de los corazones, de las almas, del sér íntegro, de la completa y fructífera existencia de sus hijos.

Los obstáculos que la salud de vuestros hijos ha de hallar en estas sendas de la vida y educacion y existencia, son de varias clases, y aun que en globo se diga ó se afecte ya saberlos, lo real, lo cierto, lo tristemente cierto es que se obra como sino se conocieran ni por el forro, y sobre todo, se obra sin tener de ellos ni la reflexion ni mucho menos la conciencia de su naturaleza y sus efectos, que no se echan de ver sino cuando ya es tarde, y muchas veces cuando ya no tienen remedio.

Del mayor y peor obstáculo que halla la higiene que es la miseria, no nos ocu-

paremos aquí mas que para consignarlo, pues hemos de tratar de él en el siguiente volúmen de nuestra obra, cuando tratemos de la educacion de la MUJER del pueblo. En este volúmen en que venimos tratando de la de la clase media, como esta, en general, es una clase acomodada, la penuria no la comprende, sino es en casos de desgracias de familia, de posicion, etc., en cuyo caso puede tambien hallarse y se ha hallado en muchas épocas de la historia la de la mas alta aristocracia, desde el mas potente príncipe hasta el último de los caballeros, la última de las damas de una córte arrollada, por una tempestad social.

Los obstáculos, pues, que la higiene halla en la educacion física de la MUJER de la clase media provienen de la holgura, de la riqueza, de la comodidad, de la abundancia, de la moda, del capricho, del desórden social, de la destemplanza de las pasiones, de los malos ejemplos que de todas esas alturas sociales se le ponen á cada paso, á cada momento, en todas partes, ante su vista, ante sus concupiscencias, hasta por parte de personas que deberian tener el mayor interés, la mas sagrada obligacion de alejarla de ellos como de aires emponzoñados, como de alimentos mal sanos, como de elementos de muerte de su vida física y de su vida moral.

Tambien aquí para que nadie pueda tacharnos de declamadores geremíacos, invocaremos el apoyo de la autoridad de la ciencia y la experiencia, y cederemos de nuevo la palabra al ilustre profesor citado.

«¡Cosa peregrina y chocante: la higiene que tiene ya sobrado que hacer con luchar contra la miseria, se halla tambien con que le opone á su saludable viaje escollos de no poca resistencia el mar de la abundancia! La saciedad, los excesos, las esclavitudes de una vida artificial y complicada, se levantan á cada paso ante la higiene, y tienden torpedos incesantes á los consejos que ella formula y á las resoluciones por ella inspiradas. No halla en este terreno un lecho mas blando que en el de la penuria. Ante esta sufria de inanicion; ante aquella experimenta los terribles efectos de la plétora. Le sucede á la higiene cosa parecida á lo que le ocurre á la virtud; ella se halla mejor lejos de los extremos, en las regiones de la templanza, ni sobrado altas ni bajas en demasía, donde halla reunidas la moderacion en los deseos, la satisfaccion de las verdaderas necesidades y la posesion relativa de sí mismo. Pero, ¡ay! ella no puede hallar este bello clima cada dia ni en muchas partes; y su suerte es ser combatida incesantemente por vendabales materiales y morales, desde la riqueza que abusa hasta la pobreza que desea; donde halla la templanza, faltan los recursos; allí donde halla los recursos faltan los buenos aires de la moderacion. Suerte ingrata es la suya por cierto; pero ella sabrá salir airosa por su industriosa actividad, y sirviendo de intermediario provocador entre la bolsa de los excesos y la penuria de las privaciones. ¡Loor á la excelente mision de la medicina y á la hermosa y recta de la higiene por seguir constantemente este camino!

»El dinero es el nervio de la higiene como lo es de la guerra; pero aquella tiene tambien otro motor, y es el tiempo. El proverbio americano, que los ha confundido

uno con otro, no está falto de razon ni de exquisito sentido. La libertad de miras, la disposicion plena y completa de la vida, son indudablemente las condiciones de una buena higiene; pero por una persona á quien falta tiempo para cuidar de sí misma, hay diez que no quieren ó no saben hallarlo. Hacen como los convidados de las bodas del Evangelio; se ocupan de su propiedad, de su negocio, de sus placeres, de sus proyectos de ambicion y de trabajo; y de la salud, olvidada en medio de tantos vientos encontrados, de intereses tan diversos, espera pacientemente el dia en que habrá de reivindicar sus derechos, y esto lo hará con un tono imperativo que no admitirá réplica.

»En esto tambien, y por una correlacion inchocante, la penuria y la abundancia se convierten en obstáculos análogos. No haber tiempo, ó haber un tiempo mal distribuido, ved ahí la salud ya en apreturas; haber sobrado tiempo y excesos de ociosidad, y la salud no sale ganando mas que en el caso anterior. ¡El tiempo y el dinero! ¡qué materiales en manos de la medicina, si ella pudiere disponer de ellos segun le dicta su criterio! Aquí y por una lamentable connivencia, donde falta el tiempo, falta tambien, á veces, á la par el dinero, y la huelga de trabajo, es tambien la huelga de los recursos para la familia; así es que se va penosamente arrastrando hasta tener que abdicar la higiene cediendo dolorosamente su puesto á la medicina.

»Ya se ve, pues, como surgen obstáculos de todos lados. La higiene debe resignarse; pero es menester, si quiere conservar su carácter práctico, que se guarde estas extrañas distracciones que la llevan á veces á prescribir á gentes cuyos recursos y tiempo están igualmente en déficit, un género de vida que su posicion les hace imposible; seria tanto como ordenar por mandato la calma de espíritu á una persona devorada por las inquietudes, como ciertas precauciones á quien carezca de todo. La sensibilidad, la humanidad y el buen sentido nos dicen que se debe obrar de otro modo.

»Si esas condiciones materiales dan harto á menudo al traste con las prescripciones de la higiene, ¿qué diremos de los obstáculos morales, es decir, de los que le suscitan las pasiones, la imprevision, la versatilidad de resoluciones y propósitos, los caprichos, la moda?

»El apetito de la salud es universal, y sin embargo, no es menos universal la indiferencia por los medios que por su naturaleza tienden á su conservacion y cultura. La imprevision, en esta materia, es llevada hasta los últimos confines, y las advertencias de la higiene tienen generalmente la suerte de las de Casandra. Se empeñan las gentes, las clases todas de la sociedad, en gozar, lo mismo que si el placer fuera el único objeto de la vida, y se compromete, por correr tras él, la salud, sin la cual no hay ni siquiera placer posible. ¿Qué acogimiento hallan las privaciones prescritas por la higiene, entonces cuando tienen por sancion un peligro eventual, incierto, acaso quimérico ó imaginativo? La higiene pasa respetada por en medio de esas inconsecuencias, pero ni la oyen ni mucho menos la practican. Y esto se concibe: tiene los aires de un perturbafiestas, y las amenazas que escribe sobre las paredes de las salas de los festines no son del gusto de los

Recreo

(CLASE MEDIA)

anfitriones. La vida de las gentes del placer, no es en realidad, otra cosa sino un lento suicidio; se esfuerzan en justificar esta frase de Séneca: «*Vitam brevem non accepimus sed fecimus.*» «No se nos ha dado una vida breve; somos nosotros los que la hacemos corta,» y es necesario, ciertamente, declamar menos, mucho menos sobre la fragilidad de la organizacion humana, que admirar la longanimidad con la que resiste á brutalidades de toda clase que le hacen endurecer los excesos.

»Las pasiones, ora sean sensuales, ora intelectuales ó afectivas, forman contra la higiene una liga del mal público; es el grueso del ejército de sitio; pero detrás de ella forman la imprevision, la instabilidad de las resoluciones, los caprichos, escuadrones volantes, cuyas escaramuzas no son ni de despreciar ni inofensivas. Se dejan para el dia siguiente los puntos, los asuntos sérios de la salud; se sigue la pendiente de sus gustos, de sus ocupaciones, de sus inclinaciones, y el enemigo entra en esta plaza mal defendida; es entonces necesario capitular con él, capitulacion que tiene por base el miedo, y que por tanto no puede ser ni digna ni ventajosa. El poeta ruso Kriloff cuenta, en una de sus mas bellas fábulas, las decepciones lamentables de un cazador que, poniéndose en campaña, retarda cargar su fusil, y desaprovecha por este mismo hecho, una ocasion única, que no volverá á hallar jamás. De un modo parecido obran los imprevisores en punto á higiene; esperan que la salud se haya elevado á tiro de águila, para armarse de prudencia, que se la hubiera hecho conservar.

»Al lado de la imprevision que se confina en la actualidad, la higiene hállase con el defecto de constancia. Se toma una precaucion hoy, y se omite al dia siguiente, y así se pierde el beneficio de las privaciones ya endurecidas, y por fin de fiesta no se saca ningun provecho. Se toma un medicamento, y hecho este *esfuerzo* no se ocupan mas de la cosa; sigue los caminos misteriosos que le han sido prescritos ó trazados, alguna vez aparenta una accion funesta, pero rápida, y todo está dicho. Una precaucion es mas onerosa; no tiene valor alguno sino por su incesante y monótona repeticion, y hasta á menudo no constituye mas que un engranaje en un sistema saludable sin duda, pero pesado é importuno por su complexidad. «Es una vida enojosa la que ha de ser comprada por un sobrado grave régimen,» ha dicho La Rochefocault. Sin duda; empero ¿aquella en que las imprudencias presentes preparan las miserias futuras es acaso mas envidiable?

»Estos obstáculos morales tienen sus raíces en las profundidades de la naturaleza humana, y la higiene soporta su yugo sin admirarse; pero le es mucho menos fácil abrirse paso por entre las espinas de la moda.

»La moda se balancea sobre la opinion, *es la reina* y *emperatriz del mundo,* como la llama el ilustre Montaigne. Divinidad caprichosa y despótica, vive de cambios y se rellena de novedades; se impone sin dar explicaciones; de todo se hace armas, en su provecho, así de lo bello como de lo horripilante, de lo nuevo como de lo viejo, de lo sencillo como de lo extraordinario; dicta sus resoluciones con la seriedad de un legislador que está seguro de no ser contradecido, y al dia siguiente, por una revolucion que se palpa y no se explica, derriba de un cabo á

otro todas sus disposiciones del dia antes, y se ve nuevamente obedecida con un servilismo inexplicable; alimentos, géneros de vida, modales, vestidos, artes, literatura, ella lo gobierna todo y se hace una especie de maligno placer en burlar el buen sentido, en estragar el gusto y en embarazar la higiene. Este último punto de vista es el que debe ocuparnos en este momento.

»Que la higiene sea inmolada á lo que se ama, es sin duda lamentable; pero sacrificar su salud á lo que los demás aman, es sencillamente una locura. Seria perfectamente un asunto, y no baladí, para un libro interesante, y sobre este asunto preferimos que otro lo haga.

»Nuestro país es tenido desgraciadamente, en el extranjero, como la tierra clásica; ella multiplica, en efecto, por todas partes sus modificaciones, sus combinaciones, manifiéstase inventiva, mas que en otras partes, edifica, derriba y rehace, é impone en este punto su tono á Europa, que soporta así la humillacion de la esclavitud sin tener el mérito de la iniciativa. ¿Quién no ha leido esta carta persa en la cual Rico pinta sus impresiones personales? «Yo hallo, dice, los caprichos de la moda extravagantes entre los franceses... Algunas veces los tocados suben insensiblemente, y una revolucion los apea, los hace desaparecer de repente. Ha habido tiempo en que su elevacion inmensa colocaba la cara de la MUJER á la mitad de su talle aparente; en otra época, los piés ocupaban este sitio, puesto que los talones les servian de pedestal que las sostenia al aire. ¿Quién podria creerlo? Los arquitectos se han visto obligados á menudo á elevar, bajar y ensanchar las puertas de sus construcciones, segun que los adornos de las mujeres les exigian estos cambios, y las leyes de su arte hánse esclavizado á aquellos ridículos caprichos. Vése algunas veces sobre una cara, una cantidad fabulosa de manchas ó lunares, y estas desaparecer por encanto al dia siguiente. En otros tiempos las mujeres tenian talla y dentados; hoy no se habla ya de eso. En esa variable nacion, digan lo que quieran sus bajos aduladores, hállase que sus hijas son muy distintas de sus madres...» «¿No se dirá que esas recriminaciones áticas, escritas el 8 de la luna de Saphar, (1717), han sido escritas de quince dias á esta parte por un Montesquieu de nuestros dias, y que han tenido en cuenta la revolucion aunque tímida que las mujeres llevan á cabo á nuestra vista en la mas extravagante de las modas? Allí donde el buen gusto solo es el que está en compromiso, la higiene hace la vista gorda; empero ¿cuántas servidumbres perniciosas de la opinion pública, cuántos procedimientos equívocos para conservar por poco tiempo cobardemente una belleza y una juventud que se van al vapor; cuántos cosméticos agostadores, de coloretes sospechosos, artificios peligrosos, vestidos en oposicion con las inspiraciones de la higiene, no comprometen todos los dias y á cada momento la salud? Camper, el grave y sabio Camper, ha publicado sobre los calzados, y aun es tan de actualidad como cuando lo publicó, un libro lleno de interés, apendizando sus pensamientos con un tratado sobre los vestidos de los niños: respecto á corsés y cuerpos de ballena, se cuentan á millares las memorias y tratados, y quien quisiera tejer hoy un martirologio de la moda se veria inundado de hechos y materiales, de

suerte que no sabria por donde empezar. Todo esto se toma en broma, pero desgraciadamente es todo ello muy sério. Si las casas, lo mismo que los imperios, se derrumban por los gastos insignificantes pero repetidos ó diarios, la salud tambien debe desconfiar mas de esos pequeños enemigos débiles, pero tenaces, que de los grandes asaltos que los otros puedan darle.

» Todo el mundo recrimina á la moda y á la opinion, y sin embargo, todos las siguen ó las soportan. La higiene se ve obligada á hacer lo mismo, y no señalamos, lo confesamos con ingenuidad, esta piedra de choque sino para ser todo lo completos posible; pero con pocas esperanzas de que desaparezca jamás. ¡Perezca antes la salud que una moda! Tal es la desastrosa divisa de la práctica social.

» La higiene, en este recuento de sus enemigos, halla uno que ella debe mirar de hito en hito, pero con la plena confianza de que se ha de ver él libre algun dia; este enemigo es la ignorancia. No se practica la higiene un poco porque se hallan exigentes sus preceptos; un mucho, porque no se comprende suficientemente su valor y porque se ignoran sus mas elementales principios. Las mas de las veces no es que haya mala voluntad ni indolencia, hay ignorancia, y nada mas. El arte de conservar la salud es el último de que se cuida de aprender, y hay, respecto á este punto, en la instruccion, un vacío por extremo sensible y lamentable, sobre todo en la instruccion y educacion de las mujeres, segun lo hemos indicado ya en otro lugar.

» Despues de las mujeres, debian venir en esta enseñanza los profesores, cuya mision, por modesta que sea, es análoga á la de la MUJER. Ellos tienen sobre sí, como la MUJER, deberes de cultivar los cuerpos, el corazon y las inteligencias, y por tanto se les debe enseñar la higiene en beneficio de los niños que se les confian, para suplir ó completar en este terreno la mision de la familia, y para hacerles en los pueblos del campo los telégrafos de este arte tan saludable y á pesar de todo tan desconocido.

» Las gentes de la sociedad empiezan, por su parte, á presentir la necesidad de este arte tutelar; comienzan afortunadamente á buscar lecturas que puedan darles sus nociones, tienen conversaciones de buen grado sobre las cuestiones que á él se refieren, y siguen con asiduidad las harto raras conferencias que los profesores públicos dan en beneficio de la salud general, oficiosa ú oficialmente. Hay en la atmósfera un soplo favorable á la difusion de esta ciencia; es menester aprovechar estas circunstancias.

» En nuestros dias, una palabra considerada hasta aquí como un neologismo, y por tal colocada en el *indice* de los gramáticos, ha tomado victoriosa y definitivamente puesto en la lengua usual; esta palabra es *vulgarizacion*. Esta palabra expresa un gran sentido. La ciencia, sobrado tiempo estancada para alimento solo y exclusivo de algunos, de un número harto corto de espíritus, tiene, como un licor generoso, la virtud de romper esos vasos demasiado estrechos en que se la ha querido retener, y ved ahí porqué se la ve derramarse á todos lados, agitando todas las inteligencias y alimentando á todas las sanas curiosidades. Así ¡qué

prodigiosa difusion de conocimientos! ¡qué irradiacion tan fecunda sobre todas las masas! y ¡qué contraste entre este sano y sustancioso alimento científico, y ese fárrago insano y atosigador de que inunda cierta prensa todas las aceras y encrucijadas! La enseñanza científica se multiplica, varios beneméritos y desinteresados profesores se hacen una cátedra de su amor por el progreso, y la imprenta, dando á luz prodigios de rapidez y de modicidad en los precios, abre sobre el pueblo los depósitos de una ciencia inteligible para todos y que se vulgariza sin rebajarse.[1] Nos movemos hoy (¿quién no lo conoce?) en algo de nuevo y de fecundo. El fantasma, tan aterrador en otros tiempos, de la instruccion general, aun evocado por los espíritus tímidos ó atrasados, no amanece en nuestros dias sino como un astro bienhechor de la civilizacion. Es necesario que nos asociemos á esa grande obra; saber, y no enseñar á los demás lo que se sabe, seria hoy la mas sórdida de las avaricias. No hay bastantes escuelas, no hay bastantes profesores; es menester organizar por todas partes la enseñanza, la educacion mútua. El ignorante es el acreedor del que sabe; que éste, pues, le pague la deuda.

» Una sola ciencia entre todas no quiere ni debe vulgarizarse; es la medicina propiamente dicha. Ella permanece en su templo y conserva su lengua técnica, no en interés de su prestigio, como se cree equivocadamente por álguien, sino en el único interés de la humanidad. Se puede ser un poco químico, un poco físico, un poco geómetra, pero no se puede ser *un poco médico*. La medicina forma una especie de enciclopedia, cuyas partes se hallan fuertemente enlazadas y no podrian impunemente desprenderse unas de otras, para servirnos de una frase de Montaigne. La verdad brilla de la comprension del conjunto; la media luz inútil, perjudicial é intranquilizadora, es el rancho de un saber incompleto, al cual pueden llegar las gentes de la sociedad ocupadas en otras muchas cosas. Empero la medicina no se aisla de ese movimiento de vulgarizacion que arrastra á las otras ciencias, porque tema la luz del mediodia, ó porque tema eclipsarse, ella no hace de su sabio idioma, que busca las elegantes facilidades de expresion de la hermosa terminología griega, una máscara tras de la cual esconder su rostro. No; es que ella sabe cuán grande y peligrosa es la curiosidad que arrastra hácia los fenómenos de la vida, y que esta curiosidad, incompletamente satisfecha, inunda al espíritu de errores y lo sume en inquietudes; por lo que hace á la lengua técnica, en ella busca claridades para sí, y no la oscuridad para los demás; y lejos de renunciar á ella, aspira, fuera de las vias exageradas del neologismo, á dar la mas precision á medida que los hechos á que se adapta lo exigen. Nada tiene que temer para sí de la vulgarizacion, pero sabe que vulgarizándose, cesaria de ser el arte humano por excelencia, el arte de socorro, porque propagaria con las medias luces inquietudes perniciosas. Hay, en efecto, algo peor que la ignorancia, es la ignorancia que cree saber. La medicina, pues, permanece en su sitio, y está en su derecho y es mas, está en su deber, empero asi y todo, no se aisla completamente, envia á la higiene, hija suya,

[1] ¡Este saludable movimiento apenas se inicia en nuestra España! ¿Quién conoce aquí cronicones como los de Huelin?

á los espíritus ávidos de saber, y esta les lleva con liberalidad la única luz de la medicina que no contiene para ellos mas que provechos sin peligro alguno.

»La higiene debe, pues, entrar en la gran corriente de la vulgarizacion. Todo le invita á ello: su objeto, su lenguaje, su utilidad, no menos que el atractivo particular que ella inspira. Tres cursos de facultad y un curso de escuela secundaria, total cuatro cátedras, no pueden satisfacer esa curiosidad que se despierta, y sobre todo esa necesidad que se siente. La enseñanza particular esperamos que proveerá á todo. Empero para que la enseñanza popular de la higiene se organice en las poblaciones, en los institutos, en las escuelas normales y cubra nuestro país de un rocío de esos cursos tan útiles, es necesario un ejército de profesores voluntarios; el cuerpo médico tan adicto, consagrado y dispuesto á prodigarse, lo reclutará fácilmente y entrará resueltamente en esa cruzada contra una de las peores y mas deplorables especies de la ignorancia, la que consiste en no saber defender ni su vida ni su salud. Este obstáculo tan humillante y tan duro al propio tiempo, es acaso el único que sea fácilmente desaparecible, y sin que esto implique reformas sociales, ni transformacion de habitudes, ni expedienteos dispendiosos. Es, pues, menester descartarse de él lo mas antes posible, y la salud hallará ya un ambiente mas favorable.

»Si la ignorancia ha de ser perseguida sin treguas, es menester no olvidarse de sus tristes auxiliares: la preocupacion y la rutina. «Si el perjuicio, la preocupacion supera tu experiencia, tú serás médico, decia Sangrado á Gil Blas.» ¡Ay! nosotros no poseemos el monopolio de la preocupacion; y si Lesage hubiese aplicado esta palabra picante á la humanidad entera en lugar de aplicársela solo á los médicos, habria ciertamente estado mucho mas en lo verdadero. «*Illiacos intra muros peccatur et extra.*» Es exótico ver acusar de preocupacion á la ciencia que es la que mayormente está en lucha contra las de todas clases. Si álguien rehiciera el libro de Foubert (¿por qué esta empresa no tienta á nadie?) costaríale mucho reducir las proporciones. Es preciso reconocer, sin embargo, que el fondo de las preocupaciones medicinales en que vive el mundo social, es un legado ampliado pero real de la medicina de los tiempos pasados. Los errores de nuestros antecesores expelidos por la luz de la ciencia, se han refugiado en el vulgo, que ha recogido estas ruinas y se sirve de ellas abundantemente contra la medicina y contra sí mismo. La enseñanza pública de la higiene es la única que puede arrancar estas malas yerbas, pues los libros no bastarán para este trabajo. Esta es mi profunda conviccion.

»La preocupacion es hija de la ignorancia, pero de una ignorancia pretenciosa y emperezada al propio tiempo, la cual mantiene tenaz y encarnizada guerra contra la verdad, y no se contenta con volverle simplemente la espalda; la rutina es algo mas inerte, mas pasiva, empero no menos perjudicial; no sabe ni á dónde va ni de dónde viene, pero marcha con la cabeza gacha por las sendas en que se halla, y pone su satisfaccion, ya que no su gloria, en no buscar. La rutina guarda todas las salidas del espíritu, y no las guarda menos el servilismo de la imitacion. La higiene, que se irrita de tener que habérselas á cada paso con los carneros de Dindenault,

acabará, á la larga, por decidirlos á echarse en el mar, y cesará de contar con ellos, como lo hace ya hoy; pero ¡qué lejos se está aun del resultado completo en este camino!

»Visto se está, pues, que la educacion higiénica tiene que habérselas con mil obstáculos y dificultades, porque el bienestar es su condicion esencial, porque tiene por raíz la moderacion, y las privaciones que impone tienen algo de severo é ingrato que motiva el que se las eluda todo lo que se puede y por cualquier pretexto, porque se imagina, cuando se está en salud, que es un capital que jamás se ha de ver el fin, porque se suele conceder á las cosas tanta menos importancia cuanto mayor la merecen, porque la ignorancia de las condiciones mas elementales de la conservacion, es desgraciadamente un hecho muy general y tanto mas lamentable cuanto que no se piensa siquiera en salir de ella. Privaciones, lujo, moda, pasiones, indiferencia, caprichos, ignorancia, y otras; ved ahí la formidable coalicion que combate á los sanos principios de la educacion higiénica á cada paso y en cada uno de sus preceptos tutelares. Los resultados de esta lucha para la salud los conoce cada uno al llegar las ocasiones y le pesa cuando es tarde: un beneficio inapreciable sobre el cual se perora sábiamente, que se desdeña y compromete cuando se tiene, que se llora estérilmente cuando no se tiene ya, cuando voluntaria ó insensatamente se ha perdido, y por el cual se profesa ese poco aprecio, cuya fórmula interrogatoria de las gentes indiferentes cuando se hallan por la calle es la expresion exactísima de aquel. El hombre es un enfermo incorregible.»

Epitecto dice perfectísimamente: «Elige mas bien el castigar las concupiscencias que ser por ellas castigado.» [1] Y San Agustin en su sentido libro de las Confesiones: «¡Miserable de mí, deliré... y excedí todas *tus leyes!*» [2]

Ved ahí los gritos doloridos de la pasion en su vieja ó tardía experiencia, siempre de funestísimos resultados. ¡Cuánto mejor camino elige el que oye aquel acento de Epitecto desde los primeros destellos de su razon, desde los primeros fuegos de sus sentimientos, así para la vida lozana de su cuerpo como para los vuelos puros y sublimes de su alma! Séneca decia tambien á este propósito: «Obra de modo que no tengas nunca despues porqué arrepentirte de haber obrado de aquel modo.» Estos son los nítidos horizontes que con la palabra y el ejemplo debe la madre desplegar á la jóven hija al enseñarla los primeros pasos de su múltiple vida, si quiere que esta en cuerpo y alma no quede agostada en flor, al abrir apenas su capullo á los rayos abrasadores del mundo social, que no es el que ha ciertamente de encauzar, ni dirigir sus pasiones por saludables corrientes, sino los recibe de los labios, del continente, de las obras, de la vida entera de su madre, que debe para ello sacrificarlo todo, gustos, caprichos, y sobre todo sus pasiones, oyendo en sí y para magisterio de la familia y de la sociedad, las sanas aunque severas enseñanzas

[1] *Elige potius castigare cupiditates quam ab ipsis castigari.*

[2] *Effer bui miser... et excessi omnia legitima tua.*

de la pedagogía de la higiene, que guardando y dirigendo el desarrollo y salud de los cuerpos, explana los anchurosos y saludables ambientes en que han de vivir y volar sus corazones y sus almas, que sino aprendieran á moderar sus ímpetus, sus pasiones, hallarian en cada paso un tropiezo, en cada vuelo una caida.

»La moderacion, prosigue el doctor citado, es el alma de la salud no menos que de la sabiduría; empero la moderacion es rara, y el precepto antiguo: «*Usar, pero no abusar; utere non abutere*, no se presenta para la generalidad de las personas sino como una tésis filosófica que se acepta en teoría y que se rechaza en la práctica. Un filósofo antiguo decia que si el cuerpo citaba al alma en justicia, la venceria fácilmente en buen derecho acusándola de mala fé en su administracion. Este es precisamente el proceso que nosotros venimos instruyendo aquí en nuestros procedimientos pedagógico-higiénicos, demostrando ahora con que peso gravitan sobre la salud las pasiones buenas ó malas, legítimas ó ilegítimas que se agitan en el corazon humano y le hacen traspasar *(excedere)* sus límites fuera de los cuales la salud es imposible; no puede existir.

»Hay dos especies de suicidio, de inmolacion de sí mismo; una brusca, que salva de un salto la frontera que separa la vida de la muerte, y que se lleva á cabo bajo la violencia de un dolor violento, de la desesperacion, del fastidio, del aburrimiento de sí mismo, de la falta de sancion moral dada á su actividad; la otra lenta, que conduce al mismo resultado por gradaciones insensibles, pero no menos fatales: á esta especie pertenece el suicidio por las pasiones.

»¿Qué se ha, pues, de entender por esta palabra, sino esa atraccion *violenta* por todo lo que responde á nuestros apetitos, á nuestras necesidades reales ó ficticias, como séres sensibles afectivos é inteligentes? La persona humana siente, y, por lo mismo, desde luego experimenta por lo que siente una atraccion ó una repulsion; atraccion, cuando la impresion que siente responde á esa necesidad de bienestar material ó moral que es innata en sí; repulsion, cuando aquella es en oposicion á esta. Esta atraccion y esta repulsion tienen por móviles el placer y el dolor. El bruto sigue invenciblemente la pendiente del primero, y esa sin el contrapeso de la voluntad. Serian necesarios obstáculos materiales invencibles para que no llegara á su realizacion. La personalidad humana siente las aspiraciones de los mismos impulsos en su naturaleza física hácia las satisfacciones sensibles, pero las domina por su razon, las juzga por su conciencia, y las sigue ó resiste á ellas por su libertad. La persona humana no solo siente; como anillo intermedio entre este atributo que es el de la animalidad toda entera y las puras operaciones de la inteligencia, tiene otra prerogativa; es la de ser amante; es decir, ser llevado hácia los semejantes por una inclinacion desinteresada; y esta necesidad se manifiesta en él por movimientos pasionales de un órden mas relevante que los primeros.

»La persona humana, en fin, se somete por la inteligencia, la creacion entera, sobre la cual la espléndida realeza de la razon, observa, busca, comprende lo que puede comprender, aspira á lo que no puede comprender, somete todas las cosas á la inquieta curiosidad de su genio, pide á los fenómenos sensibles la ley oculta que

los rige, lleva al mundo metafísico de sus propios pensamientos una mirada atrevida, y se revela finalmente como el sér privilegiado al cual ha sido prometida la verdad. ¡Y bien! de esa triple emanacion: sensibilidad, amor, inteligencia, fluyen influencias que son conservadoras para la salud, cuando se mantienen en sus justos límites, y que se convierten en destructoras de la misma cuando traspasan, trastornan esos límites. Diríase de esos eflúvios que llevan la fertilidad y la riqueza con sus riegos, cuando estos siguen los álveos que la naturaleza ó la industria humana les han abierto; y por lo contrario, se hacen agentes de devastacion cuando destruyen sus diques y se esparraman al azar.

»Echemos una ojeada sobre esas tres clases de pasiones examinándolas simplemente bajo el punto de vista de los peligros con que amenaza á la salud, es decir, no bajo el punto de vista moral, sino físico-higiénico-pedagógico.

»Las pasiones puramente instintivas tienen por único fin la conservacion del individuo ó de la especie. En los animales, que obedecen ciegamente á las leyes que no comprenden, estas pasiones no se convierten casi nunca en destructoras de la salud. No sucede lo mismo en el hombre. Su razon es un dique impotente y siempre amenazado por la inundacion de esas pasiones; hubiera sido, en efecto, inconciliable con la dignidad de su naturaleza y la libertad de su conciencia el que las pasiones instintivas no hallasen en él otro freno que la saciedad y el disgusto. Érale conducente tener el mérito de la victoria, y no lo hubiera tenido sin los peligros de la lucha. Las pasiones de este órden ocupan, por lo demas, en la gerarquía de los movimientos del alma, un sitio necesariamente inferior. Ellas son, en efecto, enteramente personales; la persona humana, entregándose á ellas, se busca á sí; la satisfaccion de sus órganos es todo lo que pide, y á esto se refiere todo. Tales son las pasiones instintivas. Su fin es esencialmente conservador; empero, ora sea que busquen la satisfaccion de una necesidad ó de un apetito físico, ora sea que tengan por objeto la adquisicion del bienestar ó el alejamiento del malestar ó del dolor, raramente logran estos fines con toda seguridad, y se convierten harto á menudo en destructivas, abriendo la puerta á todos los excesos, arrastrando en solidario naufragio á la salud y á la dignidad. «Quién ama sin tener rivales,» como ha dicho maliciosamente Lafontaine, y que hace de la sensualidad satisfecha el objeto de la vida, arruina la salud propia, y se prepara, si es que llega, una vejez erizada de dolores y enfermedades. Dia vendrá, no hay que dudarlo, en que podrá exclamar con Mirabeau: «Mis años primeros, á guisa de abuelos pródigos, han desheredado á los últimos.» Y ¿qué sentimientos abrigará por estos abuelos egoistas que ante todo hayan querido gozar y que hayan consumido la salud y el vigor de su descendencia?

Las pasiones afectivas, están relacionadas con las precedentes por un anillo intermediario: es el amor de sí mismo, ó egoismo propiamente dicho, que es menester distinguir con cuidado de la exageracion de los apetitos conservadores ó defensivos. Estos, sin duda, tienen un ímpetu brutal, que no los justifica pero que los explica; el amor de sí no tiene ni esta excusa; quien esté dominado por esta

pasion, se ama á sí mismo y á nadie mas que á sí, se completa en su contemplacion personal. En lugar de hacerse una cuota limitada en la humanidad, se hace como centro de ella, y á sí lo refiere y relaciona todo, excusa sus faltas, glorifica sus miserias, se erige un altar interior, sobre el cual los demas son incesantemente inmolados, se compadece sin medida por sus sufrimientos, y exige á los otros una compasion que les niega á su vez. Es la idolatría de sí mismo, en una palabra, es el egoismo.

»El egoismo jóven busca ante todo la satisfaccion de los sentidos, de que poco há hemos hablado; cuando viejo, no tiene menos ardor por los placeres, pero su objetivo cambia, y en lugar de ellos quema incienso á la ambicion; ambicion de dinero ó avaricia; ambicion de honores ó falsa gloria; ambicion de salud ó hipocondría. La Buyére dice con razon: «Pocas veces llega el caso en que se pueda decir: Yo era ambicioso; pues ó no se ha sido nunca ambicioso, ó se es siempre tal.» Y en otro lugar dice: «El esclavo no tiene mas que un señor; el ambicioso tiene tantos señores como gentes útiles á su fortuna.» Si se computaran el número de las enfermedades de la edad madura, cánceres, gastralgias, afecciones orgánicas del corazon, etc., que reconocen la ambicion como punto de partida, se espantarian los ambiciosos del porvenir... no se les podria curar. «Dadme, dice el autor de las *Noches*, el hombre mas robusto y de salud la mas floreciente, y la ambicion lo convertirá bien pronto en una sombra pálida y descarnada.» Demos de barato que los desórdenes no lleguen muchas veces á tales extremos; la palidez y la calvicie de Julio César son por lo menos su término ordinario y mas inofensivo. ¿Qué será cuando del exámen de las enfermedades del cuerpo pasemos al de las del espíritu, y computemos la participacion que á la ambicion en todas sus formas corresponde en la enagenacion mental? Esto se concibe fácilmente: para el ambicioso, la satisfaccion de los deseos no hace otra cosa mas que aguijonear deseos; no hay saciedad posible, y por consiguiente, tampoco hay posibilidad de tranquilidad alguna: «*Stat lusus vacuo gutture Tantalus.*» El preclaro talento de Bossuet hace de ella este vivo boceto: «Los apetitos que consisten en satisfacer los órganos corporales, tienen fin, porque estos tienen límites; pero en los apetitos en que haya que satisfacer la imaginacion, no hay fin posible.» En efecto, en este punto no hay término jamás, ó mejor, si lo hay, este consiste en la ruina de la salud y la pérdida mas dolorosa aun, de la satisfaccion del corazon, del espíritu, de sí mismo.

»Si de la ambicion de las grandezas pasamos á la del dinero, á la avaricia, experiméntanse, en verdad, estragos menos aparentosos, pero estragos positivos á los que acompañan vanas preocupaciones y privaciones insensatas. ¡Pasion muy incomprensible ciertamente! En efecto, ¿cuál es su móvil? No es legítimo ni natural que la personalidad humana se deje esclavizar por una cosa inanimada, que no dice cosa alguna á su espíritu, nada á sus sentidos, nada á su corazon, y que no le impresiona mas que por la fastidiosa monotonía del color; hasta la infancia se cansa pronto del oro y vuélvese en seguida ó presto á otros juegos. ¿Seria acaso el pensamiento de las transformaciones sensuales, que el oro puede sufrir á su vez, y

proporcionalmente y el deseo de aumentar esta fuente virtual de goces de que no disfruta jamás? No lo sabemos. Si Harpagon y Aululaire han guardado el secreto de esta pasion extravagante, la literatura y las artes se han apoderado de este tipo extraño, y le han dado una escualidez característica, y le han puesto una cara amarilla y desgreñada; parece que la vida avara de por sí á los gastos, economiza sobre esa envoltura una barra metálica.

»Viene finalmente en esta línea la ambicion de la salud, la hipocondría, pasion que tiene por punto de partida la exageracion del instinto de conservacion, y que se sale mas que otra alguna con la destruccion de la salud. Es una vida dentro de sí mismo, una ingerencia abusiva y traquiñolosa del cerebro en las funciones interiores, de un perpétuo espanto de las enfermedades puramente fantásticas, imaginarias, que no vendrán probablemente jamás á dejarse ver; es, en una palabra, lo que el doctor Feuchtersleben ha apellidado con tanta belleza y precision: «*el egoismo Patológico.*» [1] Los anales de la medicina mental han conservado el recuerdo de un monomaníaco que creia que era un cristal y tomaba todas las precauciones indecibles para que no lo rompieran. El hipocondríaco cree tener su salud encerrada en un vaso de cristal, frágil, quebradizo, y que la pierde por sus cuidados abusivos con los que pretende defenderla de peligros imaginarios, fantasmagóricos.

»Llegamos finalmente á esas regiones mas puras, y mas elevadas en donde moran las pasiones que, si son tambien amenazantes para la salud, al menos nos elevan en dignidad; y podemos exclamar con Young: «*¡Hombre inmortal, salud!*» Ya no es él, ya no es á sí mismo, en efecto, á quien ama; se evade de este *yo* que Pascal tacha de *menospreciable*, pero que en realidad es bien poco menospreciado. Lo que ama en este hemisferio mas elevado son esas grandes cosas que se llaman Dios, el hombre, la patria. La primera de estas pasiones afectivas es la mas elevada por su objeto, la mas pura por su elevacion, y por su desinterés, la mas segura por la inmutabilidad del sér que la inspira. El amor al hombre es tambien una pasion, pero una pasion tan expansiva como cerrada es la pasion del amor á sí mismo, tan magnánima como baja es estotra. Quien la siente palpitar en su corazon se olvida á sí mismo y se complace en inmolarse por los otros; lo da todo: satisfacciones materiales, placeres de los sentidos y de la inteligencia, lo da todo, y á menudo nada sabe pedir, ni recibir en recompensa. Este amor al hombre, profesado por séres á él semejantes, tiene diversas fases: tan pronto se asocia generosamente á los sufrimientos de los otros, y en este caso se llama compasion, piedad, caridad, simpatía; tan pronto, apoyándose sobre los sentimientos mas suaves, se hace la base de la familia; ora tambien, depurándose aun mas y mas, se arraiga entre dos almas: Theágenes y Cariclea, Jonatás y David, Estéban de la Boetia y Montaigne, estas amistades mas puras que el amor mas puro; porque los sentidos no entran ahí por nada, y sobre todo, el desinterés hace su grandeza.

[1] «*Higiene de l' ame*». París, 1860.

»¿Qué diremos, por fin, de esta pasion generosa que nos enlaza con una fuerza invencible á nuestra patria, y de esta otra pasion interesante en que el alma, haciéndose una patria de predileccion dentro la misma patria comun, se siente poseida de un amor profundo al país ausente, y se consume muchas veces lejos de él en las tristezas mortales de la nostalgia?

»Las pasiones intelectuales, ocupan la cúspide de esta bella pirámide. Son las que conducen á la investigacion de la verdad en todas sus formas; científica, estética, teológica, metafísica, etc., pasiones nobles, si las hay, que no constituyen ciertamente al hombre completo: «*Pectus est quod hominem facit,*» pero que son el sello de su orígen, y como su blason, su escudo. Esta hermosa pasion de la verdad siempre renaciente, siempre inagotable, que hace del hombre un *Tántalo del pensamiento,* los hombres de trabajo la conocen todos; ellos saben lo que le han sacrificado de sus goces permitidos, de sueño necesario, de descansos legítimos, y aun añadiré de la salud misma, sino creyéramos que en semejante materia la prodigalidad se convierte en una especie de virtud.

»En estas oscilaciones incesantes entre el *placer* y el *dolor*, estos dos polos del mundo moral, el hombre, que es un sér excesivo, no sabe jamás conservar esta medida que únicamente podria conservar ó asegurarle la posesion de la felicidad. Se lanza de uno á otro con una ciega impetuosidad que quebranta los resortes de su salud y le hace que no alcance su fin; porque, como dice Montaigne: «*la voluptuosidad misma es dolorosa en sus profundidades,*» y sin embargo no puede ya fijarse mas impunemente en este estado de apatía y de indiferencia que el estoicismo habia soñado para él. Es un sér sensible, y por mas que le duela, es necesario que sienta los dolores de la voluptuosidad, como las voluptuosidades del dolor. La negacion de las regiones intermediarias no parece hecha para él, y esto es de tal suerte verdadero, que no sabe habitarlas sin hallar el enojo, enfermedad extraña y espantosa á la vez, especie de atonía del espíritu y del corazon que infesta hoy el mundo de las inteligencias, y que parece el castigo terrible de los hombres que se sustraen á la ley del trabajo, que desperdician, y embotan por el abuso de todas las cosas su aptitud para todo sentimiento.

»Tal es el mundo de las pasiones que se agitan en el corazon de la persona humana, como se agita en las entrañas de la tierra este mar de lava incandescente cuyas olas, obedeciendo á leyes desconocidas, van, vienen, se chocan, producen conmociones subterráneas, y rompiendo su cubierta, se esparraman á veces al exterior.

»La naturaleza ha puesto como garantía de su perpetuidad, apetitos á todas las formas variadas de la actividad humana; ellas son, en alguna manera, los centinelas que nos advierten nuestras complejas necesidades, centinelas raramente vigilantes, que se dejan con frecuencia engañar por el enemigo, y que en lugar de defender la plaza contra sus ataques, muchas veces se la entregan. Estos apetitos son de diversas clases; unos puramente instintivos, tienen por objeto la satisfaccion de las necesidades físicas; otros intelectuales, afectivos ó morales, frecuentemente

tan imperiosos como aquellos, pero mas nobles, afirman el rango elevado del hombre en la creacion y lo colocan á una distancia inconmensurable del bruto, que no tiene otros apetitos que los que se refieren á su conservacion física. Si el hombre tiene los privilegios de su grandeza, tiene tambien los peligros de la misma; creado libre, puede usar de esta libertad en provecho suyo y en riesgos de sí mismo, y, en tanto que los apetitos de los animales están armoniosamente limitados al uso, el hombre retrograda los límites de las suyas mucho mas allá, y corre todas las aventuras de la intemperancia y del abuso

«De todos los animales, el hombre
es el que mas por la pendiente corre
de los abusos y excesos»...

ha dicho filosóficamente La Fontaine, y nadie sueña en negarle este privilegio. Es un fruto amargo de su libertad. No era así primitivamente; todo en el mundo moral, como en el mundo material, habia sido dispuesto en número, peso y medida: «*Omnia in pondere, numero et mensura disposuisti.*» Empero nosotros hemos puesto lo *humano* en el lugar de lo *divino*, y la higiene sabe lo que le cuesta esta sustitucion.

»Montaigne ha escrito sobre la *Moderacion* un capítulo que nunca será sobradamente meditado, y en el que al través de ejemplos de una crudeza prodigiosamente atrevida, dice claramente á la humanidad su merecido y la reprende sobre sus propensiones á los excesos.

»Como si tuviéramos el tacto inficionado, dice, nosotros corrompemos con nuestro manoseo cosas que por sí mismas son bellas y buenas. Nosotros podemos tocar la virtud con la seguridad de que se ha de convertir en vicio, ó en viciosa, si la abrazamos con un deseo sobrado áspero y violento. Es posible amar demasiado la virtud y dejarse llevar á una accion excesivamente justa. A este tenor se acomoda la voz divina cuando dice: «No seais mas sabios de lo que conviene; sino sed sóbriamente sabios.» Y lo mismo el apotegma antiquísimo: «*Summum jus summa injuria.*» «*Sobrado ó sumo derecho, suma injuria.*» Yo he visto á cierto magnate herir la reputacion de su religiosidad por mostrarse religioso por cima de todo lo de su órden. Yo estoy por los caractéres templados y medios; la inmoderacion aun en el mismísimo bien, sino me ofende, me extraña y me pone en apreturas para ponerle nombre... el tirador que da mas allá del blanco, falla como el que no llega á darle, y mis ojos se resisten tanto á ver en excesiva luz como entre espesas tinieblas... No hay, en suma, gusto alguno, por santo y justo que sea, en cuyo exceso é intemperancia no seamos reprensibles. [1]

»Es indudablemente cierto que las fronteras del uso y del abuso son esencialmente variables en cada persona de por sí; es mas aun, en cada persona son tambien esencialmente variables. La moderacion de este, seria intemperancia en

[1] «Essais, liv. I, cap. 29. *De la Moderacion.*»

otro, y los inconvenientes de la intemperancia, disimulados por la costumbre, le darian casi las apariencias de la moderacion. La sensualidad, interesada en no ver claro en esta cuestion, la enreda á su capricho, confunde el apetito de necesidad con el apetito del placer, con gran detrimento de la dignidad y la salud, y puede añadirse de la felicidad.

»¿Cuáles son los frenos de la moderacion que pueden contenerle en este plano inclinado?

»El orgullo filosófico daba á la luz en otro tiempo, bajo este punto de vista, maravillas aisladas; pero el estoicismo ha desaparecido, como debia desaparecer un sistema falso y artificioso, y Zenon no contendria hoy en esa pendiente ni á un solo sibarita ni á un solo intemperante.

»La *saciedad*, ese dique tan eficaz en los animales, al menos en los animales no transformados por nuestra dominacion, es reemplazada en la persona humana por la *impotencia de los órganos*, y desgraciadamente harto á menudo llegan muchos hasta este límite fatal.

»Las compensaciones derivativas hácia los apetitos elevados del corazon y de la inteligencia tienen otro alcance; pero desgraciadamente el sentimiento que hace comprender su dignidad y su precio es un sentimiento distinguido que desaparece harto á menudo muy tempranamente y en medio de las ruinas morales que crean los excesos, y por consiguiente esta palanca falta de ordinario.

»El temor de los peligros que corre la salud es un freno equívoco, y cuya eficacia raramente se experimenta. Se rehusan estas advertencias porque se creen generadas por la exageracion, se invoca contra ellas los beneficios de las excepciones atestiguadas, y se encamina paulatinamente, abusando de las fuerzas, hasta el término en que las cosas ya no tienen remedio en la vida.

»Nunca está de sobra el freno moral y religioso para garantizar al hombre, á la MUJER contra sus apetitos y sus excesos. «Aun en las épocas de incredulidad, dice Miguel Levy, la religion sigue siendo la mas enérgica de las fuerzas morales; no solo domina á las circunstancias mas importantes de la vida, sino que la realizacion de sus preceptos le subordinan todos los detalles de la vida de cada persona; desde este momento informa la higiene como á la psicología.» [1] La religion y la higiene tienen ambas á dos intereses que concuerdan. Una pide la moderacion y el sacrificio en nombre de los intereses del alma; la otra las reclama en nombre de los intereses del cuerpo; la primera tiene un móvil mas elevado, mas seguro y mas eficaz que la segunda, que debe ciertamente, para la represion de los excesos, poner en ella sus esperanzas mas fundadas. La una advierte, la otra manda; es decir, una es eludida; la otra obedecida. Cuando el nivel de la inteligencia y del sentido moral haya ascendido, (y ascenderá), el de los excesos infaliblemente habrá de bajar. La higiene llama, ya se entiende, la venida de ese momento feliz con sus aspiraciones, porque ella siente, conoce perfectamente que no será generalmente acatada, seguida,

[1] *Traité d'higiene privée et publique*, tom. II, pág. 770.

practicada por de todas veras, sino se realiza esta doble condicion, y que la mejor sancion que hay que dar á esos preceptos es la voluntad puesta en juego y sostenida por un principio elevado.

»Hemos creido demostrar que los obstáculos morales contra los cuales ha de luchar la salud, no son ni los menos numerosos ni los menos temibles; esto es exponer el valor que debe reconocer en una fuerza sin la cual está harto á menudo desarmada...»

Los obstáculos para la buena salud, para la recta educacion física de la juventud, para el perfecto desarrollo en la organizacion corporal, preparando la educacion completa en su parte mas elevada, que necesita tener su firme pedestal en un cuerpo sano y bien desarrollado *(mens sana in corpore sano)*, con otros obstáculos que vamos á señalar aun; como dice con tanta razon, ciencia, experiencia y autoridad el doctor Fonsagrives, son desconocidos ó desdeñados por la generalidad de las gentes, y lo que es mas sensible, sus nociones elementales con sus remedios preventivos mas palmarios, no entran en donde mayormente deberian entrar en el plan de educacion é instruccion de la MUJER, que ha de ser, que debe ser, que por la augusta mision que Dios la confió en la familia y en la sociedad debia saber cumplidamente ser, la panacea de todos sus males, el ángel tutelar que los previniera, ó si no pudiera prevenir, los supiera curar ó minorar; empero ¿cómo ha de poder obrar la MUJER estas maravillas si no se imanta el haz de su sér, de su existencia, con el talisman de esta instruccion séria, completa, adecuada, digna de su mision y de su dignidad?

Ved ahí porque creemos prestarle un buen servicio, estampando en las páginas de nuestra obra, en el primer tomo, apéndizando esta misma seccion correspectiva de la educacion física, le hemos puesto un tratado bastante completo de higiene, que, si hoy halla superior á sus luces, no lo hallará ya tan difícil de discernir su hija, si le da la educacion que en esta época y en su clase corresponde; y en el segundo tomo seguimos para la clase media una línea proporcional, dando á esta seccion la suculencia, amenidad, variedad é instruccion higiénica educativa que le dé luces algo mas extensas en esta materia de las que seguramente le habrán dado en las cortas y superficiales lecciones de colegio ó de casa, y aun de las que hubiera podido recoger en los pequeñuelos manantiales de algun librito incompletísimo que, por acaso, en este punto, hubiera ido ó fuera á sus manos, tan débiles que tal vez ni esos libritos pudieran sostener: y á buen seguro que en los devocionarios, en los romances, en las novelas, únicos géneros de literatura que conocen, habia de hallar lo que aquí puede recoger.

Vistos los obstáculos que la salud puede hallar y halla en la ignorancia, las preocupaciones, la opinion, la moda, las pasiones fisiológicas y algunas morales, sigamos considerando algunos otros de mucho bulto que la jóven, que todos, pueden hallar y hallan en la vida práctica, en la vida real, en la vida comun, sin que sepan ó quieran oponerles un antídoto, un remedio, un contraviento por la ciencia, la conciencia, el aprecio, el carácter, la firme voluntad, el deber estricto de mirar por el bien mayor de la vida, por la propia salud.

¿Quién sabe, quién considera los males de la gastronomía, del exceso en comer? ¿Quién conoce y aprecia la sobriedad? ¿Quién opone este remedio saludable á aquel vendabal mortífero en las corrientes sociales y aun domésticas?

Ved ahí otro asunto digno de este capítulo, y en cuya explanacion pediremos tambien los auxilios de la ciencia.

Decia el padre de la medicina: *plures occidit gula quam gladius*, «mata mas gente la *gula* que el acero;» y un educador célebre dice: «la higiene es menos una ciencia que una virtud.»

Hipócrates sintetizaba toda la economía de la salud en este aforismo higiénico: «No comer demasiado; no hacer demasiado poco ejercicio.» Aforismo sencillísimo en expresion, pero de gran valer práctico, de utilidad suma para la conservacion y excelente cultivo de la salud; empero como hiere uno de los apetitos que mas fácilmente se hacen adorar y quemar inciensos de placeres gastronómicos en la sociedad, tiene muchos y poderosos y pertinaces enemigos. Y aun le sucede una cosa singularísima, y es: que muchas personas que lo encomian, sin embargo, la gula y la pereza son dos armas que luego y comunmente esas mismas personas esgrimen contra él; vuélvenlo al revés: *comen mucho y hacen muy poco ejercicio.*

«Entre los excesos, continua Fonsagrives, cuya larga y dolorosa série tiene que desdoblar la higiene, no hay acaso otro mas temible, tal vez porque no hay otro mas permanente, que aquel que consiste en abusar de los placeres de la mesa. Hay otros muchos cuya ocasion solo los presenta mas ó menos lejanos; este es el mas usual, y las provocaciones que á él conducen, son de todos los dias; es mas, pudiéramos decir de todas las horas; los hay que con el tiempo se embotan en su aguijon, y este se hace tanto mas despótico, cuanto que la decadencia de las facultades nobles, en un período avanzado de la vida, le arrebata un contrapeso importante y oportuno; hay otros que tienen por freno la saciedad; esta se irrita en alguna manera por la satisfaccion que se le da; así podemos decir y afirmar que la higiene no tiene enemigo mas cruel y mas implacable que la gula, y la sentencia *Plures occidit gula quam gladius*, no se presenta ya, bien meditada, como un epígrama ó punzante paradoja, sino como una grave expresion de verdad, y muchas veces de verdad amarga...

»La higiene educativa tiene indudablemente la mision de formular advertencias, por mas que á veces sean rígidas, y su austeridad tiene su inmunidad en el gran fin de la conservacion y cultura de la salud que ella se propone; empero, hasta entra en las miras de su derecho y de su deber, el atenuar en los límites de lo posible la severidad de sus consejos. Es menester que no olvide jamás que trata, no de dioses ó séres ideales, sino de séres humanos, no imaginarios ó ensoñados, sino muy concretos y sensibles, con gustos, con pasiones, costumbres, y conviene que esto lo tenga, y lo tiene muy en cuenta. Pedir lo posible para obtenerlo, es la suprema sabiduría de la higiene. Pretender introducir en las costumbres de las gentes del mundo la austeridad del régimen monacal, es abandonar el terreno de la práctica por una concepcion chocante, pero desnuda de todo interés serio. Débese tanto mas

guardarse de hacerlo, cuanto que con reducir las privaciones que ella prescribe á lo que sea estrictamente necesario, la higiene no deja de ser tenida por una amiga incómoda, cuyos regaños en pro de las sanas intenciones que los dictan cuéstale hacerse perdonar, pero que no puede ser en el fondo sino exigente y regañona. La Rochefoucault ha dicho la palabra que antes de él citamos de que es cara la salud comprada al precio de un riguroso régimen. Es menester pensar que la higiene no puede prometerla á un precio mas agradable; no puede dar nada por nada, y al pensamiento de La Rochefoucault puede contestarse con estotro de Montaigne: «Todo camino que lleva á la salud, no puede, no debe decirse que sea áspero ni caro.» Evidentemente hay un camino medio que escoger entre estos dos, de los cuales uno conduce á la salud por la moderacion, y el otro á la enfermedad por el abuso.

»Á principales funciones, y como condicion de su ejercicio, han sido adheridos los apetitos á las necesidades. El apetito alimentario les ha prestado su nombre, porque es el mas general y el mas expresivo de todos, y se ha hecho típico. En los animales, estos apetitos están encerrados en límites naturales, que no traspasan ellos jamás; el instinto es su sabiduría, y es muy raro en ellos el que su apetito vaya á extenderse á la satisfaccion moderada. El problema no es tan armoniosamente sencillo para la naturaleza humana; los apetitos en esta se complican, se continuan y se irritan por el deseo; es decir, por la ingerencia de su voluntad y de sus pasiones en un órden de cosas que debia permanecer en el puro dominio de la fisiología; de donde proviene, que, al lado del apetito verdadero, real, legítimo, que pide y debe ser satisfecho, venga el apetito ficticio é ilegítimo, que debe ser contenido.

»En ningun terreno esta distincion es mas necesaria que al tratarse del apetito alimenticio, que se presenta con estas dos formas, demasiadamente á menudo confundidas: apetito del estómago; apetito del paladar; el primero se satisface pronto; el segundo jamás; el uno arreglando á guisa de fiel de una balanza las necesidades de la nutricion; el otro disfrazando con la expresion de la necesidad legítima las importunas solicitudes del deseo groseramente plástico. Todo el mundo concede esta distincion de los dos apetitos; empero, si se trata de fijar sus límites recíprocos, en vano se buscará un *criterium*, una *medida*, y casi todos la fijan mas allá de lo conveniente. La habitualidad, esa «*tratante acostumbradora*,» conspira para producir confusion, y con el tiempo la sensacion de repletura del estómago se hace una especie de necesidad imperiosa que pide á gritos el ser satisfecha, y que se toma ya por la expresion de una necesidad legítima. Las tres superioridades equívocas que Beaumarchais ha atribuido al hombre sobre los animales, no reportan grandes bienes á la salud, y la higiene haria de ello sacrificio de tanto mejor agrado, cuanto que podria fácilmente reemplazarlos con prerogativas mas elevadas y mas dignas del rango gerárgico que la persona ocupa en la creacion.

»La pérdida accidental del apetito, fuera de un estado enfermizo determinado, de una viva preocupacion moral y de una tension intelectual exagerada, acusa siempre una direccion viciosa de la higiene alimentaria; en esto tiene que parar mientes el médico, y por ahí debe estudiar y propinar los remedios. Esto es verdad en todas

edades, pero sobre todo en los dos periodos extremos de la vida, infancia y vejez, en los cuales las transgresiones de las reglas de la sobriedad son á la vez menos impunes y mas frecuentes y funestas. Háse dicho que la medicina de los niños radica sobre todo en el régimen; lo mismo puede decirse de la vejez por razones análogas. Una vez excitado el apetito por la clase de los manjares, su variedad, la diversa condimentacion de que se les carga, no tarda, á guisa de un caballo espoleado, en vengarse de las brutalidades peligrosas, y cae en un entorpecimiento que no se disipa fácilmente. *El ejercicio y el agua del Eurotas*, son medios á propósito para reanimarlo; pero sino se pudiere aplicar el segundo, bastará el primero afortunadamente. Chomel ha dicho ingeniosamente que se digiere tanto con las piernas como con el estómago, y esto es verdad; nunca jamás se rebelan impunemente contra esta entraña, que los antiguos llamaban con razon *el padre de familia*, y el apólogo de Monenio Agripa es una excelente leccion de higiene al propio tiempo que una habilísima estratagema política. La sobriedad y el ejercicio son los dos *médicos* del apetito; los condimentos son los *curanderos*, y ¡ay de los estómagos que los consultan!

»Es necesario oponer á la voracidad, que no elige, que tiene algo de bestial y «que tiene por objeto mas bien el acaparar que el gustar» como dice enérgica y sentidamente el ilustre Montaigne,[1] la gastronomía que erige la alimentacion en un arte, y que se viste con un velo de elegancia espiritual y de epicurismo, que disimule algo el defecto de nobleza originaria de este apetito físico. ¿Qué es lo que no se ha imaginado de ingenioso para levantar este placer mas alto de su corta talla (la necesidad) y ennoblecerlo sobre su naturaleza (la conservacion y reparacion de fuerzas)? ¡Qué mal empleo de ingenio, y este del mas delicado! ¡Qué obyurgaciones y asechanzas picarescas contra la higiene y sus sombríos preceptos y advertencias! Y, por de pronto, la gastronomía se ha separado con un desden de una soberbia dama del gran mundo, de la vulgar golosinería. «Quien se indigesta ó se enerva, ha dicho con satánico orgullo, no sabe lo que es comer.» Y en otra parte: «El animal se satisface; el hombre come; solo el hombre fino sabe comer.» Empero, cuando le ha convenido ó sido forzoso experimentar los resultados de este arte peligroso y costosísimo á la vez, ha eludido por una graciosidad este lado harto sério de la cuestion. «La golosinería, dice Brillat Savarin, ofrece grandes recursos á la fiscalizacion; alimenta las deudas, los impuestos, los derechos de aduanas y las contribuciones indirectas,» y los de las farmacias, habria podido añadir. Ahí está, en efecto, el manantial de una gran parte (de la mayor parte podria afirmarse) de las miserias que agostan la salud humana.

»Vamos ahora á exponer qué apoyo vigoroso y qué remedio enérgico halla la higiene en la sobriedad; pero tambien diremos que «son raras esas naturalezas ó caractéres moderados y medios» que amaba Montaigne. La mitad del género humano come demasiado; la otra mitad no come bastante. El banquete absurdo del

[1] Essais, Ivrognerie, liv. II, cap. II.

comunismo no resolverá jamás el problema árduo de un regulado promedio alimentario. Es necesario pedirlo á la sobriedad, «á la economía política, al trabajo y á la caridad.»

»Las comidas en las ciudades que por la triple seduccion de los ojos, del paladar y la cabeza excitan á traspasar los límites de la sobriedad, jamás han sido otra cosa que aperitivos equívocos, y en vano se devanarian los sesos para hallar el registro del texto apócrifo de este aforismo de Hipócrates ó de la escuela de Salerno, invocado con tanta fruicion por ciertas gentes sociales, que hace de un exceso gastronómico mensual la base de una floreciente salud. ¿Hay que acusar á Brillat Savarin, al marqués de Cussy, á Berchoux de la interpolacion de ese pretendido texto? No, el verdadero autor de esa mistificacion es ese mundo gastronómico interesado en guarecerse detrás de un texto. Los filósofos han dicho mucho mal de los cocineros; no han dicho tanto como piensan los higienistas que lo merecen, y que seria justo achacar á aquellos. Su arte es homicida en primer grado, porque es el orígen del apetito de deseo, y el perpétuo comentario de *Irritamentis gulæ*, de Apicio, que ha hecho mas golosos y gastrónomos que palabras tiene.

»La sed no entra, ya se comprende, sino muy accesoriamente en los excesos de la mesa; la satisfaccion de un grosero placer, la necesidad tan perniciosamente imperiosa de emanciparse de las sanas pero frias realidades de la vida, por las culpables y perjudiciales seducciones de la crápula, hacen nacer y conservan este género de excesos. La sensualidad gastronómica y la sensualidad báquica, aunque distintas á veces, tambien se confunden habitualmente, sobre todo en los casos en que esta última, conservando la máscara elegante del epicurismo, no llega á la degradacion brutal de la ebriedad. Los intereses de las buenas apariencias se salvan, los de la higiene, «que son los de la salud,» quedan prisioneros. Los peligros, pues, del apetito ficticio y de la sed artificial pueden ser comprendidos en un mismo grito de alarma.

»Conviene ante todo despejar el terreno, señalando los inconvenientes muy distintos de la polyfagia ó voracidad, y los de la gastronomía; pecando la primera por el exceso de la cantidad, y la segunda por la suculencia abusiva de las comidas. Abstraemos de propósito ese eclecticismo goloso que resuelve sobre la mesa, el problema de la reunion de los dos abusos, que consiste en comer demasiado y demasiado bien. La voracidad que tiene cierto límite, ha sido clasificada en medicina, y recibido el nombre de *bulimia;* es una enfermedad, cuyo tratado no es de este lugar; pero á su lado figura hoy otro mal pariente de la *bulimia de habitud* contra la cual debe especialmente prevenirse la salud. Podria afirmarse que en ciertas condiciones de bienestar y de posicion social, pocos hay que no coman con exceso, es decir, que no vayan mas allá de la necesidad legítima, de la necesidad real, y nosotros hemos podido escribir en otra parte, sin que nos hayamos apartado de lo verosímil, que, en la cantidad de alimentos de lo que se llama una *buena mesa,* deberia hacerse una division en tres partes: la primera para la reparacion de nuestras fuerzas, la segunda para la satisfaccion de nuestro paladar, y la tercera

para la preparacion de las enfermedades que de ahí sobrevendrán. No se me negará la ventaja que habria en suprimir al menos esta última. Toda persona rica come demasiado, no lo repetiremos nunca bastante, y en una sana higiene alimentaria, si sus preceptos llegaran á aplicarse de un modo general, (no contamos mucho sobre este resultado) es donde podria ser buscada la solucion del amenazador problema de la alimentacion insuficiente. Esta solucion seguramente fuera de mejor género que la del problema de Malthus.

»Hemos dicho mas arriba que los que comen sobradamente tienen demasiada tension de estómago, y que experimentan una especie de vaciedad como sensacion penosa, cuando por casualidad se paran en el camino de la voracidad. Es que el hambre, como el sueño, como todas las necesidades, soporta el yugo despótico de las habitudes; pero que se le sacuda, aunque no sea sino dias, y el apetito ficticio se embote, y entonces desaparece la afeccion del estómago con él.

»Costumbres personales, y aun nacionales, producen y mantienen esta especie de bulimia, mucho mas frecuente en las poblaciones del Norte que en las de mediodia, y á nosotros los médicos nos crean óbices y dificultades las mas sérias para poder gobernar á los enfermos y convalecientes. Comer demasiado es un peligro, y la higiene tendria su ideal en que sobre todas las mesas se viera escrita la sentencia interesada de Harpagon. ¿Qué se puede, en efecto, esperar de un estómago incesantemente en tension por una cantidad abusiva de alimentos? Digestiones laboríosas, una torpeza intelectual, temibles predisposiciones á afecciones orgánicas del hígado y del estómago. No recordamos el nombre del autor que ha dicho que el estómago es el laboratorio de la apoplegía, pero sí recordamos y sabemos que esta frase es cierta y, que sobre todo, los que tienen edad y son devoradores é intemperantes, tienen siempre esta amenaza pendiente sobre su cabeza. Empero, al lado de estas consecuencias directas, indiscutibles, hay otras que minan la salud con agresiones sordas, cuyos efectos no se experimentan sino al cabo de mucho tiempo. Diógenes ha dicho ingeniosamente que sucede con el cuerpo sobrecargado de alimentos una cosa parecida á los graneros repletos: «Las enfermedades pululan en el primero como los ratones en el segundo.» Es incisiva la frase, pero es verdadera. Vengamos, pues, á esta regla primera: comer mas bien de menos que de mas.

»Si los peligros mas sérios van inherentes á los placeres de la mesa cuando se está en plena salud, se comprenderá cuanto conviene la sobriedad á los convalecientes y valetudinarios ó de salud y constitucion delicada.

»Ser sóbrios, es usar con medida, para las necesidades reales, de los alimentos destinados á satisfacerlas; es ahorrar al estómago todo lo posible, los lazos que la sensualidad le tiende. La templanza no implica necesariamente la privacion; si fuese así, seria una virtud de excepcion que no llegaria á poseer sino un cortísimo número. El filósofo pedagogo, otras veces citado, dice que es menester ser *sóbrio* hasta en la misma sobriedad; pero hubiera podido añadir que el exceso en este camino raras veces reclama las severidades de la higiene, que están todas por

completo para el exceso contrario. La sobriedad no es en modo alguno antinatural; es fácil, es la condicion natural de una buena salud, otras tantas proposiciones tan indiscutibles en teoría como inaceptables en la práctica.

» La sobriedad es natural; esto no quiere decir que sea comun; los brutos pasan de comer y beber en cuanto hallan satisfecha su necesidad; el hombre tiene el *privilegio* de rebasar los límites de su apetito; él solo come por comer. Seguramente fuera un error extravagante pretender que permaneciese insensible á las satisfacciones del gusto; este sentido no se le ha dado solo para garantizarle la digestion contra las derivaciones intempestivas, que en él se verificarian tan á menudo aun con las luces de su inteligencia ó de la sensibilidad moral, con perjuicio de su vida; si defiende los derechos de *la bestia*, pretende tambien llevarle algunas satisfacciones legítimas, y sustraerle completamente, seria demostrar que una comida, introducida en el estómago á beneficio de una sonda, realizaria las mejores conveniencias higiénicas. Nada de esto: el deseo que mueve todos los resortes del aparato digestivo y la sensacion gustatoria, en la cual se resuelve, son las condiciones de una digestion bien hecha. El hombre introduce siempre algo de intelectual en todos los actos de la vida, aun de los que parecen pertenecer al mero dominio del instinto, y seria desconocer lo complejo de su naturaleza el pretenderle solo accesible á las meras solicitaciones de las necesidades é impasible en presencia de las del placer. Toda la cuestion lo es de una medida; pero ¡cuán pocos son los que la quieren! Puede decirse que la habitud es el eje de la sobriedad como á su vez lo es de la intemperancia. Un paso dado hácia la primera, convierte á la segunda en menos fácil. Es una lucha en que para vencer no se necesita mas que querer á los comienzos, despues se camina con suma facilidad por el camino de la victoria de sí mismo.

» Se dice que la sobriedad es imposible, ó al menos muy difícil. Indudablemente no se la vuelve á adquirir tan fácilmente si llega á perderse; pero el trabajo, la actividad, un fin elevado que se proponga por escudo de la vida, las compensaciones de la inteligencia, son medios de poderosísima eficacia para conservarla. Ciertamente es mas digno permanecer voluntariamente en la sobriedad, que verse á ella obligados por la triste fuerza de la pérdida de la salud, ó por la mas triste aun de la impotencia de los órganos.

» Entre todos los ejemplos de esta sobriedad, fruto de la razon, y resultado feliz de una lucha entre los deseos y la voluntad, pocos hay mas célebres, y mas frecuentemente invocados por filósofos y moralistas, que el del venciano Cornaro; tampoco los hay mas notables, en verdad sea dicho. La sobriedad, llevando tambien al término de las existencias mas longevas á un organismo envejecido y gastado á los treinta años, ha confirmado de un modo notable en este nuevo hecho su grande y saludable poder. El holandés Lessio ha procurado reasumir, en un cierto número de fórmulas, el sistema dietético de Cornaro, y ha logrado reducirlo á las siete reglas siguientes, que lo mismo débiles que fuertes harian perfectamente en aprender, meditar y mejor practicar: 1.ª Poder, al levantarse de la mesa, entregarse sin fatiga á ejercicios intelectuales; 2.ª No sentir ninguna fatigacion corporal durante la diges-

tion; 3.ª Pasar por una transicion mesurada desde la vida ordinaria á la vida sóbria; 4.ª Adaptar la fórmula del régimen sóbrjo á las diversidades de condiciones de edad, sexo, habitualidades, etc.; 5.ª No usar sino alimentos sanos; 6.ª No variar sino en pocas cosas las clases de manjares, y servirse con mucha parsimonia de los condimentos, y 7.ª No tomar por regla para comer á su apetito.

»¿Quién no adivinará la brillante sabiduría de este código de la sobriedad? Y ¿quién dice de veras, sin embargo, yo la pondré, yo la pongo en ejecucion? Brillat Savarin ha dicho: «No es goloso quien puede.» Y hubiera podido mejor decir: «No es sóbrio quien quiere.» Y con todo, ¿dónde se hallarán los bienes, las ventajas que puede reportar la sobriedad?

»Ella es la condicion indispensable para la verdadera y vigorosa salud, para una vida floreciente, exenta de la mayor parte de enfermedades. El adagio: *Medicuscibi, medicuscibi* no es un simple calembour latino; expresa al contrario un hecho tangible é incontestable. Quien marche siempre al borde extremo de la indigestion no puede, no tiene derecho á una salud razonable, normalizada. Las enfermedades, como la serpiente del *Juicio final* de Miguel Ángel, roen gozosas los órganos de donde partió la iniciativa del desórden, y el estómago de los gastrónomos, cansado de las brutalidades que lo endurecen, se niega á funcionar y les quita el único placer ó los solos placeres que les quedan. Vienen luego las amenazas de las enfermedades orgánicas, amenazas que se realizan con harta frecuencia; la pesadez del espíritu, la desgracia física de la obesidad, etc. La longevidad, que es una medida compleja del vigor de la constitucion y del valor de la higiene que se ha puesto en práctica, no llega á su término normal sino á condicion de una vida sóbria. Los centuagenarios no se han hallado nunca entre los golosos, y se cuentan mas macróbios en la vida cenobítica que en la vida sensual y elegante. Hace algunos años, estudiamos con un interés especial la cuestion de longividad entre los trapenses, y hemos venido en conclusion á deducir este peregrino resultado: que esta vida tan excepcional, este régimen tan duro, tan fuera de los datos fundamentales de la higiene, no solamente no abrevia la existencia, sino que prolonga su duracion hasta límites verdaderamente inverosímiles. No pretendemos dar la regla de San Bernardo como un tipo de buena higiene física; pero al menos es menester concluir de este hecho que las privaciones son, en un gran límite, menos perjudiciales al vigor de lo que lo son los excesos. «Quien mucho come, poco vive.» Proponemos este aforismo á las meditaciones de los golosos, y nos admira el que las sociedades de seguros sobre la vida no hayan aun procurado tomar en cuenta sériamente esta circunstancia perturbadora de la misma.

»La alegría y agilidad corporales, el vigor conservado por largo tiempo en los sentidos y en el espíritu, esta verdadera libertad interior que procura, que asegura el imperio habitualmente ejercida sobre las pasiones, son los frutos felices, pero sobrado raros, de una vida sóbria. Hay mas, previniendo una saciedad inevitable, es acaso la única condicion del placer al cual se la sacrifica, sacrificio cuyo precio cobra la salud.

»Quien quiera conservarla sana, vivir libre y morir de edad avanzada, debe por consecuencia defenderse contra las asechanzas de la sensualidad gastronómica. Á este dominio saludable se puede llegar sobre todo por el trabajo, sea corporal, sea espiritual, y por el arreglo ordenado del tiempo y aptitudes de su existencia. Los excesos forman una cadena discontínua: lo uno arrastra lo otro; resistir á uno, es aprender á resistir á todos.

»Las comidas son la piedra de toque ó de tropiezo de las aspiraciones hácia la vida sóbria; pero ¿es posible, será permitido echarla siempre del camino? Ponemos fuera de cuestion esas comidas en que, reinando la ausencia de toda exageracion de duracion y suculencias, la amistad y la familia hallan un elemento tan oportuno de expansion y de placeres legítimos. Esa *convivialidad*, para servirnos de una bella frase de Brillat Savarin, es tan saludable como dulce y encantadora; empero ¡cuán poco se le parecen en esa grata y sana dulzura esas comidas lujosas en que se codean la etiqueta y la indigestion! Permanecer horas y horas en la mesa con una atmósfera caldeada, en la cual el oxígeno es reemplazado por los vapores de los manjares; plantear en su estómago el problema de un análisis químico imposible; dormirse henchido y despertarse muy pálido, abotagados y con calambres en el estómago, tal es la fórmula aproximada, si es sobrado expresiva, de estas locuras higiénicas. Si estas son raras, el perjuicio se repara; si son frecuentes, los daños se acumulan, y Apicio vive entre dos indigestiones, es decir, vive poco tiempo. Sabemos perfectamente que se nos saldrá al encuentro aquí con las necesidades sociales, las ventajas del roce intelectual, la utilidad moral de este medio de acallar las fatigas ó sinsabores, etc.; pero todo esto entra en un órden de ideas que no interesa mas que secundariamente á la higiene. ¿Qué deberá, pues, hacerse en una comida de gran poblacion? Observarse, conversar, pensar en Cornaro, y reservarse siempre para elfin, conformemente al precepto siguiente, formulado por Berchoux: «Guardaos de abusar de esos primeros momentos.» No hay que poner menor cuidado en evitar los abusos de los momentos postreros. La gastronomía satisfecha fuera de casa es un peligro, pero su carácter eventual le proporciona una cierta y fortuita inofensividad; la que entra en el plan ordinario de la vida es mucho mas peligrosa. Loculo no debe comer en casa Loculo, si aspira á tener y conservar la salud, á llegar á una sana longevidad.

»Ved ahí apuntadas, pues, las ventajas de la sobriedad en sus relaciones ordinarias con la cultura de la salud normal. ¿Qué habria que decir de su indispensable necesidad si se tratara de personas valetudinarias, delicadas, enfermizas, *esa gente doliente* de debilidad física nativa ó heredada? La dura advertencia de sus sufrimientos les llama pronto al sentimiento de inaptitud para gozar; les es necesario poner en sus negocios comprometidos, sobre todo economizar; acerca sus vigilias, sus trabajos, sus comidas; llevar, en una palabra, bajo los auspicios de la sobriedad, un pequeño tren, órden de vida, que es lo único que puede llevarlos á un término algo lejano en el viaje de la vida.

»Este asunto tiene una importancia práctica bastante grande para nuestra exposicion.

»La dificultad de conservar el apetito de ciertos convalecientes dentro los limites racionales, no reconoce igual sino en la dificultad de hacerla germinar y conservarla en ciertos otros parecidos ó semejantes. La convalecencia, período intermediario entre la enfermedad que se va y la salud que renace, tiene ya mucha mayor necesidad de régimen que de medicamentos; tambien es cierto que es el escollo de los médicos vulgares que desconocen no solo la importancia de la higiene sino hasta sus recursos, y por consiguiente la gran mision de la medicina y del médico queda á menudo descuartizada en detrimento de los pobres enfermos convalecientes, que se fiaron en aquellos médicos incompletos.

»La convalecencia, dice Bordeu, es una especie de enfermedad. Puede compararsela al trabajo de una grande cicatriz.» [1]

»¡Qué de cuidados no exige esa *cicatriz* de la convalecencia si se quiere que su curacion sea sólida y regular! Una condicion esencial es la de dirigir bien la alimentacion y rehacer en algun modo la educacion funcional de los órganos digestivos, desacostumbrados por una larga dieta del contacto de sus estimulantes normales, y que, á consecuencia de una inactividad prolongada, han perdido su sensibilidad y sus costumbres ó habitudes. Todo esto exige tacto, espíritu de observacion y cuidado.

»La imposibilidad tan frecuente de mantener los deseos alimentarios de los enfermos ó convalecientes en el estricto límite de sus necesidades verdaderas, es otra de las dificultades diarias de nuestra profesion. Los enfermos, y sobre todo los enfermos ignorantes, son por instinto testarudamente hambrientos, y la debilidad, compañera asídua de toda enfermedad prolongada, les parece siempre proveniente de la dieta y que su remedio natural está infaliblemente en una abundante alimentacion. Los labriegos, las gentes vulgares, los soldados y los marineros que pueblan los hospitales, son muy partidarios de esa teoría descabellada. Los médicos que ejercen en Bretaña, saben cuantas complicaciones ó recaidas á las teorías esas hay que achacar, porque en esos casos la polifagia, la voracidad está sumamente arraigada, hasta en los hospitales en los que la vigilancia es exquisita. Las peticiones de los enfermos son muy importunas y es difícil eludirlas. Un dia un enfermo breton, que siguiendo la invariable costumbre, atribuia su debilidad mucho menos á la enfermedad en sí misma que al rigor de la dieta á la que estaba sometido, decia con un tono rudo á su médico: «Me robais las fuerzas prohibiéndome comer. Poned un saco vacío de pié, y se caerá por sí mismo; si está lleno se sostiene firme.»

»Este argumento era ejecutivo, al parecer, y no tenia réplica; sino era que se diese al enfermo el permiso de hacerse con una indigestion, á semejanza de esa hija de Philon de que habla Hipócrates, y que en la epidemia de Thasos, sucumbió por haber comido intempestivamente y contra el parecer médico al séptimo dia.

»En Inglaterra, sobre todo, se exagera de una manera singular, en nuestros

[1] *Obras comp.* tom. I, p. 378.—*Inv. sob. el pul.*

dias el consejo de sustentar á los enfermos, y ciertos médicos no temen señalarles el régimen de costillas y levantarse á infelices tifóideos devorados por la fiebre. El empírico ó practicante ó curandero Benech, el sucesor de aquel Petronio á quien Galeno reprendia con aspereza una práctica tan extravagante como estas, se tendria por feliz al ver que su sistema tomaba carta de naturaleza al otro lado del canal de la Mancha, y que allí echaba hondas y gordas raíces. Cuando las excentricidades médicas hallan en su abonamiento las preocupaciones y los apetitos de la multitud, su fortuna está hecha y nada les impide prosperar. El pueblo inglés continua siendo Browniano (padre de este sistema de comer, comer, comer...), porque las prácticas deducciones de la doctrina de Brown halagan los gustos culinarios y convienen con sus habitudes. El reformador de Escocia no hubiera pasado de un fiasco en Valladolid, y Sangrado hubiera predicado en desierto en Edimburgo. Esto es fácilmente deducible. El médico debe ciertamente tener mucho en cuenta las habitudes nacionales ó individuales, cuando se trate de prescribir un régimen; pero ante todo debe ponerse en guardia contra esas reclamaciones que tienen por móvil mas bien la voracidad ó el capricho que la verdadera necesidad. Es una obra de discernimiento, y es necesario volver la vista diariamente á los preceptos que el padre de la medicina dejó formulados sobre esta gran cuestion del régimen de los enfermos y convalecientes, preceptos cuya sagacidad luminosa no ha pasado aun al olvido, ni mucho menos sido aventajada por su posteridad. No se trata aquí de esas exageraciones que conducen á los enfermos á la inanicion *(Limargia)* estrangulacion por hambre, como decia el mismo Hipócrates, ni de esa dieta abusiva que *estruja el cuerpo y pone en vergüenza al practicante, porque parece que el primero que viene, médico ó extraño á la medicina que dé de comer al enfermo, ha, por decirlo así, resucitado un muerto...;* sino de ese régimen gradualmente elevado, cuyas gradaciones son dirigidas por una eleccion juiciosa, y que está fundada en todos y cada uno de los elementos que componen ese problema complejo. La convalecencia es sobre todo una cuestion de régimen, y no marcha con regularidad sino cuando el médico pone de su parte la vigilancia y cuidado y el convaleciente de la suya la docilidad.

»El estado valetudinario, ó endeble, implica, como el de la convalecencia, la desaparicion de los medios de la terapéutica medicamentaria ante los de la higiene. Caracterizado por una disminucion del ritmo fisiológico de todas las funciones importantes de la economía, ó por una debilidad originaria ó adquirida de una de ellas, puede ser considerado, en el primer caso, como una especie de salvaguardia contra las enfermedades graves; en el segundo, como un manantial de inminencias morbosas particulares, en relacion con la naturaleza del mecanismo orgánico, cuyo funcionamiento deja mucho que desear. En estas dos formas del estado valetudinario, la sobriedad tiene una importancia capital.

»El valetudinarismo originario es el de las personas débiles y delicadas, que no tienen ningun órgano sériamente interesado, pero á cuya textura orgánica falta holgura. En ellas, las funciones se ejecutan regularizadamente, pero á condicion

de una vigilancia asídua y de privarse de muchas cosas en todos tiempos y circunstancias. Sometidas despóticamente al imperio de las habitudes, se resienten indefectiblemente de la presion de las menores faltas á las leyes de la higiene. Se ha dicho, con razon, que el estado de debilidad general era una especie de inmunidad preciosa contra el peligro de las enfermedades, y Fouquier ha podido, sin merecer demasiadamente la nota de paradógico, afirmar en un libro en el siglo pasado las ventajas de tener una constitucion endeble. Es cierto que la fuerza de resistencia de los organismos delicados, y en apariencia desheredados, á las causas accidentales de enfermedades ó á las influencias epidémicas, es un hecho bien probado y que, cuando se tiene la prudencia de no pedir á sus órganos mas que lo que pueden legítimamente dar, se les puede hacer alcanzar una longevidad á la cual las constituciones robustas no llegan casi en su mayoría. Por eso dice el refran: «Que mas vive el que gime que el que rie.»

»La moderacion ó mediocridad de la salud tiene, como la de la fortuna, sus compensaciones legítimas. Cornaro es el tipo y será el eterno estímulo consolador y animoso de esa legion de dolientes, que suplen, y aun mas, que multiplican sus débiles fuerzas orgánicas economizándolas, como Mirabeau será el tipo de esos hijos de familia de la salud que van gastando á manos llenas los caudales de la gran caja de su vigor, y ven á las riquezas de su constitucion arrebatadas antes de tiempo por la bancarota fraudulenta de una apoplegía ó de una enfermedad del corazon. Nosotros contemplamos con nuestros propios ojos á personas endebles, delicadas, que no tienen mas que la fuerza de un soplo, cuya vida es, en algun modo una especie de milagro, y que llegan ó van á tocar los bordes de una vejez extrema; la sobriedad es el gran secreto de su longevidad. Entre ellas conocemos una valetudinaria de setenta y cinco abriles que desafia, gracias á un régimen increiblemente sóbrio, los decretos muy fundados que la medicina ha fulminado varias veces contra su existencia. La vida cenobítica hormiguea en macrobios ó longevos, y la vida gastronómica no tendria ciertamente una gran estadística si emprendiera el recuento de los suyos. Conclusion: la persona mas sóbria come demasiado siempre que su regla no es la necesidad. No recordamos quien ha dicho que lo que queda de una comida es mas provechoso para la salud que lo que se ha comido; pero, si los gastrónomos, esas excelencias de los dos mundos á quienes Brillat Savarin ha dedicado su libro, se sublevaran contra este aforismo, la mayoría de los valetudinarios haria perfectamente en sostenerlo y aprovecharse de él.

»La sobriedad no es solo un medio de *durar,* sino que es asimismo un medio de curar. Dulaurens cita siguiendo á Porfyrio y San Gerónimo, el hecho siguiente, que demuestra el partido que los gotosos pueden sacar de una abstinencia pitagórica.

»Rogaciano, senador romano, se hallaba tan gravemente atormentado de dolores de gota en piés y manos con contorsiones de sus miembros y coyunturas, que se resolvió á no hacer caso alguno de su vida; y hecha esta resolucion, habiendo proveido á todas las necesidades y negocios de su casa, y desprendido de toda forma y manera de vivir delicadamente, se fué á casa de Ploto, filósofo platónico, á

fin de mitigar y suavizar los tormentos diarios de su cuerpo por la instruccion y elevacion de su espíritu como con una alimentacion sabrosa. No comia mas que una vez al dia y aun esto con grandísima sobriedad, y no bebia vino. Habiendo observado convenientemente este régimen de vida durante algun tiempo, vino á verse por fin curado de su gota y además convertido en excelente filósofo.

»La higiene no podria prometer este doble resultado á los gotosos que renunciasen de buena gana á los regalos de la buena mesa; pero con solo el primero de los dos creemos deberian mirarlo como una buena compensacion á sus privaciones...» Muchos ejemplos pudiéramos citar, además de los señalados, para demostrar los excelentes resultados, que ya para el cultivo y educacion de la salud, del vigor, del sano desarrollo del organismo, ya para su buena conservacion, no menos que para su readquisicion, cuando se tiene la inmensa y desconocida desventura de perderla, ofrece fundadamente la sobriedad, la higiénica observancia de sus sanos consejos, á cuantos los sigan desde sus primeros tiempos de la vida, y tambien á los que á ello se determinen en curso mas adelantado de la misma. Empero los citados bastan para muestra, tanto mas cuanto que la experiencia de cada uno puede venir cada dia en confirmacion de sus sanos consejos. Las madres tienen de seguirlos y enseñarlos teórica, hábil y prácticamente á sus hijos, sobre todo á sus hijas, no solo en ese terreno abultado de la gastronomía, de la glotonería, que por sí mismos repugnan á toda persona decente, sino en esos otros mas menudos de pequeñas golosinas, de caprichos de comer, de falta de órden, de régimen en la familia, con decision racional establecido, dirigido y ejecutado, sin permitir que nada ni nadie lo haga traspasar. Decimos esto, no por decirlo, sino porque en nuestra experiencia, en nuestra observacion, hemos visto con harta frecuencia, que el sano y educativo régimen de la higiene mas natural, fácil y hacedera, es hollado por una abuela, por una tia, por una visita activa ó pasiva que creen hacer una demostracion preciosa de *cariñitos* ó de adulacion dando á los niños, á las niñas un dulce, un pastel ú otra golosina por el estilo, que estraga su gusto, relaja su estómago, vicia sus costumbres y tritura el régimen educativo higiénico, cuya custodia era, deberia ser el mejor obsequio que podrian prodigar á esas preciosas criaturas, que no pueden conocer el daño que les hacen con esos *cariñitos* ó *adulaciones*, que mas tarde ellos, sin embargo, son los que los han de pagar. ¡Infelices víctimas inconscientes!...

Á los que se resolvieren al régimen higiénico en la sobriedad entrados ya en la carrera de la vida, debemos advertirles con un filósofo antiguo: «que procedan á su práctica por grados: «*Ergo, si quis aliquid mutare volet, paulatim debebit assuescere...*»

Tanto el hacer que de palabra y con el ejemplo vea la infancia desde los albores de su razon la utilidad del régimen higiénico, que el mejor alimento de su salud, el mejor vuelo á su buen desarrollo, como el que lo adopten los que estén á vuestro alrededor ó dependan de vosotras, es cuestion de proponérselo y sostenerlo con decision, constancia y cuidado. Los excelentes resultados que en pequeñuelos y grandes se obtendrán, serán su mejor estímulo, aplauso y recompensa; al propio

tiempo que la adquisicion de su saludable habitualidad, el mejor servicio, el mas precioso bien que habrán podido prodigarles.

Como última parte de este capítulo y tratado, veamos los alimentos discutibles y el trabajo. Las ventajas relativas de unos ú otros alimentos, y los bienes que proporciona el trabajo bien entendido, bien dirigido y ordenado, son para la educacion higiénica, son para obviar los obstáculos que halla el buen régimen higiénico elementos altamente favorables. De ahí que los tratemos con predileccion y les demos mayores proporciones en este tratado. Creemos que nos lo han de aplaudir todas las personas que lo consideren con madurez...

«Hay tres alimentos exóticos, dice Fonsagrives, que han obtenido una acogida y adopcion extraordinarias, y sobre los cuales reinan las opiniones mas opuestas, ora se les juzgue de un modo absoluto, ora se pretenda, comparándolos unos con otros, determinar su valor relativo.

»Todos tres han adquirido el triple privilegio de halagar el paladar, de imponerse á naciones enteras, y tambien atraerse detractores apasionados ó adeptos entusiastas. Además, y por una singular coincidencia, la difusion de su uso data en Europa de casi la misma época, es decir, del fin del siglo XVI, y en menos de doscientos cincuenta años, han echado en nuestras costumbres raices tan profundas que no sabríamos por otra parte ni reemplazar, ni prescindir de ellos. En fin, el análisis químico, por una peregrina particularidad, ha hallado en esas tres plantas, de las cuales una nos viene de la Arabia, la otra del extremo Oriente y la última del centro de América, té, café, chocolate ó cacao, un principio alcaloide que es el mismo bajo la diversidad de los nombres por los cuales se designa, y que demuestra ellas, á pesar de sus diferentes orígenes botánicos, una relacion higiénica estrechísima y de las mas curiosas.

»Sin haberlas nombrado, hubiera por estas señales comprendido todo discreto lector de que le venimos hablando; el café, el cacao y el té son las bebidas aromáticas, cuyos méritos se discuten tanto cuanto todos se complacen en aspirar su perfume, que alimentan interminables controversias y sobre las cuales se sostienen, en uno y otro sentido, las numerosas y abultadas exageraciones. No se creerá, pues, inoportuno el que nosotros levantemos un proceso con datos, desinteresado é imparcial de estos tres ídolos de la golosina contemporánea. De antemano diremos que no nos anima intencion alguna de abogar por su caida, y que nos guiará aquí la misma moderacion y parsimonia que hemos manifestado en los demas puntos tratados, y que es nuestro sistema; creemos que se nos hará esta justicia.

»Ocupémonos en primer lugar del chocolate, el alimento, de entre los tres referidos, de que se usa con mas moderacion y del que se habla con mas justicia. ¿No podria afirmarse que hay un vínculo entre estos dos hechos?

»Para las razas anglo-sajonas el té; para los orientales el café; para las razas latinas el chocolate. Si los ócios de un nuevo Brillat Savarin le permitieran trazar un mapa á tres tintas indicando el dominio geográfico de esas habitualidades, el chocolate no se hallaria representado sino por España, Francia, Italia ó las colonias

americanas ó de África dependientes de esas tres naciones. No entran en Europa anualmente mas allá de quince millones de kilógramos de cacao, y la Francia solo figura por un tercio en esta importacion. Es decir, que en verdad, no comeríamos mas que diez millones de kilógramos de chocolate verdadero. ¡Ah! ¡Este guarismo de cuanto no se ve subido con gran perjuicio de nuestro dinero, de nuestro estómago y de la lealtad del comercio! Digamos la verdad. Ciertamente puede afirmarse que los españoles, por mas que sean la mitad menos que los franceses, consumen tanto ó mas chocolate que estos; de suerte que el tercio restante de la importacion se reparte entre la Italia y los partidarios, diseminados algo por todos lados, de la pocion favorita de Montezuma.

»¿Habrá en esa distribucion geográfica del té, del chocolate y del café, una circunstancia fortuita, y depende simplemente de las relaciones comerciales establecidas por el orígen entre los pueblos que los consumen hoy y los paises que los producen, ó bien es necesario reconocer en su uso la satisfaccion de un gusto nacional particular? Seria difícil decirlo; pero dudamos, por nuestra parte, que los límites recíprocos del uso de estos tres productos aromáticos hubiesen sido los mismos si la América hubiese sido descubierta por los holandeses y los ingleses, y si el poder marítimo y comercial de España se hubiese encaminado á la India. Séase lo que se fuere en teoría, el hecho subsiste, y la division señalada dura desde bastante tiempo para considerarla como definitiva.

»Todo el mundo sabe que los conquistadores españoles de Méjico, bajo la direccion de Cortés, hallaron en 1519, el uso del chocolate, ó para hablar con mayor exactitud, del cacao, extendido de una manera muy general entre las poblaciones que sometian al yugo europeo. Era, en algun modo, el alimento nacional; todos lo usaban; ricos y pobres hacian del cacao su alimento habitual; las especies mas suaves eran reservadas para los Incas, y leyendas poéticas atribuian al cacao un orígen maravilloso. Un profeta inspirado habia traido esta semilla de un jardin del cielo, absolutamente como Mahoma decia haber recibido la de yemen de la propia mano del arcángel Gabriel.

»Los soldados de Cortés dieron al principio muy mala acogida á aquella pocion; empero los colonos españoles de Méjico no tardaron en perfeccionarlo de una manera especial, mezclándole al principio azúcar, despues aromas, en particular vainilla. El chocolate estaba hecho, y su éxito asegurado.

»Sus comienzos en España hubieron lugar reinando Cárlos V, hácia la mitad del siglo XVI. Comprendióse desde luego que su uso no tardaria en hacerse general; así es que los españoles se apresuraron á hacer de él un monopolio que sus guerras con los holandeses no debia tardar en barrenarles.

»El gusto por el chocolate fué llevado á Francia por Ana de Austria; entronizóse en los usos de la corte, y el ejemplo de Richelieu dió á ese alimento un éxito considerable. Llegó á su apogeo en tiempos de la Regencia, y el chocolate, torturado y mistificado por el arte de sus fabricantes, se alejó tanto de la sencillez de su primera fórmula, que hubo que establecerse para el chocolate verdadero, formado

simplemente de cacao, azúcar y aromas, la fórmula de *chocolate de la salud*, cuya fórmula ha ido atravesando los tiempos hasta nosotros.

»En 1789 no se consumia en Francia mas allá de trescientas mil libras de cacao; en 1836 este consumo habia ascendido á la cantidad de un millon quinientos mil kilógramos, correspondiendo á una doble cantidad de chocolate que se fabricaba, y el valor de ese comercio auxiliaba el del azúcar empleado, siendo representado por la suma de veinte á veinticinco millones de francos. Marchamos, pues, á la cabeza de los pueblos consumidores del chocolate, y por esto mismo estamos hasta en el deber de conocer en lo posible el valor de este alimento, y estar en guardia contra la especulacion que lo atormenta y falsifica de mil maneras.

»El cacao no es otra cosa que la semilla de la planta del mismo nombre, *(theobrama cacao)*, de la familia de las Malvaceas, ó mas exactamente de la de las Byttueriaceas, muy afine de aquella. Este precioso árbol es cultivado en Méjico, en Colombia, en Guatemala, en el Brasil, en las Guyanas, en las Antillas y en algunos puntos del África. Está en plena produccion á los cinco años y produce hasta los veinte ó los veinticinco. Su cultivo es muy delicado; exige cuidados asíduos, y, como no es suficientemente remuneradora su produccion, está algo abandonada, y el defecto de una concurrencia activa en nuestros mercados sostiene á un precio bastante alto este precioso producto.

»Las principales clases comerciales del cacao están por órden de su precio: el Soconusco ó cacao de Montezuma, del cual apenas si llegan algunos sacos á Europa; el Caracas, el Maracaibo, el Guayaquil, el Marañon, el Cayena y el cacao de las Islas. El precio medio oscila entre cuatro y dos francos y medio el kilógramo; de consiguiente, todo chocolate que cueste ó se venda á menos de cuatro á seis francos el kilógramo debe ser considerado como sospechoso.

«El análisis químico ha demostrado en el cacao las sustancias siguientes: materia grasa ó manteca, sustancias azoadas, cafeína ó theobromina, almidon, aroma.

»La manteca ó materia grasa entra en él en proporciones que pasan algunas veces de la mitad del peso de la semilla, ó cacao. El cacao Marañon ha llegado á dar de cincuenta y tres ó cincuenta y cuatro por ciento. De paso diremos, que la riqueza mantecaria del cacao no da siempre la ley del precio de sus variedades, puesto que el Caracas contiene siempre menos manteca que el Marañon; pero este tiene un sabor mas pronunciado, que hace que sea buscado para las mezclas.

»Raras veces se confecciona el chocolate con solo Caracas; casi siempre se mezclan Caracas y Marañon en partes iguales, y así se obtiene un producto muy sano y sabrosísimo, y al propio tiempo á un precio bastante económico. La diferencia de los cacaos de los diversos puntos, cuando además han sido cogidos á sazon y cuidados convenientemente, proviene sobre todo de la calidad y de la cantidad de aceite que contienen. El cacao *térreo* no es una especialidad particular; proviene del cacao de diferentes calidades que ha fermentado al contacto de una tierra ocreosa roja, que le da un matizado particular, y, cerrando sus poros, sin el

acceso del aire y previene probablemente la humedad y la alteracion por enmohecimiento.

»El chocolate, segun hemos ya indicado, no es otra cosa que una mezcla de semillas de cacao tostadas y molidas, azúcar, y un aroma que es ordinariamente la vainilla, la canela, y raramente el ámbar. Compréndese fácilmente que en eso puede la falsificacion desplegar sus velas, y no deja de hacerlo, y transforma harto frecuentemente este alimento tan agradable y útil en una droga cara y mal sana. Cualquiera puede juzgarlo por sí.

»Teniendo la manteca de cacao un valor comercial, que excede en peso igual al del mismo cacao, no se deja de *desgrasar* esta sustancia, es decir, de sacarle un veinte por ciento de su manteca. Los fabricantes aseguran que este chocolate así empobrecido, es de mucho mas fácil digestion. Esta oficiosidad les honra; pero no es de su incumbencia. Esta manipulacion del cacao abre la puerta á un fraude consistente en suplir la preciosa manteca ó grasa del cacao por aceites ó grasas animales que tienen la dañosa facilidad de ranciarse.

»Por lo demás, esa no es sino una de las tantas falsificaciones de que es objeto el chocolate. Del chocolate en que el cacao es reemplazado, en todo ó en parte, por almendras ó por otras semillas análogas averiadas, ó simplemente mezclado con cáscaras finamente reducidas á polvo, muchas veces de tortas de granos oleaginosos; sebo de buey *(¡proh pudor!)* en lugar de manteca de cacao; la añadidura de féculas de maiz, de patatas, gomas... y la coloracion fraudulenta y perniciosa con polvos de ladrillo, de minio, de cinabrio, de ocre... son las muestras de ese *arte* culpable que envenena los veneros de la alimentacion pública, y hace del chocolate la especulacion predilecta incalificable de sus sórdidas y antisalubres miras.

»La ciencia está en el caso de desenmascarar estos fraudes, el análisis químico y el microscópico no les permiten mucho el ocultarse á la vista de quien sepa y quiera descubrirlos; pero el pequeño consumidor, aquel que va á pedir una pequeña cantidad de chocolate, pagado caramente, un producto alimenticio que encuentra raras veces, se queda desarmado ante la sofisticacion, porque no sabe lo que le convendria saber para reconocerlo. Una ocasion nueva se nos presenta aquí, y no queremos dejar pasar ninguna sin que la aprovechemos, para reclamar, para todas las poblaciones que puedan darse esta garantía, la creacion de una inspeccion de salubridad pública, protectora á la vez del bolsillo y de la salud de sus habitantes. ¿Qué son cuatro ó cinco mil pesetas mas ó menos en un presupuesto municipal cuando se trata de un interés como este?

»Esperanzados de que esto vaya haciéndose en toda poblacion, y bien que ciertos fabricantes de chocolate protesten por una buena y leal confeccion del mismo contra las sospechas que pesan gravemente sobre la industria chocolatera, será lo mejor, cuando se pueda y no haya confianza de otro modo, el hacerse confeccionar en casa ó á la vista ese alimento. En muchos departamentos del mediodia y ciertas épocas del año se hallan fácilmente y á precios módicos, 70 ú 80 céntimos por kilógramo, obreros chocolateros, que preparan á domicilio y con utensilios que ellos

llevan, chocolate, dándoles, por supuesto los materiales, y que por lo mismo ofrece todas las garantías de pureza y de buena fabricacion. El Caracas puro ó la mezcla del Caracas con Marañon, con buen azúcar y vainilla, proporciona en esas condiciones excelentes chocolates, que vienen á salir de 2'30 pesetas á 1'90 el medio kilógramo.

»Desde hace algun tiempo viene sosteniendo ó renovando Grant, [1] una peticion para que los farmacéuticos tuviesen ciertos alimentos destinados á los convalecientes; peticion que ha sido atendida en muchas partes respecto al chocolate. En consecuencia, se halla este excelente en muchas, en la mayor parte de las farmacias (pero no en España), que tienen además los medios de reconocer la bondad ó malicia de este alimento. Nosotros quisiéramos se hiciera lo mismo con los vinos propiamente medicinales, por ejemplo, el Burdeos, el Porto ú Oporto y Málaga. Compréndese todas las garantías que ofrece bajo este punto de vista una profesion tan confinante con la medicina, que impone las mismas cargas de responsabilidad y sostiene la conciencia alerta por un ejercicio contínuo.

»Todos sabemos las seducciones de formas de Poteo que los chocolates piden prestado al anuncio. Hánse posesionado de la cuarta plana de los periódicos, que embadurnan con sus mil trompetas de protesta de inocencia y del programa fastuoso de sus virtudes analépticas; todos se glorifican de haber realizado el árduo problema de economía, del sabor y de la pureza reunidos en una misma etiqueta; cada uno afirma modestamente su superioridad sobre los demas y la proclama algunas veces con un tono aforístico que es infalible, si se juzga por la insistencia de su fórmula.

»El olor aromático, agradable, exento de toda ranciedad; el aspecto apezonado, y el color gris bronceado de la superficie, la dureza de la semilla y su homogeneidad; el no quedar espeso al cocerlo y no quedar en el fondo de los envases un resíduo granuloso, son caractéres organolíticos que no tienen mas que un valor limitado, pero que permiten sin embargo reconocer un chocolate de una calidad regular, bastante buena.

»La digestibilidad del chocolate es un punto de su historia muy diversamente apreciado. Unos la afirman, otros la niegan; esto viene simplemente de que ni los estómagos ni los chocolates se parecen.

«Un buen chocolate preparado con el agua conveniente y aromatizado, en general es de fácil digestion. El chocolate con leche ya no es lo mismo, es de mas dudosa digestibilidad, y no hay persona que no haya experimentado por sí misma esta diferencia. Esta se explica; por lo demas, el chocolate es un alimento graso, y juntándose á la manteca del cacao la de la leche, esta suma excesiva, en casos, de granura ó adiposidad puede ocasionar una revolucion de estómago. Los chocolates para los convalecientes y estómagos delicados deben, pues, hacerse en agua. Si hay un alimento que para digerirle necesite una sustancia aromática, es ciertamente el

[1] Essai, sur les fievres, tom. I, p. 330.

chocolate. En esta condicion acompaña á todos los manjares en que dominan las materias grasas. La vainilla reemplazada fraudulentamente en los chocolates de bajo precio por el storax ó el benjuí, le comunica excelentes condiciones de aromaticidad y sabor. Las mismas ventajas produce la canela. El chocolate de los afligidos debe su perfume al ámbar. En las colonias, el instinto de las necesidades del estómago ha obligado á menudo á añadir al cacao diversos elementos aromáticos, como pimiento, clavo, gengibre, y esta adicion que repugnaria á nuestros hábitos, es allí perfectamente racional. El azúcar enriqueciendo el sabor del chocolate aumenta tambien su digestibilidad. Es menester no olvidar que esta depende, en cierta medida, del modo con que se prepara el chocolate, por cuya confeccion Brillat Savarin reclama buen gusto y casi inspiracion. [1] Si la cuasi inspiracion falta, el cuidado la puede sustituir y una coccion completa, auxiliada de la agitacion persistente del molinete que impregna de aire el chocolate y le da mas ligereza, son otras tantas condiciones que lo hacen mas digerible.

»La mezcla en partes iguales de café negro y chocolate con agua constituyen una pocion muy agradable al paladar, de un aroma fino y delicado, y que tiene por los estómagos perezosos preciosas condiciones de digestibilidad. Los catadores ó partidarios de variedades de gustos, pujando en este electricismo han mezclado además té al café y chocolate, y se hacen lenguas de los mil gustos de esta combinacion. Ello es cierto que el café hace al chocolate menos pesado.

» El chocolate es considerado como un alimento analéptico, es decir, nutritivo en poco volúmen, capaz de reparar las pérdidas sufridas por causa del trabajo, los placeres y las vigilias. Sabido se está el favor que por motivos diversos gozó entre los Richelieus, los Regentes, las madamas Sevignés y tantos otros. Ciertamente no hay porqué extrañarse de esas sus facultades reparadoras, si se considera la proporcion considerable de sustancias grasas y materias azoadas que el chocolate contiene, y si ha entrado, como se dice, en las costumbres de las odaliscas que pretenden ir á la cabeza del gran tono, de la gordura seguramente otras elecciones peores habrán hecho en mil otras cosas. El *racahut* y el *palamoud* que no tienen de oriental mas que el nombre, y que no son otro que diversas mescolanzas de féculas con polvo de cacao, azúcar y aromas, no tienen superioridad alguna alimenticia sobre los chocolates.

»En suma, el chocolate es un excelente y sabroso alimento, bajo una forma fácilmente asimilable, una buena cantidad de materias grasas y que convienen particularmente á las personas delgadas y nerviosas. El cargo inconveniente que se le ha achacado de embotar la inteligencia y hacer tarda la emision del pensamiento, á lo mas probaria, si es que tiene algo de fundado, que no tiene sobre el cerebro la accion estimulante del café, y que hay que exigirle gordura en lugar de espíritu. Digamos en su defensa que innumerables poetas, Delila y Metastasio entre otros, han

[1] Fisiol del gusto. Medit. IV. Especialidades, p. 108.

hablado del chocolate en bellos versos que demuestran á lo menos que si no hace nacer la inspiracion por sí mismo, no contraría mucho sus fulgores.

»Hay una familia botánica, la de las Rubiáceas, que ha tenido el raro privilegio de proporcionar á la higiene y á la medicina tres plantas diversas por sus aplicaciones, pero singularmente relacionadas por alta utilidad para el hombre: el café, la ipecacuana y la quina. No podrian desaparecer del cuadro de nuestros alimentos y de nuestros medicamentos sin dejar un vacío sensible en alto grado. Pertenece á la medicina propiamente dicha hacer resaltar la importancia práctica de la adquisicion de estos dos medicamentos heróicos: de la ipecacuana, cuya utilidad es tan usual y tan diariamente invocada, que seria difícil prescindir de ella; de la quina, gracias á la cual el médico, como se ha podido afirmar sin exageracion, es muy positivamente, en casos determinados, el árbitro de la salud ó de la muerte de su enfermo. El higienista pasa por estos elogios muy justificados; pero se ocupa de mucha mejor gana, en esa *familia* tan auxiliadora, del últimamente venido, del mas discutido, del que mas se ha extendido indudablemente, del café. Singulares son las vicisitudes de este producto, que despues de haber sufrido el anatema de las gentes de espíritu, los sarcasmos de los médicos, las calumnias del vulgo, háse, á pesar de esto, y acaso por esto mismo, introducido en nuestras costumbres de tal modo que ya en 1862, figuraba en los guarismos de nuestras importaciones por la cifra verdaderamente fabulosa de 31,492,485 kilógramos, y la progresion ha ido sin cesar creciendo desde entonces. ¿Dónde se parará? Es difícil pronosticarlo. ¿Es útil, es conveniente que se pare? Será mas fácil contestar á esto.

»El café y el té se dividen el favor de los gustadores. Inglaterra, Holanda, Estados-Unidos, en que el té se halla en su apogeo, no consumen sino cantidades relativamente medianas de café. En Francia, al contrario, se toma muy poco té, se hace uso del café en grande escala, y parece como que procuramos justificar, por este amplio consumo de la bebida intelectual por excelencia, esta especie de supremacia del espíritu que Europa nos concede, y de la que nosotros gozamos con una satisfaccion feliz, que podrá tener, si nosotros la descuidamos, su término. Séase lo que se fuere, es altamente curioso ver al té y al café suplirse de esta manera. Hay una pequeña nacion, laboriosa y sabiamente liberal, dos excelentes cualidades, que se distingue á la vez por el mayor consumo individual del tabaco, el té y el café: es el pueblo belga. Que los moralistas averigüen, si pueden, la relacion que existe entre estas cualidades y estos defectos; á nosotros no nos toca aquí mas que consignar el hecho. La química, que corta muchos secretos, pero que quisiera demasiadamente penetrarlos todos, ha hecho nueva luz sobre el parentesco notable del té y del café, demostrando que estos dos estimulantes del sistema nervioso, contienen un mismo alcalóide bajo dos nombres diferentes: teina y cafeina. Es, en efecto, el mismo principio con las mismas cualidades físicas, la misma composicion de elementos. No se ha de deducir de ahí que tienen la misma accion. A este alcalóide van, en efecto unidos en estas dos sustancias principios diferentes y que hacen de ellas agentes distintos, aunque análogos ciertamente.

»¿Quién no conoce el cafetal, y no ha visto entre nuestros arbustos de ciertas localidades ejemplares de esa preciosa planta? La elegancia de su follaje, el suave aroma de sus flores, la coleccion mezclada de frutos en un mismo tallo en diversos grados de madurez, cuyos matices verdes y encarnados se armonizan de las maneras mas agradables, dan al cafetal un aspecto particular que encanta á nuestra vista y olfato, y que constituye una esperanza para el gusto. La *preciosa semilla del Yemen*, siguiendo la paráfrasis obligada de los poetas, no es otra cosa que el episperma del cafetal. El mismo fruto contiene hasta dos, tres y cuatro granos, algunas veces uno solo por abortamiento de otro, y, en este caso, segun se ha experimentado en el café moka y el no-núñez, el grano subsistente tiene una forma bastantemente globulosa. La recoleccion de los granos del café se verifica sucesivamente y á medida de su madurez, y se les extrae de los frutos que los contienen utilizando, ora su secamiento espontáneo, ora la aplicacion de ciertos medios mecánicos. En este estado es como y cuando se trasporta á los países que lo consumen.

»Las clases comerciales del café son bastante numerosas: se las designa por su procedencia geográfica y por su forma; su aspecto, su aroma y su valor, han establecido entre ellas la clasificacion que determina su precio. El moka, el bourbon, el martínica, el java, etc., son las especies mas usuales del café. La mezcla de ciertas de sus especies constituye para determinados gastrónomos el *nec plus ultra* de las cualidades rápidas y olorosas de este producto.

»La preparacion del café es todo un estudio que tiene sus dificultades, pero que tiene tambien su valor. La química, de la cual todas las artes, humildes ó encopetadas, se han hecho tributarias de algunos años á esta parte, no se ha desdeñado de proyectar su luz sobre algunos hechos que habian permanecido hasta ahora en el dominio vulgar de la cocina; aquella ha teorizado algunos de esos procedimientos rutinarios, y ha perfeccionado ciertos otros. La torrefaccion ó tostamiento del café y la confeccion de esta bebida aromática, no podrian hoy sin comprometer su suavidad, separarse de las reglas científicas que les ha señalado. La torrefaccion hincha la textura del grano del café, la carameliza, destruye en sus superficies los aceites volatilizables y fijos que contiene, produce ciertas sustancias pyrogéneas y le hace perder cerca de un 17 por 100 de su peso. La tostacion debidamente dirigida y ejecutada á una temperatura de 250° da al café un color rojo buscado por los golosos; si se verifica á mayor temperatura ó duracion, lo carboniza y perjudica no menos á su sabor que á sus cualidades alimenticias. El doctor Payen ha demostrado, en efecto, que 100 gramos de café rojo producen 25 gramos de extracto, el café marron solo 19, y el bronceado únicamente da 16. La economía y la sensualidad están, pues, interesadas de consuno en que esta operacion preliminar tan importante se ejecute bien.

»Nada hay mas delicado que la tostacion del café, á no ser la preparacion de infusiones del mismo; así que la clásica y útil Dubelloy (cafetera) tiende, en muchas mesas, á ser reemplazada por esotros aparatos elegantes que reunen para el propio objeto el recipiente en que el agua entra en ebullicion y el en que obra

sobre el café molido. Los amantes ó aficionados al mismo, á ejemplo de Delila, no permiten que la cocina les usurpe *este delicioso cuidado*, y generalmente tienen en ello un placer. El café, es, en efecto, uno de los alimentos que no sufren ni la medianía de la calidad ni la de la preparacion, y no hay término medio entre una bebida suave y delicada á la vez, y esa pócima negruzca, de un sabor de empyreuma y orujo, de la cual Brillat Savarin ha dicho, en un arranque de vena é indignacion gastronómicas, que un brevaje tal, solo era á propósito para «rascar las fauces ó el gaznate de un cosaco.» Expresion viva, dura; pero verdadera.

»El modo de confeccionar el café, es una condicion de su buena calidad. La pureza del mismo no es menos indispensable. Ahora bien: pocas sustancias hay que la sofisticacion, esa langosta ehóntea, haya torturado con mayor impudencia. Júzguese por la observacion de lo que cada uno puede observar, además de lo que aquí decimos: granos alterados por un exceso de humedad y habiendo sufrido, por el aumento de peso y la pérdida del aroma, una doble causa de depredacion; café artificial preparado absolutamente con arcilla habilidosamente colorada; granos tostados fabricados con una mezcla de harinas de maiz, de centeno, de cebada, y algunos céntimos de café verdadero tostado, petrificado todo á la vez, molido y secado; café tostado y molido, en el cual independientemente de la chicoria, se han hallado polvos de acajoiba, de cinabrio, de hígado de caballo secado y pulverizado, de ocre encarnado, etc., etc.; tales son las adulteraciones de este precioso producto. Pasamos por alto otras mas repugnantes. Una policía judicial, vigilante y severa al propio tiempo, es ciertamente necesaria ante semejantes atentados cínicos contra la salud y la buena fé públicas, y no podremos menos de aplaudir la reglamentacion administrativa que prohiba se dé á una mixtura de café con otra sustancia bien diferente é insana el nombre de *café*, y que obligue tanto para el azúcar como para la mezcla de la chicoria, á indicar é indagar las proporciones en que sean sofisticadas. La higiene completa la mision ó deber de la ley señalando á los consumidores la necesidad de no comprar jamás café en otra forma que en grano, examinándolo aun atentamente, y desconfiar de esas mescolanzas de polvos, que desafian á menudo el ojo mas sagaz y avezado.

»Nadie ó pocos consumidores habrá que no hayan experimentado de una manera sensible y placentera los efectos del café. El cerebro siéntese suavemente estimulado, se libra, al parecer, por cierto grado y tiempo de las pesadas realidades de la vida y de la coyunda del cansancio; las ideas fluyen con un raudal desconocido, la memoria se halla como despertada, sobreexcitada: es, en una palabra, una bebida intelectual en toda la fuerza de la expresion. Balzac ha dicho que los necios están mas fastidiosos despues de tomar café. Esto indica que son mas locuaces, y esto no debe ser un cargo contra el café, al que jamás se ha adjudicado la pretension de dar inteligencia á la gente que no la tiene. Tissot y Hahnemann no han juzgado favorablemente esta estimulacion artificial bajo el punto de vista de los efectos consecutivos, y el segundo de dichos autores ha acusado francamente al café de la decadencia del espíritu, que en vez de producir, como en otros tiempos,

obras maestras, se gasta hoy en producciones abundantes, sí, pero artificiosas y efímeras. Es mucho decir, y el problema de la debilitacion intelectual, si es que existe, es mas complejo de lo que creia el padre de la homeopatía. Por de pronto hay que darle la razon, por lo que hace á la infancia que sale perjudicada por el estimulante del café; por lo contrario, á los viejos les es útil, principalmente á los que son pesados, flemáticos, obesos, que se duermen despues de la comida de la noche, y este torpor les pone en la pendiente de la apoplegía. Formular de un solo golpe un juicio sobre la utilidad ó el peligro de un alimento sin acepcion de los casos en que se haga uso de él, es caer en un absurdo. Hay personas á quienes el café conviene evidentemente; hay otras (y son en gran número) á quienes no hace ni bien ni mal; otras, (y esta es la excepcion) que siendo delgadas, nerviosas, irritables, deben abstenerse de él. La cuestion del clima debe tambien tomarse en cuenta: el café, en efecto, proporciona á la vida criolla un instrumento muy oportuno de resistencia debilitadora del calor, y se sabe el gran provecho que de él saca la higiene de nuestros soldados, desde que el uso de esta bebida se ha hecho reglamentaria en Argel.

»¿El café es realmente un alimento, es decir, contribuye directamente á reparar las pérdidas de la economía? ¿Ó bien, segun se ha sostenido por álguien, se limita á hacer menos activo el movimiento de destruccion de nuestros tejidos, y por consecuencia menos enérgica la necesidad de reparacion alimenticia? La discusion sigue abierta, y probablemente tardará largo tiempo en cerrarse. Puédese, entre tanto, atenerse á la sensacion no equívoca de la restauracion de las fuerzas y acallamiento del apetito que se sigue á la toma del café, y conceder de consiguiente que algo debe tener de alimenticio.

»En suma: el café, *tomado sin exceso,* es una bebida agradable, que estimula suavemente el cerebro, activa la digestion estomacal, aumenta la contractilidad del intestino y repara incontestablemente las fuerzas. Empero este *veneno lento* de Fontanelle no podria ya ser considerado como inofensivo cuando se abuse de él. Siempre tendremos la misma cuestion, la cuestion de *medida.*

»El café con leche ha venido á ser el blanco, desde hace algunos años, de las recriminaciones dirigidas á este precioso alimento, y se le ha levantado un proceso, que es, á nuestro parecer, bastante injusto. Aun últimamente groseras experiencias, de las que resulta que el café impide la coagulacion de la leche, han sido la señal de volver á romper las hostilidades contra este alimento. Si se refieren al café de los porteros de París, y otras ciudades, es decir, á ese líquido negro preparado con café sospechoso, mezclado con chicoria, mas sospechosa aun, y apendizado con leche, tambien sospechosa, no hay duda que un litro de esa pócima no constituye un gran almuerzo bajo el punto de vista higiénico y alimenticio; pero una tacita de café con leche, cuyos dos factores son excelentes, no puede dejar de tener las cualidades de un buen alimento, sabroso y muy suficientemente reparador.

»Que los aficionados al café se tranquilicen, pues, pero que no se duerman y que velen atentamente por la buena calidad de su alimento favorito. Que procuren sobre

todo no abusar, y no crearse una servidumbre tal, que no sepan abstenerse del café, cuando no haya proporcion, ó haya necesidad de dejarlo, sin ver que su pensamiento languidece, ó sin caer en las estrechas mallas del enflaquecimiento. Un sabio célebre, que era muy aficionado al café, tenia el buen gusto de atenerse á una infusion ligera y corta; así deberian hacerlo todos los favorecedores de esa bebida, especialmente las personas de trabajos intelectuales y aun mecánicos...

» Si álguien hubiera dicho, hace dos siglos, á Cárlos II, que esa yerba, de la cual la Compañía Neerlandesa de las Indias occidentales acababa de regalarle algunas libras, y cuya infusion ensayó con alguna desconfianza, llegaria aquella planta, el té, á tener un consumo anual de treinta millones de kilógramos solamente en Inglaterra, le hubiera hallado singularísimamente incrédulo á tal profecía; y sin embargo, dos siglos han bastado para que esto se realizara completamente. El Norte de Europa, la Suecia, la Bélgica, la Holanda, pero sobre todo la Rusia, no consumen en menores proporciones el aromático té que la Inglaterra. Esta bebida aromática no se ha introducido entre nosotros, en nuestras costumbres, sino á título de costumbre de buen tono, y no ha penetrado aun en las clases proletarias ó inferiores. Empero, si Francia no consume anualmente mas que trescientos mil kilógramos de té, es decir, una cantidad cien veces menor que Inglaterra, eso proviene sobre todo de la extrema difusion del uso del café entre nosotros, que ocupa en nuestras costumbres alimenticias y en todas las clases sociales un papel considerable.

» Todo el mundo sabe que el té es una planta exótica, de la familia de las Ternstremiáceas y de la tribu de las Camelias, que se cria espontáneamente en China y el Japon, donde es objeto de una explotacion y de un comercio considerables. No es que su cultura no pueda explotarse en otras partes, segun lo han demostrado suficientemente los ensayos de aclimatacion que se han ido sucediendo; pero el corto precio de la mano de obra en el extremo Oriente, y la habilidad práctica de las manipulaciones que influyen sobre el aroma y sabor de este producto, son condiciones que nos harán tributarios aun por largo tiempo, sino es para siempre, de China y del Japon. Se habia creido que el té verde y el té negro procedian de vegetales muy afines, pero diferentes. Este es un punto hoy completamente dilucidado; el té, sea cual fuere su calidad, es siempre procedente del mismo vegetal, y su diversidad de aspectos, obedece á causas múltiples, como por ejemplo, los procedimientos de preparacion, la época de la vegetacion en que las hojas han sido recolectadas, las materias colorantes ó aromáticas que se les mezclan á propósito para darles las cualidades rebuscadas por la sensualidad y el comercio. Cuando se considere que la duracion del maceramiento de las hojas puede quitarles cantidades variables de sus principios; que la disecacion, segun sea verificada suave ó violentamente, debe obrar sobre las proporciones de las sustancias volátiles que contienen; finalmente, que las hojas recolectadas en una estacion avanzada de la vejetacion, deben contener jugos mas elaborados y mas activos que los primeros botones ó pimpollos, se dará uno cuenta (sin hablar de los aromas que se le mezclan) de la

diferencia de la accion de los tés verdes y de la de los tés negros, diferencia que cada uno ha podido apreciar por sí mismo. Los tés verdes (hyson, pólvora, imperial, etc.), son mucho mas estimulantes que los tés negros, cuyas mejores variedades son los tés pekoe, naranja, souchong, etc. Producen en un grado mas notable el insomnio y la irritacion nerviosa. Su uso, tolerable en rigor, para las personas gruesas, linfáticas, repletas, debe ser formalmente privado á las personas flacas, irritables y nerviosas. La mezcla por partes iguales de las dos variedades del té, es una solucion que no nos satisface. Ciertamente es una aspiracion de la higiene que el té verde saliera de las filas alimenticias y fuera á ingresar en las habitudes de los farmacéuticos, donde tendria su verdadero sitio y utilidad.

»La química, como es de suponer, se ha ocupado de la composicion del té; ha hecho mas: con esa familiaridad de buen tono que le es propia, no se ha desdeñado de formular sobre la preparacion de esta bebida, reglas que interesan á los golosos y á las que la higiene suscribe de buen grado. Un aceite es esencial, tanino y un principio azoado, la *teina,* son, unidos á los demas elementos químicos, tejidos vegetales, los materiales que ha señalado en la composicion del té. La esencia, el tanino y la *teina* existen en proporciones diversas en el té verde y en el té negro, pero sin que por eso tales ligeras diferencias puedan explicar satisfactoriamente la actividad mas fuerte del primero. La *teina,* lo hemos dicho ya, ofrece esta particularidad curiosa, que tiene idénticamente la misma composicion y las mismas propiedades que el principio alcalóide cristalino del café, la *cafeina.* Singular afininidad de dos plantas de familias botánicas diferentes y que se codean en las habitualidades de la vida moderna.

»La *teina* es una sustancia muy activa: los experimentos de Mitcherlisch, que envenenó ranas, pescados, y hasta gatos con el auxilio de este principio, lo han demostrado suficientemente. Empero, pueden los aficionados al té estar tranquilos: el doctor Payen ha calculado que teniendo en cuenta el peso del cuerpo humano, no seria menester menos de un kilógramo del té en sustancia para que se produjeran efectos tóxicos. El té es, pues, tambien un *veneno lento,* al modo como Fontanelle lo entendia del café; sin embargo, la higiene no será la que explote el terror que estos experimentos podrian inspirar. Es muy probable que el mismo sabio Mitcherlisch no les haya sacrificado una sola taza de té.

»El té viene de lejos, y por tanto tiene un valor comercial considerable, es decir, que se hace el objetivo de los especuladores y falsificadores. No hablemos ya de ese fraude que consiste en hacer penetrar en nuestros mercados los tés de Java ó de otras partes, con marcas y etiquetas de los tés chinos mas estimados. En ello no hay grave daño en realidad, y, si los aficionados no lo reconocen, el perjuicio queda reducido á nada; pero no se queda ahí la superchería: tés infusos de antemano, coloreados con auxilio de diversas sustancias, azul de Prusia é índigo ó añil, mezclados con otras sustancias, cromato de plomo, con ligero polvo de sulfato de cal, grafites, etc., entran fraudulentamente en nuestras teterías en perjuicio de

nuestro paladar y de nuestra salud. Los tés verdes son ordinariamente mucho mas falsificados que los negros, y esta es una razon de mas para preferir estos.

» El valor del té, como alimento, ha sido el objeto de apreciaciones muy diversas. No puede en manera alguna soportar la comparacion con el café bajo el punto de vista de la energía de las facultades reparadoras. Los veinte gramos de té que entran, en efecto, en la preparacion de un litro de esa infusion, no le dan sino proporciones mínimas de materiales útiles, y obra mas bien como condimento, es decir, como sustancia estimulante del estómago, y avivadora de las aptitudes, que como alimento propiamente dicho. Sin embargo, alimenta indiscretamente por ser ocasion de que consuman con él cantidades bastante considerables de leche, pan, manteca y azúcar. Se calcula en noventa millones de kilógramos el azúcar que, solamente en Inglaterra, se emplea en endulzar el té. El doctor Payen hace notar la uniformidad de los precios de una taza de té, de café, de chocolate, que, con los accesorios, pan, azúcar, etc., salen á poca diferencia, á veinte céntimos cada taza. El té es, pues, un desayuno económico; ¿pero es un desayuno saludable? Nosotros opinamos que no. Además de que es insuficiente como reparacion, tiene todos los inconvenientes de los desayunos líquidos, que generan á la larga esa forma particular de perturbaciones digestivas que el malogrado Chomel habia designado bajo la denominacion de *dispepsia de las bebidas*. En cuanto al té de la noche, que es actualmente uno de los actos obligados de la vida confortable ó acomodada, la higiene lo patrocinaria de buena gana, con la condicion de que deje el sueño intacto, si el acompañamiento obligado de pasteles mas ó menos pesados é indigestos, no hiciera del té una comida suplementaria sumamente inoportuna.

» Ved ahí lo que hay que decir en sustancia del uso comedido, sobrio, del té. Los ataques violentos que se han lanzado contra el té, deben referirse solamente al abuso de esta bebida. Tissot, que es de los que no se han andado en chiquitas, lo coloca sin vacilar entre las causas que hacen predominar las enfermedades nerviosas de nuestro tiempo y uno de los orígenes de la degeneracion de la especie. Esto es mucho decir. El enflaquecimiento, un temblor habitual, un estado particular de sobreexcitacion nerviosa, son los únicos cargos serios que pueden ser formulados contra el uso inmoderado del té. En cuanto á los desarreglos digestivos, la abundancia de bebidas calientes contribuye ciertamente mas que el té á producirlas en las personas que se engullen cada noche cuatro ó cinco tazas de esta bebida agradable. Si se tomaran estas cantidades de infusiones de menta, de anís, de cualquier cosa que fuese, se tendria idéntico resultado. Puédese, pues, sin inconveniente alguno, usar de esa suave bebida, que es una ocasionalidad para conversaciones espirituales y para reuniones elegantes. Zimmermann, en una sátira pesimista y no justificada. la ha calificado de *mala legía chinesca*. Eso era simplemente probar que se puede escribir el « *Tratado de la Experiencia* » y pertenecer al número de esos *sordos del gusto*, de quienes habla Brillat Savarin. Por lo demás, ¿no se ha hallado quien ha calificado al Poliuto de soporoso, y narices que no hallan en el miñoneta más olor que el de yerba verde?

»Si fuéramos ahora llamados á formular un juicio de conjunto sobre esas tres bebidas ó alimentos aromáticos, diríamos que el chocolate es en mucho el mas útil de los tres al propio tiempo que el más inofensivo, y que si por su precio fuese mas accesible á las clases obreras, si ofreciera en el mercado condiciones mas seguras de una leal fabricacion, la higiene haria votos porque se convirtiera en el desayuno general, porque nutre mucho en pequeño volúmen y no hincha el estómago, como ese líquido equívoco que cuenta gran número de despachos en París y otras grandes poblaciones con el nombre ambicioso de café con leche. El chocolate es un alimento; el té y el café son á la vez estimulantes del cerebro; es decir, que el uso del primero seguirá siendo siempre limitado sin poder aspirar á la fortuna de los otros dos. Por otra parte, sino se ha podido hablar en contra de su digestibilidad, jamás tampoco se han apasionado en su oposicion; y este es un gran elemento de éxito. Que venga un Amurat IV que mande cortar la nariz á una docena de aficionados al chocolate, que un Parlamento lo condene, que haya una nueva Sevigné que sostenga que el chocolate toca á su término, y vereis al chocolate extenderse como el café. Por su desgracia, háse hallado con un elemento opuesto á la oposicion, la indiferencia, y no es probable que en mucho tiempo su consumo que es anualmente de una libra escasa por cada uno de nuestros habitantes, tome un notable desarrollo. Á los alimentos les pasa una cosa parecida á lo que pasa con los libros: son menos buscados los que alimentan que los que excitan los nervios; y el té y café, bajo este punto de vista, tendrán siempre una gran fortuna sobre el chocolate...»

Estas atinadas observaciones facultativas acerca de estos alimentos tan usados ya en todas partes por la necesidad, la moda, la vanidad ó el capricho, sin conciencia, en general, de lo que son, de lo que valen, de lo que deberian ser, de lo que deberian valer, creemos han de ser apreciadas por nuestras lectoras que precisamente están llamadas de un modo especialísimo á dirigir la alimentacion de la familia, y aun á dar el tono de la alimentacion social, porque la costumbre de ciertas clases, de ciertas personas, será siempre una especie de norte, de brújula que lleve á la nave social por determinadas latitudes, por senderos dados. En las apuntaciones trasmitidas, además de los datos peculiares de cada uno de los tres alimentos expresados, hay indicaciones apreciabilísimas sobre principios de alimentacion, que pueden perfectamente ser aprovechados por la MUJER juiciosa para la alimentacion, régimen y educacion higiénica de sus hijos, de su casa entera, de su persona misma, que no es el elemento mas desatendible en ese terreno. No trataremos aquí de otros alimentos, porque el extenso y técnico tratado de higiene que hemos dado en nuestro primer tomo nos lo dispensa, y hasta nos lo veda, puesto que seria repetir lo mismo por lo mismo, en lo cual no debemos ni queremos incurrir.

Sin embargo, antes de ir á poner nuestro final en este tratado, el trabajo, no podemos dejar de llamar la atencion de la MUJER de la clase media sobre lo que allí se dice extensa y fundadamente de la necesidad de la educacion física, de la ley de la higiene en lo tocante á la alimentacion, al vestido, al clima, á la sanidad de las habitaciones, á su aireacion, á su luz, al sol que debe proporcionarse, en cuanto se

pueda, que purifique y vivifique esas mansiones de nuestra vida, ese medio tan precioso para nuestra salud, para nuestra existencia, cuando reune las condiciones sanas, higiénicas que debe reunir; pero tan funesto á nuestra salud, á nuestros dias cuando es lóbrega, mal ventilada, mal ventilable, estrecha, húmeda, insanamente construida la habitacion. En este caso, y es harto general en ciertas profesiones de la clase media, que tienen que morar, ó al menos pasar la mayor parte del dia, y lo que es peor aun, de la noche en covachas húmedas, inventilables, insoleables, sobre las cuales además, no irradia tampoco el benéfico sol de la ciencia, de la idea, de la higiene, que en sus luces, en el color de los preceptos daria medios compensadores.

Dos palabras para terminar esta llamada: MUJER de la clase media, mientras la higiene gubernamental, urbana, municipal, no cumplan su deber, haciendo que no pueda existir una sola morada, un solo taller, un solo local de vivienda ó actividad humana que no reuna las condiciones de vida, de sanidad, de salubridad que la higiene científica experimental tiene señaladas en sus códigos, si has de trabajar, si los tuyos han de desplegar la actividad de su preciosa vida en los negocios de nuestra existencia social, sea en las mejores ó mejor compensadas condiciones posibles; pero terminado el trabajo del dia, huid de la cueva, idos á respirar, á renovar vuestra vida, á dormir al campo, buscad lejos de las bagatelas y los placeres tontos ó nocivos del mundanal ruido, en el campo saludable de extramuros, donde hallará vuestra vida, la de vuestros preciosos hijos los elementos de reparacion, de salud, de vida que Dios tiene allí derramados por nuestro bien, con abundosa bondad, sabiduría y munificencia que nosotros ni estudiamos, ni por lo mismo agradecemos, como fuera nuestro mas alto deber, ni aprovechamos, segun sus célicos designios, ni siquiera segun nuestras conveniencias.

Aire, luz, sol, limpieza, alimento sano y sobrio, ved ahí los grandes y puros manantiales de la salud y de la vida que la bondad inmensa de la Providencia ha abierto en los campos de nuestra existencia, y con los cuales debeis regar las preciosas plantas de la familia con inteligencia, habilidad y constancia. Cuando estos elementos no los teneis en casa, buscadlos al aire libre.

El trabajo es otro importantísimo elemento que favorece en alto grado la sana educacion higiénico-moral, siempre que sea practicado con sobriedad y en las condiciones de proporcionalidad á las fuerzas físico-morales de cada uno, y que sea debidamente entendido, dirigido y ejecutado, con la consecuencia de que sea bajo la égida saludable de medios sanos ó saneadores del local, del arte ó de la materia de trabajo, y le siga un alimento y descanso suficientes y reparadores. El trabajo en estas condiciones, no es una carga pesada, sino una ley natural, un poderosísimo auxiliar de la vida.

«*In medio stat salus*: en el medio está la salud, dice un aforismo clásico. «Perder el tiempo, dice Young, es mas que perder sangre; es desperdiciar la vida, es cometer un verdadero suicidio. Dios ha unido el placer al empleo del tiempo; el

castigo á su pérdida. Si el fastidio se apodera de nosotros, corramos al trabajo, el remedio es infalible. [1]

»La ley del trabajo, dice Fonsagrives, es una de las leyes mas profundamente grabadas en las entrañas de la humanidad; el que falta á ella, falta á su destino, lo prostituye, estafa á la sociedad, que no deberia abrigar en su seno miembros inútiles, llega al odio de sí mismo, y vuelve la espalda á la dicha y á la salud. A juzgar por el castigo de los que lo eluden, el trabajo que es, sin duda, una ley de expiacion, aparece como una ley de amor. Quien no gasta en el trabajo toda su actividad, la gasta en revolverse, replegarse, en su misma persona y producir en ella desórdenes de todo género; la malgasta locamente en excesos que no pueden dejar por mucho tiempo su salud intacta. El trabajo es, pues, doblemente necesario; pero si puede mucho bajo el punto de vista corporal para conservar las fuerzas, ¡cuando es bien dirigido, graduado con oportunidad y mesura, deja de ser saludable en las condiciones opuestas, y la higiene tiene ciertamente la mision, el deber de abogar por su reglamentacion teórica y práctica.

»¿Cuál es el partido, el provecho que puede obtenerse del trabajo moderado como medio de acrecentar el vigor? ¿Cuáles son los inconvenientes de un trabajo ó prematuro ó exagerado, ó ejecutado en malas condiciones higiénicas? Tales son las cuestiones que debemos examinar tratando estos puntos.

»El trabajo se presenta bajo dos formas que jamás debieran excluirse, pero que se oponen harto justamente una á otra: el trabajo del espíritu, el trabajo manual Son igualmente dignas, porque ambas responden al cumplimiento de una misma ley divina y social, y concurren armónicamente á la grande obra de la actividad humana, sometiéndose á su inteligencia el mundo de la materia y el mundo de las ideas.

»Esta separacion, si bien artificial, es además de tal suerte que no se efectua en el individuo sin un grave inconveniente. El hombre es, á la vez, cuerpo y espíritu, y estos dos elementos están en él unidos por tan estrecho lazo, como dice Montaigne, que la actividad del uno no puede suplir á la del otro. El trabajo del espíritu ennoblece el trabajo manual, y este hace inofensivo al primero. El ideal que sueña la higiene seria, pues, de una parte, que á las clases obreras fuesen accesibles á los goces del espíritu, en la medida que esto sea posible y utilizable; por otra parte, despertar en las personas dedicadas al trabajo intelectual, el gusto á los ejercicios físicos, que los antiguos no separaban del trabajo del pensamiento.

»La lucha entre el cerebro y los músculos no data de ayer, pero actualmente es mas viva que nunca, es deber de la higiene obrar la reconciliacion entre ambos elementos, y restablecer las útiles armonías entre la salud del espíritu y la del cuerpo, armonías que se pueden considerar como provisionalmente interrumpidas. La instruccion popular por un lado, la gimnástica y los juegos corporales por otro, llegarán mas tarde, así debemos creerlo, á aquella feliz, necesaria y anhelada armonía.»

[1] *Les Nuits*, tom. I. Nuit 3.ª p. 63 y 76.

El estudio del exceso de trabajo corporal, y sus funestos efectos; del excesivo trabajo mental y sus perjuicios; de la fatalidad funesta de la inaccion del cuerpo, ante la actividad sobrada del espíritu; de la inaccion de este ante el exceso de actividad de aquel, mal empleada, mal dirigida, mal explotada, y explotada sin ó con malas condiciones higiénicas, seria por sí solo un asunto complejo, pero interesantísimo para tratado por una pluma mas experta y facultativa que la nuestra. Aquí, por otra parte, por la índole de nuestro trabajo, no procede hacer mas que indicaciones generales para la visualidad y direccion de cada uno de esos puntos. La higiene ocupa hoy afortunadamente ya la atencion de las especialidades de la ciencia y de las clases sociales, y cada dia llueven tratados especiales sobre la que debe imperar en cada ramo, y cada uno está en el caso y en el deber de recogerlos como el maná de la salud, de la vida, de la reparacion, de la cultura vigorosa del cuerpo y del espíritu.

Grandes males, numerosas víctimas ha producido y produce el excesivo, mal dirigido é insano trabajo corporal; no los ha causado ni los causa menores el trabajo intelectual fuera de sus cauces higiénicos, racionales, ordenados y ordenadores. Todos los desequilibrios producen descarrilamientos, todos los descarrilamientos producen víctimas. De ahí, pues, la necesidad de encarrilar una y otra forma del trabajo, corporal y espiritual, y aun de su armonía y amigable alternativa.

»El martirologio del trabajo físico es doloroso; pero, si el pensamiento de la higiene se contrista examinando los peligros de todas clases que le rodean, en cambio se tranquiliza considerando que esas son condiciones transitorias, y que las clases trabajadoras marchan á grandes pasos hácia un trabajo mas inofensivo, menos penoso, mas en armonía con la dignidad humana. El progreso verificado á nuestra vista, en este punto, de treinta años á esta parte, es una garantía sólida del que nos promete el porvenir.

»Cuando nos hemos ocupado de la higiene educativa de la adolescencia, hemos puesto en evidencia la necesidad de moderar de una manera equitativa, los ejercicios físicos y los trabajos intelectuales, y esto nos ha llevado á condenar los defectos de los sistemas actuales. Ahora, por lo contrario, débese reivindicar los derechos del espíritu, y pedir que el trabajo de las clases obreras se verifique en tales condiciones, que llegue á ser inofensivo, y que á la vez les proporcione tiempo y medios para la cultura de su inteligencia.»

Este asunto especial lo dejaremos para el tercer tomo de nuestra obra, que es su verdadero lugar oportuno. Sea el fin de este nuestro tratado higiénico-físico-educativo terminar las consideraciones generales de las ventajas del trabajo ordenado, y los inconvenientes de la pereza así corporal como espiritual, no menos que del exceso ó desequilibrio de aquellos. Si el exceso de cualquiera de estas dos formas de trabajo causa estragos en nuestro sér; la pereza, la falta á la divina ley del trabajo, no es á su vez menos perniciosa. Para combatirla, lo primero, lo lógico, lo racional, es dirigirse á la inteligencia, demostrándole los deberes y ventajas de su ejercicio. Ved ahí la razon de este nuestro final: combatir todo desórden.

«Abordamos ahora, dice el doctor Fonsagrives, la segunda de las manifestaciones de la actividad humana, el trabajo intelectual. Si el trabajo corporal tiene su martirologio, el del espíritu no carece del suyo. Compadecemos al primero, porque tiene por acompañamiento la miseria que se ve; no se compadece al segundo, porque si da á luz tambien con el dolor, es un dolor moral, que no tiene nada de tangible ó material. Por lo tanto la tarea del trabajo forzado del espíritu no es mucho mas suave que la del trabajo de las manos impuesto por la necesidad, y cuando uno lo observa de cerca, y como higienista, halla bastante fundamento para preguntarse cuál de esas dos formas del trabajo impone á la vida y á la salud humana sacrificios mas pesados. El trabajo manual tiene las privaciones; el trabajo del espíritu tiene las agitaciones; el uno por la fatiga; el otro gasta por las emociones; aquel expone á los desórdenes físicos; este á los estragos de las pasiones. De ambos lados, el mal; mal físico y mal moral; y á las veces uno y otro al mismo tiempo; mientras que en la armonía de esos dos medios de la actividad, reside la condicion de toda seguridad y de toda dicha.

»Á la manera que el trabajo manual contenido en los justos límites está dentro de las indicaciones de la higiene, porque ejercita los órganos, ocupa la actividad, mantiene el apetito y se hace una salvaguardia contra los excesos, así mismo, y mas de lo que generalmente se cree, el trabajo del espíritu es necesario al equilibrio de la salud. Los que viven en la ociosidad son desgraciados ó enfermizos, cuando no son una y otra cosa á la vez. Y no es solamente y de una manera indirecta como preservativo contra los excesos, que la actividad cerebral tiene la utilidad fisiológica, sino que es saludable de por sí, y parece como que imprime á todos los mecanismos de la economía una especie de impulsion que les hace funcionar con mejor movimiento. Hay un equilibrio preestablecido entre las funciones de plasticidad y las funciones intelectuales. Este equilibrio no puede ser alterado sin que al punto sobrevengan sérios inconvenientes. El fastidio con todos sus inconvenientes y peligros se sigue á la inaccion del espíritu, como la sombra sigue al cuerpo; es á la vez la señal y el castigo. Ahora bien; el fastidio se deriva de dos causas: ó de la pereza del espíritu ó del desengaño, hastío, fatiga ó aburrimiento del corazon. Los fastidiados de la primera especie hormiguean por nuestras poblaciones; no han tenido que luchar para hacerse en la vida el sitio que pertenece de derecho á los hombres de corazon y de inteligencia. Ese sitio les ha sido preparado á aquellos por las caprichosas prerogativas de la fortuna, y ellos se pusieron á gozar como si hubieran llenado en la sociedad una mision útil; luego vino la saciedad del placer, la inaptitud para las dulzuras de la inteligencia, y su vida se gasta en el mas doloroso de los sentimientos: el de una irremediable inutilidad; la otra clase de fastidiados pertenece á la familia poética de los Werher, de los Obermann y de los Antony; se han emancipado del deber, como aquellos se emanciparon del trabajo; se han hecho víctimas irresponsables de la fatalidad, y acusan de plano de su desencantamiento á la sociedad fuera de cuyas leyes se colocan, y á los hombres para quienes se hacen gala de ser incomprensibles.

»Si el fastidio no es en sí mismo una enfermedad, es una cosa que se le parece muchísimo, y seria menester que un médico tuviera muy escasa filosofía ú observacion para que hubiese dejado de discernir á menudo los síntomas que le son característicos; una languidez general de todas las funciones, la pérdida del apetito, la torpeza de las digestiones, la inaptitud para los ejercicios, una respiracion lenta, irregular, suspirante; el deseo enfermizo de aislarse; la palidez del semblante, indicio de una significacion imperfecta; una fisonomía sobre la cual un abatimiento inerte ha impreso su sello, una especie de mutismo; una mezcla singular y expresiva de un entorpecimiento aparente y de una impresionabilidad real; tal es la careta morbosa del fastidio. En el órden físico, acaba ó por generar inminencias enfermizas particulares, ó por disminuir singularmente en las enfermedades una fuerza de reaccion; en el órden mental, no puede prolongarse largo tiempo sin producir las perturbaciones de la hipocondría, cuando no conduce al delirio melancólico ó á la impulsion suicida.

»El trabajo es el remedio para este doble mal, que parece, en ciertas épocas de la vida de las sociedades, multiplicar sus estragos y tomar en cierto modo un carácter contagioso, y los médicos no ignoran que el lypemaníaco, en quien se puede hacer nacer la curiosidad intelectual, vuelve rápidamente á subir la pendiente que bajó hácia la enagenacion.

»El trabajo del espíritu es, pues, bueno en sí mismo; es una condicion del equilibrio de la salud y del contentamiento ó alegría interior, y un contrapeso saludable á los excesos de todas clases.

»Empero la higiene no lo ha de considerar solamente en estas condiciones de moderacion que lo hacen inofensivo. El trabajo es una ley, pero es tambien un atractivo, es decir, que ordinariamente hace que se traspase la medida útil, y, si hay indiferentes que siguen y lo soportan, tiene tambien amantes apasionados que le dan sobre toda medida cuanto tienen en salud y en fuerzas. Es ciertamente una embriaguez, si fuera permitido aplicar este feo nombre á una cosa tan bella, tan noble, y el higienista debe, por lo mismo, ocuparse de ella, aunque hubiera, por este hecho, de acostumbrarse á ver sus preceptos despojados completamente de esa autoridad que les da el acompañamiento del ejemplo... Por otra parte es solo cuestion de energía de palabra para expresar un exceso.

»Por otra parte estamos tratando una cuestion que debe serlo con personas de génio ó talento, es decir, de mision intelectual, y, completamente desinteresados; bajo este punto de vista, podemos reclamar los derechos y franquicias del consejo ó independencia del lenguaje, que así explicado no puede ofender á nadie.

»Las condiciones desfavorables del trabajo intelectual excesivo; el grado en que influyen sobre la duracion de la vida ó sobre la salud; en fin, las precauciones que pueden mitigar estas influencias; tal es el cuadro en que vamos á movernos, cuadro vastísimo que ha proporcionado á dos escritores distinguidos, Tissot (*De la santé des gens de lettres, Laussane*) y Reveillé-Parise (*Physiologie et hygiéne des hommes adonnés aux travaux de l' esprit, Paris* 1834) materia de obras extensas y

llenas de interés. Nosotros las recomendamos á nuestros lectores, que no pueden evidentemente buscar en nuestro trabajo otra cosa que rápidas ojeadas, ideas generales y su extracto.

»Tissot reduce á los puntos siguientes las condiciones antihigiénicas del trabajo del espíritu: 1.° inaccion; 2.° contencion del espíritu; 3.° vigilias; 4.° aire estancado; 5.° defecto de cultura corporal; 6.° trabajo durante las comidas y poco despues; 7.° resistencias á las solicitaciones de las necesidades orgánicas; 8.° aislamiento voluntario.

»Todos los cargos, ó faltará poco, están formulados en esta acta de acusacion. *El factor del trabajo*, como le llama poco reverentemente Tissot, lo sacrifica todo á su pasion favorita, que pronto se convierte en su pasion única; apenas se sirve de sus músculos para otra cosa que para ir desde su biblioteca á su sillon y de su sillon á sn biblioteca; todo otro ejercicio extraño á la grande obra que es su afan, le parece una insana usurpacion sobre los derechos de su cabeza, no existen para él otros movimientos fuera de allí, porque para él todo movimiento está allí; así que las funciones digestivas que necesitan el concurso auxiliar de los miembros, no tardan en alterarse, el apetito disminuye, los músculos intestinales caen en un entorpecimiento completo, y la privacion del aire vivificador de afuera viene á reunirse con los inconvenientes de las actitudes uniformes ó viciosas que impone el trabajo de bufete.

»Estar por largo tiempo sentado, dice á este propósito Reveillé Parise, á menudo la cabeza ardiendo y los piés helándose; levantarse, volverse á sentar, golpearse la frente á intervalos, dejar la pluma, volverla á tomar, roerla; ora expansionar, ora contraer bruscamente las líneas de su semblante; animarse, calmarse, agitarse de nuevo automáticamente, tal es, generalmente, la situacion de una persona que medita profundamente y quiere dar formas á su pensamiento. Estos movimientos, en sí mismos, no encierran graves inconvenientes, si se exceptúa la curvatura prolongada del tronco, sobre todo para el que es miope. Semejante posicion dificulta de un modo singular la circulacion, favorece los remansos de sangre abdominal, comprime el hígado, el estómago y daña á las funciones de estos órganos. Yo puedo asegurar que esta causa de enfermedad, aunque es una de las menos notadas, es muy activa, porque obra sin cesar y casi sin sentirlo el que la padece. Su accion influye tambien sobre la estatura. José Scaliger hace notar que Lipse y Casaubon estaban enteramente encorvados por el estudio. Las mesas á la Trouchin pupitradas y altas, combaten este defecto con ventaja; pero es difícil de escribir mucho tiempo de pié. Sabido es, que hay pensadores que trabajan en su cama, posicion cómoda para meditar, pero no para escribir. El célebre Cujas estudiaba tendido sobre una alfombra, de vientre al suelo y rodeado de montones de libros.

»A veces ocurre que el trabajo impone una posicion desagradable. Miguel Angel, despues de haber pintado los cielos de la capilla Sixtina, experimentó un accidente singular. No podia ver casi nada mirando hácia abajo: si queria leer una carta, se veia obligado á sostenerla en alto. Esta incomodidad, dicen sus historiadores, que le duró largo tiemo.

»El peligro de una atmósfera estancada es el corolario del de la secuestracion á la que se condenan las personas de bufete, y este peligro multiplica los inconvenientes de la falta de ejercicio. Hay pocos sabios y literatos que sepan trabajar al aire libre; los que necesitan la concentracion del pensamiento, lo ven esparramarse por defuera, atraido por los objetos ó cuadros que le llaman; los que necesitan la imaginacion se aprisionan en esas condiciones en ese estado tan dulce como improductivo que se llama el ensueño.

»Por otra parte, nadie trabaja bien sino dentro de las condiciones racionales ó extraordinarias que se acomodan á su parecer; y nada hay tan caprichoso ni despótico como el pensamiento, cuando se ha aceptado su dominacion. En necesario gobernarlo desde el principio ó resignarse á ser su esclavo.

»Las dos condiciones precedentes del trabajo intelectual le son comunes con el trabajo corporal. La contencion del espíritu es para el primero lo que la fatiga para el segundo; aquí son los músculos los que se ven comprimidos; allá el cerebro el que trabaja; por ambas partes hay abuso. Cuando el trabajo es impuesto, fatiga por el fastidio; cuando tiene el atractivo por móvil, fatiga por el exceso. ¿Quién no conoce esas calaveradas del hombre estudioso en que las horas de la noche se juntan á las de dia, en que el alma olvida, hasta que se lo recuerda dolorosamente por el sufrimiento, que tiene tambien las obligaciones del cuerpo, en que el placer de saber se irrita por el deseo de saber mas y mas, intemperancia acaso mas perjudicial que las otras, porque tiene algo de nobleza que satisface los instintos elevados de nuestra alma, de nuestra naturaleza, y luego tambien porque jamás se ve apagada en la saciedad.

»Sí, por regla general, la longevidad de las personas dadas á los trabajos del espíritu es mas considerable que la de los artesanos, del modo que antes señalamos, es preciso tomar en consideracion el bienestar por una parte, el saber por otra, como elementos neutralizadores en parte del trabajo mismo. Es incontestable, en efecto, que un artesano, ejerciendo con moderacion un oficio ó arte que no tenga, por supuesto, nada de insalubre, pudiendo vivir en habitacion sana y comer suficientemente, y poseyendo además cierta cultura de espíritu, presentaria probabilidades de longevidad mas grande que el que pase la vida sobre libros en un trabajo excesivo. Por lo demas, el hecho está consignado. Lo que ahora importa estudiar es la longevidad desigual de las personas dedicadas á las diversas profesiones intelectuales.

»Los médicos alemanes han expuesto ya sobre esta cuestion tan grave y tan interesante de higiene, datos de que conviene tomar nota y de los que no pueden dejar de resultar investigaciones análogas. Lo que puede deducirse de las estadísticas, ya citadas, de Casper, Neufville, (Francfort), Escheric, Majer, etc.. es que hay notables variaciones en la duracion de la vida de las personas dedicadas á profesiones liberales diferentes. Mientras que viene representada por sesenta y cinco años, once meses respecto á los teólogos y eclesiásticos, no lo está por cincuenta y cuatro relativamente á los juristas y hacendistas, y por cincuenta y dos años y tres

meses respecto á los médicos, colocados, como antes dijimos, en la inferior de esta escala de longevidad.

»Desgraciadamente, en perjuicio de la exactitud de estos resultados, se han tomado por base *profesiones,* muchas de las cuales no implican ni un esfuerzo activo, ni un esfuerzo asíduo del pensamiento. Valdria mas partir de los hombres de vocacion intelectual y estudiar la longevidad de los que han figurado brillantemente en las diversas ramas de los conocimientos humanos, y sobre la existencia de los cuales se tienen datos históricos positivos. Este es un trabajo que nosotros tenemos ya en estudio, que publicaremos antes de mucho, Dios mediante, y hemos ya adquirido la certeza de que la longevidad de los hombres de talento varía notablemente segun la aptitud especial de su inteligencia. Así que, la longevidad media de los pintores (hasta ahora de setenta y un años) seria superior á la de los filósofos é ilustradores, y principalmente á la de los poetas, y que no les hace competencia sino la longevidad de los emditos y arqueólogos. Nos proponemos en el trabajo citado continuar recogiendo estos hechos, salvo cuando queden tan firmes que pueden dárseles aplicaciones.

»¿Existe una patología especial para los hombres entregados á los trabajos del espíritu? Puédese, sin sutileza alguna, contestar afirmativamente. La movilidad nerviosa, que el sello habitual de su salud, se halla tambien en sus enfermedades, y, por una razon que fácilmente se concibe, tienen la fisonomía de las mujeres, y por consecuencia requieren los mismos procedimientos en su conocimiento y curacion. Si de esta generalidad, aplicable al mayor número, se baja á las particularidades, experiméntase que las condiciones especiales de la vida de los obreros de la inteligencia les crean predisposiciones enfermizas particulares y que es fácil presentir.

»Por una ley invariable causa la enfermedad de un órgano la sobrada actividad de sus funciones. Es decir, que el cerebro es el punto vulnerable de los hombres que sin medida viven la vida de la inteligencia. Las enfermedades orgánicas del cerebro y la alienacion mental son, por su frecuencia, la doble expresion de este hecho.

»La contencion del espíritu mantiene el cerebro en un estado congestional periódico, y, cuando se repite diariamente, puede producir con el tiempo todas las enfermedades cerebrales á las cuales predispone al estado de irritacion de la cabeza; la congestion bajo sus diversas formas, la inflamacion del cerebro ó de las membranas, que le envuelven el reblandecimiento agudo ó crónico, la apoplegía, deben tomar, por esta influencia, una frecuencia singular, pero sobro esto no hay todavía hechos averiguados, y todo se reduce á conjeturas.

»La cuestion ha sido mejor estudiada por lo que se refiere á la enagenacion mental. La estadística nos enseña en este punto que sobre mil individuos ejerciendo profesiones intelectuales, hay, en Francia, 3'10 enagenados, al paso que en las otras profesiones (militares, domésticos, jornaleros, rentistas, propietarios, artesanos, comerciantes, negociantes), la proporcion no pasa de 1'99 máximum

á 0'42 mínimum sobre 1000. Asi mismo en Bélgica, la estadística ha revelado, en 1858, las cifras de 4'81 y de 0'92 sobre 1000 obreros, representando: la primera, la proporcion de los enagenados en las profesiones liberales, y la segunda, la proporcion en las profesiones agrícolas. En 1853, la estadística de la enagenacion en Francia clasificó, bajo el punto de vista de la frecuencia de la locura las diversas profesiones liberales. Sobre 1000 individuos de cada profesion se halló la escala siguiente de aliviados:

Artistas.	9'60
Juristas.	8'41
Eclesiásticos.	4'13
Médicos y farmacéuticos.	3'85
Profesores y hombres de letras.	3'56
Funcionarios públicos y empleados. . . .	1'37

»Los hombres de letras están colocados en esta clasificacion muy léjos de los artistas, y sin duda hay motivos para extrañarse de ver á las cabezas frias y bien ordenadas de los juristas ofrecer menos solidez que la de aquellos. ¿Es este un hecho positivo y de sólido fundamento? ¿No es más bien uno de esos resultados especiosos á los que conduce una estadística que ha de obrar sobre cifras harto débiles ó que no sabe rodearse de suficientes precauciones? Seria difícil afirmarlo; pero compréndese que una comparacion numérica de esta clase se confirmará con mayor seguridad cuando se le den por base hechos auténticos tales como los que conciernen á los hombres, cuya direccion intelectual está afirmada por la naturaleza de sus obras, y á cuyo nombre va unida la notoriedad histórica.

»Despues del cerebro, el estómago; y esta sucesion es tanto mas legítima, cuanto que hay entre estos dos órganos una solidaridad fisiológica que no se confirma en ninguna circunstancia tanto como entre los trabajadores de todas clases. Una mala digestion empaña el brillo del pensamiento y hace sentir al cerebro una humillante servidumbre; la sobrada actividad del pensamiento perturba las funciones del estómago y quita el apetito. Y además, fuera de estas relaciones de dependencia funcional, ¡cuántas causas perturbadoras para las digestiones! Una masticacion nula ó imperfecta, las comidas excesivas por distraccion, la irregularidad en las horas de comer, etc., ¿se necesita acaso otra cosa para justificar este pensamiento de Amato Lusitano: que un mal estómago sigue al trabajo del espíritu como la sombra sigue al cuerpo? Algunos escritores laboriosos han logrado escapar á la gastralgia, pero podrian contarse.

»Fontanelle ha tenido este privilegio, y, al fin de su larga y plácida carrera, se afirmaba no ser sino un estómago, y se envanecia de ello..., lo que prueba que en su calidad de sabio se contentaba con poco. El abuso del café negro y de las veladas ó vigilias, y las mil agitaciones de la vida de escritor ó de pensador, deben igualmente figurar por algo en esta liga contra el estómago; en fin, es tambien con-

veniente no abstraer el epicurismo caprichoso de los autores que les lleva á hacer pasar su estómago sucesivamente por las pruebas peligrosas de una abstinencia exagerada ó de una suculencia abusiva.

»La pereza del intestino, la frecuencia de las hemorroides, una predisposicion particular á las enfermedades calculosas y á las afecciones de las vias urinarias, completan este martirologio sobre cuyas viñetas la nostalgia borda sus miserias cotidianas. ¿Existen al menos inmunidades compensadoras? Si las hay son raras, y no pueden en todo caso provenir sino de la supresion de los otros excesos por los excesos del trabajo.

»Se comprende que tantos peligros reclamen al menos exquisitas precauciones. La mas radical de todas seria trabajar con mas mesura; pero es la que tiene menores probabilidades de ser aceptada por los apasionados del trabajo.

»Tissot con suma delicadeza dice á este propósito: «La primera dificultad que hay que vencer con los literatos cuando se trata de su salud, es hacer que se convenzan de sus errores; son como los enamorados ó amantes que se ponen furiosos si se les dice que su amor ó su pasion tiene defectos; además, todos ó casi todos tienen esa fijeza de ideas que da el estudio, que acrecentada por la buena opinion de sí mismos que embriaga á menudo á los amantes de la ciencia, hace que no sea factible persuadirles de que su conducta les ha de dañar. Advertid, razonad, rogad, reprended, generalmente es trabajo perdido, se ilusionan á sí mismos de mil maneras diferentes: uno cuenta con el vigor de su temperamento, otro con la fuerza de la habitualidad; tal espera escapar del peligro, ó la pena, porque no ha sido aun castigado; tal otro se envalentona con ejemplos peregrinos que nada prueban para él; todos oponen al médico una obstinacion que toman por firmeza, se glorian y se constituyen víctimas de ella. Muy léjos de recelarse del peligro del porvenir, no quieren muchas veces ni ver el mal presente, ó mejor, ellos consideran que el mayor de los males es para ellos la privacion del trabajo; no cuentan por nada los otros males, mientras que puedan sustraerse á aquel. Mas cuando han llegado á un grado de incertidumbre que los pone en el extremo opuesto en que todo lo temen, hasta los males mas imaginarios, no se es mas feliz con ellos, y el abatimiento no les da mayor docilidad siempre, sino una instabilidad peor que la obstinacion que no permite absolutamente contar con la seguridad de ninguna curacion seguida, y, puede decirse que, en general, los literatos son los enfermos mas difíciles de cuidar; es una razon de mas para ilustrarlos sobre los medios de conservar y restablecer su salud.» [1] Tissot habla como pico de oro; pero ¿estaba él mismo sometido á las leyes de la higiene? No sabríamos afirmarlo.

»Un argumento al que serian mas sensibles los autores que al sacado de los peligros que corren su salud y su vida, es ponerles de manifiesto la perspectiva de no poder trabajar mucho tiempo si siguen trabajando demasiadamente. ¡Cuántos y cuántos, por no haber cuidado su existencia como debian, han dejado y dejarán

[1] Tissot, *De la Santé des gens de lettres*, p. 103.

obras sin acabar! Además la actividad cerebral no puede sostenerse mas allá de algunas horas, y lo que produzca ha de ser precoz é imperfecto necesariamente. Si Corregio no hubiera muerto á los cuarenta años, extenuado por el trabajo, hubiera dado aun mucha perfeccion á los lienzos que dejó sin terminar, hubiera podido trazar otros, que habrian sido otras tantas obras maestras de las cuales le privó su insistencia en el trabajo. Si no puede pedirse esta mesura á los hombres de talento poseidos por la inspiracion de quienes esta hace lo que bien le parece, ¡cuántos sucumben sin esta gloriosa excusa!

»La variedad en el trabajo es á menudo el secreto de su inofensividad. Miguel Angel no vivió acaso hasta noventa años sino porque pasaba, como jugando, del cincel á la acuarela ó carlabon, y de esta al pincel. Saber descansar de un trabajo por medio de otro es un grande arte, pero desgraciadamente poco en uso. La unidad y rapidez de ejecucion tal vez se diga que perderian en ello; mas de seguro ganaria la salud. Mezclar el trabajo sério y que exige una profunda atencion y contencion de espíritu con esotro distractivo ó semimaquinal, que ocupa la vista ó los dedos sin encadenar la imaginacion, es practicar una excelente higiene y al mismo tiempo un buen trabajo.

»Reveille Parise ha insistido con razon sobre la necesidad de que cada persona trabaje en condiciones de las cuales la costumbre le ha constituido una necesidad, por extravagantes ó ridículas que puedan aparecer á los ojos de los demas. Uno no sabe pensar bien sino en pié; otro, como Montesquieu, observa que su cerebro funciona mas activamente cuando galopa en silla de posta; este tiene necesidad de un aislamiento profundo; aquel realiza todas sus concepciones al aire libre, en medio de la animacion y del ruido; hay quien no halla un consonante sino en la punta de un lápiz, ó ve su vena refractaria en un escritorio, etc., etc. Son estas una especie de manías que no podrian contrariarse sino en detrimento de la bondad y valor de su trabajo, y al precio de una fatiga mayor. El autor, que hemos poco ha citado, ha reunido una coleccion de curiosidades en este género de extravagancias. «Milton, dice, componia de noche, en un gran sillon, con la cabeza echada para atrás: Bossuet se ponia en un cuarto frio y con la cabeza cálidamente abrigada. Cuando Fox habia hecho algun exceso en la mesa y se retiraba á su gabinete, se envolvia la cabeza con una servilleta empapada en agua y vinagre, y así trabajaba muchas veces hasta diez horas seguidas. Dícese que Schiller trabajaba metidos los piés en hielo. Matunú, autor del *Bertran*, de *Melmoth*, se aislaba completamente para sus composiciones. Cuando la inspiracion le soplaba, se ponia un pan apretándolo entre las dos cejas, y sus criados advertidos por esta señal, se alejaban de él y no permitian se le acercara nadie. Bentham borroneaba ó escribia sus primeras ideas sobre pequeños cuadrados de papel, que compilaba unos encima de otros, y esta era la forma primitiva de sus manuscritos. Napoleon mismo tenia su modo particular de meditacion y de trabajo. «Cuando no habia consejo, dice Bourienne, permanecia solo conmigo en su despacho, hablaba conmigo, cantaba siempre, cortaba, segun su costumbre, los brazos del sillon, tenia algunas veces el aire de un niño grande,

despues levantándose de repente indicaba el plan de un monumento que hubiera que erigir, ó dictaba cosas inmensas que han maravillado ó espantado al mundo.»

»El aire libre, ejercicios corporales, paseos ó viajes sobre todo, son poderosos preservativos contra el abuso del trabajo intelectual. Hay en la estancia en el campo, pero igualmente en los viajes, una influencia poderosamente curativa, templadora, de compensacion. *Esta manera móvil de existir,* segun se ha dicho con suma razon, proporciona un cambio útil á la actividad del pensamiento, sustituye por impresiones variadas la monotonía destructora de una idea fija y produce una saludable severidad de espíritu. Conocemos hombres laboriosos que no hacen cincuenta leguas en ferro-carril sin experimentar una sensacion muy apreciable de un descanso cerebral.

»Todo el que no sepa el arte de descansarse á sí mismo, es decir, de no hacer cosa alguna, debe saber que le espera la pena de no poder contar mas que breves pasos en la vida y en el mismo trabajo tan precioso del pensamiento. El autor de «Noches célebres» conocia este arte y ha hablado de él, como de todo, con una gracia y gusto incomparables: «Yo quise, dice, descansarme algun tiempo no pensando en nada. Es una manera de vivir que es tambien de invencion mia, y que me ha sido á menudo de gran provecho; pero no está á todos concedido el saber emplear este arte, porque si es fácil dar profundidad á sus ideas ocupándose profundamente de un asunto, no lo es tanto detener el pensamiento de repente como se para un péndulo. Moliére ha tenido mal gusto en ridiculizar á un hombre que se divertia trazando círculos en un pozo; para mí tengo que ese hombre era un filósofo que tenia el poder de suspender la accion de su inteligencia para descansarla, operacion de las mas difíciles que pueda verificar el espíritu humano. Yo sé que las personas dotadas de esta facultad, sin haberla deseado y que no piensan ordinariamente en nada, me acusarán de plagiario y declamarán la prioridad de invencion; pero el estado de inmovilidad intelectual es muy otra cosa que el de que gozan y del cual Necker ha hecho la apología. [1] Mi estado de que hablo es voluntario siempre y no puede ser sino accidental, momentáneo. Para disfrutar de él en toda su plenitud, cerraba los ojos apoyándome sobre mi ventana, á guisa de un caballero fatigado, que se apoya sobre el arzon de su silla, y muy pronto el recuerdo de lo pnsado, el sentimiento de lo presente y la prevision del porvenir, se borraban de mi alma.»

»Este estado de no pensar, ó de pensar solamente á su hora, debe ser bien raro, á juzgar por los detalles de la vida de los escritores que se han distinguido en la carrera de las letras ó en la de ciencias. Los hombres medianos son los únicos que gozan de la facultad de abstraerse y de despedir al pensamiento como á una visita importuna; los otros son los esclavos de una idea; esta se apodera de ellos, les impone su yugo, les hace tomar y dejar su pluma cuando ella lo cree útil, les sigue por todas partes, hace salir el sol ó apaga su luz cuando á su capricho y les da ese aspecto distraido que es como el sello de su situacion particular.

[1] «*Sur le Bonheur des sots.*»

»Las relaciones del mundo, las conversaciones y los goces de familia, las lecturas variadas, son medios eficaces de diversion; pero lo propio del trabajo excesivo es hacer perder su gusto, y los monomaníacos de la pluma acaban por absorberse tan completamente en su pasion, que nada puede distraerles de ella. En este estado, la higiene no tiene mas que hacer que abdicar prudentemente, y llevar á otra parte unos consejos cuya completa inutilidad conoce en este caso perfectamente.

»Las fatigas del trabajo manual se reparan por el sueño; las del trabajo intelectual producen el insomnio. Este se genera de muchos modos: en primer lugar, por el estado de tension nerviosa que determina el trabajo mismo; en segundo lugar, por la irregularidad de las costumbres frecuentes y aun ordinarias de los pensadores; finalmente, por los esfuerzos del pensamiento mismo para consagrar á la actividad horas que pertenecerian de derecho al sueño. ¿Quién no conoce los artificios variados con cuyo pretexto ó auxilio se resiste á las solicitaciones legítimas del descanso; las libaciones de café, el pasarse una esponja de agua helada por la cara, el trabajar de pié, etc.? La esfera de bronce de Arquímedes ha sido singularmente perfeccionada. Llégase á dormir cuatro horas como Lacepedio y á pasarse con esto; pero todo el mundo no vive sesenta y nueve años como aquel naturalista. ¡Cuántos se quedan por este camino! La *competencia* merece bajo este punto de vista las reconvenciones de la higiene, y seria tan doloroso como instructivo el enumerar las víctimas de la competencia aludida. Todos, quien mas quien menos, hemos pasado por ahí, y sabemos lo que vale para la salud ese dulce oficio que consiste en pasar doce ó quince horas en su sillon, en leer tres ó cuatro tomos por dias, en pensar lo mas que se puede, en comer cuando se acuerda de ello, y en dormir cuando no hay nada que hacer. Conocemos un médico que de los diez y ocho á los treinta años, ha sufrido treinta y dos exámenes ú oposiciones, y se le han pasado tres y cuatro años con solo dormir tres horas por noche. Hoy que es profesor de higiene, al pensarlo, ¡cómo se confundirá!...

»Una particularidad deplorable pasa á los escritores, es: que el silencio de la noche y la tranquilidad de la almohada conspiran para aumentar la actividad del funcionamiento intelectual, y que trabajan sobremanera allí donde deberian descansar mas, donde deberian dormir. Muchos de ellos no hacen la conquista de un pensamiento feliz, de un plan, sino en esta situacion. Así es que se despiertan ó se levantan, despues de su escasa dósis de sueño, el cuerpo molido, la cabeza pesada, los ojos inflamados, y pudiéndose aplicar la exhalacion melancólica del leproso de la ciudad de Aosta: «¡Ah, señor, el insomnio!...»

»Y sin embargo es necesario pensarlo; combatir el sueño, es excitar contra sí los gérmenes de enfermedades cerebrales. Hemos hecho notar que los que cuidan enfermos, que en algun modo es una profesion de no dormir, pagan casi siempre tributo á la apoplegía. Y ¡qué diferencia entre esta vigilia apática y el insomnio febricitante y alucinado de las personas á quienes molesta y persigue el furor de componer!...

»Los literatos son valetudinarios, á los cuales por lo tanto conviene el régimen

de los valetudinarios. En otra obra hemos trazado reglas higiénicas para estos, para enfermos y convalecientes, y allí pueden ver lo que les conviene, pues no hay porque lo repitamos aquí. Mascar como Tiberio, seguir un régimen, aunque de lejos, sóbrio como Cornaro, elegir alimentos sustanciosos en pequeño volúmen, medir con extrema parsimonia la comida de la noche, resistirse á la embriaguez del café negro, no trabajar durante las digestiones, es poco mas ó menos lo que en general conviene. La sobriedad para ellos es una necesidad no menos que una virtud. Newton, que la practicó asiduamente, y á quien se persuadia fácilmente de que habia almorzado cuando aun estaba en ayunas, murió vírgen y abstinente á los ochenta y cinco años. Los literatos deben sobre todo contar con la *sobriedad* de su género de vida; no digieren sino á condicion de ser parcos en la comida.

» Trabajar todos los dias, pero solamente algunas horas; entrelazar los trabajos del pensamiento con ejercicios físicos ó paseos, variar los trabajos unos por otros, de manera que se logre una saludable diversion, llevar una vida sóbria y ordenada, imponerse una regla ó método de vida y no separarse de él, tal es el ideal educativo y saludable de la higiene. Nada iguala su sabiduría, á no ser su humildad y su resignacion á no ser oida...

» Cuatro son las clases de obreros del pensamiento: los que hacen de él una profesion y le piden el pan de cada dia; los que siguen la inclinacion de un espíritu curioso, pero comedido, y procuran ensanchar los horizontes de sus ideas y de su instruccion, sin que tengan la idea de producir de sí, ó sea, de ser autores; los que abrigan las miras de la notoriedad y ponen á este fin muchas veces un buen talento en obra; finalmente, los que llevan encendido sobre su frente el sacro faro del génio, que han venido al mundo mucho menos para sí que para los demas; y que en el mundo llenan una mision, algunas veces útil, otras funesta, siempre dolorosa. Ellos tienen la pasion y el martirio de la gloria, la felicidad, el descanso y la salud, tienen intereses que ellos no reconocen como suyos. La higiene recomienda á los primeros la moderacion y el contrapeso de los ejercicios físicos; puede tener la pretension de dirigir la vida de los segundos y de trazar una especie de reglamento á su actividad. Los consejos que acabamos de trazar son de un modo singular aplicables á los terceros; en cuanto á los últimos, á los que poseen lo que recientemente se ha llamado no sin una especie de impiedad la *nevosis del génio*, no hay que hacer mas que admirarlos, compadecerlos y abandonarlos á sí mismos. Id á decir á Chatterton que conserve los piés calientes, á Newton que cene á hora fija, á La Caille ó á Tycho-Brahe que se preserven de la humedad de las noches, á Tomás Young que escriba plácidamente de dia, y amenazadles, si se resisten á la higiene, con los tiros mezquinos de la gastralgia, de las almorranas, de la neuralgia ó con la doble perspectiva de una vida de sufrimientos y disminuida. Os despedirán y se quedarán con la razon. Empero, es necesario no olvidar que el génio-vocacion es tan raro como vulgar el génio-pretension, y la gente menuda, es decir, las nueve décimas partes de esa agitada poblacion, de la república de las letras, no tiene el derecho de despedir á la higiene educativa-salutífera. La pérdida de la salud no tendrá para

estos la compensacion de la gloria, ni podria apropiarse siquiera los honores del martirio de la inteligencia. Aquellos á quienes la inspiracion del trípode no guie, tengan al menos la seguridad de la regla. Para ellos y para nosotros se ha escrito este capítulo; no para los génios...»

¿Para qué debe recoger la MUJER estos consejos saludables? Para inspirarlos con su amor ilustrado á su marido y á sus hijos, cuyo desarrollo y educacion de alma y cuerpo Dios le ha confiado. Sea su derrotero en su mision augusta.

Escuela del Hogar

(CLASE MEDIA.)

LIBRO SEGUNDO.

LA MUJER DE LA CLASE MEDIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

EDUCACION INTELECTUAL.

Albores de la inteligencia de la niña de la clase media.—Métodos de guiar su desarrollo.—Leyes que deben iniciarlos y seguirlos.—Direccion que debe llevarlos á cabo.—Rémoras.—Auxiliares.—¿Qué puede aprender en edad temprana? —¿Cómo debe aprenderlo?—Muñecas.—Juguetes.—Juegos.

Las extensas consideraciones que en todas las leyes de la educacion físico-higiénica deben meditar las madres de familia, cuanto puede y debe saber la MUJER para llenar su mision en la cultura y desarrollo del cuerpo de sus hijos, consignado queda en el bastante vasto trasunto de higiene de nuestro tomo primero y en el tratado precedente de este volúmen, destinado á la educacion de la MUJER de la clase media.

No es que creamos haber expuesto todo lo que hay que decir, saber y practicar para el precioso y necesario cultivo de la salud, del vigor, de la lozanía de la vida del cuerpo, del desarrollo y conservacion armónica de sus fuerzas, de su economía, sobre la cual hay que calcar la accion del alma, de toda personalidad humana. No, lejos de nosotros esta pretension inmodesta, presuntuosa y pedantesca. Sin embargo creemos haber aducido datos, ideas y luces provechosas, suficientes para que pueda la MUJER, la madre, el aya, la institutriz, cualquier encargada del gobierno de una familia, de niños, de niñas, de una casa, de un asilo, de un instituto de educacion ó de administracion, guiarse prudente y favorablemente en la buena y saludable gestion de su cargo para sí y para los que estén á su cuidado. Mas aun: indicándoles nosotros allí y aquí fuentes puras y abundosas en las cuales puedan saciar su sed de saber, si no le bastaren los arroyos que de las mismas y de la poca ó mucha experiencia nuestra hemos conducido al verjel de sus almas, opinamos haberles prestado un servicio apreciable á ellas, y haberlo prestado á la salud y educacion

de la infancia enseñándoles esos manantiales de vida, de lozanía, de salud, é indicando cómo deben evitar ó sanear las emanaciones pestilentes de la incuria, de la ignorancia, de la rutina, de la distraccion ó indiferencia detestables ó criminales, que minan los preciados edificios de la vida humana.

¿Qué es un libro, un tratado, una obra? Una cátedra al aire libre. ¿Y cuál es el objeto que debe proponerse el que desempeña una cátedra? Desbrozar el camino ó caminos que conducen á las fuentes de lo que enseña: enseñar á estudiar á los que le honran con su atencion, y él honra con su trabajo y su palabra.

Si nosotros no hemos enseñado nada nuevo, creemos que no se nos negará el modesto honor de haber enseñado á estudiar la ciencia, el arte precioso de la cultura de la salud, del desarrollo de la organizacion física, de las facultades del cuerpo, que en su valor respectivo, no son de menos importancia y necesidad que las del alma, aunque sean de inferior gerarquía. En el engranaje de una economía, de un todo armónico, correlativo, las piezas mas pequeñas, de inferior categoría, no dejan de ser necesarias, ni exigen menor cuidado que las mayores ó de mas esmerada construccion ó belleza. Esto es innegable para todo juicio bien ordenado y que tenga conciencia, ciencia y experiencia de las cosas.

Por lo mismo hemos llamado la atencion de las individualidades y de las colectividades sociales, sobre todo de la MUJER, de la familia, de las autoridades, de todo órden hácia la necesidad de que se atienda con mayor cuidado, con mas ciencia, con mas exquisita conciencia, al sagrado deber del cultivo de la salud, del desarrollo del organismo, sin el cual nuestra alma se halla como telegrafista con alambres cortados ó inservibles, nuestra existencia como el alma de Garibay.

Insiguiendo ahora de etapa en etapa nuestro camino de investigacion, de rotulamiento, de indicaciones de los manantiales que deben regar los bellos campos del cuerpo, del alma, del corazon y de la mision de la MUJER, vamos á entrar en la meseta del alma de la MUJER de la clase media, y ver qué fuentes podamos y debamos hacerle afluir para que su cultivo, el cultivo de las cuasi divinas facultades de su inteligencia, de su juicio, de su razon, salga del raquitismo, de la miseria en que las tienen la rutina y los miasmas sociales. Tal debe ser el objetivo de este segundo libro del presente volúmen.

Para que el laboreo sea fecundo, es preciso que descienda al fondo de la tierra, es necesario que todas sus capas participen de la aireacion, de la renovacion, del abono, y esta participacion sea desde el principio, simultánea ó sucesiva, segun el tiempo y los fines de aquella, que se lleve á cabo con ciencia y conciencia de lo que se hace, y obedeciendo á un método, á un sistema racional.

Estos procedimientos no son en manera alguna exigencias utópicas, son sencillamente los términos elementales con que debe obrar siempre la persona humana en todos sus actos, con racionalidad en lo que trata, en los medios y en los fines que se propone.

Segun se desprende de nuestras indicaciones sobre educacion física, importante y trascendental es el cultivo del cuerpo, *abono,* desde su principio hasta su cabal y completo desarrollo y conservacion.

El completo y cabal desarrollo del alma, no ha de ser pues de inferior quilate. Sencillamente debe considerarse como el segundo grado del cultivo total de la personalidad humana. Si nosotros, con todos los autores, hemos colocado en primer punto la educacion física, es solo porque esta es la pauta de nuestro desenvolvimiento en tiempo y en gradacion sucesiva; no empero porque sea de superior categoría. Si en la consideracion y desenvolvimiento de un todo armónico, indivisible, aunque complejo, puede considerarse superior é inferior, indudablemente en sí mismo, y respecto al alcance y trascendencia de sus actos, el cultivo del alma es de una gerarquía y grado incomparablemente mas trascendental que el del cuerpo. Mas no puede ni debe olvidarse que el cuerpo es al alma lo que poco ha hemos apuntado, y de ahí la necesidad de que el cultivo de este sér misterioso, de alma y cuerpo compuesto, se lleve ó simultánea ó sucesivamente á la par, dando á cada elemento racional y eficazmente el laboreo y abonos correspondientes á su naturaleza, á su fomento y á sus operaciones y fines.

Dado pues que el cultivo del cuerpo no se deja en zaga, entremos en el cultivo del alma de la MUJER de la clase media, por los procedimientos análogos y racionales, esto es, tomándolo desde sus rudimentos, desde su iniciacion, desde que da comienzo su exposicion al trabajo, á la luz, al ejercicio de sus fuerzas espirituales, para que no torne ni se convierta en erial ó en un pobre campo que se agoste á las mas leves tempestades, dé escaso ó nulo producto, que el del alma de la MUJER de la clase media ha de ser abundante, porque representa la hacienda mas vasta de la sociedad, de la que con razon suma se llama nervio, porque es grande su extension, importantísimas sus funciones, y es la clase en que por todas estas consideraciones debe representar mayor suma de inteligencia, de experiencia, de trabajo, de virtudes, que son los alimentos del órden moral de la sociedad humana.

Ahora bien: el cultivo del alma de la MUJER de esta clase, se halla en todas partes mucho mas baja de lo que debiera estar, pero sobre todo en nuestro pais, donde sino está este campo por roturar, se le da un cultivo tan escaso, tan superficial, tan rutinario, tan caprichoso, tan intermitente é irregular, que son mayores, mucho mayores las cosechas que produce en espinas, abrojos y malas yerbas que en los preciosos frutos de inteligencia, de ciencia, de conciencia, de fecundo trabajo y virtudes, que en grandes cantidades debiera producir para ser madre verdadera de la familia y de la sociedad.

Si profundizamos en la investigacion de las causas del estado lamentable de ese precioso y vasto campo del alma, de la inteligencia de la MUJER de la clase media, como lo hicimos con las del estado del de la clase alta, hallaremos que son varias y complejas, todas á cual mas perjudiciales: la rutina, la ignorancia, la preocupacion, la incuria, la indiferencia de los elementos directores, ó *soi disant* tales, de la educacion de la familia, y sobre todo de la falta de proponerse y sostener esos elementos un método educativo de esas almas, desde que ellas se abren á la luz, y ni siquiera ese método en la mayor parte se ha pensado, ni se ha creido necesario pensarlo, y mucho menos ejecutarlo, ora sea en casa, en la escuela del hogar, ora

sea en escuela exterior, haciéndolo ejecutar, exigiendo que se ejecute, vigilando su ejecucion regular, gradativa, constante en la educacion de las hijas de la clase media. Déjanla al contrario al imperio despótico de las causas arriba enumeradas, ó se pagan de meras apariencias de feria, de especulacion, ó de criterios maquinales, rutinarios, educadores inconscientes ó interesados, ó preocupados contra la luz de una verdadera, completa y fructífera educacion de todas las facultades del alma de la MUJER, que temen se convierta en sol de la familia, en foco esplendente de irradiacion social. Es pues preciso y urgente hacer desaparecer esas manchas de la educacion de la MUJER, y sobre todo de la MUJER de la clase media, de la que hay que hacer por otros métodos de verdad y riqueza educativas la gran motriz de la familia y del progreso social, que no puede tener una marcha desembarazada mientras tenga que luchar con la cortedad, miopía ó preocupacion de ese elemento desconocido, por su ninguna cultura, ó por lo detestable de la que recibe.

Si, con el criterio firme y luminoso que hemos señalado, con un método racional que el padre y la madre debieran haber mirado como su primer y mas sagrado deber al verse ante sí con los primeros frutos de bendicion que Dios ha puesto en el sagrado campo de su hogar, de su connubio, han de hacerse desaparecer las señaladas causas que cortan el vuelo al alma del ángel de ese hogar. Ese criterio y ese método si no sabe implantarlos la madre, debe el padre de la clase media imponerlos con la fuerza de su derecho y de su deber; porque por algo es el jefe en la direccion de la familia, y en consecuencia en la educacion de su hija, que no solo es su hija, sino que ha de ser la gran madre del porvenir en la clase media.

Dirigida por esta batuta firme, regular, constante é inteligentemente, se verá realizada la bella armonía de la mision de la MUJER de la clase media, desde sus primeras notas hasta sus mas sublimes acordes.

Tal es la escala en que debe empezar, seguir y completarse esa elevada armonía educativa. En efecto, debe iniciarse desde las primeras señales de raciocinio en la existencia de la niña, que ciertamente tienen lugar en edad mas tierna de lo que comunmente se cree. Esas tiernas primicias intelectuales son las que deben aprovecharse para toda marcha, para toda formacion, y mayormente para la formacion del alma, de la inteligencia, de la conciencia, del espíritu humano. Si esos primeros pasos se tuercen ó se dejan sin utilizar como semillas enterradas en abismos estériles, cuando se quieran enderezar ó poner en movimiento en años venideros, ó no se logra, ó se consigue escasamente, y siempre se habrá perdido un tiempo y una actividad preciosos, que debian haber dado ya ó preparádose á dar para entonces ópimos resultados.

Empecemos pues consciente y decididamente, sin violencias extemporáneas, con los excelentes procedimientos de la educacion moderna, la cultura de su alma tierna.

En un alma tierna se pueden grabar, provechosamente como se graba una imágen en blanda cera, toda clase de ideas, de impresiones, de principios, de juicios, de preocupaciones, de errores, y aun de los sólidos ó falsos fundamentos de

la conciencia. Este procedimiento, este raciocinio, es sumamente lógico, natural, conforme á la esencia de las cosas, y á lo que nos enseña todos los dias la experiencia. De como cada planta lleva los jugos conforme al abono que le dieron á ella, nada tendremos que decir; toda mediana razon observadora lo puede ver á cada paso. ¿Por ventura el frasco no guarda largo tiempo el olor de la esencia que contuvo, y de la cual se penetraron sus poros? Análogamente pues el juicio, la razon, la conciencia se nutre de lo que primero la alimentaron, por lo que el refran: «Lo que se aprende en la cuna, siempre dura,» ni es falso, ni exagerado, sino la fórmula matemático-moral de lo que pasa á nuestra alma, por efecto de nuestra educacion.

¿Habremos de explicar aun aquí lo que se entiende por educacion? Pudiéramos excusarnos de hacerlo habiéndolo ampliamente verificado en nuestro primer tomo; pero como cada uno en nuestro plan goza de una especie de autonomía, no nos negaremos á consignar su definicion en los tres. «*Educere, ducere é*, sacar de:» ved ahí lo que quiere decir *educacion;* despertar, sacar las facultades del sueño en que están en el alma, á la manera que se sacan de la tierra sus fuerzas, sus jugos, sus frutos. Ir pues despertando en el alma de la niña, su percepcion, su impresion, su idea, su juicio, su raciocinio, su generalizacion, su abstraccion, su sentimiento, su voluntad, su razon, recta, suficiente y gradativamente, encaminarla á regir su criterio, su voluntad, su corazon, su carácter y su conciencia, tal es la tarea, el noble objeto, el elevado fin que debe proponerse toda educacion que sea digna de tan puro y elevado nombre; á tanto debe conducir un buen sistema, un buen método educativo.

¿Qué hemos dicho debe hacerse para lograr un cuerpo sano, robusto, desarrollado, apto para el trabajo y la belleza? Nutrirlo de un aire sano, de una alimentacion sóbria, sustanciosa y saludable desde el seno materno hasta el desarrollo completo de la vida; que tenga siempre un medio, una habitacion aireada, ventilada, asoleada, que goce siempre una respiracion pura, que esté libre de todo miasma en el ejercicio de su vida, que le cubra un vestido cómodo, conforme á la sencillez y sanidad de los preceptos higiénicos, que estos sean perennemente los conservadores de su vigor, de su salud, de su existencia entera. Análogamente pues debe procederse en el cultivo del espíritu: desde su primer dispertar respire saludable, sustancial, sóbriamente el aire del alma que es la verdad, la bondad, la justicia, que penetre en su fondo como el oxígeno penetra en el fondo de toda la economía corporal purificándola, renovándola, remozándola y dándole nuevo caudal de vida en cada inspiracion y aspiracion de los pulmones, que son como los sentidos de la vida física. Entre, pues, el oxígeno de la verdad, de la idea, del juicio, del raciocinio, del sentimiento de lo bueno, de lo bello y de lo justo en el alma de la niña por los órganos de sus sentidos, que son los órganos de la respiracion del alma, del espíritu, de la voluntad, del carácter, de la conciencia, en una palabra, de toda la economía espiritual, anímica, moral; entre en la forma de una breve plegaria á Dios, fuente de todo sér, de toda verdad, de toda bondad, de toda belleza; de

una fabulita, manantial de virtudes, de bellos sentimientos, que la inclinen á la compasion del pobre, del desgraciado, al amor de todo el mundo, porque ella ha de ser algun dia un mundo de amor creador, regenerador; en forma de una cancion sentimental, que la enseñe á amar á la patria, porque ella ha de ser la verdadera madre de la patria en sus hijos; alejadla de todo roce que pueda viciar su buen sentido, su criterio, su buen juicio, su razon, su conciencia, que pueda alejarla de vuestra mano, de vuestra sombra tutelar, de vuestros labios, que para ella han de ser fuentes de dulce vida que fluyan en su alma y en su corazon, sobre todo de los labios de la madre, única maestra ó directora que su educacion debiera tener, y así inspirándola, así alimentándola todos los dias de un modo regular, constante y gradual, veríais crecer su alma, con la belleza y grandor de todas sus facultades como un prodigio de vida, como un destello de hermosa esperanza, como un ángel tutelar de las generaciones venideras, para cuya maternidad iluminada y esplendente debeis prepararla. Así educada, así levantada, así preparada esa bella niña de la clase media, no seria un dia buscada como una hora de placer, un mueble de lujo ó un montoncillo de oro; no seria despreciada al carecer de estas groseras dotes; no seria despreciable por su ignorancia, por su preocupacion, por la pequeñez de su espíritu, por ser estorbo, rémora, oposicion á la luz, al progreso de la verdad, de la justicia y del bienestar de la familia humana; no seria presa favorita del fanatismo materialista, ni del fanatismo religioso; en vez de una rémora constante, inconsciente y sistemática del progreso, seria su mejor palanca, que es lo que ha de ser.

Este no es un sueño ni una utopía, es la fórmula del problema etnográfico y social que la civilizacion persigue, y cuya solucion han de imponer ó están imponiendo la conveniencia y necesidad sociales. La ganancia está en anticiparla en vez de retardar su venida, y la clase media no es la menos interesada y la que tiene menos deber en apresurar su consecucion, que puede y debe lograr por la educacion racional de la MUJER. Que esta es hoy falsa y descuidada, y que deba empezar en la primera edad, desde sus primeros albores, hasta ponerla en estado real, positivo, adecuado de cumplir su gran mision, no lo sostenemos solo nosotros, lo sostienen con nosotros todas las almas grandes de uno y otro sexo, de todos los tiempos, pero especialmente de nuestro siglo. Así ha podido leerse en las respetabilísimas autoridades que hemos citado en el tomo primero y citaremos aquí. Desde las venerandas páginas de la Santa BÍBLIA hasta el último escritor pudiéramos multiplicarlas y nos dejarian en buen lugar. Nosotros empero no tomaremos mas que las que creamos necesarias para que nuestras tésis, nuestras proposiciones gocen el sello de autoridad que nos defienda contra los detractores de la civilizacion, y del honor, y de la grandeza, y de la mision de la MUJER.

«Al crear Dios á la persona humana, dice un español moderno que ha escrito sobre educacion, la dotó de preciosas y divinas facultades, cuales no las reunen los demas séres de la creacion, y que son otras tantas fuerzas de que ha de valerse para alcanzar su fin.

»Pero las facultades humanas, aunque desde un principio revelan su propia existencia y hasta su poder y belleza, aparecen en estado de gérmen, y á semejanza de la flor encerrada en su capullo, solo se manifiestan en todo su poder, desarrollándose progresivamente por medio del cultivo.

»Toda la doctrina de la educacion se funda en estas verdades, por las cuales se explica su naturaleza, su importancia, su necesidad, su extension, y las diferentes maneras de considerarla.

»Formar á la persona preparándola para cumplir su destino en este mundo y en el mundo ulterior, es el *objeto final* de la educacion.

»Desenvolver sus facultades, cultivándolas y ejercitándolas, su *objeto inmediato.*

»Por la educacion despiertan del sueño en que están sumergidas las facultades humanas, se desenvuelven, se fortalecen y adquieren la plenitud de vida y poder de que son susceptibles. Con el desarrollo de estas, que constituyen la naturaleza y dignidad humanas, se forma y prepara el hombre, la MUJER, para hacer la dicha de su familia, para servir á su patria segun su posicion y talento, y para el reino de los cielos, donde solo es dado alcanzar la perfeccion.

»En este sentido, la educacion concurriendo á la obra de Dios, conforme á sus altos designios, es uno de los reflejos mas admirables de la accion, de la bondad y de la sabiduría divinas, y por consiguiente uno de los asuntos mas elevados y trascendentales. En esto estriba su grande *importancia.*

»El estado de gérmen en que aparecen las facultades humanas, supone su ordenado y progresivo desarrollo conforme á la voluntad de Dios, y de aquí la *necesidad* de la educacion, que no consiste fundamentalmente mas que en este desarrollo.

»Los diversos órdenes de las facultades, por mas que en su conjunto tiendan á un mismo fin, se manifiestan por diversos efectos y pueden estudiarse separadamente.

»Hay en primer lugar, clara y manifiesta diferencia entre las facultades físicas y las facultades superiores de la persona humana, lo cual sirve de fundamento para distinguir la educacion del *cuerpo* de la educacion del *alma.*

»Entre las facultades del alma, hay tambien diversos órdenes. Unas se refieren al entendimiento, otras al sentimiento y otras á la voluntad, y de aquí la educacion *intelectual,* la educacion *estética* ó de la facultad de sentir y la educacion *moral* y *religiosa.*

»Como instrumento del alma, el cuerpo ha de ser sano, robusto y ágil para ejecutar las órdenes del espíritu. Tales disposiciones se adquieren por medio del desarrollo de las fuerzas corporales, que es el objeto de la educacion *física.*

»Para concurrir al fin comun de las facultades humanas, el espíritu debe desplegar la atencion, la percepcion, la memoria, la imaginacion, el juicio, la razon, todas las fuerzas de que está dotado. En su desarrollo consiste la educacion *intelectual.*

»En el corazon hay que desenvolver los sentimientos afectuosos, nobles y eleva-

dos, por medio del ejercicio, y á esto se reduce el desarrollo de la facultad de sentir, ó la educacion *estética*.

»Por fin; el alma debe volverse hácia el Criador, sometiéndose á su voluntad en todo y por todo, obrando siempre bajo las inspiraciones de una conciencia ilustrada por las luces de la fé y de la razon, que es lo que se propone, ó tiene por objeto la educacion moral y religiosa.»

A este bosquejo, para estar en correlacion homóloga con nuestro programa, no le falta mas que la exposicion ó enunciado de los principios sociales que deben darse á la MUJER en su educacion para que sea completa, de ahí que nosotros añadamos una cuarta parte ó libro, que forma el objeto de la *educacion social*. Por lo demas, los estremos del desarrollo de este programa con el nuestro en el fondo son idénticos. Naturaleza de gérmen de las facultades humanas-necesidad de su completa educacion.

Ya se verá en el decurso de nuestro trabajo que no es este el único autor de nota, que está teórica y prácticamente de acuerdo con nosotros y nuestro plan. Este, lo confesamos, es vasto, exige conocimientos para que se realicen sus indicaciones, desde la cuna, digámoslo así, hasta la emancipacion de la MUJER. Empero, además de lo que nosotros indicamos, ahí están los libros que señalamos á la inteligencia, y sobre todo al amor de la madre, de la verdadera MUJER. Beba en ella esos puros raudales de criterio, de conocimiento, de método, de ese arte sublime y sencillo á la par para el corazon amoroso de una madre que quiera lo que debe querer sobre todo, la formacion, la verdadera generacion de su hijita desde los primeros pasos de su vida, á la sombra de su mirada, de su sonrisa, de su serenidad, de su mano, de su ejemplo, de su arte y al calor de su corazon maternal. ¿Qué valen en comparacion de esta obra sublime de inteligencia, de amor y de arte, creadores de un astro del firmamento de la familia humana, todas las modas, las bagatelas, las diversiones mundanas de que se prive una madre, como es su deber, en aras de aquella semidivina obra? ¡Ah! nada, nada, nada... para una verdadera MUJER, para una buena madre. Mas una madre así ha de ser cortada por el patron de los siguientes lineamientos educativo-maternales: «Hay madres de tal manera idólatras, dice un ilustre educador, de tal manera abstraidas en esa contemplacion (la educacion de su hijita) que permanecerian todo el dia de hinojos ante su ángel. Todo se lo recuerda á cada momento, y este recuerdo es para ellas de inefable dulzura, jamás les molesta. Esto no les basta; la union está mas aun en la voluntad que obra, en el concurso de la accion. Si no obra contigo, ¿sabrás si te ama? El juego es el que va á crear entre vosotras esa union, esa identificacion, esa estrecha alianza mas aun que la misma lactancia, y que tendrá todos los caractéres de una lactancia del espíritu, verdadera creacion.

»Jugando, despierta (la madre) su tierna alma, su inteligencia, su pensamiento, su voluntad. En ese ángel descansa una persona, despiértala por la educacion. Y tú gozarás de esa inefable dicha, de que esa alma y esa persona, ese deseo y ese querer, no tendrán en aquel momento otro objetivo que tú misma. Su libertad auxi-

liada por tí, no desplegará su primer vuelo sino para dirigirse á tí...» ¡Ah! ¡cuánta razon tiene! ¡Cómo volveríamos, de buena gana despues de haber gozado lo que se llaman felicidades de esta vida, al paraíso del amor maternal!

»Empero, ¿qué haré yo, dirá ella? Sin duda yo seré muy feliz en convertirme en su Mentor, en su amiga, en su camarada. ¿Mas qué haré?—No te apures, amiga mia, poco ó nada, pues si sabes atenderle y seguirle, ese ángel por sí mismo te enseñará lo que con él debas hacer en esta sublime obra. Obsérvalo, ponlo, si puedes, dulcemente sobre la mullida yerba, sobre esa alfombra de flores, que Dios con tanta sabiduría y amor ha tendido para nosotros, para los ángeles de la tierra sobre toda su faz. No tienes que hacer mas que mirarle, seguirle siempre; sus movimientos mismos te guiarán y te enseñará mientras tú la enseñes.

»Esos movimientos, esos gritos, esos ensayos de accion, al principio impotentes, los jueguecillos que les siguen, no son ni arbitrarios, ni al acaso, ni infructuosos. No son solo peculiares de tu niñita; lo que ahí contemplas extasiada, es lá representacion de la humanidad entera, segun ella fué. «Esta primera actividad, dice Froebel, el gran preceptista y el gran educador de la infancia, nos recuerda y nos renueva las inclinaciones, las ideas, las necesidades primeras que sintió nuestra naturaleza. Puede indudablemente mezclársele algun elemento extraño en nuestras razas degeneradas por una sociedad artificial y ficticia; empero es, en el fondo, nada menos que una revelacion muy grave del pasado lejano de la humanidad y de sus inspiraciones é instintos para el porvenir. El juego es un espejo mágico en el cual no tienes mas que mirar para aprender lo que fué el hombre, y lo que será, y lo que es menester practicar para llevarlo hasta su fin.»

»Saquemos de ahí sin vacilaciones de ningun género, el primer principio, que contiene ya en gérmen todos los demas: «*La madre no enseña á sus hijos sino lo que ellos desde el principio deben haberle indicado.*» Lo cual quiere decir que ellos le enseñan, que de ellos saca los primeros gérmenes de lo que ha de desarrollar en ellos. Eso quiere decir que en esa bella infancia ella ha visto primeramente pasar en sombras, lo que con el tiempo, con su arte, su auxilio, su habilidad, será luz clara y resplandeciente.

»Así, ¿estos gérmenes son buenos, exclama ella, y estos vislumbres son santos? ¡Gracias! ¡Oh! lo habia creido. Se me habia dicho con dureza que los niños no nacen buenos. Jamás quise asentir á ello. ¡Yo sentia á Dios tan perfectamente en mi hijita!

—»¡Amable, divino consejo! ¡Cómo consuela y tranquiliza mi corazon de madre! ¡Fijar en ella mis miradas, hacerla regla de mi conducta, no tener mas que su identificacion conmigo!

—»Poco á poco, cara amiga; observemos ante todo si su voluntad se dirige al bien, y si va guiada por una rectitud de inteligencia que tú debes ir creando. Veamos si en la multitud de cosas confusas que van presentándose á su tierna atencion no espera tu poderoso auxilio para ayudarle á elegir los objetos de su voluntad.

»Aquí es donde tiene su gran oportunidad la doctrina de Froebel, y aquí es donde su mirada de águila, á fuerza de sencillez, ha hallado lo que los sabios habian vanamente buscado, el dulce y fecundo misterio de la educacion.

»Tal fué este hombre, tal fué su doctrina. Este campesino de Alemania tuvo la felicidad de convertirse en un sér hábil, retuvo el don singular de la niñez, y la facultad única de volver á hallar precisamente las impresiones de su cuna. «Yo estaba, dice, rodeado de una oscura y profunda neblina. No ver nada, no oir nada, es por de pronto una libertad; empero cuando nuestros sentidos nos transmiten muchas imágenes, y muchos sonidos, la realidad nos oprime, en esos momentos. Un mundo de cosas incomprensibles, sin órden ni ilacion, se nos presenta á la vez y sin consultar nuestras fuerzas; nos hallamos maravillados, inquietos, oprimidos, excitados. De tantas impresiones efímeras solo nos queda la fatiga. Es un auxilio consolador, una felicidad, si una providencia amiga, de entre el tropel de esos objetos, elige, nos presenta frecuente y repetidamente tales y tales otros, que haciéndonoslos familiares, no nos ocupan sino divirtiéndonos y nos libran de esa babel.»

»De esa manera esta primera educacion, lejos de ser una traba para la infancia, le es un socorro, un auxilio, un atractivo, una diversion provechosísima, *es librarnos del cáos* de las impresiones harto diversas que la asfixiaban. La madre poniendo á su hijo las cosas en órden, una á una, para complacerle y hacerle fácil la tarea de esa delicada construccion intelectual, observar y manejar los pequeños objetos que le agradan, le crea la verdadera libertad de accion que pide aquella edad.

»Para hacerse, en esta via, un método bueno y seguro, basta comprender estas tendencias. Cosa fácil para aquella que, noche y dia, se inclina sobre su hijito, ó hijita, le mira, se entera de lo que es, de lo que quiere, del bien que puede hacerle. Esto es cumplir la mision maternal, el deber de nutrir el alma y el cuerpo de sus hijos.

»Ella (la niña) ante todo quiere ser amada, desea que te ocupes de ese ángel que en tus manos ha puesto Dios, que todos tus actos, que toda tu vida le inspire amor. ¡Oh! ¡Cuán fácil, cuán dulce es este deber para el corazon verdaderamente maternal!

»En segundo lugar, quiere vivir, vivir mucho, siempre, cada dia mas, ensanchar el círculo de su pequeña accion, remover, variar su vida, transportarla de acá para allá, ser libre. No te asustes, ¡oh madre! libre á tu lado, querida madre; siempre lo mas cerca posible de tí, siempre al contacto de tu vestido, siempre libre para abrazarte.

»En tercer lugar, ya en alas de descubrimientos, no se preocupa poco de objetos nuevos, quiere conocer, por tí y siempre va á tí, no solo por un instinto de debilidad y de ignorancia, sino, yo no sé por qué sentido que le dice que por medio de tí todo llega, dulce, amable, bueno, y que tú eres la leche de la vida y la miel de la naturaleza.

»En cuarto lugar, ese ángel, que apenas sabe hablar, que apenas cuenta con la firmeza de su paso, es, sin embargo, ya como nosotros; su corazon, sus ojos mismos

saben ya juzgar, y te halla muy hermosa. Cada objeto, cada cosa le parece bella con tal que se te parezca. A todo lo que de cerca ó de lejos le recuerda las formas suaves de su madre, exclama claramente: ¡Es bonito! Cuando son cosas inertes, se le escapa mas la relacion que puedan tener contigo, con tu hermosura viviente; esta, empero, influye poderosamente sobre su juicio. La simetría de los órganos y de las formas, de tus manos, de tus ojos, le proporcionan en algun modo la idea de armonía.

»Por lo demas, lo que es en ella grande y bello, es que rebosa tanta vida, que parece que la comunica liberalmente á los objetos que le rodean. Los mas sencillos son los que merecen su preferencia. Séres orgánicos, vivos, pudieran divertirle, pero su accion independiente seria para ella un obstáculo: los dañaria sin malicia, los abriria solamente por examinarlos, por mera curiosidad.

»Dale mas bien juguetes de formas sencillas, elementales, y de figuras regulares, cuya estructura pueda abarcar jugando. La naturaleza, en el primer ensayo de asociacion, produce cristales. Haz como ella, dale á ese ángel formas análogas á las de los cristales. Está segura que se servirá de ellas, como de tantos otros materiales, yustaponiéndolas y sobreponiéndolas. Tal es su instinto. Sino se le da nada, se entretiene con arena, que se escurre siempre.

»Sobre todo conviene apartar de su vista, de su educacion, toda monotonía de modelos, que encadenen su tierna imaginacion. No le infundas el servilismo de imitacion. Está segura de que en su espíritu, al menos en su memoria, hallará bellos tipos de pequeña arquitectura. Una mañana, maravillada, descubrirás en tu casita...

»¡Milagro! exclamarás: ella, el angelito, es quien ha hecho tal cosa: mi hijo, mi hija, es un creador.»

» Este es el nombre del sér que tú estás creando ahí con la educacion.

»Añadid á eso, que en haciendo algo, en produciendo algo, en creando algo, va á crearse á sí propio. Será su verdadero Prometeo.

»Por eso mismo, jóven madre, por mero instinto de tu corazon, sin osar decirlo, de repente sientes que ese ángel es como un dios.

»Pero hé ahí que ella tiene ya miedo: «Si eso es así, dices, es ya independiente, cuanto antes se me emancipará!...»

»No; no temas nada; por largo tiempo dependerá de tu amor: te pertenece, y esto hace su felicidad. Si crea algo, es para tí. Mira, mamá, mira, (nada le agradaria sin el rocío de tu mirada, sin la bendicion de tus ojos) lo que yo he hecho para tí... Si no te gusta, lo haré de otra manera.—«Pone piedra sobre piedra, madera sobre madera...» «Hé ahí una pequeña silla en que mamá podrá sentarse... Dos paredes y un techo... es una casita en que mamá podrá vivir con su niña...»

»Tú eres pues un círculo completo. Parte de tí vuelve á tí. El ensayo, el primer esfuerzo de su tierna invencion, es para hospedarte á tí en su obra, tenerte en su casa...

»¡Vida infantil y bienhadada, que se desliza toda entera en el amor!... ¿Quién podrá recordarte sin pena?...»

Estos milagros de inteligencia, de amor de exquisita belleza moral, de prevision, de acaudalamiento de ideas, los produce, los genera, los sabe inspirar una madre ilustrada y digna, una madre en cuya alma brille el astro de la ciencia, en cuyo corazon se queme el incienso del sublime, del creador sentimiento maternal.

Ved ahí por qué y para qué no nos cansaremos de pedir que se cultiven completamente todas las facultades de la MUJER, para que sea la maravillosa maestra de sus hijós desde la cuna, siendo el ángel refulgente que los sepa elevar á grandes destinos, que sepa educar sus cuerpos y sus almas para grandes cosas, con esa suavidad y delicada gradacion que sabe conducir desde la infantil ciencia de los juegos hasta las grandes aspiraciones, hasta el hambre y sed de luz, de belleza, de verdad, de justicia, de progreso, de libertad...

Obrar milagros, sí, milagros de salud, de inteligencia, de amor, de virtud en la educacion de la infancia, preparándola para una vida floreciente en el cuerpo y en el alma, es el mas imperioso de los deberes maternales, al propio tiempo que su obra mas fecunda, mas meritoria delante de Dios y delante de la sociedad, la obra que la constituye verdadera madre de la familia humana. La que no sepa hallar en el talisman de su amor, de su inspiracion, de su inteligencia, de su instruccion el modo y los elementos para obrar el milagro de educar cuerpo y alma sin dañar á uno y otro, sin que gane uno para que pierda el otro, jugando y educando á la vez, que busque libros que se lo enseñen á obrar, mezclando la autoridad solo en la dósis necesaria de los sistemas antiguos con el arte, la habilidad, la dulzura de los sistemas modernos de educacion. Sea la madre en la educacion de su hija la industriosa abeja moral, que de las flores amargas y dulces forme los dulces panales de su salud, de su saber, de su amor, de su virtud, de la conciencia de los grandes deberes de su mision en el porvenir. Sepa huir en esta divina elaboracion de las espinas y venenos de los extremos, de las exageraciones, de la ignorancia, de la incuria, que son en gran parte la causa de los males que afligen á la humanidad, y sobre todo que matan ó el cuerpo ó el alma en edad bien interesante, pues el tercio muere antes de los dos ó tres años, y la mitad en ciertos paises no llega á la pubertad, es decir, á las primicias del amor, de la belleza de la inteligencia!... ¡y aun si ojeáramos las estadísticas de los pobres que no tiene madre, ó que la tienen como sino la tuvieran!... pero no anticipemos cuadros tan tristes, harto pronto les llegará su hora.

«No hablemos, dice el sentido y poético fisiólogo y moralista á quien citamos antes, no hablemos sino de los *felices*, esto es, de los que tienen una madre, de aquellos á quienes prodiga su ternura, sus cuidados, sus esperanzas. Mirémoslos: todos son bellos á cuatro años, feos á ocho; desde que una cultura errada, torcida ó descuidada en demasía, preside su desarrollo, se vulgarizan, se vuelven deformes. Hay quien acusa de ello á la naturaleza y llama á esta edad *ingrata*. Lo que es ingrato, estéril, es el desacierto ó la ceguedad con que se hace pasar á la infancia de una completa movilidad á un reposo absoluto, reposo bárbaro, hacer pesar sobre una cabeza tierna, sensible y delicada trabajos duros, sin órden, sin método, sin arte, ó dejarla descuidadamente en inaccion, sin desarrollo; cuando debiera procederse á

este por labores mesuradas, por juegos, cortos todos, unos y otros, en fin, mezclando diversion y provecho.

»Este problema de educacion, ni en colegios, ni en el hogar se halla á la altura que convendria, lejos de los extremos. Este problema no solo es para la educacion sino para el porvenir, de vida ó muerte para la mayor parte de los que marchan bajo la férula rutinaria con que generalmente se da, lo cual ciertamente contrista el espíritu que lo considera atentamente. Los dos criterios que se dividen el campo de la educacion, como uno y otro se aplica, ó ha aplicado sistemáticamente, en absoluto, con un automatismo que no distingue la mayor parte de las veces, ambos en estas condiciones dan malos resultados, sobre todo el método antiguo que mas fácilmente cae en el automatismo, ó mejor, lo lleva en su seno, en su naturaleza.

»El sistema de los Pestalozzi, de los Froebel, en una palabra, el sistema moderno, racional, no ha logrado aun el éxito ni aclimatacion que merece y ha de lograr indudablemente. Él es el que va al corazon de las madres. La infancia con él, si va lentamente, llega sana y segura, sin violencias ni compresiones inconvenientes, á su educacion, á su preparacion para sus destinos ulteriores. Los hombres juzgan este sistema demasiadamente lento, y á pesar de las madres y sus lamentos por la salud de la infancia, la llevan á la reclusion, al confinamiento del colegio interno, que si es malo para los niños, es insoportable, detestable para las niñas. (Nos ocuparemos luego con mayor detencion de este punto tan delicado como importante). Allí sino mueren física y moralmente, al menos se perjudican en ambos sentidos. En esto están de acuerdo todos los mejores autores de educacion, desde Fenelon hasta madama Campan y Froebel.

»Las niñas, de cuya educacion especialmente nos hemos de ocupar aquí, no la reciben superior ni mejor, ni mas completa que las de los tiempos de Fenelon, que ya se quejaba en su apreciable libro, y el de *Sofía* en el suyo. Nada real que las prepare para la vida. Á veces, talentos para brillar, á veces (en las clases menos ricas) en la clase media, algunos estudios mas varoniles que las lleven al profesorado privado ó público de instruccion. Empero, ninguna cultura propia para formar una verdadera MUJER, una verdadera esposa, una verdadera madre, ninguna educacion especial para todas estas grandes funciones.

»He leido tanto sobre estas materias, tantas cosas medianas, tantas vaciedades, que me he cansado de libros. Por otra parte, la vida de las escuelas, mi propia práctica de la enseñanza, me dejaban muchas cosas confusas.

»Por esto determiné este año ascender mas alto, tomar el asunto desde sus raíces, comparar fisiológicamente las fuerzas del hombre y de la MUJER en el terreno de la educacion. El cuerpo dice mucho al cuerpo... La anatomía de cadáveres de niños y niñas, ¡cuántos descuidos, y aun disparates lamentables del cariño ciego é ignorante de muchas madres revela!... El que tenga cada sexo mayor ó menor volúmen cerebral no impide que haya grandes masas cerebrales con estupidez ó pedantería en ciertos hombres, y grandes génios como las Campans, las Staels, las

Sevignés en el sexo débil, en el sexo cuya diferencia personal no consiste sino en mayor delicadeza de estructura.

. . . . . .

»..... Este sér esencialmente móvil, no olvideis que al propio tiempo es tambien el sér indeciblemente sensible. ¡Bondad, arte, paciencia en su educacion! Ved ahí nuestro encargo en favor de esta misma.

»No olvideis que fácilmente podeis lastimar á estos séres delicadísimos, tanto tratándolos rudamente como con sobrada ternura. Las madres apasionadas los magullan por el exceso de sus mimos, de sus caricias desmedidas, inconscientes, no considerando el daño trascendental que les acarrean para el porvenir, así física como moralmente. Quisiéramos que todos pudieran ver esos estragos en los casos anatómicos á que nos hemos referido. Es necesario que el amor que se les profese sea tranquilo, suave, sereno, sério, un mundo de armonía. ¡Pobrecilla! que no caiga sobre ella ni el rigor de la rudeza, ni el diluvio del cariño desordenado. Solo así podeis esperar que se desarrollen vigorosa y favorablemente su cuerpo y su alma...»

El método, el sistema de educacion que este pensamiento solo envuelve es el que debe aplicarse en la de la niña, bajo la direccion de la madre, apartando de su influencia todo y á todos los que se le interpongan, sean altos ó bajos, de dentro ó de fuera de la familia, siempre que hayan de ser rémoras á la realizacion de aquel método. Todo y todos los que, siempre bajo el ojo avizor de la madre digna, de la familia ó domésticos, se constituyan en vientos auxiliares favorables á la aplicacion del método educativo, enhorabuena, pueden y deben ser utilizados para que sirvan á la madre de instrumentos, de suplentes, de elementos de descanso, pero nada mas.

Dirigida por este criterio, vereis crecer sana, contenta, inteligente, virtuosa á vuestra hijita, que por estos suaves, mas no débiles procedimientos de juegos alternados, con imágenes, cuadros, libritos, pequeños albums, emblemas, juguetes, muñequitas y cosas análogas; sus flores, su jardincito, ó suplemento de él en paseos y diálogos por el campo, aprenderá los elementos de los posteriores programas de instruccion, la lectura, el dibujo, las canciones infantiles; el amor á Dios, á los padres, á la familia, á la patria, á la humanidad, á los pobres, al bien, á la verdad, á la justicia, insensible y dulcemente volando, ascendiendo como un ángel á la luz, al saber, al sér, al hacer el bien y huir el mal. Ved cuanto puede aprender á esa edad sin sentirlo, al contrario con un cariño indecible, con un órden admirable, natural, no impuesto. Podemos de ello responder por lo que hemos visto practicar y obtener de esos procedimientos empleados por alguna madre como las quisiéramos ver generalizarse, y por nosotros en nuestros modestos trabajos práctico-educativos. En los momentos mismos que escribimos estas líneas estamos rodeados de los parvulitos de nuestro colegio de San Leandro (Madrid), que vienen indeciblemente contentos á él y á nosotros, porque dicen á sus padres: allí aprendemos y jugamos... Efectivamente: tal es el programa de la educacion de la infancia por ella misma inspirado: «*Aprender jugando; jugar aprendiendo.*»

Los juegos, pues, y las muñecas, tratándose de educacion de niñas, son grandes instrumentos que en la niñez deben saber aprovecharse para conseguir la plena realizacion de aquel programa, mas bello, mas fecundo, mas interesante de lo que vulgarmente se cree.

«Es muy extraño, dice el autor antecitado, que una persona tan ilustrada como madama Necker de Saussure haya dicho que hasta los diez años, las niñas y los niños son *poco mas ó menos* lo mismo, y que lo que se diga para unas servirá para los otros.

»Cualquiera que medite, comprenderá que este *poco mas ó menos,* es una diferencia enorme, infinita.

»Las niñas, en la ligereza misma de su edad, son sin duda ya mucho mas comedidas. Son tambien mucho mas compasivas, mas tiernas, mas humanas. No las vereis nunca, ó casi nunca, hacer daño á un perrito, ahogar un pajarillo, desplumarlo, ó hacer otras *habilidades* por el estilo. Ellas tienen, al contrario, bellos, notabilísimos arranques de bondad, de conmiseracion que hay que saber cultivar.

»En una ocasion, estando indispuesto, me hallaba sobre un divan, medio abrigado con una capa. Una bella niña, á quien su mamá llevó á casa de visita, se levantó y corrió á acabar de abrigarme en aquel *lecho provisional.* ¿Cómo dejar de acariciar á esas deliciosas criaturitas? Sin embargo, hay que violentarse, y guardarse de manifestarles demasiado interés, enternecerlas sobradamente.

»El niño es ya muy diferentes: las niñas no juegan juntamente con los niños largo tiempo. Si ellos han comenzado de pronto juntos á hacer una casa, el niño querrá luego que se convierta en un coche; necesitará un caballo de madera para pegarle y para gobernarlo. Entonces la niña jugará aparte. Á ella le basta tenerle por su hermanito, ó por su maridito. Aun cuando fuese mas jóven, ella desconfia de él, y se resigna á su soledad.

»En invierno sobre todo es cuando mejor podreis observarlos, porque entonces se vive mas en casa, se pasea menos y hay, en fin, menos movimiento exterior. Uno de esos dias en que se haya reprendido algo mas á la niña, la veis en un rincon vestir con delicadeza el mas insignificante objeto, acaso un pequeño baston, con algunos pedazos de ropa, con un giron de vestido de su madre, unirla con un hilo por el centro, y otro algo mas arriba para marcar el talle y la cabeza, despues abrazarla tiernamente y mecerla. «Tú, tú me quieres, dice ella; tú no me riñes jamás.»

»Ved ahí un juego mas sério de lo que se cree. ¿Qué significa esa improvisada personita, esa niña de vuestra niña? Examinemos todos los papeles que desempeña esa criatura misteriosa.

»¿Creeis que es sencillamente una *imitacion de maternidad?* ¿que para aparecer ya mayor, tan grande como su madre, quiere tambien ella tener una hija suya, á quien mandar y gobernar, á quien abrazar ó reprender? Todo esto es cierto, pero no hay solo esto; á ese instinto de imitacion hay que agregar otro, que su organismo peculiar da á todas, daria á las mismas que no hubieran tenido una madre por modelo.

»Demos á cada cosa su nombre: *ahí aparece el primer amor.* Su ideal presente, no es un hermano, lo cual seria harto brusco, harto chocante; sino una tierna hermanita, cariñosa, amable, á su imágen y semejanza, que la acaricia y consuela.

»Otro punto de vista, no menos verdadero: esto es tambien *un primer ensayo de independencia,* el tímido ensayo de la individualidad.

»Bajo esa forma tan graciosa, hay tambien, un deseo de ejercer algo de oposicion, de contradiccion de MUJER. Empieza su papel de MUJER; siempre sujeta á la autoridad, ella se queja algo de su madre, como mas tarde se quejará de su marido. Necesita, pues, una pequeñita confidente con quien quejarse, gemir, suspirar. ¿De qué? De nada hoy por hoy; acaso de un yo no sé qué del porvenir. ¡Ay! ¡Cuánta razon tienes, hija mia! ¡Oh, sí! tus limitadas felicidades irán mezcladas de dolores, amasadas con lágrimas. ¡Nosotros, aun los que os amamos, cuántas os hacemos derramar!

»No hay remedio, es una pasion séria la muñeca, y como tal hay que saberla dirigir. La madre debe asociarse á este amor, tratar con bondad la hijita de su hija. Lejos de despreciarla, ha de insistir en que la niña caprichosa sea siempre su buena madre, que la tenga decentemente vestida, que no la mime ni atropelle, sino que la eduque razonablemente como se educa á ella misma.

»Niños grandes que leais esto, padre, hermanos, parientes, os rogamos no os burleis de vuestra niña. Examinaos á vosotros mismos, y decid ¿no os pareceis á ella? Cuántas veces en los negocios que teneis por los mas sérios, os viene un destello de reflexion, sonreís... medio confesando que jugais á muñecas.

»Notad bien que cuanto es más obra de vuestra niña su muñeca, tanto mas amor ha puesto en ella su corazon, y tanto mayor peligro hay en contristarla.

»En esa campiña del Norte de Francia, país pobre y de trabajo duro, pudimos observar á una niña muy discreta y razonable antes de tiempo. No tenia mas que hermanos varones y todos de mas edad que ella. Habia nacido de padres ya entrados en edad, que no contando tener mas hijos, no le agradecian mucho el que hubiera nacido. Su madre, laboriosa, austera, la tenia siempre trabajando á su lado, mientras que los demas jugaban. Por otro lado, los chicos, mayores, segun hemos dicho, con la seca ligereza, que su sexo tiene en la infancia, no se habrian fácilmente prestado á los juegos de la hermanita. Ella hubiera querido hacer un jardincillo, y se reian de sus ensayos, y la dejaban. Así es que, ella naturalmente se resolvió crearse una pequeña consoladora con algunos trapos de algodon, y á ella contaba los agravios ó ultrajes de sus hermanos, ó las reprensiones de su madre, sus tiernas caricias eran vivísimas, extremas. La muñeca era sensible, contestaba maravillosamente y con voz la mas interesante. A los halagos, á los cuentos y y cuitas conmovedoras, se enternecia tambien, y ambas abrazándose, acababan por llorar.

»Se las observó un domingo. Los chicos se burlaron mucho de ella, y arrancaron la muñeca de sus brazos, y tuvieron la gracia de arrojársela á lo alto de las ramas de un árbol, pero tan alto que allí se quedó. Nada le valieron ni los gritos ni los

lloros. La niña le fué fiel y jamás volvió á intentar hacer otra, tanto fué su dolor. Durante la cruda estacion del invierno, se acordaba de ella, entristeciéndose al pensar que se hallaba entre nieves y hielos. Cuando en primavera podaron aquel árbol, suplicó al jardinero que la buscara. Inútil es decir que se la habia llevado un soplo del Norte.

»Dos años despues, comprando la madre vestidos para los hijos mayores, la tendera, que vendia tambien juguetes, observó que la pobre niña los miraba; por uno de esos nobles impulsos del corazon, quiso dar algo á aquella criatura para quien nada se compraba, y le puso en sus brazos una muñequita de Alemania. La sorpresa de la niña fué tan grande, y tal su trasporte de gozo, que le temblaban las piernas y apenas podia llevarla. La muñequita, movible, obediente, obedecia todas sus órdenes: le sentaba perfectamente todo adorno. Su dueñecita no pensaba mas que en embellecerla y hacerla brillar, y esto precisamente fué lo que la perdió. Los muchachos la hicieron bailar hasta acabar con ella; se le cayeron los brazos; llegó á no poderse valer; se la cuidó, se la acostó. Nuevas ocasiones de dolor, la pobre niña adelgazó.

»Sin embargo una señorita viéndola de tal modo afligida, se conmovió y buscó y rebuscó entre sus chismes una rica muñeca que conservaba de su infancia. Aunque ajada por el tiempo, interesaba mucho mas que la que desapareció en el árbol. Tenia bellas y completas formas; hasta desnuda era bonita. Las amigas le hacian muchas caricias, y ya en sus amistades tenia la niña preferencias, que eran quizás los primeros signos de una vida precoz de sentimiento ó pasion. Durante una corta enfermedad que tuvo la pobre niña, la envidia, ó acaso los celos, rompieron desapiadadamente la muñeca. Su dueña al convalecer de aquella afeccion la halló decapitada. Esta tercera tragedia era ya demasiado fuerte; volvió á caer en tal abatimiento, que en adelante jamás se la vió reir ni jugar. Siempre engañada en sus ensueños, desesperó de la vida, de que apenas habia disfrutado, y nada pudo salvarla. La pobrecilla murió, dejando un verdadero duelo en cuantos habian tenido el gusto de conocer aquella dulce, aquella interesante criatura, que no habia podido nunca respirar la felicidad, y que ya desde tan jovencita tenia un corazon tan lleno de cariño.»

Esta pobre niña tuvo la desgracia de que le tocara una madre que no era digna, ni de este augusto nombre, ni de su elevada mision. ¡Fué consciente ó inconscientemente el verdugo de su hijita! ¡Cuántas son así por ignorancia ó por violencia de carácter!

«Las mujeres que escriben, sigue diciendo acertadamente el autor citado, han publicado excelentes libros sobre las desgracias de su sexo. Empero si los niños escribieran, ¡cuántas cosas tendrian que contar! Nos hablarian de un modo parecido á este: «Cuidadnos, dirigidnos con conciencia', tenednos compasion en estos pocos momentos que nos concede generalmente la severidad de la naturaleza! ¡Dependemos tanto de vosotros! ¡Nos sujetais de tal modo por la superioridad de fuerza, de razon, de experiencia! ¿No nos ha de valer eso nada?

»Por poco arte que vosotros pusierais de vuestra parte, por pocos cuidados que

nos dispensarais, en todo os seriamos obedientes, haríamos cuanto quisieseis. Pero no abrevieis la hora única en que nos hallamos bajo la cálida luz del sol y aspiramos el dulce aliento de nuestras madres. De otra suerte, mañana yaceremos sepultados en la tierra y de todos los bienes de acá bajo no nos llevaremos mas que lágrimas.»

»Los espíritus impacientes acaso deduzcan de estos nuestros plañidos acentos, que nosotros deseamos para la infancia el eterno ócio de una libertad sin límites, que seria para nosotros una verdadera servidumbre; cuando nosotros lo que anhelamos es que se la estudie, cuide y dirija solo conforme á sus fuerzas y sus facultades, y que no se nos trate como adultos, ó como hombres. Estamos muy conformes, repetimos, con el profundo y original criterio de Froebel, que él mismo fué el primero en formular así: «La infancia abandonada al cáos de sus primeras impresiones, seria muy desgraciada. Para ella es una verdadera dicha el que la madre sustituya esas impresiones por un pequeño número de objetos armónicos, que ella los dirija, ponga en órden, que todo esto lo enseñe á hacer así jugando, y que la eduque con suavidad, paciencia y arte. Este órden es una necesidad presente y una necesidad para todos los pasos de su vida física, intelectual, moral, religiosa y social.»

Dentro de estos procedimientos suaves de los principios educativos modernos, cabe enseñar á la niña los rudimentos de las ciencias, de las artes, de la civilizacion, y sobre todo, sembrar en su alma la gran ciencia, la ciencia capital, la del *deber*.

«El *deber*, dice el antecitado educador, es el alma, es la vida interior de la educacion. La infancia la presiente muy temprano: todos desde nuestra aparicion en la escena de la vida vemos inscrita en nuestro corazon la idea de lo justo. Lo primero, ya lo hemos dicho, es asegurar la vida de la niña, su salud, su sér lozano, su accion potente en el desenvolvimiento de la vida por la educacion física. Supuesta la buena formacion del cuerpo, y sin dejar de cultivarla, no deben sembrarse las semillas del espíritu á golpes de azada sino que han de depositarse suavemente y con arte en su corazon. Los aristarcos son inútiles y perjudiciales á la educacion.

»Al apoyo de esta, dada en el sentido indicado, formando su alma y su vida constante, aparece la idea de lo *bueno* y de lo *justo*. Ahora bien: lo grande, lo debido en la educacion, es ir fecundando estos gérmenes divinos por el amor, la dulzura, el arte, el órden, la armonía, despertando á la par toda el alma infantil, obteniendo su verdadero sér, su verdadera vida sana y completa, que de dia en dia *se abra á la justicia*, que se halla en su fondo escrita con caractéres de amor. Ejemplos, símbolos, al menos al principio, en los años tiernos, en los comienzos del ejercicio de las facultades. Por este camino metódico, racional, no hay que temer, á la infancia; la niña, sin perjudicar su salud, irá segura y constante y suavemente de uno á otro progreso en su educacion intelectual-moral, y hallará sin dificultad y sin violencia la firme base de la gran ciencia del *deber: yo debo amar á mi mamá porque ella*

me ama á mí, y no lo dudeis, de esa base nacerá en ella el edificio de la conciencia.»

Y no se olvide nunca, que para llegar á este resultado, la madre digna é ilustrada no empleará ni la fuerza hercúlea, ni fatigas inconmensurables, ni pesados sermones, que abruman á la infancia sin prestarle chispa de utilidad; sino empleando arte, idea, cariño y juego, pero con asiduidad y trabajo.

Si estos elementos no los quiere ó sabe consagrar á la preciosa y sagrada obra de la segunda y verdadera generacion, la educacion de su hijita, ¿para qué y para cuándo guarda su vida, su inteligencia, su sér, su existencia? ¡Ah! ¿para ser comparsa en las frivolidades ó maldades sociales? Entónces, ¿cuál es su conciencia de madre, su dignidad personal? Pensad esto sériamente, ¡oh madres!

Dice perfectamente el autor á quien nos venimos refiriendo:

»La MUJER de corazon prosáico, la que no aprende á ser una poesía viviente, una armonía para elevar al hombre, educar á sus hijos, santificar constantemente y ennoblecer á la familia, hace traicion á su mision, y no tendrá ninguna influencia saludable, ni aun en las cosas mas vulgares.

»La madre, sentada junto á su hija, debe decirse: «Aquí tengo yo la guerra ó la paz del mundo, lo que ha de perturbar los corazones ó les ha de dar la paz y la sublime armonía de hijos de Dios, de hermanos entre sí.

»Ella, ella ha de ser la que, si yo muriese, sobre mi sepulcro, á los doce años levantará á su padre con el vuelo de sus pequeñas alas y lo conducirá al cielo.

»Ella, ella es la que, á los diez y seis años, segun una sublime frase, levanta al hombre sobre sí mismo, y le hace decir: «Yo seré grande.»

»Ella, ella es la que, á los veinte años, á los treinta y toda su vida, cada noche ha de saber reanimar á su esposo abatido por el trabajo; de la aridez de los intereses y los cuidados ha de saber hacer un jardin ameno.

»Ella, ella es la que, en los nefastos dias en que el horizonte se encapota, en que todo se conjura, lo devuelve á Dios, y se lo hace hallar con sus amorosas palabras y fecundas inspiraciones.»

»Educar una hija es educar á la sociedad entera. La sociedad procede de la familia, cuya armonía es la MUJER, y sobre todo en la familia de la clase media. Educar una hija es una obra sublime y desinteresada. Porque tú, ¡oh madre! no la educas sino para que pueda un dia emanciparse de tí, haciendo brotar sangre de tu corazon. Ella está destinada *á otro*. Ella habrá de vivir *para los otros*, no para tí, ni siquiera para ella misma. Este carácter relativo es lo que la coloca por encima del hombre, y hace de su deber una especie de religion. Ella es la llama del amor, la llama del hogar. Ella es la cuna del porvenir, ella es la escuela, que es la segunda cuna. En una sola frase: «*Ella es el altar...*»

Sí, la MUJER es el altar de la familia, y por esto solo lo es de la sociedad entera en el templo de la vida. Ved, pues, ¡oh madres! si debeis prepararos y preparar á vuestras hijas para llegar hasta tal y tan bienhechora altura, en que han de celebrarse los misterios de los destinos humanos. Por eso se repite con razon que cada

uno de nosotros no es mas que lo que ha querido ó sabido hacerle su madre. Tan grande es su mision, para la cual debiera preparársele muy de otra manera de lo que lo hace la escasa ó torcida educacion que hoy se le da.

¿Cuántas quieren ser madres? Son muchas. ¿Cuántas saben serlo? Son muy contadas. ¿Dónde, desde dónde debia empezar esta preparacion? Desde la infancia. Así lo entendian y lo entienden todos los autores de educacion, de uno y otro sexo.

Oid las palabras que sobre los juegos de la infancia dirige á su hija, para la educacion ulterior de su nietecita, una digna é ilustrada madre:

«Si, hija, tendrás una nueva muñeca; pero ten cuidado esta vez: si hallo sus miembros por el jardin y su cabeza en la cocina, empezaré á creer que no eres una buena madre.

»Inútil es que tomes ese aire suplicante, puesto que si consiento en renovar tu familia, es porque fio en tu arrepentimiento.

»Los soldados de Herodes, tus modelos indudablemente, no sacrificaron niños inocentes mas que una vez. Así nos lo dicen las páginas sagradas. Yo espero, Luisita, que no habrás de sobrepujar á aquellos verdugos en crueldad, y que una sola víctima te ha de bastar.

»Enjuga tus lágrimas; no servirian mas que para borrar el rosado color de tus mejillas, como tú borraste al chorro de la fuente los colores de tu muñeca; y tus mejillas me pertenecen. ¡Son mis manzanas!

»No creas que me envanezco por ellas; pero puesto que así las hizo la bondad de Dios, quiero que las respetes. Yo no podria, como para tu muñeca, ir á la tienda de colores para comprar otros para tí.

»¿Ries ahora?—Es demasiado pronto. Esto me prueba que tu sentimiento no era bastante sincero. Empero no pretendo que renueves tu llanto. Esto me probaria que no me comprendes. ¿Te sonries?—Prefiero esto. La sonrisa, hija mia, es la primera educacion y finura del alma. Veo que tienes aun un poco de alma, y que no has echado de ella toda delicadeza. ¡Ven á abrazarme!

»¿Sabes, Luisita, que la eleccion de una nueva muñeca no es un asunto baladí? La que yo acabo de hallar ahogada en el surtidor del jardin era bastante fea. No quiero despreciarla, pues sobrado tiene con haber sido tu víctima; pero en fin no no tenia solidez; tenia los dedos de los piés unidos, y los dedos de las manos siempre sueltos. No movia ni brazos ni manos; sus ojos vizcos te enseñaban á ser vizca.

»No te excuso por esto de haberle torcido los brazos forzándoselos para que te abrazara, ni de haberle roto las piernas para obligarla á arrodillarse. Ya sabrás que en este mundo no debe imponerse ni la ternura, ni la oracion. Empero, confieso que aquella inmovilidad, que aquella tirantez eran tan insoportables como tu incesante movimiento. Tú, sin embargo, ves que yo jamás he abrigado la tentacion de hacerte pedazos para hacer tu análisis.

»Dios bondadoso no ha querido que nosotros pudiéramos escoger nuestros hijos; nosotros lo hariamos segun nuestros gustos, y no nos conformaríamos, sin duda, á

sus designios. Él nos pone en las manos pequeños séres sin palabra y sin pensamiento, y nosotros debemos mas tarde devolvérselos con las bellezas de la elocuencia y de la razon. Así es que el amor maternal es un estudio constante que nunca empieza demasiado temprano. Cuando te doy una leccion la recibo á mi vez.

»Ahora bien: las muñecas son ficciones de pequeñas criaturitas, que han de servir á las niñas verdaderas como de maniquís para cortar, para ajustar, para formar ó modelar por sí mismas su carácter; y auxiliar, y facilitar la tarea de los padres y abuelos.

»Tú ya comprendes esto perfectamente. Tienes ya mas de siete años. Eres aun niña, Luisita, pero dentro de dos ó tres años, serás casi una MUJER, y entonces tú misma á grandes pasos llegarás á la edad en que yo te llamaré ú otros te llamarán Luisa.

»Entonces será cuando yo me glorie, sí, Luisita, si jugando, he preparado á Luisa para ser discreta, instruida, modesta, y sobre todo, veraz. La verdad es la belleza de Dios; creo que comprenderás que vale mas que la belleza del diablo.

»Algunas veces se dice á los niñitos:—Sed sabios, sed bellos como esas estampas.—Yo preferiria que se les dijera:—Sed tan sabios, tan discretos, que algun dia puedan hacer de vosotros estampas como esas.

»Haz tu muñeca segun tú misma, pero no te mires en tu muñeca para parecértele.

»¡Qué cosa tan horrible ver á una niña que tiene todo el aspecto de salir de la tienda de juguetes, que se acicala como una muñeca, que pone su cara como de porcelana ó de cera, que se achica la boca, y que no habla por miedo de desarreglarse.

»Yo conocí ejemplares de tales *miquitos*. Tan pequeñitas ya daban lástima. Se crecieron, envejecieron, y da horror verlas!

»Pasan su infancia tiesas, acartonadas, engomadas, embadurnadas, como en una estantería. Un dia, un caballerito, engañándose, ó dejándose engañar, pide su mano en matrimonio. Lo menos malo que puede suceder es que el tal caballerito sea tambien á su vez un tonto de madera. Entonces la vida entre los dos se deslizará estúpidamente.

»Empero si el marido es un hombre como tu papá, ó como será un dia tu hermanito, entonces, Luisita, la vida fuera un suplicio. La MUJER-muñeca acaba por derretirse, por liquidarse ella misma, si es de cera; por convertirse en pasta ó en barro, si es de carton; ó bien, si es de porcelana, corre peligro de ser algun dia *feliz* rota por su marido, deseoso de saber lo que haya en el helado corazon de su MUJER.

»¡Sí, sí, rota, hecha pedazos! ¿Esto te maravilla? Sin embargo, nada mas cierto que esto; y muchos sabios y académicos, que se han dedicado de un modo especial á estudiar las muñecas, escriben libros y dramas para probar que hay muchísima razon para romperlas y que jamás se harán de ellas pedazos bastante pequeños; que es menester reducirlas á polvo.

»Á tí, Luisita mia, te conozco yo bien. Tú no cometerias la necedad de cambiar

tu bella, grande y bien formada cabeza, por una cabecita de cera, de carton ó de porcelana. Tú quieres sentir sobre tus mejillas el beso de tu madre, (toma este); tú quieres poder reir, llorar, abrir tu boca, por grande que sea.

»¿Para qué hacerla mas pequeña? Las palabras no por eso habian de salir mas suaves, los bocados dejarian de entrar mayores; tú no querrás disminuir tus tostadas.

»¿Qué muñeca eligiremos? Ayer me enseñabas una en el mostrador de una tienda. Vestia un traje con adornos de oro, los cabellos prendidos con oro, y una varilla de oro en la mano. ¡Era una monada!

»No seré yo, sin embargo, quien te la compre. El mundo no es un palacio encantado. Las buenas y malas hadas están en nosotros mismos. Cuando me sonries, eres para mí el hada *graciosa;* cuando refunfuñas, eres para mí el hada *gruñona;* cuando has estudiado, cuando te diviertes sin remordimientos, cuando corres por el jardin, ondeante tu cabellera al viento, eres el hada *primavera.* No hay mejores encantos bajo el cielo que nuestras buenas acciones.

»Cerca de la muñeca se sentaba una señora, con una corona que circundaba sus sienes; era una reina, una emperatriz cualquiera.

»¿Qué podrias enseñarle?

»Esas muñecas están interesantes, pero no se las puede desnudar sin quitarles su prestigio; y su armazon les libra de parecer mujeres como las demas. No se hacen semejantes á nosotras sino cuando lloran y cuando sufren.

»Tú no quieres ser reina ó emperatriz. ¡Oh! No es que eso sea imposible. Todo se ha visto y puede verse otra vez; pero yo te deseo demasiada felicidad para que quiera tan altos destinos para tí.

»Despues de lo que te llevo dicho, puedes adivinar perfectamente que yo no elegiria una de esas muñecas extravagantes, que no son sino muñecas, que continuarán siendo muñecas, y que no han sido hechas, vestidas, adornadas, abigarradas sino para agradar á otras muñecas. ¿Consentirias tú en ser la madrina, la madre de esas elegantes cuyo canastillo cuesta mas caro que un ajuar de niña, y que llevan casimires de cien pesetas?

»Sí, ¡cien pesetas! es decir, una cantidad bastante para mantener una familia pobre durante un mes, pagar una criada durante meses, sostener un huérfano durante un año!

»No creo que tú osaras tener en tu casa *esa señorita* mejor vestida que tu madre, y que pareceria tener pretensiones de querer rebajarnos ante tu padre, para que no la sofocáramos á ella ó ella á nosotros? ¿Osarias llevarla en brazos y pasar con ella por frente del templo santo donde se predica la igualdad, por delante de los pobres mendigos que te pedirian limosna?

»Ya has oido algunas veces hablar á tu padre de los miserables que quisieran despojar á los ricos de sus haciendas. Hay otros en otro extremo tan malos como estos: tales son los que quisieran quitar los bienes de los pobres, y que se dedican á impedir en el seno de las familias, el órden, el aseo, la sencillez.

» Corromper el buen gusto, es tan malo como pegar fuego á las casas, es quemar las almas. Estos son los enemigos de las madres previsoras y de las niñas modestas que nos obligan á colocar esas sirenas de almacenes de confeccion en vuestras cunas y nuestros costureros.

» No, no, Luisita, tú estás aun harto lejana de tu primer vestido de seda para que pretendas ser la mamá de una muñeca vestida de terciopelo. No seré yo quien te exponga al pecado de la envidia, y de la envidia mas fea, la mas baja, la de los vestidos, de los trajes, de los trapitos.

» ¿Quieres un muñeco, un lloron? ¿Te ries? ¡Ah, ten cuidado! Un muñeco lloron que no sabe decir sino *papá* y *mamá*, cerrar y abrir los ojos, es un mendiguillo de caricias, y cuando te hayas cansado de darle esta limosna, cuando lo hayas mecido, cuando le hayas contado todos tus cuentos, te verás precisada á volver á empezar siempre lo mismo. Tú no podrás confiarle ni tus dichas, ni tus desdichas; no podrás repetirle tus lecciones; no podrá crecer, esto es, no podrá transformarse contigo; eternamente se verá en la monótona precision de emitir el balido de *papá* y *mamá* cuando tu estarás ya en aptitud de recitar *Filemon* y *Baucis*.

» Los muñecos llorones son para las niñas que se les parecen y para las ancianas abuelas; no hablemos mas de ellos.

» Nada te he dicho de las alsacianas, de las suizas, de las campesinas.

» Tú comunicarás todas tus costumbres, todos tus estados, todos los méritos á la *niña* que hayamos elegido.

» Yo la tomaré tan desnuda como el Niño Jesús en su cuna. Tú serás quien la vestirá. Quiero que sea grande, de semblante bello y agraciado; pero siempre de una belleza verosímil. Se hacen las caras de las muñecas, como se les hacen sus trajes, es decir, exageradísimos. No ha de ser ni sobrado sonrosada, ni demasiado pálida, ni excesivamente mofletuda, ni harto delgada; ni hermosa, ni fea; en una palabra, como tú, de buen color, de buena salud, de cara verosímil.

» Tendrá flexion en los miembros, sin que sea, con todo, articulada. No me gustan las muñecas que se prestan á toda actitud. Cierta tension les es necesaria, para evitar la ilusion que pudiera ir demasiado lejos; esta es su dignidad posible y natural.

» Tendrá, como todas las de su raza, corcho en la cabeza para colocarle la cabellera, y salvado en el pecho para clavarle alfileres. Advierte pues que será inútil que la descosas para examinarla. Me decido por la cara de porcelana; es mas cara, pero es mas fácil para limpiarla.

» Tú, lo creo, tendrás buen cuidadito de procurar que no se rompa, que ni siquiera se caiga. Hay muñecas insensibles á las caidas; pero advierte que son las feas, las incorregibles, las de carton.

» Supongo que la instalarás en tu cuarto; que le darás tus costumbres; que cumplirás para con ella tus deberes, como si pudiera juzgarte. La muñeca te indicará continuamente que, para no tener que ser siempre vacía y muda como ella, hay que estudiar y que aprender. Es una prenda que yo te procuro, como

un pequeño juego; pero este juego es grave en el fondo. Es la imágen del juego de la vida.

» Yo no te la volveré á pedir. ¿Sabes á quién tendrás que devolverla dentro de diez ó doce años?

» Á un caballero muy fino, muy respetuoso, pero muy exigente, á pesar de sus sonrisas, que vendrá á saber si he educado bien á mi hija, y á quien yo te presentaré, á tí, ya crecida, séria, modesta y buena. Viendo á tu lado tu muñeca que sigue siendo pequeña, algo ajada, pero en buen estado, observará, comparará, juzgará la diferencia que hay entre tí y la muñeca, y dirá:

» —Yo las tomo á las dos; se parecen tan poco que no podré engañarme.

» Entonces, Luisita mia, seguirás con tu muñeca á aquel caballero, tu nuevo, tu último compañero. ¡Te llevarás tus dos ajuares; guardarás, para enseñar á tus hijos, la muñeca que tu madre te escogió, y que habrá hecho tu felicidad!

» ¡Ven á vestirte! El tendero nos aguarda.»

Este lenguaje, este arte maternal de sacar partido para educar á su hija hasta de cosas tan triviales, al parecer, como las muñecas, puede citarse, es digno de ser estudiado y practicado por la MUJER madre, y, especialmente, por la de la clase media, que ahí puede ver las ideas de lo bello con lo verdadero, lo económico con lo útil, lo baladí con lo sério, lo sencillo con lo sublime, lo de hoy con lo de mañana en la educacion de su hija. Además, este lenguaje no es ilusorio, no es utópico, es bello á la par que sumamente práctico, de una aplicacion diaria, para la que no se requiere gran talento, solo se necesita buena voluntad, buen sentido, algun estudio, y sobre todo amor al arte, que aquí no es ciertamente solo una cuestion de adorno, de lujo, sino el mas sagrado deber de una madre, la segunda y verdadera creacion de su hija, que bien puede y debe extenderse á todos sus hijos, particularmente en la edad en que aquí lo examinamos.

En esas páginas que acabamos de transcribir, indudablemente tan hermosas como útiles, sobre un asunto que parece incapaz de servir á un fin tan elevado y en el grado que esa madre lo aprovecha, ¿quién podria creer que puede encerrarse el secreto precioso de la riqueza de todo un plan sublime de educacion de una niña? Y sin embargo, ahí está, todas nuestras lectoras pueden cerciorarse por sí mismas leyéndolas, y en la práctica observar los bellos tipos que sin duda, aunque no tantos como seria de desear, se hallan en el mundo de la familia, en el mundo social, parecidas á aquella madre, cuyo hermoso modelo está entretegido como el aroma de la flor en los átomos del aire embalsamado, en las palabras del precioso libro á que nos venimos refiriendo. Ahí se ven perfectamente enlazados los grandes sentimientos en gérmen con la muñeca.

Sobre el gran fruto que hasta de un juguete insignificante se puede obtener en la educacion de la niña, quedan ya consignados en brillantes frases los sanos, saludables y utilísimos no menos que racionales principios educativos modernos, expuestos y practicados de una manera tan ventajosa por una madre digna é instruida.

Como complemento de este capítulo, véase el cuadro no menos bello que la teoría y

práctica de tales principios han inspirado á esa madre ilustre acerca de los juegos de las niñas, ora jueguen ellas solas, ora se mezclen en sus juegos algunos niños.

«¡Mira lo que resulta, Luisita, de jugar con otros niñitos pequeños!

»Mírate en el espejo. Estás encarnada como la escarlata; esto te impide mostrarte ruborizada. Tienes un rasgon en la manga y un chichon en la frente; te han roto el vestido, te han hecho caer. No saben jugar de otra manera esos bribones, ya sean pequeños, ya sean mayores, desde luego que se les dan libertades. Tal es el destino de las chicas demasiado buenas y de las mujeres sobradamente débiles.

»Yo no quiero que ese destino sea el tuyo, Luisita, ni ahora ni despues.

»No creas por esto que vaya á impedirte que juegues con tu hermanito y sus amiguitos. No, todo lo contrario.

»Me parece perfectamente bien que vayas acostumbrándote á su carácter, á su travesura, y á su generosidad. Cuando ya estés hecha una MUJER, como yo, acordándote de que los tratabas como hombres, cuando eran buenos contigo, los tratarás como muchachos grandullones cuando te causen penas.

»Cconozco muchas mamás que prohiben á sus hijas levantar sus ojos delante de los chicos. Sin duda esas mamás conocerán chicos muy malos, y no estarán seguras de que sus hijas sean buenas como deben ser. Empero yo quiero tener confianza en los niños que reciba en mi casa, y como quiero que me tengas siempre tu alma abierta, para que yo pueda siempre leer en ella, á mi vez quiero hacerte leer en mí la razon de mis consejos y de mis acciones.

»Tú conoces el país de las montañas azules, de casas azules, de árboles azules, que está pintado sobre los dos grandes vasos de mi cuarto. Es el Japon.

»En ese país, hay costumbre de escoger, desde la edad de cuatro ó cinco años, la pequeñita que ha de ser un dia la esposa de otro niño casi de la misma edad.

»Cuando los padres han tomado sus medidas convenientes é indispensables, se educa, se instruye á esa parejita el uno para el otro. De tiempo en tiempo se estudia, se examina su espíritu comparativamente, como se compara su talle, para ver adelantar lo mismo en belleza y donosura que en instruccion.

»Los japoneses, que son gentes muy finas, no tendrian la osadía de burlarse de nuestras costumbres delante de nosotros; pero entre ellos parece que hallan altamente ridículo y censurable nuestro modo de ocultar unos de otros hasta la edad de veinte ó mas años á los que un dia están destinados á no tener nada oculto entre sí, despues de los veinte años.

»Yo no sabria tampoco llevar la prevision tan allá como las madres japonesas; y francamente, Luisita, yo no sé si tu futuro esposo se puede hallar entre esos pillastres que te han maltratado no ha mucho. Pero sí sé que no vas á ser Santa Catalina; y si te he dado una muñeca para enseñarte á cumplir un dia la gran mision de madre, te dejo jugar con pequeños compañeros que un dia serán hombres, para que jugando, aprendas á ser MUJER.

»Sin embargo, Luisita, es ser demasiado condescendiente consentir siempre en

hacer el caballo, cuando jugais á coches. ¡Cada uno que turne! ó mejor, no aceptes nunca los arreos sino por mitad.

»En sí, este juego es como cualquier otro, y tiene tambien su enseñanza.

»La vida es un grande y pesado carro que se lleva con ligereza, cuando el hombre y la MUJER por igual aplican á él su hombro, sus fuerzas en la misma direccion, bajo la armonía de fines. El cochero que dirige el carruaje es invisible; pero en todas partes se sienten sus golpes.

»El camino se presenta ora suave, compacto, sin recodos, ora desigual y pedregoso. Si la subida es difícil, hacemos apear á nuestros hijos que juegan junto á los arreos, y nos dan fuerzas. ¡Vuestros besos y vuestros juegos son nuestro alimento!

»Empero, no por eso puedo yo permitir que estruje tus brazos una cuerda, ni que te metan un freno en la boca.

»Cuando te recomiendo que seas buena y paciente, no te quiero decir que te hagas esclava. Lleva el paso, ó piafa con dignidad; esto bastará para advertir á los cocheros impertinentes.

»Verás en los libros, antes de verlo en el mundo, que el bien para ser cumplido, tiene necesidad de la fuerza del hombre y de la dignidad de la MUJER

»Los pueblos que no hayan dejado de tratar á la MUJER como bestia de carga, no han empezado siquiera su civilizacion; y los pueblos en que la MUJER desprecia y domina al hombre enteramente, empiezan su decadencia.

»Es menester, Luisita, no despreciar á ninguna criatura viviente, ni hombre, ni pájaro. Es necesario no exponerse tampoco al desprecio de ningun sér animado; sea el del hombre ó el del pájaro. Nuestra mision es amansar: á los pájaros para que olviden sus alas; á los hombres, para que las desplieguen y se eleven al cielo.

»Amansa, pues, á los amiguitos de tu hermanito, y no te dejes martirizar mas por esos orgullosos gorriones en forma de chiquillos.

»Reid, saltad, jugad al mismo destello de luz, de sol, en el mismo torbellino de vuestra alegría; pero no profaneis la inocente libertad que os doy, haciéndoos rasguños en los vestidos y chichones en la frente!

»Esto no quiere decir que se haya de guardar rencor por un golpe dado sin intencion.

»El mal físico, no es el verdadero mal; es mal solamente en la apariencia. El dolor es una cuestion insidiosa que nos plantea la materia para saber si tenemos un alma. Tú comprenderás esto mas tarde.

»Tú misma te burlas de tu hermano siempre que llora por un rasguño. Será soldado; [1] esta es otra de las pruebas á que somete la patria el corazon de las madres; si saca su pañuelo del bolsillo, sobre el campo de batalla, ¡ojalá sea para vendar la herida de un camarada ó la suya, mas no para enjugar sus lágrimas!

»Tú, Luisita de mi alma, tendrás la dicha de no haber de ir á la guerra, [2] y yo,

[1] Esta es otra de tantas igualdades ante la ley desconocidas en España...

[2] ¡Esta sí que es otra de las verrugas de España aun para las madres!...

hija mia, hago votos al cielo, y te conjuro á tí á que los hagas tambien, para que este bárbaro azote no esté en uso ni aun para los hombres, en la edad en que seas MUJER y madre. (¡Dios multiplique á las madres de paz, como esta!)

»Sin embargo, los hombres están aun tan lejos de entenderse, para jugar al mismo juego sin contristarse ni batirse, que bien pudiera suceder que tú tuvieras que pasar por la amargura de tener que cuidar heridos. Aprende desde hoy á sufrir sonriendo, para hacer sonreir á los que veas sufrir ante tí.

»Por estas consideraciones, te prohibo exponerte sin necesidad; empero no te prohibo que juegues, como no te he de impedir que trabajes, que ores, que cantes, que respires.

»El juego es tambien un deber. Todos jugamos en este mundo. Para la infancia es la gramática de la salud; para las personas grandes es la gimnástica del buen humor.

»El amor al juego es un instinto que se engaña, que se falsea, que se corrompe, que se transforma, pero que no se extingue.

»No quiero hablarte de los juegos del mundo. Te causaria pasmosa admiracion saber los pomposos nombres que toman y los honores que á veces reciben, Luisita de mi corazon. Vese á los pueblos prosternarse muchas veces ante hombres á quienes llaman héroes, porque son jugadores hábiles de dados; grandes políticos porque son jugadores de baraja; grandes redentores porque son jugadores de ruleta ó cubiletes.

»La moral no toma parte siempre en esas ovaciones creadas por la habilidad; pero tambien la moral es un juego que corrompen así mismo muchas veces lo que hacen su defensa.

»Vas á horrorizarte, Luisita mia, al saber lo siguiente. Hay mujeres que hacen de sus sentimientos y sus deberes mas sagrados juegos pérfidos y mortíferos. Hay hombres que juegan cada dia el pan de su familia so capa de su industria ó ambicion.

»La lucha de la razon contra el azar, atormenta las tres cuartas partes de la humanidad.

»Ves, pues, como el exceso del juego puede llegar á convertirse en un gran vicio.

»Tú, empero, Luisita de mi vida, haces uso de él como una bella é higiénica virtud. No tienes pues que tener ningun escrúpulo; y cuando sabes ya todas tus lecciones, cuando has cumplido con todos tus deberes, entonces es cuando vas á jugar! Bien, muy bien, Luisita mia, así es como deben obrar las niñas buenas! Olvida por una hora, ó dos, que haya males y malvados sobre la tierra, y ve, corre, toma tu paleta y tu volante!

»Esos instrumentos de juego, son la experiencia que da la medida al deseo. El volante, es tu corazon con alas. ¡Échala al aire, que vuele muy alto, tan alto como puedas, hácia el azulado cielo! Ten sumo cuidado de que no caiga al suelo; no le quites sus plumas; el corcho mismo seria demasiado grave. ¡Síguele siempre con tu mirada, con tu atencion, con tu dulce sonrisa!

»El juego del volante es el juego de mi predileccion; porque pone en movimiento

todas las partes del cuerpo, te obliga á estar de pié, á correr, á saltar, á levantar los brazos, la cabeza, todo tu cuerpo.

»Tal vez lo prefiera al de la cuerda. Por lo tanto, como el ejercicio es necesario, te recomiendo estos dos por el órden de preferencia indicada, puesto que el ejercicio es esencial á la salud, á la vida. Salta, pues, hija mia, para tí, ¿lo oyes? sí, para tí, no para hacerte admirar. Haz la cruz de Malta, la cruz del Cruzado; mas no abuses de los dobles y triples saltos; son lo supérfluo de la vanidad que fatiga. Cuando te canses, ten cuidado de no pasar demasiado bruscamente de un movimiento rápido al completo reposo.

»Guarda para el invierno los juegos de paciencia, los juegos de historia, los juegos de viajes; y para los malos tiempos los juegos de arreglo de casa, los juegos de muñecas.

»Han regalado á tu hermanito una caja de juegos de habilidad, de maña, de destreza. En ella no he visto cosa que pueda servir para tí, como no sea unos pajarillos, y aun siento alguna repugnancia en ver tus manos pequeñitas crisparse y ejecutar los movimientos bruscos, poco graciosos, que son necesarios para ponerlos en movimiento en juegos dados.

»En esa caja de Pandora se hallan cubiletes, estuches, para enseñar y aprender el oficio de escamoteador. ¿Para qué ha de servir el dar á la infancia el hábito del engaño y la destreza del escamoteo? ¡Harto inclinados somos todos por naturaleza á estos vicios! Tu hermano tiene otros juegos mejores que escoger, mas nobles en que entretenerse. Haz por tu parte lo posible para que ame mucho tiempo la inocencia de los tuyos.

»Cuando estais ahí los dos, uno á cada lado de ese jardin, y jugais al juego de las *gracias*, por ejemplo; cuando te veo, á cada esfuerzo, morder tu labio, lo cual parece ayudarte á echar el aro mucho mas alto; cuando tu hermano se levanta sobre las puntas de sus piés, como si quisiera salvar cien veces hácia el cielo el espacio que coloca entre su talon y el suelo; cuando yo os oigo reir á cada treta que os jugais; cuando veo vuestras dos pequeñas personalidades adelantarse, retroceder, torcerse, mover los brazos, tirar á veces, recibir otras, al aro, darle en falso las mas, y reiros siempre, descanso mejor en mi gran sillon del jardin. Me considero tan feliz en veros jugar como lo soy al veros trabajar. Paréceme que vuestra animacion multiplica la vida que nos rodea; que vuestra alegría añade un destello al sol, una flor al jardin, una virtud á mi alma.

«No es que yo os ame mas, ó mejor, queridos mios, esto es imposible; pero os amo con menos inquietud. Os lo confieso, hijos mios, con franqueza, hasta olvido entonces los peligros de la vida y sus fealdades; no veo entonces mas que vuestras gracias. Vuestros juegos son los nuestros, hijos mios; ellos nos descansan del pasado que vosotros no conoceis; nos inspiran confianza en el porvenir que centellea en vuestros ojitos.

»Ve ahí, Luisita mia, porque de nuevo te prohibo hagas el caballo... Te verias bien apurada si yo te condenara á comer heno.»

¿No es verdad, carísimas lectoras, que esta respetable y al propio tiempo elocuente, poética y amable escritora, compañera vuestra en la alta mision de MUJER, de esposa, de madre, de maestra de la familia, en el bello cuadro, cuya reproduccion creemos nos agradecereis, tiene la maravillosa varita de obrar insensiblemente los preciosos milagros de convertir en elementos de educacion de su hijita hasta las briznas de los juegos, y que en su explicacion y aplicacion y suavísima al par que severa direccion, sabe sembrar en su tierno corazon los gérmenes de los sentimientos mas nobles y delicados, y en su alma en preparacion, las semillas de las doctrinas, de las ideas, de las virtudes, de las máximas mas levantadas, dignas y capaces de comunicar á su cuerpo, á su espíritu, á su vida múltiple la potencialidad vigorosa de una existencia lozana, rica, sana, instruida, en una palabra, digna de su mision ulterior? ¡Ah! sí, ciertamente, y no diremos que quisiéramos ver á tanta altura á todas las mujeres, á todas las esposas, á todas las madres, porque esto seria querer, pretender el máximum como nivel comun, como medida ordinaria, seria aspirar á imposibles y querer imponerlos. Lo que nosotros sostenemos para la educacion digna de la MUJER, como su preparacion regular al augusto cometido que le confió la Providencia, es que se la pusiera en estado de comprender sustancialmente el espíritu de las lecciones de escritoras, de madres como la que venimos citando, y en la educacion de sus hijas, tanto física, como intelectual, moral, religiosa y social supieran aplicar provechosamente ese exquisito espíritu que como sol iluminara su carrera desde la cuna hasta los juegos, desde estos á las teorías y enseñanzas usuales en todo pueblo culto, y de estas á su estado ó situacion social definitiva.

Pretender esta educacion para la MUJER de la clase media, no es soñar imposibles, ni utopias, ni idealismos irrealizables, ni subversivos; es simplemente trazar un plan práctico, regular, que la saque de las tinieblas en que la actual llamada educacion de la MUJER la retiene ó incompleta, ó inútil, ó perjudicialmente para ella misma, para la familia y para toda la sociedad en pueblos como España, en que ni tiene disposicion para su mision, ni marcha mas que al acaso ó la miseria. ¡Así anda ello!...

Que en este punto no somos utópicos, lo prueban las citas que aquí en nuestro apoyo aducimos, y los ejemplares interesantes que cualquiera puede observar en la sociedad, como flores en el desierto.

Seguid leyendo citas y viendo esos bellos ejemplares y recogiendo ideas que iluminen esa vuestra gran mision, y aplicando á ella los frutos del estudio que en todo eso podeis percibir como las abejas el aroma de las flores.

No faltarán muchas, y aun muchos, que se volverán contra nosotros apostrofándonos en estos ó parecidos términos: «¿Qué y cómo y para qué podemos enseñar á las niñas en esa edad?»

Iremos contestándoles en este nuestro trabajo, pero entre tanto, lean otra oportunísima leccion que sobre este particular da aquella digna é ilustrada madre á su hija:

«Abre tus ojitos, Luisita mia, tanto como abres tus oidos para escucharme. Las

lecciones de una madre se leen en su rostro. Mírame, pues, para oirme y entenderme bien y provechosamente.

»Porque tú lees ya de corrido; porque ya no tienes necesidad de que las palabras impresas lo estén en grandes caractéres, y porque ya escribes letras un poco mas chiquitas que lentejas, te crees ya sábia; ya no quieres aprender cosa alguna, crees que eso basta.

»Tú has declarado que la gramática te fastidiaba; que la historia antigua era demasiado vieja para que la pudieras hallar bonita; que jamás irias á la plaza ó á la compra, y que por consiguiente, no tenias necesidad de saber contar; que con los ferro-carriles la geografía era inútil; que en los libros de cuentos se habla siempre de jóvenes expuestas á casarse con príncipes interesantes, pero en ninguna parte se habla de la necesidad de estudiar lecciones; y poniendo colmo al escándalo, has llenado tu tintero de tierra y plantádole tu pluma de hierro, como hasta de motin, en medio de una barricada.

»¿Es verdad todo esto que me han dicho, hija mia?... Yo no te reprenderé porque sin duda tú has de reprenderme á mí. Los padres han de acusarse á sí propios de la pereza de sus hijos.

»Jamás el mundo querrá creer que una hija amada, acariciada, teniendo ante su vista el ejemplo de su padre y de su madre que trabajen, pueda resignarse á entorpecerse, á quedarse ignorante, para hacerse mas tarde insoportable por su estupidez y necedad.

»El mundo dice:—« Es culpa de sus padres... »

»Y lo peor es que el mundo tiene razon. Acaso tenga yo tambien algo de culpa en este asunto por sobrado cariño mal entendido, ó algo de descuido en inspirarte el gusto por el estudio. Empero, puesto que todavía es tiempo de enmendarme, dime, Luisita de mi alma, el mal que te he hecho para que quieras tú definitiva é irremisiblemente convertirte en mi castigo y en mi vergüenza.

»Desde que sabes hablar, siempre me has preguntado en toda cosa; y Dios sabe que muchas veces he tenido necesidad de revolver mis libros para contestar á tus eternos *porqués*. ¿Cómo puede ser que tú, siendo tan curiosa, no quieras tratar de abreviar el tiempo trabajando para contestarte á tí misma?

»Tu erudicion hasta ahora se limita á cuentos de hadas. ¿Quieres quedarte ahí? Piénsalo bien; y observa que no hay ni un solo cuento que no sea reprension de tu pereza.

»¿Quieres hacerme, Luisita mia, el favor de decirme qué es sino ese pequeño Capirote Encarnado, mas que una niña que juega y no sabe nada, y á la cual destroza, se zampa el lobo, porque en su ignorancia de la historia natural, la pequeña aturdida ha confundido un lobo con su antecesor en la escala?

»¿Imaginaste el pesar de la madre del Rodrigon Encarnado? ¿Crees que no tendrá remordimientos por haber confiado tan bella galleta y tan buen frasco de manteca á una niña bastante tonta para contar al primer lobo que pasa por el camino sus encargos, y para que no sepa que los lobos no tienen grandes patas, grandes ojos, gran boca y grandes dientes sino para mejor comerse á la gente?

»¿Compadeces tú al pequeño Rodrigon Rojo? Yo compadezco á su madre, que debió morir de pena; y al lobo que debió morir de indigestion; porque una niña tan grosera ha de ser de difícil digestion.

»¿Te pones de mal humor?

»Porque no hay lobos en nuestro jardin crees que no se los halla mas que en el jardin botánico.

»Te equivocas. Los hay y los habrá siempre en el mundo, mientras haya hombres en el mundo; y lobos por cierto de grandes fauces para zamparse á los ignorantes, á los bobos, á los que nada han querido aprender, capirotes rojos, capirotes azules, capirotes blancos, capirotes de todas clases y de todos colores.

»¡Cuántos insensatos hay que aventuran su galleta y su frasquito de manteca por no querer instruirse, que se acercan sin temor á las fauces del lobo y le hacen mil caricias, porque no saben que los lobos pueden ocultarse bajo las apariencias mas benévolas y fingirse, así disfrazados, apóstoles del bien!

»Compara la torpeza del Capirotito Rojo con la finura del Pequeño Pulgar.

»Ahí tienes á este que no deseaba otra cosa mas que aprender; y como sus padres eran demasiado pobrecitos para pagar á los profesores, aprendió solo, y mucho y muy pronto; y su saber le fué útil no solo á sí mismo, sino á sus hermanos y á toda su familia.

»Le despreciaban, porque era pequeñito. ¡Bien comprendes tú que esto era una injusticia! El alma no se mide por la talla de las personas. Con tal criterio, los tambores mayores serian héroes; y todos los hombres grandes serian grandes hombres.

»Y á la verdad, es muy al contrario, pues se han visto y ven hombres cuya estatura se eleva á cuatro palmos sobre el suelo, y cuya inteligencia, sin embargo, ha obrado maravillas. Es cierto que no se les estima en lo que valen por aquella circunstancia.

»El Pequeño Pulgar, no tenia aspecto de un salvador, y con todo salvó á todos los suyos.

»¿Qué hizo para volver á su camino? Sembró guijarros; esto era una especie de dibujo, una clase particular de geografía. Cuando la noche lo sorprendió en el bosque, ¿se contentó con llorar? No. Subióse á un árbol, buscó una luz, la vió y la siguió.

»Cuando el ogro corria hácia él, ¿cómo se libraba del apuro? Tomando las botas de siete leguas, lo cual quiere decir, que no se hubiera apurado por seguir al ferro-carril, si este hubiera sido entonces inventado, y que estaba al corriente de los progresos realizados en el calzado por los zapateros de aquellos tiempos.

»Dime, Luisita de mi alma, ¿que seria de tí, si te hallases perdida de repente en el universo, muy lejos de aquí? Llorarias, me llamarias; empero no sabrias ni siquiera hácia que punto dirigir tu voz.

»Orarias al buen Dios; así lo creo. Pero si Dios bondadoso quiere que tengamos confianza en Él, tambien quiere que nos ayudemos nosotros mismos y no suele antici-

parse á sacarnos del atolladero en que nosotros mismos nos hemos metido. [1] Quiere que hagamos un esfuerzo. Él ayuda á los que trabajan; pero no hace la labor de los holgazanes. Ha creado paises para que los conozcamos, y nos permite trazar en ellos caminos para que los utilicemos en nuestro provecho. Te dejaria perdida para castigarte por no haber querido aprender como se siembra y como se cultiva el espíritu en los libros, á fin de regenerarte en ellos; como debemos elevarnos sobre nosotros mismos, á fin de buscar, en la noche de nuestra ignorancia, la lucecita que brilla siempre en el horizonte.

»Aprende, pues, la geografía, Luisita de mi vida; son las botas de siete leguas de nuestros cuentos. No digas que esta ciencia está reservada solamente á los que viajan. ¿Quién te asegura, además, que tú no tendrás un dia que viajar? ¡Hay tantas causas que obligan dejar la patria! No se sale de su pais solamente por gusto ó por cuestion de comercio. No es que yo quiera hacerte predicciones lúgubres. Solamente quiero que sepas que no hay ciencia reservada exclusivamente á los hombres, puesto que no hay para ellos una desgracia, un luto, una prueba que no pueda extenderse á la MUJER.

»¿Quieres que te cuente una historia verdadera, Luisita de mis amores, á través de las relaciones, de las descripciones de la madre del ganso?

»Habia en cierta tierra un pueblo muy hermoso, interesante, antiguo y con todo conservado ó rejuvenecido, como si una varita de las hadas lo hubiera tocado. Era rico, tan rico como Barba Azul, festejado, aclamado, como el marqués de Caravaca en persona. No se verificaba en el universo mundo una fiesta notable, no se hacia un acto bueno en que aquel no tomara parte. Por desgracia, era demasiadamente soberbio, y porque creia saberlo todo, se reia de todo.

»Á la manera del pequeño Capirote Rojo, tenia una buena galleta y un frasco de manteca para los viejos que nada tenian. Se le veia saltando, cantando, cogiendo avellanas. Quiso un dia salir, mal aconsejado, de su bosque á recoger mieses en campo vecino.

»El desgraciado pueblo se apercibió entonces de que ignoraba los caminos del vecino, pero que en cambio, el vecino estaba enterado de los caminos de aquel pueblo desgraciado. Sin embargo, emprendió la marcha, olvidando la historia y los cuentos. ¡Ay! No pudo avanzar mucho. Sus jefes no conocian mas pueblo que aquel que gobernaban.

»¡Entonces, Luisita mia, se vió una cosa espantosa!

»No solamente los lobos estaban escondidos detrás de los avellanos vecinos, sino que vinieron á comerse las avellanas de los de aquel pueblo ignorante. Muy pronto se descubrió que aquellos lobos de agudos dientes, habian aprendido geografía. Conocian hasta los mas pequeños senderos de los enemigos. Llegaron de improviso á las campiñas, al poblado, ante las puertas de los que huian á mas y mejor.

[1] Este pensamiento no lo aceptamos, pues Dios siempre recibe nuestras plegarias, aun en lo que somos culpables.

»¡Aquello fué un horrible desastre!

»Aquellos lobos devoraron á todos los hombres, á todas las mujeres, á todo ganado; destrozaron hasta los muebles, y en su voracidad, se zamparon los péndulos, pensando que un pueblo que no sabia aprovechar el tiempo, no tenia necesidad de saber la hora que marca aquel.

»Despues de aquella horrorosa efeméride, Luisita de mi corazon, en aquel pais saqueado por los lobos, todas las mujeres juraron aprender Geografía, Historia... para enseñarlas á sus hijos y consolar á sus maridos!

»¡Este pais, Luisita mia, es Francia! Tú no quieres ser una mala francesa, ¿no es verdad? ¿Tú no querrás volver á ver un dia en derredor de la cuna de tus hijitos, á los lobos que han estado rodeando la tuya? Apresúrate, pues, á aprender Geografía para comunicar á tu hermano el gusto de su estudio, y para hacerte digna del pequeñito estudiante que un dia podrá ser tu marido.

»Volvamos á nuestros cuentos.

»Tú quieres á tu gatito, ¿no es cierto? Acuérdate pues cuando lo acaricies, del heróico gato que un dia salvó á su amo, y le ganó una gran fortuna con su saber.

»En sí misma, la moral del *gato calzado* deja algo que desear. Robaba á menudo las riquezas que hallaba para darlas á su amo; pero los *gatos calzados* suelen hacer partidas semejantes; y si los brutos, que son mas laboriosos y mas fuertes, tuvieran la misma moralidad que nosotros, (querrá decir naturaleza moral, sin duda), serian superiores á nosotros en muchas cosas. Entonces seria menester esforzarse en ser ó procurar ser bestias.

»No tengas jamás, Luisita mia, miedo de saber demasiado. Hay una curiosidad frívola, la que acabó por perder á madama Barba Azul. Esta no se ocupaba sino en visitar mostradores y armarios, en examinar sus bagatelas y alhajas. Empero hay una curiosidad noble, excelente, la que hace buscar las ventajas del corazon y del espíritu, bajo las apariencias de fealdades y de deformidades, que no lo son mas que aparentemente.

»Acuérdate de la hermosa princesa, tan poco espiritual, que se convirtió en un prodigio de espiritualidad con solo casarse con el sabio y feo Enriquito de la Houppe, y de este, que de feo se volvió hermosísimo con solo casarse con la reina de la belleza, á la cual él supo comunicar su espiritualismo.

»¿No reconoces en esto una prueba de que el espíritu y el saber son mas fuertes y poderosos que la belleza, puesto que la aumentan y la obligan á capitular, á obedecer, á someterse?

»Así pues, en resúmen, es conveniente que aprendas de aquí en adelante tus lecciones de Historia, para interpretar la moralidad de los cuentos; aprenderás la Geografía para que sepas hallar tus caminos en este mundo; la Astronomía para que tu espíritu vaya hallando el camino del cielo; la Aritmética para adquirir el órden y la economía, y proporcionarte la alegría de ejercer la caridad sin arruinarte.

»Aprenderás cuanto sea posible para multiplicar las riquezas de tu imaginacion, los horizontes de tu inteligencia. Si es cierto que los hombres no tendrán jamás bastante ciencia, las mujeres no tendrán nunca de sobras.

»Mi anhelo es que si el azar ó la desgracia cayeran sobre tí, al través de esta calamidad se descubra una MUJER apreciabilísima que sea capaz de comprenderlo todo, y hasta de dejar caer un diamante en medio de sus trabajos domésticos.

»¡El ajuar doméstico! ¡Ah! oye, oye.

»El ajuar doméstico es el gran negocio de nuestra mision, el gran espanto de las almas ligeras é ignorantes; pero inteligencia, manejo y economía constituyen toda una ciencia para la MUJER; la ciencia para la cual todas las otras tienen su existencia. Historia natural, historia de los sucesos, aritmética, química, botánica con el arte de cuidarse bien asimismo y á los demas, todo contribuye á la felicidad íntima, al órden, á la economía, á la buena salud física y moral de nuestros queridos hijos!...

»En la economía doméstica, en el buen gobierno de la casa, puede y debe hallar la MUJER toda clase de goces; el cuento de *Cendrillon* nos lo manifiesta perfectamente; pero nos recomienda que no nos acostemos nunca demasiado tarde, y que ni aun en el placer olvidemos jamás nuestros deberes.

»Entra de lleno en mi plan, Luisita mia, el hacerte aprender un arte ú oficio. Hánse visto hijas de propietarios mas ricas, cada una de por sí, que tres hijas de reyes, y sin embargo, han tenido á mucha honra ganarse en buenos estudios y brillantes exámenes, el título de institutrices, de maestras de escuelas. Esto es una prevision excelente; una carrera nada estorba y puede reemplazarlo todo.

»Mira lo que le sucedió á la desgraciada princesa que se durmió en el bosque. En aquellos tiempos se educaba ya muy malamente á los príncipes y princesas. Estaban muy lejos de hacer que sufrieran exámenes para que llegaran á poseer la dificilísima ciencia de gobernar, de ser reyes y reinas, y mucho menos exigir en exámenes que fuesen los mas sobresalientes, como así debia ser, ya que ambicionaban ser los primeros entre los examinadores.

»Si la princesa hubiera sabido hilar una madeja, si se le hubiera enseñado ese oficio primitivo, esencial, (en aquel tiempo), no se hubiera herido desastrosamente, ni se hubiera quedado dormida cien años.

»¡Cien años! ¡oh! no es mucho para el sueño de los príncipes, que duermen mucho mas que todo eso, cuando se ponen á dormir; pero en realidad, *es un sueño espantoso*. Como la costumbre de adular á los príncipes y á las princesas, y el excusar sus defectos y vicios data ya desde que empezó á haber principados, se dice en la fábula que una hada habia condenado á la bella á que se hiriese, á que fuese herida, y que no habia otro remedio, ¡era su suerte fatal! pero yo sé el nombre de la malvada hada; era la hada Pereza; esta es la que pronuncia la sentencia de los ignorantes.

»Ayer mañana te ví desde mi ventana plantar una margarita en una maceta,

despues de haberla arrancado del parterre, ó jardinillo del chaflan. Tenia vivos deseos de advertirte, de corregirte; empleabas un mal procedimiento, puesto que la flor trasplantada sin raices no tenia probabilidades de vitalidad. Empero trabajabas con tanto ardor, dudabas tan poco de tí, que yo resolví dejarte el placer de consumar la obra de tus manos.

»¡Pobre florecilla! Tú la plantaste en la tierra del mismo modo, ni mas ni menos, que plantaste tu pluma en aquel tintero que llenaste antes de tierra, renunciando *generosamente* á todo saber ulterior: ni siquiera la has regado para no prolongar su agonía, y has colocado con gran satisfaccion tu maceta al sol, para que nada faltara al suplicio de la hermosa margarita.

»Esta mañana, puedes verlo por tí misma, la flor descolorida y marchita, doblado su tallo sobre el borde de la maceta, y todos los riegos del cielo y de la tierra serian incapaces de reanimarla. ¡Ni siquiera excita la compasion! Está feísima; causa horror; no hay ya nada que hacer con ella sino arrancarla y quemarla.

»No quiero ni querré jamás, Luisita mia, que te parezcas á esa flor de un dia, tan mal trasplantada y tan mal cuidada. Yo quiero cuidar tu raiz; esta es la ciencia que toda niña modesta debe tener encerrada en su espíritu, la cual absorbiendo los jugos de los libros, de las lecciones de la experiencia, produce savia, y mas tarde flores y frutos.

»No puedo hoy asegurar en qué maceta te desarrollarás tú en el porvenir de tu existencia; ora sea de barro, ora de loza, ora de porcelana, mientras no tenga grietas, yo te tras plantaré en ella con gusto y confianza. Quiero que florezcas en ella con toda seguridad; que embalsames la atmósfera en que se meza tu existencia y cuanto exista en ella á tu alrededor. Empero, para esto, caro pimpollo salido de mi corazon, vas á prometerme que te dejarás abonar, regar, podar, cuidar como una planta pequeña, buena y dócil.

»¿Dices que sí? Sea en buen hora y de verdad para siempre y en todas cosas. Así cuando tú me harás llorar, será de gozo y gloria. Estas lágrimas, Luisita de mi alma, lloviendo sobre tu corazon, serán como el rocío de tu aurora...»

Meditad, carísimas lectoras, madres del presente ó madres del mañana, meditad esta tan elevada como sencilla y práctica leccion de una de vuestras compañeras en la sublime mision maternal, y despues que lo hayais meditado con conciencia, con buena fé, con sinceridad, con la poca ó mucha luz que la escasa ó abundante educacion que os hayan dado, y la del estudio que luego y ahora mismo, hayais hecho y esteis haciendo, como es vuestro deber, ante el gran papel que Dios os asignó, y vosotras quereis desempeñar, papel de cuyo buen ó mal desempeño depende la armonía y el honor de la familia y de la sociedad; decidnos con vuestra mano puesta sobre el corazon, si esa leccion grande y llana á la par de una madre ilustrada y digna no está en lo posible, en lo diario, en lo practicable, y si practicándola, no viene á alimentar las sanas doctrinas de luz, de calor, de vida completa, que para la educacion de la MUJER venimos inculcando. Decidnos si esto es soñar, ó si

es hacer irradiar la luz sobre la mitad del género humano, y por ella á todo él, porque este es lo que aquella quiere ó sabe hacer de él; y ved si esas lecciones no son las que todas respectivamente deberiais dar á vuestras niñas, con las que sabrian cumplir mejor su mision.

CAPÍTULO II.

EDUCACION INTELECTUAL.

Educacion intelectual de la jóven de la clase media despues de los ocho años. — Cuestiones sobre la capacidad intelectual de la MUJER, la oportunidad y grados de su educacion intelectual y las profesiones que puede ejercer —Cuestiones sobre su educacion doméstica y de colegio.

Hemos visto que si bien los primeros años de la infancia deben determinar la mayor dósis de atenciones y cuidados en beneficio de su educacion físico-higiénica, en favor del desenvolvimiento sano, vigoroso, general de todos y cada uno de los miembros de su organismo corporal, no por eso se ha de dejar que el alma, que el espíritu inmortal, la parte mas elevada, la mas noble, la directriz de nuestro sér, de nuestra existencia, de nuestra mision, de nuestros fines, el arca santa en que se guardan la inteligencia, la razon, la libertad, la conciencia, el talisman de las maravillas del mérito, de la gloria, ó las tremendas causas de la responsabilidad de los males morales, religiosos y sociales, se quede en un parasismo, en una impotencia degradantes, ó adquiera monstruosas deformidades. En una palabra: que mientras se sirva al cuerpo el pan de su nutricion, se deje al espíritu privado de sus elementos de vida, de poder, de ejercicio, de obra, de mérito; de la ciencia, la verdad, el bien, la religion, el amor al bien, á Dios, á la familia, á la patria, á la humanidad; ó bien estos elementos se le sirvan escasa, torpe ó venenosamente.

Las elocuentes lecciones que de una digna é ilustrada madre á su hijita, hemos aducido, creemos pueden convencer á quienquiera que no sea refractario á la luz, á la verdad, al poder saludable de la educacion desde los primeros destellos de la interesante existencia de la niña, desde los primordiales albores de su alma celestial, de su tierno é interesante corazon, que aun en esa edad tierna, en esos años infantiles, sin fatigar ni perjudicar su salud, su desarrollo físico, sino muy al contrario, favoreciéndolo, como la luz del sol favorece á la vida, al desarrollo, á la florescencia y germinacion de las plantas arraigadas, abonadas, regadas y cuidadas, se puede y debe llevar como de la mano, como en paralelo, el desarrollo de los gérmenes intelectuales, del sentimiento, del corazon, de la conciencia, del amor al bien, á la verdad, á la justicia, á beneficio de los suaves y racionales métodos modernos para

la educacion de la infancia, que deberia toda madre saber practicar en favor de la salud y de la sabiduría de sus hijos.

Avancemos en el desenvolvimiento de nuestro plan y veamos despues de los ocho años, porqué camino y con qué intensidad de marcha y qué extension de terreno convendrá que recorra la jóven de la clase media, preparándola dignamente, lo mas dignamente posible, segun los grados de su capacidad y las facultades de la familia, y sobre todo, despues de la instruccion comun, las especialidades, ó la especialidad en que brillen su inteligencia, su imaginacion, sus sentimientos, no olvidando sus necesidades presentes y las que puedan entrar en sus destinos morales y accidentales.

La clase media es y debe serlo mas aun, la clase-eje del trabajo ilustrado, de la virtud iluminada é iluminadora de la sociedad, que de ese su eje ha de recibir su movimiento, su mejora, su civilizacion, sus progresos.

Ahora bien: para llegar á esa altura en la impulsion racional del trabajo fecundo, en el ejercicio de las saludables virtudes privadas y públicas, se necesita preparacion, aprendizaje no mediano teórico antes del práctico, que no puede ser completo, ni fecundo, ni notable sin la precedencia de la luz de la doctrina, de la teoría, de la instruccion y del lumínico, del calórico de los buenos ejemplos, de las sublimes inspiraciones del corazon maternal, que debe acompañarlas de sus buenos y constantes ejemplos para que tengan la fuerza suficiente para que se graven en el corazon, en toda el alma de la juventud. Y ¿quién debe hacer esta doble y grandiosa obra sino la madre? Y ¿cómo la ejecutará si para ella no se la dispone? Y ¿se creerá, se podrá racionalmente creer, que esa disposicion, esa preparacion difícil ha de adquirirla sin un plan prefijado, dirigido y aplicado segun el modelo que puede y debe verse en lecciones como las que venimos citando? ¿Es acaso un milagro que pueda obrar de repente y cuando tenga el capricho de exigirlo una capitulacion matrimonial, unas amonestaciones rutinarias de vieja, el encanto de efímera belleza de rostro y otras maestras por el estilo? ¡Ah! ¡No, mil veces! Dice nuestro sabio idioma de refranes: «No hay atajo sin trabajo.»—«Vale mas llegar á tiempo que correr mucho.»—«Cada cosa su tiempo y su sudor.»

Así lo entendia la madre citada, quien continúa dirigiendo de este modo á su Luisita:

«¿Cómo, Luisita de mi alma, estás tú ya tan fuerte en la historia romana?

»Sin vacilar has enseñado ya á tu hermanito quien era *Tarquino el Soberbio*, y lo que sobre él debia entenderse; estoy segura que tenias, al darle esta leccion, una intencion algo maligna, especialmente cuando afirmabas, con ojos enfurecidos, que ese rey era un cruel tirano. Tu hermano no ha advertido, de seguro, ó no ha comprendido la alusion. ¿Qué le haremos, hija mia? La oposicion mas legítima lleva á menudo estos desaires; los tiranos no quieren jamás reconocer sus maldades.

»Sin embargo, tienes muchísima razon en no perdonar la tiranía; de esta manera no perdonarás tus defectos. Por otra parte, te has explicado perfectamente al exponer que para aquel tirano no tenia mas valor la cabeza de un enemigo que la de una

adormidera, y al manifestar como su jardin en lugar de inspirarle ideas de paz y de bondad, agolpaba á su cabeza negros designios de muerte, de venganza, de tiranías de mala estofa.

»Esto me prueba, Luisita mia, que no solo sabes convenientemente tus lecciones, sino que comprendes el papel de la naturaleza y de las flores en el combate de las pasiones humanas.

»Has merecido tener un jardincito, exclusivamente tuyo, un jardincito que sea tu bien, tu descanso, tus delicias, tu patrimonio para que lo cultives, lo trabajes, lo siembres, lo plantes y lo embellezcas.

»Pues bien, lo has merecido, lo tendrás; yo te lo cedo; el jardinero te señalará sus límites.

»En adelante nadie pondrá en él la mano mas que tú. Se te darán las semillas necesarias, las nociones útiles y conducentes al efecto, cuando las pidas. Si tienes el mal gusto de dejarlo hecho un erial, sufrirás el disgusto y el bochorno de su esterilidad; si te da abundancia de flores bellas y variadas, ricas y lozanas, tuya será la gloria.

»El jardin será como has visto eran tu muñeca, tus juegos, tus libros, un horizonte mas abierto á tu espíritu, un saludable apoyo á tu cuerpo.

»Deberás tener cuidado de los dias demasiadamente calurosos, de las noches asaz frias, de las lluvias, de los vientos, de las escarchas, de las orugas, de los gusanillos blancos.

»Tendrás una sierra, una plancha para desgranar tus semillas, un lugar para guardar tus instrumentos de jardinería.

»Te haré comprar todos los enseres apropiados á tus fuerzas: regaderas que tú puedas llenar, llevar y verter, azadoncitos; un carretoncillo, cestos, tijeras de muelles para cortar retoños y malezas y para limpiar las plantas; campanas de barro, macetas, bastidores; cordeles para alinear tus plantaciones; etiquetas para poner en las plantas; un plantador, un cojedor de madera para recoger las hojas secas, un rastrillo de hierro para arreglar los senderos, un secador, una podadera, una criba. ¿Qué mas aun?... Todo lo que quieras, menos esos detestables juguetes que los aficionados de mal gusto meten entre las plantas y las flores, en calidad de adornos; hablo de esos grandes globos de cristal que sirven de espejo, de esos acuariums de zinc, de esas estátuas y de esos surtidores en que se hace subir al agua como á las lámparas de cárcel.

»No, Luisita mia; en tu jardincito no habrá mas que los productos de tu cultivo, los resultados de tu ingenio y de tu trabajo. Este debe ser un jardinillo de recreo, de estudio, de expansiones juveniles, inocentes é instructivas, sin pretensiones de ninguna clase, sin lujo, sin vanos y majaderos adornos. De la misma manera que te he dado libros con páginas en blanco para que en ellas escribas tus deberes, te daré este pedazo de tierra sin cultivar, página en blanco donde escribas y hagas germinar toda clase de ideas por medio de todas las especies de frutos, así físicos como morales.

»¿Será esto el aprendizaje de un estado en que quiero iniciarte desde ahora? No puedo, fijamente asegurarlo hoy por hoy. No son forzosamente jardineros todos los que han crecido aprendiendo algo del arte de jardinería, como no siempre llegan á ser modistas las que han cortado y cosido los trajecillos de sus muñecas; como no llega siempre á ser institutriz la que ha sido fuerte en historia, ó ha sabido desde niña el nombre de *Tarquino el Soberbio*.

»Lo que yo quiero enseñarte desde luego es el amor á la armonía visible, del mismo modo que te enseño la música; quiero enseñarte la armonía, el arte de los colores. Este jardin es un cuadro que tú bordarás, que tú perfilarás á tu gusto; tus flores serán tus copos de lana y tus adornos de tapicería.

»No recuerdo ya en que fábula, acaso en la del *Pequeño Pulgar*, se habla de oir crecer la hierba.

»Este es un modo de hablar como cualquier otro. Empero, regando tus macetas, viendo alzarse sobre la tierra, crecer, desarrollarse, florecer la planta que habrás sembrado, oirás distintamente agitarse y crecer dentro de ti misma toda suerte de buenos consejos y excelentes lecciones. Tú misma te sorprenderás, al cabo de algun tiempo, de verte vivir de la vida de tu jardincito; de verte siempre dispuesta, como él, á aprovechar un hermoso destello, á afrontar una borrasca, á trabajar para engrandecerte y florecer; llevarás en tu corazon un ramillete de todas las flores; y creerás, al pasearte por la senda de tu jardin, respirar el aire de todas las virtudes, que, á semejanza de las flores, debes en ti misma cultivar.

»El trabajo, Luisita de mi corazon: ahí tienes la primera leccion que te da la planta.

»Pequeñita, pequeñita, imperceptible, empieza ya á luchar, empieza á romper la tierra, separa suavemente lo que le estorba; levanta la piedrecita, pequeño tirano que quiere impedirle su salida á la luz, á la vida; desde su aparicion, soporta todas las miradas, que excita en cierta manera su amor propio, y sube recta, orgullosilla, y á medida que se aleja del seno materno y se eleva en el aire, se embellece y se perfuma.

»Ya verás como esa pequeña obrera del buen Dios, que trabaja para los demas, nunca falta á su deber. No puede cambiarse su vocacion, su naturaleza, su carácter, ni hacer que se doble á la derecha cuando tiende á doblarse á la izquierda. Prueba la paciencia del hombre, de ese soberbio Tarquino, que muchas veces se entromete en las obras de la naturaleza para ajarlas ó destruirlas, sin haber jamás aumentado su lista en una sola línea.

»El órden es la primera condicion del trabajo, y la bondad es su desenvolvimiento.

»La belleza que mas fácil se presenta á nuestra intuicion, la que nos impresiona en primer término, la que nos ayuda á presentir otras bellezas, la que nos produce comparaciones infinitas, es la belleza múltiple que brilla en el dibujo, en el cuadro, en la forma, en el conjunto, en el color, en la gracia de una flor.

»Lecciones de trabajo, ejemplos de órden, nociones de lo bello: ve ahí, Luisita mia, las primeras y mas esenciales cosechas de tu jardin.

»Empero lo bello, es la coquetería del bien.

»¿No es verdad, querida mia, que es preciso tener un corazon malvado y cruel para meditar el asesinato ó preparar el crímen en medio de un jardin?

»La persona que no ame las flores, no ama á la humanidad, y la MUJER que no las comprende es un mónstruo de la naturaleza.

»Las flores nos hablan. Su perfume es el mudo cantar que dirigen á los que pasan para que las amen. Cada uno tiene el suyo; y el coro silencioso que el aura parece elevar como una plegaria hácia el cielo, obliga dulcemente á las almas á que se abran y den tambien su perfume y alcen al cielo sus plegarias.

»¿Sabe uno de dónde viene el perfume de la flor? No. Este es su secreto. La rosa no lo ha dicho jamás á nadie, y el lirio desafía á quienquiera á que sorprenda su secreto. Bástale á la planta cumplir su mision recibiendo la influencia de la lluvia, del rocío, del sol, para poder exhalar su aroma.

»Cuando hayas llegado á ser una hábil jardinera, y te expliques fácilmente la nutricion, crecimiento y vida de las flores, sabrás, Luisita mia, que las plantas no solo viven, sino que se mueven; realmente no tienen alma, ni la facultad de sentir, ni de trasladarse de un punto á otro; pero hay en su sér algo misterioso y desconocido en virtud del cual, no solo alientan, respiran y viven, sino que parecen sentir dolor, vergüenza, orgullo, temor, y esta es la pequeña alma de las flores. Ellas se despiertan con la aurora, gozan con el sol, se duermen por la noche; algunas veces hasta parece que oyen las sandeces que decimos, y como que se rian de ellas.

»Un gran naturalista, cuyo génio aprenderás á honrar, Linneo, experimentó que la flor del loto doblaba sus hojas y se cubria con ellas para dormir á su placer, y de la misma manera que tú te cubres con tus gorros de dormir, pero seguramente con mas elegancia que tú.

»Una señora ha traido de Bengala una especie de pipirigallo que se mueve incesantemente y se inclina hácia el sol, á cuya salida agita sus hojas, á la manera con que los polluelos baten sus alas al ver venir á su madre.

»¿Conoces ya la sensitiva? La habrás visto moverse, temblar, apartarse del contacto de ciertos objetos. ¡Ah, querida mia! ¡si pudiéramos presentir la aproximacion de los malvados, de los villanos, de los hipócritas! ¡Si pudiéramos pedir prestada á esas plantas su delicadeza, y comunicar á nuestro corazon su sensibilidad, su presentimiento!

»Ya ves cuánta enseñanza moral puede darnos el jardin. Sin embargo, no te lo explico todo; quiero el placer de que puedas hacer por tí misma muchos descubrimientos. Además de esto, las plantas venidas de paises lejanos, nos traen en sus hojas, un poco de la historia y geografía de los mismos.

»¿Te pones séria, Luisita mia? Acaso tienes miedo de que haga de tu jardin un pretexto para lecciones harto sérias. No lo temas. Mas lo que te digo hoy, podrás olvidarlo mañana, pero te acordarás de ello mas tarde.

»Solázate cuidando tu jardincito. La semilla que yo siembro en tí no es para que germine en este momento.

»Hay una ciencia de las plantas que se llama botánica. La aprenderás luego que seas mayor; la buscarás tú misma cuando te parecerá necesaria; correrás al libro cuando salgas del herbario.

»No te inquietes pues por si hay ó deja de haber nombres griegos, latinos, sabios, pedantes, para designar las plantas que hayas sembrado. Dales nombres vulgares, invéntales nombres cuando no los sepas, ó cuando te parezca bien. Trátalas como á tu muñeca, segun tus gustos, segun tu humor, segun tus emociones, segun tu amistad. Por de pronto, ámalas; luego las estudiarás. Este es el órden de las cosas.

»La naturaleza, Luisita de mi alma, es como una abuela cuya bondad se pone á prueba, cuya venerable edad se respeta, cuya experiencia se admira, de quien se reciben hermosos regalos, aun antes de haberle oido el relato de su historia. Eres demasiado pequeña para imprimir besos en su frente ó en sus mejillas; besa sus manos llenas de rosas y de frutos, contémplala sin temor, pero con respeto. ¡Ves cuán bondadosa se presenta, aunque haya sufrido mucho; cuán amable sigue siendo, á pesar de nuestra ingratitud; cuán jóven, á despecho de sus años! Pregúntale qué fuerzas comunica á cuantos van á mecerse en sus brazos; qué virtudes inspira á cuantos jamás reniegan de ella.

»Es menester, amada Luisita, que no te impacientes si alguna vez te digo ciertas cosas incomprensibles á tu edad. La idea de tu jardin llena ahora mi inteligencia; tus flores exaltan mi imaginacion, y me dejo llevar de esta especie de embriaguez, elevándome á horizontes que tu vista no puede abarcar, porque mi anhelo es que un dia pienses como yo.

»Suponte que toco al piano una pieza que tú no puedes aun descifrar; no dejarás de conocer sin embargo que es una música bella, que es menester saberla y que la has de saber un dia; mas aun, desde ahora ya percibes, presientes su armonía. Pues esto basta por ahora.

»Cuando la Escritura Santa dice que el Paraiso era un gran jardin, da una leccion á la humanidad, y exhorta al trabajo y al cultivo como á la reconquista del paraiso perdido.

»¿Creerás, hija mia, que el hombre se ha olvidado durante largo tiempo de amar á la naturaleza? Data de tiempos muy recientes, de ayer, es decir, no pasa de un siglo, que aparecieron filósofos, pensadores, que proclamaron su estudio como el secreto de hallar en las plantas, en las flores, en los bosques, bellezas que ni las ciudades ni los hombres pueden proporcionar.

»Se tiranizaba á la naturaleza; encajábasele un uniforme, casi una librea, los jardines llevaban casi todos un mismo vestido, abigarrado, empolvado. Eran detestables.

»De repente se reflexionó que tales jardines eran de Tarquino el Soberbio, que no habia en ellos sino adormideras, que no los paseaban sino hombres de Estado; y entonces se hizo una gran revolucion para volver el jardin á la sencillez y formas espontáneas de la naturaleza.

»Desde entonces todos amamos los jardines; todo el mundo desea tener su casita de campo. No pudiendo volver de pronto el paraiso á los que lo sueñan, hánse establecido en las ciudades grandes jardines, en los cuales los pobres se pasean por calles tan floridas y mejor arregladas que las de un parque de Luis XIV. Tambien se hacen jardines para los niños; ir á la escuela no quiere ya decir encerrarse en una sala tenebrosa, húmeda y estrecha, esto significa hoy ir á un jardin.

»Los mas bellos libros de estos tiempos, los cuales nosotras dos leeremos juntas, todos son libros en que los árboles, las plantas y el cielo desempeñan un gran papel; hoy no puede darse á luz una obra maestra que no vaya perfumada por los aromas de la naturaleza, y este perfume por sí solo constituye muchas veces las obras modelos del arte ó del génio.

»Un hombre excelente, que no tenia mas que talento, se elevó á la altura del génio, contando la historia de una triste planta que germinaba entre dos muros de una cárcel.

»Esta planta, la *Picciola*, como se la llamaba, obró un milagro: enseñó la paciencia, la resignacion, la abnegacion, la estimacion de sí mismo, el amor de los demas, la confianza en la humanidad, la esperanza en Dios, todo lo que eleva al hombre, todo lo que puede engrandecerle; y todo esto lo enseñó al triste preso, sin mas trabajo que el de florecer y perfumar con sus aromas las paredes del lúgubre edificio.

»Si un sencillo alelí ha podido obrar esas maravillas, porque parece que no era mas que un alelí, reflexiona un poco, Luisita mia, cuanto bien puede obrar un jardin. Indudablemente por medio de él podrias salvar á toda una familia.

»Pero vamos á señalar las dimensiones de tu pequeño paraiso.»

El excelente criterio educativo racional de que da tan bellas muestras esa digna madre en la educacion de su hija, junto con los libros, hijos de los buenos principios educativos modernos, que hoy pueden y deben tener á mano todas las madres que ese modelo deberian imitar cada una, segun antes advertimos, á medida de sus facultades, constituyen el jardin moral de la juventud, sobre todo de la juventud femenina, bajo el cuidado y solicitud ilustrada de la jardinera natural de este paraiso, la madre de familia.

Hemos dicho constituyen; pero hemos de rectificar, diciendo deberian constituir, porque desgraciadamente la educacion de la MUJER en la familia, y aun en el colegio, es un verdadero paraiso perdido.

En efecto: ¿cuántas madres, cuántos colegios, en España, están muy lejos de la altura debida no ya para dar, sino ni para comprender el arte precioso de la educacion de sus hijas en las maneras delicadas, hábiles, provechosísimas que indican las lecciones de aquella madre?

Es necesario, pues, de toda necesidad hacer esfuerzos contínuos, incansables, para que la MUJER española, especialmente la MUJER de la clase media, que es la mas importante en la vida real de la sociedad, halle ese paraiso perdido, persuadiéndose que la ciencia, la elevacion de las facultades del espíritu, no es, no puede

ser patrimonio exclusivo de solo una parte de la humanidad, de solo el hombre; á no profesarse la bárbara, la inhumana, sacrílega é irracionalmente injusta doctrina de que la MUJER es persona racional, inteligente, libre, meritoria y demeritoria.

Volveremos luego á tratar de este punto, pues ahora queremos terminar el cuadro educativo del arte admirable sobre el interesantísimo punto de la madre de Luisita, que sigue inspirándole gusto por la luz, por la ciencia, por el cultivo de las facultades del alma en esa edad en que se abren como los hermosos pétalos de las flores ante la irradiacion solar, y sigue dirigiéndole este bello y discreto razonamiento:

«¡Tu hermano te ha tratado de *bestia,* y tú lloras, Luisita mia!

»La palabra te ha parecido fea; lo es, en efecto, por la intencion, empero no lo es en realidad, en sí misma, filosóficamente considerada.

»¡Ah! ¡Si las verdaderas bestias hablasen, se tratarian sin duda unas á otras de *hombres* y *mujeres*, todas las veces que quisieran acusarse de insuficiencia, de vanidad, de ferocidad inútil!

»Ciertos sabios que llevan sobradamente mas allá de lo regular la estimacion á los animales y el desprecio de sí mismos, pretenden que nosotros descendemos (?) de los monos. Yo creo, por lo contrario, que nosotros tratamos de hacernos á ellos semejantes. Lo cierto es que los animales nos precedieron sobre la tierra. No vinieron ellos á nosotros, sino nosotros á ellos. Sin duda podian vivir sin nosotros, y podrian hacer hoy lo mismo, puesto que no somos su alimento necesario; pero nosotros no podríamos prescindir de ellos.

»¿Puedes imaginarte, Luisita mia, un mundo, en el cual no se oyeran ni las célicas notas de la avecilla, ni el rumor del insecto, ni el mugido de la fiera; en el cual los árboles, las yerbas, las riberas y el mar fueran vacío?

»Esto seria tristísimo, ¿no es verdad? y fuera tambien muy molesto para el hombre, ¿verdad, querida mia? Con dificultad podria vestirse, comer heno, legumbres y frutos; pero ni nos ayudarian como amigos, ni nos defenderíamos de ellos como enemigos; nada de comparaciones, nada de consoladores ejemplos tomaríamos de su vida y de su modo de ser.

»Es, pues, preciso que amemos á los animales, como que nos precedieron en la vida, y que los amemos como nuestros amigos y auxiliares. Ellos han contribuido á nuestra civilizacion; esto es evidente. Sin ellos, seríamos feroces como ellos; nos han enseñado el trabajo y la lucha, la paciencia, la sumision; se han constituido en nuestros servidores, despues de haber sido libres y señores.

»Cada una de las artes que la humanidad cree poseer, está representada especialmente por uno de estos irracionales, y todos nos enseñan el arte universal de amar á sus pequeñuelos y proteger á su familia.

»En adelante, cuando tu hermanito te tratare de bestia, contéstale:

»—Sí, sí, yo soy bestia, por la ternura, por la fidelidad y por la abnegacion, y de esta manera, sí, que querré ser simple bestia. Quiero seguir siendo el buen perrito que defiende el hogar, el pajarillo que canta para disipar el enojo, el carnero que da su lana para vestir á los pequeñuelos desnudos, el insecto que cumple su

tarea en la sombra y el silencio, la abeja que fabrica la miel, la hormiga que acarrea sus ahorros. Yo pongo todo mi esfuerzo en ser bestia de esta manera. ¡Peor para tí, si crees hacerme una injuria llamándome con este nombre!

»Y esto que tú contestarás á tu hermano, á ese impertinentuelo de buena fé, á quien ambas á dos, madre y hermana amamos, como dos buenas bestias, es necesario que lo creas, hija mia.

»Interpela á tu corazon. ¿Acaso no te dice que *Fido*, tu perro, es un modelo de fidelidad á sus deberes, de actividad en el trabajo, de inquieta solicitud, cuando se le manda vigilar?

»Por la noche cuando tú estás en tu camita, y cuando, á través de las puertas ó ventanas, oyes como una amenaza exterior el viento que silba, ¿no es verdad que sientes un gran placer en oir el ladrido de tu buen perro, que parece subir de tono para disipar tus pasajeros temores?

»Acaso no tienes gratitud á ese amigo que vela por tí, y que, por la mañana, cuando lo acaricias, viene á restregarse á tus piés, dándote golpecillos con la cola, no atreviéndose á tenderte su patita, y á decirte en su lenguaje de perro:

»—Esté usted, mejor, está tranquila, Luisita, porque yo creo que los animales nos tutean, que mientras yo viva, te protegeré y no permitiré que nadie te falte al respeto.»—

»Y cuando él sale de caza con tu padre, ¡qué leccion de sagacidad se prepara á darte! ¡De qué modo mira al cazador como diciéndole: «—¡Yo soy tu nariz que marcha!»—no atreviéndose á decirle, porque él es muy modesto, ¡yo soy toda tu ciencia!—

»¿Ese gesto significa que lo dudas? ¿No crees en la modestia de los perros? Bien se ve, Luisita mia, que tú no has visto jamás perros sabios. Ellos son los que abaten la soberbia de ciertos hombres fátuos, y que, por saber mas que los otros, se creen autorizados á no ser mas dignos que un simple perro de patio.

»No te digo nada de los caritativos perros que salvan á los viajeros, que guian á los ciegos, y sin embargo, no llevan ni una cruz ni una medalla pendiente de su cuello, ni tienen otro porvenir que el de morir un dia sobre la nieve, en el agua, ó en un rincon de la calle, que los ha visto por tanto tiempo agitarse pidiendo una limosna por un desgraciado de la familia humana!

»Tal es, Luisita mia, el perro fiel.

»El gato tiene otras cualidades, menos mérito y acaso menos facultades que el perro. Es zalamero, pero araña; le gusta jugar, pero no quiere molestarse ni que lo molesten. Siempre que la humanidad ha querido expresar por un emblema la fidelidad, la ternura del recuerdo, la adhesion, ha echado mano del perro, y jamás ha hallado otro mas á propósito.

»Empero siempre que ha querido retratar la hipocresía, el engaño, la ratería, se ha acordado del gato. Todas las veces que ha querido quejarse de una criatura muelle, afeminada, indolente, perezosa, golosa, abusadora de su graciosidad para hacerse mimar, dormilona, que sustituye el don de la conversacion por el *rum rum* de

la murmuracion ó el refunfuñamiento perpétuos, en seguida ha acudido al emblema del gato.

»Acaricia, sí, á *Mineta* (gato), pero abraza á *Fido* (perro), hija mia, ten presentes para tu estudio las viriles virtudes del perro: nunca han de faltar uñas en las extremidades de los dedos, ni malicia en el corazon, para arañar y refunfuñar ó murmurar, cuando no sepas hacer cosa mejor, cuando no sepas contenerte en el deber.

»No hay por qué discurrir sobre el caballo. Tú sabes admirarlo ya de lejos. Permanece de él á esta distancia. Es el gran tentador; es el juguete mas perjudicial á los hombres.

»Recordarás que ayer te hice leer en Buffon, que el caballo es la mas noble conquista del hombre. ¡Ah! Luisita de mi alma, todo ha cambiado desde Buffon acá, y el animal se ha vengado completamente de aquella conquista! Hoy el hombre se ha convertido en esclavo del caballo. Cuando seas mayor, te haré ver caballeritos á quienes los caballos hacen trotar, cambiando su naturaleza. Estos que debieron ser hijos de la raza del hombre están desconsolados porque no pueden marchar á cuatro patas; pero alargan de tal modo los brazos, y encorvan tan perfectamente la espalda, que de aquí á una ó dos generaciones, el fenómeno se habrá completado. Miéntras esto no suceda, no andan, piafan, llevan el paso sin moverse. No hablan ya; relinchan. No comen heno todavía; pero ya se perfuman con él.

»Llevan herraduras en la corbata, en la cadena del reloj, en el baston, en los dedos, y tal vez en los piés. No tienen ideas mas que de caballo, conversaciones de caballo; se hace para ellos literatura de caballo, música de caballo, y se les preparan mujeres de caballo. [1]

»Sin embargo, no te inspire esta monstruosidad el ódio al caballo. Es un soberbio animal, excelente en ciertas ocasiones y para ciertos usos, algo orgulloso, un poco tonto, como lo son todos los que gustan de hacer el oso; su sitio preferente son las escenas de la guerra; es un animal bravo, un soldado destinado á sostener soldados.

»El asno tiene menos apariencias, pero mas virtudes. Sóbrio, paciente, algo terco á veces, como todos los simples, vive con los pobres y como ellos. Es la víctima de los niños ingratos. Tú no le harás sufrir jamás, ¿verdad, Luisita? Yo quiero figurarme que no tiene en vano sus descomunales orejas, en las que debe recoger todas nuestras necedades, todos nuestros insultos. Así es que él las sacude de cuando en cuando para vaciarlas; pero acaso no puede echarlas todas, indudablemente penetra alguna en su cabeza; y hé ahí porqué le tratamos de burro.

»¿Necesitaré decirte que ames á los pajarillos?

»¡Ah! sí, es preciso decirte que los ames en los árboles, en el espacio, en las flores de tu jardin. Las jaulas, por mas que no se tengan para hacerles sufrir, sino para la propia complacencia, son una ofensa para ellos.

[1] En España, si bien solo hay algunos imitadores de esos entusiastas por el caballo, en cambio hay infinitos idólatras de los toros y toreros...

»El pajarillo es el alma de la libertad que vuela; es el emblema de todo lo que se eleva hácia el cielo; la sonrisa, el canto, la mirada, la plegaria...

»Los animales que andan, nos enseñan los deberes penosos pero menos elevados de este mundo. Las aves nos hacen levantar la cabeza y pensar en los del otro. Los mas pequeños son los mas ligeros para elevarnos por cima de este mundo, para despertar nuestros sueños hácia lo infinito.

»Toda ala que pasa por sobre nuestras cabezas, á nuestra vista, es un reto á la materia pesada, y el hombre no puede darse idea de los ángeles sin ponerles alas.

»Amas á los pájaros, y haces muy bien. Por sí mismos no tienen muchas ideas; son pequeños cerebritos, pequeños espíritus; pero hacen nacer, excitan ideas que ellos no tienen, son hermosas causas de hermosos pensamientos.

»¡Ah! ¡si tuviéramos alas, cuán alto iríamos á buscar el olvido, el consuelo, el remedio de las miserias de acá bajo! Dios no ha querido que pudiéramos volar en el aire; pero nos ha enviado los pájaros para que pudiéramos soñar al menos un viaje imposible, y para obligar á nuestros pensamientos á salvar, por la imaginacion, el infinito que no podemos salvar materialmente.

»Hay malos pájaros como hay malas personas. Si todo fuera bueno en la naturaleza, nuestras complacencias en ella serian excesivas.

»Empero las águilas, los gavilanes, los avestruces, esos bandidos del espacio, no te piden tu amor.

»No te acuerdes de ellos, Luisita de mi alma, sino para compadecer á sus víctimas. Puedes estar segura que hay un castigo reservado á las águilas presuntuosas, y una recompensa prometida á las pobres víctimas de su voracidad.

»A tí no te gusta la pesca, es decir, su arte. Estoy pues segura que no has de atormentar á los peces.

»Están muy en moda desde hace algunos años, á mi modo de ver, sobradamente en moda. El acuarium me disgusta mas aun que la jaula. Me hace sufrir el ver á esos mudos nacarados en su agitacion inútil. Que se estudien sus costumbres, está en el órden de la ciencia. Pescarlos para comer, está en la ley de la alimentacion. Empero encarcelarlos por el solo gusto de contemplarlos, vé ahí lo que me parece un síntoma de *embrutecimiento*.

»¿Es necesario, Luisita de mi corazon, como fin de esta leccion, recomendarte que tengas lástima del mas pequeño de los insectos?

»Muchas veces calificamos de dañino al gusano porque desconocemos sus costumbres y sus servicios.

»Espera, que con el tiempo y la aplicacion se iluminará tu espíritu; y deja pasar, sin aplastarlo, al sér que no puede ni defenderse, ni suplicarte clemencia. Todos los irracionales son iguales ante nuestra ignorancia. Todos han sido puestos en este mundo, como obreros necesarios, para fines y funciones cuyas leyes existen indudablemente, y que nosotros no hemos aun conocido.

»Dejemos á la naturaleza esos agentes misteriosos, esos ruidos, esos rumores, esos mensajeros que encierran un secreto. Vivamos con ellos en buena amistad

estemos con ellos solo á la defensiva; no los ataquemos. El mundo es bastante vasto para que toda la creacion tenga en él habitacion holgada, puesto que el Creador no se ha mostrado escaso en nada. Si todos los animales se sublevaran, le seria al hombre imposible resistirles. ¿A qué pues provocar con crueldades encubiertas y de mala ley, á esos animales pacíficos que á nadie provocan ni quieren la venganza?

»Finalmente, Luisita mia, acuérdate que nos presentan al niño Jesús en un pesebre, entre el asno y el buey; como si las bestias pacíficas de las cuales la humanidad no puede prescindir, hubieran sido las primeras en ser admitidas, aun antes de los Reyes Magos, al honor de saludar al Mesías.

»Acuérdate tambien de que, para mejor hacérnosle adorar, se nos presenta al Salvador de los hombres con un cordero unas veces y otras una oveja sobre sus hombros, á la cual acaba de salvar.

»Recuerda todo esto, para tener tambien cierto cariño de distinta especie á los irracionales y perdona á tu hermanito. Es un gozquecillo que mas tarde será para tí un buen perro guardian; pero que entre tanto charla á diestro y siniestro, sin saber lo que se dice...»

Ved ahí como una madre digna de serlo por la grandeza de su corazon y la ilustracion de su inteligencia, sabe educar con igual desarrollo, provecho y facilidad, á sus hijos, que Dios le confió para infundirles amor y desenvolver las dotes de su cuerpo, de su corazon, de su espíritu, de su conciencia. Un dia son los caractéres gráficos, iconografiados; ó de otra manera, como jugando se enseña á conocer teórica y prácticamente la música de la lectura, base telegráfica de la evolucion intelectual; otro dia sus combinaciones para su trazado y progresiva lectura y escritura; mas adelante, sin abandonar la suavidad y progresion de los procedimientos educativos, es otra base experimental y filosófica del tesoro de la inteligencia, la historia y su espíritu, lo que viene á enriquecer la suma gradual, progresiva de los conocimientos: algo mas allá vienen las curiosas y necesarias lecciones de la Gramática, de la Geografía, de la Botánica, las nociones de Zoología, el Cálculo, la Economía doméstica, el trabajo diurno; sin olvidar los elementos del canto, de los divinos ritmos de la música, de la poesía, del dibujo, de lo bello, de lo bueno, de lo verdadero, formando así metódica, suave, concienzuda y provechosamente el mayor brillo, la mas excelsa belleza que una madre puede comunicar á su hija, las joyas mas preciadas, la dote mas acaudalada que una familia puede señalar á sus hijas, dote cuyo precio no puede justipreciarle, porque las circunstancias del porvenir son las que archivan el valor reglativo de la misma, dote que no es tan efímera como las dotes de la hermosura y de los tesoros materiales, á todos los cuales puede aquella suplir con ventajas, y que el hombre habrá siempre de estimar infinitamente mas que todo eso.

Con ese luminoso cultivo del alma, con la explotacion de los divinos metales, de las piedras preciosas, de las facultades del espíritu de la MUJER, puede esta y debe desempeñar el gran papel á que en la familia y en la sociedad está destinada á desempeñar, y de un modo especialísimo la MUJER de la clase media.

Edurarion Mútua

CLASE MEDIA

Aquí aparecen como negros fantasmas los enemigos de la ilustracion de la MUJER y por la MUJER, en la familia y en el mundo, los que quieren esclavizarla vergonzosamente destinándola solo al placer ó al fanatismo, negacion de la dignidad humana, y, con una altanería pedantesca, supina, ingrata al amor y á la inteligencia de sus madres, claman contra los que defendemos la augusta personalidad de la MUJER y su quilate en una completa educacion: «No, dicen, la MUJER no puede ni debe recibir educacion intelectual, porque su inteligencia es inferior á la del hombre...»

Y despues de este dogma absurdo que rebaja la dignidad humana se quedan tan satisfechos, como si hubieran demostrado algun problema humanitario de difícil solucion.

A pesar de vuestra blasfemia, la MUJER es un sér racional, intelectualmente capaz de educacion, porque su alma es igual á la del hombre. Es pues educable y se educará, mal que os pese, y en ella y por ella se ilustrará el mundo. Si nosotros con estos nuestros modestos trabajos lográramos solamente romper las cadenas de una de esas almas de la bella mitad del género humano, forjadas por vuestra grosera y despótica doctrina, nos daríamos por satisfechos de estos nuestros humildes afanes. Sí, Dios querrá que una ó mas de una MUJER salga de esas ataduras de rutina, de ignorancia, de embrutecimiento, cual otro Lázaro á la voz del Señor, y venga á la luz, á la vida, á la actividad, iluminada por la educacion plena de su espíritu, de su inteligencia, de su dignidad personal. Y la luz será hecha, porque Dios lo quiere, porque conviene que se haga, porque, pudiendo hacerse, debe hacerse.

Que esta es la verdad, lo prueba el que hasta esos espíritus tenebrosos, amantes de la degradacion de la MUJER, al ver el genio encarnado en una Stael, en una Sevigné, en una Fernan Caballero, pagan ante su tumba un forzoso homenaje á los esplendores del reflejo del Verbo de Dios que brilló en su alma, en su vida, en sus virtudes, y que nos han legado en sus obras.

¿Por qué, pues, y para qué negar la capacidad intelectual de la MUJER? ¿por qué y para qué poner obstáculos á su ilustracion intelectual? ¡Porque sí!...

Esta es la gran razon que asiste á esos hombres, obstáculo sempiterno á la civilizacion de la MUJER.

Vamos á trasladar aquí reflexiones de dos jueces, distintos en sexo, y de consiguiente, representantes de ambas partes, primer requisito de justicia en este como en todos los litigios. Aduciremos antes el testimonio de un escritor ilustre, pulcro académico que no tenia nada de demagogo, Severo Catalina, que en esta cuestion se expresa así:

«¿Recordais por ventura los años de vuestra infancia?

»¿Recordais las horas tranquilas en que, libre el alma de pesares y el corazon de inquietudes, dejabais reposar vuestra cabeza en el regazo de una MUJER?

»¿Recordais la ternura con que aquella MUJER os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles, é imprimia, sin ruborizarse, sus labios en vuestra frente candorosa?

»¿Recordais cuantas veces enjugaba solícita vuestro llanto, y os adormecia dulcemente al eco blando de una balada de amor?

»¡Oh sí! lo recordais.

»Los que tenemos la dicha de ver todavía á esa MUJER sobre la tierra, la invocamos con cariño á todas horas. Su nombre está escrito en el corazon: es el nombre mas tierno de cuantos encierra el diccionario.

»El nombre solo de Madre nos representa aquella MUJER en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida; en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella MUJER que nos acariciaba; que oprimia entre las suyas nuestras manos; que besaba nuestra frente; que enjugaba nuestro llanto; que nos mecia, por fin, en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

»¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!

»Vosotros los que habeis perdido á vuestra madre, tambien podeis verla, si teneis corazon y sentimiento.

»Podeis verla en los ensueños de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envia sobre la tierra su pálido resplandor, figuraos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

»Si veis en la region del cielo una blanca nubecilla, que flota cual ténue gasa sostenida en sus extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre que al miraros sonrie de cariño desde el cielo.

»Si á la caida de una tarde melancólica sentís en el valle un eco vago que se pierde á lo léjos, y que no es el canto de las aves, ni el murmurio de la fuente; arrodillaos, es el aleteo de la oracion que por vosotros eleva vuestra madre.

»Si en la noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora, que no es la brisa de los campos, ni el álito embalsamado de las flores, estremeceos de placer; es el beso de pureza y de ternura que desde el cielo os envia vuestra madre.

»Aunque la muerte la arrebate, la madre no deja nunca de existir para vosotros los que teneis corazon y sentimiento.

»¡Pueblos que rebajásteis la dignidad de la MUJER, que la considerásteis como un sér casi despreciable, venid! La razon os llama á juicio.

»El sér que despreciais ha dado vida á vuestros héroes y á vuestros sabios.

»Cuando vuestros héroes y vuestros sabios, cuando los Alejandros y los Homeros, los Césares y los Virgilios, cruzaban los azarosos dias de la infancia, una MUJER los alimentaba con el jugo de su pecho, una MUJER los adormecia con el arrullo de su amor.

»Cuando sus labios empezaron á articular sonidos, una MUJER les enseñó á pronunciar los nombres para vosotros venerandos, y les imbuyó vuestras creencias, y les dijo que habia una patria que debian adorar; una patria que ilustraron ellos con el brillo de sus conquistas ó con el mágico resplandor de su talento.

»Detractores sistemáticos del que llamais sexo débil, ¡recordad que habeis tenido madre, ó que la teneis todavía!

»¡Los que negais absolutamente la virtud y la inteligencia de la MUJER, acordaos de vuestra madre!...

»¡Los que al nombre y á la memoria de vuestra madre, no sintais latir de entusiasmo el corazon, apartad, alejaos!

»Pero no vayais á los campos, que allí las tiernas avecillas besan á sus madres en el nido; allí el manso recental brinca de gozo junto á la oveja.

»No vayais á los bosques, que allí podeis ver á la pantera lamer á sus cachorros, y á la leona acariciar á sus hijuelos.

»Y no es bien que la leona y la pantera de los bosques, y la oveja y el ave de los prados, enseñen al hombre las leyes inmutables de la naturaleza, al hombre, que es rey de la naturaleza y primera figura en el gran panorama de la Creacion.

»Huid á donde el sol no alumbre, á donde halleis un espacio vírgen, jamás hendido por respiracion viviente; porque donde quiera que lleguen los rayos del sol, donde exista un sér organizado y sensible, allí reinará majestuosamente la idea de la maternidad.

»Cuéntase que á un pintor célebre encomendaron un cuadro, donde se bosquejasen á un tiempo el amor y la pureza.

»Y el artista trasladó al lienzo la imágen de una MUJER que llevaba en sus brazos al hijo de sus entrañas.

»Aquel pintor era un sabio. Los brazos de nuestra madre son el trono del amor y la pureza, donde en los albores de la vida del hombre brilla su majestad de rey de la Creacion.

»En esos primeros años de la vida, la madre viene á ser para nosotros una segunda Providencia.

»En los años de la niñez, la madre es nuestra primera maestra; ella nos enseña diariamente á alzar las manos al cielo, y á bendecir al Dios de las mercedes.

»Por ella aprendemos á coordinar las palabras mismas de nuestras primeras oraciones; de esos primeros himnos que el alma eleva á la Reina de los ángeles.

»En los años de la adolescencia ella nos señala los senderos de la virtud, nos avisa de los precipicios, y quizá enjuga la primera lágrima de fuego que hace asomar á nuestros párpados un amor que no es el suyo.

»¡Oh! el amor materno no arranca lágrimas de fuego; produce llanto apacible que refresca el alma, como el rocío á la tierra, como el céfiro á las flores.

»En los años de la juventud consuela nuestras amarguras, perdona nuestros extravíos, y es la amiga que nunca nos engaña, la amante inalterable y fiel que nos ama sin cálculo y sin interes, sin falsedad y sin celos.

»Ella es la sola MUJER que, sin avergonzarse ni avergonzarnos, puede besar nuestra frente y estrecharnos en su seno.

»Ella es la que comparte con nosotros los infortunios y los males; la que vela nuestro sueño; la que cuenta por segundos las horas de nuestro padecer; la que

cierra nuestros párpados en el instante supremo; el único sér, en fin, despues de nuestro padre, que no admite consuelos por nuestra pérdida, porque se anega su alma en el mar sin bordes del egoismo intenso del dolor.

»Si es indudable que los padres ocupan en la tierra el lugar de la Divinidad, concluyamos por declarar absurdo é inconcebible el ateismo.

»No puede existir un sér racional que niegue á su madre si existiere debe considerarse como una excepcion, como un mónstruo.

»Así se llaman las excepciones, tratándose del linaje humano. Su número por fortuna es corto.

»Si consultamos la historia de la humanidad hallaremos millares de páginas entre cada dos Nerones.

»Por cada mónstruo, esto es, por cada hombre en cuyo pecho no se anide el amor maternal, hay generaciones sin cuento, que rinden homenaje á la santa ley, esculpida por la mano de Dios en el corazon de los mortales, y en el código inmortal del Sinaí.

»En esa doble ley natural y positiva está escrito el amor materno.

»El amor materno es el mas puro y sublime de todos nuestros amores...»

Pudiéramos aumentar en muchas páginas el testamento del malogrado é ilustre Académico, Catedrático, orador, escritor y hombre de Estado en pro de la inteligencia y grandeza de la MUJER; y de lo precedente, justo y necesario de su educacion intelectual. Empero la necesidad de no hacer sobrado largo este capítulo, nos hacen llamar aquí á otro testigo ilustre, de gran valia y representante de la parte agraviada, doña Concepcion Arenal, la mas ilustrada é infatigable de nuestras escritoras contemporáneas, que en todas las cuestiones de debate científico, literario y social figura dignamente al lado de los primeros talentos varoniles, la cual plantea y resuelve la cuestion que en este momento nos ocupa con la claridad, valentía y razon que vais á ver, en el capítulo de su precioso libro *La Mujer del Porvenir*, titulado *Contradicciones* y en los que le siguen, los cuales vamos á dar aquí:

«El error, tarde ó temprano, acaba por limitarse á sí mismo, y la primera forma de su impotencia, es la contradiccion: si quisiera ser lógico, se haria imposible. La humanidad, que puede ser bastante ciega para dejarle sentar sus premisas, no es nunca bastante perversa ó insensata para permitirle que saque todas sus consecuencias: le opone su razon, sus afectos ó sus instintos, y él transige; podemos estar seguros de que, donde hay contradiccion, hay error ó impotencia.

»Aplicando esta regla al papel que la MUJER representa en la sociedad, por la falta de lógica del hombre, vendremos á convencernos de su falta razon primero, y de justicia despues.

»Una MUJER puede llegar á la mas alta dignidad que se concibe, pudo ser madre de Dios: descendiendo mucho, pero todavía muy alta, puede ser mártir y santa, y el hombre que la venera sobre el altar y la implora, la cree indigna de llenar funciones de categoría en sumo grado inferior. Si por su carácter especial se la

aleja con justicia del altar y del sagrario esto no ha de ser razon para desterrarla de otros puestos en donde brillaria su inteligencia.

»Si del órden religioso pasamos al civil, hallamos contradicciones de mayor bulto. ¿Cómo una MUJER ha de ser empleada en aduanas ó en la deuda, desempeñar un destino en Fomento ó en Gobernacion? Solo pensarlo da risa. Pero una MUJER puede ser jefe del Estado. En el mundo oficial se la reconoce aptitud para reina y para estanquera; que pretendiese ocupar los puestos intermedios, seria absurdo. No hay para que encarecer lo bien parada que aquí sale la lógica.

»En las relaciones de familia en el trato del mundo, ¿qué lugar ocupa la MUJER? Moral y socialmente considerada, ¿cuál es su valor? ¿cuál es su puesto? Nadie es capaz de decirlo...» Volveremos sobre este punto en su lugar mas especial, citando allí por completo el capítulo indicado *Contradicciones* de la señora de Arenal. Aquí no lo hemos indicado mas que como preliminar de la cuestion de capacidad, de inteligencia, de educabilidad intelectual de la MUJER, cuestion que la indicada escritora trata así:

«Despues de haber manifestado que las contradicciones (en los hombres, leyes y costumbres) con respecto á la MUJER prueban los errores que acerca de ella existen, nos parece lógico investigar si su inferioridad social es consecuencia de su inferioridad orgánica, si así como su sistema muscular es mas débil, su sistema nervioso es tambien mas imperfecto; si hay en ella una desigualdad congénita que la rebaja; si su cerebro, en fin, es un instrumento del alma, menos apropiado que el del hombre para los profundos pensamientos y elevadas meditaciones.

»En los tiempos en que la fuerza material lo era todo, se comprende que la MUJER no fuese nada. La inferioridad de sus músculos debia hacer imposible la sancion de sus derechos, y en sociedades formadas por los combates y para los combates, ¿qué consideracion habia de merecer en la paz la que era inútil en la guerra?

»Las sociedades modernas estan léjos de haberse limpiado de la lepra de sus preocupaciones. Hijas de la conquista, no han renunciado del todo á la desdichada herencia de su madre, y aun hay leyes que parecen escritas con una lanza, costumbres formadas en el campamento romano, y opiniones salidas del castillo feudal. No obstante, el progreso es visible, la fuerza es cada vez menos fuerte y en casi todas manifestaciones paga tributo á la inteligencia. Aflige, es cierto, ver la profanacion de la ciencia aplicada á la guerra, y convertida en elemento de destruccion; pero la gran ley providencial no se infringe; la sociedad, como el hombre, se mejora ilustrándose; en su cólera, es menos feroz, y cuanta mas ciencia se emplea en la guerra, hay en ella menos crueldad; aun en el campo de la fuerza la victoria corresponde en adelante á los que saben mas.

»Si mucho en el presente, si todo en el porvenir depende de la inteligencia, preciso será discutir si la de la MUJER es realmente inferior á la del hombre, y si esta inferioridad es orgánica, ó lo que es lo mismo, si es la obra de Dios. Consultemos para esta discusion al gran maestro de la anatomía y de la fisiología del

cerebro, á Gall, y como su opinion está conforme con la opinion de los mas, veamos si se halla fundada en hechos y razones, ó si el grande hombre, tan observador y circunspecto casi siempre, resolvió esta cuestion sin meditarla bastante.

»Solo por la diferente organizacion de los dos sexos, dice el doctor Gall,[1] puede explicarse como ciertas facultades son mas enérgicas en el hombre y otras en la MUJER.

»El cerebro de la MUJER está generalmente menos desarrollado en su parte anterior-superior, y por eso, por lo comun, las mujeres tienen la frente mas estrecha y menos elevada que los hombres.

»Las mujeres, en cuanto á sus facultades intelectuales, son generalmente inferiores á los hombres.

»Si tales debilidades (la supersticion y fé en oráculos, sueños, presagios, etc.), son mas bien propios de las mujeres, aunque sean muy instruidas y de talento, la razon es que generalmente la parte cerebral anterior-superior adquiere un desarrollo mucho menor en las mujeres que en los hombres, y que por consiguiente, apenas les ocurre que no puede haber ningun suceso, ningun efecto sin causa.»

«Por lo que dejamos copiado, dice la señora Arenal, y por otras citas que podríamos hacer de la misma obra, se ve que, en opinion de Gall, la inferioridad intelectual de la MUJER, es *orgánica*. Veamos ahora si al afirmarlo así, apoyándose en el menor volúmen anterior-superior de la cabeza de la MUJER, no está en contradiccion consigo mismo y con los hechos.

»La energía de las funciones (del cerebro), dice Gall, no depende solamente del *tamaño* de los órganos, sino tambien de su *irritabilidad*...

. . . . . .

»Las mujeres están dotadas de una irritabilidad mas pronta y de una sensibilidad mas exquisita.

»La perfeccion, con la cual los sistemas nerviosos diferentes del encéfalo llenan sus funciones, no depende de *ningun modo* de la masa mayor ó menor del cerebro, sino de su propia organizacion mas ó menos perfecta. ¿No vemos ciertos insectos dotados de un tacto, de un oido, de un gusto sumamente delicados, aunque su cerebro es muy sencillo, muy pequeño?

»Vemos, además, que la naturaleza con masas cerebrales *extraordinariamente pequeñas*, llega á producir los efectos mas admirables; ¿quién no recuerda aquí la hormiga, la abeja, etc., etc.?

»Por mas que el hombre esté organizado de la manera mas perfecta, el ejercicio es indispensable para aprender á combinar muchas ideas relativamente á ciertos objetos...»

«Resulta, pues, contesta razonadamente la señora Arenal al doctor Gall, que este mismo autor que da como cosa cierta la inferioridad intelectual de la MUJER apoyándose en el volúmen menor de su frente, afirma *que la energía de las fun-*

[1] *Phisiol. du cerv.*

ciones del cerebro no depende solamente de su tamaño, que con masas cerebrales muy pequeñas la naturaleza produce los efectos mas admirables; que la IRRITABILIDAD *de los órganos influye en sus funciones,* con todo lo demás que acabamos de ver. Fijémonos bien en esta última circunstancia: la IRRITABILIDAD. Gall dice, y todo el mundo sabe, que el sistema nervioso de la MUJER es mas *irritable;* el vulgo dice que es mas *nerviosa,* y está fuera de duda que su sistema nervioso tiene mas actividad. Siendo mas activo ¿no podrá hacer el mismo trabajo intelectual con menor volúmen? ¿No vemos esto mismo en muchos hombres mas inteligentes que otros, cuya frente es mucho mayor? Cualquiera que haya observado cabezas y comparado inteligencias, ¿puede dudar de que en muchos casos la *calidad* de la masa cerebral suple la *cantidad?*

«Además, segun la experiencia lo aconseja, y el autor que vamos refutando lo hace, no se han de apreciar las masas cerebrales teniendo en cuenta su volúmen absoluto, sino el relativo; de otro modo, el elefante y muchos cetáceos serian mas inteligentes que el hombre. Apreciando pues como se debe el volúmen de la cabeza de la MUJER, no de una manera absoluta, sino relativa, ¿resultará menor que la del hombre? Si su cuerpo es menor, ¿no ha de serlo su masa cerebral?

»No siendo el diámetro del occipital al frontal, que es mayor en la MUJER, lo cual atribuye Gall al mayor desarrollo del órgano del amor á los hijos; no siendo este diámetro, decimos, todos los demás de la cabeza de la MUJER son menores que los de la del hombre, ó lo que es lo mismo, la cabeza de la MUJER es mas pequeña. Si fuera necesaria igualdad de volúmen para que la energía en las funciones fuese la misma, la inferioridad de la MUJER seria para todo. Sus sentidos serian mas torpes, y siguiendo á Gall en su clasificacion de facultades, seria menor su circunspeccion, su instinto de localidad, su amor á la propiedad, su sentimiento de justicia, su disposicion á las artes, etc., etc. Nada de esto sucede: en la mayor parte de las facultades la MUJER es igual al hombre; la diferencia intelectual solo empieza donde empieza la de la educacion. Los maestros de primeras letras no hallan diferencia en las facultades de los niños y de las niñas, y si la hay, es en favor de estas, mas dóciles, por lo comun y mas precoces.

»En la gente del pueblo, entre los labradores rudos, y siempre que los dos sexos están sin educar, ¿qué observador competente puede decir con verdad que nota en el hombre superioridad intelectual? En los matrimonios de esta clase, la autoridad del marido se apoya en su fuerza muscular, de ningun modo en su inteligencia.

»Dice el doctor Gall que el órgano del cálculo está generalmente menos desarrollado en las mujeres que en los hombres; pero nunca hemos visto que los niños cuenten mejor que las niñas antes de aprender aritmética, ni que los hombres del pueblo que no la saben manifiesten mayores disposiciones para el cálculo que las mujeres.

»Bien podria suceder tambien, que como la forma del cráneo depende de la del cerebro, y todo órgano aumenta con el ejercicio y disminuye en la inaccion, bien podria suceder, decimos, que no cultivando las mujeres ciertas facultades, los

órganos del cerebro correspondientes menguasen por falta de ejercicio; que esto contribuyese algo á su menor volúmen, siendo efecto lo que se considera como causa.

»Ya hemos dicho que, segun el doctor Gall: «Por mas que el hombre esté organizado de la manera *mas perfecta*, *el ejercicio es indispensable para aprender á combinar muchas ideas*, *relativamente á ciertos objetos*. ¿Tienen las mujeres este ejercicio indispensable? ¿Pueden tenerlo? Y si no lo tienen, y por regla general, no pueden tenerlo, ¿cómo combinarán muchas ideas relativamente á ciertos objetos, tarea que en efecto necesita una gran gimnasia intelectual?

»El trabajo de la inteligencia está léjos de ser una cosa espontánea en el hombre. El temor, la necesidad, el cálculo, el amor á la gloria, vencen la natural repugnancia que inspiran las fatigas del entendimiento. El profesor y el discípulo necesitan hacer un esfuerzo, grande por regla general, para habituarse á los estudios graves y á las meditaciones profundas. ¿Cómo las mujeres vencerán esta repugnancia ó resistencia, cuando para vencerla no tienen objeto, cuando se les dice que no la pueden ni deben vencer, y cuando tienen para ello hasta imposibilidad material? Si ciertas facultades solo se revelan con el ejercicio continuado, cuando este ejercicio falta, de que no se manifiestan ¿debe concluirse que no existen? ¡Extraña lógica! Tanto valdria afirmar que un hombre no tiene brazos porque habiéndolos tenido toda la vida ligados y en la inaccion, no puede levantar un grande peso. Y decimos *grande*, porque la MUJER no aparece privada de ninguna de las facultades del hombre; como él, reflexiona, compara, calcula, medita, prevé, recuerda, observa, etc. La diferencia está en la intensidad de estas funciones del alma y en los objetos á que se aplican. Su esfera de accion es mas limitada, pero no vemos que en ella revele inferioridad. La inferioridad, dicen, apareceria, si la esfera se ensanchase. Esto es lo que no hemos visto demostrado con razones; esto es lo que nadie puede probar con hechos; esto es lo que importa mucho que se averigüe, y esto es lo que con el tiempo se averiguará. Palabras sonoras, pero vacías; autoridades, costumbres, leyes, rutinas, y el ridículo y el tiempo; esto es lo que suele traerse al debate en vez de razones. En tratándose de las mujeres, los mayores absurdos se sientan como axiomas que no necesitan demostracion.

»Ni el estudio de la fisiología del cerebro, ni la observacion de lo que pasa en el mundo, autorizan para afirmar que la inferioridad intelectual de la MUJER sea *orgánica*, porque no existe donde los dos sexos están igualmente sin educar, ni empieza en las clases educadas, sino donde empieza la diferencia de la educacion.»

Sino es la MUJER intelectualmente inferior al hombre por su organizacion sino por su educacion, ¿lo será moralmente? La señora Arenal toma por su cuenta el exámen de esta cuestion con la misma elevacion y buen juicio que nos adherimos á ella de buen grado, dice así:

«Hay algunos escritores (les haremos el favor de no citarlos) que afirman la inferioridad moral de la MUJER: hay algunas leyes que no se comprenden sino son consecuencia de la misma opinion, y le suponen tambien algunas costumbres,

aunque pocas, y próximas á desaparecer. En las costumbres, este error puede decirse que acaba, que está agonizando.

»¿Qué es la superioridad moral? Comparando dos séres libres y responsables, es moralmente superior al otro, aquel que tenga mas bondad y mas virtud, aquel que sienta menos impulsos malos y los enfrene con mayor energía, aquel que haga mas bien y menos mal á sus semejantes, y para decirlo brevemente: aquel que sea *mejor*. ¿El hombre es *mejor* que la MUJER?

»Investiguémoslo.

»La bondad es sensibilidad, compasion y paciencia. ¿El hombre es tan sensible, tan compasivo y tan paciente como la MUJER? Suponemos que no habrá ninguno tan obcecado para responder afirmativamente; mas por si lo hubiere, que al cabo existen en el mundo séres inverosímiles, nos haremos cargo de algunos hechos de tanto bulto, que quien no los vea podrá palparlos.

»La paciencia de la MUJER, facultad que tiene bien ejercitada, se echa de ver en todas las situaciones de la vida. Niña, empieza á auxiliar á su madre, á cuidar á sus hermanos pequeñuelos, á ocuparse en faenas minuciosas y en labores de un trabajo prolijo, que acepta sin murmurar, y á que seria difícil, sino imposible, sujetar á ningun niño. Madre, tiene con sus hijos una paciencia verdaderamente infinita, de que ni remotamente es capaz el hombre. Sin que creamos que todos los maridos son unos tiranos, sabiendo por el contrario que hay muchos, muchísimos muy buenos, y que casi todos son mejores de lo que deberia esperarse, dadas las leyes, las opiniones y el estado de inferioridad intelectual de la MUJER; no obstante, no nos parece dudoso que, generalmente hablando, la paz de los matrimonios exige mayor paciencia de la esposa, que con pocas excepciones es la mas paciente.

»Teniendo menos fuerza, es providencial que la MUJER tenga mas paciencia; sino sucumbiria en una lucha fácil de provocar é imposible de sostener.

»Que la sensibilidad de la MUJER es mayor, se ve harto claro, aun sin observarlo; todo la conmueve, todo la impresiona mas que al hombre. Se asusta, se exalta, se entusiasma, adivina antes que él. Su ¡ay! es el primero que se escucha, su lágrima la primera que brilla; los dolores le duelen mas, y cuando el hombre se estremece, ella tiene una convulsion. El fisiólogo dice que es mas *irritable;* el vulgo que es mas *débil;* pero todos convienen, porque es evidente para todos, en que es mas *sensible*.

»¿Quién cuida del niño abandonado, del enfermo desvalido y del anciano decrépito? ¿Quién halla disculpa para todos los extravíos del triste? ¿Quién tiene lágrimas para todos los afligidos? ¿Quién no puede ver llanto sin llorar? ¿Quién padece con los que sufren, y es *compasiva,* sino la MUJER? ¿Cuándo el hombre se duele como ella de los ajenos dolores, ni con tanto afan les busca consuelo? En la plaza pública y en el hogar doméstico, en el hospital y en la inclusa, donde quiera que haya un dolor, la MUJER aparece mas compasiva que el hombre.

»Siendo mas paciente, mas sensible y mas compasiva, ¿no podremos concluir que *es mas buena?*

»Y si cuando se trata de consolar á los tristes la MUJER se presenta la primera, ¿lo es tambien para hacer desgraciados, para causar mal? ¿Infringe los preceptos de Dios y las leyes humanas? ¿Ataca la honra, la vida y la propiedad con tanta frecuencia como el hombre? Aquí responden los números.

»La MUJER mas impresionable, menos educada, puesta á veces por la opinion en circunstancias terribles; oprimida otras por la fuerza brutal; reducida muchas á la miseria por la sociedad que le cierra la mayor parte de los caminos para ganar su subsistencia, escuchando los gritos horribles de sus hijos hambrientos cuando no tiene pan que darles, recibiendo el bofeton ignominioso del desprecio público cuando ha sido débil, expuesta al tedio por falta de ocupacion racional y útil; la MUJER debia abandonarse á la desesperacion con mas frecuencia que el hombre, y recurrir mas veces al suicidio. Y sin embargo no es así; el sér débil soporta con mayor fortaleza una vida de dolores; lucha hasta caer herida por la mano de Dios Omnipotente, y no por la suya culpable. La proporcion varía de unos á otros paises; pero en todos es corto el número de mujeres que se suicidan comparado al de los hombres.

»No fatta quien diga que esto es cobardía. ¡Cómo si el suicidio fuera un acto de valor, y como si las mujeres no supieran arrostrar la muerte, cuando el deber ó la caridad lo mandan, como si retrocedieran ante el peligro en los cataclismos y en las epidemias!

»Las mismas causas que debieran impulsar al suicidio mas mujeres que hombres, debian llevar mayor número á las cárceles. Mas pobres, mas despreciadas y con peor condicion, están en las circunstancias mas propias para ceder á las tentaciones del crimen y pagar mayor tributo á la prision y al patíbulo. No sucede así. En ningun pueblo del mundo puede compararse la criminalidad de la MUJER con la del hombre, ni por el número, ni por la gravedad de los delitos. En los Estados-Unidos, donde están mejor educadas y tienen mayor facilidad de ganar el sustento honradamente, el número de mujeres criminales es tan corto, que al establecer el sistema penitenciario, creyeron los reformadores que podian prescindir de ellas. En España, la proporcion de criminalidad entre los dos sexos es de *siete* hombres por *una* MUJER, y mientras en los hombres la cuarta parte de los delitos son contra las personas, entre las mujeres, uno de trece.

»Cuando la MUJER en las malas condiciones en que está, hallando tantas dificultades para proveer á su subsistencia, careciendo de educacion y siendo poco considerada, en general, se ve mas en las casas de beneficencia y menos en las prisiones que el hombre; es decir, que hace á la sociedad mas bien y menos mal, ¿no podremos afirmar que es mejor?

»Observando con atencion é imparcialidad no es posible desconocer la superioridad moral de la MUJER. Sus pasiones son menos violentas, y menos fuertes en ella esos instintos cuya preponderancia conduce al crímen. El deseo de agradar, que torcido por una educacion absurda la lleva con frecuencia á ridículas frivolidades, la hace muy sensible á la reprobacion, y en muchos casos la sirve de freno. Tienen

sus pasiones otro mas eficaz, el sentimiento religioso, mucho mas fuerte en ella que en el hombre. El temor de Dios la contiene, su amor la eleva y la purifica, y la esperanza en Él le da fortaleza y resignacion; el *sexo piadoso* tiene en la piedad un elemento mas para marchar con firmeza por el camino de la virtud y para levantarse cuando una vez ha caido.

»Padres amantes, que veis con tristeza el nacimiento de una hija porque preveis para ella mas penalidades que si fuera varon, calmaos, porque esta criatura, físicamente débil y sujeta á tantos dolores, tendrá la fortaleza de la resignacion y el consuelo de la esperanza. Su mayor sensibilidad, orígen de muchas tristezas, lo será tambien de muchas alegrías; las malas pasiones la arrastrarán menos veces, y en medio de la lucha recia con el mundo, le será mas fácil hallar la paz del alma. Ni siempre que aparezca como víctima lo será en efecto, porque halla mas goces en la abnegacion que en el egoismo. Si marcha mas veces por los caminos de la tristeza, no frecuentará tanto los de la culpa. Sus ojos derramarán lágrimas, pero casi nunca sus manos derramarán sangre. No recibais á la pobre niña recien nacida con desden ó con temor, dadle el ósculo de la bienvenida, diciendo: ¡Hija del alma! si tal vez eres menos afortunada por ser MUJER, tambien serás mejor y mas virtuosa.»

El alma de la MUJER no es pues inferior al alma del hombce sino por la injusta desigualdad con que se la educa, siendo así que como madre y maestra natural de la familia humana, se la debia educar, á lo menos, en justa correspondencia, y si debia haber desigualdad, deberia ser en favor de la MUJER, porque tiene asignadas aquellas grandes y trascendentales funciones. El déficit de la educacion de la MUJER, es el déficit del progreso humano; y esa es la causa de su desequilibrio y tropiezos.

Un bosquejo histórico será la demostracion de esta tésis. Tambien en este punto dejaremos la palabra á la ilustre escritora é insigne paladin de la verdad antecitada:

«Lo que se llama historia en la vida intelectual de la MUJER, es una patraña, porque no se puede hacer la historia de lo que no existe. Las mujeres no han tenido hasta aquí vida intelectual: algunas, venciendo todo género de obstáculos, se elevaron muy altas en las regiones del pensamiento, como tantas otras protestas que decian al hombre:—Calumnias á la mitad del género humano.—Pero á estos rayos de luz se les llamó *una rara excepcion*, sin dudar un momento que pueda haber error ni daño en pensarlo así. Es de notar, que en todos sus juicios acerca de las mujeres, los hombres se creen infalibles; su opinion es una especie de dogma, sus ideas artículos de fé. Aun los que están dispuestos á discutirlo todo, admiten mal la discusion en este terreno; parece que en él no se puede encender una luz sin incurrir en la nota de incendiario; que todo llamamiento es somaten, y que el órden ha de establecerse necesariamente en silencio y á tientas. Esta observacion, de cuya exactitud puede cerciorarse cualquiera, deberia dar á todos que pensar.

»En los pueblos salvajes, la MUJER, instrumento pasajero de placeres brutales, es horriblemente desdichada. Su feroz tirano la sacrifica y la abruma de trabajo y de dolor. Sin mas ley que la fuerza, ni mas necesidades que groseros apetitos,

oprime á la pobre esclava, que no halla misericordia, porque su verdugo no sabe lo que es amor, compasion ni justicia; tampoco sabe lo que es felicidad.

»La vida del bárbaro ya no es tan dura, ni tan rudo su entendimiento. Empieza á pensar, á sentir, á guarecerse de la intemperie; su MUJER le parece hermosa, y aunque con amor grosero, la ama.

»El hombre se civiliza, se hace mas sensible, mas humano, mas justo; se mejora. Entonces, hasta sus necesidades materiales deben satisfacerse de un modo menos material; quiere adornar su casa y su persona, quiere que la MUJER sea bella, y para esto necesita pensar en que al menos materialmente no sufra, y cuida en efecto de que sus sufrimientos no disminuyan sus atractivos: este egoismo, está ya muy lejos del egoismo salvaje, y prueba bien que el hombre es mejor á medida que es menos grosero. Cuando da un paso mas, cuando su corazon empieza á tener necesidades, cuando se apercibe que en aquel sér donde al principio no habia visto mas que belleza material, hay tesoros de amor que pueden serlo de dicha para él, entonces el instinto se hace sentimiento, se purifica, se espiritualiza, y el placer se convierte en felicidad. Pero veleidoso, busca el bien en uniones pasajeras ó groseras todavía, se deja arrastrar muchas veces por sus instintos brutales. Entonces aparece una religion que diviniza la castidad, santifica el amor, bendice la union de los dos sexos y hace del matrimonio un sacramento. La MUJER puede considerarse doblemente redimida por el que murió en la cruz.

»Elevada á compañera del hombre, quedó moralmente rehabilitada. El guerrero del Norte rompió lanzas por su belleza y por su virtud; su amor formó el caballero, hermosa creacion que puso un freno á la fuerza, dió amparo á la debilidad y apoyo á la justicia. La virtud de la MUJER fué una necesidad para la familia, y con su honra se identificó el honor del esposo y del padre.

»Así ha vivido mucho tiempo elevada hasta el hombre por el corazon, considerada inferior á él, porque era físicamente mas débil, y la fuerza lo era todo en la sociedad. Pero la manera de ser de los pueblos cambia; empiezan á cultivarse las artes y las ciencias; al ejercicio de los músculos sucede el de las facultades intelectuales, y el mundo recibe leyes, no del que maneja con mas brios una lanza, sino del que discurre mejor. El hombre estudia, medita, sabe, y así como al principio de la civilizacion quiso adornar materialmente á la MUJER, para gozarse mas en su hermosura física, ahora empieza á sentir un vacío, viendo que no puede asociarla á los altos goces de la inteligencia, y se ha preguntado:—¿La MUJER podrá ser verdaderamente mi compañera?—Sus facultades intelectuales cultivadas, ¿podrán levantarse hasta las altas regiones del pensamiento?—¿Su razon podrá comprender la mia y auxiliarla?—Á estas preguntas el hombre no ha respondido todavía, pero el problema se ha planteado y el tiempo despejará la incógnita.

»En todas las cuestiones de sentimiento, de honra, de delicadeza y de conciencia, la MUJER ha mostrado que llega á donde puede llegarse, apenas se la ha sacado del envilecimiento en que yacia. Tratándose de las facultades intelectuales no ha podido hacer esta demostracion por estarle vedado el terreno en que se

cultivan. Alguna vez se ha entrado por él con gran trabajo y no pequeño peligro, recogiendo ópimos frutos, y siendo calificada, como hemos dicho, *de excepcion rara,* y que no se admite como argumento en pro de su inteligencia. Algunos hechos hay sin embargo que hablan muy alto en favor de ella.

»El hombre, padre cariñoso, no ha querido privar á su hija, porque no era varon, de la herencia paternal; y cuando las naciones se consideraban como el patrimonio de los reyes, á falta de varon, las mujeres han subido al trono. ¿Han dado á esa altura muestras de incapacidad intelectual? Cuéntese el número de reyes y de reinas en los paises en que las hembras pueden ceñir la corona, y véase si no están en mayor proporcion las reinas notables, por sus talentos y aptitud para el mando. Isabel I, doña María de Molina, Isabel de Inglaterra, Cristina de Suecia, las Catalinas de Rusia, forman un grupo de mujeres inteligentes, que si se compara al corto número de las que han reinado, debe hacer pararse al mas resuelto campeon de la inferioridad intelectual de la MUJER.

»En las artes se distinguen las mujeres, á pesar de la desventaja con que las cultivan. Aunque, por regla general, con menos instruccion que el hombre, no se muestran inferiores en la escena, y son cómicas, trágicas y cantantes eminentes. ¿Para esto no se necesita inteligencia, y mucha inteligencia?

»En el trono y en el teatro, que es donde han podido brillar los talentos de la MUJER, ¿brillan, cuando menos, al par de los del hombre? ¿Qué razon hay para sostener, para sospechar siquiera, que en otros terrenos, sino se le vedasen, no manifestara igual aptitud?

»Y si de los hechos públicos que pueden consignarse en la historia pasamos á los privados y observamos en el hogar doméstico, ¿quién no recuerda haber oido en su casa ó en las ajenas, que muchas veces, comparando á los hermanos de diferente sexo, se dice: «Aquí están cambiados; la fulanita debia ser hombre, porque aprende incomparablemente mejor que su hermano, etc.» Al cabo de algunos años, las aventajadas facultades de la niña estarán por falta de ejercicio embotadas en la MUJER, que será vulgar, y el hermano habrá recibido un título académico, y será muy superior á ella, y su superioridad será un hecho, y un argumento poderoso en favor de la de su sexo.

»En los adultos no educados, no se advierte diferencia en las facultados intelectuales de los dos sexos. Tampoco se nota entre niños y niñas de las clases educadas. Problema: para las personas que reciben educacion, ¿Á QUÉ EDAD EMPIEZA *la superioridad intelectual del hombre?* Se puede ofrecer un buen premio al que lo resuelva, en la seguridad de que no lo alcanzará nadie. La cuestion así planteada; ¿no parece ridícula? Seguramente, porque la lógica del absurdo lleva al dolor ó al ridículo.

»*La historia, es decir, la experiencia, ó calla, ó dice:* «*La inteligencia de la* MUJER *no es inferior á la del hombre.*»

. . . . . .

. . . . . .

»Terminando este escrito, llega á nuestras manos uno en que se da noticia de la instruccion superior de las mujeres en los Estados Unidos. Por él se vé que la cuestion de si la inteligencia es igual en los dos sexos, está de *hecho* resuelta afirmativamente. Copiaremos algunos párrafos de Mr. Tripeau, que es el autor de esta interesante *Noticia*. Dice así:

«No fueron los pobres maestros de escuela los que menor tributo pagaron á la muerte en esta guerra, (la de los Estados del Norte con los del Sur). Del Estado de Connecticut solamente, se alistaron 2.500 en el ejército del Norte, y han sido contados los que han vuelto á su hogar. Fué necesario pues que las maestras se multiplicaran para sustituirlos, y así se verificó; de tal modo que de cada *cien* escuelas de los Estados Unidos, *setenta* se hallan dirigidas por mujeres.

»Las consecuencias de la guerra han sometido al talento de las mujeres á una nueva prueba. El triunfo del Norte sobre el Sur ha rescatado una poblacion de negros calculada en 4.000.000 de almas que gemian sujetas á la ominosa esclavitud. La Religion y la humanidad, como era consiguiente, se ocupan en aliviar la suerte de los infelices, que al dia siguiente de ser manumitidos se veian arrojados por sus señores y obligados á buscar el sustento y el de sus hijos en el trabajo. Pero en los Estados Unidos no podian faltar numerosas asociaciones para la fundacion de escuelas, y, en efecto, en los del Norte se fundaron mas de 6.000 para los niños negros de ambos sexos. Con este motivo se hizo un llamamiento entusiasta á las personas bien acomodadas, de esas que allí se asocian siempre, y, ya como por costumbre, á todos los actos de beneficencia, y desde el año de 1863 se han establecido 4.000 escuelas para la juventud de color en los Estados del Sur.

»La enseñanza en estos nuevos centros de caridad y de instruccion se halla encomendada á las mujeres, á estas generosas misioneras de la ciencia, que no han vacilado en abandonar su pais y sus familias para consagrarse á un trabajo penoso de suyo, y mas todavía por la acogida poco benévola que de ordinario encontraban en las poblaciones donde se establecian. Yo he tenido ocasion de verlas en el ejercicio de sus funciones, y no sé qué admirar mas, si su celo é inteligencia, ó los sorprendentes resultados de su enseñanza. Así se explica que en las *Memorias* anuales de los superintendentes de las escuelas públicas se consigue siempre por estos funcionarios, que las mujeres demuestran en el magisterio una inteligencia, una habilidad y un tacto, que difícilmente se encontraria en los hombres, hasta el punto de que si de algo se les puede motejar, es del excesivo ardor con que se entregan al trabajo, á veces con perjuicio de su salud.

»La enseñanza en las escuelas públicas de los Estados Unidos, dista mucho de hallarse encerrada en los límites de la que nosotros llamamos instruccion primaria; puesto que comprende las materias de la escuela elemental, las de los colegios de enseñanza especial, y la mayor parte de las que son propias de los Liceos (Institutos en España), y con ser así, se dispensa gratuitamente á los alumnos de ambos sexos, desde cinco años hasta los diez y ocho. Latin, Griego, Aleman, Francés, Historia (en particular de los Estados Unidos), Geografía, Literatura, Aritmética,

Algebra, Geometria, Astronomía, Física, Química, Historia Natural, Anatomía; todas estas lenguas y ciencias se enseñan asi á las niñas como á los niños, reunidos en las mismas escuelas, en las mismas salas, y generalmente sentados en los mismos bancos.

»Ahora bien; como hay muchos Estados que para la enseñanza prefieren decididamente á las maestras, calcúlense los conocimientos que deberán atesorar para obtener su título de capacidad. Así es que nada asombraria tanto á un habitante de New-York, de Boston ó de Filadelfia, como el que se tratase de convencerle, de que entre las diferentes ramas de los conocimientos humanos, hay algunas que deben reservarse á los hombres con entera exclusion de las mujeres.»

. . . . . .

. . . . . .

«Mr. Vassar, enriquecido por el comercio, concibió la idea de consagrar su pingüe fortuna á la creacion de un gran establecimiento de enseñanza, en donde las jóvenes pudieran recibirla tan vasta como la que se dá á los varones en los mejores colegios de los Estados Unidos. Para realizar semejante proyecto se puso en relacion con los hombres mas entendidos, de los que en diferentes paises se dedicaban á elevar por medio de la enseñanza el nivel intelectual de las mujeres, y en 1861 puso por obra su plan, que habia meditado mucho, y fundó el colegio que de su nombre se llama *Vassar*.

»El dia en que la Legislatura de New-York, aceptando el ofrecimiento hecho por el señor Vassar, decretó la incorporacion de este colegio á la Universidad, es una fecha importante en la historia de la Instruccion pública de los Estados Unidos, porque en ella quedó solemnemente reconocido el derecho de la MUJER á recibir la enseñanza superior, hasta entonces reservada á los hombres, proclamándose con no menos solemnidad el principio de igualdad de inteligencia en ambos sexos.

. . . . . .

. . . . . .

»La edad de catorce años es la fijada para que las alumnas sean admitidas en el colegio, en donde los estudios duran cuatro años. Para cursar el primero de estos se requiere que las aspirantes sepan traducir y comentar de César (4 libros), de Ciceron (4 discursos), de Virgilio (6 libros), y que hayan estudiado Álgebra hasta las ecuaciones de segundo grado, Retórica y un compendio de Historia general.

»La enseñanza de los cuatro años comprende la de las lenguas latina, griega, francesa, alemana é italiana; la de las matemáticas, física, química, geología, botánica, zoología, anatomía, fisiología, retórica, literatura inglesa, literatura extranjera, lógica y economía política.

. . . . . .

. . . . . .

»La consideracion mas importante que nos inspira el colegio *Vassar*, es que las alumnas no resultan inferiores, bajo ningun concepto, y sean cualesquiera los

estudios á que se dediquen, á los jóvenes de los demás colegios que tienen la misma edad y circunstancias. De ello he podido convencerme plenamente asistiendo, como lo he hecho, á todas las clases, y viendo á las alumnas siempre dispuestas á contestar con el mayor lucimiento á cuantas preguntas se les dirigian. Iguales resultados he tenido ocasion de observar en los demas establecimientos de enseñanza superior destinados á las mujeres »

Estos importantísimos datos de la memoria de Mr. Tripeau acerca de los resultados de la igualdad (cuando menos) de la educabilidad intelectual de la MUJER, son otros tantos argumentos incontrastables en este debate, mas que suficientes para demostrar el absurdo, la injusticia y el sacrilegio de los que rebajan ó denigran las facultades intelectuales de la MUJER.

Terminaremos este punto con las siguientes observaciones ó corolarios de la señora Arenal acerca del mismo:

«Estos hechos, ¿no son de bastante bulto para hacer dudar siquiera á los que temen mas comprometer su infalibilidad que su justicia, y llaman bueno al camino trillado, sueño á todo lo que no se ha realizado, peligroso á cualquiera innovacion, trastorno al movimiento, y creen atentatorio á la dignidad del género humano que se eleve al nivel intelectual de la mitad de él?

»Todavía queda por algun tiempo el recurso de negar hechos que no son muy conocidos; pero dia vendrá en que sean evidentes y abrumadores para los que miran con desden las teorías. Dia vendrá en que los hombres eminentes, que hoy sostienen la inferioridad intelectual de la MUJER, serán citados como prueba del tributo que á veces pagan á su época las grandes inteligencias, y se leerán sus escritos con el asombro y el desconsuelo que causa ver en los de Platon y Aristóteles la defensa de la esclavitud.»

Pudiendo pues ser educada la MUJER intelectualmente, como es natural, como debe poder serlo una persona racional, ¿por qué no se la ha de educar, porque no ha de aprovecharse esa gran palanca intelectual de la mitad de la familia humana, en bien de ella y en beneficio del hombre mismo? ¿Por qué sus años juveniles, hasta la época del amor, de la preparacion inmediata á las grandes funciones de su mision en la familia y en la sociedad, han de dejarse perder sin cultivo en una inaccion que no puede compensarse mas adelante? Si en esos años de su *her teens*, como diriamos en lengua inglesa, no se cultiva, no se siembra, no se planta, ¿con qué razon podremos quejarnos despues de que la MUJER sea inepta, incapaz de cumplir su mision, de comprender á su marido, de auxiliarle con su ilustracion, con sus luces, con sus consejos, de que no sepa levantar con vuelo de águila la educacion de sus hijos, de que en este como en mil y mil otros importantísimos asuntos de familia y sociales esté supeditada, por la ignorancia y las preocupaciones é influencias reaccionarias, refractarias á la luz, á la civilizacion moderna, causando daños inmensos á su familia y á la sociedad? ¡Ah! Desgraciadamente estos males los lleva la lógica de los hechos; esto proviene evidentemente de negar la capacidad intelectual, y por ende, de educarla de un modo mecánico, rutinario,

descuidado, que no puede producir mas que resultados negativos, cuando no los produce funestísimos para sí misma, para la familia y la civilizacion, cuya rémora mayor es el atraso ó descuido nécio ó altamente culpable de la MUJER en los pueblos latinos, y especialmente en España.

Si un dia se decidiera en nuestra raza y en nuestra patria á educar el espíritu de la jóven proporcionalmente al de los niños, con el tiempo y los medios disponibles, y se aprovechara ora en el hogar doméstico, ora en colegio bien escogido y vigilado, externa ó á media pension, de ninguna manera en pensionado, en reclusion, la edad, los años aprovechables para la nutricion de las facultades de la MUJER, aquel dia seria la aurora brillante de nuestra regeneracion: aquel dia luciria plenamente la grandeza de la MUJER, la grandeza de nuestra familia, la civilizacion de nuestra patria. Mientras ese dia no llegue, nos veremos sumidos en las tinieblas de la oscuridad, porque la influencia de la MUJER ignorante y fanática, mientras esto sea, no dejará de entorpecer el vuelo de las ideas en sus hijos, en los asuntos privados y en los asuntos públicos. Y la MUJER que debia ser el faro luminoso para sus hijos y para la marcha social, seguirá siendo su funesta sombra.

Hemos aludido á la educacion de colegio, de pensionado: en el sumario de este capítulo se señala en él un lugar á este asunto, y vamos á cumplir con nuestro deber, lisa, leal y claramente, porque esto es lo que de un escritor, y mucho mas de un escritor de nuestras condiciones, hay derecho á exigir, siempre, pero en especial en obras como la que nos ocupa.

Sabemos de antemano que ni lo que vamos á decir en este asunto ha de ser del gusto de los interesados activos y pasivos, ni será todo lo que habria que decir en la materia; pero si, creemos ha de bastar para que se nos comprenda por las familias de la clase media y puedan obrar en consecuencia.

Al tratar este mismo asunto, respecto á la educacion de la jóven de la clase alta en nuestro primer tomo, lo hemos hecho respectivamente, en forma y modo que puedan habernos entendido, sin que nuestra pluma se doblara al choque de ninguna de esas rocas de intereses bastardos. No hemos de obrar aquí en inconsecuencia.

¿Ha de merecer la preferencia de las familias de la clase media en la educacion de sus hijas, la que pueden y deben darle en casa, por ministerio de la madre, ó la que se da en los colegios?

Siempre que se pueda, la educacion recibida en casa, en la santa escuela de la madre, ha de ser la preferida.

En el caso de tener que acudir al colegio, la preferencia debe ser en clase de externa.

Vamos á explicarnos brevemente sobre cada uno de estos dos extremos.

La educacion dada á las hijas en el hogar doméstico, siempre que la madre tenga instruccion suficiente para dársela, ó se tengan medios para pagar profesores, ó mejor profesoras, de buenas cualidades científico-morales, y siempre que en la escuela del hogar no haya nubes de malos ejemplos, será á todas luces evidentemente preferible á toda otra educacion.

Cuando aquella no pueda reunir tan excelentes circunstancias, entonces debe acudirse al colegio, pero externo ó á media pension. Al pensionado no debe acudirse sino en la ausencia de los padres, en la orfandad, en condiciones excepcionales en que el hogar es el teatro de ciertas escenas, que no pueden ni deben ser presenciadas por cándidas jóvenes.

El colegio externo ó á media pension, no ha de ser tampoco elegido al acaso ni con indiferencia, porque se trata del asunto mas capital que puede afectar á la familia, y aun á la sociedad.

El colegio no debe ser ni corto, ni escaso en garantías de ciencia, ni en condiciones morales. No debe ser dirigido ni por un criterio fanático ni por el del extremo opuesto, ó sea, impío, descreido ó de dudosa moralidad; tampoco debe estar fundado en la especulacion, como algunos que nosotros conocemos.

En el primero y segundo casos la educacion es detestable; en este último maquinal ó descuidada.

Si domina en los colegios el matiz fanático, ó el matiz volteriano, las ideas, los caractéres de los alumnos ó alumnas salen conforme al molde, raquíticos en el primer caso, y extraviados en el segundo. De uno y otro de esos criterios debe huirse en la educacion, como en todo, como se huye de todos los excesos, cuando se anda guiado por el buen sentido, por la gran ley del sentido comun. Es verdad que este precioso sentido falta á muchas gentes, especialmente en España.

Hay en este pais muchos colegios que estén franca ó solapadamente bajo la corriente de esos criterios extremos, unos por errada conviccion, otros porque saben demasiado aquello del poeta:

« El vulgo es nécio...
Y puesto que paga, es justo
Hablarle en nécio, para darle gusto. »

Ahora bien: si la madre no tiene actualmente la luz, el criterio suficiente para emancipar de esas dos perniciosas influencias á la MUJER del porvenir, á su hija; es necesario que el esposo, que el padre la emancipe, la eduque, que busque para ella un colegio en que brille el sol de la verdad, de la ciencia, del progreso, de la piedad, en dulce arrobadora armonía de las facultades de su alma. En ese colegio de confianza esté las mas horas posibles del dia, y finidas estas horas de clase, de ilustracion, de desarrollo de su alma, de su corazon, de su conciencia, en lo verdadero, en lo bello, en lo justo, vaya á endulzar la severidad saludable del trabajo, en las dulces corrientes del amor, del hermoso sentimiento materno-paternal, de familia. Si fueren sus hijas, si fuere mas de una, y puede hallar la buena suerte de una profesora ó profesor de ciencia y conciencia, y bajo su vigilancia ó la de la madre, entonces, ¡oh! entonces nada tan conveniente como la educacion en la escuela santa del hogar. Entonces nútralas con esa dulce savia del alma, dentro de ese templo, de esa arca sagrada, y luego lleve la madre, ¿oís? la madre, no un asistente, un

criado, una criada, un dependiente, al campo, al aire libre, sino dispone de jardin que en este esté situado, y así se formen á semejanza de la hija de aquella señora de quien tan bellas, sencillas y elevadas lecciones hemos citado y de quien hemos de citar todavía otras.

Entonces sus hijas no serán una planta sin fruto, una flor sin aroma, un astro sin luz; serán personas, serán la honra de su nombre, la felicidad de un esposo, la gran fortuna de la familia del porvenir, la resurreccion de España...

CAPÍTULO III.

EDUCACION INTELECTUAL.

Ventajas de la completa educacion intelectual de la MUJER de la clase media.—Inconvenientes para ella y para la sociedad de la falta de su cultura intelectual.—Ventajas de que posea un título, un arte, un oficio ó carrera.—Cuestiones sobre cuáles debe adoptar la MUJER.

¿Habeis contemplado con espíritu de reflexion, con cierto entusiasmo poético la excelsa belleza de un lirio, de una violeta, de una flor cualquiera, bañada por los esplendores del sol sobre la argentina blancura del rocío de la mañana? ¿Habeis admirado su lozanía, su vigor, sus rientes verdores, aspirado sus delicados y suavísimos aromas, vivido de su embalsamado ambiente?

Pues por medio de esas célicas bellezas, de esa dulcísima y lozana vida, podeis formaros la idea, la imágen del alma irradiada por los fulgores de la ciencia, de la verdad, de la justicia, de una plena educacion, alimentada por sus suavísimos jugos, viviendo la plena vida de la ciencia.

¿Quereis formaros la negra imágen de una doncella ignorante y sin educacion? Echad una ojeada detenida sobre esas tristes plantas marchitas, sin humor, sin savia, sin luz, sin sol, sin rocío, sin riego, sin abono, sin cuidado alguno.

Cuán inmensa es la diferencia que las separa: ¡la vida! ¡la muerte! ¡Tal es la distancia!...

Por esto dijo perfectamente Sócrates: «No hay mas que un bien que es la ciencia; ni mas que un mal que es la ignorancia.»

Aquel precioso bien es la inapreciabilísima riqueza de que se priva á la MUJER no educándola; y aquel horrible mal se la causa dejando su alma en las tinieblas de la ignorancia. Además del daño que á ella y su porvenir se acarrea con ese proceder deplorable, se perjudica extraordinariamente á la familia y á la sociedad, privándola de la preparacion, del desarrollo, cultura y ejercicio de las facultades de su espíritu, sin las cuales es imposible que cumpla la mision que le está encomendada, ó la cumplirá mezquina ó torcidamente como hoy.

«..... Es indispensable, dice un ilustre fisiólogo español, que su educacion se

ponga en armonía con su destino, haciéndole comprender los grandes deberes que la incumben en el seno de la familia y de la vida social.

»En la familia, debe conservar esa autoridad que la honra y enaltece, sin la cual se convertiria en una humilde sierva. Tiene además obligaciones de las cuales no puede prescindir sin olvidar su destino; el cuidado y educacion de los hijos, la vigilancia sobre los criados, el órden y arreglo en todos los asuntos domésticos. El trabajo es un deber natural y social. Las horas que en él se emplean ocupan el espíritu sin permitirle que se extravíe por senderos que fácilmente conducen al vicio, y es la tabla de salvacion en las eventualidades de la fortuna.

»Como madre, la MUJER debe lactar sus hijos, siempre que no lo impiden las condiciones de su organizacion y el estado de su salud, no abandonando tampoco el noble cuidado de su educacion, que es su verdadera generacion...»

Otro notable escritor de nuestra raza, á este propósito dice: «En Alemania, desde que se obligó á las mujeres á asistir á las escuelas, la mendicidad, la criminalidad disminuyeron en un cuarenta por ciento.

»Una MUJER jóven, ilustrada sin pedanteria, madre amorosa sin debilidad, moral sin hipocresia, llena toda una casa, y sin tener la instruccion de una bachillera, hace brillar en sus hijos todas las luces del amor, de la inteligencia. Una voluntad para querer, un corazon para sentir, un entendimiento para pensar; buen sentido para discurrir; educacion moral profunda, instruccion esmerada y sólida; desde los calcetines hasta el arte poética, desde la chimenea económica hasta la biblioteca.

»El problema consiste en saber si ha de educarse á la MUJER para ser casada, ó para casarse, para vivir en matrimonio ejerciendo su noble sacerdocio ó para brillar en sociedad.

»Trabajar por la educacion de la MUJER es hacer nuestra propia educacion; y cultivar anticipadamente la de nuestros hijos.

»¿Trataria el hombre del modo que lo hace á la MUJER, sino tuviese sobre ella la ventaja de alguna instruccion? ¿Consentirian las mujeres en ser degradadas, si fuesen algo mas instruidas?

»La MUJER debe estudiar historia natural, botánica, francés, inglés ó aleman, ciencias naturales, literatura y fisiología moral, historia general, y todos aquellos conocimientos de la industria y la agricultura, que puedan dilatar su espíritu y fecundar su entendimiento, y debe visitar tambien los museos, talleres, fábricas, granjas-modelos, etc...

»La MUJER ilustrada, dice el doctor Salustio, está exenta de las supersticiones que degradan el alma, de la charlatanería y de la murmuracion.

»Debe conocer las ciencias y las artes, ejercitar su inteligencia y cultivar su entendimiento, para comprender, auxiliar y ponerse al nivel del hombre, siendo un precioso tesoro para sus hijos, cuya primera educacion le pertenece.

»La educacion é instruccion de la MUJER debe guardar relacion con la del ma-

rido en todas las posiciones sociales, y es una de las condiciones para una verdadera dicha.

»Jamás las mujeres han sido peores esposas y madres que hoy, encerradas siete ú ocho años en un colegio en que nada útil aprenden, siendo educadas para la coquetería, para agradar al hombre, frívolas é irreflexivas; de aquí el gran número de solteros y el mayor de los matrimonios desgraciados.

»La MUJER debe ser iniciada por su madre en los importantes deberes que está llamada á cumplir en la sociedad: debe ser hacendosa, casta, benéfica, sincera, trabajadora; necesita conocer la economía doméstica, la higiene, la fisiología, la botánica médica, así como la medicina doméstica, que la cariñosa madre echa tan de menos al velar la cuna de su niño enfermo, viéndole sufrir sin poder hacer nada para aliviarlo, ó en un accidente repentino y desgraciado.

»La madre debe saber, además, que de la habitacion que un niño ocupa, de la apreciacion bien ó mal hecha de tal ó cual predisposicion hereditaria ó adquirida, de los alimentos y de los ejercicios pueden resultar la salud ó la enfermedad y el estancamiento de su organizacion física: las afecciones tuberculosas, raquíticas, escrofulosas de la infancia, segun el parecer de los médicos, son susceptibles de ser ahogadas en sus gérmenes; y si hacen tantos progresos, es porque cuando se llama al médico, es ya demasiado tarde...»

«El error, dice la señora Arenal, de que las facultades intelectuales de la MUJER son inferiores, y muy inferiores á las del hombre, tiene fatales consecuencias, como todos los errores, y mas que muchos. Los hay que se podrian llamar simples y otros compuestos, el que tratamos de combatir hoy es de los últimos, y sus resultados se extienden y ramifican al infinito. Aunque la injusticia y el error son malos para todo, aunque cuanto perjudica á la MUJER es en perjuicio del hombre, y no puede haber cosa mala para entrambos, que sea buena para la sociedad; á fin de fijarnos mejor, veremos las consecuencias de la supuesta inferioridad de la MUJER.

»Primero para ella.

»Segundo para el hombre.

»Tercero para la sociedad.

»En el órden moral, la MUJER se encuentra rebajada, porque no se puede separar la moralidad de la inteligencia. De aquí el que la legislacion la haya tratado como menor en muchos casos, dado poco valor á su testimonio, y que solo por las necesidades de la justicia, á impulsos de la conciencia é incurriendo en grave contradiccion, se la iguale al hombre. Esta desigualdad ante la ley la perjudica, no solo por los derechos de que la priva, sino por lo que disminuye su prestigio. Rebajada la MUJER en el concepto de todos y en el suyo propio, no reclama, no puede reclamar ni aun los derechos que tiene. Todo lo ignora, todo lo teme, todos se atreven á vejar á *una* MUJER *sola*, y la letra de la ley es muerta, cuando la favorece, si no hay una persona del otro sexo que haga valer su justicia. Estos valedores son rara vez desinteresados, y por regla general, la engañan y la explo-

tan, sin que pueda evitarlo, sin que lo intente siquiera, porque ella es la primera convencida de su inferioridad.

»Las desdichas que esto le acarrea, no tienen cuenta; soltera, ve disminuirse ó tal vez desaparecer el fruto de los sudores de su padre; viuda, mira acaso sumidos en la miseria á sus hijos, que podrian vivir holgadamente sin su incapacidad para los negocios; soltera, casada ó viuda, es tenida y se tiene por incapaz de ninguna profesion que exija inteligencia, y esto es lo mas grave de todo.

»La ley prohibe á la MUJER el ejercicio de todas las profesiones: solo en estos últimos tiempos se la ha creido apta para enseñar á las niñas las primeras letras.

»La opinion ha sacado las últimas consecuencias de estas premisas y ha ido mucho mas allá que la ley. En cuanto un trabajo, aunque sea mecánico, exige alguna inteligencia, no se permite á la MUJER que en él tome parte, ni ella lo intenta. Cosa bien material es escribir, pero como es preciso, ó por lo menos conveniente tener ortografía, no hay escribientas. Bien propios para las delicadas manos de una MUJER son los trabajos de relojería, pero como conviene saber un poco de mecánica, aunque sea rutinaria, ya no hay relojeras. Así podríamos continuar haciendo una larga lista de oficios lucrativos que no exigen fuerza muscular y á que no pueden dedicarse las mujeres. En cambio, llevan grandes pesos, sobre todo en algunos paises: son lavanderas, etc.

»Hay muchos oficios que no exigen mayor inteligencia que otros á que se dedican las mujeres, monopolizados no obstante por los hombres, nada mas que porque asi es costumbre. Esto consiste en que la vida toda de la MUJER está encadenada á la rutina; en que el uso, bueno ó malo, es para ella ley; y en que el ridículo la amenaza apenas quiere salir del carril trazado. ¿Cómo con su falta de iniciativa, con su debilidad y la idea que tiene de su incompetencia, podrá superar tantos obstáculos? No lo intenta. Su trabajo queda reducido á ocupaciones cada dia menos retribuidas, porque las máquinas le hacen una competencia imposible de sostener, y si resta alguna tarea á que pueda dedicarse, acuden tantas operarias, que precisamente les ha de dar la ley, y una ley dura, el que les dé trabajo.

»Si se exceptua alguna artista, alguna maestra y alguna estanquera, en ninguna clase de la sociedad la MUJER puede proveer á su subsistencia y á la de su familia. Hija, no puede auxiliar á sus padres ancianos; esposa, no puede ayudar al esposo; madre, se ve en el mayor desamparo, si la muerte la deja viuda ó la perversidad de su marido la abandona. De aquí la miseria y la desdicha bajo tantas formas: de aquí la prostitucion, y los matrimonios prematuros ó hijos del miserable cálculo y triste necesidad, porque el matrimonio es la única carrera de la MUJER. El concienzudo autor que ha estudiado la prostitucion en París, observa que la mayor parte de las mujeres que figuran en sus afrentosos registros habian sido lanzadas por la miseria al abismo de la prostitucion. ¡Cuántas víctimas se le arrancarian si se dejaran á la MUJER las vias todas expeditas para ganar honradamente su subsistencia, si la ley y la opinion no le creasen obstáculos por todas partes, sino tuviera que sostener una lucha en que es á veces tan difícil que triunfe su virtud!

»La prostitucion es para la MUJER el mas horrible de los males, y repetiremos con este motivo lo que decíamos en un libro impreso, pero no leido *(Cartas á los Delincuentes)*: «Nunca se conmueve tan tristemente mi corazon, como al entrar en un hospital de mujeres donde se curan las enfermedades, consecuencia de la prostitucion. Allí las enfermas no suelen quejarse; saben que á nadie inspiran lástima, y procuran sofocar el dolor físico lo mismo que el dolor moral, con chanzas obscenas, y con blasfemias, y con carcajadas que, como las de un loco, hacen llorar. Quieren embriagarse con el vicio, no les queda otro recurso; quieren escupir sobre las cosas santas parte del desprecio que inspiran; quieren negar lo que para ellas está vedado; quieren reirse del mundo para vengarse del dolor que les causa. ¡Pobres mujeres! Son y se sienten desdichadas, y lo confiesan, cuando llega á su lado alguna de esas almas que tienen bastantes lágrimas de compasion para sofocar el fuego siniestro que brilla en la pupila de la prostituta. ¿Quién puede mirar sin profunda lástima aquel sér tan infeliz y tan degradado, que lleva su extravío hasta hacer gala de lo que debia causarle vergüenza? ¿Quién no se aflije al ver aquella MUJER que fué inocente y fué pura, que pudo ser respetada, querida, y hoy para ganar pan, arroja su cuerpo al muladar del vicio, que le envenena, vende por algunos reales á un hombre repugnante el derecho de trasmitirle una enfermedad horrible, y pasa contínuamente de los brazos del vicio á la cama del hospital, donde á nadie inspira compasion, donde á todos causa desprecio y repugnancia, donde se la cura para que vuelva á servir, como á un animal que enferma y curado puede ser útil? Digo mal; esta comparacion no da todavía idea de lo que inspira en el hospital la MUJER viciosa, cuando sus mismas compañeras se burlan de sus dolores, y cuando el que la cura en el hospital le dirige por via de consuelo palabras que no pueden ser aquí estampadas. Si no muere jóven, ¡qué cosa mas digna de compasion que su vejez anticipada y su muerte que nadie llora?

»La MUJER criminal es sin duda mas odiosa, pero no hay nada tan despreciable como la MUJER impura; no hay hombre tan vil, que no se juzgue superior á ella y la desdeñe. Como la primera necesidad de su sér moral es inspirar amor y sentirlo, como por mas que haga la MUJER no puede ser feliz, sino queriendo y siendo querida, la MUJER impura es profundamente desgraciada; cuando dice otra cosa, miente, y mentirá con su gozo cuando parece alegre, su contento cuando canta, su satisfaccion cuando rie. Si pudiera verse el corazon de las mujeres impúdicas que por algun tiempo parecen dichosas, se veria su desgracia como una llaga incurable, cubierta con paño lujoso: y digo algun tiempo, porque si la felicidad fuera posible, no duraria mas que su hermosura, que dura bien poco.

»Á esta inmensa desdicha de la MUJER contribuye eficazmente la falta de educacion y la imposibilidad en que muchas veces se halla de ganar honradamente su subsistencia, por no poder ejercer ninguna profesion ni oficio lucrativo.

»Es preciso ver como viven las mujeres que no tienen mas recursos que su trabajo; es preciso seguir paso á paso por aquel *via crucis* tan largo, luchando de dia y de noche con la miseria, dando un adios eterno á todo goce, á toda satisfaccion,

encerrándose con su destino como con una fiera que quiere su vida, y que la tiene al fin, porque la enfermedad acude y la muerte prematura llega. ¿Cómo no ha de llegar, llamada por la viciada atmósfera de la reducida habitacion, por la humedad, el frio intenso, el excesivo calor, y la mala comida y escasa, y el trabajo continuo que no basta para libertar de la miseria á los séres queridos; y tantas penas del alma, y tantas lágrimas de los tristes ojos á los que no trae alegria el sol al salir, ni promete descanso la campana que toca la oracion de la tarde? Quien ve estas existencias y las comprende y las siente, se admira de que no sea mayor el número de las prostitutas, de las suicidas, de las criminales, y cree en Dios y en su conciencia, que debe pedir educacion para la MUJER, que debe reclamar para ella el *derecho al trabajo,* no en el sentido absurdo de que el Estado esté obligado á darle, sino partiendo del principio equitativo de que la sociedad no puede en justicia prohibir el ejercicio honrado de sus facultades á la mitad del género humano.

»Y aunque no giman luchando con la miseria, aunque no se vean unidas á un hombre que no aman, ó que les es antipático, y aunque no se atropelle su derecho, y no se menoscabe su hacienda, ¡cuántos sinsabores y cuánto tedio acibaran la vida de la MUJER por su mala educacion!

»Falta de autoridad en las cosas que no son de su competencia, es decir, en todo lo que no se refiere á los cuidados domésticos, ve extraviarse el esposo ó el hijo, lo siente con su instinto ó lo percibe con su natural razon, y se esfuerza para apartarnos del mal camino; pero se esfuerza en vano, porque le imponen silencio con un: —*¿Qué entendeis las mujeres de esto?*—Y le es preciso callar hasta que llore los males que habia previsto, y que su falta de prestigio no puede evitar. Harto frecuente es ver que los hombres cometen los desaciertos, y las mujeres sufren sus consecuencias; que la que el dia del consejo no fué escuchada, el dia de la desventura tenga la primera voz para la resignacion, y el consuelo y el sacrificio.

»El tedio es otra consecuencia de la educacion de las mujeres; muchas *temen los dias de fiesta.* Y no se crea que el tedio es un mal de poca importancia y que no puede influir poderosamente en la felicidad doméstica y poner en riesgo la virtud: tal vez es un enemigo mas terrible que el dolor. El dolor es activo, se gasta con el tiempo, se alivia; el tedio es una cosa pasiva, es un vacío que se siente siempre lo mismo, sino se siente mas. El dolor ocupa, no deja á la imaginacion que se extravie mas que en una direccion: así alguna vez da oidos á la tentacion del crímen, mas rechaza las sugestiones del vicio; el tedio puede escuchar todas las voces tentadoras, tiene caminos para todos los extravíos, y no hay aberracion que en un momento dado no pueda servirle de espectáculo. El dolor es motivado, impone respeto; el fastidio vago, sin causa determinada, halla poca tolerancia: el dolor hiere, el fastidio corroe.

»En la vida íntima, una MUJER muy fastidiada, es difícil que no sea muy fastidiosa, á menos que tenga grandes tesoros de cariño y de bondad; y mas difícil aun que el hombre tolere paciente un malestar, á su parecer, inmotivado. Su esposa tiene que comer y que vestir, y la casa bien amueblada; ni sus hijos le dan disgus-

tos, ni él tampoco; todos disfrutan salud; ¿qué le falta á aquella criatura, y por qué se le ha de tolerar su mal humor, á ella que, mas jóven, tenia tan buen carácter? No se lo tolera, y se impacienta, y la paz se turba, y le es desagradable su casa, y tal vez busca en otra satisfacciones culpables.

»El hombre que no halla razon para tolerar el mal humor de su compañera, no repara que su amor se ha convertido en amistad, acaso tibia; que sus hijos no la ocupan ya incesantemente como en la infancia; que se van de casa á sus ocupaciones y á distraerse como él, y que su MUJER pasa la vida casi sola. Los cuidados domésticos la ocupan, pero no lo bastante; no pueden satisfacer las necesidades de su sér moral é intelectual, y cuanto mas activa sea y mas inteligente, estará peor.

»Si es devota, corre riesgo de hacerse beata; si no lo es, está en peligro de disiparse, arruinando á su marido con lujo y diversiones, suponiendo que no le deshonre con excesos; cuando no le suceden ninguna de estas dos cosas, se fastidia en el hogar doméstico, siendo realmente desgraciada. El tedio es una enfermedad del entendimiento, que no acomete sino á los ociosos. Las ocupaciones de la MUJER no le ocupan mas que las manos; llega un tiempo en que á fuerza de abusar de ella en trabajos minuciosos, casi microscópicos, la vista le falta, y hasta la ocupacion manual queda reducida á muy poca cosa.

»Si las mujeres no tuvieran facultades intelectuales, debian estar satisfechas cuando no sienten grandes penas en el corazon, ni les falta lo necesario para la vida material; no obstante no es así. Tal vez se nos arguya diciendo que incurrimos en un error de hecho; que las mujeres á que aludimos cuando no se quejan, prueba es de que se encuentran bien, y que su desdicha es obra de nuestra imaginacion ó del deseo de hallar argumentos en confirmacion de nuestras opiniones.

»No son los hechos una cosa tan fácil de ver como se cree. ¡Cuántos hombres tocan los desdichados efectos del tédio de su MUJER sin sospechar la causa! ¡Cuántas mujeres se hallan mal, ó tal vez son desgraciadas sin que acierten por qué, y miran como inevitable su malestar, atribuyendo á sus nervios, á su desdicha ó á su culpa, lo que es consecuencia de la inaccion de sus facultades mas nobles!

»El tedio de la MUJER hace grandes estragos en la paz doméstica; enemigo invisible y poderoso, parece como que se identifica con las existencias que envenena, y se presenta con el poder de la fatalidad. Es probable, es casi seguro, que muchos lectores creerán que exageramos sus consecuencias; pero todo el que observe con atencion se convencerá del daño que hace, de que produce un malestar en la MUJER que se comunica á la familia, y es como ciertas enfermedades que revisten mil formas, pero cuyo orígen es el mismo. Fuera de los casos excepcionales de virtud heróica, ó bondad sublime, cierto grado de malestar es un obstáculo insuperable para derramar el bien en derredor de sí; y cuando se derrama, hay siempre en él una acritud ó una melancolía que revelan su triste orígen.

»Todos estos inconvenientes y otros muchos, se remediaban con que las mujeres tuvieran ocupaciones útiles y racionales, ocupaciones que las *ocupasen*, y en que entrase en mayor ó menor escala el ejercicio de las facultades mas nobles. Las

personas que emplean todas las que han recibido de la naturaleza, serán desgraciadas cuando Dios les mande alguna terrible prueba, pero no se fastidian nunca: el tédio es hijo de la ociosidad.

»Otro inconveniente de no levantar el espíritu de la MUJER á las cosas grandes es hacerla esclava de las pequeñas. Las minuciosidades inútiles y enojosas, los caprichos, la idolatría por la moda, la vanidad pueril, todo esto viene de que su actividad, su amor propio, tiene que colocarse *donde puede,* y hallando cerrados todos los caminos que conducen á los altos fines, desciende por senderos tortuosos á perderse en un intrincado laberinto. Las necesidades verdaderas, segun la clase de cada uno, tienen límites; no los hay para la del capricho y la imaginacion, que pide al lujo goces acaso incompatibles con la honra. La MUJER se hace esclava del figurin y de la modista, cifrando su bienestar en la elegancia y riqueza de su traje, y en que la casa esté lujosamente amueblada. Hay pocas disposiciones de nuestro espíritu con tendencias tan invasoras como la vanidad; se desborda si no se le pone coto. ¿Y cómo podrá contrarestarla con sólidos diques el entendimiento de la MUJER sin educacion y sin ejercicio? Lejos de hallar grandes obstáculos, la vanidad encuentra poderosos auxiliares en las ocupaciones; en los hábitos, en los devaneos intelectuales de la MUJER, y así hacen en ella tantos estragos; al verlos se llaman inclinaciones innatas á las monstruosidades engendradas por el error, é imperfecciones naturales á la ignorancia de la naturaleza ó la impiedad de querer desfigurar con mano sacrílega la obra de Dios.

»Es una inmensa desdicha para la MUJER el dar mucha importancia á lo que tiene poca, poniéndose bajo el yugo de las cosas pequeñas. Como son tantas, la desgracia puede venirle de muchas partes, y á veces sin voluntad ó sin remordimiento del que la envia. En estas penas desproporcionadas al mal que las causa, se sustituye el ridículo á la gravedad; la prueba no proporciona triunfos á la virtud, ni la resignacion da ejemplo, ni el dolor purifica. La existencia de la MUJER se ve muchas veces como acrisolada por un enjambre de insectos que llegan uno á uno, fáciles de aniquilar aislados, irresistibles reunidos, y no los pisa, no los aniquila, porque ha aprendido en mal hora que es para ella imposible. ¡Cuántas veces se parece su abatimiento al de aquel loco, inmóvil en su asiento porque creia que era una gruesa cadena el hilo con que estaba atado!

»¿Hay para la MUJER mas desdichas creadas ó agravadas por la inactividad de sus facultades intelectuales? Sí, hay otro mal que estremece: la pasion; fiero enemigo ante el cual se halla indefensa: ¿qué decimos indefensa? le presta auxilio poderoso todo su modo de ser tal como la sociedad le ha forjado en el terrible yunque de su voluntad ciega.

»No es ya la MUJER la hembra del bárbaro ó del salvaje, embrutecida y mártir, que apenas tiene fuerza ni tiempo, mas que para resistir el dolor y la opresion: no es tampoco la MUJER de Oriente cuya belleza física se precia escarneciendo la hermosura de su alma; el hombre ha comprendido que su corazon es un tesoro, y la MUJER del mundo civilizado y cristiano, moralmente rescatada de su largo cautiverio,

es amada, puede amar, ama: sus facultades afectivas se han reconocido antes que sus facultades intelectuales, y su corazon no se halla dentro de un círculo de hierro como su inteligencia. Así era necesario; el hombre siente antes que piensa. El cariño, sino es mútuo, no puede ser dichoso, y el hombre no podia prohibir á la MUJER el sentimiento sin vedarse á sí propio la felicidad. En el mundo de los afectos, la MUJER tiene ya personalidad; nadie le niega su competencia y su derecho.

»Tal es la situacion de la MUJER: abiertos todos los caminos del sentimiento, cerrados todos los de la inteligencia, impresionable y amante por naturaleza, toda su actividad se lanza por el único camino que no le está vedado.

»Amar, para ella es la vida, toda la vida; el amor es á la vez un recurso, una ocupacion, un sentimiento, y ama sin medida, ciegamente, con locura, con delirio; porque sin el amor, sin algun amor, su existencia es la negacion, es la nada. Así se la ve recorrer apasionada la escala de todos los amores, los sublimes como los ridículos, desde el santo amor de Dios, al que le inspira su perro ó su gato. Mas impresionable, mas amante que el hombre, para no verse arrastrada por la pasion, necesitaba mayor contrapeso que él y no tiene ninguno. El hombre cultiva sus facultades intelectuales, preparando así el equilibrio, ya por la actividad que se reparte, ya por el adversario que el dia de la lucha hallarán los efectos de la razon ilustrada. El hombre tiene una vida activa y necesidad de prestar atencion á las cosas exteriores y de concentrarla en los trabajos del espíritu; así puede prestar menos al sentimiento, teniendo contra sus extravíos armas poderosas para defenderse. Su existencia es compleja, el bien y el mal tienen muchos caminos, pero lleva en sí medios variados para buscar el uno y huir el otro.

»La vida de la MUJER es sedentaria y monótona: no tiene ni actividad, ni variedad. Si es vulgar, admite el amor, como pasatiempo; sino lo es, ama con vehemencia, con pasion. Toda la febril actividad de su alma se concentra en un solo punto; ninguna cosa la distrae de su peligroso éxtasis, y el dia que se extravía nada la contiene, y el dia que se aflije nada la consuela, porque un sér era la luz de sus ojos, y cuando la pierden quedan en la oscuridad y ven extrañas visiones. El mundo con sus trabajos, con sus ruidos, con sus hechos, no turbó sus sueños de felicidad ni consolará las realidades de su desgracia. En sí no halla recursos para combatir la pasion, que es la única forma que concibe la vida. Su dicha no tiene mas que un molde; roto este, es imposible. Hará oir el gemido de la MUJER piadosa ó la carcajada de la prostituta, y segun el camino que elija, será digna de desprecio ó de respeto, pero nunca será feliz. La pasion para el hombre es un torrente; para la MUJER un abismo.

»Tal es la situacion de la MUJER en el mundo civilizado y cristiano, en que tiene grande actividad la parte efectiva de su alma, mientras permanece en letargo su inteligencia. Mas impresionable y mas amante por naturaleza, todos los amores de la MUJER serán siempre mas vehementes; pero con otra educacion, mas y mejor ocupada, atrayendo una parte de su actividad á sus facultades intelectuales, que pudieran en el dia de la lucha servirle de contrapeso, serle un faro y llenar un vacío;

la MUJER no se veria indefensa contra la pasion que clava en ella la garra destrozando sus entrañas. De todas sus grandes desdichas, esta es acaso la mayor. Para la MUJER vehemente y apasionada, inevitables son las borrascas de la vida, lo sabemos; pero si ha de lanzarse al mar tempestuoso, no privarla siquiera de brújula y timon.

»La inteligencia que ha profundizado mas en el estudio de las pasiones, madama Stael, dice: «..... Las leyes mismas de la moralidad, segun la opinion de un mundo injusto, parecen suspendidas en las relaciones entre las mujeres y los hombres; pueden ser buenos y haberlas causado el mas horrible dolor que á un mortal le es dado producir en el alma de otro; pueden engañarlas y pasar por veraces; en fin, pueden recibir de una MUJER servicios, pruebas de abnegacion que unirian á dos amigos, á dos compañeros de armas, deshonrando al que fuese capaz de olvidarlas; pero si estas mismas pruebas las recibió de una MUJER, á nada queda obligado, atribuyéndolo todo al amor, como si un sentimiento, un don mas, disminuyera el valor de los otros.

Esto es evidente. Que hay una moral para las relaciones de los hombres entre sí, y otra para su trato con las mujeres; que con ellas los compromisos, la palabra empeñada, el honor, la gratitud, tienen una significacion distinta, no es cosa que pueda ponerse en duda. Un hombre puede ser mil veces infame, y con tal que lo sea con mujeres, pasará por caballero; puede ser vil, y gozar fama de digno; puede ser cruel, sin que le tengan por malo.

¿Cuál será la causa de este increible absurdo que apenas se nota, tal es la desdichada facilidad con que nos acostumbramos á respirar la atmósfera del error? ¿cómo hay dos criterios, una aplicable al mal que hacen á las mujeres; y otro al que pueden hacerse los hombres entre sí? La razon de esto es la supuesta inferioridad de la MUJER; nada puede ser mútuo entre los que no se creen iguales. ¿A qué se juzga obligado, moralmente hablando, un orgulloso aristócrata con el último de sus criados? A muy poca cosa. Y si le habla, y le considera, y le compadece, y no le falta en nada, dígalo ó no, cree hacerle un favor, y llama á su deber caridad. A medida que sus inferiores se aproximan á él, les juzga concederles mas derechos; es decir, cree que tiene mas deberes, y no le pareceria *decente* mirar á su mayordomo ó á su contador como á su mozo de cuadra.

«Si recorremos la escala de las relaciones sociales que los hombres tienen entre sí, veremos que para con el esclavo, sér inferior, vil y despreciado, apenas hay mas que derechos: á medida que el hombre se levanta en la ley y en la opinion, y le creemos mas *semejante*, el número de nuestros deberes se va aproximando al de nuestros derechos, hasta la perfecta igualdad, en que no hay derecho que no imponga un deber.

»Si el hombre no se cree obligado con la MUJER como con otro hombre, es porque la juzga inferior, y tan cierto es esto, que la opinion le permite perjudicar á una criada mucho mas que á una señora, y á medida que su víctima desciende en la escala social, puede subir él en la de la maldad, sin que le llamen malvado.

»Hay mujeres que se quejan del matrimonio, atribuyendo á la institucion que mas las favorece, los males que vienen de otra parte. No hay contrato que establezca igualdad ni deberes mútuos entre dos séres de los que el uno se cree mas perfecto que el otro. El mal no está pues en el matrimonio, que favorece mucho á la MUJER dadas sus condiciones, sino en la desventaja con que va á él, siendo inferior en la opinion y en la realidad, porque inferior es su inteligencia no cultivada.

»Bajo cualquier aspecto que se considere la vida de la MUJER, se ve la necesidad de educarla, y las tristes consecuencias de que no se la eduque. Físicamente mas débil, necesita emplear con la inteligencia la falta de fuerza muscular; mas impresionable, mas vehemente, ha menester educar sus facultades para que sirvan de contrapeso á los estravíos de su imaginacion y á los ímpetus de su vehemencia. El hombre, no obstante, le cierra los libros del saber, y ¡cosa increible! le permite que abra los que pueden hacerle un daño incalculable, y no lleva á mal que se envenene con novelas inmorales, y que resabie su entendimiento con lecturas frívolas: mas lógico y mas social era no enseñarla á leer. Combate el tedio con las novelas, y las novelas ¿con qué las combatirá? Bebidas hay que aumentan la sed, y distracciones que, buscadas para llenar un vacío, le hacen mayor.

»La falta de educacion, tan fatal para la MUJER, ¿es ventaja para el hombre? Investiguémoslo.

»Con decir que la MUJER es la compañera del hombre; que hija, madre, esposa, hermana, marcha con él por el camino de la vida; que unidos arrastran sus borrascas y atraviesan sus desiertos, parece que se ha dicho que el hombre está interesado en que esa criatura que ha de ir con él, de la que no puede separarse, sea todo lo fuerte, todo lo perfecta, todo lo parecida á él que fuere posible, para que le ayude mas, para que le comprenda mejor, y en fin, para que su compañía en muchos casos no le deje enteramente solo. Esta verdad es tan clara, que no necesitaria explicacion alguna; pero como el hombre parte para formular sus opiniones y sus leyes de los errores opuestos, necesario es combatirlos para su propio bien que desconoce.

»Hay casos en que el hombre empieza á sentir antes de nacer las fatales consecuencias de la inferioridad de la MUJER.

»La pobre madre abandonada por su amante ó por su marido, ó viéndolos enfermos, necesita dedicarse á un trabajo superior á sus fuerzas, no tiene pan, sufre amarguras y dolores punzantes, que influyen en la criatura que lleva en su seno. ¡Quién sabe si la expondrá en el torno de una inclusa, si la inmolará tal vez!

»Si la MUJER mejor educada fuese menos crédula, si la imaginacion y sus instintos tuviesen el contrapeso de una razon mas cultivada y de una ocupacion mas racional, ni seria débil tantas veces, ni abandonaria tantas el fruto de una union ilegítima, por la imposibilidad de sostenerle sola.

»En las clases elevadas, el tedio, la escitabilidad, las exigencias caprichosas que producen tempestades domésticas, la falta de higiene, la opresion del seno, y tantas

otras cosas análogas que ocasiona ó exagera la educacion frívola de la MUJER, ¿no influye en el hijo antes de nacer?

»Nace este, y aun favorecido por la fortuna, difícil será que no le perjudique la falta de conocimienios higiénicos de su madre. Si es pobre, luego empezará á sentir las consecuencias de la pobreza, contra la que lucha en vano una pobre MUJER, cuyo trabajo, si acaso le halla, es tan mal retribuido, que abandonando á sus hijos todo el dia, no gana para pan. Aunque tenga marido y no esté enfermo, y trabaje, y no distraiga para vicios una parte de su jornal, cosas que muchas veces no suceden, un jornalero no puede atender á todas las necesidades de una numerosa familia, y la MUJER le ayuda poco ó nada, porque se la considera inútil para los oficios lucrativos.

»Con la falta de lo necesario viene la niñez enfermiza, y la juventud débil, y la enfermedad, y la muerte prematura. Con la falta de lo necesario se exaspera el carácter, se endurece el corazon, se aflojan los lazos de familia, la educacion es imposible, y es fácil pagar tributo al vicio, al crímen tal vez. Todo lo que tiende á hacer miserables, tiende á hacer despreciados, y la inferioridad de la MUJER, la *inutilidad* en ciertos casos, es un elemento de miseria.

»Aun en las clases mejor acomodadas, dado el desnivel de las aspiraciones que se creen necesidades con los medios de satisfacerlas, es raro que en la casa haya desahogo y bienestar, que no haya apuros y privaciones que turben mas ó menos la paz doméstica. El niño, el jóven, empieza á sentir los efectos de este malestar, de este desnivel que se nota entre las aspiraciones y los medios, y seria menor si su madre tuviera una ocupacion racional y lucrativa, que la hiciera aumentar un poco los ingresos y disminuir algun tanto su presupuesto de gastos en el capítulo del lujo.

»Cuando el adolescente trata de seguir una carrera, su madre es quien mejor puede guiarle (debia poder si supiera) porque es la que mejor le conoce, y la que le quiere mas. Pero ¿sabe su madre la conexion que existe entre ciertas aptitudes y ciertas profesiones? ¿Conoce ella si las disposiciones que nota en su hijo deben hacerle sobresalir en tal carrera, si tales carencias lo hacen inútil para tal otra? La madre no suele influir en la direccion que ha de seguir su hijo, ó influye con poco acierto. Si tal vez su buen instinto le hace adivinar lo mejor, su voto carece de autoridad, y con un *las mujeres no entendeis de estas cosas*, el jóven obedece á su padre, ó toma consejo de su vanidad ó de su pereza, y se acuerda tristemente del de su madre cuando ya no es tiempo de seguirle. Quien le ama y le conoce mejor no tiene competencia para guiarle, y su entendimiento se halla en una especie de orfandad que tal vez llore toda la vida.

»El niño tiene el instinto de Dios, su madre le convierte en sentimiento y le enseña á orar. La religion es un consuelo y un freno; el freno estorba al jóven, y le rompe, porque por el momento tiene la dicha de la juventud, y no necesita consolarse; además, para parecer hombre en ciertos paises, no basta fumar, conviene no ir á la iglesia. Su pobre madre lo ve extraviarse, le mira ya en el camino del vicio

que envenena el alma y el cuerpo, quiere hablarle de Dios y de sus mandamientos que pisa, pero su palabra no tiene prestigio, ni su voz autoridad; la religion es *cosa de mujeres*, y él debe ostentar sus brios varoniles no creyendo en nada, máxime cuando aquella creencia le impone deberes que no está dispuesto á cumplir, y le *estorba* para sus devaneos ó para sus vicios. Su madre, poco ilustrada, acaso fanática ó supersticiosa, le da pretexto ó motivo para que no la escuche dócil; tal vez atribuye mas importancia á una práctica indiferente que á una ley santa; tal vez compromete el prestigio de las cosas graves con exageraciones ridículas; tal vez tiene en mas la forma que la esencia; tal vez no sabe cuando es menester ceder un poco para no comprometerlo todo; tal vez quiere combatir una ceguedad con otra, y se irrita con el choque inevitable. La MUJER es la que conserva (ó ha de conservar) en el hogar el fuego sagrado de los sentimientos religiosos; si la ignorancia la hace fanática ó supersticiosa, si mira la razon como un mónstruo, y quiere combatirla siempre sin concederla nada nunca (de esto tienen la culpa sus maestros y su ignorancia), se queda sola; sus hijos se van con su padre por el camino de la duda, de la indiferencia ó del error, tan fácil al principio, tan penoso despues. ¡Qué de amarguras prepara al hombre y al anciano, el jóven que rompe con toda creencia religiosa y pierde enteramente la fé, que tal vez conservaria si su madre hubiera sido mas respetada y mas razonable! Hay muchas personas que ven en la educacion intelectual de las mujeres, un gran peligro para la religion; á nosotros nos parece evidente que la regeneracion religiosa solo puede venir por ellas; que solo cuando no se prestan á ser instrumento de exageraciones absurdas, ó de cálculos interesados; solo cuando apartan del santuario lo que desfigura su majestad; solo cuando no conviertan muchas de sus acciones en argumentos contra sus creencias; solo en fin, cuando sepan razonarlas, podrán inocular su fé en un mundo corroido por la duda, gangrenado por la indiferencia.

»El jóven ama, y halla en su amada las consecuencias de una educacion absurda. La coquetería en la MUJER tiene una parte natural é inocente; la mayor y peor parte es obra de la sociedad. La MUJER ociosa, pueril y vana, tal vez acoja las protestas de amor, tal vez responde á ellas, no porque ame, sino por vanidad y pasatiempo. Los afectos del corazon, una cosa tan séria, tan grave, vienen á ser acaso un medio de distraccion para una persona desocupada. Hay muchos hombres, y suelen ser los que mas valen, que en la mejor época de su vida, sino en toda ella, son esclavos de un corazon, es decir, de una MUJER que tal vez no les corresponde, porque no hay en ella nada grave ni formal, porque su vida es una vanidad de vanidades, y porque siendo el juguete de tantas cosas, concluye por tomarlo todo á juego. Imposible parece que los hombres no traten de ilustrar la razon y fortificar la conciencia de una criatura que puede llegar á ser su tirano; y no obstante, asi sucede.

»Las comedias, las novelas, los sainetes, los refranes, todas las expresiones del sentido comun están llenas de los caprichos, de las veleidades, de la inconstancia de la MUJER. En esto hay un fondo de verdad. El alma de la MUJER tiene que

aparecer en muchas ocasiones con los defectos propios de la esclavitud y de la ociosidad. Si ama, si ama de veras, se salvará su virtud, su moralidad. Hija, esposa, madre amante, es buena, noble, sincera; el fuego santo que arde en su corazon, purifica todo su sér, le ocupa, le llena. Está en riesgo, en grave riesgo de ser muy desgraciada, pero está segura de no ser infame ni vil.

»Todo cariño verdadero, vehemente, puro, es noble, es moral; la MUJER que lo siente, tiene en él un guia y un escudo, sino contra el dolor, contra la maldad; pero si su corazon no es capaz de amar bastante, ó si no ha visto ninguna criatura digna de su amor; si la justicia y el desden con que se ve tratada la irritan y hacen injusta; si en la ociosidad en que vive su alma, y en el tedio que á veces la abruma, quiere distraerse, y toma el gusto de un pasatiempo por el goce de una pasion, entonces es fácil que, engañándose á sí propia, ó no escrupulizando en engañar á los otros, jure un amor que es mentira, y sea, segun su carácter y su inteligencia, la coqueta vulgar, ó la MUJER peligrosa, verdaderamente *infernal,* como muchas veces se la llama.

»La MUJER sin la ocupacion ni la educacion la sus facultades superiores, va por el mar de la vida sin timon y sin brújula; el sentimiento que puede salvarla, si no es muy puro, puede extraviarla tambien, y, cuando se estrella hace víctimas, porque no va sola.

»Esta MUJER de ahora de que tanto se queja el hombre, no es á veces muy propia para contenerle; es, permítasenos la frase, *una* MUJER *de transicion,* con todos los defectos y las desdichas de quien vive en medio de la lucha del pasado y del porvenir, marchando desde el caos á la luz de los relámpagos, y queriendo comprender en vano las armonías de la tempestad.

»El amante no tiene que temer solo las veleidades y caprichos pueriles de la que pretende hacer su esposa, y que le escuche por pasatiempo, y que le engañe, engañándose ella misma; en aquella union á que él no lleva mas que amor, puede no llevar ella nada mas que cálculo. Puede no amarle, ni sentirse con vocacion para el matrimonio, y no obstante, casarse, porque las mujeres *no tienen otra carrera.* La jóven mira su porvenir: muerto su padre, casados sus hermanos, le espera la pobreza, tal vez la miseria ó el amargo pan que le dé mañana una cuñada; la soledad material y moral de quien recorre la triste escala de no ser *necesaria,* ser *útil* y ser *estorbo;* ve su destino de *vestir imágenes* y su apodo de *solterona,* y se casa sin amor, tal vez sintiendo aversion por el hombre que ha de ser su compañero hasta la muerte. ¡Desdichado si la ama! ¡Desventurados de los dos, si ella ama á otro algun dia!

»¿Sucederia esto si la MUJER tuviera medios de ganar su subsistencia, segun su clase, como el hombre? ¿Si tuviese verdadera personalidad, y no esa mentida, que se pierde cuando concluyen los atractivos de la belleza y las simpatías del sexo? Si adquiriese instruccion proporcionada á su categoría, ocupacion racional y lucrativa, y adornase su alma con los encantos que no envejecen, ¿veria, al quedarse sola, la pobreza, el abandono y el ridículo? ¿Tendrian los hombres que

temer con tanta frecuencia que la MUJER que quieren hacer su esposa se una á ellos por... (cuesta trabajo, pero es preciso decirlo), por comer?

»La MUJER necesita en este caso, como en otros muchos, una especie de heroismo para no mentir, para no engañar; y la MUJER miente y engaña. ¿Con qué derecho exige de ella fortaleza, el que hace cuanto puede para que sea débil?

»Una vez casado, el hombre sufre las consecuencias de la falta de educacion intelectual de su MUJER. En nada relativo á su profesion puede ayudarle, sigue tal vez el consejo del amigo pérfido, y no consulta á la compañera que le ama y está identificada con él. Su buen sentido y su afecto la hacen adivinar los peligros de una empresa arriesgada, lo descabellado de un proyecto, pero se le impone silencio con la frase sacramental:—¿Qué entendeis las mujeres de estas cosas?—

»El sentido comun se ha hecho cargo de lo que vale el consejo de la MUJER, á pesar de su incompetencia, y si bien para no comprometer la supremacia masculina, dice que *vale poco,* añade *que el que no le toma es un loco.* Contradiccion notable, que como otras muchas, es el resultado del absurdo de las ideas, viniéndose á estrellar contra la evidencia de los hechos. La naturaleza, que hizo á la MUJER mas débil, le dió mas sagacidad; su consejo ilustrado debia valer mucho, y el hombre se priva de él ó le desdeña.

»Enfermo ó agobiado por el trabajo, en nada puede auxiliarle la esposa que tanto sufre, viendo que compromete su salud y tal vez su vida, por no tener un descanso que ella le daria á costa de los mayores sacrificios, y que en su ignorancia no puede proporcionarle.

»Vienen á comprometer la paz doméstica, ó por lo menos á hacer menos grato el hogar:

»*El tedio, cuyos efectos son tristes, aunque la causa pase desapercibida.*

»Las vanidades pueriles, y los despilfarros que son su consecuencia.

»Las genialidades indómitas, no tenidas á raya por las facultades mas nobles que se debilitan en la inercia.

»El ócio intelectual, que exalta la imaginacion, que quiere dar cuerpo á fantasmas soñados, y forja amantes quiméricos que no realizan los maridos.

»La lucha, en fin, de dos personas que ven las cosas de muy distinta manera.

»La naturaleza ha hecho al hombre y á la MUJER diferentes, pero armónicos; la sociedad los desfigura, de modo que vienen en muchos casos á ser opuestos.

»El hombre recoge tambien en sus hijos las consecuencias de la degradacion intelectual de la MUJER. Sobre ellos se refleja todo malestar ó lucha doméstica, la falta de higiene, y el mal humor que el tedio produce, y los efectos de la ignorancia de su primera maestra, que alguna vez los extravia en lugar de guiarlos, que no tiene prestigio para encaminarlos bien. Todos los defectos, todos los extravios de los hijos, son penas para el padre. Si tiene hijas, recogerá en ellas todo el fruto de todos los errores que sembró respecto á su sexo. Tal vez las vea desgraciadas en el matrimonio, ó tenga el desconsuelo de dejarlas en la soledad y en la pobreza; tal vez anciano, enfermo y pobre, sufre en la miseria porque su hija se esfuerza

en vano para proporcionarle recursos con su trabajo; y por mucho que la fortuna le favorezca, será difícil que no le lleguen de algun modo los efectos de tantas desventajas como tiene la MUJER, de tantos dolores como son su consecuencia.

»Hermano, ve sufrir á las dulces amigas de su infancia, y ¡cuántas veces tiene que imponerse sacrificios para auxiliarlas!

»Desde la cuna hasta el sepulcro, en todo el camino de la vida, va recogiendo el hombre las tristes consecuencias de la inferioridad intelectual de la MUJER. Es preciso que así sea. Aunque no la mirase mas que como instrumento de placer, claro está que le dará mas cuanto sea mas perfecto. El dia en que el hombre se ilustre bastante para aprender á ser razonablemente egoista, la educacion intelectual de la MUJER no tendrá impugnadores.

»El hombre civilizado y cristiano, que ama á su esposa y venera á su madre, está bien léjos del salvaje que oprime á la hembra. El mundo antiguo consagró el abuso de la fuerza; el mundo moderno la escarnece. Maltratar á una MUJER parece hoy cosa tan vil, que es raro que ningun hombre lo haga, si no está embriagado por el vino ó por la cólera. Y cuando vuelve en sí, y alguno le dice:—¿No te avergüenzas de pegar á una MUJER?—es seguro que le da vergüenza, ó no la tiene.

»Á medida que el hombre se ilustra, se civiliza, se hace mejor y mejora la condicion de la MUJER; le da derechos, le reconoce mas *semejanza*. Esto es necesario. El hombre no puede progresar dejando á la MUJER estacionaria, ni tener los goces sublimes del corazon y de la inteligencia con un sér grosero. Aunque en esto no haya obrado por cálculo, puede notar que cada concesion que hace á su compañera es para él como un manantial de bienes, y que se eleva á medida que la levanta. ¿Se concibe dignidad en un hombre cuya madre, cuya esposa y cuya hija sean viles? ¿Se concibe libertad en un hombre cuya esposa, cuya madre, cuya hija sean esclavas? ¿Se concibe idea de derechos en un hombre que no reconozca deberes para con su esposa, su madre y su hija? ¿Se concibe dicha en un hombre que haga desdichadas á su esposa, á su madre, y á su hija? La ventura es mútua, el bien es armonía, y por la justicia de los hombres se mide su felicidad.»

Para completar el cuadro vivo é interesante trazado por la mano maestra de tan ilustre escritora, acerca de los efectos de la falta de cultura intelectual de la MUJER, solo resta que traslademos aquí sus últimas pinceladas respectivamente á la sociedad.

«Todo lo que altera, dice, los componentes, ha de alterar el compuesto. En los dos capítulos anteriores tenemos los sumandos; en este no hay mas que verificar la suma.

»Si por la falta de educacion de la MUJER, ella y el hombre son peores y mas desgraciados, peor y mas desgraciada será la sociedad. La prostitucion aumentará á medida que aumente la miseria y la ignorancia de las mujeres, y en la misma proporcion; aumentarán las enfermedades vergonzosas que degradan las razas y los delitos que llenan las prisiones, porque es muy raro que una MUJER pura sea criminal, y que en las grandes maldades de un hombre no entre por algo alguna MUJER mala.

»La religion, esta poderosa palanca social que debia fortificara la MUJER, queda muchas veces debilitada por ella; al desfigurarla, la desacredita; carece de conocimientos para razonar sus creencias, contesta á los argumentos de los impios cerrando los ojos, y no puede ser como debia el lazo entre la ciencia y la fé. La educacion es imposible con la ignorancia y falta de prestigio en la MUJER. El catedrático educa al abogado, al médico ó al ingeniero; pero al hombre lo educa la madre, la MUJER y la hija, porque la educacion dura toda la vida. En la práctica de todas las profesiones, de todas las ciencias, entra por mucho, entra por la mayor parte, el elemento moral, la honradez, la elevacion de miras, el noble orgullo, el sentimiento. ¿De qué sirve un operador sin conciencia, que calcula las ventajas de la operacion por los miles de reales que puede valerle? ¿El abogado que defiende todas las causas malas con tal que le paguen en buena moneda? ¿El militar que se rebela por un grado? ¿El notario que da fé de lo que no ha visto, siempre que vea provecho? ¿El farmacéutico que difama ó engaña al médico, y sacrifica el enfermo por embolsarse íntegro el precio de una droga cara? ¿El ingeniero que arriesga la vida de los viajeros ó de los operarios por recibir la gratificacion del contratista? ¿El empleado, el hombre político que toma dinero á cuenta de maldades, ni el juez que vende la justicia? ¿Para qué sirve la ciencia á todos estos hombres, sino para hacer mas repugnante, para hacer inconcebible su degradacion?

»Pero se dirá: el hombre tiene resortes nobles, idea del deber; la MUJER le olvida muchas veces, cede con frecuencia á sus malas inclinaciones, y en el mundo ha de haber siempre quien escuche la voz de su interés y esté sordo á la de su conciencia.

»Así es la verdad; pero es igualmente cierto, que negando á la MUJER toda competencia intelectual en las cosas de la vida, se disminuye la influencia del sentimiento, de la Religion, y por consiguiente de la moralidad. La ciencia y la razon tienen su puesto, la benevolencia y la ternura tienen el suyo, y es absurdo, al organizar una sociedad de séres sensibles, prescindir del sentimiento. Medítese la historia y se verá cuantos siglos necesita á veces la razon para llegar á la justicia que el corazon comprende instantáneamente.

»No solo la prostitucion, como hemos dicho, degrada las razas; tambien contribuyen á este mal grave los matrimonios prematuros. El hombre, por regla general, no se casa hasta concluir su educacion industrial, mercantil, artística ó científica; hasta que puede dedicarse á una profesion ú oficio y sostener la familia de que va á ser jefe. La MUJER, como no tiene *mas carrera* que el matrimonio, se casa asi que se le presenta ocasion, y cuanto antes mejor. Los padres suelen tener una impaciencia, que en algunos podríamos llamar febril, por colocar á sus hijas; muchas se casan, mas que por amor, por temor de verse en el abandono y en la pobreza. Las consecuencias de los malos matrimonios son fatales para la sociedad, y aunque estén bien avenidos, una niña, ni física ni moralmente, debe ser madre. Cuando todavía no está completamente formada, los nuevos séres á que da vida son

débiles y la debilitan. Del matrimonio prematuros vienen la vejez precoz y la prole raquítica; viene la inexperiencia para criar á los hijos y para educarlos; viene la pérdida de los atractivos físicos y el alejamiento del esposo; vienen el mal gobierno de la casa, los caprichos infantiles, y el arrepentirse la MUJER de los compromisos irrevocables, contraidos por la niña, y el sentir su primera, su única pasion por un hombre á quien no puede unirse, y vienen todos los males que á la sociedad llevan todas estas cosas.

»Gran número de profesiones, todas las que exigen principalmente sensibilidad y buenas costumbres, se desempeñarian mejor por las mujeres á quienes estan vedadas.

»Al hablar de su educacion, se habla solo de la *madre,* y se prescinde de las que no lo son; error grave reminiscencia brutal de los tiempos en que la MUJER se miraba nada mas que como *hembra.* Dedicaremos un capítulo especial á la MUJER *soltera,* por cuya razon solo indicamos aquí, que por falta de educacion intelectual, deja de prestar á la sociedad grandes servicios la MUJER que no se casa.

»Asi como es absurdo excluir el sentimiento de la organizacion social, lo es del propio modo prescindir de la razon en las cosas del sentimiento. Ya no se niega en teoría que la caridad es de la competencia de la MUJER; pero se ve que en la práctica es un obstáculo su ignorancia; que las que *compadecen* no *saben;* que se separan la caridad y la beneficencia, y que en este ramo hay *empleados* con gran perjuicio de la sociedad y de la desgracia. Este mal es grave, muy grave: la beneficencia pública y la caridad privada se resienten de la falta de educacion intelectual de la MUJER, de su falta de medios pecuniarios, de iniciativa, de esa perseverancia firme y razonada, que es la única capaz de vencer los grandes obstáculos, y que no puede existir en quien no tiene mas que buena voluntad. Las cárceles de mujeres piden tambien á grandes voces el concurso reunido de la caridad y de la inteligencia.

»Los impulsos benévolos y compasivos de la MUJER, se esterilizan en todo ó en parte por falta de aptitud para el trabajo intelectual, por ignorar cómo puede realizarse un buen pensamiento, ó por no saber combatir las inteligencias egoistas, para las cuales es muy cómodo poder incluir la compasion entre las debilidades del sexo, y desdeñar los deberes de humanidad como cosas de mujeres.

»La MUJER que debia ser una grande auxiliar del progreso, se convierte á veces en un grande obstáculo por falta de educacion intelectual. Todo error, toda preocupacion, todo fanatismo, toda rutina, han de hallar en su ignorancia un poderoso valedor, y ninguna reforma puede prometerse apoyo de quien no comprende sus ventajas. Por regla general, las mujeres que están en favor de las reformas lo hacen, ó por afecto á los hombres reformadores, ó por instinto, y aquel voto que no se razona es ocasionado á exageraciones y extremos, mas propios para perjudicar que para servir la causa que patrocinan.

»Debemos insistir de nuevo, porque la cuestion es de gran importancia para la sociedad, en que, siendo la prostitucion hija de la miseria y de la ignorancia de la

MUJER, debe combatirse ilustrándola, no cerrándole los caminos por donde puede ganarse el pan honradamente. La civilizacion sustituye el trabajo de la inteligencia al de la fuerza bruta, las máquinas á los trabajos maquinales, y como algunos de estos son los únicos á que puede dedicarse la MUJER, tienen cada dia menos ocupacion, mas miseria y se prostituye mas. La mecánica va haciendo todo lo que ella hacia. ¿Se la condenará á que sea una máquina inútil, desechada, porque hay otras mas perfectas? Irá entonces á engrosar el ejército de la prostitucion, á envenenar material y moralmente la sociedad, á escupir sobre ella su oprobio, á escarnecer la virtud con su carcajada, á destilar ignominia y dolor sobre todo lo que la rodea; porque estas máquinas, que sienten y sufren, cuando son inútiles, se convierten en máquinas infernales.

»Seriamos interminables si quisiéramos enumerar todos los males de la falta de educacion de la MUJER, y seguirlos por todos sus variados caminos, y ver cómo se combinan y multiplican y crecen: basta lo dicho para comprender que no se pueden sembrar errores sin recoger desventuras.»

Efectivamente, los profundos, atinados y al propio tiempo fácilmente aplicables razonamientos que brillan en ese cielo luminoso de ideas de la señora Arenal sobre la urgencia, justicia y necesidad de equilibrar y mejorar la educacion intelectual de la MUJER, tanto para si misma, como para el hombre, la familia y la sociedad, vienen no solo á robustecer y confirmar nuestros principios, á dar razon poderosa á nuestra demanda, sino á resolver matemática y jurídicamente la cuestion que hemos analizado en todos sus extremos, sin dejar escape de ningun género, pudiendo toda su argumentacion condensarse en estos breves términos en que nosotros tambien la presentamos:

La MUJER *está hoy detestablemente educada, ó no lo está de ningun modo;*

La MUJER *es persona como el hombre, y esa injusta desigualdad de educacion engendra para ella, para la familia y para la sociedad males sin cuento;*

Es, pues, urgente, justa, necesaria la equitativa educacion de la mitad del género humano, de la madre, de la maestra, del ángel de la familia y de la sociedad.

Creemos que este razonamiento no tiene réplica, y que la sociedad no entrará en su cauce de mejora progresiva, natural y conforme á la razon y á la ley eterna, mientras no se resuelva su aplicacion á la causa justísima de la educacion adecuada, completa de la MUJER.

Supuesto que esta justísima causa está ganada en todo tribunal razonable, veamos qué profesiones convienen á la MUJER, qué direccion se ha de dar al cultivo de los bienes ganados en el pleito de su educacion.

«Todas nuestras observaciones, continua la insigne escritora española contemporánea, y todos nuestros raciocinios nos conducen á creer que las facultades intelectuales de la MUJER no son inferiores á las del hombre, y por consiguiente, que en la esfera de la inteligencia puede llegar hasta donde llega. Además, como Dios no ha hecho nada inútil, y todo el que se desvia de su destino se deprava mas

ó menos, prohibiendo á la MUJER que cultive y ejercite su entendimiento, se hace de ella un sér imperfecto, se convierte en elemento de perturbacion, la que debiera serlo de armonía, y se establecen en la sociedad reglas opuestas á las leyes de la Providencia.

»La MUJER puede ejercer toda profesion ú oficio que no exija mucha fuerza física sobre todo sino perjudica la ternura de su corazon. Y aun fuerza física, tiene la MUJER mucha cuando la ejercita, como puede observarse en las comarcas en que se dedican á los mas rudos trabajos de la agricultura y á llevar pesos enormes.

»Nuestra opinion, que hemos procurado razonar, es que la inteligencia de la MUJER, no es inferior á la del hombre; pero concediendo por un momento, que no se elevase tanto, que no pudiera ser Hipócrates, Platon, Galileo, Wat, Leibnitz, Pascal, Monge, Montesquieu, Kant, ni Cervantes, San Isidoro, ni Bossuet; suponiendo que no hiciera dar grandes pasos á las ciencias, ¿se sigue de aquí que sea incapaz de aplicarlas y de ejercer con ventaja cualquier profesion?

»Observese lo que sabe y lo que hace un farmacéutico, un abogado, un médico un notario, un catedrático, un sacerdote, un empleado, vulgares, de la talla comun; observese bien, sin preocupacion, en conciencia, y dígasenos sino puede una MUJER aprender lo que ellos saben y hacer lo que ellos hacen.

»En el ejercicio de todas las profesiones, consideradas bajo el punto de vista del bien social, entra por tanto, casi siempre por mas, la conciencia que la ciencia. Poco le basta saber á un escribano; lo que necesita aquel en cuya causa ó en cuyo pleito actúa, es su honradez, su buena fé; que no *enrede,* como vulgarmente se dice.

»La ciencia del jurisconsulto es profunda, profundísima la del criminalista; pero la del abogado vulgar, la necesaria para deslindar lo justo de lo injusto y saber lo que es contra derecho y contra ley, no supone una gran capacidad ni un grande estudio.

»Lo que le importa mucho al cliente es la conciencia del abogado, para que le diga que no tiene derecho si no lo tiene, y le evite un pleito con todos los sinsabores y perjuicios que trae. Hay casos dudosos; pero en general la justicia es clara, y en un pleito, uno de los abogados sabe que no la defiende. Lo que como juez condenaria, sostiene como letrado; su *buena reputacion* consiste en ganar todos los pleitos, sean justos ó no lo sean; su inteligencia se alquila al que la paga, y, como una fuerza ciega, defiende indistintamente el absurdo y la razon, la verdad y la mentira. El que no lo hace así, el que no admite ninguna causa que no sea justa, es ciertamente dechado de virtud, casi un santo, porque el ejemplo y la opinion le arrastran en una sociedad que á veces prescinde de toda moralidad en las acciones de los hombres.

»El médico necesita ciencia, pero ¡ay del enfermo si no tiene conciencia tambien! ¡Si no le trata como él quisiera ser tratado! ¡Si no pesa, mide y calcula por átomos las ventajas ó inconvenientes de un medicamento! ¡Si no tiene mas temor de hacer mal que vana ostentacion de hacer bien! ¡Si no está pronto á sacrificar su amor

propio á su amor á la humanidad! Y en fin, ¡si no conserva aquella sensibilidad sin la cual falta un sentido á su ciencia!

»Sin que nosotros creamos que cualquiera puede ser buen empleado, pensando, por el contrario, que necesita conocimientos especiales, segun el ramo á que se dedique, en todos le hace tanta falta la conciencia como la ciencia, y no hay ninguna en que la moralidad no entre por mucho.

»El farmacéutico necesita ciencia, pero mas conciencia todavia, porque de ella depende principalmente que no sea inútil el acierto del médico, y en muchos casos, la salud ó la vida del enfermo.

»Si las observamos de cerca, no hay profesion en cuyo ejercicio no entre por la mayor parte, ó por mucho, la moralidad del que la ejerce. ¿Y no podria desempeñarlas la MUJER, mas sensible, mas compasiva, mas religiosa, mas casta, mas moral, en fin?

»En la práctica de la medicina las mujeres podrian hacer mucho bien sobre todo á las personas de su sexo, cuyo pudor no ofenderian; á los pobres, á quienes compadecen, y á los niños, á quienes alivian. Como operadoras tal vez no servirian; [1] la MUJER tiene un santo horror á la sangre. ¿Para qué vencerle? Dejemos á los hombres las operaciones cruentas, útiles solo cuando están hechas por manos muy hábiles, y cuya omision no seria una gran pérdida para la humanidad.» —Tampoco suscribimos esta opinion de la señora Arenal, sobre todo cuando hay verdadera necesidad, cuando son *conditio sine qua non,* de vida ó muerte. Creemos que con nosotros está la razon, la conveniencia y la ciencia en este punto.—

«Escusado es decir que las mujeres no se han de dedicar á la profesion de las armas, tan antipática á su natùral sensible y compasivo.»—En esto estamos tan absolutamente conformes con la ilustre escritora, que quisiéramos ver desaparecer esa odiosa *profesion* de entre las mismas filas de los hombres, que no pueden ser felices sino en las dulces y fecundas profesiones de paz.—«No deben ir á la guerra (mientras dure esta aberracion) mas que para curar á los heridos; ni arrostrar la muerte, mas que para salvar alguna vida.»—Y el hombre tambien debe llegar, si ha de cumplir su perfectibilidad, á este bello ambiente de paz, de amor, de vida.—

«Á la MUJER que desempeñaria bien la mision del letrado, no le dariamos el cargo de juez, y no porque no esperásemos mucho de su rectitud, y quien sabe si de su firmeza, sino porque no queremos provocar una lucha continua entre su deber y su corazon, ni que su nombre esté nunca al pié de una sentencia aflictiva. Su mano ha de enjugar lágrimas, no hacerlas asomar ni aun á los ojos del criminal: no le ha dado Dios su voz suave para que formule fallos terribles.

»Puede desempeñar bien un empleo, pero no le estará bien la autoridad. En el ejercicio de la autoridad hay siempre algo de militante, puede ser necesaria la

[1] En esto no estamos conformes con la señora Arenal, sobre todo en operaciones que tengan que hacerse en personas de su sexo. Como nosotros opinan muchos doctores.

coaccion, y ademas el respeto que inspira la MUJER, no es, ni puede, ni debe ser, ese respeto mezclado de temor que inspiran y necesitan inspirar los que han de vencer las resistencias que se presentan á la ejecucion de la ley en todas las esferas. La MUJER, que domina por la persuasion, la dulzura y el cariño, no ha nacido para mandar por medio de la fuerza: debe apartarse de donde hay necesidad de coaccion.

»Tampoco quisiéramos para ella derechos políticos, [1] ni parte alguna activa en la política. Hay ahora, creemos que habrá siempre mucho, de militante en la política; hay ahora mucho, creemos que habrá siempre bastante en ella de pasiones, de intereses, de intrigas, de luchas de mal género, de ruido discorde, de necesidad de recurrir á medios no siempre honrados y á instrumentos auxiliares no siempre puros, para que queramos ver á la MUJER en ese campo de confusion, de dolor, y muchas veces de iniquidad.

»El tiempo, dicen, suavizando las costumbres y educando las masas, hará que la política no tenga nada de antipático á la naturaleza femenina. Lo dudamos. Dudamos que los vestigios de lo pasado, los intereses del presente y las aspiraciones del porvenir, unidos á las pasiones del hombre y á los dolores de la humanidad, dudamos que estos elementos de la política de todos los tiempos, dejen de producir lucha, que podria suavizarse en la forma, pero que en el fondo tendrá siempre injusticias y rencores; en las ciencias sociales, la idea necesita hacerse hombre, y al encarnar, pierde mucho de su diáfana pureza.

»Si no por siempre, por mucho tiempo, por muchos siglos, la política será militante, y si la MUJER toma parte activa en ella, se verá envuelta en sus persecuciones, y la familia dispersa, y los huérfanos sin amparo. Necesita ser neutral, sagrado, el hogar que custodia la MUJER; allí debe estrellarse el oleaje de las pasiones políticas, vivir en paz el padre del rebelde, el hijo del proscrito, y acogerse los vencidos, sean quienes fueren.

»Y la MUJER, sér inteligente, ¿no ha de tener opinion, ni influencia en una cosa tan importante como la política? Puede pertenecer á una escuela, puede tener opinion é influir en la de los otros; pero no quisiéramos que tuviera partido ni voto. [2] ¿Lo necesita por ventura para contribuir eficazmente al triunfo de sus ideas? De ningun modo. Cuando sea ilustrada, influirá en la política, aunque no tome parte directa en ella, porque influirá en el voto del hermano, del esposo, del hijo, del padre y hasta del abuelo.

»Quédele al hombre el desdichado monopolio de todas las luchas, de todas las guerras, de todas las iras; la mision de la MUJER sea de paz, aliada natural de todo el que sufre, vuélvanse de su puerta todos los perseguidores.»

Los preciosos datos, las luminosas y prácticas reflexiones de la insigne escritora, gloria actual de las letras de nuestra patria, argumento vivo é irrefutable de si la inteligencia de la MUJER es ó no educable, es ó no apta, capaz de un arte, una

[1] Tambien discrepamos aquí en parte: queremos que tenga derechos, y no haga uso de ellos, sino para salvar la patria.

[2] Nosotros quisiéramos que lo tuviera, pero que no lo usara; y lo mismo decimos del sacerdote.

ciencia, sobran, á nuestro parecer, para probar al mas recalcitrante la posibilidad, la justicia y la conveniencia particular y pública de que la MUJER reciba completa educacion intelectual, y en consecuencia ostente en los actos de su vida la aureola de una ciencia, de un arte, de un título, de un oficio, de un medio decoroso de subsistir por medio de su trabajo ilustrado, siempre que hubiese gusto ó necesidad.

Cuando, como hoy, está patente la demostracion de estos sanos y racionales principios, base de la salud, de la honra, de la dignidad de la MUJER, de la familia y de la sociedad, no pudiéndolos negar ni sofisticar sus impugnadores, procuran cubrir la vergüenza de sus impugnaciones absurdas, confesando que es verdad, que tenemos razon cuantos afirmamos la personalidad, la racionalidad y los derechos de la MUJER; pero que la ciencia, la cultura intelectual, el ejercicio de una profesion es incompatible con la mision de la MUJER. Examinemos este último subterfugio, esta postrera mistificacion de la ignorancia, de la rutina ó de la mala fé. Nosotros acaso seríamos sobrado duros con esa raza de sofistas y mistificadores. Cederemos de nuevo la palabra al plácido y luminoso ingenio analítico de la señora Arenal, que á este propósito, con su claridad, dice:

«*¿Hay incompatibilidad entre el cultivo de la inteligencia y los quehaceres domésticos?*

»Dado que la MUJER tiene inteligencia y necesidades físicas, no puede haber incompatibilidad esencial entre el cultivo de esa inteligencia y el cuidado de las atenciones materiales de la vida; de otro modo, Dios habria establecido, en lugar de la armonía, el antagonismo, y la lucha donde es necesaria la paz. Las ocupaciones y cuidados de la vida física, un trabajo manual, lejos de perjudicar, pueden servir de descanso á los del espíritu. Cuando todas las horas del dia y parte de las de la noche se empleen en trabajos materiales, será difícil que la MUJER, lo mismo que el hombre, se dedique á ejercitar mucho el entendimiennto: habrá pues imposibilidad material, comun á los dos sexos; no incompatibilidad entre ocupaciones de un órden diverso.

»Creemos que en todas las clases se podia y se debia dar alimento al espíritu; creemos que en todas se podia y se debia hallar tiempo para pulir los gustos groseros, elevar los sentimientos, rectificar los errores, enseñar las verdades necesarias y elevar el alma del trabajador, redimiéndola de la esclavitud en que ahora gime. Grave cuestion es esta, que no puede tratarse incidentalmente, y solo hablaremos de aquellas clases que *tienen tiempo* de educarse.

»Las niñas, por regla general, mas precoces y mas dóciles que los niños, ¿qué hacen desde que son susceptibles de recibir instruccion hasta que se casan? Aprender á leer, escribir y contar mal ó bien, y lo que se llaman las labores propias del sexo: costura, bordado, mas ó menos primoroso, y cuya utilidad consiste en gastar algun dinero en sedas y estambres, y mucha vista para contar hilos y combinar colores. Si la educacion es esmerada, se agrega un poco de Geografía y de Música, en algunos casos Dibujo y Francés: entonces es ya una jóven instruida. Por regla general, todo esto se aprende con poca formalidad, sin tomarse el trabajo

constante, necesario para saber bien una cosa, y sin la idea de que pueda servir para algo útil y positivo: la jóven no trata de adquirir *conocimientos* sino *habilidades*. Generalmente las olvida cuando se casa, es decir, que ha gastado muchos años de su niñez y juventud, y algun dinero, á veces bastante, para aprender lo que primero no le sirve de nada y despues olvida. Como no se ocupa formalmente, se aburre y lee novelas, muchísimas novelas, con las que *completa* su educacion intelectual.

»Así despilfarra la jóven los primeros y mejores años de su vida, sin hacer nada útil, ni tratar de nada formal, sin pensar en nada grave. Así tiene la veleidad y la ligereza propias del que no se emplea en nada sério; así adquiere hábitos de holganza intelectual que la imposibilitarán toda la vida para los trabajos del espíritu, que exigen mucho hábito y esfuerzo; así, no pudiendo ser para ella la vida una *ocupacion*, quiere convertirla en un *entretenimiento*.

»Se dirá: la jóven aprende á gobernar la casa, que es lo que importa. No creemos que sepa gobernar la casa quien no sepa gobernarse á sí misma, y aunque el gobierno de la casa se limitara al papel de ama de llaves, dudamos que lo desempeñase bien. Es muy comun en las jóvenes bien educadas y llenas de habilidades, no saber coser bien un punto á una media, ni hacer un zurcido, ni echar una pieza, y lo que es peor, difícilmente tiene espíritu de órden quien tiene poca fijeza en sus ideas y base poco estable para sus juicios.

»Pero supongamos que la jóven tiene buen juicio, y mucho instinto del bien, y bastante conocimiento práctico de las cosas materiales, y hábitos de órden y economía. El gobierno de la casa, ¿absorberá toda su existencia? Soltera en casa de su padre, casada en la suya, ¿no le quedará tiempo para ningun otro trabajo?

»La dificultad y el mérito del gobierno de la casa se ha exagerado mucho, y no podia menos de suceder así. Los hombres no entienden de eso y creen que es cosa árdua, como las mujeres se figuran que es muy difícil el mas sencillo trabajo intelectual. Además, la MUJER exagera la dificultad de los trabajos domésticos, por la natural propension á exagerar la importancia de lo que constituye la única ocupacion de la vida, y porque si el gobierno de la casa no es un problema muy difícil, no ha de ser tan grande el mérito del que lo resuelve.

»Las grandes señoras y las señoras ricas no gobiernan su casa, ni aun suelen dirigirla. Semejante ocupacion es para las mujeres de la clase media y las pobres; estas trabajan muchas horas del dia y de la noche para ganar pan, y les bastan pocas horas para el gobierno de la casa.

»La costura llevaba antes mucho tiempo, malgastando en ello no poco las mujeres hacendosas. No era, ni es raro, ver como se gastan muchas horas ó muchos dias en coser una pieza de ropa vieja, que se rompe á la primera lavadura, cuando el valor del tiempo, aun tan mal pagado como se paga el de las mujeres, bastaba para comprar nueva aquella prenda. Entre no componer la ropa usada y empeñarse en coserla, cuando ya no vale el tiempo que cuesta, hay un medio, y

ateniéndose á él, y con las máquinas, la MUJER mas hacendosa necesita dedicar poco tiempo á la costura, aun suponiendo que no tiene quien la auxilie.

»El cuidado de la despensa y la vigilancia de la cocina no exigen tampoco tanto tiempo, que á una MUJER que madruga y sabe aprovecharlo, no le queden algunas horas, ó muchas, segun las circunstancias de su familia, para dedicarse á trabajos útiles, mentales ó materiales, segun su disposicion ó su gusto.

»Hablamos por experiencia propia y ajena, conocemos mujeres, que, sin descuidar sus deberes domésticos, hallan tiempo que dedicar á trabajos mentales, á buenas obras, ó á uno y otro. Para que la MUJER tenga tiempo para todo, no se necesita mas que fortificar su juicio, á fin de que no le pierda de mil maneras. Salvo cuando tenga muchos hijos pequeños y nadie que la ayude (lo que se quiere tomar como regla y es la excepcion), ó mediando alguna otra circunstancia fuera del órden general, en los demás casos la MUJER tiene tiempo para instruirse y utilizarse de su instruccion en provecho suyo y de su familia.

»Todo esto que vamos diciendo podrá parecer absurdo, pero es exacto; y cualquiera que observe en el hogar doméstico á las mujeres de la clase media, se convencerá de que si para dedicarse á algo útil, despues de atender al gobierno de la casa, les falta tiempo, es porque lo malgastan. El modo de emplearlo bien es una de las primeras cosas que deberian aprender. La educacion de las mujeres hasta aquí podria llamarse, sin mucha violencia: *Arte de perder el tiempo.*

»*¿Qué será de los hijos cuando la madre no puede ejercer una profesion ni oficio lucrativo?*

»Se supone que todas las mujeres son madres, que todos pueden dedicarse exclusivamente al cuidado de sus hijos, y que toda la vida de la MUJER necesita estar empleada en llenar los deberes materiales, minuciosos, incesantes de la maternidad. Partiendo de supuestos falsos, las consecuencias no pueden ser verdaderas.

»Hay un gran número de mujeres que no son madres: de ellas trataremos luego, al hablar de *La* MUJER *soltera.*

»La inmensa mayoría compuesta de mujeres pobres, no puede dedicarse al cuidado asiduo é incesante de sus hijos pequeñuelos, porque necesitan trabajar para darles pan. Unas veces llevan consigo al hijo que amamantan, exponiéndole á la intemperie, otras le dejan al cuidado de alguna anciana, ó lo dejan solo: si hay alguna casa benéfica donde lo recojan mientras van á su trabajo, es gran favor para el inocente y gran descanso para ellas. En la mayoría de los casos, es gratuita la suposicion de que la MUJER está ni puede estar continuamente al cuidado de sus hijos.

»Queda reducida la cuestion á saber cuál será mejor: que deje la casa para ejercer una profesion ú oficio lucrativo, ó para dedicarse á un trabajo material, penoso y mal pagado. Afirmamos sin vacilar, que la MUJER mas educada, mas perfecta, mas útil, puede atender mas convenientemente y con mayor constancia al cuidado de sus hijos, porque puede estar mas tiempo en casa y tener mas vagar.

Su trabajo, muy mal retribuido, lo será cada vez menos, porque es mecánico, y como máquina es inferior á las que perfecciona todos los dias el génio del hombre. Para ganar, no digamos algunos reales, sino algunos cuartos, necesita estar trabajando en casa, ó fuera de ella todo el dia, y á veces una parte de la noche. Si entrara por algo la inteligencia en su obra, se pagaria mejor, ganaria mayor suma en menos tiempo, y podria dedicarse mas á sus hijos. Para que los atienda pedimos que segun su clase tenga educacion y utilice las facultades que ha recibido de Dios. Es extraño modo de observar fijarse en un corto número de mujeres de la clase media que se dedican asíduamente al cuidado de sus hijos, y prescindir de la inmensa mayoría de mujeres pobres que para buscar pan tienen que dejarlos ó no atenderlos bastante.

»El hijo necesita siempre de su madre, aunque la mantenga. ¿Quién le amará como ella le ama? Pero el cuidado asíduo de todos los momentos, no es necesario sino en los primeros años de la vida. La MUJER vive 60 ó 70 años; segun su fecundidad, tiene hijos pequeños, cuatro, seis, ocho, diez ó doce años. ¿Es esto la vida? Aunque en este período tuviera que dedicarse al cuidado exclusivo de sus hijos y no pudiera hacer otra cosa; aunque no estuviera á su lado madre ó tia anciana que la ayudase, ó hermana que le diera auxilio, antes y despues de este período, ¿no tiene la MUJER tiempo y necesidad de cultivar sus facultades para que su trabajo sea mas útil y mas lucrativo? Esta consideracion se aplica como á las mujeres del pueblo á las de las clases elevadas, y mas aun, porque en ellas son las mujeres menos fecundas, y es menos el tiempo en que la lactancia y corta edad de los hijos exige cuidados incesantes. ¿Y lo son siempre tanto como se dice? ¿El ama, la niñera, la abuela, la tia ó la hermana, no procuran algun descanso, y dejan algun tiempo que puede emplearse con utilidad mayor, segun el mayor grado de perfeccion á que se haya llegado? Cuando el esposo está enfermo ó abrumado de trabajo, para ayudarle, cuando falta, para suplirle; ¿no podria la MUJER hallar algunas horas que dedicar á trabajos lucrativos, para que sus hijos no careciesen de lo necesario, y para que la enfermedad ó la muerte del padre no fuera la ruina de la familia?

»Aun en ese período, no muy largo comparado con la vida entera; en que los hijos pequeños necesitan cuidados contínuos, se ve que las mujeres pueden disponer de algun tiempo, que unas emplean útilmente y otras malgastan de una manera lastimosa.

»La MUJER educada será madre no solo mas inteligente y capaz de allegar recursos para sus hijos, sino mas tierna y cariñosa; las infanticidas no son personas instruidas, ni tampoco las que tratan á sus hijos con incomprensible dureza. Lo repetimos: la MUJER no sale ni puede salirse de la ley eterna, por la cual todo sér que se educa dulcifica su carácter, se hace mas humano: y cuando la MUJER dilate los horizontes de su entendimiento; cuando comprenda las armonías del mundo moral; cuando vea toda la fealdad del vicio y del crímen y toda la hermosura de la virtud; cuando su exaltacion se convierta en entusiasmo, y sus instintos se eleven

á sentimientos; cuando su razon pueda servirle de faro en las borrascas de la vida y de apoyo contra los embates del mundo; cuando el ejercicio de las facultades mas nobles eleve su sér, purifique sus afectos y le dé mayor delicadeza y sensibilidad; cuando, en fin, sea mas buena, ¿no será mejor madre?

»Si no fuera este nuestro íntimo convencimiento, si tuviéramos la mas leve duda de que la MUJER, al cultivar su inteligencia, disminuia en lo mas mínimo su cariño maternal, arrojaríamos estas páginas al fuego. ¿Cómo habíamos de querer despojar á la humanidad de su sentimiento mas elevado?

»En todos los amores de la tierra se revela por algun egoismo, el miserable barro de que está hecho el hombre: solo el amor de una madre nos puede dar idea del amor del cielo; solo en él hay pureza inmaculada, abnegacion que no conoce límites, perdon para todas las culpas, olvido para todas las faltas y piedad y misericordia sin medida: solo él purifica cuanto toca, hace comprender al alma un mundo de afectos sublimes y la pone en relacion con el Infinito.

»Mirad en su prision á la MUJER mas despreciable, á la prostituta delincuente; vedla trasfigurada al lado de su hijo enfermo, y escuchad las palabras sublimes, que no se manchan al pasar por sus labios impuros.

»Ved aquel reo en capilla; es un mónstruo: cínico é impenitente, repugna y espanta. ¡Su madre! Al verla llegar se estremece el centinela, y se conmueve hasta el verdugo. Cuando la sacan, la expresion del mónstruo ha cambiado; aquella alma empedernida se ha conmovido, é inclina su frente ungida por las lágrimas de la que le dió el sér. Allí donde todo inspiraba repugnancia y horror, hay algo que hace sentir compasion y respeto; aquella atmósfera pestilente se ha purificado al pasar por ella el amor desolado de una madre.

»Y este amor, lo mas grande que hay en el mundo moral, ¿habria de ser incompatible con la perfeccion del entendimiento, lo mas grande que hay en el mundo de la inteligencia? ¿Habria de haber antagonismo entre los atributos mas nobles de la humanidad? ¿No seria posible la armonía entre las cosas mas sublimes, ni que la MUJER que piensa fuera madre amorosa?

»Dios que es inteligencia y amor, ¿apartaria en la madre el amor de la inteligencia? ¡Hijos de las mujeres pensadoras y amantes, vosotros respondereis algun dia á esta especie de blasfemias!...»

Indudablemente, cuantos no estén totalmente desposeidos de inteligencia, ó de corazon, han de inclinar la cabeza ó al menos callarse, ante esta demostracion de compatibilidad entre la educacion intelectual de la MUJER y su mision en la familia y en la sociedad; es mas: no solo existe esa compatibilidad, sino que, cuanto mas instruida esté la MUJER, tendrá tanta mayor potencia positiva para desempeñar aquella con mas elevacion, esplendor, acierto y provecho.

Esto es de sentido comun; negarlo fuera mala fé. Al hablar de la educacion social volveremos á tratar de esto.

Si las precedentes reflexiones tienen oportunísimo lugar respecto á la situacion general de la MUJER, mayor lo tendrán al considerar á esta aislada, soltera, sin

apoyo; árbol expuesto á todos los vendabales de la vida. Esta consideracion ha inducido á la ilustre escritora antecitada á dedicar á la MUJER un capítulo de su obra, que dice así:

«La MUJER soltera inspira cierto desden, reminiscencia brutal, como hemos dicho, de los tiempos en que no se la consideraba mas que como hembra, y efecto de que, por falta de educacion, no es todo lo útil que pudiera ser; á veces parece que su vida sin objeto es una carga para la sociedad.

»Hay un tipo de MUJER soltera, ciertamente poco recomendable. Egoista, extravagante, concentra sus afectos en su perro ó en su gato, ó se vuelve á Dios con tan poca benevolencia para las criaturas, que hace incomprensible su amor verdadero al Criador. Es la MUJER excéntrica, intratable, ó la beata maldiciente, sin caridad. Este tipo es raro; lo seria mucho mas si la MUJER se educase; aun creemos que llegaria á desaparecer, porque es una consecuencia del fastidio, del ócio intelectual y del sentimiento de la propia inutilidad: la prueba es que la solterona extravagante de la clase media y elevada no existe en la MUJER del pueblo que trabaja.

»La MUJER es MUJER aunque no sea madre, es decir, que es compasiva, paciente, afectuosa y dispuesta á la abnegacion. Mas aun: sin ser madre tiene afectos maternales. Observemos en el hogar doméstico, cuantas veces la hermana ó la tia soltera cuida de los niños con celo incansable, y los sufre y los ama con afecto verdaderamente maternal. Observemos esas sagradas legiones de Hermanas de la Caridad, que amparan á los pobres niños que dejó huérfanas la muerte, la miseria ó el crímen. En toda MUJER cuyo natural no se haya torcido de algun modo, hay amor á los niños, compasion hácia el que sufre y piedad religiosa. La sociedad en vez de explotar este tesoro, lo desdeña, si acaso no le escarnece.

»La MUJER soltera casta, si tiene un poco de pan y un poco de educacion, no es como el hombre célibe, un elemento de vicios, desórdenes y males, sino que por el contrario, puede consagrar toda su existencia al bien de la sociedad. El amor de Dios y del prójimo forma parte muy esencial de su naturaleza, la lleva á los hospicios, á los hospitales, á la inclusa, al campo de batalla, y la hace atravesar los males en busca de dolores que consolar. Dad instruccion á esta criatura así organizada, dadle instruccion sólida, y vereis desaparecer los empleados de los asilos benéficos, y vereis convertirse las casas de beneficencia en casas de *caridad*.

»La MUJER soltera, que caritativa é ilustrada se dedica al consuelo de sus semejantes, es un elemento social de bien y prosperidad que no tiene precio; su actividad, su vehemencia, su piedad, su abnegacion, su vida entera, se concreta en la obra buena, objeto de sus afanes; allí está su hogar y su familia; allí sus alegrías y sus dolores. Toda MUJER en la cual la educacion no haya contrariado los buenos sentimientos, tiene cuidados, ó por lo menos disposiciones materiales para los desvalidos que padecen; esto es tan cierto, que los acogidos en las casas de beneficencia por instinto ó por gratitud, llaman á las *hijas* de la *Caridad*, las *madres*.

»No es necesario que la MUJER soltera haga votos ni vista un hábito para que su vida se consagre al bien de los demas. ¡Cuántas veces sola en su casa vive casi ex-

clusivamente para la caridad bajo cualquiera de sus formas, ó agregada á una familia, cuida al niño como si fuera su madre y al anciano como si fuera su hija! Y si esto no sucede con mas frecuencia y la MUJER soltera no es mas útil, consiste en que no tiene la conciencia de todo lo que vale; en que muchas veces se considera como un sér inútil que para nada sirve; en que no hay en ella esa independencia moral y esa firmeza é igualdad de carácter que da la ocupacion útil y la inteligencia cultivada, y en fin en que carece de recursos porque no puede dedicarse á oficios ó profesiones lucrativas.

»Si para convencerse de que los errores se encadenan como las verdades, necesitásemos una prueba mas, lo seria la especie de desden que inspira la MUJER soltera, en vez del respeto que deberia inspirar. Dada la preocupacion de que en la MUJER no hay facultades intelectuales que cultivar ni aptitudes para las artes, la industria y el comercio; suponiendo que multiplicar la especie es su única mision, cuando no la llena, lógico es que se la considere como un sér inútil. Este absurdo está en armonía con otros, y lo estaba con el modo de ser de las sociedades antiguas, en que el suelo carecia de pobladores. Pero en el mundo moderno, en los pueblos civilizados, los hombres se multiplican con rapidez, el exceso de poblacion se hace sentir con frecuencia, no son madres lo que falta, y la MUJER pura y benéfica que se dedica á hacer bien á sus semejantes, que, como no hace falta á nadie, está pronta á sacrificarse por todos, que tiene en mucho el hacer bien á cualquiera, y en poco su vida, que forma su familia de aquella parte del género humano, que sufre y la necesita, y que usa de su libertad haciéndose esclava de los santos deberes que se impone, esta MUJER es tan respetable y tan útil como la mejor de las madres. Y no se diga que este es un sér ideal; hay muchas de estas mujeres y podria haber mas.

»Es tiempo de que no se trate solo de la madre cuando se habla de la MUJER, de que se comprenda que en toda MUJER honrada hay sentimientos maternales; de que no se mire desdeñosamente un gran elemento de bien para la sociedad; de que se salga de las rutinas para el respeto y para el desprecio; de que no se rebaje nada que esté elevado, ni se niegue prestigio á nada bueno, ni admiracion á nada sublime, ni se quieran hacer moldes para vaciar el mérito. Es tiempo de poner fin á la reaccion que enaltecia el celibato sobre el matrimonio, y de comparar la excelencia de las acciones y no el estado de quien las lleva á cabo. ¡Santas mujeres, que no siendo madres habeis prohijado el género humano, recibid el homenaje de mi respeto, el recuerdo de mi cariño, y las lágrimas que corren de mis ojos al pensar en las que habeis enjugado! Sirva vuestra vida ejemplar de argumento contra los que, combatiendo una preocupacion con otra, se niegan á haceros justicia.»

Siempre que se profundice atentamente en esta cuestion capital, ha de venirse á concluir que los que, con esa ilustrada paladin de la verdad y de la dignidad personal de la MUJER, y mil y mil publicistas de tanto respeto de uno y otro sexo, defendemos que la dignidad y hasta la utilidad social de la MUJER están empeñadas en su educacion y elevacion intelectual y moral, no podemos menos de tener razon; y

que, léjos de ser estos obstáculos para el cumplimiento de la mision de la MUJER en la familia y en la sociedad, son, muy al contrario, alas voladoras para auxiliar poderosamente esa augusta mision; son un consuelo inefable para la MUJER acomododa en los contratiempos, sinsabores, soledades y desencantos de la vida, son para esa MUJER, venida á menos socialmente por algun huracan de esos mismos contratiempos, un eficaz auxilio para procurarse tal vez el pan indispensable de la vida, como lo hemos visto nosotros mas de una vez en la observacion atenta de los vaivenes sociales. En las ruinas por estas producidas, ¿qué será, qué es de la infortunada viuda, de la esposa abandonada por un pérfido marido ó de la infeliz soltera, solas como las palmeras del desierto? ¡Ah! Su perdicion, su desesperacion, su fin horrible material ó moralmente. Como síntesis de esta seccion vamos á dar aquí lo que como fin de su libro excelente pone la citada escritora ilustre.

«Hemos procurado demostrar las contradicciones de las leyes y la confusion de las opiniones y de las costumbres en lo que á los derechos y capacidad de las mujeres se refiere:

»Las contradicciones en que incurre el Dr. Gall al asegurar la inferioridad orgánica de las facultades intelectuales de la MUJER.

»La superioridad moral de la MUJER.

»Que habiéndose vedado á la MUJER el ejercicio de las facultades intelectuales superiores, poco puede decir la historia, y no obstante, su testimonio es favorable á la opinion de que la inteligencia de la MUJER no es inferior á la del hombre.

»Las funestas consecuencias que acarrea para el hombre, para la sociedad y para la MUJER, el error de su inferioridad intelectual, la imposibilidad de ejercer ninguna profesion y la mayor parte de los oficios.

»La MUJER puede ejercer todas las profesiones y oficios para los que no se necesite mucha fuerza física, ni sea un obstáculo la ternura de su corazon, ni tenga algo que repugne á su natural benigno.

»Que la MUJER educada será mas dulce, mas benévola, porque la educacion suaviza el carácter hasta de los irracionales.

»Que no hay incompatibilidad entre el cultivo de la inteligencia y los quehaceres domésticos.

»Que los hijos, en vez de perder ganarán, cuando la madre pueda ejercer una profesion ú oficio lucrativo.

»Que la MUJER soltera no debe ser mirada con desden; que educada puede llenar una alta mision social; que cuando la llena es tan respetable como la madre.

»Esto es lo que hemos procurado probar con toda la brevedad que nos ha sido posible, y tratando solo las verdades esenciales que una vez admitìdas conducen á todas sus múltiples consecuencias.

»¿Defendemos lo que se ha llamado *emancipacion de la* MUJER? No está muy bien definido lo que con estas palabras se quiere dar á entender, y nosotros deseamos consignar con claridad nuestro pensamiento.

»Queremos para la MUJER todos los derechos civiles.

»Queremos que tenga derecho á ejercer todas las profesiones y oficios que no repugnen á su natural dulzura.

»Nada mas. Nada menos.

»Queremos para la MUJER la dependencia del cariño, y la que ha establecido la naturaleza haciéndola mas débil, mas sufrida y mas impresionable; pero rechazamos la dependencia apoyada en leyes injustas, en costumbres inmorales ó absurdas, y en la pobreza ó la miseria de quien no tiene medios de ganar su subsistencia. Queremos la independencia de la dignidad, la independencia moral de un sér racional y responsable; pero estamos persuadidos de que la felicidad de una MUJER no está en la independencia, sino en el cariño, y que, como ame ó sea amada, cederá sin esfuerzo por complacer á su marido, á su padre, á su hermano y á su hijo.

»Queremos que sea dócil, dulce; madre, hija y esposa tierna antes que todo; que su mision sea una especie de sacerdocio y que la llene con todo el amor de su corazon y todas las facultades de su inteligencia.

»Queremos que puesto que las costumbres conceden mayor libertad que á la MUJER de Oriente, de la Edad media y aun de principios de este siglo, su educacion esté en armonía con esta libertad, para que sepa usar de ella.

»Queremos que sea la compañera del hombre. Pudo serlo sin educar, del hombre ignorante de los pasados siglos; no lo será del hombre moderno, mientras no exista entre sus ideas la misma armonía que hay en sus sentimientos.

»Queremos que no se establezcan diferencias caprichosas entre los dos sexos, sino que se dejen las establecidas por la naturaleza, que están en el carácter y bastan para la armonía, porque conviene no olvidar que esta se establece con tanta mayor facilidad, cuanto las ideas están mas acordes.

»Queremos que en la vida social esté representado el sentimiento y admitida la realidad de sus verdades; que esta representacion la tengan las mujeres principalmente y lleven á las costumbres, á la opinion, y por consiguiente á las leyes, un elemento que muchas veces les falta. Que sin negar á la razon sus derechos, hagan valer los del corazon, y digan y prueben que hay casos y cuestiones, grandes cuestiones, en que un ¡ay! es un argumento, y una lágrima una demostracion.

»Queremos que la MUJER avive el sentimiento religioso por medios que estén en armonía con la época en que vive. Ya no se imponen las creencias con la autoridad, ni se infunden por el martirio. La caridad y la razon deben fortificar la idea de Dios. La caridad está viva, pero la razon yace casi muerta en la MUJER, semejante á un misionero que ignorara el idioma de los pueblos que se propusiera convertir. Es necesario que aprenda ese lenguaje, que purifique de toda supersticion sus creencias religiosas; que con su ejemplo combata la idea de los que pretenden hacer incompatibles la instruccion y la piedad; que multiplique los caminos para llegar á Dios, y sobre todo, que no haga reflejar sobre la religion algo del descrédito de quien la practica.

»La MUJER tiene que quebrantar por segunda vez la cabeza de la serpiente, de ese escepticismo que se enrosca al rededor de nuestra existencia, que nos inocula su

veneno, que nos hiela con su frio, y, en vez de armonías sublimes, nos da su silbar siniestro.

»Las grandes cuestiones se resuelven hoy á grandes alturas intelectuales; es necesario que la MUJER pueda elevarse hasta allí, para que no preponderen el egoismo, la dureza y la frialdad, para que no se llame razon al cálculo, y cálculo á la torpe aplicacion de la aritmética.

»Dulce, casta, grave, instruida, modesta, paciente y amorosa; trabajando en lo que es útil, pensando en lo que es elevado, sintiendo lo que es santo, dando parte en las cosas del corazon á la inteligencia del hombre, y en las cuestiones del entendimiento á la sensibilidad femenina; alimentando el fuego sagrado de la religion y del amor, presentando en esa Babel de aspiraciones, dudas y desalientos, el intérprete que todos comprenden, la caridad; oponiendo al misterio la fé, la resignacion al dolor, y á la desventura la esperanza; llevando el sentimiento á la resolucion de los problemas sociales, que nunca jamás se resolverán con la razon sola, tal es la MUJER como la comprendemos, tal es la MUJER del porvenir. Por ella nacerán á la vida del alma los hijos del pueblo en las generaciones futuras; por ella será mas pausada y mas continua la marcha de la sociedad, sin alternativas de velocidad vertiginosa y de paralizacion mortal; por ella se acabarán si es posible las luchas sangrientas y las victorias de la fuerza; por ella será magnetizado este mundo tantas veces impenetrable á la palabra de vida.

»Y si todos los pueblos necesitan que conmueva sus entrañas la sensibilidad de la MUJER, mucho mas aquellos menos adelantados y menos dichosos. La comunicacion continua con otros paises da lugar á comparaciones desventajosas, que si unas veces determinan nobles impulsos de emulacion, no pocas inspiran desden y desaliento, y afan de ir á gozar en el extranjero de las ventajas de una civilizacion adelantada. Contra este deseo, tantas veces puesto por obra y causa permanente de empobrecimiento, ¿pediremos leyes á los hombres? No. Invoquemos una que Dios ha grabado en el corazon de la MUJER. Vosotras ¡oh mujeres! que no dais el primer lugar en vuestro cariño á los predilectos de la naturaleza ó de la fortuna; vosotras que quereis mas al hijo enfermizo, deforme, desventurado, comunicad al hombre el mas generoso de vuestros instintos, enseñadle á amar á la patria, á su madre, porque es infeliz; hacedle sentir cuán vil es y cuán culpable, el que abandona á los suyos en la desgracia; cread una nueva, una grande escuela política, que no combata mas que un adversario, el egoismo: que no escuche mas que un oráculo, el corazon...»

Que se eduque á la jóven, que se eleven sus facultades hasta esta altura, para que desde ella tenga esa poderosísima, benéfica y luminosa influencia como esposa, como madre, como hermana, como individuo social, es la meta de nuestros deseos, de nuestros esfuerzos, de nuestros afanes en esta nuestra obra, en la que creemos demostrar que por este camino estamos acordes con las mas lúcidas inteligencias y los corazones mas sanos. Empero, no nos hacemos ilusiones, en nuestros trabajos en esta via regenerativa de la MUJER y por la MUJER, hemos de hallar espinas, obstá-

culos, oposiciones de todos lados, de las preocupaciones sociales, de las pasiones de los hombres y de la misma ignorancia de la MUJER, de su decaimiento, de su falta de anhelo por la mayor elevacion de su espíritu, de su inteligencia, de su sentimiento, para poder saborear las sublimes dulzuras de un libro, de una pequeña biblioteca selecta, delicioso pan del alma, del que el dulce y perspcíuo ingenio del inmortal Fenelon y esclarecido autor de *La educacion de las Niñas*, se expresa en estas en entusiastas frases:

«Distribuid vuestro tiempo tan ordenadamente como os sea posible hacerlo; no dejeis pasar un solo dia por entero sin haber consagrado algunas horas á un estudio, ó á un trabajo cualquiera, y sabed gozar de la soledad del sacro templo del hogar.

»Es menester poseer una biblioteca; poco importa que no sea hermosa, con tal que contenga buenos y bellos libros. Los libros son amigos á quienes escuchamos, los cuales nos instruyen y nos obligan á pensar. No tengais muchos; pero que sean escogidos.

»¡Felices los que se recrean instruyéndose, y que se complacen en cultivar las ciencias! Sea cual fuere el punto á donde les lanzare la fortuna adversa, siempre llevan consigo con qué entretenerse; y el tedio que devora á otros tantos espíritus, hasta en medio de las mundanales delicias, es desconocido para los que saben ocuparse en alguna provechosa lectura. ¡Felices los que aman la lectura! ¡Felices los que no se ven privados de las delicias de la lectura!

»Las lecturas en familia, en alta voz, son un medio especial de distraccion, y al mismo tiempo sirven para fomentar y dirigir la instruccion recíproca de la misma.

»En las veladas agradablemente pasadas al lado del fuego, tiene tambien la lectura un encanto especial. Gozar en ellas de un plácido reposo que alivia las penas y dulcifica los amargos bordes del vaso de la vida...»

Esta inteligente y dulce vida de familia, sugirió al inspirado Lamartine frases tan bellas como estas: «La familia, es evidentemente nuestro complemento, es mas grande aun que nosotros mismos, existiendo antes de nosotros, y sobreviviéndonos. Es el destello, la imágen de la santa y amorosa unidad de los séres, revelada por el pequeño grupo de los que están unidos unos con otros, y hecha visible por el sentimiento...

»¡Feliz aquel á quien Dios hizo nacer de una buena y santa familia! Es la primera de las bendiciones de la Providencia, y al decir una buena familia, no entiendo por esta expresion una familia noble, con esa ficticia nobleza que envidian los hombres, y cuyos timbres graban en pergaminos. La verdadera nobleza puede existir, existe en todas las condiciones. Nosotros hemos conocido familias de obreros en que esta pureza de sentimientos, en que esta caballerosidad de honradez, en que esta flor de delicadeza, en que esa rectitud de las tradiciones, que se llama nobleza, eran tan visibles en los actos, en los rasgos, en el lenguaje, en las maneras, en los modales, que jamas existieron en tal grado en los altos rangos de las razas monárquicas. Hay la nobleza de la naturaleza, como hay la nobleza creada

por los hombres; y aquella es muy superior á esta. Importa poco la altura ni la grandeza de la morada de esa nobleza, mientras esa morada sea el santuario, el refugio de la piedad, de la honradez, del amor á la familia que en ella ha de perpetuarse. La predestinacion de la infancia está en la casa en que nazca: su alma se forma principalmente de las impresiones que allí recibe. La mirada de nuestra madre es una parte de nuestra propia alma que penetra por nuestros ojos. ¿Quién es que herido por esa mirada, aunque no sea mas que en sueño ó por medio del recuerdo, no siente descender á su alma algo que tranquiliza la turbacion de su pensamiento y aumenta su lucidez.

»Á la MUJER, sobre todo, es á quien hay que inspirar las máximas y consejos relativos á la familia, porque la MUJER es la reina de la familia.

»La sabiduría de los pueblos nos dice que las naciones se salvan ó perecen por la MUJER. Es digno de atenta consideracion el siguiente cuadro que sobre la verdadera reina de la familia traza un antiguo escritor indio, comentarista de los Libros Hebreos:

«La MUJER que por su inteligencia y amor conquista el corazon del hombre y reina en su interior, marcha con desembarazo; la inocencia reside en su alma, y riela en las pupilas de sus ojos; la sencillez y la verdad moran en su corazon; la modestia brilla en sus mejillas.

»Sus manos buscan el trabajo, y sus piés jamás se dirigen á vanos placeres.

»Viste con aseo, se alimenta con sobriedad; dulzura de miel destilan sus labios; la prudencia dirige todas sus contestaciones.

»La sumision y la obediencia son las constantes lecciones de su vida; la paz y la felicidad su recompensa.

»La prudencia marcha ante ella, y la virtud la acompaña siempre.

»Su mirada tiene la elocuencia de la ternura; pero el pudor irradia en sus sienes.

»La lengua del hombre licencioso enmudece en su presencia; el respeto á su virtud le impone silencio.

»Su corazon es el sagrario de la bondad; jamás piensa mal del prójimo.

»¡Dichoso el hombre á quien tal MUJER le cupo en suerte! ¡Feliz el niño que puede llamarla su madre!

»Ella preside el hogar, y bajo su presidencia reina la paz; sabe mandar con inteligencia y buen juicio; por eso es obedecida.

»Levántase temprano, recorre su casa, y señala á cada uno su labor conveniente.

»La direccion de su familia es su mayor placer, su primera atencion; el órden y la sencillez se hallan en todos los ámbitos de su casa.

»La prudencia y elevacion de su conducta hacen honor á su marido, que oye sus alabanzas en delicioso silencio.

»Ella forma el espíritu de sus hijos en la sabiduría, y graba en su corazon las buenas costumbres.

»Sus palabras son leyes para sus hijos; una sola de sus miradas produce la obediencia.

» En la prosperidad no se envanece; en la adversidad cicatriza con la paciencia las heridas de la fortuna.

» Las penas de su marido son aliviadas por sus consejos y suavizadas por sus caricias; deposita su corazon en su seno, y de él recibe consuelos.

» ¡Ámala, tú que tienes la suerte de ser su marido, como una bendicion del cielo! Que la rectitud de tu conducta te haga digno y amado de su corazon.

» Ella comparte contigo tus inquietudes como participa de tus placeres. Adviértele sus defectos con bondad; no exijas con injurias su sumision.

» Deposita tus secretos en su corazon, sus consejos son sinceros, no te engañará.

» Respeta y guarda la fidelidad conyugal; de eso depende tu dicha y la suya.

» Si el dolor ó la enfermedad la afligieren, tu ternura debe suavizar su afliccion.

» Acuérdate de la delicadeza de su sexo, de la fragilidad de su cuerpo, y no seas demasiado severo con sus debilidades; al contrario, considera tus propios defectos... »

La MUJER que se esfuerce en parecerse á este retrato, y el hombre que así la considere, indudablemente gozarán la felicidad del hogar doméstico y fundarán el interesante edificio de la familia sobre el respeto, el amor, la abnegacion, la templanza y la inteligencia. Para esta grandeza debe educarse á la MUJER.

LIBRO TERCERO.

LA MUJER DE LA CLASE MEDIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

EDUCACION MORAL Y RELIGIOSA.

Iniciacion de la tierna conciencia de la niña en los principios de la sana moral.—Ambientes que para su cultura debe respirar.—Ámbientes de que hay que alejarla.—Trascendencia de este principio y de su aplicacion en toda época de la vida, pero especialmente en la de la tierna edad.—Principios morales.—¿Es posible moral sin Dios? ¿Moral independiente?

Educar la inteligencia de la MUJER es abrir su vista al astro del dia, al horizonte de sus destinos, es enseñarle la direccion de la aguja de su razon imantada por su saber, es darla el faro luminoso con que guie la navecilla de su conciencia, de su virtud, de su mérito, de su valer, del valer de todos los actos de su vida.

Indudablemente este es el sentido de esta elevada inspiracion profética: «*Tu palabra*, (verbo, sabiduría, ciencia), *Señor, es mi antorcha en mis caminos; es la luz de mis actos...*»

Hemos dicho ya que las múltiples facultades de nuestro sér, de nuestro espíritu, de nuestra alma, se hallan en nosotros como las semillas en el seno de la tierra, esperando para nacer el beneficio de la lluvia del cielo y el auxilio de la veñerable y laboriosa mano del agricultor, que destruye los obstáculos que con su dureza le opone la tierra, con los hielos, con las escarchas, y luego que no descuide jamás el remover, arrancar de su campo el espino, el abrojo, la planta dañina que, si no les comunica sus venenos, al menos les robará los sanos, puros, mejores y mas vitales jugos con que aquellas debian nutrirse.

Ahí teneis ¡oh madres! el símil que os dice como debeis avivar, despertar, hacer germinar al propio tiempo que la razon, la conciencia de vuestras hijas, de una manera esplendorosa y pura, aunque siempre modesta, cual conviene á la dignidad de una persona, á la dignidad de la MUJER.

La razon es el foco del juicio, de las ideas, de las teorías, de las ciencias.

La conciencia es el foco de la moral, de las costumbres, de las virtudes.

Empero no olvideis que los focos pueden dar, segun estén constituidos y alimentados, colocados y cuidados, luciente llama ó negra humareda.

Cuando la razon no se ilumina con espléndida instruccion, radical y constantemente, en la plena claridad de la verdad y de la ciencia, la personalidad humana, ó yace en degradante ignorancia, ó anda de tropiezo en tropiezo, de error en error, de absurdo en absurdo.

De la misma manera cuando la conciencia no está constituida y alimentada desde su principio hasta su fin, por el pleno lumínico puro de la ley eterna, del deber, en en vez de proyectar irradiaciones de virtudes morales, lanza sobre la vida privada ó pública raudales del humo de los vicios que denigran primero la personalidad, de cuya conciencia nada ó mal educada germinan, y luego la sociedad misma.

De ahí que, demostrada la necesidad de educar é iluminar la razon y la inteligencia de la MUJER, desde su principio hasta su fin, vengamos á sostener esa misma necesidad y su satisfaccion análogamente respecto á su conciencia.

Descendiendo de las alturas de estas reflexiones, empecemos esta nuestra tarea poniéndole por base el siguiente sencillo apólogo de un poeta y moralista persa, Saadí, que pinta tan bella como expresiva y concisamente la influencia de las compañías sobre las costumbres:

«Me paseaba un dia, dice, y ví á mis piés una hoja medio seca, que exhalaba un suavísimo perfume. La cogí y la llevé al olfato, percibiendo deliciosos raudales de aroma.—Díjele: tú que exhalas tan ricos perfumes, ¿eres por ventura la rosa?—

»—No, me contestó ella, yo no soy la rosa, pero he vivido mucho tiempo con esa flor, y de ahí los suaves perfumes que de mi se desprenden.—

Despues de ese sencillo y precioso símil de la hoja, del moralista persa, vengamos á ejemplos personales que enseñan y predican la grande importancia de que la pura moral se cultive en la infancia, alejando de ella toda dañosa compañía.

«Un filósofo halló un dia á un jóven en compañía de uno de sus amigos, conocido por sus grandes calaveradas y sus enormes vicios. Aquel jóven se avergonzó de ser visto con tan mala compañía, y su rostro se cubrió de rubor.—¡Ánimo! ¡ánimo, hijo mio! le dijo el sábio; yo me alegro muchísimo de ver en tí este resto de pudor; empero, me alegraria infinitamente mas de verte ir con personas cuya compañía no te hiciera sonrojar.»

Este ejemplo y mil como este que podrian exponerse, y pueden todos los dias observarse, nos dicen claramente que cuando las semillas de la ley eterna, de la segregacion de lo justo y lo injusto, de lo honesto y lo torpe, de la virtud y el vicio, de lo sublime y de lo degradante, del deber y de la infamia, se han cultivado bien en el precioso campo de la conciencia de la infancia por una madre de clara razon, de elevado sentimiento, de maternal solicitud y cuidado, ora en forma de rocío de infantiles cuentos, de bellas fabulitas, de verosímiles é interesantes anécdotas, historietas, apólogos y aun hechos diarios, tangibles de niños, de niñas de su misma

edad, ora con buenas obras suyas ó á su vista hechas, esas conciencias, como los frascos que cuando nuevos fueron impregnados de preciosos perfumes que guardan siempre, retendrán aquellos santos principios, y con ellos salvarán siempre su propio honor, el de su educacion, de su nombre, del sagrado recuerdo de su madre; y si algun dia sufriesen la funesta suerte de apartarse de los santos principios de la ley eterna, del deber, de la justicia, no lo dudeis, aquella conciencia desde los principios bien y moralmente educada, les gritará siempre desde su fondo: hijo mio, hija mia, vuelve, vuelve á la feliz senda de la ley, del deber ante Dios y ante la humanidad, porque mientras no vuelvas, no habrá para tu alma paz posible, para tu corazon descanso, ni verdadera felicidad para tu vida. Vamos á terminar estos preliminares de moral con otro ejemplo histórico (1839), que merece aquí un sitio por la enseñanza que contiene en confirmacion de nuestro aserto. Dice así: Un chico llamado Jacobo, tuvo la desgracia de perder á su padre ántes de salir de la infancia. Su padre le habia alejado y, á no morirse, habria continuado alejándolo de toda mala compañía. Su pobre madre no adquirió sobre él este poder, que indudablemente adquiriria la madre sobre sus hijos, si se elevara, si se educara mas plenamente su razon, su inteligencia, y hasta su sentimiento.

La pobre madre hubo de contentarse con decirle repetidas veces que no le convenia frecuentar cierta morada de un barrio extremo de la poblacion. Bien sabia ella cuan poderosos motivos tenia para darle estos consejos, pero no tuvo suficientes luces ni habilidad para persuadirle á él de aquellos motivos.

Un dia el chicuelo, olvidando ó teniendo en poco los consejos de su madre, se fué á aquella casa. Al llegar á ella vió á un postillon y á un lacayo, ambos de alguna mayor edad que la suya, que jugaban á cara ó cruz, ó *á las chapas*.

Oyó que el lacayo decia: «Al empezar el juego solo tenia un sueldo, ahora tengo ocho;» y hacia sonar las monedas en el bolsillo de su librea. El tendió la mano. Aquel malvado lacayo la cogió entre las suyas, diciéndole; ¿Esta es tu mano? está fria como el mármol.

—Vuélvome, exclamó nuestro chico, aun estoy á tiempo.—

—¡Cá! repuso el lacayo tomando la puerta, tú has avanzado sobradamente para que puedas retroceder. Y empujó á Jacobo hácia la cochera.

Este estaba temblando. Sabia perfectamente donde habia un tesoro, y sin embargo no podia dar con él. Temblaba de miedo de que su dueño, Enrique, se apercibiera, y creia incesantemente oir voces y pasos en la cochera, y la sangre se le helaba en las venas. Finalmente dió con la orza y la llevó al dintel de la puerta con todo el dinero que contenia.

En aquel momento separándose una negra nube que cubria la luna, permitió que esta dejara ver sus plateados resplandores.

«—Pongámonos prontamente en salvo, dijo el lacayo, arrancando la orza de las manos temblorosas de Jacobo.»—«¡Cielos! exclamó este; ¿tú quieres llevarte todo este dinero? ¿No me habias dicho que solo querias tomar tres pesetas que devolveriamos allí pasado mañana sin falta?

»—Cállate,» repuso el otro. Y emprendió la fuga sin atender á los lamentos de su compañero, añadiendo: «Si un dia he de ir á la cárcel, no quiero ir por tres pesetas.»

Al oir estas horribles palabras, se le heló á Jacobo la sangre y se le erizaron los cabellos. Sucedió á esto un silencio aterrador. Jacobo corrió á esconderse en su cuarto, mientras el otro huia con su dinero.

Durante todo el resto de la noche, Jacobo sufrió horriblemente. No bien lograba conciliar algun instante el sueño, se veia torturado por espantosos ensueños que le despertaban sobresaltado; y tan pronto como estaba despierto, el menor ruido le aterraba. Apenas osaba respirar; creia que jamás vendria el alba; pero así que esta iluminó con sus esplendores la tierra, y los pajarillos elevaron al cielo los himnos de sus trinos y gorgeos, creyóse aun mucho mas desgraciado.

¡Cómplice de un robo! le gritaba su conciencia.

Era un domingo: la campana tocaba á misa. Todos los niños de la poblacion, engalanados con sus mas lindos vestidos, rebosando inocencia y feliz alegría, llegaban en tropel á la puerta del templo; y Enrique, que era el mas aplicado, era tambien el mas feliz. Él no sospechaba siquiera el robo que acababan de hacerle, porque al levantarse, no se acordaba de mirar su dinero, sino de elevar su mirada y sus plegarias á Dios.

Entre todos aquellos niños Jacobo aparecia triste y sombrio. Enrique se le acercó sonriente. Al verle Jacobo se puso lívido como la muerte, y huyó veloz para esquivar sus miradas.

Pareciale que todos leian su crimen en su rostro. Este le atormentaba atrozmente. Creia que todos los que pasaban por su lado, le decian al mirarle:—«¡Ved ahí un ladron!»

Algunas veces le dió el impulso de acercarse á Enrique y confesarle su crimen; pero la vergüenza le tenia encadenado.

No bien hubo terminado la misa, se fué á su albergue. Allí estuvo algunos momentos encerrado con su cómplice, que hizo vanos esfuerzos para aplacar su conciencia y dominar su espanto. Partieron el dinero. Cada uno metió en su bolsillo su mitad; y fuéronse á la fiesta de un pueblo vecino.

Entre tanto Enrique, despues de misa, fué á ver su pequeño tesoro. Cuando vió que se lo habian robado, fué presa del mas intenso dolor. Á sus gritos y sollozos acudieron sus padres, y él se echó en sus brazos... «¡Cuán desgraciado soy! exclamó, todo lo he perdido; hánme robado el dinero que yo ahorraba para mi hermanita. ¡Creíame tan feliz al pensar que todo aquello lo habia yo ganado con mi trabajo! ¡Yo que esperaba daros á vosotros tanto placer como á ella con las primicias de mi trabajo!...»

Todas las personas que salian del templo se paraban ante la casa de los padres de Enrique. Todo el mundo le preguntaba y tomaba parte en su dolor. Muy pronto la calle se vió cuajada de gente. Preguntábasele en qué consistia su pequeño tesoro. ¡Ah! decia él, lo componian piezas de 0'50 y algunas de peseta que me daban todos los

jueves por mi trabajo. Así que las recibia, acostumbraba numerarlas con la punta de mi cuchillo. La primera que recibí tenia por consiguiente el número uno, y así sucesivamente. Habia cuarenta, que en total formaban la suma de treinta pesetas.

En aquel momento acertaba á pasar una buena MUJER. Era una lechera del rebaño cercano que atravesaba la poblacion para repartir la leche; con harto trabajo atravesó por entre la multitud, y dijo á los padres de Enrique:

«—¿Hablais de piezas de 0'50 que han sido perdidas ó robadas? En este momento me acaban de dar una que lleva el número *tres*. Mirad: ¿la reconoceríais?»

Dicho esto presentó la pieza que Enrique conoció al punto. Todo el mundo preguntó á la lechera quién le habia dado aquella pieza, y ella contestó:

«—Al punto que penetré en la poblacion, hallé dos muchachos al revolver de una calle; parecia que llevaban suma precipitacion; corrian tan de prisa, que derribaron una de mis ánforas llenas de leche. Me puse á gritar contra ellos. El mayor de los dos me contestó con injurias; el menor sacóse esta pieza de su bolsillo y me la echó. Era á poca diferencia el valor de la leche derramada. Ellos continuaron corriendo.»

Todos exclamaron: «¿Los conoceis? ¿Sabeis por dónde han pasado?»

«—Conozco al mayor, contestó la lechera, lleva un vestido encarnado; es el lacayo de la cochería de la fonda de esta poblacion. Desconozco al otro que es el mas jovencito. Han tomado el camino de la aldea en que hoy se celebra una fiesta mayor, y, si se les sigue, muy pronto se dará con ellos.»

Nadie dudó de que aquellos muchachos eran los ladrones. Admiraban y bendecian á la Providencia que tan presto habia descubierto los culpables.

Ocho ó diez jóvenes se ofrecieron á correr en su persecucion. Todos los demas vecinos se quedaron al lado de Enrique; sus miradas se dirigian sin cesar al camino por el cual se habia iniciado la persecucion de los ladrones. Por fin, algunas personas que se habian adelantado desde la casa, llegaron corriendo y gritando: «¡Vedlos ahí! ¡Los han cogido ya!»

Aquellos jóvenes que habian ido á capturarles volvieron llevando casi arrastrando al mozo del vestido encarnado, que luchaba inútilmente contra los que le sujetaban; traian tambien á Jacobo, que se dejaba conducir sin resistencia y que derramaba abundantes lágrimas. Habíase cubierto el rostro con su gorra é iba sumamente cabizbajo. Oíasele sollozar, pero no se conocia quien fuese.

Obligósele á levantar la gorra; Enrique lanzó un grito de dolor al reconocer en él á su amigo. Jacobo se postró ante él confesando á lágrima viva su falta con todos los detalles. Todo el mundo se sintió penetrado de horror y de lástima. «¡Tan jóven y ya tan culpable!» decíase. ¡Desgraciado! ¿quién te ha podido arrastrar á una accion tan detestable?—«Las malas compañías!...» ¡Ah! Todos los padres que allí habia cogian á sus hijuelos, y apretándolos contra su corazon, exclamaban: «¡Bendito sea el Señor, gracias á Dios que no es mi hijo quien haya entrado en ese mal camino! ¡Oh, hijos mios! ¿Veis á dónde llevan las malas compañías?»

—Hallóse en los bolsillos de los culpables todo el dinero, menos la pieza de 0'50 que la lechera habia recibido, la que regaló á Enrique. Éste queria que se perdonara á Jacobo. «No, no, decia el público, vale mas que hoy vaya á una casa de correccion, que no que mas adelante tenga que ir á presidio.»

El lacayo se hallaba sumido en profundo abatimiento; se esforzaba en excusarse y decir que Jacobo era quien le habia inducido á cometer el crímen. Nadie le creyó. Era ya reincidente y sufrió el condigno castigo. Jacobo fué llevado á una casa de correccion, en la cual permaneció dos años. Finidos estos, regresó á la poblacion, en la cual se portó en adelante de una manera irreprensible, por lo que mereció de nuevo el honor de ser el amigo de Enrique.

Esta historia no es un cuento.

Y aunque lo fuera, mereceria que las madres se la leyeran, releyeran, comentaran á sus hijos é infundieran en su alma la moral que encierra juntamente con máximas como estas:

«Las buenas compañías son un tesoro de precio incalculable.»

«Nada mas á propósito para conservar la pureza del alma, para serenar su turbacion, enderezar sus malas inclinaciones, como el trato con personas buenas: sus palabras, su sola presencia, ejercen una influencia que se hace sentir en el fondo del corazon y ocupan en este la categoría de leyes.»

«El buen ejemplo dispone las almas al bien; de los buenos se desprenden emanaciones saludabilísimas que animan vigorosamente hácia el bien; es el aire mejor, el que da mas sanidad y vigor.»

«Vale mucho mas estar solos que mal acompañados...»

«Dime con quien andas y te diré quien eres...»

«Lo que se enseña á la infancia al comenzar su carrera, eso mismo seguirá en su vejez.»

«Por mas que te halaguen los malos, no condesciendas con ellos.»

«La virtud cuesta poco; los vicios cuestan mucho.»

«Lo que no quieras para tí, no lo quieras para otro.»

«No te burles del desgraciado...»

«Todos somos hermanos...»

«La venganza mas gloriosa es el perdon...»

«El mejor remedio de las injurias es el olvido...»

«Habla bien de los amigos; de los enemigos no digas nada...»

«Antes de desahogar tu cólera, procura hallar un remedio para no irritarla.»

«La modestia tiene mas gracia que la hermosura.»

«El silencio en la MUJER es una virtud especial.»

«No quieras depender de tu fortuna, sino de tu conducta.»

«Quien cree que nunca tiene bastante, siempre es pobre.»

«Economiza lo superfluo para no carecer de lo necesario.»

«Donde la razon gobierna, obedece el apetito.»

«La dieta cura mas que el médico.»

«El trabajo es la base de la virtud, como el ahorro lo es de la riqueza.»

«El mucho dinero produce muchos cuidados, como el mucho comer produce muchas enfermedades.»

«El mentir es vicio de esclavos...»

En estos puros y saludables ambientes, entre esas auras vitales para el alma, el espíritu, el corazon, el carácter, las costumbres, las virtudes, la existencia moral de la niña, de la jóven, de la MUJER, de la esposa, de la hija, de la madre, de la hermana, conviene, es necesario nutrirla, desarrollarla, para que en todas las sucesiones del porvenir sea árbol precioso, plantado junto á la pura corriente de aguas cristalinas, que dé los frutos, todos los frutos que debe dar y en los tiempos en que haya de darlos, lo mismo en el tiempo de la prosperidad que en las crueles horas del infortunio. La MUJER ha de ser el árbol perenne de la vida, la siempreviva en todos sus tiempos y situaciones, en todas las edades, en todas las condiciones en que la Providencia la coloque; por esto Dios la puso por nombre la madre de la vida, madre de los vivientes.

Empero si esa vida moral no se le despierta, no se le desarrolla, no se le cultiva, no se le nutre, ¿cómo ha de darla á su vez cuando le llegue el tiempo de generarla?

La niña de la familia de la clase media está acaso mas expuesta que la de la clase alta en el desarrollo de su vida moral, porque, ó por descuido, ó por ocupaciones de esa misma familia, se halla rodeada de elementos á veces no muy sanos en sus domésticos, criados, criadas y dependientes; y los que tienen su despacho ó su oficina en los bajos, en la calle, ó en salida fácil á ella, en amiguitas y amiguitos de vecindad, que no siempre le enseñarán cosas santas, cosas puras, modales delicados, maneras esmeradas, costumbres puras, aires cultos, urbanidad del mejor gusto. Y nótese que la urbanidad es un interés de moral, de ley, de deber, de reglamentacion, de delicada y esmerada educacion mas de lo que generalmente se cree. Á este asunto harto descuidado en España dedicaremos luego un capítulo de regulares proporciones. La urbanidad es la moral en accion.

Hechas estas salvedades, que por otra parte no son ajenas al desenvolvimiento del presente capítulo, entremos ya en plena materia del mismo.

La grande alma del esclarecido ingenio, el nobilísimo corazon de Silvio Péllico en su precioso tratado de *Los Deberes,* inicia así este delicado asunto:

«No podemos ni debemos sustraernos á la idea del deber, ni dejar de sentir su importancia. El deber está inevitablemente adjunto á nuestra naturaleza: desde que empezamos á hacer uso de la razon nos lo avisa nuestra conciencia, y va advirtiéndonoslo mas y mas á medida que aquella crece y se desarrolla. Igualmente nos lo advierte todo cuanto se halla *fuera de nosotros*, como que todo está regido por una ley eterna y armónica, cual es la de mostrar la sabiduría y cumplir la voluntad del *Sér Supremo,* principio y fin de todas las cosas.

»El hombre tiene tambien un destino, una naturaleza. Si deja de ser el que ser debe, pierde el aprecio ajeno, pierde la estima de sí propio, deja de ser feliz. Está en su naturaleza aspirar á la felicidad, comprender y demostrar que para

conseguirla es necesario ser bueno, es decir, ser lo que exige nuestro verdadero bien, acorde con el sistema del universo y con los designios de Dios.

»Si en la efervescencia de la pasion nos hallamos tentados á llamar nuestro bien lo que se opone al órden y al bien ajeno, no somos con todo capaces de persuadírnoslo, ni de acallar los clamores de la conciencia; y desde luego que la pasion cesa, nos horroriza ya cuanto se opone al órden y al bien ajeno.

»Tan necesario es para nuestra felicidad el cumplimiento de los deberes, que los mismos dolores y la muerte infame, que parecen ser nuestros mas inmediatos males, se convierten en satisfaccion para el hombre, para la MUJER, generosos, que sufren y mueren con la intencion de ser útiles á sus semejantes y de conformarse con los adorables decretos del Omnipotente.

»Ser la persona lo que debe ser... tal es la definicion del deber y al mismo tiempo la de la felicidad. La religion expresa esta idea de un modo sublime, cuando nos dice que el hombre fué hecho á la imágen de Dios. Su deber y su felicidad, nuestro deber y nuestra felicidad, consiste en ser esta imágen, en no querer ser otra cosa, en querer ser bueno porque Dios es bueno, y porque nos ha dado el destino de elevarnos á sus virtudes y de aspirar á ser una misma cosa con Él.

»El primero de nuestros deberes es el amor á la verdad, y la fé en ella.

»La verdad es Dios: amar á Dios es amar la verdad. Fortalécete, le dice á un cariñoso amigo suyo, en el amor de la verdad: no te dejes seducir por la falsa elocuencia de aquellos sofistas melancólicos y escépticos que en todo siembran desconsoladoras dudas.

»De nada sirve, y aun es dañosa la razon, si se la emplea en combatir la verdad, en desacreditarla, en sostener viles suposiciones; cuando deduciendo desesperadas consecuencias de los males de que la vida está sembrada, niega que sea esta un bien; cuando enumerando algunos aparentes desórdenes del universo, rehusa reconocer en él el órden; cuando penetrada de la existencia de la muerte del cuerpo se resiste á creer en un *yo* espiritual y eterno; cuando llama ficticias las distinciones entre el vicio y la virtud; cuando en el hombre, en la MUJER, solo ve un busto y nada de divino.

»Si cosas tan abominables y viles fuesen el hombre y el universo, ¿á qué filosofar? Deberíamos darnos la muerte: la razon no podria aconsejar otra cosa.

»Pues la conciencia á todos nos dice que vivamos (ni prueba en contra la excepcion de algunos enfermos de espíritu), pues vivimos para aspirar al bien, pues sentimos que nuestro destino no es envilecernos, ni confundirnos con los reptiles; sino antes bien ennoblecernos y aspirar á Dios, es evidente que no puede hacerse mejor uso de la razon que dar al hombre, á la MUJER, una alta idea de la dignidad á que puede elevarse y excitarle á alcanzarla.

»Esto reconocido, rechacemos enérgicamente el escepticismo, el cinismo y todas las filosofías degradantes: sigamos y enseñemos la ley de creer en lo verdadero, en lo bello y en lo bueno. Para creer, es necesario querer creer; lo es tambien amar sinceramente la verdad.»

Ved ahí, madres dignas, el primero y sublime amor que debeis inspirar suave al par que profundamente á vuestra niña, á todos vuestros hijos, con la palabra y el ejemplo; y no solo á vuestros hijos, sino á todos cuantos estén á vuestro alrededor.

Esta es una de las mas grandes fases de la augusta mision de la MUJER.

«Solo este amor, continua sublimemente Silvio Péllico, dirigiéndose á su amigo, solo este amor es capaz de comunicar al alma toda su energía; quien se complace en languidecer en medio de la duda, la enerva.

»Á la fé en todos los principios rectos, une la fuerte voluntad de ser tú mismo la expresion de la verdad, tanto en tus palabras como en tus acciones.

»Nuestra conciencia solo descansa en la verdad: el que miente, aun cuando no sea impugnado, encuentra en sí mismo el castigo, pues siente que falta á un deber, y que se degrada.

»Para no contraer el vil hábito de la mentira, no hay otro medio que adoptar la invariable resolucion de no mentir jamás. Si se hace una excepcion á este propósito no hay razon para no hacer dos, para no hacer cincuenta, para no hacer un sin fin. De este modo llegan muchos á hallarse escandalosamente dispuestos á fingir, á exagerar y aun á calumniar.

»Los tiempos mas corrompidos son aquellos en que mas se miente; entonces la desconfianza general, la desconfianza entre el padre y el hijo; entonces el número prodigioso de juramentos, de protestas y de perfidias; entonces en las diferencias de opiniones religiosas, políticas, y aun simplemente literarias, la propension continua á suponer hechos é intenciones denigrantes en el partido ó lado opuesto; entonces la persuasion de que es lícito deprimir á los adversarios, por cualquier medio que sea; entonces el furibundo empeño de encontrar testimonios contra los hechos ajenos, y, aun cuando de los encontrados sea manifiesta la ligereza y falsedad, la perseverancia en sostenerlos, en amplificarlos y en fingir que se creen verdaderos. Los que carecen de sencillez de corazon, creen ver siempre la falsedad en lo ajeno; al través de las palabras de una persona que les desagrada, ven siempre una falsedad; al presenciar sus oraciones y sus limosnas, dan gracias de no ser hipócritas como ella.

»Aunque en estos tiempos, como en otros, sean tan comunes la mentira y una excesiva desconfianza, presérvate igualmente de uno y otro vicio. Hállate dispuesto á creer generosamente en la veracidad ajena, y si se pone en duda la tuya, no te irrites, pues basta que brille

«Á los ojos de Aquel que todo lo vé...»

Este bello, cariñoso y al mismo tiempo firme lenguaje con que ese grande é ilustre mártir de los augustos principios de la ley eterna, del deber, enseñaba, empezando por el ejemplo, á su amigo las bellezas de la moral, deben las madres enseñarla á su niña, sobre todo á su niña, á quien por ahí han de preparar para que

sea ella á su vez un dia amable y aprovechada maestra de la generacion venidera; no puede la familia humana mejorarse, regenerarse de otra suerte, porque los resultados de la mera autoridad, de la imposicion, de la fuerza, del terror, ora venga de arriba, ora surja de abajo, son pasajeros y efímeros. Solo lo que se plante y cultive en la razon y en la conciencia es durable. Este es el único resorte de las soluciones de las crísis sociales, producidas por desequilibrios entre la razon y la conciencia, la autoridad y la libertad, la justicia y la iniquidad, el progreso material y el progreso moral.

¿Puede la madre de nuestros dias con la torcida ó escasa educacion que se le da empuñar el timon de la verdadera educacion moral de la familia, cual fuera su deber? En general, no. Empero, ¿debe y puede educándosela mejor? Ciertamente. Luego lo que procede y urge es educar así á la MUJER para que pueda mañana trasmitirlo á sus hijos.

Hoy apenas si, por excepcion, comprende los términos en que le planteamos los problemas de su mision, problemas que sin embargo ella debe resolver. Así pues, por medio de la cátedra, del libro, del discurso, de la poesía, del arte, de la sencilla conversacion, de todos los honestos medios posibles, pongámosla en aptitud, en condiciones de cultura intelectual y moral, para que comprenda esos términos y así resuelva sus problemas. Esta sementera saludable hay que verificarla casi desde la cuna, ó al menos desde la infancia de la niña. Por esto tiene completa razon el ilustre Montesinos, el moderno San José de Calasanz, cuando dice en su precioso tratado sobre la educacion de la infancia:

»Es una verdad notoria en el dia que la moral pública no ha progresado en proporcion de lo que las ciencias y las artes han adelantado de un siglo ó siglo y medio á esta parte, y que, mientras las relaciones sociales se han multiplicado extraordinariamente, y el comercio y la industria se han extendido tanto como estas relaciones, la moral del pueblo, en todas partes, con corta diferencia, si no ha decaido, por lo menos no ha mejorado notablemente. No puede dudarse que en muchos pueblos ha sucedido lo primero, y si en algun otro ha hecho progresos, no son comparables al aumento de los conocimientos. Mas suponiendo lo mas favorable, esto es, que los principios que dirigen la conducta de los hombres sean ahora los mismos, é igualmente eficaces y generales; si los medios, la oportunidad y el incentivo para los crímenes, al menos para alguna especie de crímenes, son actualmente mayores que lo fueron en otras épocas de menos conveniencias y riqueza, y de mayor ignorancia y rusticidad de la poblacion, estos crímenes deberán ser más frecuentes, ó por lo menos el riesgo de que lo sean es, parece deber ser, mucho mayor; y esta es una observacion óbvia y al alcance de todos. ¿A quién se oculta, en efecto, que el fraude, la estafa, la usurpacion, el robo, en fin, de muchas cosas, es en el dia mas fácil por la simple razon de que abundando estas, y estando mas á la mano, aumentan la tentacion de personas mas sagaces y mejor dispuestas para apoderarse de ellas? ¿Quién no prevé y teme por la tranquilidad y seguridad individual á la vista del incremento de las necesidades sociales, del mayor poder

tanto para el mal como para el bien [1] que resulta de saber mas, cuando se ignoran los medios y se carece del hábito de hacer buen uso de este poder?

»Con los mejores deseos, pero excesivamente confiados en la influencia de los convencimientos sobre los progresos morales, se dió en el último siglo un impulso extraordinario á la instruccion del pueblo, por los hombres benéficos de las naciones mas civilizadas; mas la experiencia ha demostrado que la instruccion generalmente recibida en las escuelas públicas no basta para contener y disminuir la inmoralidad general, y que es necesario buscar otro remedio para los males que afligen á la sociedad. Sin que pueda negarse que los adelantamientos puramente intelectuales deben producir alguna mejora en la reforma moral, en cuanto contribuyen á que el impulso animal ceda á la razon, y tienden á formar algunos hábitos de órden, aplicacion y actividad, en el dia está probado que son insuficientes. Está visto que es preciso anticipar y fomentar especialmente la educacion moral, del espíritu, del sentimiento, de la conciencia, del corazon, para que la instruccion sea tan útil como puede y debe serlo.

»Este es, como se ha dicho, el grande objeto de las nuevas escuelas y de todas las escuelas, y esta por tanto la parte mas esencial de la educacion en ellas. Y si es para nosotros un principio sentado é indisputable que la parte moral de la educacion es la mas importante, tambien lo es que esta parte debe cimentarse en *principios religiosos*.

»En todas las materias, y mas especialmente aun en esta, los cuidados y esfuerzos de quien eduque se deben dirigir mas bien á preparar á la infancia para la instruccion ulterior, que á enseñarle por rutina meras palabras que no entienden ó entienden mal, y son causa de funestos errores.

»A nuestro parecer, el que eduque á la infancia debe comenzar esta enseñanza de la moral desenvolviendo en primer lugar la idea de Dios. Esta idea proviene naturalmente de las primeras percepciones morales que aparecen en los niños. Los sentimientos de amor y confianza, de gratitud y respeto, con el hábito de obediencia que nacen en el hombre ó MUJER antes de que sea capaz de dirigirlos al Sér Supremo como objeto principal, tiene su orígen en las relaciones que Él mismo, como Autor de la naturaleza, ha establecido entre el hijo y la madre.

»Antes de que estos sentimientos se eleven á Dios, se han extendido de la madre al padre, á los hermanos, y en general, á los hombres. El niño, la niña, comienza amando á la madre, confiando en la madre, agradeciendo y obedeciendo á su madre; y ama despues, confia y agradece á los hombres, porque ve en ellos la forma de su madre, la forma humana, y porque todo aquello que merece el cariño de su madre merece el suyo.»

El grande y hábil educador moderno Pestalozzi expone ingeniosamente la teoría de la necesidad de la educacion moral en la infancia, de esta manera:

«La madre, impelida por la naturaleza, alimenta y cuida al hijo, satisface sus

[1] Luego, lo que hay no es mayor decadencia moral, mayores males; sino la misma indolencia para el bien, ante mayores medios.

necesidades, y procura su bienestar; dirigida por la razon, remueve todo lo que puede incomodarle, y le asiste con todo lo que necesita en su desamparo. El niño, la niña se inclina, como es natural, á la que le socorre y le hace feliz; y comienza á manifestarse el gérmen del *amor filial.* La madre corre á la cuna, siempre que el pequeñuelo da señales de alguna necesidad: allí la encuentra cuando sufre hambre ú otra incomodidad, y todos sus ordinarios sufrimientos cesan en el seno de su madre. No tarda en dejar de suspirar, cuando la madre se aproxima; y no pasa mucho tiempo sin que le tienda los brazos siempre que la ve. Cuando la madre le aplica el pecho, el gozo y la satisfaccion brilla en los ojos del niño ó niña; y madre y satisfaccion vienen á ser para él una misma idea. Esta satisfaccion es la primera expresion de *gratitud.*

»Si un objeto extraño choca á los sentidos del niño ó niña, se espanta, se asusta y grita; y la madre acude, le estrecha en sus brazos, le acaricia, juega con él y le distrae, y aquel deja de gritar. Vuelve á aparecer el objeto que ocasionaba el miedo, y la madre le estrecha de nuevo entre sus brazos, y le anima con una sonrisa, y ya no grita mas. El temor pasa á contento, y nace la *confianza.*

»La *gratiud* y *confianza* son sentimientos que tienen entre sí estrecha conexion, y son inseparables del verdadero amor. El amor, cuando no es una pasion violenta, supone correspondencia, y esta supone confianza, y de aquí proviene que sea inconcebible un amor puro sin confianza.

»Así como al amor precede la necesidad, á la gratitud la satisfaccion ó complacencia, y á la confianza el miedo ó el temor, la obediencia parece originariamente precedida de algun deseo mas ó menos vivo y no satisfecho. El niño ó niña grita con impaciencia antes de esperar con paciencia. La paciencia precede y es el fundamento de la obediencia. Los primeros pasos para la adquisicion de esta virtud son meramente pasivos, estriban en el convencimiento de una necesidad obsoluta é irremediable. Este sentimiento se desarrolla en la cuna y en el regazo de la madre. El niño, la niña tiene muchas veces que esperar hasta que la madre le tome en brazos y lé dé el pecho. La naturaleza misma opone con frecuencia al niño ó la niña, impetuoso ó violento, esta inflexible necesidad de someterse. Si se da contra la madera ó contra la piedra, la naturaleza permanece inalterable y el niño ó la niña deja de golpearse. La madre tambien comienza á oponerse á la violencia de su deseo. El niño ó niña se enfurece, grita, patea; la madre se mantiene inexorable, y así deja de gritar y se acostumbra á someter su voluntad á la de la madre.

»*La paciencia y la obediencia,* la virtud, van tomando asiento en su corazon...

»Este desarrollo de sentimientos hasta cierto punto instintivos, continúa Montesinos, viene á ser el fundamento de aquella disposicion del alma que conduce insensiblemente á la criatura humana hácia el Criador, y le inclina á dirigir á Dios los mismos sentimientos que se limitaban antes á la madre y á los séres semejantes, de quienes generalmente recibe beneficios.

»Cuando comienza á pensar y sentir de por sí, cuando no tiene necesidad de la mano de la madre, y una voz interior le anuncia que puede ó podria pasarse sin

ella, entonces es cuando de la misma madre le viene la idea mas ó menos perfecta de que hay un Dios de quien tendrá necesidad, un Dios que le protegerá, y que le prepara goces puros y felicidad. Esto sucede de ordinario sin grandes esfuerzos de parte de la madre ni de los hijos, y de aquí proviene que con razon se diga que el Dios de la madre es el de los hijos, y desgraciado aquel hijo, y mas si es hija, para cuya madre no haya verdadero Dios. Cuanto decimos de la madre, débese entender de quien haga sus veces.

»Siendo esto así, como lo es evidentemente, la cuestion que se presenta para quien eduque á la infancia, es la siguiente: «¿Cuáles son los medios de fomentar en ella los sentimientos de amor, gratitud, confianza, obediencia, etc., respecto de la familia humana, y hacer que estos sentimientos y la práctica de estas virtudes tengan lugar para con Dios, como padre universal y orígen de todo bien? ¿De que progresen estos sentimientos simultáneamente hasta que se fortifiquen despues con el convencimiento del deber? Esta cuestion encierra cuanto necesitan saber todos los que estén encargados del meritorio y delicado cometido de educar, y ellos por sí mismos han de resolverlo en la práctica de la educacion.

»Luego que el niño ó niña oye hablar de Dios, y comienza á percibir que á este *Sér Superior*, á este Sér incomprensible dirigen todos los demás los sentimientos afectuosos que él ó ella tiene para con su madre, que es el caso en que suelen hallarse al entrar en la escuela ó colegio por primera vez y presenciar las oraciones generales de los niños y niñas; en cuyos momentos los profesores ó profesoras, en escuela ó en educacion doméstica deben darle á la infancia progresivamente una idea tan propia, tan verdadera y tan clara como sea posible del Creador, sin perder de vista este asunto desde que empieza hasta que fine la educacion. De esta idea, base de la educacion moral, dependerá la de la educacion religiosa, cualquiera que esta sea. Todo aquí se funda en la íntima y constante conviccion de que existe un Supremo Sér, Creador y conservador del universo. La idea de sus atributos es inherente á la de su existencia, cuando esta se ha dado á conocer por medios racionales y positivos.

»De dos modos puede comunicarse á la infancia esta nocion fundamental que tanto importa fijar en su mente y en su corazon; el mas comun, pero no el mas propio de esta edad, es hacerle aprender de memoria la parte del Catecismo que trata de la existencia de Dios Todopoderoso y de sus atributos, como infinitamente bueno, sabio, etc. Aunque este medio no tuviese otro inconveniente para esta edad que la falta de la lectura, de toda especie de conocimientos relativos á las obras de la creacion, tiene el de que solo puede hacer formar una idea vaga é imperfecta del Creador, el de que no percibe de este modo la necesidad de la existencia de este Sér y lo cree únicamente porque se lo dicen; y por último, el de aprender solo palabras sin significado para él, y aunque supieran los niños ó niñas en esa edad leer, no comprenden la trabazon de las ideas escritas.

»Pero si en vez de darles la idea del Sér Supremo directa y anticipadamente, haciéndola preceder á otras que tienen relacion con ella, ó como dicen los lógicos

á priori, quien eduque procura que se la formen por sí, que les ocurra naturalmente como una consecuencia necesaria é irresistible, de lo que ven y admiran en los objetos naturales que se les presentan de contínuo, y especialmente en la organizacion vejetal y animal; si ven ó se procura que lo vean, en los objetos de esta clase, que los medios están adaptados constantemente á determinados fines, y de los séres vivos, especialmente de la persona humana, no habrá necesidad de grandes esfuerzos para persuadirles de que Dios existe, que es Omnipotente, Infinitamente Bueno, Justo, etc.; estas verdades vienen á serles como óbvias, *intuitivas*, ó que no necesitan la demostracion del raciocinio; son consecuencias necesarias é inmediatas de la inmensa série de hechos que conocen en parte y van observando diariamente en sí mismos y al rededor de sí. De este modo llegan á estar tan persuadidos de la existencia de Dios como de su propia existencia, y comprenden (en lo que es posible) fácilmente los atributos del Sér Supremo, porque son deducciones de los mismos hechos.

»Este medio de comunicar á la infancia los principios y conocimientos morales, además de ser muy ventajoso comparado con el que se emplea comunmente, es de fácil aplicacion á las escuelas y educacion de párvulos, en que casi todo lo que se les enseña ofrece ó debe ofrecer materia á propósito para llamar con frecuencia la atencion hácia tan importante objeto.

»Tratándose de darles á conocer su propia organizacion, aunque sea superficial y ligeramente, como no puede menos de ser, será fácil hacerles observar que la persona humana se mantiene recta sobre sus piés; que la cabeza colocada sobre los hombros se vuelve á un lado y á otro; que puede coger las cosas con la mano, lo que con su perfeccion no puede hacer ningun otro sér. Que en la cabeza está la cara, y en esta los ojos, la nariz y la boca; y á los lados las orejas. Para qué sirven estos órganos de los sentidos, ó qué uso hacemos de ellos; que sucederia si nos faltasen ó si estuviesen colocados en otra parte, y que sucede á los que carecen de ellos. De qué modo están defendidos los ojos, primero por los párpados y las pestañas, y despues por las cejas. Qué hay dentro de la boca, y para qué sirve la lengua, los dientes, etc., etc. Por este órden se les puede ir enterando de la admirable estructura de los animales, las plantas, y sobre todo de nosotros, hombres y mujeres, y así vendrán en conocimiento de que todo esto se ha hecho con designio, y que alguno lo ha hecho, y que no puede ser obra del acaso.

»Cuando los niños han adquirido por estos medios las primeras nociones relativas al Autor de la naturaleza, les es muy natural y muy fácil elevar á Él y fijar en Él los primeros sentimientos del amor, etc., anunciados antes.

»Habiendo tomado una vez este camino, y marchando siempre por él, cuanto dice relacion á ejercicios religiosos, comienza á tener para la infancia un objeto perceptible y fijo, y se ha dado el paso mas importante en el camino de la educacion moral. Así consideradas las prácticas de piedad y devocion, no serán jamás para el niño, para la niña cosas insignificantes, desagradables y molestas. No conviene, sin embargo, como hemos dicho en otro lugar, abusar de los ejercicios de una

misma especie, porque los niños se disgustan y se fatigan pronto si se les obliga á continuar largo rato en determinada ocupacion; y fácil es concebir cuán funesto seria el inspirarles por imprudencia, tedio ó aversion á estas prácticas. Se prestan con gusto á todos los actos de que son capaces siempre que no sean de larga duracion, sin mas motivo que la variedad, y por esta razon se ha recomendado que las oraciones diarias de entrada y salida en las escuelas sean breves, sencillas y acomodadas á la comprension de los niños ó niñas. Esta misma regla deberian seguir las familias. Por otra parte, es menester no perder de vista que en esa edad los niños verifican esos actos casi siempre por incitacion, ora en casa, ora en la escuela, como así mismo sucede con todo lo demás que ven hacer y hacen ellos; y esta propension natural á imitar, comun en los primeros años, es una circunstancia de que debemos sacar gran provecho para su educacion moral.

»Repetidos con periodicidad los actos morales y religiosos, que los niños comienzan á ejecutar imitando, llegan despues á ser hábitos saludables y útiles.

»En los primeros años, bastante hacen con repetir las oraciones; al acercarse al destello de la razon, es cuando empiezan á comprender mas ó menos lo que han recitado ó cantado. Solo en este tiempo están en el caso de ser preguntados con frecuencia y oportunidad acerca del sentido de lo que acaban de decir, y de venir por este medio en conocimiento de la razon de estas prácticas y su objeto. Si algunos de ellos saben leer en esa edad podrán hacerlo en el catecismo ó en la Historia Sagrada y este deberá ser ejercicio ordinario, alternando con fabulitas morales, historietas, cuentos, biografías.

»Cuando al llegar á este grado de capacidad mental, y por una discreta, amena y sostenida explicacion de los objetos que les rodean, y de los fenómenos que tuviesen á la vista, se les hubiere dado una verdadera idea de Dios, y se les hubiere familiarizado con ella, se puede comenzar á iniciarles tambien por los medios indirectos recomendados antes como educativos, en los deberes relativos en primer lugar hácia el Creador, y esto con razones puramente naturales en la educacion moral, pues las razones religiosas y sobrenaturales, tienen su lugar especial en la educacion religiosa.

»Esta tarea en el terreno filosófico-natural no es difícil para con niños y niñas acostumbrados á oir, y persuadidos, en cuanto su razon alcanza, de todo lo que deben á Dios, al que todo lo ha creado; es decir, que le deben su existencia, la de sus padres y hermanos, la salud, el aire que respiran, la luz que les alumbra, el alimento, la bebida, todos los bienes, en fin, de que gozamos.

»Puédeseles hablar de los deberes relativos á los padres, maestros, autoridades constituidas, ministros de la religion, ancianos y superiores, como instrumentos todos ellos de que el mismo Dios se vale para procurar nuestra felicidad, y hasta para nuestra conservacion, siempre por la ley y la justicia.

»Una vez grabados en su corazon los sentimientos de amor, de gratitud y confianza, etc., hácia el Creador por los beneficios que nos dispensa y por el gran concepto de su poder, es consiguiente el temor de ofenderle, el respeto y la obediencia; y este mismo respeto conduce naturalmente á tenérselo á todos los que

contribuyen á nuestro bienestar presente ó futuro, y de algun modo pueden influir en él. Se les puede hablar, decimos, de estas cosas y otras relativas á las virtudes, al vicio, al bien, á la justicia, á la injusticia, á la ley, etc., y las comprenderán siempre que se les exponga en lenguaje sencillo, claro, inteligente y limitado á las aplicaciones prácticas, á sucesos y relaciones ordinarias de la vida, siempre que se eviten razonamientos abstractos y metafísicos, y sobre todo, siempre que no se confunda su entendimiento con cosas incomprensibles, ni se degrade su alma con necios terrores.

» En esta educacion y en esta edad tienen perfecta aplicacion las lecciones ante láminas ó grabados de la Santa Escritura, de la Historia Sagrada, y de las mismas historietas, anécdotas, biografías, etc. La relacion histórica de algunos sucesos extractada del Antiguo y Nuevo Testamentos, les interesa mucho á los niños, á las niñas, y les da frecuente ocasion de hacer muchas preguntas á quien les eduque, y se les puede al mismo tiempo hacer óbvias y saludables reflexiones morales. Las historias de *José, Tobías, Joás, Daniel* y otras; las parábolas del *Hijo Pródigo,* el *Samaritano,* el *Fariseo,* el *Publicano,* están en este caso.

» Puédese ir enseñándoseles prudentemente el Decálogo, que aprenderán con mucha facilidad, estando, como deben estar, radicados en su ánimo los principales preceptos, y acostumbrados prácticamente á su cumplimiento. Tambien convendrá hacerles repetir con frecuencia algunas máximas morales, prudenciales y económicas para que las aprendan de memoria, segun las vayan comprendiendo; y mejor, en cuanto pueda ser, viéndolas aplicadas, y experimentando en sí mismos los resultados. Á este fin suelen darse en cartelitos, en libritos, y, en Alemania, hasta sobre los juguetes de niños y niñas; imitacion saludable que ha empezado á introducirse en algunas familias y escuelas de otros paises y aun del nuestro.

» Estos medios de educacion é instruccion moral y religiosa, que suponen algun desarrollo de las facultades intelectivo-morales, preparan convenientemente los niños para una mayor instruccion, y contribuyen á la progresiva formacion del carácter moral, que es, ó debe ser, el grande objeto de la educacion. Mas, es preciso que se tenga siempre presente que las recitaciones, lecturas, explicaciones morales, y aun recomendaciones y preceptos en esa edad, son solo medios auxiliares, necesarios sin duda para cimentar las buenas costumbres; pero que por sí solos producen de ordinario efectos transitorios, insuficientes para resistir á la influencia del mal ejemplo y de las pasiones propias pervertidas ó mal dirigidas; y que la formacion del carácter moral consiste principalmente en la repeticion de actos virtuosos, hasta que se hayan convertido en hábitos duraderos ó costumbres permanentes invariables.

» En esto debe quien eduque emplear toda su habilidad, porque realmente este es el punto capital de toda la vida honesta ó pervertida, de la felicidad ó infelicidad moral, tanto respecto á esto mundo cuanto al mundo del porvenir de los niños ó niñas que se eduquen. Debe saberse y no olvidarse que los hábitos contraidos en la infancia son generalmente decisivos de la buena ó mala moral del hombre, de la

MUJER, ó mas bien, que toda nuestra moral depende de los hábitos adquiridos. La persona humana, dice un célebre moralista, es un manojo de hábitos. Los legisladores, y todos los que han examinado filosóficamente las materias criminales, saben bien, como se ha dicho antes, que las costumbres deciden de la moralidad de los individuos y de los pueblos; y toda persona que educa, profesor, profesora ó madre de familia, no debe ignorar este principio fundamental en moral.

»Hemos dicho que el amor á la madre, con los demas afectos dulces que acompañan á esta inclinacion natural, son las primeras impresiones uniformemente observadas en los séres racionales, y que estas conducen directamente á la virtud si no se pervierten ó alteran; y siendo esto así, no será justo atribuir á la naturaleza defectos que no tiene, ni será escusa bastante para nuestros desaciertos la supuesta irremediable índole natural. No negaremos que estas inclinaciones primitivas se modifican despues mas ó menos por la conocida influencia de la organizacion física en las facultades intelectuales y morales, y convendremos en que es mas difícil desplegar y fortificar estas inclinaciones en unos temperamentos que en otros, y hasta en los diferentes estados de salud. Mas esto no destruye el principio sentado respecto á los primeros sentimientos naturales que hemos enunciado, ni estas excepciones destruyen la regla general de la buena ó mala direccion dada á estas benéficas propensiones de la persona humana, y el buen uso ó el abuso que se hace de ellas en la infancia, deciden comunmente de la felicidad y de la moralidad de las personas.

»Los límites estrechos de este escrito no nos permiten seguir paso á paso el completo desarrollo de estos sentimientos y de todas sus modificaciones, que conocemos con el nombre de virtudes, ni todas las pasiones y vicios que van resultando de la degeneracion ó extension de aquellos sentimientos. Indicaremos, sin embargo, algunas de las buenas cualidades y virtudes que se derivan inmediatamente del amor filial, gratitud, etc., y adquiridas temprano y convertidas en hábitos vendrán á ser una segunda naturaleza; y procuraremos tambien, por consideracion á las madres, y sobre todo á las madres y educadores que quieran ó puedan comprendernos, llamar la atencion sobre los males perdurables que por imprudencia ó ignorancia se acarrean á los niños; y sobre las pasiones funestas á la sociedad y al individuo, que con frecuencia provienen de haber dado á los sentimientos naturales y puros en su origen una direccion torcida ó equivocada.

»El amor filial extendido de la madre á la familia, y de esta á todos los hombres, del modo que hemos referido, se dice amor al prójimo, y constituye la *benevolencia*, ó buena voluntad para con todos. Esta bella disposicion comprende todos los afectos simpáticos que nos llevan á alegrarnos del bien y sentir el mal de los otros. De los actos naturales y consiguientes á esta disposicion resultan imediatamente las siguientes virtudes morales y otras menos notables. La *beneficencia* que es el amor del prójimo, ó benevolencia en accion, es decir, la práctica de hacer bien al prójimo. La *caridad* en el sentido de hacer bien ó socorrer al que lo necesita. La *generosidad* en el doble sentido de desinterés y denuedo para empresas árduas en auxilio de las personas que necesitan proteccion. La *urbanidad* cuando no consiste en una

civilidad ficticia, sino en el respeto á los demas, y en evitar todo lo que pueda afectar á otro de una manera desagradable.

»No será necesario esforzarnos para probar que al amor, á la gratitud y á la confianza se asocian naturalmente la *esperanza,* la *alegría,* la *sinceridad*, la *docilidad* y otros sentimientos é inclinaciones de la misma especie que se sostienen y fortifican mútuamente, porque todos lo pueden haber observado. La *obediencia*, precedida, como hemos dicho, de la paciencia, á que contribuye poderosamente la confianza y demas sentimientos primitivos, deja en breve de ser enteramente pasiva. Tan pronto como la infancia llega á comprender, aunque oscuramente que el enfadarse contra una madre cariñosa es malo, y que la madre no está sola para un hijo ó hija, y por él en el mundo, deduce fácilmente que tampoco los demas séres y las demas cosas están hechas únicamente para él; llega luego á persuadirse de que él mismo no ha sido creado solo para sí; y aquí comienzan los sentimientos de *deber* y *derecho,* mas tempranos y mas vivos de lo que comunmente se cree. Nace la inclinacion á respetar y dar á cada uno lo que le corresponde: ó sea la *justicia* como virtud, y las cualidades que le son inherentes. Este enlace de sentimientos parece tan natural y sencillo que cuesta trabajo concebir cómo puede suceder que la mayor parte de los niños á la edad de cuatro ó seis años den indicios evidentes y positivos de las propensiones mas opuestas á estos sentimientos. Reflexionando sin embargo que del abuso de los mismos afectos naturales pueden nacer precisamente las pasiones y los vicios que dañan mas al carácter del individuo, y observando con algun cuidado la conducta que se tiene con los niños de menor edad, tanto por las madres como por las demas personas que los manejan, no es tan difícil como parece descubrir las causas que han debido producir estos resultados, y se percibe bien que no puede ser de otro modo. Una vez conocidas las causas de esta degeneracion, considerada la continua accion de estas causas, hay por el contrario grandes motivos de dudar que sea posible evitar eficazmente, por punto general, las consecuencias. Por fortuna en las escuelas de párvulos han venido acaso á resolver este interesante problema. Todo persuade que los nuevos establecimientos llegarán á demostrar que, dirigiendo convenientemente los primeros sentimientos y las primeras inclinaciones naturales, resultarán las virtudes indicadas; que es posible arraigar y hacer duraderas estas virtudes; y sobre todo probarán lo que parecia aun mas dudoso; esto es, que no solo es posible, sino mas fácil obtener este resultado en un gran número de individuos á la vez, que uno ó algunos separadamente. Al exponer algunas observaciones acerca de lo que en nuestro concepto deberán hacer las madres para desarrollar y fomentar en el hijo, ó hija, algunos de los buenos sentimientos anunciados; y de lo que se debe hacer y hace generalmente en las nuevas escuelas para fomentar el carácter de los niños ó niñas, que concurren ó no á las escuelas, que se eduquen en casa ó fuera de ella, no podremos menos de indicar los principales abusos que ordinariamente inutilizan los mayores esfuerzos en la obra de la educacion: y al examinar las consecuencias necesarias de estos abusos, habremos de proponer los medios que consideramos útiles para evitarlas ó remediarlas.

AMOR AL PRÓJIMO, BENEFICENCIA, CARIDAD.

»La escuela de la infancia indudablemente tiene atractivos y medios para fomentar el amor mútuo entre los niños, y aun hacerles habituales la beneficencia y caridad. Estos sentimientos puede la educacion doméstica de la madre cultivarlos en sus hijos entre sí, entre ellos y los criados ó dependientes, y sobre todo entre ellos y los pobres... Entre los niños, los buenos oficios son espansivos, espontáneos, puros, generosos, inocentes, mútuos; la benevolencia es desinteresada, ingénua y sin restriccion. Así que quien les eduque no tiene que hacer otra cosa mas que sostener esta propension, reducirla á práctica constante, y procurar que la buena voluntad se extienda á todos los demas niños que ellos traten ó no, que se eduquen con ellos ó en otra parte, á todas las personas humanas y á todos los séres cuyo conocimiento se despliega ante su razon, ante su afecto.

»Á este fin débese acostumbrarles á que se presten unos á otros, y sobre todo, á los débiles, á los inferiores, á los pobres, buenos servicios; y se observará constantemente que lo hacen con mucho gusto. Cuando uno se mancha ó se pone sucio, otro con gusto se ve acudir á limpiarle, si él no puede hacerlo por sí mismo; cuando tiene descompuesto el vestido, caida alguna parte del mismo, un niño, ó mas frecuentemente una niña acude á vestirlo, ó á ayudar á una compañera ó hermanita que lo haya menester por esas ó semejantes circunstancias.

»Estos buenos oficios de la infancia son de observar especialmente en las caidas.»

Ya que de estas hablemos, no será de mas dar aquí algunas advertencias:

«Tratándose de caidas ordinarias, conviene advertir á quien eduque, que este pequeño suceso, frecuente en las escuelas y fuera de ellas, y principalmente en las casas de familia, suele ser el orígen y la causa de funestos resultados morales, aunque imperceptibles á la vista comun; no porque se dé comunmente poca importancia á las caidas, antes por el contrario, porque se les da demasiada. Es sabido que el niño ó niña que se cae sin que nadie lo vea, por lo general no se queja, y jamás grita cuando puede levantarse. El que cae delante de otras personas, y sobre todo delante de su madre ú otro individuo de la familia, grita y se queja destempladamente, y suele asustarse de veras. Esto debe provenir de la impresion que han recibido otras veces al ver á su madre ó padre correr asustados, y oirles gritar y afligirse, y de haberse consternado á consecuencia de eso la pobre criatura; y es una de las varias causas que concurren á producir el miedo y aun el terror.

»El acto de las comidas ofrece diariamente excelentes y oportunas coyunturas para ejercitar á los niños en esos bellos sentimientos. El que tiene mas ó mejor comida, da espontáneamente al ó á la que no tiene ó la tiene peor; y sobre todo si compareciese un pobre. Es tambien digno de notarse que en la escuela ó colegio, el recien venido, es quien practica menos esos actos benéficos, porque tiene menos educacion moral, y menos desarrollado el cariño; y por no haber sentido, ó haber sentido poco el estimulo del aplauso de personas á quienes respeta, cómo maestro,

maestra, ayo, aya, padre ó madre, abuelo, abuela, etc., que han sabido, querido ó podido aprovechar con ellos esos momentos, esas felices y bellas coincidencias en su hermoso desarrollo moral. Los educadores deben limitarse á consejos, no hacer de ello mandatos, de que resultarian otros inconvenientes...

» De este modo y por una variedad de medios y coyunturas puede quien sabe y quiere educar á la infancia, crear fácilmente en ella un excelente carácter moral, que sea en su vida entera abundante y pura fuente de virtudes, que constituyan su mayor y mejor ornamento, y sean al propio tiempo savia saludabilísima de regeneracion de la sociedad.

» La *generosidad* es una de las cualidades y virtudes morales mas difíciles de generar en la infancia, porque se nota la pena que le causa desprenderse de algo que ama. Hay que llevarle suave y hábilmente de su desprendimiento primero con la madre y personas mas allegadas, luego con los amiguitos ó amiguitas, con los pobres, etc., y así no será difícil que esos actos repetidos se le conviertan en hábitos, en virtud saludable, sobre todo con el ejemplo aplaudido y los aplausos que reciba por su imitacion.

» Es preciso evitar que caigan en el extremo opuesto, es decir, la prodigalidad, que convertida en hábito desde los primeros años de la vida, puede convertirse en un vicio funestísimo para lo ulterior y mas trascendental. Este vicio abunda demasiadamente tambien por desgracia, para que se deje de fijar la atencion en ese arte difícil y meritorio de la educacion. Detestable es el egoismo; empero, la prodigalidad es funesta asimismo, sobre todo cuando no nada en la abundancia quien la tenga. El egoismo suele abundar en las clases acomodadas; y lo contrario en las menos acomodadas. Es una observacion que parece paradógica y extravagante; y sin embargo existe su generatriz en la vida real. Lo procedente, lo justo, lo racional y obligatorio en toda persona que eduque es combatir uno y otro extremo, dentro de la precisa y preciosa fórmula del catecismo cristiano, de ese gran código moral de la humanidad, que lo desconoce aun, y por eso no lo recibe como debe, como no recibió á su divino autor Jesucristo, porque no lo conocia ni lo conoce aun. [1] «¿Qué es liberalidad?—La noble inclinacion del ánimo á repartir nuestros bienes á los pobres, á los necesitados, cómo y cuándo conviene.»—Ved ahí una fórmula dentro de la cual puede perfectamente enseñarse la generosidad á la infancia, á que sea dadivosa sin prodigalidad, y, económica sin egoismo, sin avaricia...

» *Veracidad.*—El hábito de decir siempre la verdad supone confianza en los demas; y, subsistiendo esta, naturalmente subsiste aquella. Es necesario que el hábito de mentir esté muy radicado para que se falte á la verdad sin motivo, y el motivo es siempre un interés mayor ó menor, bien ó mal entendido, de disimular; es decir, de obrar con desconfianza. Como entre niños se establece y sostiene fácilmente la confianza, habríale de costar poco trabajo á quien los eduque evitar el vicio de mentir entre sí, si el ejemplo extraño no lo produjera como produce tantos otros.

[1] ¿Quiénes tienen la culpa? Luego lo diremos como podamos...

Basta vigilarles y procurar que tengan siempre interés en decir la verdad, nunca ponerles en pendiente de que falten á ella, alabar y reprender menos al que confiesa la verdad aun contra sí mismo, y afear á quien por nada falta á la verdad. Dar siempre, constantemente y en todo ante los niños ó niñas el mas edificante ejemplo de decir la verdad. Es un sistema detestable de educacion moral apelar á la mentira para contentarles, para alegarles con promesas que no se han de cumplir, y de que ellos se han de acordar, y por ello han de percibir una maléfica influencia moral, que fácilmente los hará mentir.

»El vicio de acallar, de contentar á los niños mintiendo, es desgraciadamente tan comun que apenas si nadie le da importancia alguna; antes por el contrario se tiene por inocente, ¡medio de entretenimiento y educacion!... Son pocas, muy pocas las personas que se paran á reflexionar sobre las consecuencias funestas de esta práctica harto general, y de consiguiente que dejen de seguirla por la gran razon de que «los otros tambien lo hacen,» ó que eso es inocente y no perjudica á nadie.

»El catálogo de embustes de que se valen con un fin ú otro los que tratan ó educan á la infancia desde sus primeros años hasta que la infancia pasa ya á todas las ulteriores edades es numeroso. Aunque son demasiado conocidos, no estará demas que exhibamos aquí alguno para que analizándolo, se vean los inconvenientes, aunque á quien quisiese verlos, se presentan de sobras al simple buen sentido.

»Se enoja un niño ó niña, séase por lo que se quiera, y rompe en llanto violento, que no es posible templar por medios ordinarios. Acude el padre, por ejemplo, y exclama: «Ven conmigo, hijo ó hija mia, ven, ¿qué te ha hecho tu mamá? ¡Pícara mamá! la hemos de castigar.» Va la criatura con el padre, y al mismo tiempo hace, como que pega á la mamá, una y otra vez para que aquella se satisfaga; le acaricia, hace todos los esfuerzos imaginables, pero ni el llanto ni la rabieta cesan. Viene un auxilio, la tia, por ejemplo, con las mismas cantinelas y los mismos falsos ademanes de golpes; añadiendo ahora ya golpes al padre; si esto no basta aun para que cese la tormenta, echa mano de un objeto de gran brillo, de cristal por ejemplo, que no puede manejar, pero que exije que se le den como condicion de callar; como eso no puede ser, aquella aurora de calma que parecia, se hunde en nueva tormenta y se le miente de otra suerte, se le dice que muerde, que quema, etc., etc... Viene otro auxilio, la hermana mayor con monedas ú otros objetos, y nuevos embustes y contra todos los anteriores, y si no basta, vienen uno tras otro todos los de la familia poniéndose unos á otros á cual peor, y persuadiendo á la criatura de que todos los de la casa son malos menos ella, que tiene razon...

»El resultado menos triste de ese fatal sistema de educacion será que esas criaturas se vayan haciendo de cada dia mas voluntariosas y obstinadas; que lleguen á conocer que todos mienten, que les engañan, que faltan á la verdad como ellas mismas con todos aquellos fingidos torbellinos...

»¡El engañar á los niños es cosa baladí!...

»Así se cree, pero está muy lejos de serlo. Párese mientes sériamente en esas reflexiones y hechos que acabamos de exponer á toda persona de buen sentido, y se

verá lo fatal, lo nefasto, lo venenoso que es en moral ese recurso, pobre, miserable recurso que ha de producir tristes frutos.

» Sin embargo, se les engaña por nada, para que no pregunten, para que no se quejen, para libertarse de lo que se llaman sus impertinencias, y aun por mera diversion. ¡Bonita, y sobre todo buena diversion! Además de las consecuencias apuntadas y otras que saltan á la vista, les lleva pronto á la práctica de alguna de esas supercherías; comienzan á desconfiar de que se les diga nunca la verdad, é imitan así que pueden la conducta de los que les educan tan detestablemente; y de ellos desaparecen ó disminuyen la sinceridad y la franqueza sustituyéndolas el disimulo y la mentira.

» Pero ningun abuso nos parece tan nocivo como el imponerse á esas criaturas por miedo y la mentira juntamente para hacerse obedecer. Este es un recurso aun mas triste, mas pobre... y los que á él acuden son todavía mas ruines educadores, mejor destructores de la educacion moral de la infancia.

» La mentira y el miedo son dos elementos á cual mas á propósito para degradar el carácter de la persona. El miedo no es la prudencia, ni siquiera el temor respetuoso, que son dos elementos saludables de órden y de precaucion, que hay que cultivar; muy al contrario de aquel, del miedo que lejos de excitar es necesario evitarlo con todo cuidado.

» Toda persona, pues, madre, padre, profesora ó profesor, etc., que tenga algo que ver con la educacion de la juventud, no eche mano jamás de esas malas artes, ¡de engañar y causar miedo á los pobres niños!...

» *Obediencia.*—Para que quien eduque pueda hacerlo con fruto cuando trate de acostumbrar á los niños á la obediencia, deberá en primer lugar fomentar los sentimientos que forman la base de esta virtud ó bella cualidad, deberá ganar su confianza por los medios indicados, la suavidad, el cariño, el estímulo, etc. Cuando sea necesaria la obediencia no debe de pronto exigirse con el precepto, el mandato feroz, sino con la dulce persuasion. Si el niño ó niña es nuevo en un sitio, casa, escuela, etc., seria imprudente obligarles á la fuerza á acomodarse á todos los ejercios y usos allí reinantes, pues para las cosas indiferentes no se debe gastar la obediencia; además, eso seria un modo de inspirarles ódio á la escuela, al compañerismo, etc.; la suave habilidad y cariño debe saber salir del paso con todo eso, y llevarles á las sendas de la disciplina sin violencias ni disgustos; sino todo lo contrario, con sumo gusto suyo, insensiblemente. Los mandatos hay que pensarlos antes de darlos, y no usarlos sino para casos de deber, de ley, de justicia, y aun en estos casos, sea siempre en forma suave y cariñosa; en general. Decimos en general, porque hay índoles duras que necesitan alguna mayor firmeza.

» En este punto se hallan niños de una naturaleza, temperamento ó constitucion física mas irritable, ó viciados, á los cuales cuesta hacer entrar en las sendas de la obediencia, y ponen á prueba la paciencia de quien les educa. Esto que Lock considera con tanta razon el mayor obstáculo para la educacion, no debe en nuestro concepto combatirse directa y ostensiblemente; antes bien la gran habilidad de quien eduque

ha de consistir en irlo desarraigando sin que ellos lo sientan ni perciban que hay empeño en contrariarle; pues en este caso suele aumentar su terquedad. Siéntate, levántate, ve, trae tal cosa, y otros encargos por el estilo como si fueran de confianza, y hechos con agrado, irán acostumbrándoles á la obediencia y extirpándoles los malos hábitos en contrario. Su voluntad no tarda en someterse, siempre que de ese modo sea llevada...

»La *docilidad* lleva consigo la obediencia, aunque no sean precisamente una misma cosa. Aquella es por lo comun, una disposicion natural. Un carácter apacible, y las pasiones dulces suelen ser en gran parte consecuencias de una constitucion física favorable á esta templanza. Cualquiera que sea, sin embargo, la constitucion, sino se ha procurado conservar en su pureza los primeros sentimientos naturales y se ha dado lugar á que broten las malas pasiones, será muy difícil obtener docilidad; podrá obtenerse sumision y obediencia pasiva ó activa; mas docilidad en toda la extension de su significado será poco menos que imposible. El maestro, la maestra, la madre, no obstante, deben esforzarse en llevar hasta este punto la obediencia del niño ó de la niña, y para conseguirlo es evidente que son inconvenientes los medios violentos. La docilidad supone voluntad, y esta no se manda. Proporcionándoles actos repetidos, agradables y que tiendan á desarrollar esta buena disposicion del ánimo, y cuidando de hacerles sentir los buenos resultados de estos actos, sin afectacion estudiada, con simples caricias, afectuosa aprobacion, y alguna vez explicándole la ventajas que resultan de hallarse siempre en disposicion de hacer aquello que conviene á sí mismo y á los demas, es posible fomentar esta disposicion ventajosa. Se les prueba en diferentes cosas, y encargándole esto ó aquello á menudo, aunque sin abusar de su paciencia, demostrándoles, quien les eduque, en su semblante el placer que le resulta de ver que se disponen voluntariamente, y sin el menor asomo de repugnancia á ejecutar lo que se les dice; y por este medio, si no se crea esta propension natural, se desarrolla y fortifica en muchos.

»La *justicia*. A la edad en que los niños empiezan á ver en su razon, dan indicios de que los sentimientos de deber y derecho, justo é injusto, comienzan á germinar en su corazon; su aquiescencia y conformidad con muchas cosas, conocidamente justas, su repugnancia á otras que no lo son, parece que no pueden tener otro motivo; manifiestan tambien estos sentimientos en algunos de sus actos y hasta en su semblante. Queda, pues, al que ó la que eduque, á la madre sobre todos, el cuidado de dar conveniente direccion y fortificar esta disposicion, evitando á toda costa cuanto puede contrariarla ó viciarla.

»El educador que sepa observar, no dejará de notar que el sentimiento de justicia es muy precoz y muy vivo en los niños, y cuán fácilmente comprenden el derecho igual que tienen todos á las atenciones y á la complacencia del que los cuida y como se avienen á las consecuencias de esta igualdad. Esta tendencia natural se sostiene y se fomenta tambien con la simple pero oportuna aprobacion de los actos, y con demostraciones de cariño, que son la recompensa eficaz que

quien educa como debe tiene siempre á la mano. Luego que se les considere capaces de comprender razonamientos simples, procúrese demostrarles las ventajas que resultan á todos de respetar los unos los derechos de los otros; que de este modo se conserva el afecto mútuo, y resulta placer á todos de vivir en compañía. Con solo estos medios puédese, si así se educa, ir grabando en el corazon de los niños con caractéres indelebles los principios fundamentales de la sana moral, y darles conocimiento de estos principios sin los cuales no puede haber regla de conducta ó de deber, indispensable para lo sucesivo.

»Supuesto que en esa edad á que aludimos brotan ya los sentimientos de *deber* y *justicia,* será muy fácil, no, como quiera, hacerles aprender de memoria, como en una cátedra, que los derechos y los deberes son correlativos, sino penetrarles de esta verdad haciéndosela sentir práctica y contínuamente. Si uno tiene derecho á que los otros no le coman el pan, no le rompan el vestido, no lo ensucien, no den golpes, no le quiten la pelota, etc., etc., él tiene el deber de no tocar al pan, no ensuciar, no romper el vestido, no golpear, etc., á los demás. Convendrá mucho repetirles de viva voz y con frecuencia el gran principio de *no hagas con otro lo que no quieras que hagan contigo,* practicándolo siempre.

»En nuestra opinion, convendrá llevar mas allá esta enseñanza práctica, valiéndose del medio de consultarles sobre reclamaciones y pequeñas disputas de compañero á compañero, ó de amiguita á amiguita, que pueden tener lugar y lo tienen cada dia, ó de explorar su opinion y hacer que la aprobacion ó desaprobacion de los que no estén interesados en ellas intervengan en las resoluciones, y habituándoles á que formen juicio exacto de la cualidad de las acciones de los compañeros, y á que lo expresen francamente y en consecuencia siempre que sobre ello se les consulte. Por esto nos ha parecido conveniente esta práctica donde la hemos visto establecida, y es mas, hémosla visto dar excelentes resultados, tanto en juzgar de las pequeñas cuestiones, como en juzgar premios ó castigos, y sobre todo en hacerles pensar antes de juzgar, enseñándoles así aquel gran principio evangélico: *Si no quieres ser juzgado no juzgues á los demás;* á no ser, se les hace entender, que se sea llamado para juzgar, y esto siempre en justicia.

»En segundo lugar es un medio que contribuye mucho á los progresos de la facultad de juzgar, porque se les acostumbra á la reflexion antes del juicio, á exponer los hechos con sinceridad y exactitud, y á formar juicios con premeditacion. De este modo se les dispone para testigos fidedignos, y quizás para jurados. Para esto expone primero quien educa el hecho ó suceso de que se trata con claridad y sencillez; les hace ver lo que hay en él de cierto, de dudoso ó de falso; los medios que crea convenientes para apurar la verdad, si está bien ó no demostrada esta, los perjuicios que se seguirán al bienestar de la compañía y crédito de la familia ó escuela, etc., por una parte ó al acusado por otra, si la verdad no está manifiesta, y se forma un juicio errado al dar la sentencia. Se les debe, en vista de todo esto, manifestar la falta cometida, los efectos, la correccion ó castigo que merece, y se pide su parecer al sentenciar. Al cabo de pocas veces de presenciar esta consulta

y jurado, dan ellos sentencias con un tino, justicia y aplomo que pasman, y tienen poco que corregir...

»Uno de los primeros y mas notables indicios de que el amor de los niños á los demas ó amor al prójimo, se debilita para reconcentrarse en su propia persona, para producir despues el egoismo, la vanidad, el orgullo y otras pasiones incómodas, por lo menos en la sociedad; es la *propension á molestar ó maltratar á los compañeros, especialmente á los menores ó mas débiles.*

»Esta cualidad, que parece natural en algunos niños, proviene con frecuencia de no haber refrenado oportunamente la voluntad, haberles dado lugar á que se consideren superiores ó de otra especie que los demás. No se suele percibir sino entre el mas fuerte y el mas débil, nunca entre iguales en fuerza y edad.

»Cuando esto se verifica, convendrá hacer conocer al opresor que esta conducta es propia de cobardes y en ningun caso deberá disimularse; y quien esté encargado de su educacion deberá vigilar para evitarlo á todo trance, ora sea entre hermanos, ora entre compañeros; impidiéndoles tambien que se *burlen de los otros, que se motejen, que se ridiculicen, que se caricaturen,* repitiéndoles máximas saludables como por ejemplo: No hagas á otros lo que no quieras te hagan á tí, etc., y así se forma su delicadeza y su conciencia, viendo aplicar lo que se les dice.

»*La crueldad con los animales,* viene á ser un sentimiento de la misma especie que los anteriores, por mas que no llame tanto la atencion. Sin embargo, esta crueldad suele provenir en muchos niños de ignorancia ó falta de atencion á lo que hacen. Su entendimiento, y el de muchos que no son niños, no comprende todavía que el insecto sufre cuando le atormentan, como sufre uno cuando otro le hace daño. Es preciso que lo comprendan, repitiéndoselo y dándoselo á entender con frecuencia. No se trata de hacerle entender que es preciso respetar la existencia de toda especie de animales; bien pronto sabrá que hay especies nocivas ó incompatibles con nuestra seguridad ó nuestra comodidad. Mas conviene que los niños aprendan por experiencia, que los animales, en general, no están en este caso, y que aquella es una excepcion de la regla limitada á un cortísimo número comparado con el de los animales útiles, ó por lo menos inofensivos. A esa distincion, y hasta á quitarles el miedo infundado que les causan ciertos animalitos deben dirigírseles por quien les eduque sencillas pero suficientes lecciones de Historia Natural aplicada.

»Enséñeseles, por ejemplo, que los animales que se llaman nocturnos porque salen de noche ó porque de noche se les suele ver, no son nocivos porque tengan esta cualidad, ni hay motivos de temerlos ni asustarse á su vista; el murciélago, la lechuza y otros, lejos de hacer mal, hacen bien, y de esto se convencerán dándoles á conocer sus propiedades y su modo de vivir. El pavor que los niños y mujeres tienen á ratones y ratas reconoce por orígen su ignorancia, pues no lo tendrian si supiesen y se convencieran de que no acometen, ni dañan á las personas, antes al contrario huyen de ellas; únicamente que perjudican á nuestras ropas ó víveres; pero tambien es cierto que comen cosas que nos son nocivas, y las ratas son elementos de sanidad en los albañales y cloacas, evitando obstrucciones, corrupcion

y encharcamientos. Contra su excesivo número ó invasiones domésticas tiene la naturaleza otros animales como el gato, la comadreja, la lechuza, el perro y otros. Empero lo importante es infundir compasion y hasta cariño en los niños por los animales útiles ó inofensivos, porque de esto depende mas de lo que se cree muchísimas veces la dureza de carácter y corazon en su porvenir. En general, quien tiene dureza de corazon con esos animalitos, no abriga mucha compasion para las personas. Neron y su historia, que debe esplicarse á los niños, pueden servir de de tipo.

»Análogamente hay que hablarles respecto al *mal instinto ó propension á destruir los objetos y las cosas* que no son animales, que, si no es precisamente un síntoma de voluntad pervertida, es muchas veces un indicio de malignidad, de dureza de carácter, ó á lo menos atolondramiento, que la costumbre convierte luego en un vicio de trascendentales y fatales consecuencias. Aquí debemos comprender tambien la condenacion de este instinto en destruir los juguetes ú otros objetos para curiosearlos ó analizarlos, por los cuales indudablemente empieza ese mal instinto, que es mas general en España que en otros paises, pues aquí abunda lo malo. A muchas familias, lejos de reprobarlo, les hace gracia...»

»Esta *gracia* detestable hay que combatirla sobre todo en la educacion de la infancia, porque este perverso y salvaje instinto destructor en primer lugar perjudica las bellezas del pais, y luego nos deshonra ante el mundo civilizado.

»La costumbre culta ha de ser el antídoto que desde la infancia debe oponerse á ese salvajismo, ha de ser su remedio como el de todo otro defecto moral. La novedad de los objetos es lo que excita en los niños la curiosidad de destruirlos, lo mismo con las plantas, adornos públicos, antigüedades, etc., por falta de costumbre en respetarlos, de instruccion para estimarlos en lo que valen.

«Si la infancia se inspirara en la buena costumbre, el buen gusto, y aun se demostrara el principio de justicia y de legalidad que debe obligarnos á respetar todo lo ajeno y lo público, como patrimonio comun, como monumentos históricos ó de embellecimiento nacional, veria cristales y no los tocaria, ni los romperia á pedradas; admiraria las plantas y flores de los jardines particulares ó públicos, y con la vista no enviaria sus piedras ó sus manos destructoras; sino que muy al contrario es un pequeño guardian, un aficionado á las bellezas y á su conservacion. De esa infancia así educada salen en los paises extranjeros esos pueblos cultos á cuya patriótica civilizacion confian los gobiernos y municipios la custodia de su ornato y de sus bellas artes; sus museos, sus antigüedades, sus bibliotecas, sin que se llegue siquiera á sospechar que nadie se atreva á apoderarse de cosas ni particulares ni públicas. ¡Felices naciones! Vergüenza da nuestra falta de cultura moral: aquí todo lo que no guardan bayonetas ó sables no está á salvo. ¿Por qué? Porque solo en España se tiene á la educacion como cosa baladí, á la impunidad como buena justicia, á las cárceles como escuelas de crímenes...

»Tambien el vicio de *murmurar ó hablar mal de otro, chismear, calumniar*, etc., nace de la perversion de los primitivos naturales; y son bien conocidos

los males que produce en la vida social. Por esta razon quien eduque repare con mucho cuidado en cuantos casos de esta naturaleza ocurran entre los niños, y haga porque estos paren tambien su atencion en ellos, poniendo de manifiesto la falsedad de la noticia, rumor, etc., siempre que pueda ser; avergonzando á quien la inventó ó la hizo circular, y expresándoles la justa reprobacion que merece su conducta, hasta que se hayan acostumbrado á no dar crédito á cuentos y rumores ofensivos á las personas, á despreciarlos y no hacerlos circular en caso alguno.

»La *envidia* es una pasion de la misma especie, no tan comun ni tan funesta entre los pobres como entre los acomodados, por la sencilla razon de que los hijos de aquellos no están generalmente tan mimados y están mas acostumbrados á privaciones. El remedio de esta pasion consiste en no hacer entre los niños injustas preferencias, de funestísimos resultados en las familias, sobre todo en aquel las en que falta un verdadero criterio educativo. Estalla, por ejemplo, el llanto y gritos de un niño ó niña, la madre ú otro de la familia le ofrece juguetes, dulces, etc., para que calle; no logra esto, sino lo contrario; entonces acude al recurso de mal género de decirle: «ó callas ó se lo doy á tu hermanito.» Esta frase sacramental produce efecto; pero es al amargo precio de engendrar ó fomentar la envidia, pues toma lo que le ofrecen, no porque lo quiera sino para privar de ello al otro hermano. Por estos ejemplos se puede echar de ver cuánta falta hace á la MUJER una completa educacion para que ella pueda dársela rectamente á sus hijos.

»La *suspicacia*, maliciosa y ofensiva, es tambien hija de la ignorancia y mala educacion...

»La propension á la *ira* parece ser en su orígen una afeccion física, y solo puede decirse vicio ó defecto moral por sus excesos, especialmente cuando llega á ser un deseo prolongado de venganza meditada, aunque entonces se dice mas propiamente resentimiento ú ódio. Se dice tambien metafóricamente *cólera* y acaso es mas propia esta voz, porque expresa mas que aquella. Explica en cierto modo y de la manera que antes se explicaban algunos síntomas de sufrimiento corporal. Siempre se ha considerado esta pasion bajo el doble aspecto físico y moral, y se distinguió en *instintiva* y *deliberativa*. Tal vez provenga principalmente de la organizacion animal, del arreglo especial de las funciones orgánicas del individuo, del temperamento, como se dice, de las alteraciones ó modificaciones de la salud, etc. Es una propension notable y general en algunas especies de animales, imperceptible en otros. Es muy diversa entre individuos de una misma especie. En la misma persona varia tambien, no solo en los diferentes estados de salud, sino cuando preponderan las funciones de ciertos órganos, sin que aquella sufra. Contrayéndonos á la personalidad humana en quien se observan las mas de estas diferencias, nada es mas comun que ver á un niño ó niña, educados por los mismos medios que su hermano ó hermana, sin que en su salud y modo de vivir haya habido notable diferencia, y, sin embargo, el uno es en extremo irritable, apasionado, iracundo; y los otros de un carácter dulce, pacífico y aun pacientísimo, ó por el contrario.

»Entre otras causas físicas que influyen mas ó menos en el desenvolvimiento y fuerza de esta propension, es conocidamente el clima una de ellas. El calor es un estímulo cuya impresion se hace sentir en el hombre y en los demás animales por medio de los nervios; y de aquí es que donde el calor es mayor debe ser tambien mayor el estímulo de estos órganos, mayor la exaltacion nerviosa, mayor la sensibilidad orgánica y mental; y supuesta la mayor susceptibilidad nerviosa, es consiguiente la especial predisposicion de todos los órganos á la irritacion. De esto ha de provenir que los habitantes de paises meridionales sean generalmente mas iracundos ó mas coléricos que los habitantes del Norte, ó que tengan, como se dice comunmente, menos sangre fria. No hay motivo alguno racional que nos lleve á disimular que los españoles estamos en este caso respecto á los demas pueblos europeos, y que la influencia del clima, con otras causas que no expondremos ahora, hacen del pueblo español uno de los mas propensos á la ira, y que sufren mas de los excesos de esta pasion. Esto lo saben bien cuantos andan en España por las calles; y nosotros poco dispuestos á disimular nuestros propios males, por pundonor mal entendido en nuestro concepto, menos por orgullo, insistiremos en exponerlos sin reserva, en quejarnos de ellos y procurar su remedio, sin cuidarnos demasiado de lo que otros pueblos digan de sí y de nosotros; porque nos importa sobre todo no ser nosotros mismos los engañados. Procuraremos con especial empeño que todos cuantos eduquen en familia ó escuelas, como principales instrumentos para mejorar la condicion moral de todas las clases, cuiden de evitar, extinguir si pueden, ó moderar por lo menos aquellas pasiones nocivas que sobresalen en el carácter nacional, y mas perjudican á nuestro bienestar.

»Nos hacemos cargo de que no es posible destruir ó disipar enteramente esta propension; y aun creemos que si esto fuera posible no convendria, porque siendo, como es natural, ha de tener su accion y sus usos convenientes, así como tiene sus excesos perjudiciales é inexcusables. Lejos de ser siempre una pasion ofensiva, con frecuencia se excita simpáticamente por las injurias hechas á otro, y se diria que ha sido producida por el Autor de la naturaleza, no solo para estimularnos á obrar con vigor en nuestra propia defensa, ó para librarnos de algun mal, sino tambien para interesarnos á nosotros mismos en la defensa del agraviado y desvalido, y para sobreponernos al miedo del opresor ó del tirano poderoso y fiero. No ignoran por otra parte los médicos que si los accesos de cólera son frecuentemente causa de accidentes graves, alguna vez son ó han sido remedio eficaz en algunos males.

»Una pasion pues que proviene en gran parte de la organizacion, que no es posible ni útil desarraigar enteramente, y en que ni la voluntad ni el juicio influyen tan eficazmente como en otras, ó en que nada influyen aquellas facultades en los momentos de acceso, ha de ser difícil de reprimir ó de gobernar. Esto mismo sin embargo debe empeñarnos en buscar medios de contenerla y reducirla á aquellos límites en que ni es un vicio,[1] ni nos expone á las desgraciadas contingencias que

[1] La Sagrada Escritura dice: «Enójate pero no peques.»

observamos á cada momento; debe empeñarnos principalmente en pueblos donde por las razones indicadas, por los malos hábitos contraidos, por el contínuo mal ejemplo, y por el defecto, en fin, de educacion moral, los excesos de esta pasion son mas comunes y mas funestos.»

Solo á la paciente, laboriosa, hábil y completa educacion moral, dada por madres ilustradas, por un profesorado de ambos sexos adornado de las virtudes cuasi divinas de su vocacion, de su ministerio, de su sacerdocio santo de crear una conciencia en cada niño, en cada niña que Dios ponga en sus manos, y ante cuya justicia son correspectivamente responsables del modo como lo ejerzan, será dado reformar las costumbres, infiltrar las virtudes, moderar las pasiones que como las apuntadas, especialmente la ira, causan luego, en sus desordenados excesos, grandes males individuales de familia y sociales.

Los educadores de ciencia, paciencia y conciencia, hallarán medios sobrados y fáciles en esa trinidad de su espíritu para desarraigar del corazon de los niños, de cuya educacion moral estén encargados, los malos hábitos adquiridos respecto á esa pasion llamada ira, y no dejarán que crezcan con la edad. Con actos, ejercicios y modos suaves, cariñosos y firmes tambien, cuando fuere menester, irán extirpando ese vicio, causa de desórden, é irán plantando, inoculando, filtrando en ellos la paciencia, la calma, la bondad en lugar de los horrores de las tempestades de la ira. Con ejemplos análogos á los mentados se logrará inculcarles insensiblemente la obediencia, la benevolencia, la generosidad, la paciencia, la presencia de ánimo, la templanza de espíritu. Los pocos años son siempre de por sí elementos propicios para quien quiera y sepa corregir, transformar, sustituir lo malo por lo excelente; la inoculacion del bien moral no es menos posible que la de la buena savia y buena sangre en los arbolitos y en los cuerpos. Querer es poder, sobre todo cuando se sabe lo que se quiere, y se parte de principios eternos, fijos, augustos, racionales, especialmente del gran principio de la libertad, de la responsabilidad, de la racionalidad, de la eternidad de la justicia, del premio ó castigo, cuando se parte de esta insustituible Trilogía: *Juez infalible y justísimo; ley de absoluta justicia, responsabilidad igual y proporcional ante esa ley,* ó sustituyendo cantidades iguales y homólogas: Dios; ley natural; libertad racional y responsable del hombre.

Toda moral que no se mueva dentro de ese círculo inmenso y divino, cuyo centro está en Dios y cuya circunferencia es la inmortalidad, no puede tener mas bases que *la brutalidad de la fuerza, el placer, la utilidad, lo arbitrario, lo convencional.* ¡A esto llaman positivismo ó moral independiente!... ¿Quién es el juez de esa moral? ¿Cuál es su ley? Ante esa moral ¿dónde está la razon, la justicia, la libertad, la perfectibilidad, la responsabilidad, la equidad, el mérito, el demérito, el premio para el hombre probo, para el justo perseguido, para el honrado oprimido, para la esposa fiel, para la madre heróica, para el hijo amante de sus padres, para la hermana, para la amiga leal? ¿Dónde el castigo para el traidor, para el tirano, para el seductor, para el parricida, para el perjuro, para tanto infame conculcador de la inocencia, de la santidad, de la ley?

¡La ley del mas fuerte!...

¡La ley de la voluptuosidad!

¡La ley del fatalismo que es la suma de todo lo tiránico, de todo despotismo, la muerte de toda libertad, de toda responsabilidad, de todo mérito, de toda esperanza, de toda fuente de vida, de toda inmortalidad!...

No, mil veces no: ninguno de esos principios arbitrarios pueden ser fuente de moralidad, de virtud, de justicia.

Dios y solo Dios puede ser el principio y fin de todo sér, de toda actividad, de toda libertad, de toda responsabilidad, de todo mérito, de toda justicia, porque Dios es una razon, y la razon eterna, y la libertad absoluta, fuente de razon, de justicia y de libertad, y de mérito para el justo y de castigo para el malvado. ¡Ciegos, venid todos á esta luz de la verdad, de la justicia y de la libertad!...

CAPÍTULO II.

EDUCACION MORAL DE LA MUJER.

La filosofía de la historia como fuente de educacion moral de la MUJER.—Escuelas de moral.—Epitecto.—Sócrates.—Zenon.—Epicuro.—Jesucristo.—Beutham.—Montaigne.—Main de Biran.

La historia es el espejo donde se refleja la experiencia de los pasados siglos.

El espíritu de la historia, que no es otra cosa que la filosofía de la historia, es el foco de ese espejo en donde debemos nosotros estudiar en lo pasado los principios, las leyes del porvenir.

El que ignora la historia es como un ciego sin guia en un pais extranjero.

El que no sepa de la historia mas que los hechos en esqueleto, es lo mismo que el que tenga ó quiera tocar una campana sin lengua.

Es menester pues saber la historia y empaparse en su espíritu, en su fondo, en sus leyes generales y aplicadas, ecos de las leyes eternas, para poseer el manantial que nos ha de llevar el riego fertilizador de la experiencia de todos los hombres, de todos los siglos, de todas las condiciones, de todas las razas, de todos los pueblos y de todas las civilizaciones. La Historia es como el calor central del mundo moral. ¡Cuán triste es la existencia en la que ese calor no se refleja! En esa triste condicion se hallan infinidad de almas, en todas las poblaciones y mayormente en España, donde es mas general la falta de educacion. Y si eso podemos decir respecto á los hombres, el sexo aquí *privilegiado* para los ramos intelectuales, ¿qué diremos de la MUJER? ¡Ah! la historia y la MUJER parecen repelerse en España. La Historia aquí no habla de la MUJER porque ha habido empeño en que no la tuviera, y la MUJER no conoce á la historia, porque se la han ocultado, á fin de que no revindicara su puesto de justicia. Nosotros deseamos esta revindicacion justísima é incitamos á la MUJER á que tome parte en su propia causa.

Empecemos por carear la Historia y la MUJER, que se comuniquen sus notas y se dispongan á una buena y provechosa inteligencia y amistad.

Abramos, pues, la Historia, su espíritu, ante la consideracion de la jóven que en sus páginas hallará los mejores documentos para su educacion moral.

«El autor de *Pablo y Virginia,* que entre los educadores modernos es de los que

han levantado mayor polvareda en métodos de educacion, parécenós que no ha emitido, ni reflejado bastante el gran principio de que: «el método por sí solo y materialmente, sin el espíritu, no es nada para la educacion.»

»Una cosa análoga hay que decir de la historia y su estudio, su materialidad y su espíritu, su letra y su aplicacion.

»Aquel autor solamente supo decir cómo se debe dirigir al educando para que se forme, ó mejor como este mismo educando ó educanda deberá dirigirse y formarse de por sí, y aprenderlo todo. No tratamos ahora de analizar el libro á que nos acabamos de referir, solo sí de hacer notar ese principio, y además que no dice una sola palabra acerca de la segunda y mas importante de las partes de todo libro de *Educacion*, á saber: «¿Cuál deberá ser el objeto principal del estudio? ¿Qué ha de aprender ese alumno ó alumna?» En caso de que el citado autor hubiera tenido éxito contra todo lo que en *Educacion* combatia, y hubiese logrado formar un espíritu enérgico, activo, emancipado de toda rutina, ¿á qué cosas debia aplicarse? ¿No hay algun elemento en que se halle el desarrollo para ese espíritu, alguna gimnástica intelectual? No basta crear el *sujeto*, es necesario determinar el *objeto* en el cual ha de ejercerse su actividad lo mas fácilmente posible. Yo llamaré á ese objeto: *la sustancia de la educacion.*

»El espíritu y la aplicacion de ese objeto debe ser *armonizador* para la MUJER; *fortificante* para el hombre.

»La naturaleza, su estudio espiritual, extenso, aplicado, deben formar el espíritu moral de la MUJER, con preferencia, con mayores dósis; la Historia, su espíritu, su filosofía, quitada su aridez, debe venir luego como complemento de esa creacion moral de la MUJER, que es el suave medicamento entre la naturaleza y el hombre, entre el padre y el hijo: por esto hay que facilitarle ese estudio, hacérselo práctico, alegre, atractivo, dándole como base el estudio de la *Naturaleza*...

»¡La Historia! Sí, es menester darle á la jóven su estudio. Sí, se lo daremos, se lo haremos fácil, expansivo, franco, fuerte, sencillo, verdadero, algo amargo siempre, porque así es la Historia; y por ternuras no debe adulterarse, endulzarse con falsa melosidad. Empero puede, explicando y estudiando su filosofía, hacerlo menos pesado á la MUJER.

»Lo que en primer lugar se debe dar á la MUJER en el estudio de la Historia, es la suya propia, levantarla de ese limbo en que se la tiene, y en esa excursion formar la mas sólida base de su vida moral.

»A la edad en que al hacer ese estudio se la puede considerar, de los catorce á los veinte, débesele hacer comprender su nacimiento, los sufrimientos, los cuidados infinitos de la madre en su alumbramiento, en su lactancia, en su educacion, en su conservacion, en su desenvolvimiento tan difícil y peligroso en los primeros años, sus vigilias, ¡cuántas angustias pasa en esos cuidados y crísis, cuántas lágrimas, cuántas veces á punto de morir por tí, por su hija, por su hijo!

»Esta primera é interesante historia, debe ser para tí ¡oh jóven! tu mas encariñada leyenda, tu recuerdo religioso, tu primer culto en lo terreno.

»Luego es preciso demostrarle lo que es y lo que fué su segunda madre, la gran progenitora, ¡la Patria! Dios te dió esta gran madre, esta noble tierra, hija mia, desea con ardor conocerla y estudiar su historia, nadie está frio á su presencia —muchos de fuera la bendicen, otros la maldicen; ¿quién tiene razon? ¿Quién dirá en esto la verdad? Nosotros no diremos mas que una sola palabra: Nuestra patria es una tierra hospitalaria, solo aquí [1] se sufre con gusto.—Este es el pueblo que sabe morir, «porque sabe vivir.»

»La bella y grande historia de tus antepasados que la unificaron, está dicha en dos palabras; ellos vinieron á su capital y la dijeron: «Queremos perdernos en el gran todo.»—La capital contestó:—«Yo quiero lo mismo en todo el pais.»

»De este grande esfuerzo salió la unidad de la patria, su gran personalidad moral; sintió latir fuertemente su corazon, lo interpeló, y en aquel primer latido vislumbró la gran fraternidad del mundo, y consiguió el propósito de hacer libre á toda la tierra.

»¡Ve ahí tus orígenes, hija de la patria! Compréndelos, ámalos, sostenlos, y no ames sino á los que sean dignos de tu gran madre patria.»

Con este amoroso acento habla á las hijas de Francia uno de sus mejores historiadores: así les explica sus signos heráldicos, así les nutre su alma y su corazon con la dulce y fecunda savia del verdadero amor patrio; ellas lo guardan y alimentan en el santuario de su espíritu, de una manera delicada, exquisita, cuasi divina, y asimismo lo saben encender, comunicar y alimentar en el espíritu y en el corazon de sus hijos, que siempre y en todas partes aman, sirven y defienden á su madre patria de un modo admirabilísimo, que no tiene nadie en el mundo que en ese noble y fecundo amor les aventaje, y muy pocos que les igualen. Si todo el mundo no lo supiera, nos costaria poco demostrarlo. Empero para vergüenza y estímulo de nuestro pais, sobre todo de nuestras mujeres, no podemos dejar de grabar aquí una frase que por sí sola es una demostracion de lo que hemos dicho, y esta frase nos la dijo una señora francesa en España, y aquella señora era y es religiosa. Hacia esta lisonjeras alabanzas de nuestro pais, donde decia hallarse perfectamente, pero sin duda creyó que con estos elogios á una tierra que no era la suya, podria ofender á su patria, y al punto, exclamó:—«¡Sí, sí; pero despues de Dios, la Francia!»—Ved ahí un gran modelo, ved ahí mejor, el tipo comun de los hijos de aquel dichoso pais, del cual tantas cosas baladíes ó ridículas hemos detestablemente parodiado, ó servilmente imitado é imitamos cada dia. Empero esa chispa sagrada y creadora del fuego patrio verdadero, que en ese amor funde en uno todos los partidos, todas las opiniones, todas las escuelas y todas las aspiraciones nobles, no sabemos hacer que prenda en nuestro hogar, en nuestro corazon y que encarne en nuestra vida.

Hagámoslo atraidos por el iman del corazon de la MUJER, pero hagámoslo de

[1] Al ver el ardiente patriotismo, envidiable por cierto, con que habla el autor que citamos, se comprenderá que es francés.

veras por su educacion completa, partiendo del principio de que solo ese puede serlo de nuestra regeneracion.

Se repite todos los dias hasta la saciedad que la mision de la MUJER está solamente en el hogar doméstico. No hemos de repetir aquí nuestro pensamiento sobre este punto; pero si al menos se consignara y se procurara eficaz y realmente que su educacion fuera tan completa que pudiera convertir el hogar en la grande escuela de sus hijos, y ella fuera su iluminada maestra que los llevara á las alturas de sus destinos, podríamos firmar capitulaciones. *Si non, non...*

¿Sabe esa MUJER, que quereis encerrar en el hogar, estudiar el gran libro de la historia y nutrir con sus raudales su espíritu y el de sus hijos cuya primera y mas importante maestra debe ser? ¡Ah! ¡Si supiera hacerlo, ni su historia seria tan vacía, ni la civilizacion de los pueblos estaria en tan bajo nivel!

¿Qué sabe la MUJER de la moral y de la ley de la historia de la humanidad, ni siquiera del pueblo en que nació? Nada. ¿Qué puede enseñar de ella á sus hijos? Nadie da lo que no tiene, y como no tiene la MUJER, ni en eso, ni en nada, conocimientos cabales, de ahí la pobreza de su mision hasta dentro de esa jaula que se le quiere asignar como único teatro de su vida y de su accion.

¡Ah! Si al menos ahí brillara su inteligencia, su educacion, sus conocimientos que irradiaria en sus hijos é hijas, podria pasarse por ese ostracismo provechoso de la MUJER, que no seria como hoy un estorbo para la cultura humana.

Enseñémosle pues al menos, á la MUJER, á conocer que hay mas cielo que el que cubre el techo de su prision, que hay mas espacio que el que rodea su hogar, que hay mas habitantes en el mundo de lo que reza su geografía casera, que la historia, que el mundo moral por ella reflejado, tiene trazadas sus leyes como los otros séres, pero dentro de la razon, la inteligencia, la conciencia, la libertad, la responsabilidad.

Abrámosle este gran libro, con el historiador á quien antes hemos aludido:

«Del estudio de la historia patria, puedes ¡oh MUJER! remontarte á los orígenes de la historia universal. Te prepararemos aquí, á semejanza del arreglo de la jardinería apropiada para tí y tu estudio, terrenos dispuestos para plantar ahí las historias de las naciones, las naciones mismas. Agradable y vivo estudio del suelo, de los climas, de las formas del globo, que de tantas maneras han determinado la accion de los hombres, y á menudo han trazado de antemano los pasos de la historia. En estas circunstancias la tierra ha mandado; el hombre se ha sometido; y á veces tal ó cual vejetal, tal ó cual régimen ha determinado tal civilizacion. Otras, la fuerza interior del hombre ha podido reaccionar, luchar en contra y sobreponerse. En estos combates, tu buena amiga de la infancia, la naturaleza y las ciencias naturales, van aliándose, armonizándose con las ciencias morales en las que la vida debe iniciarte...

»¿La enseñanza de la historia ha de ser la misma para las jóvenes que para los chicos?

»Indudablemente que sí, como base moral. Á unas y otros da ella sus grandes

frutos morales, el sosten del corazon y el alimento de la vida, á saber: *la magnífica identidad del alma humana sobre la cuestion del justo*, la concordancia histórica de las creencias del género humano en el deber y en Dios.

»Empero, entiéndase la diferencia de la aplicacion del espíritu de la historia segun el sexo: al hombre llamado á los combates de los negocios y de las contiendas sociales, la historia debe servir de escudo, de broquel, de guia. Para el hombre la Historia es ciertamente el tesoro de experiencia, el arsenal de las armas de todo género de que debe ir echando mano á medida que lo demanden las circunstancias. Para la MUJER, la historia es sobre todo una base moral y religiosa.

»La MUJER que parece tan movible y que físicamente se renueva sin cesar, debe sin embargo, llenar mas que el hombre acá en la tierra dos condiciones de fijeza, de estabilidad: « *Toda* MUJER *es un altar,* » esa cosa pura, esa cosa santa, en que el hombre, quebrantado por los azares de la vida puede á cada hora renovar la fé, rehacer su propia conciencia, conservada mas pura que la suya: « *Toda* MUJER *es una escuela*, » en la que las generaciones deben aprender sus caminos, sus costumbres, el cumplimiento consciente de sus deberes. ¡Ay, pues, de las generaciones que tengan oscurecida esa escuela! Los padres ni pueden acordarse de guiar, ni de enseñar á sus hijos. Si la MUJER no lo quiere ó no sabe hacerlo, ¿qué será de esas generaciones?

»Lo que la madre quiera ó sepa enseñarles, eso sabrán y eso serán. Si es manco, errado ó ciego lo que les enseñe, eso serán las generaciones.

»Es menester pues que ella tenga fé, tenga conciencia, tenga ciencia, para que la tenga la familia, la sociedad, de la cual es la cuna.

»Las tempestades vienen pronto sobre cada nueva generacion. Las mas peligrosas son las que sobrevienen del quebrantamiento de la fé, de las creencias, de las convicciones, de la conciencia.

»La jóven, cuando apenas raya en sus veinte abriles, tal vez se acerque á su matrimonio; siendo pues aun ella una criatura inexperta, empezará á experimentar los vientos de la prueba. Los galanes irán á conversar, á pasar tiempo, á hacerlo perder y perderlo, á reirse como monos, de todo, á hacer befa de todo cuanto su padre pudiera enseñarle de bueno, de justo, de santo, de honesto, de la sencilla fé de su madre, de lo serio de su marido; á hacerla creer que hay que reirse de todo, y que nada es verdad ni nada hay venerando para nosotros...»

Es pues necesario fortalecer la conciencia de la jóven por la infiltracion sana y vigorosa de la ciencia del deber, de la santidad de la fé, para que el dia que se halle sola cara á cara con esos protervos y falsos adoradores, verdaderas serpientes del paraiso de la moral, sepa lanzarles del de su santa morada, oponiendo á las perfidias, voluptuosas ligerezas ó sórdidas miras de disgusto, la severidad de su dignidad, de su mirada, de su continente, la dulce firmeza de su alma que tiene por escudo una firme base de fé, de conciencia, de justicia, de amor inquebrantable á la ley del deber, fortalecido todo esto por una educada y luminosa razon, la sen-

cillez de su corazon y la via armoniosa, unánime del corazon de los pueblos, en donde mora la voz de Dios.

«Es menester que, supuesto el buen acuerdo del padre y la madre en la educacion de la hija, desde luego y siguiendo las fases de su desarrollo moral, bajo las formas sucesivas en que la historia, segun su edad le sea abierta, explicada y aplicada, sepan presentar á su razon y á su conciencia el acuerdo, la armonía moral y la unidad santa de la ley de la historia. [1]

»La madre, sobre todo, es la que debe ir dando la historia á su hija en forma de leche; esto es, por un lenguaje sencillo, apropiado á su edad y capacidad, á grandes rasgos que le expongan la clave de los sucesos humanos en globo.»

«Estos grandes puntos de vista seria conveniente que se los enseñara á concebir, á agrupar y poner en un cuaderno, que podria ser para ella su punto de apoyo, su compendio, su panorama en que podria ver girar el mundo del alma, el mundo moral, con algunas notitas al pié, que serian las claves de las aplicaciones morales ajenas y propias, bajo la direccion de la madre y de buenos libros por el estilo de los del padre Gratry. Puede tambien servir de mucho el *Discurso sobre la historia,* de Bossuet, haciendo sobre su cronología y ciencias auxiliares muchísimo mas adelantadas y exactas hoy, las observaciones convenientes.

»Su padre, en esa edad ya crecida y abierta á la luz por la instruccion, en los ratos de las veladas, de los dias festivos, en los que sus negocios le dejan libres, es de suponer le haga algunas lecturas escogidas de autores notables ó clásicos, tales como Herodoto, Jenofonte, la *Vida de Alejandro Magno,* pasajes notables de la Biblia, de la *Odisea, Las Odiseas modernas,* viajes, etc., con los comentarios que sean á propósito.

»Todo eso leido y comentado lentamente, en pequeñas dósis, con la mayor amenidad posible, siempre insiguiendo mas el espíritu que la letra, es decir, desenvolviéndole, desentrañándole bajo esa variedad de formas exteriores de los sucesos, las costumbres, los usos, las religiones, y reflexionando cuán pocos progresos verdaderos hace la humanidad, y cuán idéntica á sí misma es esta siempre y en todos tiempos, sin embargo de que ni se puede negar su ley de perfectibilidad ni que en esta haya dado grandes pasos.

»La mayor parte de las discordancias no son mas que aparentes, ó muchas veces ocasionadas por singularidades de razas ó climas. El buen sentido aclara todo eso.

»Respecto á la familia, por ejemplo, se comprende perfectamente que no puede ser la misma bajo el fatalismo de ese hervidero de la India en que la MUJER es una criatura á quien se casa de ocho á diez años. Empero desde el momento en que nos colocamos en un mundo libre y natural, el ideal de la familia es completamente idéntico en el fondo. Lo mismo es en Zoroastro, que en Homero, que en Sócrates, [2] tal

[1] Recomendamos á las familias y á las jóvenes el precioso libro del P. Gratry: *La Moral y la Ley de la historia.*

[2] Es digno de leerse á este propósito el pasaje de *Los Económicos* de Jenofonte.

en fin era en Roma y tal es entre nosotros. [1] Vése en Aristófanes que las mujeres griegas, que eran independientes, eran reinas en su casa (esto no era lo general, sino la excepcion; en realidad, en la vida práctica, por mas que las leyes dignas consagraran la dignidad de la esposa, de la madre, esta era letra muerta, pues habia en Grecia poligamia simultánea, ó sucesiva por el repudio), y á veces influian poderosamente en los negocios del Estado (tambien influian las mancebas y meretrices). En Tucídides se lee el pasaje referente á la revotacion de la destruccion de Lesbos por influencia de las mujeres, que hicieron cambiar á los hombres aquel acuerdo.

»La materialidad de las leyes induce á veces á muchos errores. Créese, por ejemplo, que en todas partes en que el yerno da una cantidad al padre, hay compra de la MUJER, y como consecuencia, que hace esto su esclavitud. Y no siempre era esto verdad. Esta forma de matrimonio se observa en África, segun Levingstone, y es precisamente en las tribus en que la MUJER es libre. El concepto de esa cantidad no es el de compra, sino el de indemnizacion á la familia de la MUJER por la pérdida que sufre con su salida de ella para el matrimonio, y por los hijos que de este han de nacer, que á diferencia de los del hombre, pertenecerán á la familia de que va á formar parte la MUJER.

»Es sumamente chocante ver como se las componen los escépticos para crear discordancias en este punto de la filosofía de la historia, fingiendo excepciones en la ley general, ó sosteniendo que no existe tal ley. Los enemigos del sentido moral y de la razon humana no tienen otro medio que arrebañar en los orígenes mas sospechosos los hechos mas inverosímiles y altamente excepcionales.

»Empero, acaso diga el padre: ¿dónde hallaré yo bastante penetracion para orientarme y guiar á mi hija por entre tantas oscuridades?

»La sólida y llana crítica se bebe mas en las fuentes del corazon que en las del espíritu en estas materias. Inspírase en la lealtad, en la simpatía imparcial que debemos á nuestros hermanos del presente y del pasado, es decir, de toda la historia. Con esto hallareis bastante facilidad para distinguir en la historia la gran corriente idéntica y universal de la moralidad humana.

»¿Quereis creer á álguien que mas de una vez ha verificado esa grande navegacion? Ved lo que se deduce por analogía: exactamente lo mismo que en lo físico ocurre al viajero que sale del mar de las Antillas; la inmensidad de las aguas al primer golpe de vista; al segundo, sobre el inmenso verdor de las mismas, ve dibujarse una gran línea azul; no es otra cosa que la enorme corriente de aguas caldeadas que atraviesa el Atlántico, que llegan tíbias aun á Irlanda, y que ni hasta en la punta de Brest se hallan completamente enfriadas, percibiéndose durante todo el camino su calor.

»Una admirable analogía con esa inmensa corriente se presentará á toda mente sana que estudie la gran ley de la historia, la gran corriente de la tradicion moral. No se necesita para verla mas que una mirada atenta, una razon no preocupada.

[1] Seria injustísimo negar que el Cristianismo ha elevado la familia incomparablemente.

» Pero antes de que se llegue á esta elevada simplificacion en que la historia se identifica con la misma moral, es de desear que la jóven se haya nutrido de lecturas sanas y puras, bebidas en claras y benéficas fuentes, hasta el primitivo Oriente. ¿Cómo puede concebirse que se pongan en manos de la juventud solo libros de pueblos viejos, mientras se les deja en la mayor ignorancia de los tiempos primeros, de la infancia y juventud del mundo? Si se buscaran algunos himnos verdaderamente primitivos de los vedas, ciertas plegarias, ciertas leyes de los persas, tan puras y heróicas, junto con ciertos libros pastorales é interesantes de la Biblia, tales como Jacob, Ruth, Tobías, etc., se daria á las jóvenes un maravilloso ramillete de flores de la historia cuyos aromas respirados por ellas desde los años juveniles y con detencion, bañarian sus inocentes almas y este néctar las embalsamaria para siempre.

» Lejos, muy lejos de ellas la literatura romancera, que les oscurece para todo tiempo las verdades de la historia.

« Yo quisiera para ellas cantos heróicos como la *Iliada* y la *Odisea*. Este es, debia ser el libro de todos, pues es el mejor libro para un espíritu juvenil, [1] porque es tambien un libro jóven, pero altamente lleno de sabiduria.

» Por lo demas, para saber los libros que les convienen á las jóvenes, [2] es menester clasificarlos por el grado de luz que les ilustre y nutra. Cada clase de literatura parece responder á cada momento de la vida, del año, de la estacion, y aun del dia. En Herodoto y Homero, respiran por todas partes como las auras balsámicas de la mañana; lo propio se observa en casi todos los recuerdos griegos. La aurora parece rielar sobre todos sus monumentos. En ellos se admira siempre una transparencia, una serenidad maravillosa, una alegria heróica que se apodera, vivifica y alegra el espíritu.

» En los poemas y dramas indios, modernos, comparativamente considerados con los vedas, hay mil cosas que entusiasmarian la imaginacion de la jóven, que encantarian su corazon!... Pero todo eso se ha de leer sin precipitarse. Todo eso tiene el calor languidescente de la hora media del dia. Este mundo de embriagadoras ficciones ha sido soñado bajo las sombras de arboledas fascinadoras. Al futuro amador feliz de esa jóven bien educada hay que dejar el placer de leerle á Sakountala sobre alguna cuna de flores.

» La mayor parte de los libros bíblicos parecen escritos de noche ó al caer la tarde. Todas las cuestiones terribles que agitan el espíritu humano nos son en ellos planteadas con aspereza, con una crudeza á veces selvática. La separacion del hombre y Dios, del hijo y su padre, del temeroso problema del orígen del mal, todas esas ansiedades del pueblo mas jóven del Ásia, con cuales me guardaria yo mucho de turbar un corazon demasiado juvenil. ¿Qué seria ¡Dios mio! si se le leyeran los lúgubres gemidos que exhalaba, con que heria los espacios David entre

[1] La *Mesiada* de Klopstock, el *Paraiso* de Milton, deben sino preferírseles, al menos venir á su lado.

[2] En nuestro primer tomo les hemos puesto un catálogo que puede servirles de base. Hoy las librerías los tienen al dia.

las tinieblas de su penitencia, lacerado su corazon por los remordimientos de la muerte de Usías?

»El vino fuerte es para los hombres; la leche para los niños. Yo soy viejo y valgo poco. Á mí ese libro bíblico me hace bien. El hombre cae, se vuelve á levantar, mas eso no quiere decir que no vuelva á caer. ¡Qué caidas! Y ¿cómo se pretenderia explicar todo eso á una jóven amada é inocente? ¡Ah! ¡Si pudiera ignorar por largos años la lucha del *homo duplex*, del doble principio que combate en nosotros! No es que ese libro revista el misticismo enervador de la Edad media; empero es sobradamente agitador, intranquilo.

»Otra de las causas que á mi juicio deben hacer retardar la lectura y el estudio de esos libros bíblicos, es la lúgubre melancolía que en todo respiran los judíos. Este horror indudablemente les vendria de las peregrinaciones de Egipto y de Babilonia. No importa. Eso imprime al estilo de sus libros un carácter sombrio, crítico, negativo, austero, que por lo mismo no siempre es diáfano. Todas estas disposiciones son contrarias á las que yo quisiera en la juventud, que no deberia respirar mas que inocencia, alegria, serenidad y simpatía por la naturaleza, especialmente por los animales que los judíos apellidan con nombres viles. Mejor es que tengan las jóvenes el verdadero y dulce sentimiento oriental clásico que bendice á toda vida.

»Jóven amada, leamos juntos la poesía luminosa del Zend-Avesta, la antigua y sagrada de la vaca al hombre para recordarle sus beneficios. Leamos las enérgicas frases, siempre verdaderas y subsistentes, en que el hombre reconoce lo que debe á sus compañeros de trabajo, el forzudo buey, el valiente perro, la buena tierra nutriz. Esta no es insensible para nosotros, y su elocuencia será perdurable. (Zend II, 284).

»*Ser para ser fuerte—ser fuerte para ser fecundo,* tal es el sentido de esta ley, una de las mas *humanas,* de las mas armónicas que Dios ha dado á la tierra.

»Cada mañana antes de la aurora, y á la hora en que aun ruge el tigre, salen los dos camaradas, quiero decir, el hombre y el perro. Nos referimos al perro primitivo, á aquel perro colosal, sin el cual la tierra hubiera sido en aquellos tiempos inhabitable, sér auxiliar y terrible, que era el único que podia dar cuenta de los mónstruos. Todavía en tiempo de Alejandro Magno pudieron presentarle uno, que ahogó un leon en su presencia.

»El hombre no tenia entonces mas armas que la gruesa y corta cuchilla que se ve hoy en los museos, en los monumentos, con la cual tenia que luchar cara á cara, pecho á pecho contra el leon y degollarlo.

»Todo el dia impone á la tierra con su grande y fiel perro: él deposita en la tierra las buenas semillas, le distribuye las aguas saludables, la abona, la alegra con los riegos; y él mismo alegra á su corazon por hacer las obras buenas de la ley, del trabajo, de la virtud; y así se santifica.

»La MUJER, su compañera de esta vida de trabajo, de ley, de virtud, esposa poderosa, madre cariñosa, directora iluminada de la casa, le recibe en los umbrales, le repara sus fuerzas con los alimentos por su mano preparados: en esa poesía de la

luz, de la ilustracion, del bien de la ley, del trabajo; crece y se desarrolla la moral del individuo, de la familia, de la sociedad en todos los tiempos, en todos los pueblos, en todas las civilizaciones, bajo el sacerdocio santo de la accion moral de la MUJER, sacerdocio que ha producido y producirá mayor ó menor resplandor segun la educacion que se dé á su alma, segun se cumpla en ella mejor ó peor la ley de la historia, la ley natural, la ley eterna de la finalidad de cada sér: la filosofía, el espíritu de la historia ha de ser el gran espejo de esa educacion, de esa irradiacion moral para todos, y de consiguiente para la MUJER, que hoy, ignorante de la historia, lo está del gran código de la ley eterna de la justicia, de su explanacion.

Con la rudeza, con el salvajismo, con la incivilizacion está reñido todo bien, y de consiguiente la moral no está exceptuada de esta ley.

Dios dejó á la familia humana el trabajo y el mérito de su perfeccionamiento.

En la historia de la civilizacion, que no es otra cosa que la historia de este perfeccionamiento, está la historia del desenvolvimiento, de la aplicacion de la ley moral.

De ahí la necesidad del estudio de la historia.

En efecto: en ella se hallan las fuentes de la ciencia, de la actividad, de los actos humanos; en ella la exposicion de sus grandes, atinadas ó extravagantes escuelas, de los grandes maestros, de los grandes héroes morales, de los hombres y mujeres modelos de virtudes para edificacion de las almas, para la formacion de los caractéres, para el buen temple de los corazones en el bien, en la justicia, en la equidad, en el camino de toda virtud; en ella hay tambien las huellas negras y humeantes de los enormes vicios, de los personajes repugnantes, con sus triunfos poco envidiables, con las ejemplares expiaciones que la Providencia, véanse ó no se vean, les impone siempre, ya en esta vida, para que huyamos de esos erizados caminos del vicio cubiertos de rosas bajo cuyos fulgores, entre cuyos perfumes, anidan serpientes de amarguras, de remordimientos, de expiacion; porque la expiacion es otra de las grandes leyes universales que Dios grabó en el código del mundo moral, como pena, como esperanza, como consuelo, y como cumplimiento de su eterna justicia. Véase pues cuan necesario es el estudio de la historia, de su espíritu, de su moral. Colíjase tambien la aberracion, el perjuicio enorme que se causa á la educacion de la MUJER, privándola, entre otros, de ese gran elemento.

Démosle aquí algun trasunto, exponiendo alguna de aquellas de sus grandes páginas, sobre todo, en que se destacan las grandes escuelas, los tipos mas notables del mundo moral.

Epitecto.—Este grande hombre, este venerable moralista de la antigüedad, es uno de los filósofos que mas y mejor ha conocido y explicado los deberes del hombre.

Él quiere ante todo, y quiere perfecta y acertadísimamenie, que el hombre considere á Dios como su grande y principal objeto; que esté persuadido profundamente de que Dios gobierna al mundo con cabal justicia; que se someta á Él de todo buen corazon y de buena voluntad; que voluntariamente siga su ley en todo, porque

su ley y su práctica es la suma sabiduría: que así, con estas disposiciones disipará todas las quejas y murmuraciones, y preparará su espíritu para sufrir tranquilamente los sucesos mas desagradables. «No digais jamás, exclama, yo he perdido tal cosa, pues mejor debeis decir: Yo la he devuelto: mi hijo ha muerto, yo lo he devuelto: ha muerto mi MUJER, la he devuelto. Así de todos los demas bienes y de todo lo que fuere. Pero quien me lo quita es un malvado, direis. ¿Por qué habeis de apesadumbraros porque quien os lo dejó os lo venga á recoger? En el tiempo en que os permite su uso, cuidadlo como un bien que pertenece á otro, como lo hace un viajero en una posada. No podeis, no debeis desear que las cosas se verifiquen segun vuestros antojos ni vuestros deseos, sino que debeis desear que se realicen segun su ley. Considerad, añade, que vosotros aquí sois como un actor, que desempeñais un papel en el drama de la vida, segun place repartirlos al Director de toda esa escena. Si os lo da, si os lo señala corto, desempeñadlo corto; si os lo señala largo, desempeñadlo largo; permaneced en ese teatro todo el tiempo que Él determine; presentaos en él rico ó pobre, conforme á Él le plazca. Vuestro deber es desempeñar bien el papel que os haya señalado; pero escojer, determinar esé papel no os pertenece, ese es asunto suyo. Considerad siempre que debeis morir y los males que os parecen mas insoportables os parecerán mas leves y jamás pensareis nada bajo, nunca deseareis excesos de cosa alguna.»

Expone de mil maneras lo que debe hacer el hombre. Quiere que sea humilde, que oculte sus buenas cualidades ó propósitos, sobre todo en sus principios, y que cumpla su deber en secreto: nada perjudica tanto á las buenas obras como hacer gala de ellas. No se cansa de repetir que todo el deseo y estudio del hombre deben cifrarse en conocer y cumplir la voluntad de Dios.

Tales eran las luces de ese grande espíritu de la antigüedad, que tan perfecta y admirablemente supo concebir y explicar los deberes del hombre. ¡Feliz de él y de su sistema si hubiese podido conocer tan bien sus propias debilidades! Empero despues de haber tan precisamente comprendido lo que debemos hacer, se pierde en la presuncion de lo que podemos hacer. «Dios, dice, ha dado al hombre los medios de cumplir sus deberes (y esto es verdad relativa y proporcionalmente hablando); y estos medios están siempre en su mano (esto ya no es tan exacto); es menester no buscar la felicidad sino por las cosas que estén siempre á nuestro alcance, puesto que Dios nos los ha deparado á ese fin, es necesario ver lo que de libre hay en nosotros. Los bienes, la vida, la estimacion, no están en nuestro dominio y no conducen á Dios; pero el espíritu no puede ser forzado á creer lo que tiene por falso; ni la voluntad violentada á amar lo que le hace desgraciado. Estos dos poderes son pues completamente libres, y por solos ellos podemos perfeccionarnos, conocer á Dios perfectamente, amarlo, obedecerle, agradarle, sobrepujar, dominar los vicios, adquirir las virtudes, y así hacernos santos y compañeros de Dios.»

El sobrado ardor con que Epitecto profesó estos grandes principios, el excesivo entusiasmo con que los adoraba en su corazon, el apasionamiento con que creyó en su infalibilidad individual hasta en los detalles con que los explanó, por mas que

en su fondo encierran una grandeza de concepcion, un vuelo de meditacion, una pureza tal de espiritu con que adoraba los santos principios de Dios, de su ley eterna de santidad y justicia, la espiritualidad del alma humana, su inmortalidad, su libertad, su mérito y demérito, abandonado á sus solas fuerzas individuales, destituido de los puntos de partida fijos de la revelacion teológica, hicieron que cayese en aberraciones y absurdos que bien se pueden excusar y explicar en quien se hallaba en condiciones puramente naturales y envuelto en las densas nieblas del paganismo, es decir de la adoracion de todos los vicios, en aquella tristísima condicion de la humanidad en que esta reconocia por Dios á todo menos á Dios, segun la bella frase de Bossuet.

Y no solo son excusables y perdonables los errores de Epitecto, sino que es de admirar por haber sabido llevar y mantener su alma á esa altura espiritual y moral de que están muy lejos infinidad de gentes que han recibido la revelacion, que se tienen por cristianas y por las únicas dignas de las miradas de Dios, de las coronas de la gloria. Si Epitecto, si Sócrates, si Séneca, llegaron y se cernieron y se mecieron en el elevado ambiente de la adoracion de un solo y verdadero Dios, de la profesion de las leyes de la mas pura espiritualidad, de una moral admirable en condiciones puramente naturales, si llegaron hasta soportar el martirio por esa profesion valerosa, pública, leal, aunque fuese mezclada de este ó del otro error, ¿qué hubieran sido, á qué alturas no se hubieran elevado con el auxilio de la revelacion en la espiritualidad, en las eternas leyes del bien, de la verdad, de la justicia, de la libertad, de la responsabilidad, de la inmortalidad? ¡Ah! ciertamente hubieran causado la admiracion del mundo y la vergüenza de infinidad de gentes que nada tienen, dentro del Cristianismo de que se creen únicos depositarios, nada tienen, decimos, de espiritualidad, de justicia, de moralidad, nada mas, que el barniz, la máscara..

Empero dada esta advertencia á los hipócritas, examinemos, en paralelo de tipos notables, el mayor valor que la revelacion presta á esos nobles espíritus que saben preservarse de la corrupcion, que saben elevarse sobre el rastrero nivel de la indiferencia ó del vicio.

Desde la divina y saludabilísima irradiacion de Jesucristo en el mundo, son infinitos los grandes tipos, los elevados modelos que en toda clase de virtudes han brillado. No traeremos aquí á la contemplacion á los héroes del Cristianismo, de los sublimes apóstoles del único y verdadero Dios, de la grandeza de las leyes eternas, de la moral revelada, completada en su promulgacion, de esos admirables séres á quienes veneramos con el nombre de Santos, de mártires, dignos de nuestro amor, de nuestra veneracion por su participacion con la Divinidad, por su identificacion plena con Jesucristo, con su ley santa, con su Evangelio. No es que esos sublimes tipos, que los Pablos, los Clementes, los Ireneos, los Atanasios, los Crisóstomos, los Paulinos de Nola, los Martinos, las Paulas, las Cecilias, los Vicentes de Paul, las heroinas de la Caridad, no pudieran servir perfectamente en este estudio, sino que su lugar verdadero vendrá en la segunda

parte del mismo, en la seccion religiosa. Aquí tomaremos por objeto de esta comparacion á filósofos cristianos, católicos, considerados puramente como filósofos, como moralistas en el terreno que podríamos llamar natural cristiano. Si en aquel son casi infinitos, en este no escasean, pero nos ceñiremos á pocos. Partiremos del todo á las partes, cotejaremos escuelas con escuelas, fundadores con fundadores, adeptos con adeptos de cada época, y examinaremos los resultados en este terreno natural.

Hemos visto en Epitecto y en las referencias á Sócrates y Séneca, la representacion de las grandes escuelas morales de la antigüedad, solo faltaria que hiciéramos un bosquejo de la moral de Confucio, para tenerlas todas en compendio, pues de los Persas hemos dicho lo bastante para que pueda formarse una idea. Confucio, padre de la civilizacion y legislacion indo-china, aunque en teogonía confusa, profesaba el gran principio del Dios superior, lo que equivale en el fondo al monoteismo, y en moral expone con un estilo rico como Oriental, los principios universales de la justicia. Esto confirma lo que con un autor contemporáneo sobre la armonía del género humano en estos principios generales, universales de la moral, que podrán tener variedad de fórmulas, de manifestaciones, pero en su esencia, en su fondo encierran una identidad admirable, que demuestra ser ley universal, ley natural porque Dios rige el mundo de la conciencia, del espíritu, de la libertad, responsabilidad y perfectibilidad humana.

Viniendo á la era moderna, á la era histórica, á la que hoy reconoce ya universalmente por era cristiana nos hallamos en la renovacion del mundo moral por Jesucristo, y frente á frente de su Código Santo el Evangelio las oposiciones del mundo antiguo que no acaba de morir, ó que se galvaniza en otras formas de oposicion anticristiana como en el mahometismo, y posteriormente, en el materialismo y positivismo, que pretenden establecer la moral en la fatalidad de la materia ó en lo arbitrario y despótico de lo útil, lo voluptuoso, lo convencional.

¿Puede ninguna de esas escuelas anticristianas en moral sustituir, las sublimes, las racionales doctrinas morales del Cristianismo? Jamás el absurdo ha podido, puede ni podrá sustituir á la verdad.

El pirronismo excéptico, voluptuoso y sofístico de Pyrro, Zenon y Epicuro, cayeron ante la verdad reflejada por Platon, Sócrates y Aristóteles; el bello materialismo del incrédulo Lucrecio cayó ante los espirituales destellos del divino Autor del *Natura Deorum, de Officiis* y tantas otras obras maestras en que la espiritualidad y los grandes principios morales se ven defendidos como merecian y merecen serlo.

Esos destellos de la razon santa, aisladamente sostenidos en las tinieblas del mundo pagano se ven de repente y universalmente inundados de luz auxiliadora por la irradiacion del Sol de los espíritus, de las conciencias, de las almas; Jesucristo, que de allá de uno de los ángulos de Oriente grita al universo: «Yo soy la luz del mundo... quien me siga no andará en tinieblas...» y á sus doce discípulos les dice como dueño y árbitro de este mundo: «Id al orbe y decidle que yo os he

constituido á vosotros los maestros del espíritu, que quien os oiga y siga á vosotros, me oye y sigue á mí, y quien me oye y sigue á mí, oye y sigue á mi Padre que está en los Cielos...» Y estas dos leyes solas causan al mundo la mayor y mas provechosa de las revoluciones.

El hombre se levanta á la perdida dignidad de hijo de Dios. La MUJER es reconstituida en su categoría de persona, de compañera, de madre y maestra del hombre.

La justicia proclamada como el único título de mérito, de recompensa. La ley despótica, injusta del mas fuerte, sustituida por la defensa del débil, del justo, del pobre, del inocente.

El Deber constituido como la meta única de la gloria. La moral mas pura, la moral de la justicia, *del deber perfecto;* del amor, de la caridad, de la benevolencia, de la beneficencia, de las buenas maneras, de las buenas formas, del buen trato, de la urbanidad, *del deber imperfecto*, sancionada como ley clara para toda criatura, para todo pueblo, para todo tiempo, sin acepcion ni excepcion de personas, altas ni bajas, comprendiendo hasta los mas altos funcionarios de la tierra, de la Iglesia ó del Estado, de quienes dice han de ser los servidores de todos.

¡Y hay quien se atreva á decir que la moral cristiana no es una verdadera moral porque está basada en un sentimiento! ¿Dónde han estudiado esos señores detractores la moral cristiana? ¿En algun místico sentimental y fanático? Pues esa no es, no puede ser la fuente de ese estudio. Si hubieran abierto el verdadero Código de la moral cristiana, el Evangelio, hubieran leido entre otras verdades y principios morales estos dos que bastan y sobran para demostrar su severidad y su excelencia: «SI VUESTRA JUSTICIA NO ES MAYOR QUE LA DE LOS ESCRIBAS Y FARISEOS, ES DECIR, SI VUESTRA JUSTICIA FUERE FALSA COMO LA SUYA, NO ENTRAREIS EN EL REINO DE LOS CIELOS... BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA PORQUE ELLOS SERÁN SACIADOS.»

¿Es esto un sentimiento? ¿No son estos dos principios fundamentales de moral? Evidentemente que sí. Pues tales principios solidísimos son el fundamento inquebrantable de la moral cristiana.

¿Qué otra moral, qué otra escuela puede compararse con esa moral cristiana? No contestaremos nosotros, Strauss que es testigo de la mayor excepcion afirma que nada ni nadie, ningun sistema habido ni por haber, en religion ni en moral ha igualado ni podrá compararse jamás con la obra de Jesucristo.

Si en el terreno de la doctrina nada ni nadie puede, ha podido, ni podrá compararse con la moral cristiana, ¿qué será si de buena fé y con séria reflexion se comparan los resultados de todas esas escuelas de moral con los resultados producidos por la moral cristiana? ¿Qué progresos, ni qué civilizacion han producido las doctrinas de los vedas, de los persas, de los Brahamanes, de Mahoma, y de nuestros Saint-Simonianos materialistas y positivistas? El quietismo embrutecedor, el politeismo y fanatismo degradantes, la vergonzosa postracion de la MUJER, de la mejor mitad del género humano.

¿Qué es de las naciones que como Africa vieron extinguirse el Sol cristiano,

para sustituirlo con los languidescentes fulgores de la media luna? ¡Ah! la muerte moral y material, lo mismo que en los pueblos en que todavía no ha brillado ese Sol regenerador. De ahí pudo decir con razon el mas grande y elocuente orador cristiano de nuestros tiempos, el sublime P. Lacordaire: «Fuera del Cristianismo no hay civilizacion posible.» Y con otras palabras confiesa lo mismo Voltaire en sus ensayos filosóficos.

Vengamos ahora al exámen de dos filósofos moralistas, uno de dos siglos atrás, y otro de nuestros dias: Montaigne y Maine de Birau.

«Montaigne, dice uno de sus críticos, nacido en un Estado cristiano, hace profesion de catolicismo, y esto no tiene nada de particular; pero como quiso formular una moral basada en la razon pura, prescindiendo de la revelacion, establece sus principios en esa hipótesis, y considera de esta manera al hombre, es decir, en el terreno puramente filosófico-moral. Establece pues á semejanza de Descártes, todas sus construcciones sobre la duda universal, que el hombre dudando hasta de sí duda, le produce una incertidumbre perpétua, oponiéndose á los que todo lo afirman y á los que todo lo niegan. En esta duda hipotética construye todo su sistema.»

Esta duda no siendo mas que hipotética para investigar la verdad, á semejanza del matemático para venir á la demostracion de un teorema, de una proposicion, no es tan condenable como creen muchos, porque no parten del principio de que es una mera hipótesis, y que como Descartes vienen luego á establercerse los principios que halla la razon, que sin duda, si hace hipótesis, desde luego existe, y este es el primer dato fijo de ese problema. ¿Qué tiene que ver esta hipótesis ficticia con la duda, mejor con el excepticismo estacionario, estóico, estúpido del pirronismo? Nada, puesto que tanto Descartes comó Montaigne llegan por el procedimiento que han elegido, como podrian elegir cualquier otro, á establecer principios sólidos en filosofía, en moral y hasta en religion; pues pocos como ellos, y sobre todo Montaigne habian defendido con mejores argumentos la existencia de Dios, del alma humana, de su inmortalidad, de su libertad, de su responsabilidad, de la santidad del deber de la ley, de lo justo, de lo honesto, de lo bello, de lo verdadero.

Sus grandes principios sobre la Educacion moral de la juventud son harto conocidos, hacen honor á su talento, á la nobleza de su espíritu, de su meditacion, de su tiempo, de su patria, y sirvieron de base á escuelas de educacion alemana y anglo-sajona.

No puede, pues, de ningun modo tacharse á Montaigne de excéptico, sino muy al contrario, de filósofo muy espiritual y defensor de las leyes morales, si bien que dice todo le viene á la razon de la revelacion, pues aquella sin esta nada podria establecer como cierto en ningun terreno. En esto principalmente consiste su exceso, su exageracion, pues si bien para muchas cosas es indudable que debe haber precedido á la razon la revelacion, y opinan así los autores casi unánimemente por lo que hace al lenguaje y otros puntos, en infinidad de otros la razon tiene fuerzas de que Dios la dotó para llegar á ellos, y la historia de los conocimientos humanos lo prueba así.

Todos los extremos conducen á errores, conducen á profesar sistemas aislados con un espíritu de secta, que, si no sume al hombre en todo error, le conduce á muchos, y que se aferre á ellos con una obstinacion que la mayor parte de las veces es difícil sacudir del entendimiento y aun del corazon. Proclamar la impotencia absoluta de la razon para cosa alguna, seria sentar la imperfeccion de las obras de Dios, y negar además la responsabilidad y la libertad humanas.

Esto no lo hace ni lo intenta siquiera la mismísima Teología, sino que señala cierto poder, bastante en absoluto, á la razon, indicando su enflaquecimiento por una caida original y su reparacion por la mediacion de Jesucristo.

Establecer el poder omnímodo de la razon y la no necesidad de la revelacion, de la ayuda de Dios, de su gracia, de su Providencia, es establecer la autonomía de la criatura, su abandono por parte de su Autor Supremo, ó lo que es lo mismo, la negacion del Sér Supremo necesario y próvido, sin el cual, y sin cuya accion permanente nada puede explicarse, nada tiene razon de ser. Eso en moral es venir á parar al insano delirio de la moral independiente, de la ley sin juez, sin juicio, sin tribunal, sin sancion. Este absurdo no merece mas refutacion que la que lleva en su seno, y que ya dejamos señalada.

Todas estas consideraciones deben ser bastantes á hacer que la educacion en general, y especialmente la de la MUJER, huya de todo extremo, y gire sobre el racional principio de que: *la razon puede mucho, pero sin Dios no lo puede todo,* que no todo viene de la razon, ni todo de la revelacion, sino que cada una tiene su esfera, su principio, su medio, su objeto y su fin, en que deben coincidir, armonizarse y completarse, conforme á aquella sóbria, elevada, clara y luminosa sentencia de San Pablo: «*Ni la gracia sola, ni yo solo, sino la gracia conmigo, y yo con la gracia.*» Ved ahí el zénit de la verdadera sabiduría y de la verdadera filosofía, armonizar en sano y robusto y consolidario haz los elementos naturales y los sobrenaturales. Este ha sido el Norte á que han dirigido sus miradas, á que han encaminado sus pasos los grandes genios de todos los tiempos desde Platon á Linneo, desde Aristóteles á Maine de Birau, cada uno segun los datos que ha podido tener para las soluciones de los grandes problemas.

Y por mas que con apasionamiento se niegue la tendencia á esa divina armonía, á esa saludable y racional coincidencia de los radios de toda ley, de cada dia mas, para consuelo de los espíritus puros, de los corazones nobles y exentos de preocupaciones, para los amantes de la verdad y del bien, los caminos á esa armonía se van allanando, se ven de dia en dia mas frecuentados por los talentos que merecen todo respeto, por los corazones en quienes se fijan todas las miradas. Todas sus obras, todos sus actos, todos sus discursos, todas sus grandes palabras, para serlo han de llevar, llevan esta noble enseña: DIOS, LEY, DEBER, VERDAD, LIBERTAD, RESPONSABILIDAD, INMORTALIDAD.

¿Es necesario citar nombres? En lo pasado, los citados pueden bastar: en lo contemporáneo, están en la mente y á la vista de todos los espíritus que siguen la marcha de la sociedad. Sin embargo no podemos dejar de mentar algunos muy

notables que aun viven, Laboulaye, Julio Simon, Dupanloup, Leon XIII, y otros que ya desgraciadamente no existen como Biot, Lacordaire, Wisseman, Thierry, Maine de Birau.

Detengámonos un tanto en el estudio de estos dos últimos para terminar con este estudio el cuadro ó bosquejo que nos proponíamos dar como muestra de los grandes focos de filosofía moral que en el estudio de la historia debe enseñarse á buscar á la MUJER.

«Agustin Thierry, dice uno de sus confidentes, ha figurado en nuestros dias, en primer término, en primera línea de los restauradores de los estudios históricos en Francia. Él permanecerá, figurará, en los anales de las letras, como el modelo mas acabado y admirable de constancia en el trabajo y de la consagracion á la ciencia. «Dios, dice un sacerdote, ilustre literato, que fué el amigo de confianza del sabio historiador, ha querido celar, durante treinta años, esa luminosa inteligencia en las tinieblas del materialismo, y esa enérgica voluntad en un cuerpo sin movimiento. Y el alma en esa cárcel y bajo tal cadena, continuó su trabajo y su perseverancia en buscar á Dios y su verdad... Absolutamente ciego, enteramente paralizodo, en lugar de abandonarse y abatirse, se entregaba á laboriosas vigilias, meditaba, escuchaba y dictaba, ¡y con qué brillantez, con qué éxito y con qué elocuencia! Regulaba su vida con tal órden, disciplina é inflexible exactitud que casi parecia la de una regla monástica.» Este enérgico é inquebrantable espíritu emprendió el estudio de la historia con las prevenciones mas hostiles á la fé cristiana; y de ahí que se manifestara á menudo sobradamente injusto para con la Iglesia. ¿Cuál fué el resultado de sus investigaciones y de sus meditaciones? La conviccion profunda de que todas las dificultades, filosóficas é históricas, con las que la incredulidad mete tanto ruido, no son mas que fantasmas que se desvanecen tan pronto como se les aplica la luz de un exámen sério. Dejemos la palabra al padre Gratry:

«Partiendo de la incredulidad, como él mismo me expuso con franqueza, el estudio sincero de los hombres y de la historia le habia enseñado, hacia tiempo, que la incredulidad no puede explicar ni explicarse el mundo, y que la fuerza viva que guia al género humano es la religion. La religion—así se lo demostraba tambien la historia,—es el Cristianismo. Empero su espíritu, elevándose gradualmente del error á la verdad, creyó ver en los disidentes la pura doctrina del Evangelio.» Pronto salió tambien de este error. Luego reconoció que la religion y la moral se hallan en el Catolicismo...

»La venida de Maine de Birau á la religion no es menos digna de atencion que la de Agustin Thierry. De Maine de Birau, ha dicho Mr. Cousin: «Es el mas grande metafísico de quien puede gloriarse la Francia despues de Malebranche.»

»Cual otro San Agustin hubo de hacer grandísimos esfuerzos para salvar la inconmensurable distancia de la incredulidad á la moral y fé cristianas. Pues bien, su espíritu, su corazon recorrieron aquella distancia, aunque lenta y penosamente; suyo fué el triunfo de la verdad y el bien en su alma, y de las generaciones subsiguientes de cuantos lo estudien, y deben estudiarlo cuantos quieran alimentar su

alma con la savia de la filosofía contemporánea, con el estudio de las leyes del mundo moral, el ejemplo, la edificacion y el provecho.

»La lectura del Diario Íntimo de Maine de Birau, publicado por Naville, es digno de formar parte de toda biblioteca, de constituir la nutricion de todo espíritu, incluso el espíritu de la MUJER, por poca preparacion que la educacion que le den le depare para un estudio sériamente provechoso de la Historia.»

Ahí, en libros como ese pueden y deben beberse las saludables aguas que han de regar el alma, el corazon, la conciencia para su vida moral.

Volveremos sobre esos nobles espíritus en la segunda parte de este libro, ó sea la educacion religiosa, pues si bien es verdad que la moral está íntima é inseparablemente relacionada con la religion, porque Dios es esencialmente el objeto, legislador y juez de una y otra, sin embargo pueden y deben considerarse bajo distinto respecto.

La moral es el teatro de la conciencia, de la ley, del bien, de la justicia intrínseca, esencial y trascendental, la fuente de las costumbres, el manantial del mérito, la piedra de toque de la libertad, de la responsabilidad, del premio, del castigo, tanto para este mundo, cuanto y sobre todo para el venidero.

La religion tiene así mismo y especialmente por base y fin á Dios, pero su medio es la adoracion, la fé, la esperanza, el amor, como luego expondremos.

CAPÍTULO III.

EDUCACION MORAL DE LA MUJER.

Nocion y naturaleza de lo bueno, de la moral.—Deber estricto ó perfecto.—Ciencia y conciencia de este deber.—Leyes que lo presiden.—Sanciones.

El estudio del espíritu de la historia puede servir de base sólida á la formacion en el alma de la nocion y naturaleza de lo bueno, de la moral, que importa tener claramente concebida, puesto que la conciencia iluminada es la primera norma de la moral, porque la conciencia es la ley connatural á nuestro sér, á nuestra existencia, á nuestra vida; y la ley positiva, segunda fuente del régimen moral para nuestros actos, ni se promulga siempre y por igual en todas partes, ni su texto se lleva escrito por todos y á cada momento. Sobre todo, el dictámen de la conciencia ni tiene los sofismas y argucias de las disputas humanas que acompañan á la ley, ni consta de ese fárrago de libros, capítulos y párrafos de que las leyes positivas van siempre acompañadas.

Ademas, en la ley externa la nocion de bueno y malo, de justo é injusto, de honesto y torpe dista mucho de la sencillez con que la conciencia nos lo indica.

Podrá la conciencia vivir en error, en equivocacion, en perjuicio, en ignorancia de hecho ó derecho, pero lo que conciba nos lo dirá lisa y llanamente en cada caso y en todas las cosas.

Importa así mismo la instruccion moral y la instruccion general para no confundir la ley moral con la ley jurídica, la virtud con la observancia del derecho externo, el pecado con el delito.

En el fondo la ley moral conviene con la ley jurídica, porque ambas tienen por base y por fin evitar el mal y procurar el bien. Empero la moral tiene un alcance y una mision que podríamos llamar espiritual, intrínseca; y el derecho tiene una esfera de accion puramente externa, civil. El juez de la moral propiamente dicha es Dios; el juez del derecho es el hombre, aunque siempre rodeado de un ambiente sobrenatural por el principio orgánico natural del poder, que en tésis, en abstracto, es una ley, un principio, una institucion divina basada en el órden eterno de los séres y de cada una de sus agrupaciones.

Mas siempre serán distintos, notoriamente distintos la naturaleza, el organismo, la marcha, la economía de la moral y la del derecho. La moral será siempre una ley intrínseca; el derecho la ley externa; aquella será siempre religiosa; esta siempre será una institucion, un organismo y una economía civil.

La transgresion moral se llamará siempre pecado; la civil delito.

¿Quiere esto decir que no pueda considerarse la moral como pública y como privada? De ninguna manera, sin que concedamos jamás que una sea esencialmente distinta de la otra; son mas bien dos aspectos de una misma economía, de un mismo principio. Su diferencia viene de sus manifestaciones, de sus efectos y de las circunstancias que las acompañan.

Si se ve á veces al derecho, á la ley civil inmiscuirse en la moral pública ó manifestada, no es sino á causa de esas manifestaciones que como tales afectan la organizacion externa de la sociedad y vienen á constituir objetos de derecho, de ley civil.

Dadas estas prenociones, vengamos á exponer para la ilustracion de la MUJER con un ilustre filósofo y moralista contemporáneo las doctrinas que forman y dividen esos dos organismos, aunque contrayéndonos nosotros especialmente al de lo bueno, de lo justo, de lo moral.

«La idea de lo verdadero, dice el aludido autor, en su desenvolvimiento, comprende la Psicología, la Lógica y la Metafísica. La idea de lo bello engendra la ciencia llamada Estética. La idea de lo bueno abraza la moral por completo, la moral en todo su conjunto.

»Nos formaríamos una falsa y limitada idea de la Moral, si la encerrásemos en el recinto y santuario de la conciencia individual. Hay una moral pública, de la misma manera que existe una moral privada, [1] y la moral pública abraza juntamente con las relaciones de los hombres entre sí, sus relaciones como ciudadanos y como miembros de un Estado. La moral se extiende por todas partes en donde se encuentre la idea de lo bueno. Pero, ¿en dónde resplandece esta idea? ¿Acaso cuándo aparecen en la vida civil la justicia y la injusticia, la virtud y el crimen, el heroismo y la cobardía? Por otra parte, ¿hay algo que ejerza una influencia mas decisiva, tanto en las costumbres de los individuos, como en las instituciones de los pueblos ó en la constitucion de los Estados? Si hasta aquí llega la idea de lo bueno, necesario es que sigamos sus huellas, como al exponer la idea de lo bello se penetra con decision en el dominio del arte.

»La filosofía no usurpa ningun poder extraño, y por lo mismo no puede nunca dejar de exponer ó examinar todas las grandes manifestaciones de la humana naturaleza.

»Filosofía que no entrañe la moral no es digna de este nombre, y toda moral que no se apoye en las grandes verdades sobre que descansan las sociedades y los

[1] Dejamos consignado nuestro principio de que la esencia de una y otra es idéntica, y su diferencia está en lo externo.

gobiernos, será una moral impotente, incapaz de dar consejos y reglas á la humanidad en sus pruebas mas difíciles y dolorosas.

»Parécenos que al punto á que hemos llegado, la Metafísica y la Estética entrañan en sí la verdadera moral; de esta manera la cuestion de lo bueno, esta cuestion tan fecunda como vasta, estará resuelta fácilmente, y podríamos de los principios de aquellas deducir por via de razonamiento la teoría de la moral derivada de la teoría de lo bello y de lo verdadero. Aunque este procedimiento seria fácil, no lo seguiremos, porque seria prescindir de la experiencia, y no podemos ni debemos en este punto prescindir de ella. Seguiremos el método psicológico.

»La primera máxima del método psicológico es esta: La verdadera filosofía no inventa, testifica y describe lo que *es*. Aquí lo que *es*, es la creencia natural y permanente del sér que estudiamos, el hombre, la MUJER. ¿Cuál es pues relativamente á lo bueno la creencia natural y permanente del género humano? Tal es la primera cuestion cuya investigacion debemos hacer.

»Y en efecto, el género humano no está á un lado y la Filosofía á otro. La Filosofía es el intérprete del género humano. Lo que el género humano cree y precisa á menudo, sin saber lo que cree y lo que piensa, la Filosofía lo recoge, lo explica, lo establece. Ella es la expresion fiel y completa de la naturaleza humana, y la naturaleza humana está toda entera en cada persona, en cada individuo. Entre nosotros se percibe por la conciencia, entre otros hombres se manifiesta por sus discursos y por sus acciones. Interroguemos pues á unos y á otros, interroguemos nuestra propia conciencia; reconozcamos lo que piensa el género humano, y deduciremos de todo esto cuál debe ser el oficio de la Filosofía.

»¿Hay alguna lengua humana que nosotros conozcamos que no tenga expresiones diferentes para el bien y para el mal, para lo justo y para lo injusto? Hay alguna lengua en la que al lado de las palabras de gozo, de interés, de utilidad y de dicha, no se encuentren tambien las palabras de sacrificio, desinterés, deber y virtud? ¿Todas las lenguas, lo mismo que todas las naciones, no hablan de libertades, de derechos y de deberes?

»En este punto es muy posible que algun discípulo de Condillac y de Helvecio [1] nos pregunte si poseemos diccionarios auténticos de la lengua de los pueblos salvajes, encontrados por los viajeros en las mas apartadas islas del Océano. Nosotros no hemos formado nuestra religion filosófica de las supersticiones y preocupaciones de una cierta y determinada escuela, y negamos absolutamente que se pueda estudiar la naturaleza humana en los famosos salvajes del Aveyran, ó en sus semejantes de las islas del Océano, ó del continente americano. El estado salvaje nos presenta la humanidad en pañales, por decirlo así, nos presenta el gérmen de la humanidad, mas no la humanidad entera. El verdadero hombre, el perfecto en su género, la verdadera naturaleza humana es la naturaleza humana llegada á su último desenvolvimiento, como la verdadera sociedad es la sociedad perfeccionada. No hemos

[1] En el tomo precedente, y aun en el anterior capítulo de éste, hemos dicho que la MUJER debe estudiar Historia.

creido prudente pedir á un salvaje su opinion sobre el Apolo de Belvedere, nosotros tampoco le preguntaremos cuáles son los principios que constituye la naturaleza moral del hombre, porque en el salvaje esta naturaleza moral no está sino bosquejada, no acabada. Nuestra gran Filosofía del siglo XVII contiene algunas hipótesis, en las cuales Dios representa el principal papel y destruye la libertad humana. La Filosofía del siglo XVIII representa el extremo opuesto. Recurre á hipótesis de carácter enteramente diferente, entre otras un pretendido estado natural, de donde saca, despues de simular deducciones, la sociedad y el hombre, tales como las vemos hoy. Rousseau se interna en los bosques para encontrar el modelo de la libertad y de la igualdad. Ved cuál es el comienzo de su política. Mas, atended un poco y bien pronto vereis al apóstol del estado natural colocarse en el extremo opuesto, y en lugar de las dulzuras y de la libertad salvaje, nos propone el *contrato social y espartano*. Condillac estudia el espíritu humano como una estátua, en donde los sentidos entran en ejercicio bajo la mágia de un análisis sistemático, desenvolviéndose, segun la medida y progreso que le convienen. La estátua adquiere sucesivamente nuestros cinco sentidos, pero hay una cosa que no puede adquirir y es un espíritu tal como el espíritu humano y un alma como la nuestra! ¡Y era esto lo que entonces se llamaba el método experimental!

»Dejemos ya todas esas hipótesis; para conocer la realidad, estudiémosla, no nos la imaginemos. Tomemos la humanidad tal como se muestra incontestablemente á nosotros con sus actuales caractéres, y no tal como haya podido estar en sus mantillas, estado puramente hipotético con esos informes contornos ó con esa degradacion apellidada estado salvaje. Allí sin duda se pueden encontrar signos ó memorias de la humanidad, y si nos propusiésemos esto, examinaríamos las relaciones de los viajeros, y encontraríamos hasta en esas tinieblas de la infancia ó de la decrepitud resplandores admirables de nobles instintos que amanecen ó subsisten aun presagiando ó recordando la humanidad. Pero por escrúpulo de método y de verdadero análisis apartamos la vista del salvaje para fijarla sobre el sér objeto de nuestros estudios, el hombre, la MUJER, reales y acabados.

»¿Conoceis alguna lengua, algun pueblo, que no posea la palabra virtud desinteresada? ¿Cómo llaman en todas partes á un hombre justo? ¿Es este el hábil calculador aplicado á conseguir las mayores ventajas en sus negocios, ó aquel otro que en todas las circunstancias de su vida está dispuesto á observar la justicia contra su interés aparente ó real? Quitad por un momento la idea de que un hombre es capaz de resistir á la atraccion de un interés personal y de hacer algunos sacrificios en aras de la opinion pública, de las conveniencias, y de lo que es ó parece justo, y habreis quitado el fundamento primordial de la palabra hombre *justo*, hombre, *honrado* en el sentido mas vulgar. Esta disposicion de preferir lo que es bueno á nuestros gustos y placeres, á nuestra utilidad personal, en una palabra, al interés; esta disposicion mas ó menos fuerte, mas ó menos constante, mas ó menos probada y sentida, regula los diferentes grados de virtud. Un hombre que lleve el desinterés hasta el sacrificio es llamado héroe, lo mismo si vive oscuro en el mas humilde esta-

do que si se halla colocado en la mas alta esfera social. Hay sacrificios oscuros como hay tambien sacrificios que adquieren fama y celebridad. Existen héroes de probidad, de honor y de lealtad en las relaciones de la vida ordinaria, de la misma manera que hay héroes valerosos y patriotas en los consejos de los pueblos ó á la cabeza de los ejércitos. Todos estos nombres cuyo significado es tan conocido, se hallan en todas las lenguas y constituyen un hecho tan cierto como universal. Se puede explicar este hecho pero con una imperiosa condicion, y es que al explicarlo no se le destruya. Pero, ¿explicamos nosotros la idea de la palabra de interés conduciendo el desinterés al interés? Ved aquí lo que el sentido comun invenciblemente rechaza.

»Los poetas huyen de todo sistema: dirígense á los hombres tales como realmente son para producir en ellos efectos seguros. ¿Lo que los poetas celebran es el hábil egoismo ó la desinteresada virtud? ¿Somos nosotros aplaudidos,—dicen ellos,—por los variados sucesos de la destreza dichosa, ó por los voluntarios sacrificios de la virtud? El poeta sabe (ó debe saber) que hay en el fondo del alma humana yo no sé qué fuerza maravillosa de desinterés y de sacrificio. Dirigiéndose á este instinto del corazon está seguro de despertar en él un eco sublime, de surtir todo el efecto del patético.

»Consultad los anales del género humano y vereis en todos los hombres y naciones proclamar la libertad. Esta palabra ¡libertad! es tan vieja como el hombre. ¿Por qué los hombres quieren ser libres y el hombre mismo no lo es? La palabra está aquí por tanto con su significacion mas determinada. Significa que el hombre se cree un sér, no solamente animado y sensible, sino tambien dotado de voluntad, de una voluntad que le pertenece y que por consiguiente no puede admitir sobre ella la tiranía de otra voluntad que haria á su consideracion el oficio de la fatalidad, aunque fuese la fatalidad mas benéfica. ¿Concebís que se hubiera podido formar la palabra é idea de libertad, si esta no hubiese existido nunca? Solo un sér libre puede poseer, puede abrigar la idea de libertad. ¿Se dirá que la libertad humana no es mas que una ilusion? Las voces del género humano serian entonces la mas inexplicable extravagancia. Al negar la distincion esencial entre la fatalidad y la libertad se contradice á todas las lenguas y á todas las nociones recibidas: se tiene, es verdad, la ventaja de absolver á los tiranos, pero se degrada á los héroes. Entonces estos habrian combatido por una quimera.

»Todas las lenguas contienen las palabras de estima y de menosprecio. Estimar, menospreciar, locuciones universales de las que un análisis imparcial puede sacar las mas altas nociones. ¿Podemos menospreciar á un sér que no es libre en sus actos, á un sér que no conoce el bien, y que no se siente con obligacion de cumplirlo? Suponed que el bien no sea en sí esencialmente diferente del mal, suponed que no haya en el mundo sino un interés mas ó menos bien entendido, que no haya deber real y que el hombre no sea un sér libre, es imposible explicar racionalmente la palabra menosprecio. Se confunde entonces con la estimacion.

»La estimacion es un hecho que fielmente expresado contiene toda una filosofía tan sólida como general. La estimacion tiene dos caractéres ciertos: Primero: Es un

sentimiento desinteresado en el alma de aquel que la siente. Segundo: Solamente se aplica á actos desinteresados. No se estima al que obra impulsado solo por el interés. Los cálculos acertados y felices podrán darnos envidia, la estimacion está mucho mas alta que todo esto.

»La estimacion llegada á cierto grado y en determinadas circunstancias constituye el respeto. ¡El respeto! sagrada y santa palabra que los mas sutiles análisis no podrán sustituir por otra capaz de expresar un sentimiento que se refiere á nosotros mismos y que se aplica á actos coronados por la fortuna.

»Tomad aun estas dos otras palabras, estos dos hechos análogos á los dos primeros, la *admiracion* y la *indignacion*. La estima y el menosprecio son mas bien juicios, la indignacion y la admiracion son sentimientos, pero sentimientos que se refieren á la inteligencia y envuelven un juicio.

»La admiracion es un sentimiento esencialmente desinteresado. Ved si hay algun interés en el mundo que tenga el poder de daros la admiracion por cualquier cosa. Si teneis interés en ello podreis simular la admiracion, pero no la sentireis. Un tirano suspendiendo el puñal sobre vuestras cabezas, podrá obligaros á fingir que os admirais, pero realmente no será así. La afeccion misma no determina la admiracion, mientras que un rasgo heróico contado de un enemigo nos la arranca á pesar nuestro.

»El fenómeno opuesto á la admiracion, es la indignacion. La indignacion no es la cólera como la admiracion no es el deseo. La cólera es enteramente personal. La indignacion no se refiere á nosotros directamente, puede tener su orígen en medio de circunstancias en las que estemos empeñados, pero el fondo y el carácter dominante del fenómeno en sí mismo es el de ser desinteresado.

»La indignacion es generosa por naturaleza.

»Si soy víctima de una injusticia puedo sentir la cólera y la indignacion á la vez, la cólera contra el que me daña y perjudica, la indignacion contra el que ultraja á uno de sus semejantes. Podemos indignarnos contra nosotros mismos como nos indignamos contra todo lo que hiere el sentimiento de la justicia. La indignacion envuelve un juicio, y este juicio que como tal ó cual accion está contra nosotros, constituye una accion contraria á nuestra dignidad y á la dignidad humana. El daño sentido no es la medida de la indignacion, como las ventajas conseguidas no son la suma de la admiracion. Nos felicitamos por poseer ó por haber adquirido una cosa útil, pero no nos admiramos por esto. De la misma manera rechazamos la piedra que nos hiere, pero no nos indignamos contra ella.

»La admiracion eleva y engrandece el alma. Las nobles partes de la naturaleza humana se vivifican y se exaltan en presencia y como al contacto de la imágen de lo bueno. Ved ahí por qué la admiracion es ya por sí misma tan fecunda en el bien. La indignacion es la rebelion de estas mismas partes nobles del alma que, quebrantadas por la injusticia, se relevan con fiereza y protestan en nombre de la dignidad humana ofendida.

»Mirad obrar á los hombres; pronto les vereis imponerse grandes sacrificios

para conseguir los sufragios de sus semejantes. El imperio de la opinion es inmenso, la vanidad sola no es capaz de explicarlo; posee sin duda gran dósis de vanidad, pero tiene raices mejores y mucho mas profundas. Nosotros juzgamos que los demas hombres son, como nosotros, sensibles al bien y al mal, que distinguen entre la virtud y el vicio, y que son susceptibles de indignarse y de admirarse, de estimar y de respetar como tambien de menospreciar. Este poder reside en nosotros, nosotros tenemos la conciencia, sabemos que los demas hombres la poseen como nosotros, y este poder es el que nos espanta. La opinion no es otra cosa que nuestra propia conciencia trasportada al público, y, en este terreno libre, de toda complacencia nos parece armada de una severidad inflexible. A los remordimientos de nuestro propio corazon, responde la afrenta en esa segunda alma llamada opinion pública. No nos pueden engañar las dulzuras de la popularidad. Estamos seguros de haber obrado bien, cuando al testimonio de nuestra conciencia podemos juntar el testimonio de la conciencia de los demas. No hay sino una sola cosa que pueda sostenernos contra la opinion y aun hacernos superiores á ella: es el testimonio firme y seguro de nuestra conciencia, porque el público y en general la humanidad, solo nos pueden juzgar por las apariencias, en tanto que nosotros nos juzgamos infaliblemente y por medio de la mas cierta de todas las ciencias.

»El *ridículo* es el temor y miedo de la opinion en las cosas pequeñas. La fuerza del ridículo reside enteramente en la suposicion de que hay un gusto comun, un tipo comun que dirige á los hombres en sus juicios, y hasta en sus chanzas que son en cierta manera juicios suyos. Quitad esta suposicion y el ridículo cae por sí mismo y la chanza pierde su aguijon. Pero el ridículo es imperecedero como la distincion del bien y del mal, de lo bello y de lo feo, de lo conveniente y de lo inconveniente.

»Cuando no hemos acertado en algun paso emprendido por nuestro interés, y para nuestra dicha, tenemos un cierto sentimiento llamado *pesar*. Pero nosotros no confundimos el pesar con este otro sentimiento que se levanta en nuestra alma cuando tenemos conciencia de haber hecho una accion moralmente mala. Este sentimiento es una pena tambien, pero de una naturaleza enteramente distinta: es el *arrepentimiento*, el *remordimiento*. Que hayamos perdido en el juego, esto nos es desagradable, pero si nos dice la conciencia que la ganancia se debe á haber engañado á nuestro contrario, entonces estamos poseidos de un sentimiento bien diferente.

»Podríamos prolongar y variar estas apreciaciones y estos ejemplos. Bastante hemos expuesto ya para estar autorizados á concluir diciendo que el lenguaje humano y los sentimientos que expresa son inexplicables sino se admite la distincion esencial del bien y del mal, de la virtud y del vicio, del crímen fundado sobre el interés y de la virtud constituida sobre el desinterés.

»Asombra, esta distincion, y nos asombra la vida humana y la sociedad entera. Permitidme poner un ejemplo tan trágico como terrible. Ved aquí un hombre á quien acaban de juzgar los jueces. Se le ha condenado á muerte y la sentencia va á ser ejecutada. Y ¿por qué? Poned el sistema que no admite la distincion natural y

esencial entre el bien y el mal, y pesad lo que hay de estúpidamente atroz en este acto de la justicia humana. ¿Qué es lo que el condenado habia hecho? Evidentemente una cosa indiferente en sí. Pues si no hay mas distincion natural que la del placer y del dolor, yo defiendo que ninguna accion humana, cualquiera que sea, puede ser calificada de criminal so pena de caer en la mas absurda inconsecuencia. Pero esta cosa indiferente en sí ha sido declarada criminal por unos cuantos hombres llamados legisladores. Esta declaracion puramente arbitraria no encuentra eco en el corazon de aquel hombre. No ha podido sentir la justicia porque en sí nada tiene de justo. Ha ejecutado pues sin remordimiento alguno lo que esta declaracion condena arbitrariamente. El verdugo le mata, nada se consigue. De ambas partes lucha el interés, juegos de la fuerza, siempre el hecho, nunca el derecho. Toda sentencia, bien sea de muerte ó de una pena cualquiera, supone imperiosamente para ser algo mas que una representacion de la violencia por la violencia, los cuatro puntos siguientes: *Primero:* Que haya una distincion esencial entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto; y esta distincion entraña para todo sér inteligente y libre la obligacion de conformarse con el bien y con la justicia. *Segundo:* Que el hombre sea un sér inteligente y libre capaz de comprender esta distincion, y la obligacion que va adjunta que se adhiera á ella de una manera natural é independiente de toda convencion y de toda ley positiva, capaz tambien de resistir á las tentaciones que le conduzcan al mal y á la injusticia, y que cumpla la ley sagrada de la justicia natural. *Tercero:* Que todo acto contrario á la justicia merezca ser reprimido por la fuerza y tambien castigado, en reparacion de la falta cometida, y que esto sea independiente de toda ley y de toda convencion. *Cuarto:* Que el hombre reconozca naturalmente la distincion del mérito y del demérito de las acciones como reconoce la de lo justo y de lo injusto, y que sepa que toda pena aplicada á un acto injusto es un acto de la mas estricta y severa justicia.

»Ved aquí los fundamentos del poder de juzgar y de castigar que residen en la sociedad. No es la sociedad quien ha creado estos principios, sino que son bien anteriores á ella; son contemporáneos del pensamiento y del alma, y sobre ellos descansa la sociedad con todas sus leyes y sus varias instituciones. Las leyes sociales son legítimas por su relacion con estas eternas leyes. La mayor fuerza de las instituciones reside en la relacion que estos principios tienen con dichas eternas leyes. La educacion no los crea, lo que hace es desenvolverlos. Ellos son los que dirigen al legislador que hace las leyes, y al juez que las aplica. Están presentes ante el acusado puesto en frente del tribunal, inspiran toda sentencia justa, la autorizan en el alma del condenado y en la del espectador, consagran el empleo de la violencia necesario para su ejecucion. Quitad uno solo de estos principios y se desplomará la justicia humana, no siendo otra cosa que un monton de arbitrarias convenciones, que nadie en conciencia estará obligado á respetar, que se podrán violar sin remordimiento alguno, y que no se sostendrán mas que por el aparato de los suplicios. Las decisiones de semejante justicia no serian en modo alguno juicios verdaderos sino actos de violencia, y la sociedad civil no apareceria sino como un

vasto campo en donde los hombres vivirian sin derechos ni deberes, sin mas objeto que procurarse los mayores placeres posibles (este seria el pleno reinado de la moral de Bentham), conquistarlos y asegurarlos por la violencia y la astucia, echando sobre todo esto el manto de las leyes hipócritas.

» Es muy cierto que un estado de cosas semejante, y bajo el cual el escepticismo considera á la sociedad y á la justicia humana, nos conducirian por medio de la desesperacion á la revolucion y á la anarquía, (como estado permanente y moral,) ó por medio de esta misma desesperacion á un desórden regulado, llamado despotismo. El espectáculo de las cosas humanas, visto á sangre fria y sin espíritu de sistema, de pasion ó de partido, es, á Dios gracias, menos sombrio. No hay duda que la sociedad y la justicia humana contienen muchas imperfecciones, que el tiempo va descubriendo y reparando, pero se puede decir, hablando en tésis general, bue están asentadas sobre la verdad y cimentadas sobre la equidad natural. La prueba es que en todas partes subsiste y se desenvuelve la sociedad. Por otra parte, los hechos no son tales como los representan los melancólicos Pascal y Rousseau; los hechos no son el todo: ante los hechos está el derecho, y si es real, esta sola idea del derecho, basta para derribar y trastornar un sistema tan vil y salvar la dignidad humana. ¿Por qué es una quimera la idea del derecho? Hagamos comparecer á las lenguas en presencia de la conciencia individual y á la faz del género humano. ¿No es verdad que por todas partes se distingue el hecho y el derecho, el hecho que muy á menudo, pero no siempre, se levanta contra el derecho, y el derecho que, ó regula el hecho ó protesta contra él? ¿Cuál es la palabra que pronuncian con mas frecuencia las sociedades humanas? ¿No es la del derecho? Buscad una lengua que no la tenga. Por todas partes la sociedad está llena de derechos. Lo mismo se distingue el derecho natural y el derecho positivo, que lo que es legal y lo que es equitativo. Se proclama la doctrina de que la fuerza debe estar al servicio pel derecho, no el derecho á merced de la fuerza. Los triunfos de la fuerza, en cualquier lugar que los percibamos, sea con nuestros propios ojos, sea con ayuda de la historia, aun de los mas remotos siglos, causan indignacion en el espectador ó en el lector imparcial y justo. Por el contrario, aquel que escribe en su bandera el sagrado nombre del derecho, por esto solo nos interesa; hacemos frecuentes votos por los derechos pisoteados y ultrajados, y la causa del derecho allí en donde la supongamos, es para nosotros la causa de la humanidad y de la justicia. Es pues un hecho seguro é incontestable que á los ojos del hombre, el hecho no es el todo, y que la idea del derecho es una idea universal grabada con indelebles caractéres, no tan solo en el mundo visible, si no tambien en el mundo del pensamiento y del alma.

» La conciencia individual, conocida y trasportada á la especie entera, es llamada *sentido comun*. Es el sentido comun quien ha hecho, sostiene y desenvuelve las lenguas, las creencias naturales y permanentes, la sociedad y sus instituciones fundamentales. Los gramáticos no son los que han inventado las lenguas, así como los legisladores no son los que han formado las sociedades, ni los filósofos los que

han descubierto las creencias generales. El que ha hecho esto, no es nadie y es todo el mundo; es el génio de la humanidad. [1]

»El sentido comun está depositado en sus obras. Todas las lenguas y todas las instituciones humanas contienen las ideas y sentimientos que acabamos de expresar y describir, y especialmente la distincion entre el bien y el mal, entre la voluntad libre y el deseo, entre el deber y la pasion, entre la virtud y la dicha, y además esta creencia profundamente arraigada de que la dicha es una recompensa debida á la virtud, y de que el crímen merece ser castigado por medio de la reparacion.

»Ved aquí lo que atestiguan los discursos y las acciones de los hombres. Tales son las nociones sinceras é imparciales aunque un poco confusas y groseras del sentido comun.

»Aquí comienzan las deducciones de la Filosofía. La Filosofía tiene ante sí dos distintos caminos. Puede escoger entre dos cosas distintas: ó bien aceptar las nociones del sentido comun, esclarecerlas por sus sucesivos desenvolvimientos, fortificarlas expresando fielmente las creencias de la humanidad, ó bien preocupada con tal ó cual principio imponerse á los dones naturales del sentido comun, admitiendo los que están conformes con su principio, ó negarlos abiertamente. Esto es lo que se llama fundar un sistema.

»Los sistemas filosóficos no son la Filosofía; se esfuerzan en realizar la idea de la misma manera que las instituciones civiles se esfuerzan en realizar la de la justicia, como las artes pretenden expresar la belleza infinita, y las ciencias solicitan ser fieles intérpretes de la ciencia universal. Los sistemas filosóficos son necesariamente imperfectos, sin lo cual no habria jamás dos en el mundo. ¡Dichosos aquellos que encarnan en los espíritus y en las almas el gusto sagrado de lo verdadero, lo bello y lo bueno! Pero los sistemas filosóficos siguen las costumbres de su tiempo mejor que dirigen á este; reciben el espíritu que los anima de manos de su siglo. Trasportada á Francia hácia el fin de la Regencia, y bajo el reinado de Luis XV, la Filosofía de Locke ha dado orígen á una célebre escuela, que por largo tiempo dominó en las inteligencias, y que todavía subsiste entre nosotros, protegida por viejas ideas, pero en contradiccion radical por las instituciones nuevas y los nuevos deseos. Salida del seno de las tempestades, mecida en su cuna por una revolucion espantosa, elevada y sostenida por el génio de la guerra, el siglo XIX no puede reconocer su imágen y encontrar sus naturales instintos en una Filosofía nacida á la sombra de las delicias de Versalles, admirablemente concebida para la decrepitud de una monarquía arbitraria, mas no para la vida laboriosa de una jóven libertad, rodeada de peligrosos escollos. Nosotros, despues de haber combatido la filosofía sensualista en la metafísica que ella ha sustituido al Castesianismo, y en la deplorable Estética, tan acreditada hoy, y con la cual sucumbe nuestro gran arte nacional, no titubeamos en combatirla aun en la moral que necesariamente debió producir, la moral del interés, que entramos á refutar aquí.

[1] El génio de la humanidad recibió de Dios indudablemente los primeros principios y de ellos ha formado su obra...

»La filosofía sensualista, partiendo de un hecho único, la sensacion agradable ó penosa, conduce necesariamente en moral á un principio único: el interés. Hé aquí el conjunto de su sistema.

»El hombre es sensible al placer y al dolor. Solicita con ánsia el primero, rechaza fuertemente el segundo. Este es su primer instinto, instinto que no le abandona jamás. El placer puede cambiar de objeto, puede variar de mil diferentes maneras; pero cualquiera que sea la forma que tome, placer físico, placer intelectual ó placer moral, es siempre el placer objeto de nuestros deseos y de nuestros afanes.

»Lo agradable generalizado es lo útil, y la mayor súma de placer posible, cualquiera que sea este, no concentrado en un solo momento del tiempo, sino durable y permanente, constituye la *dicha*.

»La dicha, lo mismo que el placer, es relativa con respecto á aquel que la siente, y tiene su carácter esencialmente personal. Está y reside solamente en nosotros cuando amamos el placer y la dicha.

»El interés es el resorte que nos mueve á solicitar con ánsia, ante todas cosas, nuestro placer y nuestra dicha.

»Si la dicha es el objeto único de la vida, el interés es el móvil único de todas nuestras acciones.

»El hombre no es sensible sino á su interés, ya le entienda bien, ya mal. Necesario es que conozca su verdadero interés. No vayamos á entregarnos á todos los placeres que continuamente se presentan á nuestra, vista sin examinar antes si estos placeres no esconden mas de un dolor. El placer presente no lo es todo, fuerza nos es pensar en el porvenir, es necesario tener el suficiente valor para renunciar á los goces que nos pueden traer pesares y llantos, es preciso que se sacrifique el placer á la dicha, es decir, el placer mas durable y que menos embriaga. Los placeres del cuerpo, no son los únicos placeres que existen, hay tambien placeres puramente espirituales. El sabio los atempera unos con otros.

»La moral del interés no es otra cosa que la moral del placer perfeccionado, sustituyendo la dicha al placer, lo útil á lo agradable, la prudencia á la pasion; ella admite lo mismo que el género humano las palabras bien y mal, virtud y vicio, mérito y demérito, pena y recompensa; pero estas palabras las explica ella á su modo y manera. El bien es para esta moral aquello que á los ojos de la razon está conforme con nuestro verdadero interés; el mal es lo que le es contrario. La virtud es aquella sadiduría que sabe resistir á la fuerza de las pasiones, que discierne lo que es verdaderamente útil, y se dirige con seguridad á la dicha. El vicio es ese extravío de espíritu y de carácter que sacrifica la dicha á los placeres sin duracion, ó llenos de peligros. El mérito y demérito, la pena y la recompensa son las consecuencias de la virtud y del vicio, por no haber buscado la dicha por el camino de la sabiduría. La moral del interés no pretende arruinar ninguno de los deberes consagrados por la opinion comun; establece que todos están conformes con nuestro interés personal, y por esto son deberes. Hacer el bien á la humanidad

es el mas seguro medio para que los hombres nos colmen de bienes; es tambien medio poderosísimo para adquirir su estimacion, su benevolencia, su simpatía, siempre agradable, frecuentemente útil. El desinterés, tiene tambien su explicacion. No hay duda que no existe ningun desinterés en el sentido vulgar de esta palabra, en un verdadero sacrificio; pero le hay en el sacrificio de un interés presente á un interés futuro; de una pasion sensual y grosera á un placer mas delicado y noble.

»Alguna vez se equivoca en el placer que solicita y, necesitando ver claro en su propio corazon, se inventa esta quimera del desinterés, cuya naturaleza es incapaz de comprender.

»Convengamos en que esta exposicion de la moral del interés no está recargada, y es una copia fiel de la doctrina que entraña.

»Vayamos mas lejos aun: reconozcamos que esta moral es una reaccion extrema, pero legítima hasta cierto punto contra el rigor excesivo de la moral estóica, que ahoga la sensibilidad, en vez de regularla y por salvar al alma de las pasiones, le manda sacrificar todos los instintos de la naturaleza, cosa muy semejante á un suicidio.

»El hombre no ha sido creado, ni para ser un sublime esclavo como Epitecto, soportando con gusto su desgracia, ni como pretende Pascal, cuya hermana llamaba á la muerte como término á su continua penitencia á y su muda adoracion. Las pasiones tienen su razon de sér en los deseos de la humanidad. Suprimid las pasiones y entonces acontecerá lo que al navío que, falto de viento, está en perfecta calma. Suponed un sér que carezca de amor para consigo mismo, de instinto de conservacion, de horror al sufrimiento y á la muerte, que no tenga gusto, ni por el placer, ni por la dicha; destituido, en una palabra, de todo interés personal; un sér semejante no resistirá por mucho tiempo á las innumerables causas de destruccion que lo rodean, y no durará ni un solo dia. Nunca una sola familia, jamás la menor sociedad podrá formarse ni mantenerse. El Creador del hombre no ha confiado el ciudado de su obra solamente á la virtud, al sacrificio y á una caridad sublime, sino que ha querido que la duracion y el desenvolvimiento de las razas y de la sociedad humana, estuviesen asentados sobre mas simples y seguros fundamentos, y ved aquí porque nos ha dado el amor de nosotros mismos, el instinto de conservacion, el gusto por el placer y la dicha, las pasiones que animan y vivifican la vida, la esperanza y el temor, el amor y la ambicion, el interés personal, en fin, móvil, poderoso, permanente y universal que mejora sin cesar nuestra condicion en la tierra.

»No disputamos á la moral del interés la verdad de su principio, [1] estamos convencidos que este principio es muy real y que tiene su razon de ser. La sola cuestion que sentamos es esta: el principio del interés es verdadero en sí mismo, pero, ¿acaso no existen otros principios tan verdaderos y legítimos como él? El

[1] Siempre que se base en la justicia, conformes; *si non non*...

hombre busca con avidez el placer y la dicha, pero, ¿no tiene otros deseos y otros sentimientos tan poderosos y tan vivos como estos?

»De la misma manera que la existencia del cuerpo no impide ni estorba la del alma y recíprocamente, lo mismo en el seno amplísimo de la humanidad y en el designio profundo de la Providencia divina, los principios mas diferentes no se excluyen entre sí.

»La filosofía sensualista llama en su apoyo sin cesar á la experiencia. Tambien nosotros la invocamos, pues la experiencia es la que nos ha dado los hechos ciertos que antes hemos narrado, y que componen las primeras nociones del sentido comun. Nosotros admitimos los hechos que sirven de fundamento al sistema del interés, pero rechazamos dicho sistema. Los hechos, en su justo límite, son verdaderos; el sistema es falso al atribuirles un valor excesivo, y es tambien falso porque niega otros hechos incontestables. La primera ley de una sana filosofía es recoger todos los hechos reales, y respetar las diferencias reales tambien que distinguen los hechos. Lo que busca y solicita ante todo, no es la unidad, sino la verdad. Lejos de esto está la moral del interés, pues que mutila la verdad, escoge entre los hechos aquellos que le convienen, y repudia los demas, los cuales son precisamente los elementos mismos de la moral. Exclusiva é intolerante, niega lo que no puede explicar, y forma un todo muy bien unido, que podrá tener su mérito como obra de arte, pero que se rompe en menudos fracmentos al encontrar la naturaleza humana con sus diversos é incontestables poderes.

»Vamos á demostrar que la moral del interés, salida de la filosofía sensualista, está en contradiccion con cierto número de fenómenos que presenta la naturaleza humana á cualquiera que la interrogue sin espíritu sistemático.

»Primero. Hemos establecido no en nombre de un sistema, sino en nombre de la experiencia mas vulgar, que la humanidad entera cree que existe en cada uno de sus miembros una cierta energía llamada libertad. Porque cree que la libertad está en el individuo, quiere que esta libertad sea respetada y protegida en la sociedad. La libertad es un hecho que la conciencia de cada uno de nosotros nos atestigua, y que está desenvuelto en todos los fenómenos morales que hemos señalado, en la aprobacion y desaprobacion moral, en la estimacion y el menosprecio, en la admiracion y en la indignacion, en el mérito y demérito, en la pena y el castigo. Preguntemos á la filosofía sensualista y á la moral del interés qué es lo que hacen de este fenómeno universal que supone todas las creencias de la humanidad, y sobre el cual está asentada la vida entera, tanto pública como privada.

»Todo sistema de moral, cualquiera que sea, que contenga no ya una regla, sino un simple consejo, admite implícitamente la libertad.

»Al aconsejar al hombre la moral del interés el sacrificio de lo agradable á lo útil, manifiestamente admite que el hombre es libre, en seguir ó no su consejo. Pero en filosofía no basta admitir un hecho; es preciso que haya consecuencia en admitirle. Mas la mayor parte de los moralistas del interés niegan la libertad del hombre, y ninguno tiene derecho de admitirla en un sistema que saca el alma humana toda entera con

sus facultades, y sus ideas de la sola sensacion y sus desenvolvimientos sucesivos.

»Cuando una sensacion agradable, despues de haber encantado á nuestra alma la deja y se desvanece, el alma siente una especie de sufrimiento, una falta, un deseo, se agita y está inquieta. Esta inquietud, vaga é indecisa, se determina bien pronto, dirígese hácia el objeto que nos encantó y hechizó, y cuya ausencia nos hace padecer. Este movimiento del alma mas ó menos vivo, es el *deseo*.

»¿Existe en el deseo alguno de los caractéres de la libertad? Cada uno sabe que es libre, cuando sabe que es dueño de sus acciones. Nosotros somos libres cuando antes de obrar tomamos la resolucion de hacerlo, sabiendo bien que podríamos hacer lo contrario. El acto libre es pues este; cuando sé por el testimonio infalible de mi conciencia que yo soy la causa, entonces me reconozco responsable. Mil movimientos pueden producirse en mí, y estos movimientos pueden simular actos voluntarios á los ojos del observador exterior; pero yo no me engaño, todo error es imposible en la conciencia, y ella distingue con certidumbre todo acto forzado cualquiera que sea, de un acto voluntario.

»La verdadera actividad es la actividad voluntaria y libre. El deseo es su opuesto. El deseo llevado á su mas alto punto, es la pasion; pero la lengua, lo mismo que la conciencia, nos dicen que el hombre es pasivo en la pasion, y cuanto mas viva es la pasion, mas imperiosos son sus movimientos, y cuando la pasion se aparta del tipo de la verdadera actividad, entonces el alma se gobierna á sí misma.

»Yo no soy mas libre en el deseo que en la sensacion que la precede y le determina. Si ante mí se presenta un objeto agradable, ¿podré yo no conmoverme agradablemente? Si este mismo objeto es penoso, ¿podré no afectarme dolorosamente? Y de la misma manera cuando esta sensacion agradable desaparece, si la memoria y la imaginacion la presentan ante mis ojos, ¿podré yo permanecer indiferente á tan agradable recuerdo? ¿podré yo no desear nuevamente sentir esta sensacion, que solo ella puede apagar la inquietud y el sufrimiento de mi alma?

»Observad bien lo que en vosotros pasa cuando estais afectados por el deseo; reconoceis entonces en vosotros un ciego arrojo, que sin ninguna deliberacion por vuestra parte, y aun sin intervencion de vuestra voluntad, se eleva ó se extingue, acreciéntase ó disminuye. No se desea y no se cesa de desear segun la voluntad de cada uno.

»La voluntad unas veces combate el deseo y otras cede á él. La voluntad no es pues el deseo. No se recusan las sensaciones que los objetos producen, ni menos aun los deseos que estas sensaciones engendran; pero si se recusa el consentimiento de la voluntad hácia estos deseos y los actos que les siguen, pues estos actos están en nuestra mano.

»Segun esta moral, el deseo está tan poco unido á la voluntad, que prescindiendo de esta, suele arrastrar al hombre á actos, ó mejor, á movimientos de que es irresponsable porque no son voluntarios. Esto es el subterfugio de los que cometen alguna maldad, atribuyen sus faltas á la violencia del deseo y de la pasion, que no les ha dejado dueños de sí mismos y que se ha sobrepuesto á su voluntad.

»Si el deseo fuese el fundamento de la voluntad, cuanto mas fuerte y violento fuese este deseo, mas libres seriamos nosotros. Sucede todo lo contrario. A medida que aumenta la violencia del deseo, el poder del hombre sobre sí mismo disminuye, y á medida que el deseo se debilita y que la pasion se extingue, el hombre vuelve á entrar en posesion de sí mismo.

»No diré yo que no tengamos ninguna influencia sobre nuestros deseos. Porque dos hechos difieran uno de otro, no es necesario que estén sin relacion entre sí. Alejando ciertos objetos ó solamente apartando nuestro pensamiento del placer que nos pueden producir, podemos hasta cierto punto desviarnos y eludir los efectos sensibles de estos objetos, juntamente con los deseos que pudiesen excitar en nosotros. Deseando ciertos objetos, procuramos en alguna manera hacer nacer en nosotros sensaciones y deseos que no son mas voluntarios que lo seria la impresion producida en nosotros por una piedra con la cual nosotros mismos nos golpeáramos.

»Si cedemos á estos deseos, se les dá nueva fuerza; al paso que por una hábil resistencia podemos moderarlos. Podemos ejercer alguna influencia sobre los órganos de nuestro cuerpo, y aplicándoles un régimen apropiado, llegaremos hasta modificar sus funciones. Todo esto prueba que existe en nosotros un poder diferente de los sentidos y del deseo, que sin disponer de ellos tiene sobre los mismos cierto poder indirecto.

»La voluntad dirige tambien la inteligencia aunque no sea dicha facultad. Querer y conocer son dos cosas esencialmente distintas. Nosotros no juzgamos como queremos, sino segun las leyes necesarias del juicio y del entendimiento. El conocimiento de la verdad no es una resolucion de la voluntad. La voluntad no es la que dice, por ejemplo, que un cuerpo cualquiera se halla en el espacio, que todo fenómeno tiene una causa, etc. Sin embargo, la voluntad puede mucho sobre la inteligencia. Libre y voluntariamente trabajamos nosotros, libre y voluntariamente prestamos una atencion mas ó menos profunda á ciertas y determinadas cosas; por consecuencia la voluntad es la que desenvuelve y acrecienta la inteligencia de la misma manera que podria dejarla extinguir y apagarse. Preciso es pues confesar y reconocer que existe en nosotros un poder supremo que preside á todas nuestras facultades, lo mismo á la inteligencia que á la sensibilidad, que las gobierna y las entrega á su natural desenvolvimiento, haciendo aparecer en su misma ausencia el propio carácter que les pertenece, ya que el hombre que es justo confiesa que no es dueño de sí, y tanto es esto verdad como que la personalidad humana reside muy particularmente en este eminente poder llamado voluntad.

»¡Singular destino el de este poder tan frecuentemente desconocido y sin embargo tan manifiesto! Extraña confusion la de la voluntad y el deseo que se encuentra en las mas opuestas escuelas, Spinosa y Malebranche, Condillac y Reid, la Filosofía del siglo XVII y la del XVIII ; la una contempladora de la humanidad por una piedad extrema y mal entendida, quita al hombre su libertad propia para concentrarla en Dios; la otra la transporta á la naturaleza. Instrumento de otro, el hombre

no es aquí sino un modo de Dios, ó un producto de la naturaleza. Una vez que el deseo se aprecia como el tipo de la actividad, se disminuye la libertad. Una filosofía menos sistemática conformándose con los hechos, llega por medio del sentido comun á mejores resultados. Distinguiendo el fenómeno pasivo del deseo del poder determinarse libremente, restituye la verdadera actividad que caracteriza á la personalidad humana. La voluntad es el signo infalible y la virtud propia de un sér real y efectivo. ¿Cómo pues lo que no es mas que un modo de otro sér encuentra en su sér prestado un poder capaz de querer y de producir actos de los que él se sentirá la causa y la causa responsable?

»Si la filosofía sensualista partiendo de un fenómeno pasivo no puede explicar la verdadera actividad, la actividad voluntaria y libre, podremos considerar como demostrado que esta misma filosofía no puede dar una verdadera moral, pues toda moral supone la libertad. Para imponer reglas de conducta á un sér, es preciso é indispensable que este sér sea capaz de cumplirlas ó de violarlas. Lo que constituye el bien y el mal de una accion, no es la accion misma; es la intencion que la ha determinado. Ante todo tribunal recto é imparcial, el crímen está en la intencion con que se comete, y esta intencion es la que se castiga. Allí donde no reside la libertad, no hay pues (segun lo que llevamos dicho), mas que el deseo y la pasion, nada de moralidad subsistirá allí. No queremos descartar la cuestion previa, la moral de la sensacion. Vamos á examinar su principio y á demostrar que no se puede sacar de este principio ni la idea del bien ni la del mal, ni ninguna de las ideas morales que se excluyen en esta.

»Segundo. Segun la filosofía sensualista, el bien no es otra cosa que la utilidad. Sustituyendo lo útil á lo agradable, sin cambiar de principio, se procura un cómodo refugio contra muchas dificultades, pero siempre se podrá distinguir el interés bien entendido del interés aparente y vulgar. Mas bajo esta forma (poco mas sutilizada) la doctrina que venimos examinando no destruye en modo alguno la distincion entre el bien y el mal.

»Si la utilidad es la medida única de la bondad de las acciones, ¿no deberé considerar, cuando se me propone hacer una accion, qué ventajas me podrán resultar de ella?

»Así, quiero suponer que un amigo cuya inocencia me es conocida, de repente cae en desgracia de un rey ó de la pública opinion, maestra mas imperiosa y envidiosa que todos los reyes, que si le soy fiel y no me separo de él, corro grandes peligros, y si me separo obtendré grandes ventajas; si por una parte el peligro es cierto, y por otra la ventaja es infalible, es claro que, ó debo abandonar á mi desgraciado amigo, ó debo reconocer el principio del interés, del interés bien entendido.

»Pero, se me dirá: pensais en la incertidumbre de las cosas humanas, pensais que la desgracia os puede alcanzar tambien, y no abandonais á vuestro amigo por temor de veros abandonado algun dia.

»A esto respondo yo: el porvenir es incierto, mas el presente es ciertísimo; si

pudiese sacar grandes y evidentes ventajas de una accion, seria absurdo sacrificarlas á la suerte de una desgracia posible. Por otra parte, yo creo que todas las probabilidades del porvenir están en favor mio; hé aquí la hipótesis que acabamos de hacer.

»No me hableis de la opinion pública. Si el solo y único principio razonable es el interés personal, la razon pública debe estar conmigo. Si estuviese contra mí, seria esto una objecion contra la verdad del principio. Pero, ¿de qué manera un principio verdadero, razonablemente aplicado, sublevaria la conciencia pública?

»No me opongais los remordimientos. ¿Qué remordimientos puedo sentir yo por haber seguido la verdad, si el principio del interés es efectivamente la verdad? Al contrario, yo deberia sentir una satisfaccion.

»Pensando en las recompensas de la vida futura. Pero, ¿cómo creer en otra vida, en un sistema que incluye la conciencia humana en los límites de la sensacion trasformada?

»Así pues ningun motivo tengo para guardar fidelidad á mi amigo. Y sin embargo, el género humano me impone esta fidelidad, y si falto á ella estaré deshonrado.

»Si la dicha es el objeto supremo, el bien y el mal no residirán en el acto mismo, sino en sus funestos ó dichosos resultados.

»Fontenelle, viendo conducir á un hombre al suplicio, dijo: «Hé ahí un hombre que ha calculado mal.» De donde se deduce que si dicho hombre haciendo lo que hizo hubiese escapado al suplicio, hubiera calculado bien, y su conducta hubiese sido loable. La accion seria pues buena ó mala, segun fuese su éxito. Todo acto seria indiferente por sí mismo, la suerte seria la que lo calificara.

»Si lo honesto no es mas que lo útil, el génio del cálculo será la sabiduría por excelencia. ¡Qué digo! será la misma virtud.

»Pero este génio no se extiende á todo el mundo; supone con una larga experiencia de la vida, una mirada segura capaz de discernir todas las consecuencias de las acciones, una fortísima y vasta cabeza para abrazar y pesar sus diversas fortunas. El jóven, el ignorante, el pobre de espíritu, no podrian distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto. Y aun suponiendo la prudencia mas consumada, ¡qué cabida no tendrian aun el azar y la imprevision en la profunda oscuridad de las cosas humanas! Verdaderamente que en el sistema del interés bien entendido, es preciso poseer una gran ciencia para ser un hombre justo. Se necesita poseer muchas mas que en la virtud ordinaria, cuya divisa ha sido siempre: «Hago lo que debo, adivine quien pueda.» Exponiendo este principio en contra de la pretendida moral del inierés de Helvecio hemos dicho en otra parte lo siguiente, que merece aquí un lugar: «En la doctrina del interés, todos buscan lo útil, pero nadie está seguro de alcanzarlo. Se puede á fuerza de prudencia y de combinaciones profundas, acrecentar en favor suyo la suerte de los sucesos: pero nunca consigue el hombre mas que un resultado probable. Al contrario sucede en la doctrina del deber; allí siempre se está seguro de alcanzar el último objeto que se proponga el hombre,

el bien moral. Yo arriesgo mi vida por salvar la de mi semejante; si por desgracia yerro, no se me podrá decir que dejo de hacer el bien posible; yo he querido hacerlo, y en cuanto está de mi parte lo he cumplido. El bien moral, consistiendo sobre todo en la intencion virtuosa, está conmigo, á mi lado; en cuanto al bien material que puede resultar de la accion misma, la Providencia sola, es la que absolutamente dispone. Felicitémonos pues de que haya colocado nuestro destino moral en nuestras mismas manos, haciéndole depender del bien y no de la utilidad. La voluntad para obrar en las penosas pruebas de la vida, necesita estar sostenida por la certidumbre. ¿Quién habria que estuviese dispuesto á dar su sangre por un objeto, un blanco incierto? El suceso es un complicado problema que para ser resuelto exige todo el poder del cálculo de las probabilidades. ¡Qué trabajo tan inmenso, y cuántas incertidumbres entraña semejante cálculo! La duda es una triste preparacion para la accion. Pero cuando ante todo se propone hacer su deber, se obra sin ninguna perplejidad. «Hago lo que debo, adivine quien pueda,» es una divisa, divisa que nunca engaña. Con un blanco semejante, se está seguro de no solicitarla nunca en vano.»

»Pero este principio es precisamente lo contrario del principio del interés. Es preciso elegir entre los dos. Si el interés es el principio único reconocido por la razon, el desinterés es una mentira y un delirio, y además un mónstruo incomprensible en toda naturaleza humana bien ordenada.

»Cuando la humanidad habla de desinterés, no comprende en manera alguna ese sabio egoismo que se priva de un placer por otro mas seguro, mas delicado ó mas duradero. Nadie ha creido jamás que la naturaleza del desinterés tuviese alguna semejanza con el placer afectado. El desinterés (en su sentido etimológico) solo se aplica al sacrificio de un interés cualquiera que sea, á una causa pura, libre y exenta de todo interés individual ó colectivo. Y no solamente el género humano entiende de esta manera el desinterés, sino que cree que tal interés es posible y existe, y cree capaz de él al alma humana.

»La humanidad admira y admirará siempre el sacrificio de Régulo yendo á buscar lejos de su patria una muerte afrentosa, pero noble y digna, cuando solamente con faltar á su palabra hubiese podido vivir tranquilo en medio de su familia y de sus compatricios. [1]

»Diráse ahora: la gloria, la pasion por la gloria es lo que inspiró á Régulo; de esta manera el interés explica muy bien el aparente egoismo del viejo romano. Sin embargo, convenzámonos de que esta manera de entender el interés es absurda hasta el ridículo, y que los héroes en este caso no serian sino unos egoistas bien torpes é inconsecuentes. Con esta teoría llegaríamos al extremo de afirmar que el hombre no deberia pensar sino en sí mismo, y no conociendo ninguna ley, ningun principio de accion, seria el interés su solo y único móvil.

»Tercero. Sino hay ni existe la libertad, sino hay ninguna distincion esencial

En este sublime honor y desinterés nuestra historia nacional podrá siempre ostentar al mundo el inmortal ejemplo de Guzman el Bueno en el sitio de Tarifa...

entre el bien y el mal, sino hay mas que interés bien ó mal entendido, entonces no puede existir la *obligacion.*

» Es por cierto bien evidente que la obligacion supone un sér capaz de cumplirla, y que el deber no se aplica sino á un sér libre. Á mas la naturaleza de la obligacion es de tal manera, que si faltamos á ella nos sentimos culpables nosotros mismos, mientras que si en lugar de entender bien nuestro interés le entendemos mal, no se sigue de aquí mas que una sola cosa, á saber: que entonces somos unos desgraciados. Pero ¿ser culpable y ser desgraciado es una misma cosa? Aquí hay dos cosas radicalmente diferentes. Podeis hacerme comprender bien mi interés bajo pena de caer en alguna desgracia, pero no podeis mandarme que vea claro en mi interés bajo pena de algun crímen.

» Nunca se ha considerado la imprudencia como un crímen. Mas pronto se la acusa como nociva que como propia de algun vicio del alma, como la presuncion y la debilidad.

» Ya lo hemos dicho antes, nuestro verdadero interés es de un discernimiento muy difícil. La obligacion es siempre inmediata y manifiesta. En vano la combaten el deseo y la pasion, en vano el razonamiento que la pasion arrastra consigo como un dócil esclavo tiende á ahogarla bajo un monton de sofismas; basta el instinto de la conciencia, es suficiente un solo grito del alma, una intuicion viva y segura sobre la razon tan diferente del raciocinio para rechazar todos los sofismas y hacer conocer la obligacion.

» Por mas fuertes que sean las instigaciones del interés, se puede siempre entrar en arreglo con el mismo. Hay mil maneras para ser dichoso. Algunos me aseguran que conduciéndome de tal ó cual manera llegaré al colmo de la fortuna. Sí, pero yo estimo en mas la tranquilidad de mi conciencia que los mayores goces mundanos, y segun el solo punto de la dicha y de la felicidad, no es mucho mejor la actividad que la pereza. Nada mas difícil que aconsejar á álguien su verdadero interés, nada mas fácil que rendirle honor.

» Despues de todo, en la práctica, la utilidad se resuelve por lo agradable, es decir, por el placer. Pero el hecho del placer depende del humor y del temperamento de la persona. Desde que no hay ni bien ni mal, no hay placeres mas ó menos nobles, mas ó menos elevados; ya no existen sino placeres mas ó menos agradables. Esto solo corresponde á la naturaleza de cada uno de nosotros, y hé aquí porqué el interés es tan caprichoso. Cada uno lo entiende como mejor le place, porque cada uno es juez de aquello que le agrada. Algunos son mas amantes de los placeres que lisonjean ó agradan á nuestros sentidos; otros se apasionan por los placeres del espíritu ó del corazon. Á este la pasion de la gloria le ocupa toda el alma; á aquel el placer de la dominacion le parece muy superior al de la gloria. Cada hombre tiene sus pasiones propias, cada hombre entiende, pues, su interés de diferente manera, y aun mi interés de hoy está muy lejos de ser mi interés de mañana. Las alteraciones de la salud, la edad y otras varias causas modifican nuestros gustos de mil distintas maneras. Nosotros cambiamos con harta frecuencia y, al cambiar nuestra naturaleza, se modifican nuestros deseos y nuestros intereses.

»No sucede así con la obligacion. Ó no es nada, ó es absoluta. La idea de obligacion implica la de alguna cosa inflexible. Esto solo es ya un deber, del cual no podemos desligarnos en manera alguna, ni bajo ningun pretexto, y tiene un mismo título para todos los hombres. Es una cierta cosa, ante la cual todos los caprichos de mi espíritu, de mi imaginacion y de mi sensibilidad, deben desaparecer; esta es la idea del bien con la obligacion que entraña consigo. Á este mandato supremo, ni me es dado oponer mi humor ó temperamento, ni las circunstancias porque atravieso, ni aun las dificultades. Esta ley ni admite dilacion, ni acomodamiento, ni escusa. Cuando habla, sea el lugar que quiera, la circunstancia que quiera, la disposicion que quiera, no hay mas remedio que obedecerla. Es verdad que podemos eludir sus mandatos, que nos es dable desobedecerla, pues somos libres; pero toda desobediencia á esta ley nos parecerá á nosotros mismos una falta mas ó menos grave y un mal empleo de nuestra libertad. Y la ley violada tiene su sancion penal inmediata en los remordimientos que la conciencia nos impone.

»Y pregunto ahora, ¿estoy obligado á ser dichoso? ¿Puede la obligacion recaer sobre la dicha, es decir, sobre una cosa que me es igualmente imposible de buscar siempre y de obtener á mi voluntad? Si estoy obligado es preciso que yo pueda cumplir la obligacion impuesta. Pero mi libertad no puede gran cosa sobre la dicha que depende de mil circunstancias independientes de mí, mientras que lo puede todo basada en la virtud, pues la virtud no es mas que un empleo de libertad. Además, la dicha en sí no es ni moralmente mejor ni peor que la desgracia. Si yo entiendo mal mi interés, seré castigado por el arrepentimiento, no por los remordimientos. La desgracia podrá abrumarme y oprimirme, mas no por esto me envilecerá nada, si no es la consecuencia de algun vicio de mi alma.

»No por esto queremos renovar el estoicismo antiguo y decir al dolor: Tú no eres un mal. Nada de esto. Nosotros aconsejamos mucho evitar el dolor, tanto como se pueda, entender bien el interés de cada uno, huir la desgracia y buscar la dicha. Gran caso hacemos de la prudencia. Queremos sentar y establecer solemnemente que una cosa es la virtud y otra la dicha, que el hombre aspira necesariamente á esta última; pero que no está menos obligado á aspirar á la dicha que á la virtud, y que por consecuencia, al lado y sobre el interés bien entendido, existe una ley moral como la conciencia lo atestigua y como el género humano lo reconoce, una prescripcion imperiosa, á la que no se puede faltar voluntariamente sin crimen y sin afrenta.

»Cuarto. Si el interés no se da cuenta de la idea del deber, por una consecuencia necesaria no se da tampoco cuenta de la idea del derecho, pues el deber y el derecho se suponen recíprocamente.

»Es preciso que no confundamos el poder y el derecho.

»Un sér puede estar dotado de un inmenso poder, del poder del huracan, del poder del rayo, de cualquiera de las fuerzas de la naturaleza, si á esto no une la libertad, no es mas que una cosa formidable y terrible, pero no será ningun individuo, puede inspirar en el mas alto grado el temor ó la esperanza, pero nunca el derecho al respeto, pues no tenemos deberes para con él.

»El deber y el derecho son hermanos. La madre comun de ambos es la libertad. Nacen en un mismo dia, y se desenvuelven y perecen juntamente. Se podria decir que el derecho y el deber están incluidos uno en otro, y son un mismo sér con dos diferentes fases. ¿Qué es, en efecto, mi derecho respectivamente al derecho vuestro, sino el deber que teneis de respetarme á mí porque soy un sér libre? Pero vosotros sois tambien séres libres, y el fundamento de mi derecho y de vuestro deber vienen á ser para vosotros el fundamento de un derecho igual al mio, y de un deber igual tambien.

»Mas yo digo igual con la igualdad mas rigurosa, pues la libertad, y sólo la libertad es igual á sí misma. Todo lo restante es diverso; para todo lo restante difieren los hombres, pues la semejanza es aun diferencia. De la misma manera que no hay dos hojas que sean las mismas, no hay tampoco dos hombres absolutamente los mismos por el cuerpo, los sentidos, el espíritu y el corazon. Tampoco es posible concebir diferencias entre el libre albedrio de un hombre y el de otro. O soy libre ó no lo soy. Si soy libre, lo soy tanto como todos los hombres, y todos los hombres tan libres como yo. Aquí no hay términos medios. Un ente moral posee los mismos títulos que cualquier otro. La voluntad, que es la silla y asiento de la libertad, es la misma en todos los hombres. Puede tener á su servicio instrumentos diferentes, poderes diferentes y por consiguiente desiguales, ya materiales, ya espirituales. Pero los poderes de que dispone la voluntad, no son esta voluntad, pues no dispone de ella de una manera absoluta. El solo poder libre es este de la voluntad, pero aquel otro poder le es esencial. Si la voluntad reconoce leyes, estas leyes no pueden ser movibles; la idea de la justicia, por ejemplo, la voluntad reconoce esta ley, y al mismo tiempo tiene la conciencia de poder conformarse con ella ó infringirla, no haciendo lo uno sino con la conciencia de poder hacer lo otro y recíprocamente. Hé aquí el tipo de la libertad, y al mismo tiempo de la verdadera igualdad; cualquiera otra es una mentira. Mas no por esto se ha de deducir que sea una verdad el que todos los hombres tengan el derecho de ser igualmente ricos, bellos, robustos, de gozar igualmente, en una palabra, de ser igualmente dichosos, pues difieren originaria y necesariamente por todos los puntos de su naturaleza que corresponden al placer, á la riqueza y á la dicha. Dios nos ha hecho con poderes desiguales para todas estas cosas. Aquí la igualdad es contra la naturaleza y el órden eterno, pues la diversidad y la diferencia es lo mismo que la armonía, la ley de la creacion. Pensar en una semejante igualdad, es una equivocacion extraña, un extravío deplorable. La falsa igualdad es el ídolo de los espíritus y de los corazones malvados, y del egoismo inquieto y ambicioso. La verdadera igualdad acepta sin vergüenza todas las desigualdades exteriores que Dios ha hecho y que el hombre no puede borrar. La noble libertad nada tiene de comun con las furias del orgullo y de la envidia. Como no aspira á la dominacion, por lo mismo, y en virtud de este principio, no aspira á una igualdad quimérica de espíritu, de belleza, de fortuna y de goces. Por otra parte, si esta igualdad fuese posible, valdria muy poco á sus ojos; ella desea y aspira á otra cosa mucho mas grande que el placer, que la fortuna y

que el rango, á saber: el *respeto*. El respeto, un respeto igual al derecho sagrado de ser libre en todo cuanto constituye la personalidad humana; hé aquí lo que la libertad, y con ella la verdadera igualdad reclaman, ó por decirlo mejor, imperiosamente lo manda. Es preciso que no confundamos el respeto con los homenajes. Yo rindo homenaje al genio y á la belleza. Yo respeto solo á la humanidad, y en esta humanidad están comprendidas todas las naturalezas libres, pues todo lo que no es libre en el hombre, es extraño á él. El hombre es, pues, el igual del hombre, precisamente por todo lo que le constituye hombre, y el reinado de la verdadera igualdad no exige mas que el respeto que cada uno posee en sí; lo mismo el jóven que el viejo, el rico que el pobre, el sabio que el ignorante, la MUJER que el hombre, todo sér que tiene conciencia de sí mismo y de los actos que ejecuta. El respeto igual á la libertad comun es el principio á la vez del deber y del derecho, es la virtud de cada uno y la seguridad de todos, y por un admirable acuerdo, es á un tiempo la dignidad entre los hombres y la paz sobre la tierra. Tal es la grande y santa imágen de la libertad y de la igualdad, imágen que ha hecho latir nuestro corazon con ferviente entusiasmo, y por la que se apasionan los hombres virtuosos y esclarecidos, verdaderos amigos de la humanidad. Tal es el ideal que la verdadera filosofía sigue á través de los siglos desde los sublimes sueños de un Platon hasta las sólidas concepciones de un Montesquieu, desde la primera legislacion liberal de la mas pequeña ciudad de la Grecia hasta nuestra inmortal declaracion de los Derechos.

»La filosofía sensualista parte de un principio que la condena á consecuencias tan desastrosas, que las del principio de la libertad son muy benéficas. Confundiendo la voluntad con el deseo, justifica la pasion que es el deseo en toda su fuerza, la pasion que es precisamente la antítesis de la libertad. Desencadena lo mismo los deseos que las pasiones, quita todo freno á la imaginacion y al corazon, hace que los hombres se miren unos á otros con envidia ó menosprecio, y conduce incesantemente la sociedad hácia la anarquía ó hácia la tiranía. Y en efecto, ¿á dónde quereis que conduzca el interés seguido del deseo? Ciertamente que mis deseos son los de ser lo mas dichoso posible. Mi interés me incita á serlo por todos los medios posibles, sean los que fueren, bajo la sola condicion de que no han de ser contrarios á su fin. Si por mi nacimiento ó por mi estirpe soy el primero de los hombres en riqueza, belleza y poder, yo haré todo cuanto esté de mi parte por conservar estas ventajas. Si la suerte me ha colocado en un rango poco elevado, con una mediana fortuna, con talentos limitados, pero con deseos inmensos, pues el deseo aspira siempre á lo infinito en todos los géneros, yo me esforzaré en salir de mi medianía, y procuraré aumentar mi poder, mi fortuna y mis placeres. Descontento del lugar y posicion que ocupo en este mundo, es verdad que sueño por cambiarlo, por trastornarlo todo sin ningun entusiasmo ni fanatismo político; pero si el interés solo no produce estas nobles locuras, su aguijon incita incesantemente á la vanidad y á la ambicion. Vedme ya llegado al colmo de la fortuna y del poder; el interés reclama entonces la seguridad como antes invocaba la

agitacion. El interés por la seguridad me lleva de la anarquía al amor por el órden; por mas que el órden sea en provecho mio, yo seria tirano, si pudiese, ó adulador servil de los tiranos. Contra la anarquía y la tiranía, estos dos azotes de la libertad, la sola defensa y amparo es un sentimiento universal del derecho, fundado sobre la firme distincion entre el bien y el mal, lo justo y lo útil, lo honesto y lo agradable, la virtud y el interés, la voluntad y el deseo, la sensacion y la conciencia.

»Quinto. Señalemos aun una de las consecuencias necesarias de la doctrina del interés.

»Un sér libre, estando en posesion de la regla sagrada de la justicia, no puede violarla impunemente sabiendo que puede y debe seguirla, y que de no hacerlo así será castigado. La idea del castigo no es una idea artificial debida á los profundos cálculos de los legisladores, sino que las legislaciones descansan en esta idea natural de la pena. Esta idea correspondiendo á la de libertad y de justicia omite necesariamente las dos primeras. Aquel que obedece, y que obedece fatalmentc á sus deseos, á los atractivos del placer y de la dicha, suponiendo que haga sin ningun otro motivo que su interés á un acto conforme exteriormente al menos con las reglas de justicia, ¿tiene algun mérito por haber hecho una accion semejante? Ciertamente que no. La conciencia no le atribuye ningun mérito; ni se lo agradece, ni se lo recompensa, pues semejante individuo no ha pensado mas que en sí mismo y no ha obrado sino conforme á su interés. Por otra parte, si daña ó perjudica á otros queriendo servirles, no se siente culpable, y por este hecho nadie puede decir que merecen castigo. Un sér libre que tiene conciencia de lo que ejecuta, que tiene una ley con la que se puede conformar ó infringir, es él solo responsable de sus actos. Pero, ¿qué responsabilidad puede haber en la ausencia de la libertad y de una regla de justicia reconocida y aceptada? El hombre dado á la sensacion y al deseo, tiende á su propio bien bajo la ley del interés como una piedra es atraida al centro de la tierra por la ley de la gravitacion, como la aguja imantada mira siempre al Norte. El hombre puede engañarse en la prosecucion de su interés. En este caso, ¿qué tiene que hacer? A sus semejantes corresponde indicarle la senda del bien. En lugar de esto, se le castiga. ¿Y por qué, pregunto yo ahora? Por haberse engañado. Mas el engaño merece un consejo y no un castigo. El castigo, lo mismo que la recompensa, no tiene sentido moral en el sistema del interés. La pena no es mas que un acto de defensa personal de la sociedad, es un ejemplo que da para inspirar un saludable terror. Estos motivos son excelentes, si se añade que la pena es justa en sí, que es un mérito y que se aplica legítimamente á la accion consumada. Quitad esto, y los otros motivos pierden su autoridad y no queda sino un ejercicio de fuerza destituido de toda moralidad. Entonces no se castiga al culpable, se le hiere ó se le mata como se mata sin escrúpulo al animal dañino y nocivo. En ese caso el condenado no doblará la cabeza bajo la santa reparacion debida á la justicia, sino que lo hará al poder de los hierros, ó al golpe del hacha del verdugo. El castigo no seria una satisfaccion legítima, una expiacion que comprimiendo al culpable le reconcilia á sus propios ojos con el órden que ha

violado. Seria una tempestad á que no hubiese podido escapar, un rayo que cayera sobre él, y una fuerza mas poderosa que la suya. El aparato del castigo público no hay duda que obra y mucho en la imaginacion de los pueblos, pero no esclarece su razon, no habla á la conciencia, les intimida pero no les mejora. Por lo mismo la recompensa no es mas que un atractivo mejor juntado á los otros. Como propiamente hablando no existe el mérito, la recompensa es simplemente una ventaja que se desea, que se disputa y que se obtiene sin unirse ni juntarse á ninguna idea moral. De esta manera se degrada y se borra la gran institucion natural y divina de la recompensa de la virtud por la dicha y de la reparacion de la falta por un proporcionado sufrimiento.

»Podemos pues sacar la siguiente conclusion, sin temor ni miedo de que sea contradecida por el análisis ó la dialéctica: la doctrina del interés es incompatible con los hechos mas ciertos y con las mas íntimas convicciones de la humanidad. Añadamos á esto que esta doctrina no es menos incompatible con la esperanza de otra vida, en la que el principio eterno de justicia se realizará mucho mejor que en esta.

»No pretendemos investigar si la metafísica sensualista puede llegar á un Sér Infinito, autor del universo y del hombre. Estamos íntimamente persuadidos de que no puede llegar á este último principio. La razon de esto es óbvia, porque toda prueba de la existencia de Dios supone en el espíritu humano principios de los que la sensacion no se da cuenta, por ejemplo, el principio universal y necesario de las causas, sin el cual ni existirá el deseo de investigar, ni el poder de encontrar la causa de lo que sea esto. Todo lo que aspiramos á establecer y dejar aquí sentado es, que en el sistema del interés, no poseyendo el hombre ningun atributo verdaderamente moral, no tiene derecho para ver en Dios este don que no encuentra el hombre ni en el mundo ni en sí mismo. El Dios de la moral del interés, debe ser análogo al hombre de esta misma moral. ¿Cómo le atribuirá el hombre á Dios la justicia y el amor, este amor desinteresado del que el hombre no tiene la menor idea? El Dios que esta moral puede admitir, se ama á sí mismo, y no puede amar á otro que á él. Y recíprocamente, no considerando á Dios como el principio supremo de la caridad y de la justicia, ni podemos amarle ni honrarle, y el solo culto que podemos tributarle es aquel temor que su omnipotencia nos inspira.

»¿Qué santa esperanza podríamos fundar nosotros en un Dios semejante? Y los que hemos vivido algun tiempo sobre la tierra, no pensando mas que en nosotros mismos, no buscando sino el placer ó una dicha miserable, ¿qué sufrimientos noblemente soportados por la justicia, qué esfuerzos generosos para mantener y desenvolver la dignidad de nuestra alma, qué virtuosas ternuras para con otras almas podremos ofrecer al padre de la humanidad como títulos á su justicia misericordiosa? El principio que mejor persuade al género humano de la inmortalidad del alma, es el principio necesario del mérito y del demérito, que no encuentra en este mundo su satisfaccion, y debiendo encontrarla nos inspira la idea de apelar á un Dios que no ha puesto en nuestros corazones la ley de la justicia para que la violemos á nuestro antojo.

»Acabamos de ver á la moral del interés destruyendo el principio del mérito y del demérito en este mundo y fuera de él. Así, ninguna mirada hácia lo alto, ninguna apelacion á un Juez Omnipotente, justo y bueno contra los azares de la suerte y las imperfecciones de la justicia humana. Todo se acaba para el hombre entre su nacimiento y su muerte, á pesar de los instintos y presentimientos de su corazon y aun de los principios de su razon.

»Puede que los discípulos de Helvecio se glorien de haber libertado á la humanidad de temores y de esperanzas que la desviaban de sus verdaderos intereses. Seria esto un servicio muy apreciado por el género humano. Pero ya que limitan todo nuestro destino á este mundo, preguntémosles qué suerte nos reservan, qué órden social nos prescriben y qué política se deriva de su moral.

»Ya lo sabeis. Hemos demostrado ya que la filosofía sensualista no conoce ni la verdadera libertad, ni el derecho verdadero. Para esta filosofía ¿qué es la voluntad? El deseo. ¿Qué es entonces el derecho? El poder de satisfacer sus deseos. Sentado esto, el hombre no es libre, y el derecho estriba en la fuerza.

»Mas aun. Nada pertenece menos al hombre que el deseo. El deseo proviene de una necesidad que el hombre no ha creado, pero que el hombre siente. Reducir la voluntad al deseo es aniquilar la libertad, es peor aun, es ponerla donde no debe estar, es crear una libertad engañosa, que en último resultado no viene á ser otra cosa que un instrumento del crímen y de la miseria. Llamar al hombre á una libertad semejante es abrir su alma á deseos infinitos que le ha de ser imposible ver satisfechos. El deseo es ilimitado por naturaleza, y nuestro poder es por cierto bien limitado. Si estuviésemos solos en el mundo, podríamos satisfacer todos nuestros deseos. Pero tenemos que guardarnos consideraciones unos á otros, á pesar de sentir deseos inmensos ilimitados y diversos. Desde el punto en que nuestro derecho no es mas que la fuerza que reside en cada uno de nosotros, la igualdad de derechos es una quimera, todos los derechos serian desiguales, pues que todas las fuerzas son desiguales y no pueden nunca cesar de ser lo mismo. Entonces preciso nos seria renunciar á la igualdad como tambien á la libertad, pues si nos forjamos una falsa igualdad lo mismo que una falsa libertad, se obliga á la humanidad á que vaya en seguimiento de una quimera engañosa.

»Tales son los elementos sociales que la moral del interés entrega á la política. De semejantes elementos desafiamos á todos los políticos de la escuela sensualista que nos saquen un solo dia de libertad y de dicha para la especie humana.

»Desde el momento en que el derecho es la fuerza, el estado natural de los hombres entre sí es la guerra. Deseando todas las mismas cosas, necesariamente son enemigos, y en esta guerra, ¡desgraciados de los débiles! ¡desgraciados de los pobres de cuerpo! ¡desgraciados de los pobres de espíritu! los mas fuertes estarán en posesion del derecho. Ya que el derecho estriba en la fuerza, el débil deberá lamentarse de la naturaleza porque no le ha hecho fuerte, y no del hombre fuerte que usa de su derecho oprimiéndole. La debilidad llama en su ayuda á la astucia, y en esta lucha de la astucia y de la fuerza se combate á la humanidad.

»Sí, si no hay mas que deseos, pasiones, intereses con fuerzas diversas, en lucha los unos con los otros, la guerra, una guerra ya declarada y sangrienta, ya sorda y llena de bajezas, está en la naturaleza de las cosas. Ningun arte social puede cambiar esta naturaleza; puédese encubrir mas ó menos, pero reaparecerá siempre envuelta en su mentida legislacion. Soñar pues la libertad para séres que no son libres, la igualdad entre séres esencialmente diferentes, el respeto de los derechos para aquellos que no tienen ninguno y el establecimiento de la justicia sobre un fondo indestructible de pasiones enemigas, tal es el sistema del cual no pueden salir sino turbaciones sin fin y confusiones ilimitadas.

»No se puede romper este círculo fatal no engendrado por las metamorfósis de la sensacion y de que el interés no puede darse cuenta, pero que subsiste para el honor y para la salud de la humanidad. Estos principios son aquellos que el tiempo ha ido sacando poco á poco del Cristianismo para conducir mejor las sociedades modernas. Los encontrareis escritos en la gloriosa declaracion de los derechos, que ha roto para siempre toda dominacion arbitraria, toda dominacion injusta, toda dominacion tiránica. Están contenidos en la constitucion que nos rige, en nuestras leyes, en nuestras instituciones, en nuestras costumbres, en el aire que respiramos. Han servido á la vez de fundamentos necesarios á nuestra sociedad, y á la nueva filosofía, necesaria para el nuevo órden de cosas.

»Podreis preguntarme ahora cómo en el siglo pasado tantos espíritus distinguidos, tantas almas justas se han dejado seducir por un sistema que necesariamente habria de alterar todos sus sentimientos. Yo os responderé á esto diciéndoos que el siglo XVIII fué una reaccion inmoderada contra las faltas que hicieron tan tristemente célebre el fin del siglo anterior. Fueron estas faltas la revocacion del Edicto de Nantes, la persecucion de Post Royal, una estrecha y sospechosa devocion y la intolerancia unida á la hipocresía, su inseparable compañera. Estos excesos debieron producir excesos contrarios. Despues de la moda de la devocion vino la moda de la licencia (ambas, cada una en su punto, lo invadieron todo). De la corte descendieron á la nobleza, y del clero pasaron al pueblo. La licencia se apoderó de los mejores espíritus y aun del génio. Colocó una filosofía extraña, asaz mezquina, en lugar de la gran filosofía nacional, culpándola por no haber sido inconciliable con el Cristianismo. Un discípulo de Locke, á quien este hubiese reprobado ó reconocido, Condillac, reemplazó á Descártes, como el autor de *Cándida* y de la *Doncella* habia reemplazado á Corneille y á Bossuet, y como Boucher y Wanloo habian sucedido á Lesneur y Pouwin, eminentes génios de la pintura. La moral del placer y del interés fué la moral necesaria de esta época; mas no creamos que todas las almas llegaron á corromperse. Los hombres, dice Royen-Dollan, no son ni tan buenos ni tan malos como los principios que profesan, y de la misma manera que no hay escepticismo en las calles, aseguro que no hay espectador desinteresado de las acciones humanas que no se vea forzado á discernirlas como justas é injustas. El escepticismo no tiene sino una pálida luz ante los resplandores de esta viva luz interior que esclarece los objetos de la percepcion moral,

de la misma manera que la luz del dia esclarece los objetos de la percepcion sensible.

»No hay estóico que haya sido tan austero como el estoicismo, ni epicúreo tan enervado como el epicurismo. La humanidad conserva virtuosas teorías, y en revancha de esto, á Dios gracias, el instinto del corazon condena á la inconsecuencia al hombre que ha sido engañado por malvadas teorías. Así en el siglo XVIII, los sentimientos mas generosos y desinteresados resplandecen á menudo bajo el imperio de la filosofía sensualista y la moral del interés. Pero no por esto es menos verdadero que la filosofía sensualista es falsa, y que la moral del interés destruye tòda moralidad.

»Os ruego ¡oh jóvenes lectores! pues para la juventud escribimos, perdoneis lo largo de este tratado atendiendo á su importancia. Era necesario entablar un sério combate contra una moral radicalmente incompatible con aquella que debemos y queremos hacer penetrar en vuestro espíritu y en vuestras almas. Era preciso sobre todo despojar á esta moral de ese falso aire liberal que usurpa en vano. Esta moral es una moral de esclavos, y me remito á los tiempos en que ha dominado...»

Rebatido el principio del interés, creemos que con sólidas é incontestables razones, y vindicados los eternos y adorables principios de la moral única verdadera, la moral de la justicia, podemos aquí prescindir, amables lectoras, de fatigaros con la exposicion de otros pretendidos sistemas de moral, como la moral del sentimiento, la moral del mayor número, ó del interés de la mayoría, de la moral fundada por ciertos místicos en la sola voluntad divina, de la moral de solas las penas ó recompensas futuras, etc... Toda moral que no tenga por base eterna la justicia, sea de muchos contra uno, sea de uno contra muchos, es recusable, no puede servir de base á la buena educacion de vuestros hijos. Por lo tanto seguiremos exponiendo los sanos principios de la Moral de la Justicia con el autor á quien nos hemos referido.

«La crítica filosófica no se limita á discernir los errores de los sistemas, consiste sobre todo esta crítica en reconocer las verdades que estos sistemas contienen y separarlas cuidadosamente de los errores. Las verdades que se encuentran esparcidas en los diferentes sistemas, componen la verdad total que cada sistema expresa casi siempre solo por un lado. Así los sistemas que acabamos de examinar y refutar, contienen en algun modo, aunque divididos y opuestos los unos á los otros, todos los elementos esenciales á la moralidad humana. Solo nos falta unir de unos y otros los principios sanos que llevan para formar de este modo y constituir por entero el fenómeno ó sistema moral. Comprendida de esta manera la historia de la filosofía, prepara ó mejor, confirma el análisis psicológico, que es el que le presta su luz. Interroguemos pues nosotros en presencia de las acciones humanas, y recojamos fielmente, sin alterarles por ningun sistema preconcebido, las ideas y los sentimientos de todas clases que hace nacer en nosotros el espectáculo de las acciones.

»Hay acciones que nos son agradables ó desagradables, que nos favorecen ó nos

dañan, en una palabra, que afectan á nuestra alma ya de una manera, ya de otra, ora directa, ora indirectamente. Nos alegramos y nos regocijamos de aquellas acciones que nos son útiles; huimos y nos apartamos de aquellas otras que nos pueden dañar. Buscamos siempre y con afan nuestro interés.

» Hé aquí un hecho incontestable. Ved aquí otro que no lo es menos.

» Hay acciones que no tienen con nosotros relacion alguna, y por consecuencia, no podemos apreciarlas y juzgarlas basadas en nuestro interés, y entonces las calificamos de buenas ó malas.

» Supongamos que veis á un hombre fuerte por sí, y además bien armado, precipitarse furiosamente sobre otro hombre débil y desarmado, que le maltrata y concluye por matarlo, robándole además su dinero. Accion semejante, aunque no os atañe en manera alguna, ¿no os llenaria de indignacion? Haceis todo cuanto está de vuestra parte para detener al matador y entregarlo á la justicia, deseais que sea castigado, ya de una manera, ya de otra, creeis que es merecedor de castigo, y la indignacion que sentis no se apaciguará hasta que haya caido sobre el culpable el castigo proporcionado á la falta. Repito que en este caso ni temeis ni esperais nada por, ni para vosotros. Quiero colocaros en una fortaleza inaccesible, desde lo alto de la cual asistireis á esta escena de muerte. Es inútil, allí como en todas partes experimentareis los mismos sentimientos.

» Este ejemplo no es sino una grosera pintura de lo que pasa en vosotros á la vista de un crímen. Poned ahora de vuestra parte un poco de reflexion y un poco de análisis á los diferentes rasgos de que se compone esta pintura, sin desnaturalizarles, y tendreis toda una teoría filosófica.

» ¿Qué es esto que os hiere de repente en lo que sentis? No hay duda que es la indignacion y el horror instintivo. Hay pues en el alma un poder singular que se indigna, y este poder es extraño á todo interés personal. Hay pues en nosotros ciertos sentimientos instintivos, los cuales no mueren en nosotros mismos. Existe una antipatía, una aversion, un horror que, no solamente se refiere á lo que nos atañe, sino tambien á los actos, cuya desgracia, por lo lejana que se presenta, no nos puede alcanzar en manera alguna, y que nosotros detestamos por la sola razon de juzgarles malos.

» Sí, nosotros los juzgamos malos. Un juicio va envuelto en los sentimientos que acabamos de expresar. En efecto, en medio de la indignacion que os devora, sentis que toda esta generosa cólera tiende á vuestra organizacion particular y que despues toda la accion que pasa os es indiferente. Os indignais contra una explicacion semejante, creeis que la accion es mala en sí; no solamente expresais un sentimiento, sino que pronunciais un juicio. Al dia siguiente en que tuvo lugar una accion cualquiera, cuando los sentimientos que agitaban vuestra alma se hayan apaciguado, no por esto dejareis de juzgar que la accion fué mala, seis meses despues juzgareis de la misma manera, siempre pensareis lo mismo, y porque juzgais que una accion es mala en sí misma, formais este otro juicio: siendo mala no debia haberse hecho.

»Este doble juicio está en el fondo del sentimiento, y sin el cual el sentimiento careceria de razon. Si la accion no es mala en sí, si el que la hecho no estaba obligado á hacerla, la indignacion que sentís en ese caso no es mas que un movimiento físico, un fenómeno destituido de todo carácter moral, como la turbacion que sentís ante cualquier horrenda escena de la naturaleza. Razonablemente no podeis querer al autor de una accion indiferente. Todo sentimiento de indignacion contra el autor de una accion supone en aquel que lo siente esta doble conviccion. Primero: Que la accion es mala en sí misma. Segundo: Que no debia haber sido hecha.

»Este sentimiento supone tambien que el autor de esta accion tiene conciencia del mal que hace y de la obligacion que ha violado, pues sin esto hubiera obrado como una fuerza brutal y ciega, no como una fuerza inteligente y moral, y nosotros no hubiéramos sentido contra él mas indignacion que contra una piedra arrojada á nuestra cabeza ó contra el torrente que nos lleva al abismo.

»La indignacion supone igualmente en aquel que es su objeto otro nuevo carácter, á saber: que es libre (el que ha cometido una accion) y que podia hacerla ó no hacerla. Es preciso que el agente sea libre para ser responsable.

»Quereis que se detenga al matador y que se le entregue á la justicia, despues de esto, quereis que se le castigue, y cuando se ha verificado el castigo, quedais satisfechos. Y ¿esto qué es? ¿Es acaso algun caprichoso movimiento de la imaginacion ó del corazon? No. Calmados ó indignados, en el momento en que se comete el crímen ó mucho tiempo despues, sin ningun espíritu de venganza personal, pues que sois los menos interesados en este negocio, pronunciarán vuestros labios la misma sentencia. Si en lugar de recibir castigo, logra el culpable escapar á él, direis aun que lejos de ser dichoso, merece sufrir en reparacion de su falta, protestareis contra la suerte y apelareis á una justicia superior. Este juicio ha sido llamado por los filósofos juicio del mérito ó del demérito, y supone en el espíritu del hombre la idea de la suprema ley que une la dicha á la virtud, y la desgracia al crímen. Quitad la idea á esta ley y quedará sin fundamento el juicio del mérito y del demérito. Quitad este juicio y la indignacion contra el crímen dichoso y contra la virtud desconocida será un sentimiento irracional, y nunca á la vista de un crímen pensareis pedir el castigo del criminal.

»Tenemos pues ya todas las partes del fenómeno moral; todas estas partes son hechos tan ciertos los unos como los otros, quitad uno solo y trastornareis enteramente el fenómeno total. La observacion mas vulgar atestigua todos estos hechos y la lógica menos sutil fácilmente descubre su lugar. Ó se reniega del sentimiento, ó se confiesa que el sentimiento encubre un juicio, el juicio de la distincion esencial entre el bien y el mal, esta distincion entraña una obligacion, y esta obligacion se aplica á un agente inteligente y libre, y es preciso, en fin, reconocer y confesar que la distincion entre el mérito y el demérito, que corresponde á la del bien y del mal, contiene el principio de la armonía natural de la virtud y la dicha.

»¿Qué es lo que hemos hecho hasta aquí? Hemos procedido lo mismo que un físico ó que un químico que someten al análisis un cuerpo compuesto y lo descom-

ponen en sus mas simples elementos. La sola diferencia que existe aquí es que el fenómeno al que se aplica nuestro análisis, está en nosotros en lugar de estar fuera de nosotros. Por otra parte, los procedimientos empleados son exactamente los mismos, no hay aquí ni sistema ni hipótesis, no hay mas que experiencia y su induccion mas inmediata.

» Para representar la experiencia mas cierta podemos variarla. En lugar de examinar lo que pasa en nosotros cuando somos espectadores de las buenas ó malas acciones de un sér, interroguemos nuestra propia conciencia cuando practicamos el bien ó cuando obramos mal. En este caso los diversos elementos del fenómeno moral son mas sencillos aun.

» Supongamos que un amigo mio, antes de su muerte, me confia un depósito mas ó menos considerable, encargándome lo remita á una persona que me designa solamente á mí, y que esta misma persona no tiene conocimiento alguno de la donacion. Mi amigo, cûyo depósito me entregó, muere y con él el secreto; la persona á quien (segun la voluntad del difunto) he de entregar dicho depósito nada sabe, por consiguiente, si yo quiero apropiarme esta cantidad, nadie podrá sospechar cosa alguna. Ante todas estas consideraciones ¿qué es lo que debo hacer? Es muy difícil imaginar circunstancias que sean mas favorables al crimen; sino consulto mas que al interés, al placer, al sentimiento, no debo titubear en retener el depósito; si titubeo en el sistema del interés, soy un insensato en contradiccion con la ley de mi naturaleza. La duda solo seria en mí una falta alevosa, y en la impunidad que tengo segura, constituye un principio diferente del interés.

» Pero naturalmente yo no dudo, yo creo con la mas entera certidumbre que el depósito confiado á mi probidad no me pertenece, que se me ha confiado para ser remitido á otra persona, y á esta otra persona es á quien pertenece. Quitad el interés, y yo no pensaré ya en retener este depósito; luego solamente el interés es el que me tienta. Tiéntame, pero encuentro en mí una resistencia y de aquí la lucha entre el interés y el deber, lucha llena de turbaciones, de resoluciones contrarias, sucesivamente apreciadas y abandonadas, y esta lucha enérgicamente atestigua la presencia de un principio de accion diferente del interés y al menos tan poderoso como este.

» Sucumbe el deber, queda victorioso el interés. Violo el depósito que me ha sido confiado, le aplico á satisfacer mis deseos y las necesidades de mi familia; y si soy dichoso en apariencia, sin embargo en mi interior sufro y padezco horriblemente, y este amargo y secreto sufrimiento es designado con el nombre de remordimiento. El hecho es cierto, mil veces ha sido descrito, todos los idiomas contienen esta palabra, no hay individuo que en mayor ó menor grado no haya experimentado esta picante mordedura que siente el corazon al cometer una falta ya grande ya pequeña y que dura hasta tanto que se la expie. Este doloroso recuerdo me sigue continuamente aun en medio de la prosperidad y de los placeres. Los aplausos de la multitud no son capaces de hacer callar este inoxerable testimonio. Una larga costumbre del vicio y del crimen, una acumulacion de faltas frecuentemente reno-

vadas da lugar á este sentimiento vengador y reparador juntamente. Cuando se ahoga, es perdido todo remedio, y mientras dura no se ha apagado del todo este fuego del alma.

» Los remordimientos son una especie de sufrimientos de un carácter enteramente particular. En el remordimiento no sufro yo á causa de tal ó cual impresion hecha sobre mis sentidos, ni en mis naturales pasiones contrariadas, ni en mi interés herido ó amenazado, ni por la inquietud de mis esperanzas ó por las angustias de mis temores. No, yo sufro sin ningun motivo que venga fuera de mí, y sufro por lo tanto de la manera mas cruel y penosa. Sufro por la sola razon de que mi conciencia me acusa de haber cometido una mala accion, que sabia que no debia haber hecho, que hubiera podido muy bien excusarme de hacer, y que deja en pos de sí un merecido castigo. Ningun exacto análisis pueden sentir los remordimientos sin que se destruya uno solo de estos elementos. El remordimiento confirma la idea de lo bueno y de lo malo, de una ley obligatoria, de la libertad, del mérito y del demérito. Todas estas ideas estaban ya en la lucha entre el bien y el mal, y ahora reaparecen en los remordimientos. En vano el interés me aconsejaria violar el depósito que me habia sido confiado, alguna cosa me decia y me dice aun que violar un depósito es una mala accion, es cometer una injusticia, y yo juzgaba así y juzgo ahora tambien, no en un dia sino siempre, no en determinada circunstancia, sino en todas las circunstancias. La persona á la cual debo remitir este depósito no tiene necesidad de él, y á mí me es muy útil; sin embargo, juzgo que un depósito debe ser respetado sin acepcion de personas, y la obligacion que me ha sido impuesta me parece inviolable y absoluta. Sometido á esta obligacion, me creo por esto solo con el poder de cumplirla; hay mas aun, yo tengo la conciencia directa de este poder, sé de la manera mas cierta que puedo guardar este depósito ó remitirlo á su legítimo dueño, y precisamente porque tengo la conciencia de este poder, juzgo que merezco ser castigado por no haber usado de él conforme debia. En fin, por lo mismo que tengo la conciencia viva de todo esto, siento este sentimiento de indignacion contra mí mismo, este sufrimiento del remordimiento que contiene y expresa en sí el fenómeno moral por entero.

» Segun las reglas del método experimental, hagamos la operacion inversa. Supongamos que á pesar de las sugestiones del interés, á pesar del punzante aguijon de la miseria, he remitido el depósito á la persona que se me habia designado; en lugar de la escena dolorosa que de otro modo pasaria en mi conciencia, pasa otra escena real aunque muy diferente de los remordimientos. Sé que he obrado bien, sé que no he obedecido á una quimera, á una ley artificial y engañosa, sino á una ley verdadera, universal, obligatoria para todos los séres inteligentes y libres. Sé que he hecho un buen uso de mi libertad, gozo de esta libertad por el mismo uso que he hecho de ella, y parece que sienta en mí un sentimiento mas enérgico y, en alguna manera, triunfante. La opinion pública extraviada me acusará en vano, yo apelaré á una justicia mejor, y ya esta justicia se declara en mí por los sentimientos que se presentan en mi alma. Yo me respeto, me estimo, creo que tengo derecho á

que me respeten los demas, poseo el sentimiento de mi dignidad, yo no siento para mí sino sentimientos afectuosos opuestos á la especie de horror que antes me inspiraba á mí mismo. En lugar de los remordimientos, siento una alegría incomparable que nadie me puede quitar. Este sentimiento de placer es tan penetrante y profundo como antes lo habian sido los remordimientos. Representa la satisfaccion de todos los principios generosos de la naturaleza humana, de la misma manera que el remordimiento representaba la indignacion. Es atestiguado por la dicha interior, que me produce, del sublime acorde de la felicidad y la virtud, mientras que el remordimiento es el primer anillo de esta cadena fatal, de esta cadena de bronce que, segun Platon, une la pena á la falta, la confusion á la pasion, la miseria á la desesperacion, el vicio al crímen.

» El sentimiento moral es el eco de todos los juicios morales y de la vida moral por entero. Es tan evidente que ha podido bastar á los ojos de un análisis un poco superficial para fundar toda la moral, y sin embargo, nosotros acabamos de verlo, este admirable sentimiento nada seria sin juicios diversos que acabamos de enumerar, estos son la consecuencia y el principio, les supone no les constituye, les resume no les reemplaza.

» Ahora que estamos ya en posesion de todos los elementos de la moralidad humana, vamos á tomar uno á uno estos diversos elementos y someterlos á un detallado análisis.

» Lo que hay de mas aparente en el fenómeno complexo que estudiamos es el sentimiento, pero su fondo es el juicio.

» El juicio del bien y del mal es el principio de todo lo que sigue, pero no descansa sino en la constitucion misma de la naturaleza humana, de la misma manera que el juicio de lo verdadero y el juicio de lo bello. Así como estos dos juicios, el juicio de lo bueno es un juicio simple, primitivo, indescomponible.

» Como los dos anteriores juicios, tampoco es arbitrario. Nosotros no podemos formar este juicio en presencia de ciertos actos, y por lo tanto no sabemos que constituya el bien ó el mal, pero si que le declara. La realidad de las distinciones morales nos es revelada por este juicio; pero este es independiente como la belleza es independiente del ojo que la percibe, como las verdades universales y necesarias son independientes de la razon que las descubre.

» El bien y el mal son caractéres reales de las acciones humanas, bien que estos caractéres no puedan ser ni vistos por nuestros ojos, ni tocados por nuestras manos. Las cualidades morales de una accion no son menos ciertas para no poder ser confundidas con las cualidades materiales de esta accion. Ved aquí por qué acciones materiales idénticas pueden ser moralmente muy diferentes. Un muerto es siempre un muerto; sin embargo, si esta muerte es un crímen, puede ser tambien una accion legítima; por ejemplo, cuando se ejecuta no en venganza ni por interés alguno, sino en el caso riguroso de la defensa personal. No es la sangre vertida lo que constituye el crímen, es la sangre derramada de un inocente. La inocencia y el crímen, el bien y el mal, no residen en tal ó cual circunstancia exterior determinada una vez

por todas. La razon las reconoce con certidumbre bajo las apariencias mas diversas, lo mismo en circunstancias iguales que desemejantes.

»El bien y el mal aparecen unidos casi siempre á acciones particulares, pero no por esto el bien y el mal tienen nada de particular. Así, cuando yo digo que la muerte de Sócrates es una injusticia, y que el sacrificio de Leónidas es admirable, es la muerte injusta de un hombre sabio lo que yo condeno, es el sacrificio de un héroe lo que yo admiro. Nada importa que este héroe se llame Leónidas ó Guzman el Bueno, que el sabio inmolado se apellide Sócrates ó Séneca.

»El juicio del bueno se aplica á acciones particulares, y da origen á principios generales que nos sirven en seguida de reglas para juzgar todas las acciones del mismo género. Como despues de haber juzgado que tal fenómeno particular tiene una causa particular tambien, elevándonos despues á este principio general, todo fenómeno tiene su causa, de la misma manera exigimos en regla general el juicio moral que á propósito hemos conducido á un caso particular. Así, nosotros admiramos desde luego la muerte de Leónidas, y de aquí nos elevamos al principio de que es sublime el morir por la patria. Poseíamos ya el principio en su primera aplicacion á Leónidas, sin el cual el principio particular no hubiese sido legítimo; nosotros lo poseíamos implícitamente, bien pronto se descubre, aparécenos en su forma universal y pura, y entonces lo aplicamos nosotros á todos los casos análogos.

»La moral tiene sus acciones lo mismo que las demas ciencias, y estos axiomas se llaman con justo título en todas las lenguas *verdades morales*.

»Bueno es no faltar á la fé jurada, y esto además de bueno es verdadero. En efecto, está en la verdad de las cosas que el juramento prestado debe mantenerse siempre, pues no se presta con otro fin que este. Las verdades morales, consideradas en sí mismas, no tienen menos certidumbre que las verdades matemáticas. Dadme la idea de un depósito, yo os preguntaré en seguida si la de guardarle fielmente no va necesariamente unida á la primera como la idea de un triángulo se une necesariamente á la idea de que sus tres ángulos son iguales á dos ángulos rectos. Es cierto que podeis violar un depósito; pero al violarle no cambiareis la naturaleza de las cosas, ni hareis que en sí un depósito puede volverse una propiedad. Estas dos ideas se excluyen. No tendreis sino una falsa sombra de propiedad, y todos los esfuerzos de las pasiones y todos los sofismas del interés no trastornarán esenciales diferencias. Ved aquí porqué la verdad moral es tan molesta, es que como toda verdad *ella es lo que es*, y no se doblega jamás á ningun capricho. Siempre la misma y siempre presente, mal que nos pese á nosotros, condena inexorablemente con una voz siempre oida, mas no siempre escuchada, la voluntad insensata y culpable que cree destruirla negándola, ó mejor, fingiendo negarla.

»Las verdades morales se distinguen de las otras verdades por este carácter singular; tan luego como las percibimos, aparécensenos como la regla y norma de nuestra conducta. Si es verdad que un depósito se hace para remitírselo á su legítimo dueño, es preciso que se le remita. A la necesidad de creer se une aquí la necesidad de practicar.

»La necesidad de practicar es la obligacion. Las verdades morales, necesarias á los ojos de la razon, son obligatorias para la voluntad.

»La obligacion moral como la verdad moral, que es su fundamento, es absoluta. Lo mismo que las verdades necesarias no son mas ó menos necesarias, así la obligacion no es mas ó menos obligatoria. Hay diferentes grados de importancia entre las obligaciones diversas, pero no existen grados en la misma obligacion.

»Si la obligacion es absoluta, es tambien inmutable y universal. Porque si la obligacion de hoy fuese diferente de la obligacion de mañana, si lo que es obligatorio para mí no lo fuese para los demas, la obligacion diferiria consigo mismo y seria relativa y contingente.

»Este hecho de la obligacion absoluta, inmutable, universal, es tan cierto y tan manifiesto á pesar de todos los esfuerzos de la doctrina del interés para oscurecerla, que uno de los mas profundos moralistas de la filosofía moderna particularmente admirado de este hecho, le ha considerado como el principio de toda la moral. Separando el deber del interés que le arruina, y del sentimiento que le enerva, Kant ha restituido á la moral su propio y verdadero carácter. Elevóse mucho en un siglo tan materialista como el de Helvecio, se elevó hasta la ley santa del deber, pero no subió todo lo alto que debia y no logró alcanzar la razon del deber.

»El bien para Kant es aquel que es obligatorio. Pero lógicamente, ¿de dónde se deriva la obligacion de cumplir un acto, sino de la bondad intrínseca de este acto? ¿No es porque repugna absolutamente en el órden de la razon que un depósito sea una propiedad que no se pueda apropiar uno de él sin cometer un crimen? Si un acto debe ser cumplido y otro no debe serlo, es que aparentemente hay una diferencia esencial entre estos dos actos. Constituir el bien sobre la obligacion en lugar de fundar la obligacion sobre el bien, es, pues, tomar el efecto por la causa, es sacar el principio de la consecuencia.

»Si yo pregunto á un hombre honrado, que á pesar de las sugestiones de la miseria, ha guardado con respeto el depósito que le habia sido confiado, por qué ha obrado así, me responderá sin duda alguna, que tal era su deber. Si insisto y le pregunto porqué era su deber, sabrá contestarme muy bien diciéndome: «Porque esto era lo justo.» Al llegar aquí, ya no hay mas respuesta, y las cuestiones no pueden pasar de aquí. Desde el punto que se reconoce que el deber que nos es impuesto proviene de la justicia, el espíritu queda satisfecho, porque ha llegado á un principio mas allá del cual no hay ya nada que buscar. Las verdades primarias llevan consigo su razon de ser. Pero la justicia, la distincion esencial entre el bien y el mal en las relaciones de los hombres entre sí, es la verdad primera de la moral.

»La justicia no es una consecuencia, pues que no se puede remontar á otro principio mas elevado, y el deber no es, rigurosamente hablando, un principio, pues que él supone otro principio superior que le explica y le autoriza, á saber, la justicia.

»La verdad moral no es relativa, es subjetiva, (explicándonos en la lengua de

Kant), nos pareceria obligatoria si la verdad no nos pareciese necesaria, porque está en la naturaleza misma de la verdad y del bien que sea necesario buscar la razon de la necesidad de la obligacion. Pero si nos paramos en la obligacion y en la necesidad así como lo hace Kant, lo mismo en moral que en metafísica, sin saberlo, y aun contra nuestro propio deseo, se aniquilará ó al menos se debilitará la verdad y el bien.

»La obligacion tiene su fundamento en la distincion necesaria entre el bien y el mal, y ella misma es el fundamento lógico de la libertad. Si el hombre tiene deberes, es preciso que posea tambien la facultad de poderlos cumplir, de resistir al deseo, á la pasion y al interés para obedecer á la ley. Debe ser libre, pues es libre, ó la naturaleza humana se pone en contradiccion consigo misma. La certidumbre directa de la obligacion entraña la certidumbre correspondiente de la libertad.

»Esta prueba de la libertad, no hay duda de que es buena, pero Kant se equivoca creyendo que es la única prueba legítima. Es una cosa inaudita que Kant haya aquí preferido la autoridad del raciocinio á la autoridad de la conciencia, como si la primera no tuviese necesidad de ser confirmada por la segunda, como si despues de todo mi libertad no fuese un hecho para mí. Preciso es tener gran miedo al empirismo para desconfiar del testimonio de la conciencia, y despues de semejante desconfianza, preciso es tambien ser bien crédulo para poner una fé ilimitada en el raciocinio. No creemos nosotros en nuestra libertad de la misma manera que creemos en el movimiento de la tierra. La mas profunda persuasion que tenemos, proviene de la experiencia contínua que nosotros llevamos en nosotros mismos.

»¿No es verdad que en presencia de un acto cualquiera yo puedo querer ó no querer hacer este acto? Toda la cuestion reside aquí en la libertad.

»Distingamos bien el poder de hacer del poder de querer. No hay duda alguna que la voluntad tiene á su servicio y bajo su imperio la mayor parte de nuestras facultades; pero este imperio que es muy real, es tambien muy limitado. Quiero mover un brazo, es claro que puedo hacerlo; aquí reside un cierto poder físico de la voluntad, pero yo podré mover siempre un brazo si los músculos no están paralizados, si el obstáculo que á ello se opone es muy fuerte, etc.; la ejecucion no depende siempre de mí, lo que siempre depende de mí es la misma resolucion. Los efectos exteriores podrán estorbarme, pero á mi resolucion jamás. En su dominio propio, la voluntad es soberana.

»Y de este soberano poder de la voluntad, tengo yo conciencia cierta. Yo siento en mí antes de su determinacion, la fuerza que puede determinarse de tal manera ó de tal otra. Al mismo tiempo que quiero una cosa, tengo conciencia de poder querer lo contrario, tengo conciencia de ser dueño de mi resolucion, de poder acallarla, continuarla, ó reprenderla. El acto voluntario ha cesado, la conciencia del poder que le produce no cesa, y permanece con este poder que es superior á todas sus manifestaciones. La libertad es pues el atributo esencial y siempre subsistente de la voluntad.

»La voluntad, segun ya hemos visto, ni es el deseo ni la pasion, sino que es precisamente lo contrario de esto. La libertad de la voluntad no es pues el desenfreno de los deseos y de las pasiones. El hombre es esclavo en el deseo y la pasion, solamente es libre en su voluntad. No basta separar en Psicologia, para no confundirlas en otra parte, la anarquia y la libertad. *Las pasiones abandonadas á sus caprichos constituyen la anarquia. Las pasiones concentradas en una sola pasion dominante forman la tirania. La libertad consiste en el combate de la voluntad contra esta anarquia y contra esta tirania.* Pero falta un objeto á este combate y este objeto es el deber de obedecer á la razon que es nuestra soberana verdadera, y á la justicia que la razon nos revela. El deber de obedecer á la razon es la ley propia de la voluntad, y la voluntad, cuanto mas se somete á esta ley, mas grande es. Nosotros no estamos en posesion de nosotros mismos mientras que á la dominacion del deseo, de la pasion, ó del interés la razon no oponga el contrapeso de la justicia. La razon y la justicia nos libertan del yugo de las pasiones sin imponernos ningun otro. Porque obedecerlas no es abdicar la libertad, es salvarla, es aplicarla á su legítimo uso.

»Está en la libertad y en la union íntima de la libertad con la razon y la justicia, que el hombre se pertenezca á sí mismo propiamente hablando. No es el hombre un sér personal sino es libre, si en su libertad no está dominado y esclarecido por la razon.

»Lo que distingue la personalidad humana de la simple cosa es singularmente la diferencia entre la libertad y su contraria. Una cosa es que uno no sea libre, por consecuencia de que no se pertenezca á sí mismo y entonces no poseerá mas que una individualidad numérica, simulacro imperfecto de la verdadera individualidad que es la personalidad humana.

»Una cosa que no se pertenece á sí misma, pertenece al primero que se apodera de ella (á no ser que pertenezca á otro dueño legítimo).

»Ninguna cosa es responsable de movimientos que no quiere y que ella misma ignora. Solamente la personalidad es responsable porque es inteligente y libre, y es responsable del uso de su inteligencia y de su libertad.

»Una cosa no tiene dignidad alguna; la dignidad va estrechamente unida á la personalidad humana.

»Una cosa no tiene ningun valor por sí, no tiene mas que el que le confiere la dignidad de la personalidad humana. Es un puro instrumento cuyo precio está en el uso que de él se haga.

»La obligacion implica la libertad. En donde no está la libertad no hay deber ni tampoco derecho alguno.

»Por lo mismo que existe en mí un sér digno de respeto tengo el deber de respetarle respetándome á mí mismo, y el derecho de hacerme respetar de los demas. Mi deber es la medida exacta de mi derecho. El uno está en razon directa del otro. Si yo no tuviera el sagrado deber de respetar lo que constituye mi persona, es decir, mi inteligencia y mi libertad, no tendria tampoco el derecho de defenderla contra

los que alentasen á ella. Pero como mi personalidad es santa y sagrada en sí misma, se sigue de aquí que, considerada con relacion á mí, me impone un deber, y considerada con relacion á los demas, me confiere un derecho.

»No me es permitido en modo alguno degradar la personalidad humana que soy yo mismo, abandonándome en brazos del vicio y del crímen, y así como no me es permitido degradarla yo mismo, tampoco puedo consentir que se vea degradada por los demas.

»Solamente es inviolable la personalidad humana, y lo es no solamente en el santuario íntimo de la conciencia, sino tambien en todas sus legítimas manifestaciones, en sus actos, en los productos de sus actos, y hasta en los instrumentos que se apropia.

»Aquí reside el fundamento de la santidad y el de la propiedad. La primera propiedad es la personalidad humana. Todas las demas propiedades se derivan de esta. Pensadlo bien. La propiedad en sí misma no tiene derechos, es el propietario, es la personalidad humana quien les imprime juntamente con su carácter, sus derechos y sus títulos.

»La personalidad no puede cesar de pertenecerse sin degradarse. Es inalienable en sí misma. La personalidad humana no tiene derechos sobre ella, y así es que no puede tratarse como una cosa, ni se puede vender, ni matarse, ni abolir de una manera ó de otra su voluntad libre y su razon que son sus elementos constitutivos.

»¿Por qué el tierno infante tiene ya algunos derechos? Porque andando el tiempo será un sér libre. ¿Por qué el viejo y aun el lôco tienen derechos? Porque han sido séres libres. La libertad se respeta hasta en sus primeros lugares ó en sus últimos vestigios. ¿Por qué el loco y el viejo no tienen todos los derechos que antes tenian? Porque han perdido la libertad. ¿Por qué se encadena á un enfermo furioso? Porque ha perdido la conciencia y no tiene libertad en sus actos. ¿Por qué la esclavitud es una abominable institucion? Porque es un atentado á lo que constituye la humanidad. Ved aquí porqué ciertos sacrificios extremos son faltas, alguna vez sublimes, y á nadie está permitido hacerlos y mucho menos aun mandarlos. No hay ningun sacrificio legítimo contra la esencia misma del derecho, contra la libertad, contra la justicia, contra la dignidad de la personalidad humana.

»No hemos podido hablar de la libertad sin indicar cierto número de nociones morales de la mas alta importancia, que contiene en sí la libertad y que las explica; pero no nos seria posible proseguir este desenvolvimiento á no ser que involucrásemos algo en el dominio de la moral pública y privada, objeto de subsiguientes consideraciones.

»Hemos llegado al último elemento del fenómeno moral: el juicio del mérito y del demérito. Al propio tiempo que juzgamos que un hombre ha hecho una accion buena ó mala, hacemos tambien este juicio tan necesario como el primero, á saber: que si este hombre ha obradô bien, merece una recompensa, y si mal un castigo. Con este juicio sucede lo mismo que con el juicio de lo bueno. Se puede expresar

por fuera de una manera mas ó menos viva, segun que esté unido á sentimientos mas ó menos enérgicos, ya sea solamente una disposicion benévola para el agente virtuoso, y desfavorable para el agente culpable, ya sea el entusiasmo ó la indignacion. Hay casos en que uno mismo ejecutaria el juicio que le merece tal ó cual accion, pero aun cuando se apagan los sentimientos, aun cuando el entusiasmo se enfria lo mismo que la indignacion, aun cuando el tiempo ó la distancia, os muestran una accion que os parezca indiferente, persistireis igualmente que antes en juzgar que el autor de esta accion merece una recompensa ó un castigo, segun sea la accion que haya hecho. Creeis que teneis razon en los sentimientos que sentís y, por apagados que estén, no por esto dejais de declararlos legítimos.

»El juicio del mérito y del demérito está esencialmente ligado al juicio del bien y del mal. En efecto, aquel que ejecuta una accion sin saber si es buena ó mala, no es acreedor á mérito ni á demérito por su accion. Le sucede lo mismo que á aquellos agentes físicos que cumplen, sin saberlo ni quererlo, lo mismo las obras mas beneficiosas para la humanidad que las mas destructoras. ¿Por qué no hay penas para los delitos involuntarios? Por la misma razon de que no son reputados como tales delitos. De aquí proviene que la premeditacion sea una causa tan grave en los procesos criminales. ¿Por qué el niño hasta cierta edad no es capaz de padecer sino penas ligeras? Porque en donde no existen las ideas del bien y de la libertad, faltan el mérito y el demérito, que son los únicos motivos que pueden originar la recompensa ó el castigo. El autor involuntario de un acto, que perjudique, es condenado á una indemnizacion que corresponde al mal causado, y no se le condena á una pena propiamente dicha.

»Tales son las condiciones del mérito y del demérito. Cuando estas quedan plenamente satisfechas, el mérito y el demérito se manifiestan, y aparece la recompensa y el castigo.

»El mérito consiste en el derecho natural que tenemos á ser recompensados; el demérito, en el derecho que tienen los otros de castigarnos, y, si se quiere, en *el derecho* que nos asiste de ser castigados. Esta expresion podrá parecer paradójica; sin embargo es verdadera. Un culpable que, abriendo los ojos á la luz del bien, comprenda la necesidad de la expiacion, no solamente por el arrepentimiento interior, sin el cual todo lo restante es vano, sino por un sufrimiento real y efectivo, tendrá el derecho de reclamar la pena que solamente puede reconciliarle con el órden. Tales reclamaciones no son tan raras. Criminales han existido que se han denunciado ellos mismos y se han ofrecido á la vindicta pública. Otros han preferido satisfacer á la justicia y no han querido recurrir al derecho de gracia que la ley coloca entre las manos del monarca, á fin de representar en el Estado la caridad y la misericordia, como los tribunales, la justicia. Prueba manifiesta, por tanto, de las raices naturales y profundas de la idea del castigo y de la recompensa.

»El mérito y el demérito reclaman imperiosamente como una deuda legítima la recompensa y el castigo; pero es preciso no confundir la recompensa con el mérito y la pena con el demérito, lo que daria lugar á confundir la causa con el efecto y el

principio con la consecuencia. Aun cuando la recompensa ó el castigo no se realicen, el mérito y el demérito subsisten. El castigo y la recompensa satisfacen al mérito y al demérito, pero no los constituyen. Suprímase toda recompensa y todo castigo; no por esto quedará suprimido el mérito y el demérito; al contrario, hágase desaparecer el mérito y el demérito, y desaparecerán sus legítimas consecuencias. Bienes y honores inmerecidos, no son mas que ventajas materiales, y la recompensa es esencialmente moral, siendo su valor independiente de la forma. Una de aquellas coronas de roble que los primeros romanos conferian al heroismo, tenia mas precio que todas las riquezas del mundo, puesto que era el emblema del reconocimiento y de la admiracion de un gran pueblo. Recompensar es dar por lo que se ha recibido. Aquel á quien se recompensa, ha debido satisfacer antes el importe, digámoslo así, de lo que recibe. La recompensa concedida al mérito es una deuda; la recompensa sin mérito es, ó una limosna, ó un robo.

»Sucede otro tanto con el castigo. Esta es la relacion que existe entre el dolor y la falta. En dicha relacion, y no en el dolor solo, se halla la verdad, así como la vergüenza de ser castigado.

»El crímen produce la vergüenza, y no el cadalso.

»Dos cosas necesitamos repetir sin cesar, porque son igualmente verdaderas: la primera que el bien es bien en sí mismo y debe realizarse cualquiera que sean las consecuencias; la segunda, que las consecuencias del bien no pueden dejar de ser buenas. La felicidad separada del bien, no es sino un hecho al cual no va unida ninguna idea moral; pero como efecto del bien, entra en el órden moral, y esta la perfecciona.

»La virtud sin felicidad, y el crímen sin desgracia, son una contradiccion, un desórden. La virtud supone el sacrificio, es decir, el sufrimiento; la justicia eterna dicta que ese sacrificio generosamente aceptado y soportado con valor, tenga por recompensa la felicidad misma que ha conseguido sacrificar. Por la misma razon, es de eterna justicia que el crímen sea castigado con la carencia de la felicidad culpable que ha tratado de sorprender.

»Ahora veamos: ¿esa ley que une el placer y el dolor al bien y al mal, cuándo y cómo se cumple y realiza? Acá abajo en la mayor parte del tiempo; porque el órden domina en atencion á que el mundo subsiste. ¿Pero el órden no suele turbarse? ¿y la felicidad y la desgracia, son acaso distribuidas siempre legítimamente entre la virtud y el crímen? El juicio absoluto del bien, el de la obligacion, el del mérito y del demérito existen inviolables é imprescriptibles, estamos convencidos de que Aquel que ha puesto en nosotros el sentimiento y la idea del órden, no pudiendo engañarse, tarde ó temprano restablecerá la santa armonía entre la virtud y la dicha por medios que á él solo pertenecen. El momento no ha llegado aun de sondear esas perspectivas misteriosas, que mas de lleno meditaremos luego ante la naturaleza y fin de la verdad moral.

»Terminaremos este análisis de las diferentes partes del fenómeno complejo de la moralidad, recordando la mas aparente de todas, que no es sino un adherente, un eco, por decirlo así, de las otras, el sentimiento.

» El sentimiento tiene por objeto hacer sensible al alma el lazo de la virtud y de la felicidad. Es la aplicacion directa y viva de la ley del mérito y del demérito, y se adelanta y autoriza las penas y las recompensas que la sociedad instituye. Viene á ser tambien el modelo interior sobre el cual, la imaginacion, guiada por la fé, se representa las penas y las recompensas de la mansion divina. El mundo que nosotros colocamos mas allá de este es en gran parte nuestro propio corazon trasportado al cielo.

» Dejarémonos aquí de repeticiones sobre el sentimiento, del cual hemos tratado ya; pero réstannos que hacer algunas observaciones como las siguientes.

» No podemos ser testigos de una buena accion, sea quien fuere el autor, ya otro ó nosotros mismos, sin experimentar un placer particular, análogo al que va unido á la percepcion de lo bello; y no nos es posible ser testigos de una mala accion sin experimentar un sentimiento contrario, análogo tambien al que excita la vista de un objeto feo ó deforme. Este sentimiento es profundamente diverso de la sensacion agradable ó desagradable.

» ¿Somos nosotros los autores de la buena accion? Entonces sentimos una satisfaccion que no podemos confundir con otra alguna. No nos anima en aquellos instantes el triunfo del interés ni del orgullo: es el placer de la honradez modesta ó de la virtud orgullosa que se hacen justicia. ¿Somos los autores de una accion mala?... Oimos gemir en el fondo de nosotros mismos á la conciencia ofendida; unas veces haciéndonos importunas reclamaciones; otras produciéndonos una amarga angustia. Los remordimientos mortifican en razon directa de la gravedad de la falta que nos ha hecho acreedores á ellos.

» El espectáculo de una buena accion hecha por otro, tiene algo de delicioso para el alma. La simpatía hace vibrar en nosotros todo cuanto hay de noble y generoso en los demas. Cuando el interés no nos desvia, nos colocamos naturalmente en el lugar del autor del bien, experimentamos en cierta proporcion los sentimientos que le animan, y nos elevamos á la altura en que él se encuentra. ¿No es ya para el hombre una singular recompensa el hacer pasar así al corazon de sus semejantes los nobles sentimientos que le impulsan á obrar él mismo? El espectáculo de una mala accion, en vez de la simpatía excita una antipatía involuntaria, un sentimiento lleno de pena y de dolor, aunque no tan agudo como el remordimiento. En la inocencia existe asimismo algo de pacífico y de sereno que atempera hasta el sentimiento de la injusticia, ya recaiga ésta sobre nosotros ó no. Se experimenta entonces cierta vergüenza por la humanidad, se gime por la debilidad humana, y por medio de un rodeo melancólico, se inclina uno menos á la cólera que á la piedad.

» Otras veces esta piedad se demuestra por medio de una cólera generosa ó por una indignacion desinteresada. En fin, siendo, como lo hemos dicho antes, una dulce recompensa el excitar una noble simpatía ó un entusiasmo febril en buenas acciones, es tambien un castigo cruel producir la piedad, ó dar lugar á la indignacion, á la aversion ó al menosprecio.

» La simpatía por una accion buena va acompañada de la benevolencia para con el autor de ella, el cual nos inspira una disposicion afectuosa. Muchas veces, aun sin conocerle, querríamos hacer bien y le deseamos la felicidad, porque juzgamos que la ha merecido. La antipatía pasa de la accion á la persona y engendra contra ella una especie de sentimiento malévolo, por el cual no nos reprendemos, puesto que lo sentimos desinteresado y lo juzgamos legítimo.

» La satisfaccion moral y el remordimiento, la simpatía, la benevolencia y sus contrarias afecciones, son sentimientos y no juicios; pero son sentimientos que acompañan á los juicios, y sobre todo, á los que formamos acerca del bien, del mérito y del demérito. Estos sentimientos nos han sido dados por el Soberano Autor de nuestra constitucion moral á fin de ayudarnos á realizar el bien. En su diversidad y en su moralidad no pueden constituir los fundamentos de la obligacion absoluta que debe ser igual en un todo, pero son poderosos auxiliares y benéficos testigos de la armonía entre la felicidad y la virtud.

» Estos son los hechos tales como nos los presenta una fiel descripcion, y tales como nos los ha evidenciado un detallado análisis.

» Fuera de los hechos todo es una quimera; sin su severa distincion, todo se confunde; pero tambien sin el conocimiento de sus relaciones, en lugar de una doctrina única y vasta como el fenómeno que resuelve, da múltiples resultados y por consiguiente, imperfectos, en oposicion los unos con los otros.

» Hemos tomado por punto de partida el sentido comun, porque siendo el objeto de la verdadera ciencia no el desmentirle, sino el explicarle, necesario nos ha sido para ello empezar por su reconocimiento. Además, hemos pintado en su mayor sencillez el fenómeno moral, y despues hemos separado sus elementos y señalado con cuidado los rasgos característicos de cada uno de ellos. Réstanos por consiguiente, sintetizar lo expuesto, es decir, reunir las partes esparcidas, apoderarnos de sus relaciones, y encontrar la unidad primitiva que nos ha servido de base, pero mas precisa y mas concreta.

» En todos los fenómenos, el análisis nos ha mostrado un hecho primitivo que no descansa sino sobre sí mismo, á saber: el juicio de lo bueno. No sacrificamos este en aras de los otros, pero haremos constar que es el primero en antigüedad é importancia.

» Por su profunda semejanza con el juicio de lo verdadero y lo bello, el juicio de lo bueno nos ha enseñado las afinidades de la moral, de la Metafísica y de la Estética.

» Lo bueno, tan esencialmente unido á lo verdadero, se distingue en que es la verdad práctica. Lo bueno es obligatorio, y estas son dos ideas inseparables, aunque no idénticas; la obligacion descansa sobre el bien, y en tal alianza íntima, es este quien toma prestado á aquella un carácter universal y absoluto.

» El bien obligatorio es la ley moral; en esto reside para nosotros su fundamento, y constituye una línea de division entre la moral del interés y la moral del sentimiento. Nosotros admitimos todos los hechos, pero no los admitimos en la misma categoría.

»A la ley moral en la razon humana, corresponde en accion la libertad. La libertad se deduce de la obligacion, siendo además un hecho de una evidencia irresistible.

»El hombre, la MUJER, como sér libre y sometido á la obligacion, es una persona moral. La idea de la persona contiene varias nociones morales, entre otras, la del derecho. Solamente la persona puede tener derechos.

»A todas estas ideas deben añadirse las del mérito y demérito que les sirven de sancion.

»El mérito y el demérito suponen la distincion del bien y del mal, la obligacion, la libertad, y dan nacimiento á la idea de recompensa y castigo.

»Hemos distinguido esta sensibilidad particular que existe en nosotros á consecuencia de la razon misma, de la sensibilidad física que necesita para entrar en ejercicio una impresion sobre los órganos.

»Todos nuestros juicios morales van acompañados de sentimientos que les corresponden, el aspecto de una accion que juzgamos buena, nos causa placer; el convencimiento de haber cumplido con un acto obligatorio, y de haberlo cumplido libremente, es tambien otro placer; el juicio del mérito y del demérito nos hace latir el corazon, tomando la forma de la simpatía y de la benevolencia.

»Preciso es confesarlo; la ley del deber, aunque debe cumplirse por sí misma, seria un ideal casi inaccesible á la debilidad humana, si á sus áusteras prescripciones no estuviese unido algun movimiento del corazon. El sentimiento es, en cierto modo, una gracia natural que nos ha sido dada ya para suplir las luces, algunas veces inciertas de la razon, ya para prestar socorro á la voluntad vacilante en presencia de un deber oscuro y penoso. Es necesario, para resistir á la violencia de las pasiones culpables (por su extravío) el socorro de las pasiones generosas; cuando la ley moral exige el sacrificio de sentimientos naturales, de instintos dulces y vivos, puede el hombre apoyarse en otros sentimientos, en otros instintos que tambien poseen su encanto y su fuerza. La verdad alumbra al entendimiento; el sentimiento abrasa el alma, y nos impulsa á obrar. No es, no, la fria razon la que determina á un Arras á arrojar bajo el hierro del enemigo el grito generoso que le ocasiona la muerte y salva su ejército. Guardémonos bien de debilitar la autoridad del sentimiento; honremos y respetemos el entusiasmo; él es el punto de partida de las acciones grandes y heróicas.

»¿El interés quedará completamente excluido de nuestro sistema? No; nosotros reconocemos en el alma humana un deseo de felicidad, que es la misma obra de Dios. Este deseo es un hecho; debe por tanto tener su lugar en un sistema fundado sobre la experiencia. La felicidad es uno de los fines de la naturaleza humana solamente que no es ni el fin único, ni el fin principal.

»¡Admirable economía de la constitucion moral del hombre! Su fin supremo es el bien, su ley, la virtud, que con frecuencia le impone el sufrimiento, convirtiéndole en la criatura mas excelente que conocerse pueda. Dicha ley es muy dura y se halla en contradiccion con el instinto de la felicidad. Pero no temamos: el Autor benéfico de

nuestro sér ha puesto en nuestra alma junto á la ley severa del deber, la dulce y amable fuerza del sentimiento, uniendo en general la dicha con la virtud, y, para las excepciones, porque las hay, colocando al fin de nuestro camino la esperanza.

»Ya es conocida nuestra doctrina. Su sola pretension consiste en expresar fielmente cada hecho, darlos á conocer todos, y poner de relieve al mismo tiempo sus diferencias y su armonía.

»Fuera de esto, nada hay de nuevo que exponer en moral. No admitir mas que un hecho y sacrificarse los restantes, tal ha sido el camino trillado. De todos los hechos que acabamos de analizar, no existe uno que no haya á su vez representado el papel de principio único. Todas las grandes escuelas de Filosofía moral no han visto mas que una parte de la verdad, cuando no han elegido entre los diferentes aspectos del fenómeno que nos ocupa, para apoyar su sistema; el que menos se presta á ello.

»¿Quién podria hoy volver á las teorías de Epicuro, y, contra los hechos mas manifiestos, contra el sentido comun, contra la idea misma de la moral, fundar el deber, la virtud, el bien, solamente sobre el deseo de la felicidad? Esto seria dar pruebas de poco ó ningun raciocinio. Al contrario; ¿seria posible sacrificar el deseo de la dicha, la esperanza de toda recompensa humana ó divina, ante la idea abstracta del bien? Los estóicos lo han hecho, y todo el mundo sabe con qué grandeza aparente y con qué impotencia real. ¿Encerraríamos con Kant toda la moral en la obligacion? Esto sería estrechar mas un sistema ya muy estrecho. Ó bien, siguiendo otro órden de ideas, ¿inferiríamos á la sola voluntad de Dios la obligacion de la virtud, y fundaríamos la moral sobre la religion en lugar de dar á la religion la moral como su conocimiento necesario? Con esto se renovaria la moral teológica de la Edad Media, ó mejor, la de una escuela particular que ha tenido por adversarios los mas ilustres doctores. En fin, ¿convertiríamos toda la moralidad en el sentimiento, y la simpatía en benevolencia? Volveríamos á seguir las huellas de Hutcheron y de Smith abandonadas por el mismo Reid.

»El tiempo de las teorías exclusivas ha pasado; renovarlas seria perpetuar la guerra en filosofía. Cada una de ellas, estando fundada sobre un hecho real, rehusa con razon el sacrificio de este hecho, y encuentra en las otras teorías un derecho igual, y una idéntica resistencia. De aquí la vuelta perpétua de los sistemas siempre en continua lucha, y unas veces vencido el que mas tarde es vencedor. Semejante estado no puede cesar sino por medio de una doctrina que concilie todos los sistemas, comprendiendo los hechos mas autorizados.

»No es, sin embargo, el deseo preconcebido de conciliar los sistemas en la historia lo que nos sugiere la idea de conciliar los hechos en la realidad. Al contrario, la plena posesion de hechos análogos y diferentes es lo que nos fuerza á absolver y á condenar todos los sistemas por la verdad contenida en cada uno de ellos y por los errores que todos confunden con la verdad.

»Importa mucho repetirlo sin cesar; nada es tan fácil como ordenar un sistema suprimiendo ó alterando los hechos que nos causen estorbo. Pero el objeto de la

filosofía ¿es producir á toda costa un sistema, ó buscar la verdad y expresarla tal cual sea?

»Se ha objetado que semejante doctrina no tiene bastante carácter. Mas ¿no parece cosa de juego el pedirle á la filosofía otro carácter que el de la verdad? ¿Se queja nadie de que la química moderna no tenga suficiente carácter porque se limite á estudiar lo hecho así en sus relaciones como en sus diferencias y no consiga llegar á una sustancia única? La verdadera filosofía, la que conviene á un siglo libre de exageraciones, es la de un cuadro de la naturaleza humana cuyo principal mérito sea la fidelidad en la copia de todos los rasgos del original en su justa proporcion y en su completa armonía. La unidad de la doctrina que nosotros profesamos se halla en la del alma humana; porque ¿no es un solo y mismo sér el que percibe el bien, el que se reconoce obligado á cumplirlo, el que sabe que es libre en este cumplimiento, el que ama lo bueno, y el que juzga que su realizacion trae su recompensa, y su violacion el castigo? Nosotros sacamos todavía una unidad verdadera de la relacion íntima de todos estos hechos, los cuales, como hemos visto, se sirven de apoyo los unos á los otros. Una unidad que consista en un simple principio, no es posible mas que en las regiones de la abstraccion matemática en donde no se preocupa la inteligencia con lo que es, en donde se simplifica el objeto que se estudia cuanto se quiere, y en donde todo se reduce á puras suposiciones. En la realidad todo es determinado y por consiguiente complejo. Una ciencia de hechos no es una série de ecuaciones, puesto que en ellas no se encuentra la vida con sus armonías, si bien se tropieza con su riqueza y su diversidad...

»Sabemos que existen, el bien y el mal moral: sabemos que esta distincion del bien y del mal engendra una obligacion, una ley, un deber, pero no sabemos todavía cuáles sean estos deberes. El principio general de la moral ha quedado establecido, y es preciso seguirle al menos en su grande aplicacion.

»Si el deber no es mas que la verdad obligatoria, y si la verdad no se conoce sino por medio de la razon, obedecer á la ley del deber es obedecer á la razon.

»Pero obedecer á la razon es un precepto muy vago, y muy abstracto. ¿Cómo aseguramos pues que nuestras acciones están ó no conformes con la razon?

»Siendo el carácter de la razon, como hemos dicho, la universalidad, la accion para hallarse conforme con aquella debe poseer algo de universal; y como es el motivo mismo de la accion, lo que le dá su moralidad, el motivo es el que debe, si la accion es buena, reflejar el carácter de la razon. ¿En qué caractéres conoceremos, pues, que una accion es buena? En que los motivos de la accion, debiendo estar generalizados, parecerán una máxima de legislacion universal, que la razon impondrá á todos los séres inteligentes y libres. Si no es posible generalizar así el motivo de una accion, y si es el motivo contrario lo que aparece como máxima universal, la accion, siendo opuesta á esta máxima, se estima en consecuencia como opuesta á la razon y al deber, es decir, como mala. Si, ni el motivo de la accion ni el motivo contrario pueden ser erigidos en ley universal, la accion no es ni buena ni mala, es indiferente. Tal es la medida ingeniosa que Kant ha aplicado á la

moralidad de las acciones, haciendo conocer con la mayor claridad en donde se halla el deber, y en donde se halla, á semejanza de la forma severa y desnuda del silogismo en sus aplicaciones al razonamiento que hace sobresalir del modo mas evidente, el error ó la verdad.

»Obedecer á la razon, tal es el deber en sí, deber superior á todos los otros, y cuyo fundamento establece en la relacion esencial entre aquella y la libertad. Se puede decir que no hay mas que un deber, el de ser razonable. Pero el hombre, sosteniendo diversas relaciones, hace que este deber, único y general, se determine y se divida en otros deberes particulares.

»De todos los deberes que conocemos, no hay otro con el cual estemos mas constantemente en relaciones que con nosotros mismos. Las acciones en las que el hombre es á la vez el autor y el objeto, tienen sus reglas como las otras. De aquí esa clase de deberes que se han llamado deberes del hombre consigo mismo.

»Al primer golpe de vista parece extraño que el hombre tenga deberes para consigo mismo. El hombre, siendo libre, se pertenece. Aquello que es mas mio, soy yo: hé aquí la primera propiedad y el fundamento de todas las otras. Luego la esencia de la propiedad, ¿no consiste en la libre disposicion del propietario, y por consiguiente en hacer yo de mí lo que me plazca?

»No; aunque el hombre sea libre, aunque se pertenezca á sí mismo, no debe deducirse por ello que tiene sobre sí un omnímodo poder. Al contrario, por la misma razon de que se halla dotado de libertad, como tambien de inteligencia, se deduce que no puede sin faltar, degradar ni la una ni la otra. Es hacer mal uso de la libertad, abdicarla. Ya lo hemos dicho: la libertad no tan solo debe ser sagrada para los otros, sino que debe serlo para uno mismo. Someterla al yugo de la pasion, en vez de acrecentarla bajo el régimen de la liberal disciplina del deber, es envilecer en nosotros lo que merece el mayor respeto, tanto nuestro como de los demas. El hombre no es una cosa, ni le está permitido tratarse como á tal.

»Si yo tengo deberes para conmigo mismo, no es en razon de mi individualidad, sino en razon de la libertad y de la inteligencia, que hacen de mí una persona moral. Es preciso distinguir bien en nosotros lo que nos es propio de lo que pertenece al género humano. Cada uno contiene en sí la naturaleza humana con todos sus elementos esenciales, y además todos estos elementos existiendo de cierta manera que no es la misma en dos hombres diferentes. Estas particularidades hacen el indivíduo, pero no la persona; y la persona solamente es respetable en nosotros y sagrada; porque ella tan solo representa á la humanidad. Todo cuanto no interese á la persona moral, es indiferente. Dentro de estos límites puedo consultar mis gustos, mis caprichos, porque allí lo que existe es arbitrario, y no afecta ni al mal ni al bien. Pero desde que un acto, sea el que quiera, menoscaba la persona moral, mi libertad queda sometida á su ley, es decir, á la razon que no permite á la libertad volverse contra ella misma. Por ejemplo; si por capricho, ó por melancolía, ó por otro motivo, sea el que fuere, me condeno á abstinencias excesivas, si me impongo insomnios demasiado prolongados y superiores á mis fuerzas, si renuncio absoluta-

mente á todo placer, y por medio de privaciones comprometo mi salud, mi vida, mi razon, estas no son acciones indiferentes. La enfermedad, la muerte, la locura, pueden ser crímenes, si somos nosotros los que voluntariamente nos las ocasionamos.

»Esta obligacion, impuesta á la persona moral de respetarse á sí misma, no soy yo quien la ha establecido, ni puedo, por consiguiente, destruirla. El respeto á uno mismo ¿se halla fundado en uno de esos convenios arbitrarios que dejan de existir cuando las dos partes contratantes renuncian á ellos libremente? ¿Los dos contratantes son aquí yo y yo mismo? De ningun modo; uno de los contratantes no soy yo, sino la humanidad, la persona moral. Y aquí no hay convenio ni contrato Por lo mismo que la persona moral reside en nosotros, nosotros estamos obligados para con ella, sin convenio de ninguna especie, y sin contrato que se puede anular por la naturaleza misma de las cosas. De aquí procede que la obligacion es absoluta.

»El respeto hácia la persona moral en nosotros, tal es el principio general de donde derivan todos los deberes individuales. Citaremos algunos.

»El mas importante, el que sobrepuja á los otros, es el deber de permanecer dueño de sí mismo. Se puede perder la posesion de sí mismo de dos maneras: ya dejándose arrastrar, ya dejándose abatir, ya cediendo á pasiones embriagadoras ó á pasiones enervantes, á la cólera ó á la melancolía. De una manera ó de otra, los efectos son los mismos. No hablaré de las consecuencias de estos dos vicios para la sociedad y para nosotros; seguramente que son muy perjudiciales, pero lo son mas porque son malos en sí, porque menoscaban la dignidad moral y oscurecen nuestra inteligencia.

»La prudencia es una virtud eminente. Hablo de esa noble prudencia que es la medida de todas las cosas, la prevision, la oportunidad que nos preserva de lo temerario que con frecuencia se encubre con el nombre de heroismo; así como el egoismo y la cobardía suelen usurpar las prerogativas de la prudencia. El heroismo sin ser razonado, debe siempre ser razonable. Se puede ser héroe por intervalos; pero en la vida de todos los dias basta ser prudente. Es preciso que uno mismo empuñe el timon de la nave de su existencia, que no se prepare dificultades por descuido ó por jactancia, ni se cree peligros inútiles. Sin duda alguna que es necesario saber arriesgarse; mas aun en estos casos, la prudencia continúa siendo, sino el principio, al menos la regla del verdadero valor, porque este no es un movimiento ciego, ante toda la sangre fria y la posesion de sí mismo en el momento del peligro.

»La templanza tambien nos la enseña la prudencia; ella mantiene al alma en esa ansiedad moderada, sin la cual la persona es incapaz de reconocer y de practicar la justicia. Hé aquí por qué los antiguos decian que la prudencia era madre y guardadora de todas las virtudes. La prudencia es el gobierno de la libertad por la razon; como la imprudencia es la libertad fuera del rádio de lo razonable; por una parte, el órden, la subordinacion legítima de nuestras facultades entre sí; por otra, la anarquía y la revolucion.

»La veracidad es tambien una gran virtud. La mentira, rompiendo la alianza

natural del hombre con la verdad, le quita lo que constituye su dignidad. Esta y la razon por la cual no hay insulto mas grave que el cargo que se hace á uno de haber mentido, y la razon por la cual las virtudes mas honorificas son la rectitud y la sinceridad.

»Se puede atentar contra la persona moral hiriéndola en sus medios. Bajo este aspecto, el cuerpo es para nosotros objeto de deberes inferiores. El cuerpo puede convertirse en un obstáculo ó en un medio. Si le rehusais lo que le sostiene y fortifica, ó si le exigis demasiado, excitándole en exceso, le anulais; y abusando, os podeis ver privados de él. Todavia es peor si le halagais, si le concedeis cuanto reclaman sus apetitos desenfrenados, si os haceis su esclavo. Es faltar al alma, debilitar á su servidor; es faltarle en mayor grado, hacerla esclava de él.

»Pero no es bastante respetar la persona moral, sino que es un deber el perfeccionarla, es un deber trabajar para entregar un dia el alma á Dios mejor que la recibimos, lo que no puede conseguirse mas que en virtud de un constante y valeroso ejercicio. Por todas partes, en la naturaleza, los séres se desarrollan espontáneamente, sin quererlo y sin saberlo. En el hombre, si la voluntad duerme, las otras facultades se enervan en la languidez y la inercia, ó, arrastradas por el movimiento ciego de la pasion, se precipitan y se extravian. Solo por medio del gobierno ó de la educacion de si mismo, es como consigue el hombre ser grande.

»La persona humana, hombre ó MUJER, debe ocuparse ante todo de su inteligencia. Es en efecto, esta la única que puede darnos la claridad necesaria para distinguir lo verdadero y lo bueno, guiar la libertad y mostrarle el objeto legítimo de sus esferas, de sus esfuerzos. Nadie puede dotarse de un talento distinto del que haya recibido, pero la inteligencia se modifica y fortifica como el cuerpo, trabajándola de cierta manera, animándola cuando es presa del sopor, conteniéndola cuando se desprende, cuando se desborda, proponiéndole sin cesar objetos que le sirvan de alimento, y teniendo presente que para que no se empobrezca es necesario facilitarle nuevas riquezas. La pereza embota y enerva el espíritu; el trabajo ordenado le excita y le da vigor, y ese trabajo se halla siempre en nuestro poder.

»Tambien existe una educacion de la libertad como de las otras facultades. Ya domando el cuerpo, ya gobernando la inteligencia, pero sobre todo resistiendo á las pasiones se aprende á ser libre. Este combate lo sostenemos á cada paso; por lo tanto, lo que debe hacerse es no rehuirlo. En esta lucha, la libertad se forma y engrandece hasta que se convierte en una costumbre.

»En fin, hay una cultura de la misma sensibilidad. ¡Feliz quien haya recibido de la naturaleza el entusiasmo del fuego sagrado! Su deber es conservarle. Mas no existe alma alguna que no posea alguno de estos felices veneros. En semejante caso, es preciso sorprenderle y seguirle; apartar lo que le encadene, buscar lo que le favorezca, y por una cultura asidua, sacar de él poco á poco algunos tesoros. Si no nos es posible dotarnos de sensibilidad, podemos al menos desarrollar la que poseamos, lo cual se consigue aprovechando todas las ocasiones de ponerla en actividad, y llamando en nuestro auxilio á la inteligencia, puesto que cuanto mas se conoce

lo bello y lo bueno tanto mas se ama. El sentimiento no hace con esto sino tomar prestado á la inteligencia lo que esta le devuelve con usura. La inteligencia encuentra á su vez en el corazon un baluarte contra los sofismas. Los nobles sentimientos, alimentados y desarrollados preservan de esos tristes sistemas que no agradan á ciertos espíritus sino por razon de la pequeñez de sus almas.

»El hombre tendria todavía otros deberes aunque dejara de estar en relacion con los otros hombres. A este propósito hemos expuesto en otra parte lo siguiente: «Las mayores, las mas difíciles virtudes, no se refieren directamente á los otros, se ejercen en nosotros y sobre nosotros. Ser dueño de sí, ordenar el alma y la vida, sobreponerse al orgullo, á la voluptuosidad, á la desesperacion, son actos de virtud mucho mas heróica que un movimiento de piedad, de generosidad y aun de bondad. Un tesoro dado á un pobre cuesta mil veces menos al corazon y pesa menos en la justicia eterna que un solo deseo ahogado y combatido...» Y en otro tratado hemos dicho contra la filosofía sensualista: «Definir la virtud diciendo que es una disposicion habitual á contribuir á la felicidad de los otros, es concentrar la virtud en una sola de sus aplicaciones; es suprimir un carácter general y esencial. En esto consistió el vicio de la moral del siglo XVIII. Por miedo al ascetismo, la filosofía del siglo XVIII olvidó el cuidado del perfeccionamiento interior y no consideró sino las virtudes útiles á la sociedad; lo que conducia á hacer abstraccion de muchas virtudes y quizás de las mejores. Tomo por ejemplo el imperio sobre sí mismo. ¿Cómo hacer de él una virtud cuando esta se ha definido diciendo que es *una disposicion á contribuir á la felicidad de los otros?* ¿Se pretenderá que el imperio sobre uno mismo es útil á los demás? Pero esto no siempre es verdadero; con frecuencia este imperio se ejerce en la soledad de nuestra alma, sobre movimientos internos y puramente personales, por lo que son mas penosos y desde luego mas sublimes. Huyamos á un desierto, y allí será para nosotros un deber resistir á las pasiones, ser dueños de nosotros mismos, gobernar nuestra vida como corresponde á un sér racional y libre. La inclinacion á hacer bien es una virtud adorable, pero no la virtud por completo, ni aun su empleo mas difícil. ¡Qué auxiliares no poseemos cuando se trata de hacer bien á nuestros semejantes! Pónese en accion la piedad, la simpatía, la inclinacion natural á lo bueno. Pero resistir al orgullo, á la envidia, combatir en el fondo de nuestra alma un deseo legítimo en sí, culpable acaso por su exceso, sufrir y luchar en silencio es la mision mas ruda del hombre virtuoso. Yo añado que las virtudes útiles á los demas tienen su garantía segura en las presonales que ha desconocido el siglo XVIII. ¿Qué son la bondad, la generosidad, el deseo de hacer bien sin el imperio sobre sí mismo, sin la fuerza del alma unida á la religion y al deber? Serán movimientos de una naturaleza privilegiada en favorables circunstancias. Suprimid estas y quizá los efectos desaparecerán ó disminuirán. Cuando un hombre que se siente razonable y libre comprende que es un deber el permanecer fiel á la libertad y á la razon, cuando se aplica á gobernar y á proseguir el perfeccionamiento de su naturaleza á través de todas las circunstancias, podeis tener confianza en ese hombre, pues sabrá ser útil á sus semejantes porque no hay verdadera perfeccion sin justicia ni sin caridad.

Del cuidado del perfeccionamiento interior se pueden sacar todas las virtudes útiles; pero la proposicion recíproca no es siempre verdadera. Se puede sentir inclinacion al bien sin ser virtuoso y jamas es posible llegar á la virtud sin amar el bien. Mientras conserva alguna inteligencia y alguna libertad, la idea del bien permanece en él y con él el deber. Aunque fuéramos arrojados á una isla desierta el deber nos perseguiria. Seria muy extraño que estuviese en el poder de ciertas circunstancias exteriores el desligar al sér inteligente y libre de toda obligacion para con su libertad y su inteligencia. En la soledad mas profunda se halla siempre y se siente el individuo bajo el yugo de una ley unida á la persona misma cuya ley, obligándole á velar sin descanso por sí mismo, constituye á la vez su tormento y su grandeza.

»Si la persona moral nos es sagrada no es porque resida en nosotros, sino por la única circunstancia de ser lo que es, respetable en sí, sin distincion de tiempo ni lugar.

»Ella reside en todos con los mismos títulos. Relativamente á mí, me impone un deber, en otro se convierte en el fundamento de un derecho, y por esta parte me impone un deber nuevo relativamente á ese.

»Yo debo á otro la verdad, como me la debo á mí mismo; porque la verdad es la ley de su razon como lo es de la mia. Sin duda que debe existir una medida en la comunicacion de dicha verdad; todos no son capaces de hacerse con ella en un mismo tiempo y en el mismo grado; es necesario que la proporcionen para que puedan recibirla, pero de todos modos la verdad será el bien propio de la inteligencia, y constituirá para mí un extricto deber de respetar el desarrollo del espíritu en otro, y no ponerle obstáculos, sino favorecerle en ese movimiento hácia lo verdadero.

»Yo debo tambien respetar la libertad de otro y muchas veces ni aun el derecho me asiste de impedirle que cometa una falta. La libertad es tan santa, que, aun cuando se desvie, merece, hasta cierto punto, ser respetada. Sin razon se quiere muchas veces prevenir el mal que Dios mismo permite. No se ha de echar en olvido que se puede corromper á las almas á fuerza de quererlas depurar.

»Yo debo respetar á otro en sus afecciones que forman parte de él mismo, y de todas ellas las mas santas son las de la familia. Sentimos frecuentemente una necesidad de extendernos fuera de nosotros, sin dispersarnos, estableciéndonos, por decirlo así, en algunas almas por una afeccion regular y consagrada; á esta necesidad es á la que responde la familia. El amor de los hombres es una cosa muy general. La familia es casi el individuo, y no es solamente él; no nos pide sino que amemos tanto como á nosotros mismos, lo que es casi uno mismo. Ella une á sus individuos los unos á los otros por vínculos dulces y fuertes que se establecen insensiblemente entre el padre, la madre y los hijos; ella dá al niño un socorro seguro en el amor de sus padres, y á estos una esperanza, una alegría, una vida nueva en el porvenir del tierno vástago. Atentar al derecho conyugal ó paternal es atentar á la persona en lo que tiene de mas sagrado.

»Yo debo respeto á los bienes de mis semejantes, porque son el fruto de su tra-

bajo; yo debo igualmente respeto al trabajo de otro, porque es su libertad en accion, y debo, por último, respeto tambien á los bienes de otro por cuanto han sido adquiridos por medio de la herencia, respetando así la libre voluntad de quien se los ha trasmitido.

»El respeto á los derechos ajenos se llama justicia; toda violacion de un derecho cualquiera es una injusticia.

»Toda injusticia es un atentado contra nuestra persona; restringir el menor de nuestros derechos es disminuir nuestra persona moral; ès, considerado solo bajo este aspecto, la degradacion personal al nivel de las cosas.

»La mas grande de todas las injusticias, porque las comprende todas, es la esclavitud. La esclavitud es el servilismo de todas las facultades de un hombre en beneficio de otro. El esclavo no desarrolla su inteligencia sino en interés ajeno, ya para hacerla mas útil, ya bajo otra mira cualquiera de provecho. Algunas veces, unido á la tierra se le vende con ella; otras, permanece encadenado á la persona de su señor. El esclavo no tiene afecciones, ni familia, ni esposa, ni hijos; tiene, sí, una hembra y pequeñuelos. Su actividad no le pertenece, porque el producto de su trabajo es de otro. Y para que nada falte á este estado deplorable del hombre, se suele ir mas léjos; se extinguen en él el sentimiento de la libertad, y toda idea de derecho; pues mientras esta idea subsiste, la esclavitud no se halla asegurada; y á un poder abominable puede contestar la terrible ley de insurreccion, razon última de los oprimidos contra los opresores.

»La justicia, el respeto de la persona en todo lo que la constituye; hé aquí el primer deber del hombre para con sus semejantes. ¿Y, este deber es el único?

»Cuando nosotros hemos respetado la persona de nuestros semejantes, y ni hemos restringido su libertad, ni comprimido su inteligencia, ni atentado contra su familia ni contra sus bienes, ¿podemos decir que hemos cumplido todos los deberes para con él? Un desgraciado se nos acerca lleno de sufrimientos. ¿Nuestra conciencia quedará satisfecha si nos convencemos de que no hemos contribuido á dichos sufrimientos? No; algo nos dice que debemos darle pan, prestarle socorro y consuelo.

»Hay aquí que establecer una importante distincion. Si hemos permanecido duros é insensibles á vista de la miseria de otro, nuestra conciencia clamará contra nosotros; y sin embargo, aquel hombre que sufre, que va á morir quizá, no tiene el menor derecho sobre la mas insignificante parte de vuestra fortuna, por inmensa que sea, y si recurriese á la violencia para arrancarnos un óbolo, cometeria una falta. El hombre puede recurrir á la fuerza para hacer respetar sus derechos, pero no puede imponer á otro un sacrificio cualquiera que sea. La justicia respeta ó restituye; la caridad da, y da libremente.

»La caridad nos priva de algo para cederlo á nuestros semejantes. ¿Puede llegar hasta inspirarnos la idea de renunciar á nuestros mas caros intereses? Si esto se realiza, se llama abnegacion.

»Ciertamente que no puede decirse hasta dónde llega la obligacion de ser caritativo; pero es necesario que esta obligacion sea tan precisa, tan inflexible como la

de ser justo. La caridad es el sacrificio; y ¿quién encontrará la regla del sacrificio, la fórmula para renunciar á sí propio? Para la justicia, la fórmula está clara, respetar los derechos de los otros; mas la caridad no reconoce ni regla, ni límite. Élla excede á toda obligacion, y su belleza consiste precisamente en su libertad.

» Preciso es reconocer tambien que la caridad tiene sus peligros. Tiende á sustituir la accion propia á la accion de aquel á quien quiere servir; hace desaparecer un poco su personalidad, y se convierte hasta cierto punto en providencia, ¡papel envidiable para un mortal! Para ser útil á los otros, impónese uno á ellos, y se corre riesgo de atentar contra sus derechos naturales. Sin duda que no nos está prohibido obrar sobre otro; podemos hacerlo siempre por medio de la exhortacion ó la súplica y tambien por medio de la amenaza cuando vemos á uno de nuestros semejantes comprometerse en una accion criminal ó insensata. Tenemos así mismo el derecho de emplear la fuerza cuando la pasion oscurece la libertad y hace desaparecer la personalidad. Así es como podemos y debemos impedir por la fuerza el suicidio de uno de nuestros semejantes. El poder legítimo de la caridad se mide sobre la mayor ó menor libertad, que deja su accion en aquél al cual se aplica. ¡Qué delizadeza no se necesita en el ejercicio de esta virtud! ¿Cómo apreciar con bastante certeza el grado de libertad que posee aun uno de nuestros semejantes, para saber hasta qué punto se puede sustituir en él la voluntad que gobierna su destino? Y cuando por servir á un alma débil, se apodera uno de ella, ¿quién está suficientemente seguro de sí mismo para no ir mas léjos, para no pasar del amor de la persona dominada al amor de la dominacion en sí? La caridad es con frecuencia el principio, la excusa y el pretexto de usurpaciones.

» Para tener el derecho de abandonarse á los movimientos de la caridad, es preciso que se asegure el individuo en el ejercicio de la justicia.

» Respetar los derechos de otro y hacer bien á los hombres; ser á la vez justo y caritativo, hé aquí la moral social en los dos elementos que la constituyen.

» Hablamos de la moral social, y no sabemos todavía qué es la sociedad. Miremos al rededor nuestro: por todas partes la sociedad existe, en donde ella no se halla, el hombre no es hombre, la MUJER, no es MUJER.

» La sociedad es un hecho universal que debe tener tambien raíces universales.

» Separemos la cuestion de orígen. La filosofía del último siglo se entretenia demasiadamente en esta clase de cuestiones. ¿Cómo pedir la luz á la region de las tinieblas y la explicacion de la realidad á una hipótesis? ¿Porqué remontarse á un pretendido estado primitivo para darse cuenta de un estado presente, que se puede estudiar en sus caractéres contestables? ¿Porqué buscar en el gérmen señales que son mas fáciles de distinguir en el estado de desarrollo? Por otra parte, hay un grave peligro en empezar por la cuestion de orígen de la sociedad. ¿Se ha encontrado en efecto tal ó cual orígen? Se suele ordenar la sociedad actual sobre el tipo de la sociedad primitiva que se ha soñado, y la ciencia política se ve entregada á merced de las novelas de la historia. Ésta imagina que el estado primivo era la violencia, y partiendo de este principio, autoriza el derecho del mas fuerte, y rinde

tributo al despotismo. El despotismo cree encontrar en la familia la primera forma de la sociedad, y asimila el gobierno á un padre de familia, y á sus vasallos, á los hijos. La sociedad es á sus ojos un menor, sobre el cual es necesario que ejerza cuidadosa tutela el poder paterno, que habiendo sido en su origen absoluto, debe permanecer tal. Tambien ha habido quien se ha decidido por la opinion opuesta y ha supuesto la existencia de un convenio, de un contrato que expresara la voluntad de todos, ó de la mayoría de los contratantes. Así se han entregado á la voluntad inconstante de las masas las leyes eternas de la justicia y los derechos inalienables del individuo. En fin, ¿se encuentran en la cuna de las sociedades estas instituciones religiosas? Algunos contestan que el poder corresponde á los sacerdotes, quienes poseen los secretos designios de Dios, y representan su autoridad soberana. Como se ve, un método vicioso en filosofía conduce á una política deplorable; se principia por una hipótesis y se concluye por la anarquía ó la tiranía.

» La verdadera política no depende de las investigaciones históricas mas ó menos bien dirigidas en la oscura noche del pasado, del cual no subsiste ningun vestigio; descansa sobre el conocimiento de la naturaleza humana.

» En todas partes en donde la sociedad existe, tiene por fundamentos; Primero: la necesidad que tenemos de nuestros semejantes y los instintos sociales que el hombre lleva en sí; Segundo: La idea y el sentimiento permanente é indestructible de la justicia y del derecho.

» El hombre débil é impotente, cuando se encuentra solo siente la necesidad del socorro de sus semejantes para desarrollar las facultades, para embellecer la vida, y aun para conservarla. Sin reflexion, sin convenio, reclama el brazo, la experiencia, el amor de aquellos que ve formados como él. El instinto de la sociedad se halla en el primer grito del niño que llama en su socorro á la madre sin saber que existe, y en el afan de la madre en contestar á los gritos del niño; se halla en los sentimientos que la naturaleza ha puesto en nosotros para con nuestros semejantes, como son la piedad, la simpatía y la benevolencia; se halla en la atraccion de los sexos, en la union, en el amor de los padres por los hijos, y en los vínculos de todas clases que los primeros engendran. Si la Providencia ha dotado de tanta tristeza á la soledad ó aislamiento, y á la sociedad de tantos encantos, no cabe duda alguna que es porque la sociedad puede considerarse como indispensable á la conservacion del hombre, á su dicha, y á su desarrollo intelectual y moral.

» Pero si la necesidad y el instinto son el fundamento del edificio social, la justicia lo termina y perfecciona.

» La presencia de otro hombre, sin ninguna ley exterior, sin ningun pacto, el que yo sepa que es hombre, es decir, un sér inteligente y libre, basta para que sepa tambien que tiene sus derechos, que debo respetar estos y que él debe respetar los mios. Desde luego nos reconocemos uno y otro derechos y deberes iguales. Si él abusa de su fuerza para violar la igualdad de nuestros derechos, sé que á la vez á mí me asiste el derecho de defenderme y de hacerme respetar; y si un tercero, mas fuerte que el otro y que yo, se encuentra presente sabe que, sin ningun otro interés personal en la

cuestion, tiene derecho y es su deber proteger al mas débil, y hasta hacer expiar al opresor su injusticia por medio del castigo. Hé aquí la sociedad entera con todos sus principios esenciales: la justicia, la libertad, el gobierno, la penalidad...

»La justicia, es la garantía de la libertad. La verdadera libertad no consiste en hacer lo que se quiere, sino en hacer aquello para lo cual se tiene derecho. La libertad de la pasion y del capricho tendria por consecuencia la esclavitud del mas débil respecto del mas fuerte, y la esclavitud del mas fuerte respecto de sus mismos deseos desenfrenados. El hombre no es verdaderamente libre en el interior de su conciencia sino resistiendo á la pasion y obedeciendo á la justicia; allí tambien existe el lujo de la verdadera libertad social. Nada mas falso que la opinion de que la justicia disminuye nuestra libertad natural; léjos de eso, ella la asegura y la desarrolla, y lo que reprime no es precisamente la libertad, sino la pasion. La sociedad no menoscaba en lo mas mínimo ni la libertad, ni la justicia, porque la sociedad no es otra cosa que la idea de la justicia puesta en accion.

»Asegurando la libertad, la justicia asegura tambien la igualdad. Si los hombres son desiguales por las fuerzas físicas y por la inteligencia, son iguales en calidad de séres libres, y por consiguiente, igualmente dignos de respeto. Todos los hombres, desde que llevan impreso el carácter de la personalidad humana, de la personalidad moral, son respetables bajo el mismo título y en el mismo grado.

»El límite de la libertad se encuentra en la libertad misma, el límite del derecho en el deber. La libertad debe ser respetada mientras que no dañe á los intereses de otro. Yo debo dejaros hacer todo cuanto os plazca; pero con la condicion de que nada de lo que hagais menoscabe mi libertad. Porque entónces, en virtud del derecho de esta me veré obligado á reprimir vuestros desmanes, haré proteger mi libertad y la de otros. La sociedad garantiza la libertad de cada uno, y si un ciudadano ataca la ajena, se le contiene en nombre de la expresada libertad. Por ejemplo: la libertad religiosa es sagrada; podemos, en el fondo de nuestra conciencia, forjarnos las mas extravagantes supersticiones; pero si queremos profesar un culto inmoral, amenazámos la libertad y la razon de nuestros conciudadanos y nuestros delirios deben sernos vedados.

»De la necesidad de reprimir nace la necesidad de una fuerza represiva constituida.

»En rigor, esta fuerza está en mí, porque si se me ataca injustamente, me asiste el derecho de defenderme. Pero desde luego puedo no ser el mas fuerte; en segundo lugar, nadie es juez imparcial en su propia causa, y lo que yo tengo ó considero como un acto de legítima defensa, puede ser un acto de insolencia y opresion.

»Así la proteccion de los derechos de cada uno reclama una fuerza imparcial que sea superior á todas las fuerzas particulares.

»Esta fuerza, este tercero exento de interés, dotado del poder necesario para asegurar y defender la libertad de todos, se llama gobierno.

»El gobierno representa los derechos de todos y de cada uno. Es el derecho de defensa personal trasportado de los individuos, frecuentemente incapaces de ejer-

cerlo ó que lo ejercerian mal á un poder preponderante, encargado de hacer de él un uso regular en interés de la libertad comun.

»El gobierno no es, pues, un poder distinto é independiente de la sociedad. Hé aquí lo que no han visto ciertas escuelas que vienen sacrificando la sociedad al gobierno, ó han considerado el gobierno como un enemigo de la sociedad. Si el gobierno no representara la sociedad, no seria sino una fuerza material ilegítima é impotente; y sin él, el cuerpo social se convertiria en una guerra continua de todos contra todos. De la sociedad recibe pues el gobierno el poder moral, así como el gobierno crea la seguridad de la sociedad. Pascal se equivoca cuando dice que no pudiendo hacerse lo que era justo, se hizo lo que constituia fuerza, cuando se ha hecho lo que es fuerte y lo que es justo. El gobierno, en principio al menos, es lo que deseaba Pascal, la justicia armada de la fuerza.

»Triste y falsa es la política que pone en oposicion la sociedad con el gobierno, la autoridad con la libertad, haciéndolas derivar de manantiales distintos, y presentándolas como dos principios contrarios. Oigo con frecuencia hablar del principio de autoridad como de un principio aislado é independiente, sacando de sí mismo fuerza y legitimidad, y por consiguiente hecho para dominar. No hay error mas absurdo ni mas peligroso. Se cree por medio de él asegurar el principio de autoridad, y lo que se consigue es quitarle su más sólido fundamento. La autoridad, es decir, la autoridad legítima y moral no es otra cosa que la justicia, y la justicia tambien no no es otra cosa que el respeto á la libertad, de manera que no hay aquí dos principios difererentes y contrarios, sino un solo y único principio de una certeza igual y de una igual magnitud bajo todas sus formas y en todas sus aplicaciones.

»La autoridad, dicen, viene de Dios: sin duda; pero ¿de dónde procede la libertad? De Dios, puesto que á Él es preciso referir todo cuanto hay de excelente y bueno sobre la tierra, y nada tan excelente como la libertad. La razon que en el hombre dirige la libertad le dirige á sí propio, y la primera ley que le impone es la de respetarse.

»La autoridad es tanto mas fuerte, cuanto su verdadera mision está mejor comprendida; y la obediencia es mas fácil, cuando en lugar de degradar, honra; cuando en lugar de asemejarse á la servidumbre es á la vez la condicion y garantía de la libertad.

»La mision, en fin, del gobierno es hacer reinar la justicia protectora de la libertad comun; de donde se sigue que mientras que la libertad de un ciudadano no menoscabe la libertad de otro se halla exenta de toda represion. Así las funciones de un gobierno no pueden ejercitarse contra la mentira, la intemperancia, la ociosidad, la avaricia, el egoismo, sino cuando estos vicios vienen á ser perjudiciales á otro. Necesario es no encerrar el gobierno en límites tan estrechos. El gobierno que representa la sociedad es tambien una persona moral, tiene corazon como el individuo, y generosidad, bondad y caridad. Hay hechos legítimos y universalmente admirados que no se explican sino se reducen las funciones del gobierno á la sola proteccion de los intereses y de los derechos de los ciudadanos. El gobierno debe en

cierta medida velar por el bienestar de los ciudadanos, desarrollar su inteligencia, fortificar su moralidad en interés del género humano. De aquí el derecho que tiene algunas veces el gobierno de usar de la fuerza para hacer bien á los hombres. Pero tocamos un punto muy delicado en que la caridad casi linda con el despotismo. Precisa es mucha inteligencia, mucha sabiduría en el empleo de un poder que puede convertirse en perjudicial.

»Veamos ahora bajo qué condiciones se ejerce el gobierno. ¿Le basta un acto de su voluntad para emplear á su antojo y en todas circunstancias el poder que se le ha confiado? Así es como debe ejercerse el gobierno en el estado naciente de la sociedad y en la infancia del arte de gobernar. Pero el poder ejercido por hombres puede desviarse de distintas maneras, ó por debilidad ó por exceso de fuerza. Es preciso pues una regla superior, una regla pública y conocida que sea una leccion para los ciudadanos y para el gobierno un freno á la vez que un apoyo. Esta regla se llama ley...»

»La conciencia.

»La ley.

»Ved ahí los dos grandes faros de la moral, fuera de cuyos radios va en tinieblas.

«La ley de las leyes es la justicia natural que no puede escribir, pero que habla á la razon y al corazon de todos. Las leyes escritas son fórmulas, en las que se trata de expresar, lo menos imperfectamente que se pueda, lo que exige la justicia natural en tales ó cuales circunstancias determinadas.

»La primera condicion, ó al menos una de las condiciones imperiosas de una buena ley, es la universalidad de su carácter. El legislador debe ante todo buscar de una manera abstracta y general lo que exija la justicia en todos los casos parecidos que puedan concebirse, á fin de que al presentarse uno de ellos sea juzgado segun la regla supuesta, sin ninguna excepcion de circunstancias, lugar, tiempo ó persona.

»Se llama derecho positivo el conjunto de estas reglas ó leyes que rigen en las relaciones sociales de los individuos. El derecho positivo descansa sobre el derecho natural que le sirve de fundamento, de medida y de límite. La ley suprema de toda ley positiva, es que no sea contraria á la ley natural; ninguna ley puede imponernos un deber falso, ni arrebatarnos un derecho verdadero.

»La sancion de la ley es el castigo. Ya hemos visto derivar la pena de la idea del demérito. En el órden universal, Dios solo se encarga de aplicar una pena á todas las faltas, sean las que fueren. En el órden social, el gobierno no se halla investido del derecho de castigar, sino para proteger la libertad, imponiendo una justa reparacion á los que la violan. Toda falta que no es contraria á la justicia y no menoscaba la libertad, escapa á la vindicta social. El derecho de castigar, no es en modo alguno el derecho de venganza. Hacer mal por mal es la forma bárbara de una justicia sin ilustracion; porque el mal que yo haré no disminuirá el que á mí se me haya hecho. No es el dolor sentido por la víctima el que reclama un dolor correspondiente, sino la justicia violada la que impone al culpable la expiacion de la falta.

Tal es la moralidad del castigo. Su principio no es la reparacion del mal causado. Si yo he sido causa de un mal, pago una indemnizacion, pero esto no es una pena, porque yo no soy culpable, mientras que si he cometido un crímen, además de la indemnizacion del mal que he producido, deberé una reparacion á la justicia por medio de un sufrimiento proporcionado, y en esto consiste la verdadera pena.

»¿Y cuál es la verdadera proporcion entre la pena y el delito? Esta cuestion no puede recibir una solucion absoluta. Lo que hay de inmutable es que el acto contrario á la justicia merece un correctivo, y que cuanto mas injusto sea el acto, el castigo deberá ser mas severo.

»Pero junto al derecho de castigar aparece el deber de corregir. Es preciso no alejar al culpable la posibilidad de reparar su crímen. El hombre culpable es hombre todavía, y no una cosa de la cual deba uno deshacerse desde el momento que nos ha causado daño, como una piedra que cae sobre nuestra cabeza y que nosotros arrojamos al abismo á fin de que no vuelva á herir á nadie. El hombre es un sér razonable, capaz de comprender el bien y el mal, de arrepentirse y de reconciliarse un dia con el órden. Estas verdades dieron orígen á obras que honran el último período del siglo XVIII y el primero del siglo XIX. La idea de las casas de penitencia recuerda aquellos primeros tiempos del Cristianismo en que el castigo consistia en una expiacion que permitia al culpable remontarse por medio del arrepentimiento al lugar de los justos. Aquí interviene, como indicábamos antes, el principio de la caridad, muy distinto del principio de justicia. Castigar es justo; mejorar es caritativo, humanitario, civilizador. ¿En qué medida deben ligarse estos dos principios? No hay cosa mas delicada, ni mas difícil de determinar. Lo que hay de cierto es que la justicia debe dominar siempre. La autoridad, el Estado, el gobierno, al emprender la correccion de un culpable, usurpa, digámoslo así, los derechos de la religion, pero no debe ir adelante hasta olvidar sus funciones propias ni sus imperiosos deberes.

»Detengámonos en el umbral de la política propiamente dicha. En ella no hay nada fijo ni invariable mas que los principios que hemos sentado; todo lo demas es relativo...»

Creemos que será bien recibida la extension que hemos dado á esta seccion moral, que debe conocer bien la MUJER.

CAPÍTULO IV.

EDUCACION MORAL Y RELIGIOSA.

¿Debe darse la educacion religiosa á la MUJER desde sus primeros años?—Cómo y en qué grados hasta los diez años.—Necesidad de que tal educacion sea pura. sólida y profundamente religiosa sin levaduras políticas.—Espíritu y letra de la educacion religiosa.

Sentiríamos vivamente que se nos censurara por la extension analítico-filosófico-práctica que hemos dado á la primera parte de este nuestro tercer libro del presente volúmen, ó sea, la educacion moral. Es materia tan importante, es punto de tanta luz, y tan ignorado de nuestra MUJER española, que nosotros sentimos aun haber tenido que dejar ese tratado, y no hacemos punto sino por el temor antes indicado y por la esperanza de que algo de lo que hemos prometido y queremos dar. la moral en la urbanidad, la moral en las relaciones sociales, podremos incluirlo en el libro cuarto, es decir, en la educacion social.

Fuerza es pues que entremos ahora en la segunda seccion de este libro, ó bien, la *educacion religiosa*. Punto tan debatido hoy por todos, y aun por los mismos que afectan ó fingen desden, ó indiferencia por ella.

Ciertamente: en esta cuestion hay dos escuelas extremas, que léjos de llevarla á ninguna solucion provechosa, la mantienen en la mas completa confusion.

Estas dos escuelas funestas son: el fanatismo y el materialismo.

Estas dos escuelas con todos sus matices son el caos del *si porque sí* y del *no porque no*.

La primera dice que todo ha de encerrarse en la educacion religiosa, y que todo lo demas, inclusa la razon, destello de Dios vivo en los misterios de la creacion, en ese inmenso océano de sér, de poder, de belleza, de amor y poesía, es obra del espíritu malo...

La escuela materialista-positivista sostiene que no hay sino materia y fuerza *eternas, evolucionando eternamente*, sin que haya un elemento distinto, supremo, inteligente que lo presida y dirija, el acaso por todo principio y fin... y en consecuencia que debe proscribirse toda educacion religiosa...

Afortunadamente, huyendo de las humaredas de ese combate apasionado, se

ven hermosos campos de verdad, bellos horizontes de armonía en lo divino y lo humano.

Busquémoslos, y allí, en esos aires puros, embalsamados de verdad, de bondad, de amor, de fé, de esperanza, alimentemos los tiernos espíritus de nuestra infancia, de nuestra juventud, especialmente de las niñas que han de ser abundosos y dobles manantiales, primeramente para regar su existencia, y luego para regar en sus hijos la de toda la familia humana.

Lejos pues de esas candentes arenas de los desiertos de aquellas escuelas extremas, elevemos el alma, el corazon de la niña hácia las templadas y vitales regiones donde se bañen en las purísimas auras del Sér de los séres, de la causa de las causas, del Motor Supremo de todo movimiento, de la Suma Sabiduría, del inmenso Poder que todo lo ha producido, del inefable Amor que todo lo fecunda y dirige, de la verdadera Justicia que todo lo depura sin acepcion de personas, de la infinita Bondad que todo lo bendice y convierte en bien, en la incomparable Belleza que todo lo hermosea, en la razon de ser de todo cuanto existe, en una palabra, en Dios, sin el cual nada tiene razon de ser, SIN EL CUAL EL UNIVERSO ES UN SUEÑO, UN DELIRIO, UN INCONMENSURABLE ABSURDO; LA MORAL, LA LEY, LA JUSTICIA, UNA TIRANÍA.

«*¡Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea el tu Nombre, venga á nos el tu Reino!...*»

¿Hay algo mas bello, mas racional, mas consolador que esta base de filosofía, de sentido comun, de explicacion de nuestra existencia, de nuestro orígen, de nuestro fin, de nuestra fé, de nuestra esperanza, de nuestro amor?

¡El Padre universal de los séres! ¡Nuestro Padre soberano, de todos sin distinciones de clases ni categorías! ¡Nuestra igualdad de derecho y de deber, de ley y de amor ante tal Padre! ¡El reinado de un Padre y de un Padre universal! ¿Se ha presentado jamás, puede darse nunca una base educativa moral-racional, no ya que supere, sino que se pueda comparar con esta sublime, y bella, y amorosa, y racional base de la educacion cristiana, católica, universal? Nada, nada, nada. Así lo han confesado, á su pesar, desde Porfirio, Juliano Apóstata, hasta Voltaire, Rousseau, Strauss... los mayores enemigos del nombre cristiano. Y es porque la verdad se impone aun á despecho de sus mas enconados enemigos.

Así es como dice el ilustre filósofo y jurisconsulto Savigny en el preámbulo de la mas insigne de todas sus obras: «Todos los ambientes de la historia, de la ciencia, del arte, del derecho, de los usos sociales, de todo progreso, de toda civilizacion, hasta en los mismísimos elementos ingratos ó recalcitrantes, todos están impregnados de la esencia inmortal, regeneradora del Cristianismo; y donde no se respira, reina la muerte, el parasismo...»

Con la misma razon y fuerza ha podido la sublime elocuencia del gran padre Lacordaire emitir desde la cátedra augusta de la verdad, de la ley, de la justicia, de la igualdad, de la fraternidad, de la libertad, del amor, este divino acento, esta decisiva sentencia, esta profecía de la cual cada dia que pasa es una demostracion: «FUERA DEL CRISTIANISMO NO HAY CIVILIZACION POSIBLE.»

En efecto, fuera de la paternidad consoladora de Dios, Padre de todos los séres, no hay, no puede haber mas que la nada, la muerte, el cáos eterno...

Quien se presente pues enemigo de que se dé á la infancia, como la mas firme base de su educacion, el amor al Padre universal, la inefable dicha de conocer, de amar, de creer, de esperarlo todo del Padre de todos, es el mayor enemigo de sí mismo, de la familia, de la sociedad, de la civilizacion. Lo primero que hay que hacer es apartarse de la funesta senda porque quisieran tales individuos ó escuelas despeñar la educacion de la infancia; lo segundo compadecerles y orar por ellos, por esos ingratos ó inconscientes hijos que odian el nombre del Padre universal, de Dios, que quisieran desterrarle de todo y de todas partes. ¡Insensatos! «¡Perdonadles, Padre, que no saben lo que hacen!...»

Tomado este sano y santo camino, haciendo siempre esta plegaria, inspirándola de verdad á la infancia, á la niña en todas las que le enseñemos, en todas las ocasiones oportunas, que sin violencias de ninguna clase, sin hipocresías de ningun género, aplicando á su educacion religiosa análogos procedimientos basados en la verdad, en la razon, en la sencillez, en la dulzura, débese filtrar en su espíritu, en su corazon, en sus sentimientos, en sus ideas, en su tierna razon que va desenvolviéndose como precioso tallo de una flor, el néctar divino del nombre, del amor, de la bondad, del poder de nuestro Padre universal, de nuestro Padre que está en los cielos, como autor de nuestra existencia y de la de todos los séres que la tienen, como Conservador, como Director, como Providencia de todo desenvolvimiento, de todo fin grande, bello, racional, cuyo amor, cuya grandeza cantan desde la misteriosa armonía del átomo hasta la divina belleza de la flor, la célica melodía de las aves, la hermosura del universo... las grandiosas maravillas del mismo ingenio humano, sus inventos, sus mejoras, sus progresos, su perfectibilidad, de dia en dia realizándose en general, á pesar de las caidas particulares, y de la caida originaria, sin la cual, por misteriosa que aparezca, no se explica satisfactoriamente la luz y las penumbras, la augusta grandeza y las puerilidades de la humanidad, que el gran talento de Bossuet expresa en esta bella frase: «La humanidad se parece á las bellas ruinas de un palacio encantado...»

Pretender proscribir la educacion religiosa porque encierra misterios, porque la ignorancia de sus grandezas les hace creer á ciegos de cierto género que es cosa pasada de moda, es tan deplorable, ridículo y absurdo, como el empeño de divorciar la religion de la razon, la fé de la ciencia.

Formónos Dios á su imágen y semejanza y entregó el mundo á las discusiones de los hombres. Ved ahí en la humanidad los elementos mixtos, lo divino y lo humano, la gracia de Dios y el mérito ó demérito de su actividad, de su iniciativa, la base de la fé y el palenque de la ciencia. Empero ambos elementos han venido inmediata ó mediatamente de Dios.

Tienen, pues, razon de ser la revelacion y la razon, la fé y la ciencia.

Aquella está explicada en la limitacion de nuestro sér; esta en la grandeza de nuestra constitucion, nuestra personalidad humana, maravilloso compuesto de

materia y espíritu, de cuerpo y alma, por lo cual perfectamente la han llamado los autores: *Microcosmos, pequeño mundo.*

Hay pues en nosotros, en este *microcosmos,* el hemisferio de la razon y el hemisferio de la adoracion; uno completa ó suple al otro, entre los dos generan todas las producciones necesarias á nuestra existencia y á nuestros fines temporales y eternos.

La persona humana busca la razon de las cosas que caen sobre su dominio.

Ved ahí la razon, la inteligencia.

La persona humana admira, adora lo que está sobre su alcance completo, pero que vislumbra en su induccion ó deduccion.

Ved ahí la adoracion, la fé, la religion, la piedad, el culto.

El raciocinio en ciertos grados, en cierta participacion, en ciertas categorías lo ve compartir con los animales, con el alma de los brutos.

Empero, la adoracion, la fé, la plegaria, el culto á lo Infinito, solo á la especie humana distingue de todos los demas séres del universo. Así es que el ilustre y sabio naturalista contemporáneo Quatrefages ha escrito con firmeza por nadie combatida: « EL HOMBRE ES UN ANIMAL RELIGIOSO... »

Luego, inmediata ó paralelamente al cultivo de la inteligencia, del corazon y del cuerpo, debe marchar el alimento de la religiosidad humana, blason mas augusto de su carácter personal, su constitucion, su naturaleza de ser físico y de ser espiritual.

La educacion religiosa tiene pues al menos tanta razon de ser como la educacion física, intelectual y moral. Es mas: sin la educacion religiosa debidamente comprendida, y razonablemente dirigida, aquellas no tendrian base ninguna, sino un carácter fugaz, precario, vago, insustancial, puesto que la misma moral sin Dios es un cuerpo sin vitalidad, un aire sin oxígeno, una flor sin aroma, un frutal sin fruto.

Es verdad que en nuestros dias hay todavía seguidores de aquel filósofo que creia haber llegado al colmo del triunfo, del ser y del saber cuando disparaba un chiste grosero, de mas ó menos ingenio, pero ciertamente de mal gusto; de depravada educacion, como solucion religiosa.

Las *olímpicas* risotadas proverbiales de aquel celebrado maestro, de aquel *augusto* filósofo que dió á los suyos como arietes contra la religion sus bufonadas y su escudo: « *Aplastad al Infame* (¡!)... asistiremos á los funerales del Cristianismo (que sin embargo invocó tardiamente)... no pudieron derribar una sola piedrecita del verdadero edificio religioso. ¿Qué han de poder contra él las bufonerías de sus *augústulos* discípulos?

¿Qué mella le han de hacer artículos y gacetillas de café, que con haberse burlado de una produccion séria, altamente filosófica como el discurso del sabio Presidente del Ateneo de Madrid sobre la cuestion religiosa y negando que esta pueda serlo, pueda existir, creen haberla disuelto en una gota de ron? ¡Insensatos! ¡Cuando todos los hombres, grandes contemporáneos, como los pasados le dan la importancia que se merece, desde Bismark á Leon XIII, éllos, los *augústulos* de la razon y de la dignidad humana se pavonean en la vacua bufonada como trípode de

sus *grandes* soluciones de *momos!* Dios los ilumine y los perdone y los lleve del cieno inmundo á las puras auras de la armonía eterna entre la Causa y el efecto, entre el Creador y la criatura, entre lo divino y lo humano, entre la fé y la razon. Sí, á incrédulos de semejante *estofa* solo milagros de regeneracion puede levantarlos de las tumbas de su degradacion á la dignidad de la vida de personas.

Nosotros entre tanto quememos en el ara del puro corazon de la niña el divino incienso de la fé, de la esperanza y del amor del Padre celestial, porque con las aromas pueda un dia perfumar el alma de sus hijos, de la familia, de la sociedad, sin las desagradables exhalaciones de sectas políticas, de fanatismos desastrosos, de amaños hipócritas, indignos, necios ó malvados, que son la levadura de los fariseos de la cual nos dice Jesucristo que debemos huir con horror.

Esta pureza inspirada, la educacion religiosa, solo las almas raquíticas ó viciadas pueden censurarla ó dejar de aplaudirla.

Por lo demás, nada tan fácil, nada tan bello, nada tan poético como inspirar á la niña el hermoso destello del amor al Padre celestial, exponiéndole al significarle la actitud de respeto y cariño de la plegaria la grandiosidad y belleza admirables con que predican la inmensidad de su sér, de su poder, de su bondad, de su amor, de su sabiduría; la pasmosa hermosura de los astros, la majestad y belleza del sol, la salubridad del aire, los gorgeos deliciosos de las aves, la infinita variedad y pulcritud de las flores, en una palabra, las inefables armonías del universo con toda la diversidad de los séres que lo pueblan.

La elocuencia de una madre, sobretodo de una madre ilustrada, hallará infinidad de ritmos con que embelesar el corazon, el espíritu, el alma toda entera de su hija en el sentimiento religioso, en el afecto á un Padre tan inefablemente amable como es el Padre universal, como es Dios.

»Este sentimiento de amor divino es el principio de la verdadera sabiduría, de toda bella ciencia, de toda perfecta moral. Sin él, están en esto unánimes todos los grandes ingénios, todos los corazones nobles, la moral carece de base.

Aduzcamos aquí algunas citas en confirmacion de este nuestro aserto.

El filósofo moralista de cuyas claras y precisas ideas hemos sembrado nuestra primera parte de este libro, dice acerca de este otro punto lo que sigue:

«El órden moral está asegurado, nos hallamos en posesion de la verdad moral, de la idea de lo bueno y de la obligacion que á él va unida. Ahora, el mismo principio que no nos ha permitido detenernos en la verdad absoluta, y nos ha obligado á buscar la razon suprema en su sér real y sustancial, nos obliga todavía aquí á referir la idea de lo bueno, al sér, que es su primero y último fundamento.

»La verdad moral, como cualquiera otra universal y necesaria, no puede permanecer en el estado de abstraccion, y en nosotros no se halla sino concebida. Es preciso, por tanto, que haya en alguna parte un sér que no solamente la conciba sino que la constituya.

»Así como todas las cosas bellas y todas las cosas verdaderas se refieren, estas á una unidad que es la verdad absoluta, y aquellas á otra unidad que tambien es la

belleza absoluta, así igualmente todos los principios morales participan de un idéntico principio que es el bien. De esta manera es como nosotros nos elevamos á la concepcion del bien en sí, del bien absoluto, superior á todos los deberes particulares y que se determina en estos deberes. Mas este bien absoluto, ¿puede ser otra cosa que un atributo de aquel que solo es, propiamente hablando, el sér absoluto?

»¿Será posible que existan varios séres absolutos y el sér en quien se realicen la verdad absoluta y el bello absoluto no sea tambien el principio del bien absoluto?

»La idea misma de lo absoluto simplifica la unidad absoluta. Lo verdadero, lo bello y lo bueno, no son tres esencias distintas, sino una sola y misma esencia considerada en sus atributos fundamentales. Nuestro espíritu las distingue porque no puede comprender nada sino por medio de la division; pero en el sér en donde residen se hallan indivisiblemente unidas; y este sér, á la vez trino y uno (nótese una vez mas en boca de la filosofía el acuerdo entre esta y el dogma) que reasume en sí la perfecta belleza, la perfecta verdad, y el bien supremo, no es otro que Dios.

»¿Es posible qué entre los atributos que poseen las criaturas exista una cosa esencial que el Creador no posea? ¿De dónde el efecto saca su realidad y su sér, sino de la causa? Lo que posee lo toma prestado y lo recibe. La causa contiene al menos todo cuanto hay de esencial en el efecto. Lo que pertenece singularmente al efecto, es la inferioridad, la carencia, la imperfeccion; y porque depende y se deriva, lleva en sí los signos y las condiciones de la dependencia. Si no es posible pues deducir legítimamente de la imperfeccion del efecto la de la causa, se puede y se debe deducir de la excelencia del efecto, la perfeccion de aquella, sin lo que existiria en el efecto algo de eminente que no tendríamos de donde derivarlo.

»Tal es el principio fundamental de la Teodicea, de la ciencia de Dios. No es nuevo ni sutilizado, pero no ha sido todavía bien desenvuelto ni esclarecido, y á nuestros ojos, posee una solidez á toda pruebra. Con ayuda de este principio es como podemos penetrar, hasta cierto punto, la naturaleza de Dios.

»Dios no es un sér lógico cuya naturaleza pueda explicarse por vía de deduccion ó por medio de ecuaciones algebráicas. Cuando partiendo de un primer atributo, se han deducido los atributos de Dios los unos de los otros, lo mismo que lo hacen los geómetras ó escolásticos, ¿qué se posee sino abstracciones? Es preciso salir de esta vana dialéctica para llegar á un Dios real y efectivo.

»La nocion primera que nosotros tenemos de Dios, la nocion de un sér infinito, no nos ha sido dada independientemente de toda experiencia.

»Es la conciencia de nosotros mismos como séres y como séres limitados lo que nos eleva inmediatamente á la concepcion de un sér sin límites y que sea el principio del nuestro. Este sólido y simple argumento, que es en el fondo el de Descartes, nos abre un camino que es preciso seguir, y en el cual Descartes se detuvo muy en breve. Si el sér que nosotros poseemos nos obliga á recurrir á una causa que entrañe el sér en un grado infinito, todo cuanto nosotros tendremos de los atributos esenciales reclamará igualmente una causa infinita. Desde este momento Dios no será ya solamente el sér infinito abstracto ó al menos indeterminado, en el cual la razon

y el corazon no encuentran punto de apoyo; será un sér real y determinado, una personalidad moral como la nuestra (en grado infinito). La Psicología, ó ciencia del alma, nos conduce sin hipótesis á una Teodicea parecida y sublime.

»Así, como lo hemos dicho, Dios es y no puede dejar de ser el principio y último fundamento de lo bueno como de lo verdadero y de lo bello. Él es el tipo de la personalidad moral que llevamos en nosotros mismos. No tenemos ninguna excelencia natural de la cual no sea la causa y que no posea en grado incomparable.

«Por ejemplo, si el hombre es libre, ¿seria posible que Dios no lo fuera? Nadie pone en duda que aquel que es la causa de todas las cosas y que no reconoce otro orígen que él mismo, no puede depender sea de lo que fuere. Pero separando á Dios de toda contraccion exterior, Spinosa le sujeta á una necesidad interior y matemática en donde encuentra la perfeccion del sér. Si, el sér, que no es una persona, sino el carácter esencial del sér personal que es precisamente la libertad. Si desde luego Dios no fuese libre seria por consiguiente inferior al hombre. ¿No seria extraño que la criatura poseyera ese maravilloso poder de disponer de ella misma, y de querer libremente, y que el sér que la ha hecho estuviese sujeto á un desarrollo necesario cuya causa estuviera en Él, pero como una potencia abstracta mecánica ó metafísica, inferior á la causa personal y voluntaria que nosotros poseemos, y de la que tenemos la idea mas clara y precisa? Dios es pues libre, puesto que nosotros lo somos, pero no es libre de la misma manera, porque Dios es á la vez todo lo que nosotros somos y nada de lo que nosotros somos. Posee los mismos atributos que nosotros, pero elevados al infinito. Posee una libertad infinita unida á una inteligencia infinita tambien; y como esta inteligencia es infalible, exenta de las incertidumbres de la deliberacion y capaz de apercibir de una sola mirada en donde está el bien: así realiza su libertad espontáneamente sin ningun esfuerzo.

»Del mismo modo que demostramos la existencia en Dios de la libertad que es el fundamento de nuestro sér, demostramos tambien la existencia en Él de la justicia y de la caridad. En nosotros la justicia y la caridad son virtudes; en Dios son atributos. Lo que en nosotros es la conquista laboriosa de la libertad; en Él constituye su naturaleza misma. Si el respeto de los derechos es en nosotros la esencia misma de la justicia y el signo de la dignidad de nuestro sér, es imposible que el sér perfecto no conozca y no respete los derechos de séres mas inferiores, puesto que es Él por otra parte, de quien proceden estos derechos. En Dios reside una justicia soberana que da á cada uno lo que le corresponde, no segun engañosas apariencias, sino segun la verdad de las cosas. En fin, si el hombre, este sér limitado, tiene el poder de salir de sí mismo, de olvidar su persona, de amar á otro que no sea él, y de entregarse á su felicidad, lo que es lo mismo que entregarse á su perfeccionamiento; ¿cómo el sér perfecto no alcanzaria en un grado infinito é incomprensible esta caridad, esta virtud suprema de la personalidad humana? Sí, existe en Dios una ternura infinita para con sus creaturas: ella se ha manifestado desde luego al concedernos el sér que hubiera podido reservarse, y todos los dias se dá á conocer

en las innumerables muestras de su divina Providencia. Platon, desde su punto de vista, conoció muy bien este grande amor de Dios y lo ha expresado en estas grandes palabras: «Indiquemos las causas que impulsaron al Supremo Ordenador á producir y á componer el universo: Él era bueno y quien es bueno no siente ninguna especie de envidia. Exento de envidia quiso que todas las cosas le fuesen semejantes en lo posible...»

»El Cristianismo ha ido mas léjos: segun la divina doctrina, Dios ha amado tanto á los hombres que les ha entregado á su único Hijo. Dios es inagotable en su caridad como lo es en su esencia. Es imposible dar mas á la creatura; Él le da todo cuanto ella puede recibir sin dejar de ser una creatura; y se lo da todo hasta Él mismo, tanto cuanto Él es en sí y existe en ella. Al mismo tiempo es imposible perder menos, porque siendo el sér absoluto, eterno é indefectible, se esparce y se comunica, permaneciendo completo é infinito en su caridad, sostenido por un poder infinito tambien y presentándonos un ejemplar eterno para que nos sirva de modelo, en el cual cuanto mas se da mas se posee. Pero el amor humano es demasiado débil para no hallarse mezclado de egoismo, cuyas raices no pueden extirparse en los corazones, aun junto á la afeccion más generosa que nos atrae hácia la abnegacion y el sacrificio.

»Siendo Dios justo y bueno no puede querer nada que no sea bueno y justo, y como es todopoderoso, cuanto quiere lo puede, y por consiguiente lo hace. El mundo es la obra de Dios; se halla por consiguiente perfectamente hecho y perfectamente apropiado á su fin.

»Sin embargo, existe en el mundo un desórden que parece acusar á la justicia y á la bondad de Dios.

»Un principio que se une á la idea misma del bien, nos dice que todo agente moral merece una recompensa cuando obra el bien y un castigo cuando obra el mal. Este principio es universal y necesario al mismo tiempo que absoluto. Si no tiene su aplicacion en este mundo, es necesario, ó que el principio sea falso, ó que el mundo esté mal ordenado.

»Es un hecho incontestable que el bien no produce siempre y de una manera absoluta é infalible la felicidad, ni el mal la desgracia.

»Si el hecho existe, es bastante raro, y parece presentar los caractéres de una excepcion.

»La virtud consiste en una lucha contra la pasion y esta lucha llena de dignidad se halla tambien llena de dolor; pero el crimen á su vez está condenado á dolores mucho mas duros, á turbaciones no interrumpidas, y á perpétuas inquietudes.

»La virtud tiene sus penas, pero la mayor felicidad reside todavía en ella, así como la mas grande desgracia es compañera del crimen. Y esto acontece, no tan sólo en el fondo del alma y en las condiciones mas oscuras, sino en el teatro de la vida, y en las situaciones mas brillantes.

»La buena y la mala salud constituyen, despues de todo, la mayor parte de la

felicidad ó de la desgracia. Bajo este punto de vista, comparad la templanza con la intemperancia, el órden con el desórden, la virtud con el vicio.

» El gran médico Hufeland hace notar que los buenos sentimientos son favorables á la salud, y que los malos le son contrarios. Las pasiones violentas irritan, inflaman, producen la turbacion del organismo; así como en el alma, las afecciones dulces conservan el juego mesurado y armonioso de todas las funciones. Hufeland llama tambien la atencion acerca del hecho de que los casos de vida mas larga se han presentado en las personas que han llevado una existencia sabia y bien ordenada. Así, para la salud, la fuerza y la vida, la virtud es mejor que el vicio.

» Queremos ahora ocuparnos de la conciencia despues de habernos ocupado de una de las condiciones principales del cuerpo. La paz y la turbacion de esa especie de tribunal que existe en nuestro sér, decide de la felicidad ó de la desgracia interior. Bajo este punto de vista se puede comparar todavía el órden y el desórden, la virtud y el vicio.

» Y fuera de nosotros, en la sociedad, ¿qué diferencia tan notable no existe entre la estimacion y el desprecio, la consideracion y la infamia? Seguramente que la opinion suele algunas veces ser sorprendida, pero estos accidentes no suelen ser largos. En general, los charlatanes, los intrigantes; los impostores de todas las especies conquistan solo por algun tiempo el sufragio público; preciso es convenir que una honradez sostenida es el medio mas seguro y casi infalible de llegar á conseguir una buena reputacion.

» Sentimos que los límites del tiempo no nos permitan desarrollar mas extensamente esta materia. Hubiéramos querido, despues de haber distinguido la virtud y la felicidad, enseñarla como casi siempre unida por la admirable ley del mérito y del demérito. Hubiéramos querido haceros ver esta benéfica ley siguiendo los destinos de la humanidad, siendo llamada á presidir mediante el progreso creciente de los gobiernos y de los pueblos, el desarrollo de estos por medio del perfeccionamiento de las instituciones civiles y judiciales. Nosotros hubiéramos querido en fin arraigar en vuestras imaginaciones y en vuestras almas esta consoladora conviccion, á saber: que la justicia existe en el mundo, y que el camino mas seguro para llegar á la felicidad es la virtud.

» Esta era ya la opinion de Sócrates y Platon; esta misma profesaba Fránklin y nosotros la hemos adquido de la experiencia y del exámen atento de la vida humana. Empero convenimos en que existen excepciones, y, aunque no existiera mas que una sola, seria necesario explicarla.

» Supongamos un hombre jóven, hermoso, rico, amable y amado que, colocado ante el cadalso y la traicion de una causa sagrada, sube voluntariamente al cadalso á los veinte años. ¿Qué pensaríais de esta noble víctima? La ley del mérito y del demérito parece aquí suspendida. ¿Os atreveríais á blasfemar de la virtud, ó de qué modo le concederíais la recompensa que la víctima no ha buscado, pero qué se le debe?

»Si os fijais bien en la hipótesis sentada encontrareis mas de un caso análago al que hemos expuesto.

»Las leyes de este mundo son generales; ellas no se doblegan ni por unos ni por otros sino que prosiguen su camino sin fijarse en el mérito ni en el demérito de cada uno. Si un hombre ó MUJER nace con un mal temperamento, lo sufre como el animal ó la planta, en virtud de leyes físicas, ignoradas, pero que existen, y las sufrirá toda la vida á pesar de su inocencia. Se desarrollan algunas veces epidémias y calamidades, y al azar agobian algunas veces al malo y otras veces al bueno.

»La justicia humana condena pocos inocentes, es verdad, pero absuelve por falta de pruebas á mas de un culpable. Por otra parte, dicha justicia no reconoce sino ciertos delitos, ¡cuántas faltas, cuántas bajezas no se cometen en la oscuridad, y á las cuales no alcanza el merecido castigo! Y al mismo tiempo ¡cuánta abnegacion que únicamente Dios es capaz de juzgar! Sin duda alguna que nada escapa al ojo de la conciencia, y el alma culpable no puede sustraerse á los remordimientos. Pero los remordimientos no se hallan siempre en relacion con la falta cometida, su vivacidad puede depender de un natural mas ó menos delicado, de la educacion y de la costumbre. En una palabra, si es cierto que en general la ley del mérito y del demérito se cumple en este mundo, cierto es tambien que este cumplimiento no se verifica con una exactitud matemática.

»¿Qué debemos deducir de aquí? ¿Qué el mundo está mal hecho? Esto no puede ser ni es. Esto no puede ser, porque incontestablemente el mundo tiene un autor justo y bueno; y no es, porque de hecho vemos reinar el órden, y seria un absurdo desconocerlo á causa de algunos pequeños defectos ó fenómenos excepcionales, que no pueden hacerse entrar en la ley general. El pesimista Voltaire es todavía mas contrario al conjunto de hechos que á un absoluto optimismo. Entre estas dos extremidades sistemáticas que los hechos desmienten, el género humano, sin duda divinamente inspirado y enseñado, ha puesto la esperanza de otra vida y ha encontrado muy poco razonable el desechar una ley necesaria con pretexto de algunas infracciones. Debemos sacar en conclusion, pues, que existe la ley y ciertos hechos anómalos, y que estos deberán ser incluidos por el tiempo en aquella, realizándose entónces una gran reparacion. Preciso es admitir esta conclusion, ó desechar los dos principios anteriormente establecidos, á saber: que Dios es justo y que la ley del mérito y del demérito es una ley absoluta.

»Desechar esto es derribar los cimientos de las creencias humanas.

»Mantenerlo es implícitamente admitir que la vida actual debe terminarse ó continuarse en otra parte.

»Pero, ¿esta persistencia de la persona es posible? ¿Despues de la disolucion del cuerpo, puede quedar algo en nosotros mismos?

»La persona moral que obra bien ó mal y que espera la recompensa ó el castigo, está unida á un cuerpo, vive con él, de él se sirve y de él depende en cierto modo. El cuerpo se compone de partes, puede disminuir y aumentar, y es divisible, esencialmente divisible hasta el infinito. Pero esa cosa que tiene conciencia de sí, y que

dice *yo,* que se siente libre y responsable, ¿no se reconoce que en ella no solo no hay division, sino que ni aun es posible, y que es un sér único y simple? El *yo,* puede ser mas ó menos mio? ¿Puede existir una mitad del *yo,* ó una cuarta parte del *yo?* Yo no puedo dividir mi persona. Ella es lo que es, y sino no tiene existencia. Ella permanece idéntica á sí misma, bajo la diversidad de los fenómenos que la manifiestan. Esta identidad, esta indivisibilidad, esta unidad de la persona es su espiritualismo. El espíritualismo es pues la esencia misma de la persona. La creencia del espíritualismo del alma va unida á la creencia de la identidad del *yo,* que ningun sér razonable ha puesto jamás en duda. De manera que se puede afirmar sin vacilacion, sin miedo, que el alma difiere esencialmente del cuerpo. Añadamos que cuando decimos el alma, queremos dar á entender la persona, la cual no se halla separada de la conciencia ni de los atributos que la constituyen, como son el pensamiento y la voluntad. El sér sin conciencia no es una persona. La persona es la que es idéntica, una, simple. Sus atributos al desarrollarla, no la dividen. Indivisible, permanece indisoluble, es pues inmortal. Así pues, si la justicia divina para ejercerse sobre nosotros exige un alma inmortal, no pide una cosa imposible. El espiritualismo del alma es el fundamento necesario de la inmortalidad. La ley del mérito y del demérito, es la demostracion directa. La primera prueba, se llama prueba metafísica; la segunda prueba, moral; esta es la mas popular, la mas convincente y á la vez la mas persuasiva.

»¡Cuántos motivos poderosos no se unen á estas dos pruebas para fortificarlas en nuestro corazon! Hé aquí, por ejemplo, una presuncion de un gran valor para el que cree en la virtud del sentimiento y del instinto.

»Toda cosa tiene su fin. Este principio es tan absoluto como aquel que refiere todo efecto, todo suceso á una causa. El hombre tiene pues un fin. Este fin se revela en todos sus pensamientos, en todas sus acciones, en toda su vida. Haga lo que haga, sienta lo que sienta, piense lo que piense, piensa en lo Infinito, ama al Infinito y tiende hácia lo Infinito. Esta necesidad de lo infinito, es el gran móvil de la curiosidad científica, el principio de todos los descubrimientos. El amor descansa tambien sobre la misma base. En su camino puede experimentar vivos goces, pero la amargura secreta que en ello se mezcla, le hace sentir muy pronto la insuficiencia de la vida. Frecuentemente, en la ignorancia en que se halla acerca de su verdadero objeto, se pregunta de dónde procede ese desencantamiento fatal que llevan impresos sucesivamente todos sus triunfos y todos sus lauros. Si él supiera leer en sí mismo, reconoceria que si nada de aquí bajo le satisface, es porque su objeto tiende á lo infinito, y que el verdadero término á que aspira es la perfeccion infinita. En fin, como el pensamiento y el amor, la actividad humana tiene sus límites. Mas, ¿quién puede decir en dónde se detendrá? Hé aquí esta tierra casi toda ella conocida. Muy pronto nos será preciso otro mundo. El hombre camina hácia lo Infinito que siempre se le escapa, y que él siempre persigue. Lo concibe, lo siente, y lo lleva, por decirlo así, en sí mismo. De aquí ese instinto insaciable de la inmortalidad, y esa universal esperanza de otra vida, la cual atestiguan todos los cultos, todas las poesías, todas

las tradiciones. Nosotros tendemos hácia lo Infinito con todas nuestras potencias; la muerte viene á interrumpir este destino que busca su término, y le sorprende antes de alcanzarlo. Es pues posible que haya algo á continuacion de la muerte, ya que ella en nosotros nada termina. Fijaos en esa flor que mañana no existirá ya. Al menos hoy, se exhibe completamente desarrollada; no se la puede concebir mas bella en su clase: ha alcanzado su perfeccion. La mia, mi perfeccion moral, esa perfeccion de la cual tengo una idea clara y una necesidad invencible, pues que para conseguirla he nacido; en vano la llamo, en vano trabajo para alcanzarla; ella se escapa y me deja la esperanza. Esta esperanza ¿será defraudada? Todos los séres alcanzan su fin. ¿Solamente la persona humana ha de dejar de alcanzar el suyo? ¿La mas grande de todas las criaturas seria posible fuese la mas desgraciada?

»Un sér que permaneciera incompleto, y que no alcanzara el fin que reclaman todas sus facultades y hasta sus instintos, seria un mónstruo en el órden eterno, problema mucho mas difícil de resolver que las dificultades que se han opuesto á la inmortalidad del alma. Segun nuestra conviccion, esa tendencia de todos los deseos y de todas las potencias del alma hácia lo infinito, ilustradas por el principio de las causas finales, son una confirmacion poderosa de la prueba moral y de la prueba metafísica.

»Cuando se han recogido todos los argumentos que autorizan la creencia en otra vida y se ha llegado así á una demostracion satisfactoria, queda un obstáculo que vencer. La imaginacion no podria contemplar sin espanto esa cosa desconocida que se llama la muerte. El mayor filósofo del mundo, dice Pascal, sobre una plancha de una anchura mayor que la que fuera necesaria para caminar de un extremo á otro de un abismo, sin peligro, no podria pensar en él sin que le temblaran todos sus miembros. Lo que espanta no es la razon sino la imaginacion; y ella es tambien la que produce en gran parte ese resto de duda, esa turbacion, esa ansiedad secreta que la fé mas segura no consigue domar en presencia de la muerte. El filósofo mismo experimenta este terror, pero sabe de donde procede y se hace superior á él uniéndose á las sólidas esperanzas con las cuales dulcificó Sócrates sus últimos momentos. La imaginacion es como niña que conviene educar colocándola bajo la disciplina y gobierno de facultades superiores. Reconozcámoslo: hay un paso terrible que franquear. La naturaleza se estremece frente á frente de una eternidad desconocida. (De ahí la necesidad de elevarse á Dios). Es prudente el presentarse á ella con todas nuestras fuerzas reunidas, de manera que la razon y el corazon (ciencia y fé) se presten un mútuo auxilio, y la imaginacion quede sometida á sus encantos. Repitamos sin cesar que tanto en la muerte como en la vida el alma se halla segura de encontrar á Dios, y con Dios todo lo que es justo, todo lo que es bueno.

»Nosotros vislumbramos ahora algo de lo que es verdaderamente Dios. Habíamos visto dos de sus aspectos admirables en la verdad y la belleza; pero el mas augusto que se revela es la santidad. Dios es el Santo entre los Santos, como autor de la ley moral y del bien, como principio de la libertad, de la justicia y de la caridad, como

dispensador de la pena y de la recompensa. Tal Dios no es un Dios abstracto, sino Dios personal, inteligente y libre que nos ha hecho á su imágen, de la cual recibimos la ley que preside á nuestro destino y cuyo juicio esperamos. Su amor es el que nos inspira en los actos de caridad; su justicia la que gobierna nuestra justicia, la de nuestras sociedades y nuestras leyes. Si nosotros no nos acordásemos sin cesar de que es infinita, degradaríamos nuestra naturaleza; pero seria para nosotros como sino existiera', si su esencia infinita careciese de los atributos que le ponen en relacion con nosotros, porque ellos constituyen las leyes mismas de nuestra razon y de nuestro corazon.

» Pensando en tal Sér el hombre experimenta un sentimiento que es el sentimiento religioso por excelencia. Todos los séres á los cuales nos acercamos despiertan en nosotros sentimientos distintos segun las cualidades que en ellos percibimos. ¡Se extrañará pues que Aquel que posee todas las perfecciones, produzca en nosotros un sentimiento particularísimo! Si nosotros pensamos en la esencia infinita de Dios, si nos penetramos de su inmenso poder, recordaremos que la ley moral expresa su voluntad y que ha unido al cumplimiento y á la violacion de esta ley, recompensas ó castigos de los cuales dispone con una justicia inflexible. Á la idea de semejante grandeza nadie puede prohibirse una emocion de respeto y temor al mismo tiempo. Despues, si nosotros consideramos que ese Sér todopoderoso ha querido crearnos sin que tuviera de nosotros necesidad alguna, y que creándonos nos ha colmado de beneficios, y que nos ha dado este admirable universo para gozar de sus bellezas; siempre nuevas, la sociedad para engrandecer nuestra vida con la de nuestros semejantes, la razon para pensar, el corazon para sentir, la libertad para obrar. sin desaparecer el respeto ni el temor, se revestirán todos estos sentimientos de otro sentimiento mas dulce que es el del cariño. El cariño ó el amor, cuando se aplican á séres débiles y limitados, nos inducen á hacerles bien, pero en sí mismo, el individuo no se propone obtener ventaja de la persona amada: se ama un objeto bueno, porque es tal, sin fijarse, desde luego, si semejante amor podrá ser útil á ese objeto ó á nosotros mismos. Con mayor razon pues el amor que se remonta hasta Dios será un homenaje que se rendirá á sus perfecciones, será la expansion natural del alma hácia un Sér infinitamente amable.

» El respeto y el amor forman la adoracion. La adoracion verdadera no puede existir sin uno ú otro de estos dos sentimientos. Si no considerais mas que al Dios todopoderoso, Señor del cielo y de la tierra, autor y vengador de la justicia, agobiais al hombre bajo el peso de la justicia, de la grandeza de Dios y de su propia debilidad. Le condenais á una turbacion continua en la incertidumbre de los juicios de Dios; le haceis tomar prevencion contra Él, y el mundo y la vida se le llenan de miserias. En este extremo puede citarse como tipo Port-Rogal, el jansenismo, al cual pertenecen inconscientemente todos los rigoristas del Catolicismo, y aun muchos de las ramas disidentes. Leed los *Pensamientos* de Pascal: en su grande humildad, el filósofo olvida dos cosas: la dignidad del hombre y la bondad de Dios. Por otra parte, si no veis mas que al Dios bueno y padre indulgente, os inclinais á un

misticismo quimérico y falto de justicia. Ni el amor á Dios sin respeto, ni respeto sin amor... La verdadera adoracion no separa el amor y el respeto; la verdadera adoracion consiste en el respeto animado por el amor.

»La adoracion es un sentimiento universal; difiere en grados, segun las diferencias de la naturaleza; toma las formas mas diversas; frecuentemente se desconoce á sí propia, y unas veces se hace traicion por un suspiro que se escapa del pecho en medio de las escenas de la vida, y otras se eleva silenciosamente en el alma muda y penetrada, disfrazando su expresion, pero en uno y otro caso, en el fondo es siempre la misma. Ella es una expansion espontánea é irresistible del alma; y cuando la razon trata de analizarla, la declara justa y legítima. ¡Qué cosa mas justa, en efecto, que temer los juicios de Aquel que es la santidad misma y conoce nuestras acciones y nuestras intenciones y que las juzgará como corresponde á la Suprema Justicia! ¡Qué mas justa tambien que amar á la perfecta Bondad y Orígen de todo amor! La adoracion es, desde luego, un sentimiento natural, la razon lo convierte en un deber.

»La adoracion, contenida en el santuario del alma, es el culto interior, principio necesario del culto público.

»El culto público no es ya una institucion arbitraria, es como la sociedad y el gobierno, la lengua y las artes. Todas estas cosas tienen sus raices en la naturaleza humana. La adoracion, abandonada á sí misma, degeneraria forzosamente en un sueño ó en un éxtasis, ó se disiparia en el torrente de los negocios y de las necesidades de cada dia. Cuanto mas enérgica es, mas tiende á expresarse exteriormente en actos que la realizan, tomando una forma sensible, precisa y regular, que por medio de un justo rodeo sobre el sentimiento que la produce, la reanima cuando languidece, le sostiene, si le ve desfallecer, y le protege tambien contra las extravagancias de todo género, á las cuales podria dar lugar en imaginaciones débiles ó enfermizas. La filosofía establece pues los cimientos naturales del culto público en el culto interior de la adoracion. Al llegar aquí, se detiene igualmente atenta á no hacer traicion á sus derechos, y á no traspasar los límites por ellos demarcados, como en recorrer en toda su extension el imperio de la razon natural, y tambien en no usurpar un dominio que no le pertenece

»Pero la filosofía no cree arrebatar nada en esta parte á la teología, y su intento es permanecer fiel á sí misma, y proseguir su mas genuina mision, cual es amar y favorecer todo cuanto tiende á elevar á la persona humana, al hombre, á la MUJER. Hé aquí pues lo que se propone cuando aplaude con efusion el desarrollo del sentimiento religioso y cristiano, despues de los destrozos causados por todas partes por una falsa filosofía. ¡Cuál no hubiera sido, en efecto, la alegría de un Sócrates y de un Platon si hubieran encontrado al género humano en brazos del Cristianismo! ¡Cuán feliz hubiérase hallado Platon, tan visiblemente embarazado entre sus bellas doctrinas y la religion de su tiempo, á la cual guarda tantas consideraciones aun en los lugares que de ella se separa y de la cual se esfuerza en sacar el mejor partido posible con la ayuda de interpretaciones benéficas! ¡Cuán feliz no hubiera sido, repe-

timos, al hallarse con una religion que presenta al hombre como á su autor, y á la vez como su modelo, y con aquel sublime y dulce Crucificado teándrico, del cual tuvo un presentimiento extraordinario, [1] y á quien describió en la persona del justo muriéndose en la cruz; una religion que ha venido á anunciar, ó al menos á consagrar y esparcir la idea de la unidad de Dios y de la unidad de la raza humana; que proclama la igualdad de las almas ante la ley divina, que ha originado por medio de esto el sostenimiento de la igualdad civil que prescribe la caridad todavía mas que la justicia (empero, sin dañar jamás á esta), que enseña al hombre, que no vive solamente de pan, que no existe encerrado por completo en sus sentidos y en su cuerpo, que tiene un alma, un alma libre, cuyo valor infinito es mil veces mayor que el de los innumerables mundos sembrados en el espacio; una religion que nos enseña que la vida es una prueba, y que su objeto verdadero no es el placer, la fortuna, ni las consideraciones sociales, cosas que nos son con frecuencia mas perjudiciales que útiles, y que coloca siempre nuestro poder en todas las situaciones y en todas las condiciones, el mejoramiento del alma por sí misma, en la santa esperanza de convertirse de dia en dia en mas digna de las miradas del Padre de los hombres, de su ejemplo y sus promesas.

»¡Ah! si el mas grande moralista que jamás ha habido hubiese podido ver estas enseñanzas admirables que ya estaban en gérmen en el fondo de su espíritu, y de las cuales se puede encontrar mas de una huella en sus obras, si él las hubiese visto consagradas, mantenidas y sin cesar recordadas y enseñadas á la imaginacion y al corazon de los hombres por instituciones sublimes, ¡cuál no hubiera sido su ternura, sentimiento y simpatía por tal religion! Y si él hubiera alcanzado este siglo entregado á las revoluciones, en el que almas distinguidas sin duda alguna llevan impreso el sello del escepticismo, faltas de una fé ilustrada como la de un Agustin, de un Anselmo, de un Tomás de Aquino, de un Bossuet, hubiérase sentido animado por los sentimientos de un Montesquieu, de un Turgot, de un Franklin, y muy lejos de separar la religion cristiana de la buena filosofía, se hubiera esforzado en unirlas, en esclarecerlas y en fortificarlas la una con la otra. Aquel gran talento y aquel gran corazon que le dictaron el *Phedro,* el *Górgias,* la *República,* los *Diálogos...*, le hubiesen enseñado tambien que tales libros solamente pueden ser comprendidos por los sabios, que era necesaria al género humano una filosofía á la vez parecida y diferente, que esta filosofía debia ser una religion, y que esta religion necesaria, únicamente podia hallarse en la del Evangelio. No vacilamos pues en decir: sin la religion, la filosofía, reducida á lo que puede sacar laboriosamente de la raza natural perfeccionada, se dirige á un corto número y corre riesgo de permanecer ineficaz en las costumbres y en la vida. Sin la filosofía la religion mas pura no puede hallarse al abrigo de muchas supersticiones y pueden escapársele los talentos escogidos que poco á poco arrastran á los otros, como sucedió en el

[1] ¿Quién sabe si podria llamarse inspiracion, revelacion para los pueblos paganos? *Teste David cum sybilla...*

siglo XVIII. La alianza pues de la verdadera religion y de la verdadera filosofía es, á la vez que natural, necesaria; natural, por el fondo comun de verdades que ambas reconocen; necesaria, por el mejor servicio de la humanidad. La filosofía y la religion difieren sin contradecirse. Cuando San Agustin habla á todos los fieles en la iglesia de Hippona, no hay que buscar en él el profundo y sutil metafísico que combatió á los académicos con sus propias armas, y que se apoyó en la teoría platónica de las ideas para explicar la creacion. Bossuet, en el *Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo,* no es y es al mismo tiempo el autor de los *Sermones,* de las *Elevaciones* y del incomparable *Catecismo.* Separar la religion y la filosofía ha sido siempre la pretension de los talentos mezquinos, exclusivos y fanáticos.

» El deber mas imperioso que hoy mas que nunca tiene el hombre sea quien fuere, es de unir estas dos grandes potencias, así como las fuerzas del espíritu y del alma en interés de una causa comun y del gran objeto que se proponen la religion cristiana y la filosofía, cada una por las vias que le son propias, cual es la grandeza moral de la humanidad, de sus destinos y de los medios de realizarlos...»

No hemos de probar aquí que abundamos en estas mismas aspiraciones armónicas entre la religion y la filosofía. Toda esta nuestra obra está sembrada de pruebas de que nuestro espíritu está templado en esa bella liga. En todas las palabras, habladas ó escritas, en todos los actos de nuestra vida, hemos manifestado clara, paladina y superabundantemente que todos nuestros propósitos, todos nuestro esfuerzos tienden y tenderán siempre con el divino auxilio á procurar aquella hermosa, fecunda, pacífica y necesaria alianza.

Ved ahí por qué aquí acogemos con sumo gusto, con indecible placer de nuestra alma citas de filósofos como el que acabamos de extractar. Ved ahí por qué con todos los grandes autores de educacion, pasados y presentes, entre ellos el ilustre obispo de Orleans, á quien creemos que al fin se va á hacer justicia, hemos recomendado y recomendamos en la educacion de la MUJER el estudio de la filosofía, para que por ésta y con ésta sepa comprender su dignidad, y la de su mision, y llegar á la ciencia y conciencia de los fundamentos y vida de la fé.

Que esta fé se vaya comunicando á medida de su desarrollo racional y filosóficamente, como dice el gran P. Ventura de Ráulica, que no sea un maniquí en religion que vaya á la comunion primera y á las de toda la vida racionalmente: que no quede la MUJER, en general, y especialmente la de la clase media, que suele hallarse en posicion y circunstancias superiores á la educacion escasa que le dan, muda ante la menor sátira, la mas pequeña objecion contra la fé que profesa.

Si desde niña, en los programas de sus estudios, en el horizonte de su educacion, hubiera brillado un rayo de luz, si su madre, á la manera de aquella que mas atrás hemos citado y volveremos á citar luego, hubiera recibido y poseido la instruccion que debiera habérsele dado, y en la historia, en el estudio de las ciencias naturales, de las artes, del progreso humano, de las ciencias comparadas, en el estudio de la sana crítica, se hubiera cernido su espíritu sobre el de su hija, haciéndole volar del cielo á la tierra, de esta al cielo, es decir, de lo finito á lo infinito, de lo creado á lo

increado, y su amabilísimo lazo de amor, de ley, de inteligencia que armoniza uno y otro mundo, uno y otro principio, su hija de ayer, la madre de familia de hoy, hubiera recibido, y hoy sabria comunicar á sus hijos, una fé cimentada en la razon del fundamento de credibilidad y la fé así radicaria en su alma en la de sus hijos como potente cedro del Líbano que no son capaces de arrancar todos los vendabales de la vida.

Además, importa muchísimo dar á la MUJER la educacion religiosa desde niña, enseñarla que Jesucristo lo primero que nos encarga es que los que profesemos su fé no seamos hipócritas como los escribas y fariseos; y su grande apóstol Pablo nos dice: «que nuestra fé sea un obsequio racional, á Dios racionalmente tributado,» porque si en este grande y consciente espíritu está elevada la conciencia de la MUJER, esta no sufriria en punto tan capital como el de la fé, el abandono ó el desden de los hombres, y de sus mismos hijos, que al ver por la MUJER tonta ó inconsciente, farisáica ó maquinalmente profesada la religion, despreciaba ya esta con ella, con gran detrimento de sus almas, de la grandeza de la familia y de los pueblos, que no pueden ser verdaderamente grandes sino en la plena alianza de la filosofía y de la fé, realizada en sus almas, traducida en todos los actos de su vida.

Tiene razon el filósofo á quien acabamos de citar: «sólo las almas pequeñas luchan ferozmente por divorciar la razon y la fé; todas las almas grandes trabajan por su alianza...»

Enséñese pues á la MUJER desde niña esta grandeza.

Sigamos nosotros disponiéndole aquí el camino de ella y de contribuir á ella, poniéndole ante su consideracion preciosas citas, que bien puede tomar como guías, seguros en este viaje. Despues de esto, le indicaremos el itinerario y los medios de hacer felizmente este fructuoso viaje.

»¡Oh religion! exclama el sentido Silvio Pellico, bálsamo de toda herida, remedio de todo mal, alimento de toda vida!...

»Dando por fijo que el hombre es superior al bruto y que tiene en sí alguna parte divina, debemos apreciar sobremanera cuantos sentimientos contribuyan á elevarlo, y como es evidente que ninguno lo eleva tanto como el que, á pesar de sus miserias, lo hace aspirar á la perfeccion, á la felicidad, á Dios, necesario es reconocer la existencia de la religion y observarla.

»No te intimide la turba de frívolos burlones que osaren llamarte hipócrita al verte religioso. Sin la fortaleza del alma, ninguna virtud se posee, ningun deber se cumple: aun para ser piadoso es necesario no ser pusilámine.

»Teme aun menos hallarte asociado como cristiano con muchos ingenios vulgares incapaces de comprender toda la sublimidad de la religion. De que los espíritus vulgares pueden y deban ser religiosos, no se deduce que sea la religion una cosa vulgar: porque el ignorante debe ser honrado, ¿se avergonzará de serlo el hombre instruido?

»Tus estudios y tu razon te han debido demostrar que el Cristianismo es la religion mas pura, la mas exenta de errores, la mas resplandeciente por su sabidu-

ría, la sola que manifiesta su carácter divino. Ninguna hay que tanto haya contribuido á adelantar y á generalizar la civilizacion, á abolir ó á mitigar la esclavitud, á hacer sentir á todos los hombres su fraternidad mutua, su fraternidad con el mismo Dios.

» Reflexiona todo esto, y en especial la solidez de las pruebas históricas de la religion, que son tales que bien pueden sufrir cualquier exámen imparcial.

» Y para que los sofismas lanzados contra la validez de aquellas no lleguen á deslumbrarte nunca, acuérdate del sin número de hombres eminentes que las han considerado irrecusables, empezando por algunos profundos pensadores de nuestro siglo, y siguiendo hasta Dante, Santo Tomás, San Agustin, hasta los primeros Padres de la Iglesia.

» Todas las naciones te presentan nombres ilustres que en vano rechazaria ningun incrédulo.

» El célebre Bacon, tan celebrado por la escuela empírica, muy léjos de ser, como sus mas acalorados panegiristas, un incrédulo, profesó siempre el cristianismo. Grocio, á pesar de sus errores particulares, era cristiano y escribió un tratado sobre la verdad de nuestra religion. Leibnitz fué uno de los mas ardientes atletas del cristianismo. Newton no tuvo por indigno de su talento escribir un tratado sobre la concordancia de los Evangelios. Nuestro Volta, gran físico y hombre de la mas vasta instruccion, fué durante su vida un católico virtuosísimo. Tales ingenios y otros muchos son ciertamente capaces de atestiguar que el cristianismo está en perfecta armonía con la razon, es decir, con aquella razon que no se ha limitado á una direccion exclusiva, sino que ha multiplicado sus conocimientos y sus investigaciones, y no se ha pervertido con la aficion al sarcasmo y á la irreligion.

» Entre los hombres célebres en el mundo no pocos fueron irreligiosos, y muchos llenos de errores ó inconsecuencias relativamente á la fé. Mas ¿qué importa esto? Mucho han afirmado y nada probado, ni contra el cristianismo en general, ni contra el catolicismo. Dos principales entre ellos no han podido menos de reconocer en uno ú otro de sus escritos la sabiduría de la religion que aborrecian ó que tan mal practicaban.

» Las siguientes citas, bien que carezcan del mérito de la novedad, conservan el de la importancia y hallan aquí un lugar oportuno.

» J. J. Rousseau escribe en su *Emilio* estas notables palabras: «Confieso que me asombra la majestad de las Escrituras, que la santidadad del Evangelio habla á mi corazon... ¡Cuán pequeños son junto á ese libro los pomposos escritos de los filósofos! ¿Es posible que sea obra del hombre un libro á la vez tan sencillo y tan sublime? ¿Es posible que sea tan sólo hombre aquel cuya historia refiere?... Los hechos de Sócrates, que nadie pone en duda, son menos testificados que los de Jesucristo. Por otra parte seria alejar la dificultad sin resolverla, pues mas incomprensible seria que algunos hombres se hubieren convenido para formar aquel libro, que el que uno sólo haya dado el asunto... y el Evangelio tiene caractéres de

vérdad tan grandes, tan luminosos, tan perfectamente inimitables, que su inventor seria mas maravilloso que su héroe.

» El mismo Rousseau es quien dice:

» Huid de aquellos hombres que con pretexto de explicar la naturaleza, siembran en el ánimo desoladoras doctrinas... (¡Qué bien se conocia! ¡Cómo se ve aquí la ley eterna de la conciencia!) Derribando, destruyendo, conculcando cuanto los hombres respetan, arrebatan á los afligidos el último consuelo de sus miserias, á los poderosos y ricos el único freno de sus pasiones; arrancan del fondo del corazon los remordimientos del crímen, la esperanza de la virtud, y tras esto se jactan de ser los bienhechores del género humano. Jamás, dicen, podrá ser dañosa la verdad. Así lo creo, y esta es á mi parecer la mejor prueba de que no es la verdad lo que enseñan.»

¡Cuánto mas exacto hubiera sido el tal autor del Emilio si hubiese dicho de sí mismo lo que en esos momentos lúcidos le inspiraba la conciencia acerca de los propaladores de la incredulidad, acerca de los que desvían de las rectas sendas de la ley eterna á los hombres! Sí, esta es la verdad, porque él con sus monstruosas contradicciones, con sus peregrinas utopías, con sus extravagancias irreligiosas y poco racionales, aunque salpicadas acá y acullá de brillantes destellos como los arriba citados, fué uno de los que mas contribuyeron á desquiciar el órden social y los santos caminos del verdadero progreso, de la recta civilizacion humana. Ciertamente que quien como él sentó como principios de educacion entre otros dislates: «que se arrancara á las madres la educacion de sus hijos...» «que á estos no se les hablara de Dios hasta la virilidad...» «que el estado salvaje era la ley natural...» «que la sociedad no tenia mas ley que el pacto social...» «que la fé era un absurdo estúpido, porque era estúpido aceptar nada que no se palpara...» por mas que luego pague á la razon, á la fé, á la ley social, á la ley del amor maternal tributos como los arriba expuestos sobre las Escrituras, la revelacion, la religion, etc., tales hombres no pueden ser los maestros de la humanidad, porque llevan sobre su frente aquel estigma, aquella marca que hizo notar Bossuet: «¿VARÍAS? LUEGO NO ERES LA VERDAD.» Solo sirven como tipos comparativos, como testigos, que aun contra su voluntad, contra su sistema, deponen en favor de la verdad, hasta en favor de la verdad religiosa. Por esto, y solamente por esto los citamos nosotros, los llamamos á declarar en las piezas que en favor de la verdad instruimos. Creemos prestar á esta el homenaje que la debe toda alma digna y á la MUJER el servicio del acopio de datos preciosos con que enriquecer sus convicciones y su fé.

Sigamos pues aduciendo datos sobre esta cuestion religiosa.

«Montesquieu, aunque no irreprensible en materias religiosas, se indigna sin embargo con aquellos que á la religion atribuyen imperfecciones de que está exenta. «Bayle, dice, despues de haber insultado á todas las religiones, vilipendia á la cristiana y llega á afirmar que verdaderos cristianos no formarian un estado que pudiese subsistir... ¿Por qué no? Ciudadanos serian sobremanera ilustrados acerca de sus deberes, y que tendrian un gran celo en cumplirlos, sentirian perfectamente

los derechos de la defensa natural, y cuanto mas creerian deber á la religion, mas creerian deber á su patria... ¡Cosa admirable! ¡La religion cristiana que parece no tener en cuenta mas que la felicidad de la otra vida, hace tambien la de esta!» Y en otro lugar sigue así el gran jurisconsulto y filósofo Montesquieu:

»Es un mal razonamiento contra la religion el reunir en un gran volúmen una larga enumeracion de los males que ha ocasionado, si no se da al mismo tiempo la distincion entre ella y los hombres que la representan, y además la enumeracion de los beneficios que á la humanidad ha producido... Si se quisiesen referir todos los males que han producido las leyes civiles, la monarquía, el gobierno republicano, se dirian cosas espantosas. Si nos acordásemos de los contínuos degüellos de los capitanes griegos y romanos, de las destrucciones de los pueblos y ciudades por los mismos caudillos, de las violencias de Tinner y de Gengis-Kan, devastadores del Ásia, encontraríamos que se debe al Cristianismo cierto derecho político en el gobierno, y cierto derecho de gentes en la guerra, que la humanidad nunca podrá agradecerle suficientemente esos bienes.

»El gran Byron, genio prodigioso que tan desgraciadamente se acostumbró á idolatrar, ora la virtud, ora el vicio; ora la verdad, ora el error; pero que sin embargo se hallaba atormentado de una ardiente sed de la verdad y de la virtud, dió una alta prueba de veneracion que no podia negar á nuestra religion, al determinar que su hija fuese educada católicamente, y es conocida una carta suya donde funda su resolucion en que ninguna religion le parecia despedir tantos rayos de verdad como la católica.

»El amigo de Byron, y el mayor poeta que despues de él tiene Inglaterra, Tomás Moore, despues de haber vivido largos años dudoso en la eleccion de una religion, hizo profundos estudios religiosos, y reconoció que no podia ser cristiano y lógico sin ser católico; escribió las investigaciones que habia hecho y la irresistible resolucion que de ellas habia deducido.

»¡Salud, exclama, Iglesia una y verdadera! Único camino de la vida, y la sola cuyos tabernáculos no conocen la confusion de las lenguas. Que mi alma descanse á la sombra de tus santos misterios: lejos de mí la impiedad que se burla de su oscuridad, no menos que la fé imprudente que quisiera sondearlos. Contra una y otra parece que escribió Agustin aquellas admirables palabras: «Razona, yo admiro; disputa, yo creo. Yo veo la sublimidad, bien que no me sea dado medir su profundidad.

»Que las precedentes consideraciones, que las infinitas pruebas que en favor del Cristianismo y de nuestra sola Iglesia militante, te hagan repetir estas palabras, te hagan decir resueltamente:

«Quiero ser insensible á todos los argumentos, siempre especiosos é inconcluyentes con los cuales se ataca mi religion. Veo que es falso que se oponga á las luces, veo que es falso que solo conviniese á siglos bárbaros y no al estado actual de civilizacion, pues despues de haber convenido á la asiática, á la griega, á la romana y á los diversos gobiernos de la Edad Media; convino á los pueblos que

despues de la Edad Media se civilizaron de nuevo, y conviene aun en el dia á inteligencias de primer órden. Veo que desde los heresiarcas hasta Voltaire y sus partidarios, y hasta los sansimonianos de nuestros dias, todos se han gloriado de enseñar algo mejor sin conseguirlo jamás. Y pues yo me glorío de ser enemigo de la barbarie y amigo de la ilustracion. me glorío de ser católico y me compadezco de los que me toman por objeto de sus sarcasmos y afectan confundirme con los supersticiosos y los fariseos.»

»Despues de tales reflexiones y de tal protesta, sé consecuente y firme. Honra la religion con todas las fuerzas, con todas tus facultades intelectuales y morales; profésala de igual manera entre los incrédulos y entre los creyentes; y profésala, no cumpliendo tan solo fria y materialmente las prácticas del culto, sino animando con nobles pensamientos su observancia, elevándote por la admiracion hasta la sublimidad de los misterios, sin orgullosos deseos de explicarlos, penetrándote de las virtudes que de ellos dimanan, y no olvidando jamás que la sola adoracion en las preces de nada sirve, si no nos proponemos adorar á Dios con todas nuestras acciones.

»Algunos hay cuyos ojos perciben la belleza y la verdad de la religion católica, que reconocen, que ninguna filosofía es mas filosófica que ella, ni mas que ella contraria á toda injusticia, ni mas amiga de cuanto es provechoso al hombre; y sin embargo se dejan llevar miserablemente por la corriente, y viven como si la religion fuese negocio reservado al vulgo y en el cual no debiese inmiscuirse el hombre de superior condicion. Estos, y no es escaso su número, son mas culpables que los verdaderos incrédulos.

»Como que fuí uno de aquellos, sé que no es dable salir de tal estado sin un violento esfuerzo. Si jamás cayeses en él, haz ese esfuerzo: que los sarcasmos mundanales ninguna mella hagan en tí cuando se trate de confesar un noble sentimiento: el mas noble de los sentimientos es el amor de Dios.

»Pero en el caso en que tuvieras que pasar desde las falsas doctrinas, ó de la indiferencia á la sincera profesion de la fé, cuida de no dar á los incrédulos el escandaloso espectáculo de una ridícula hipocresía ó de pusilánimes escrúpulos; sé humilde ante Dios y ante tus semejantes, mas sin olvidar jamas tu dignidad de hombre, ni apostatar de la sana razon. La que engendra orgullo ú odios es la única contraria al Evangelio.»

Nutrida el alma de la MUJER en esta elevacion del sentimiento religioso, cimentado en la filosofía y crítica de la historia, y en la experiencia de todos los siglos, de todas las categorías de ingenios y talentos, sabrá por los suaves y racionales procedimientos educativos análogos á los expuestos en la educacion física, y sobre todo, en la intelectual y moral, comunicar, inspirar, radicar y desarrollar en su hija una fé racional, sólida, que sin hipocresías, supersticiones y jactancias pueda sostenerla y guiarla en su ulterior mision, sobre todo en los embates de la vida y de la sociedad, de la que debe ser el Norte. Si la educacion religiosa no se dá de esa manera, suave, firme, elevada, racional, si no filtra en la conciencia y en toda el alma de la

juventud como suave y benéfica lluvia en la tierra abonada, se reduce á una nube pasajera ó á una leve niebla, ó mas bien á una lluvia de verano, que parece ha dado á los campos caudales fabulosos de aguas, y ¡ay! no ha hecho sino azotar su superficie, arrancar hermosa y fecunda tierra vegetal, mantillo y otros elementos productores y perfectamente aprovechables en todo buen cultivo.

¡Cuánta y cuán triste semejanza con estas nubes, nieblas ó lluvias fugaces tiene la educacion religiosa recibida en aparatosos colegios pensionados y otras casas que llaman de educacion, porque se contentan con las apariencias, con las meras exterioridades religiosas, exterioridades ritualistas, materiales, hipócritas, por maquinales, forzadas ó estimuladas por torcidos, rutinarios ó interesados sistemas de educacion!

En muchos, el espíritu de la mayor parte de las niñas, sobre todo de los niños, no penetra una sola gota del rocío espiritual de una verdadera educacion religiosa, que sepa dar grande y merecida preferencia á la verdadera religiosidad que adore al Padre celestial en espíritu y en verdad. En este punto dos solas frases bíblicas, una del mismo divino Maestro Jesucristo y otra de su grande Apóstol, Saulo, dicen lo suficiente para comprender la esencia de la verdadera pura y fructífera religiosidad. Dice Jesucristo: «No seais como los escribas y fariseos... hacen interminables oraciones, mucho aparato, mucha publicidad de religion...; pero vuelven del templo á sus casas tan malos como fueron á él porque se tienen por los solos santos y por malos á los demas...; empero el samaritano, el publicano humilde y verdadero creyente que no quiso que nadie notara su asistencia al templo, y que desde un ángulo apartado, dijo á Dios estas pocas, pero veraces y humildes y amorosas palabras: Señor, Padre bondadoso, yo sé que soy indigno de vuestra mirada; pero vuestra misericordia es mayor que mi culpa, tened piedad de mí...; en verdad os digo que este se fué justificado á su casa.»

Y San Pablo dice: «El espíritu es el que da vida; la letra mata,» y todo de nada sirve sin caridad. «Si no tengo caridad nada soy.» No se olvide que era Apóstol y Apóstol extraordinario. ¡Cuántos hay que son muy poco y se tienen en mucho, y á los que no piensan como ellos en el estrechísimo círculo de las ideas en que se rebullen, en su mente los juzgan y los proclaman por condenados! Esta era la religion del sacerdocio de la Sinagoga, que insolente y protervamente decia á Dios: «Os doy gracias porque yo no soy de los malvados como aquel publicano..., yo pago los diezmos hasta de la menta... ayuno dos veces en el sábado.»

Los herederos de aquellos fariseos usan hoy con Dios y con el público el mismísimo insolente y soez lenguaje: «Os doy gracias, Señor, porque no soy como esos malvados publicanos, yo guardo vuestros preceptos y los de vuestra Iglesia, doy santos ejemplos, no escandalizo...

¡Ah! no eduqueis ¡oh madres! á vuestras hijas, á vuestros hijos en ese hipócrita orgullo ó en esa estúpida ignorancia, con las cuales es incompatible la verdadera religion, la caridad, el amor.

Sí, el amor hasta para con los enemigos, es la religion de Jesucristo. Todo lo demas es moneda falsa.

¡Ah! si la religion fuera, en todos los que se tienen por cristianos, católicos, amor y beneficencia, todo el mundo seria ya cristiano, católico, es decir, universalmente cristiano, que eso significa católico.

La religion de Jesucristo no es, no puede ser la religion del mercantilismo, de la hipocresía ó del odio. Ved ahí la razon, en gran parte, de que el mundo no sea todo cristiano: porque el cristianismo que han profesado y profesan infinidad de gentes lleva uno de aquellos tres estigmas, cuando no está encarnada en los tres, ó los tres encarnados en esa falsa religiosidad.

Las parábolas del *Rico epulon*, del *Samaritano*, del *Centurion Cornelio*, de *Zaqueo* y otras nos dicen claramente como debemos educar religiosamente á la juventud y practicar nosotros todos la religion. Si en su espíritu así se hiciera no veríamos la irreligiosidad ó indiferencia religiosa reinar en el mundo, secando las almas, los corazones, las familias, las virtudes sociales, ni oiríamos acentos tristes como estos: «Á medida que la humanidad se engrandece en este mundo, parece que deja relajar de dia en dia los vínculos que la unen á su Creador. Los progresos de la civilizacion, no siempre llevan en paralelo progresos religiosos. Cuanto mas extienden las generaciones sus conquistas en las ventajas terrestres, tanto mas al parecer quieren desligarse de las relaciones que les deberian unir al cielo. Diríase que la grandeza del hombre no puede establecerse sino sobre la decadencia de Dios.

»Las almas se doblegan ante el peso de las prosperidades humanas: Se alejan de Dios, cuando Dios las favorece: Sucede á menudo que el éxito de la empresa de este mundo produce la ingratitud hácia el Autor de todo bien.

»Y sin embargo, nada está tan en los presagios de las grandes caidas como el olvido del deber religioso.

»Dios sin duda nos deja en paz gozar por algun tiempo de nuestros triunfos soberbios; es paciente porque es eterno; pero tarde ó temprano, para los pueblos, lo mismo que para los individuos, llega una hora en que la desgracia y la decadencia señalan la justicia que pulveriza todas las impiedades.

»Esta es una experiencia notabilísima que se destaca para todo observador atento y sério, del estado de todas las edades y de todos los tiempos.

»Empero nuestra generacion ha podido iluminarse mas que otra alguna, á la luz terrible de tragedias y catástrofes, porque la incredulidad de nuestro siglo debia producirlas como las de todos los siglos...

»La fé en el hombre, en la razon, (por las escuelas que la han presentado como antitética con Dios) ha ahogado la fé en Dios, y la negacion absoluta ha sido la última palabra de todas las variaciones filosóficas y doctrinales, que han multiplicado las dudas, sin rejuvenecer las creencias.

»Fuera de los principios cristianos, tantas doctrinas extravagantes han arrastrado á las almas, tantos pretendidos símbolos han intentado seducir á los espíritus,

que el escepticismo ha sido el resultado mas positivo de tanta elucubracion funesta.

»Lejos de proporcionar á la vida humana una direccion elevada y precisa, lejos de asegurarle una base firme y duradera, las corrientes anticristianas que han llovido sobre la instruccion de los pueblos y destruido toda conviccion, han arrebatado á las almas su dignidad, á los caractéres su vigor. Gran parte de la literatura y de la prensa, sin freno y sin pudor, se ha transformado, en el teatro y en la novela, en escuelas abiertas de irreligion é inmoralidad. La indisciplina que reina en la esfera de las doctrinas, ha borrado poco á poco los hábitos de la vida. Y todas estas causas de destruccion han producido fatalmente la decadencia de las naturalezas inquebrantables; de ahí ese desequilibrio y desórden social y moral, que contrista con razon á los espíritus reflexivos y cuidadosos de nuestros destinos.

»Los que, sobre nuestras ruinas, humeantes aun, quieren hoy excluir á Dios y á la religion de la escuela de las nuevas generaciones, son pues los mas ciegos y los mas culpables de todos los sofistas.—La justicia nos obliga á añadir que no lo son menos los de la escuela farisáica, que con sus extravagancias ó hipocresías sóbria, enérgica y justamente condena el insigne converso P. Newman de Lóndres en su contestacion á Mr. Glatstone. Aquellos y estos son los dos extremos funestos de que hay que apartar la juventud en su educacion religiosa.

»Bien puede de ellos decirse que nada han aprendido, y que todo lo han olvidado; porque ya seria hora de que comprendieran, al reflejo siniestro de nuestras catástrofes, que no hay mas que un solo poder capaz de preservarnos de calamidades mayores todavía, á saber: JESUCRISTO Y LA PRÁCTICA PURA DE SU RELIGION, QUE ES CREER, ESPERAR Y AMAR, OBRAR EL BIEN, SIN JAMÁS OBRAR EL MAL; PRACTICAR LA JUSTICIA SIN JAMÁS MANCHARSE EN LA INJUSTICIA.

»Sin la religion así comprendida y practicada, la sociedad corre por la peligrosa pendiente de su descarrilamiento, que aunque no sea para siempre, la sume en catástrofes dolorosísimas, porque siempre sembrar vientos será para recoger tempestades. Y siembran tales vientos lo mismo los que pretenden divinizar la razon en detrimento de la fé, ó sostener la exclusiva de esta con la guerra permanente á aquella como principio del mal. Esta es una consecuencia infalible que hasta los mismos filósofos paganos habian erigido en principio inconcuso, y que la experiencia no ha dejado confirmar.

»Lo que les sucede á las generaciones sin Dios, sin fé, sin espiritualismo, sin virtudes, les sucede tanto ó mas á las individualidades.

»Las almas sin religion son como un templo profanado y desmantelado, en los cuales no se conoce, no se ve otra cosa sino el culto de las ruinas, el silencio de la muerte. Examinad esas almas vacías, en que se siente la ausencia de Dios desde los fundamentos á la cúspide: no hallareis en ellas ni elevacion, ni dignidad, ni carácter, ni patriotismo, ni abnegacion. No busqueis en ellas mas que egoismo, bajeza y degradacion.

»Iduffroy decia hace ya cerca de medio siglo: «Nadie tiene carácter en los tiempos que corremos, por una razon muy sencilla, á saber: que de los dos ele-

mentos de los cuales se constituye el carácter, una voluntad firme y principios arraigados, falta este y su falta hace inútil al primero ó séase la voluntad.»

»Desgraciadamente estas palabras no han caducado: tienen hoy tanta oportunidad como el dia que nacieron.

»En efecto, lo que falta á los hombres y mujeres de nuestra época en la direccion de la vida, es tambien un principio que fije el punto de partida, y una seguridad que marque el fin moral, trascendente de nuestro sér.

»Ahora bien: solo la religion puede obtener este importantisimo efecto. Las sanas, racionales y firmes creencias son el punto de apoyo mas sólido de la disciplina moral de la vida. Fuera de ellas, no hay mas que desórden, decadencia y desventura.

»Ha sido, es y será pues en todo tiempo la falta de fé la que ha conducido por los abismos á las almas y á las sociedades: por lo contrario, la vuelta de las generaciones á profundas creencias y práctica de la pura religion, ha obrado su regeneracion, su reinstalacion en los senderos de la ley eterna, de su verdadera civilizacion.

»La falta de fé, dice Santo Tomás de Aquino, es el desórden de mas funestas consecuencias para los pueblos y para los individuos.

»Y un sabio y elocuente orador cristiano, el padre Perraud, ha añadido: «Cuando un individuo, ó un pueblo, favorecidos por las gracias de Cristo, no corresponden á ese beneficio, decaen de la altura de su dignidad sobrenaturalizada, á la cual Dios los habia elevado ó predestinado, descienden mas abajo del nivel de las virtudes naturales que habian practicado los mismos infieles, antes de la venida de Cristo y su Evangelio...»

»Ved ahí precisamente el punto de decadencia moral á que han llegado en nuestros dias, como en todas épocas, las almas sin convicciones, sin fé, sin virtudes; la sociedad sin Dios.

»Regenerar una sangre empobrecida, reanimar moralmente una generacion herida, es una obra difícil, puesto que Dios mismo (se entiende dejando al hombre completa libertad), no ha logrado esa obra con éxito, ni siquiera con la ley eterna é indefectible de la expiacion; empero, educar mas cristianamente la infancia de las nuevas generaciones, educarla segun las necesidades sociales, segun conviene á la sociedad de la cual son la mejor de sus esperanzas, y de la que pueden y deben ser la salvacion; educarla seria y varonilmente, por la práctica y el balsámico ejemplo de las creencias religiosas y las virtudes cristianas á esas generaciones llamadas á los altos destinos de esa regeneracion, ¿es acaso un imposible, un absurdo?

»Creemos que no: creémoslo un deber cumplible y cumplidero.

»*Creer.—Esperar.—Amar.*—Tal es en el fondo, la esencia de toda juventud.

»La buena y completa educacion, pues, debe tener por objeto realizar esas nobles aspiraciones naturales, y ese objeto no puede realizarlo, sino apoyándose sobre la religion como sobre su base eterna y sobre su fundamento divino.

»Ofreciendo á todo espíritu novel en la vida la solucion de todo lo que interesa

su existencia y su destino, iluminando su inteligencia por la verdad sublime de sus enseñanzas, dirigiendo su voluntad por la autoridad firme de sus preceptos, perfeccionando su corazon por la uncion santa de su gracia, la religion de Jesucristo la lleva, la guia con mano segura por el camino real del verdadero progreso.

»Ella eleva todos sus pensamientos, todos sus deseos, sus aspiraciones, sus afecciones, todas sus potencias, toda su vida. Ésle una gloria, una aureola, una corona. Es el espíritu de Dios descendiendo sobre el alma abierta de la juventud, para elevarla á sí.

»La educacion que no procure llenar plenamente esas ardorosas necesidades de la juventud, será siempre una educacion desviada, impotente y estéril.

»La verdadera educacion religiosa, penetrando los corazones con el soplo divino, hace que se desenvuelvan y se engrandezcan, á la manera que el sol hace abrir las flores, prosperar las mieses y madurar los frutos.

»Sin esta pura religion, dice Monseñor Dupanloup, [1] todo es débil, todo falso en la educacion, todo es vano, todo es miserable, todo se oscurece, todo se deprava, todo se envilece.

»La educacion religiosa, elevando al alma hasta lo sublime del entusiasmo, la hace capaz de todos los sentimientos nobles y de las acciones mas heróicas, bajo la celeste influencia de todas las virtudes.

»¿Qué otro medio mas adecuado, pues, de educacion podria utilizarse que aquel en que Dios mismo preside como motor, como principio, como fin?

»Yo soy, dice Jesucristo, el camino, la verdad y la vida.

»Por esta razon es que la educacion cristiana pura, verdaderamente comprendida y dispensada en *espíritu y verdad*, haciendo penetrar en los espíritus las bellas verdades esenciales, que dan la solucion satisfactoria de los grandes problemas de la vida, les traza el mejor camino que pueden y deben recorrer, ilumina su inexperiencia y fortifica su debilidad.

»Bajo su vigorosa y saludable influencia, háse de desarrollar su alma, afirmar su carácter, perfeccionarse su sér, virilizar su corazon.

»¡Todo el mundo se queja de que la virilidad, la entereza, la formalidad desaparecen, y que no hay caractéres, que todo es en la juventud marasmo, indiferencia y degradacion!

»¡Y es la verdad!

»Empero, tambien lo es que toda ó gran parte de la causa de estos males morales está ó en la torcida ó aparente educacion religiosa, ó en el completo desden ó abandono con que esta y sus saludables prácticas se miran, por lo cual se deja que se borre ya en el corazon de la infancia la gran idea eterna del deber. Y sin embargo, se quisiera huir hasta de la educacion moral, ó hacer de ella una religion, como si la moral sin Dios no fuera una quimera, una palabra sin sentido.

»No, sin religion no hay moral, como sin moral en la persona y en la vida no hay verdadera religion, sin moral, no hay deber, sin deber no hay educacion.

[1] *De la haute éducation intellectuelle*, liv. I, ch. I.

»Para dar á la educacion de la juventud esa fuerza varonil que le haga producir caractéres, es necesario asentarla sobre las bases eternas de la fé, y aplicarse á hacer vivir en las almas juveniles el sentimiento de Dios, que es el principio generador de todos los grandes deberes y de todas las nobles virtudes.

»¡La obra es grande y santa! Es menester volver á Dios la juventud de nuestra generacion, y dar á las del porvenir el Dios de nuestros padres.

»¡Esta es la regeneracion!

»Así la educacion cristiana pura, verdadera, exenta de las levaduras mundanales de partidos, sectas ni banderías políticas, hará para la juventud un milagro semejante al que su divino Fundador obró con Lázaro, cuando con su divina y todopoderosa voz lo resucitó de la noche de la tumba; ó el que obró tambien á su paso por Naim en favor del único hijo de la viuda de aquella ciudad, que lloraba su muerte.

»Como Jesucristo, la educacion religiosa pura, sólida, racional, debe extender su poderosa mano sobre nuestra juventud y pronunciar estas palabras de salud y de vida: *Jóven, yo te lo digo: levántate y marcha!!!*

»La educacion religiosa pura es pues el gran principio de perfeccion para la personalidad humana; pero es tambien á la vez, y como por consecuencia, el fundamento de la fuerza y la existencia de las naciones.

«Pretender fundar una sociedad sin religion, ha dicho Platon, es querer construir una ciudad en el aire.»

»Lo mismo se puede aplicar perfectamente á la educacion de la juventud.

»Querer de la infancia formar hombres, mujeres, capaces de honrar á su patria, sin dar á ese progreso, á esa obra, la base de la religion, es una empresa imposible, sin esperanza y sin vida.

»La infancia, lo mismo en el niño que en la niña, lleva consigo aptitudes, tendencias, instintos, pasiones. La familia la corrige, la guia y, á su modo, la desarrolla. La sociedad lejos de depravarla, en general, como lo sostuvo el atrabiliario Rousseau, la perfecciona y la hace mejor. Empero, la familia y la sociedad de por sí no bastan á esta grande obra que necesita un elemento superior. Este elemento es la religion. Solo esta tiene una fuerza eficaz de represion para las tendencias depravadas, y viene á ser, impidiendo ú oponiéndose á todas las violaciones del deber, el elemento mas saludable del órden social.

»La religion, pues, y la educacion son como dos hermanas, bien nacidas, que deben prestarse mútuo apoyo, que jamás estarán bien si van aisladas una de otra, y que por lo contrario, si marchan en perfecta armonía levantarán siempre á la sociedad y á sus miembros al órden y á la perfeccion.

»Todos los pueblos, antiguos y modernos, se hallan de acuerdo en este punto tan capital, porque como lo ha dicho perfectamente Mr. Tocqueville *(De la revolution et de l'ancien regime)*: «Una sociedad civilizada, y sobre todo una sociedad, un pueblo, una nacion libre, no puede subsistir sin religion.»

»Los legisladores de los pueblos, los grandes hombres políticos, todos los guias

eminentes de la sociedad, lo han comprendido así, en todo tiempo, sin exceptuar el nuestro.

«¡Felices, exclamaba el gran Francklin, los pueblos que creen en Dios y en la libertad!...»

»El verdadero fundador de Prusia, el rey filósofo, Federico el Grande, queria, ante todo, que se diera á la infancia de su reino una verdadera educacion religiosa.

»En los albores de nuestro siglo, el restaurador del órden en Francia, el gran Napoleon I, con su mirada de águila, presto comprendió, que entre las obras de regeneracion social, la educacion religiosa de la juventud debia ocupar el primer término. A este fin fundó la *Universidad*, con el fin de formar hombres distinguidos para las letras, para la ciencia, para la patria, para la familia y para la religion. [1]

«Ya es hora, decia Portalis, de que las teorías enmudezcan ante los hechos. No hay instruccion sin educacion, ni hay educacion sin religion.»

«El imperio de las creencias religiosas, dice el célebre estadista protestante Guizot, no es menos necesario en nuestros dias que en otros tiempos. No vacilo en sostener que lo es hoy mas que nunca para restaurar en la sociedad y aun mas en las almas el órden y la paz, que en ellas se hallan profundamente perturbadas.»

«El legislador, decia el célebre Beugnot, [2] debe procurar fundar sobre la moral y la religion, las dos solas bases que pueden útilmente emplearse, un plan de educacion pública, que venga á ser el primer elemento de estabilidad y de grandeza moral de un pueblo.»

»El ilustre paladin de la libertad y de la religion, el gran Montalembert, despues de haber trazado un interesante cuadro de los males morales de que era presa entonces su patria, exclamaba en la Asamblea Nacional (17 enero 1850) con la grandilocuencia y conviccion que le distinguian: «Ahora bien: nosotros venimos á proponer el remedio á este estado de cosas. El remedio único consiste en infiltrar el salvador elemento religioso puro en la educacion de la juventud... El remedio está en la sana educacion religiosa...»

»Tal ha sido siempre el lenguaje de todos los hombres superiores: últimamente hemos oido la voz autorizada de otro ilustre y valiente patricio, el general Trouchu en la Asamblea Nacional (27 de mayo 1872), proclamar en la tribuna francesa con motivo de la reorganizacion del ejército, que la salvacion no podia hacerse sino por medio de la educacion religiosa.

»¡Tan cierto es que todos los espíritus nobles se han hallado siempre de acuerdo sobre este punto, no menos hoy que en lo antiguo; sosteniendo que debe darse á la juventud, á su educacion, su coronamiento religioso, para regenerar la sociedad y dirigirla por los progresos del porvenir!»

[1] «Ley del 17 de marzo de 1808.»

[2] *Dictámen á la Cámara*, 1849.

Sí, la religion pura es la columna eterna que sostiene las sociedades. Que se convenzan de esto los hombres de la clase media de nuestros dias; que sepan distinguir entre la religion verdadera y los abusos que á su augusta sombra cometen hombres indignos de ocupar en su servicio los puestos que ocupan para servir solo á sus pasiones bastardas, á su idea innoble, á una mundana y sórdida política.

Cuanto mas sepais conocer lo divino de la religion y amarlo en vosotros y en vuestras esposas, en la educacion de vuestros hijos, si al mismo tiempo aprendeis á despreciar ó compadecer esos abusos hijos de la ignorancia ó de sórdidos cálculos, tanto mas pronto caerán estos, tanto mas grande y verdadera será la civilizacion moderna de que sois, ¡oh, hombres de la clase media! los mejores y los mas activos apóstoles. Creednos, os hablamos con el corazon en la mano, pertenecemos tambien con noble orgullo á la activa y fecunda clase media: «Sin religion pura en la educacion de la juventud, de vuestros hijos, de vuestras hijas; sin su práctica saludable en vuestra vida, en vuestra casa, en vuestras costumbres, no puede ser sólida ni la civilizacion, ni la libertad, ni el progreso, ni vuestra grandeza ni la de la patria.»

¡Dios y libertad!

Ved ahí las dos grandes y poderosas palancas de la verdadera civilizacion y grandeza de los individuos y de los pueblos. A nosotros nos contrista profundamente que no sepa hacerse la distincion arriba dicha y que por los abusos de los hombres se dejen perecer de hambre espiritual las almas, los corazones, el progreso.

Por esto y solo por esto pedimos y pediremos una y otra vez, que se dé á la MUJER una educacion convenientemente ilustrada, para que tenga sobre la familia, sobre el hombre, sobre la sociedad la saludable influencia que deberia tener y que no tendrá jamás sino se educa, sino se instruye, sino eleva su alma á la categoría de persona que sepa discurrir, raciocinar desde el porqué de una moda, hasta el porqué de la fe que profesa su alma, sino en sus dogmas, en sus fundamentos de credibilidad.

Hoy, sobre todo en la cuestion religiosa, la MUJER está sumida en un aislamiento impotente, porque los hombres le dicen parte con razon, parte con ligereza: ¿Qué sabes tú? Y ved ahí la razon por que nuestras generaciones estén destituidas del salvador elemento religioso en su educacion y en sus costumbres, de que no tengan virtudes, principios, convicciones, ni fé, ni culto hácia los grandes símbolos generosos ni patrióticos, y que si se ven algunas virtudes como flores de un dia aparecen hoy para agostarse mañana!

Por la falta de ciencia y autoridad racional en la fé de la MUJÉR es como ha podido repetirse á la juventud, á la familia, á las escuelas, á la sociedad una cosa triste, gratuita, desastrosa, infundada, y cuya insensatez es incapaz de demostrar la MUJER con la escasa educacion que se le dá, á saber: Que la fé de nuestros padres no era mas que un viejo símbolo caducado ya, que la religion de Jesucristo y de su Iglesia no tiene para guiarnos mas que luces impotentes; que es necesario dar á

las generaciones modernas el pretendido evangelio de la razon y del libre pensamiento!

«Esta licencia en los principios ha conducido á la licencia en la vida, y las virtudes sociales y patrióticas se han abismado en el naufragio de las virtudes cristianas.

»La primera obligacion social es, pues, la restauracion en todas partes de las puras creencias y prácticas de la religion, no mistificada.

»Esa, esa es la verdadera obra del porvenir, la obra de la educacion séria y patrótica.

»La religion de Jesucristo, que en todas épocas ha sabido engendrar héroes como los Vicentes de Paul, los Juanes de Dios, los José de Calasanz, la Hermana de la Caridad; y mártires como los Lorenzos; y misioneros como los Quelens, los Belsunce que mueren por dar vida á los hombres ingratos, á los salvajes, á los esclavos, á los mismos verdugos que los destrozan, sabrá hoy y siempre crearnos hombres dignos, hijos dignos de la patria.

»La religion, indudablemente, forma apóstoles, que no viven sino para la abnegacion, doctores que no viven sino para el estudio, cenobitas que no viven sino para la plegaria; ese grande y misterioso resorte de la vida cristiana. Ella forma tambien solitarios, hastiados del mundo, los cuales en los desiertos, ó en los claustros, mueren antes de morir, y comienzan acá abajo su vida eterna. Empero, sobre todo, ella forma, y esta es su mas fecunda mision, ciudadanos dignos, hombres educados para regenerarlo, porque tambien en la sociedad hay un apostolado que desempeñar, apostolado social, que debe ser la mision mas sublime de la educacion religiosa, apostolado difícil, pero fecundo, que requiere la ciencia y la cooperacion poderosa de la MUJER. Sí, la MUJER por sus talentos desarrollados en la educacion, es el elemento mas saludable de aquel apostolado.

Si ella estuviese educada segun lo expuesto por nosotros, si se la preparara dignamente para su importante mision, ella daria lo que falta á nuestra época: fé, conviccion, conciencia, amor á las ciencias, á las artes, á la civilizacion, al progreso: ella sabria formar de sus hijos, sabios, artistas, agricultores, escritores, sacerdotes, estadistas en cuyas frentes, en cuyos corazones brillaran los rayos de aquellas hermosas virtudes divinas y humanas, formando el bello haz del carácter. Entonces veriamos á los hijos apasionados de las ciencias, de las artes, de las letras, de la agricultura, de la industria, de la política, de la libertad, de la religion, estos dos ángeles de la patria moderna, unidos en lazos de armonía, amando apasionadamente tambien todo lo verdadero y justamente útil, todo lo bello, todo lo grande; y colocar en la base, en el medio y en la cúspide del pulcro edificio de sus obras, de sus afecciones, á DIOS, fundamento de toda sociedad, fuente de toda armonía.

CAPÍTULO V.

EDUCACION MORAL Y RELIGIOSA.

Primera comunion.—Su preparacion actual.—Su preparacion debida.—Frutos segun ella sea.—Subsiguiente y complementaria educacion religiosa de la MUJER de la clase media.

¿Se halla la jóven de la clase media educada en religion, del modo señalado en el capítulo anterior, para que un dia obre esos milagros? ¿Cuándo se la lleva á la celeste mesa de los ángeles, á bañar su alma en la plenitud del Maná divino, en su primera Comunion, el acto mas importante de su vida, y el mas augusto de la religion cristiana, sabe dar cuenta á su razon, se ha dado á su alma una preparacion siquiera mediana que le baste á satisfacer y elevar y entusiasmar sus facultades y sus sentimientos, que le dé acopio suficiente de razon religiosa y filosófico-cristiana para ir consciente y racionalmente á ese divino acto, para que su alma llena pueda aprontar con éxito todas las dudas interiores y exteriores? ¿Podrá esa niña contestar victoriosa aunque comedida y prudentemente á la primera objecion que mañana un alma desgraciadamente extraviada se permita dirigirle? ¿Quedará de ese augusto y nuevo Bautismo tan íntima y fuertemente penetrada del calor y rocíos celestes que el divino Verbo místico y sustancialmente recibido sea en su vida semilla que produzca un mundo nuevo de belleza moral, de verdad infalible, de pureza, de justicia, de humanidad, de fé, de esperanza, de verdadera caridad, ó sea de amor á Dios y á todo prójimo?

Precisamente eso que afirmamos debiera realizarse; pero tambien negamos que, en general, la preparacion que hoy se dá para la primera Comunion sea suficiente, ó apropiada.

El mismo P. Raulica, cuyo catolicismo no puede ponerse en tela de juicio, y cuya autoridad en él es casi venerable, dice en el fondo lo mismo que nosotros sobre esa materia en estas concisas, pero penetrantes palabras: «Un poco de Catecismo, unas cuantas explicaciones rutinarias, unas lecturas que no comprenden... ¿despues de estas secas materialidades que no dan al espíritu de la MUJER ninguna nutricion, qué os queda en vuestra alma? ¡Ah! una religiosidad maquinal, que no dá cuenta de la religion ni á vuestra razon ni mucho menos á los descreidos que

necesitan para convertirse ó al menos quedar reducidos al silencio respetuoso de razones de mas peso que las de ajena autoridad.

El eminentísimo obispo de Orleans en su precioso «Catecismo para las personas de mundo,» dice con sobrada razon: «Cada alma debe saber dar razon de su religion, porque así lo exije la dignidad de ambas.»

Oid ¡oh madres de la clase media! como habla y como prepara la ilustrada madre á quien antes citamos como vuestro modelo, á su querida hija para la primera Comunion:

«Pidesnos, suplicasnos, amada hija, nuestra amorosa bendicion, como elemento preparatorio al sublime acto que va á realizar tu alma. El beso que tu padre y tu madre te imprimen en tu frente todas las mañanas no te basta en esta ocasion. Falta á esa primavera de tu conciencia, que alborea en célica pureza, la aurora de un amor y de un respeto del todo nuevos.

»Ven, pues, á nuestros brazos, amada Luisa, porque ya no eres Luisita. La niñita á quien yo divertia con cuentos, y á cuya muñeca reprendia, aunque menos culpable que ella, no tendrá ya en adelante necesidad de mas ficciones para divertirse ó instruirse.

»Ahora necesitas ya del pan sólido de la verdad, de la verdad por completo.

»Tú la suplicas con fé, con una resolucion cándida y entera. Tú has lavado con un sincero y puro arrepentimiento todas tus faltas de niña; la página de tu alma está blanca como la nieve; y quieres que antes de ofrecerla á Dios la sellemos nosotros con un beso.

» Temes no estar bastantemente arrepentida para que Dios se digne inclinarse á tí, para que descienda á tí. ¡Deseas que la dulce bendicion de tus padres añada un velo blanco, un doble amor á tu grande amor, una plegaria á tu plegaria! ¡Enhorabuena! Nosotros te la concedemos de buen grado, hija querida. ¡Vé sin miedo hácia Dios, tú á quien Dios envió á nosotros!

» Las lecciones de catecismo, espiritualmente explicadas y meditadas te han enseñado lo que debes saber para esta, la mayor solemnidad de tu vida. No es mi mision ni mi papel hablarte como te han hablado en el templo. La teología maternal ha de reducirse á decirte:

»—Ten tu alma muy abierta, muy franca, muy sencilla ante Dios; tal es el secreto del amor divino que vá á posesionarse de un modo nuevo y peculiarísimo de tu corazon, para agigantar tu poder de amar y de consagrarte á él!...

» Todas las religiones, todos los pueblos han reconocido para la juventud la necesidad de la iniciacion solemne en la vida ideal. En todos los tiempos y en todos los países, los padres, las madres, los sacerdotes, han adornado con flores y regado con piadosas lágrimas el camino en el cual vas hoy á estampar tus huellas.

» Los paganos, los católicos, los protestantes, los judíos, los musulmanes, hasta los filósofos, todos los que tienen fé en los destinos terrestres y dan culto á las esperanzas infinitas, han querido que las imaginaciones juveniles fuesen vigori-

zadas en una solemnidad especial, y recibiesen las luces que nos vienen de lo alto, y que luego nos pueden servir de faro para pasar las tinieblas de acá bajo.

» Es una especie de alianza que se contrae entre la juventud mortal con la inmortalidad del bien; y generalmente háse siempre escogido la primavera del año para celebrar esta primavera de la vida; se ha querido asociar el pensamiento de una estacion nueva para las almas en la de la renovacion de la naturaleza, con el noble y levantado fin de imprimir un perfume indestructible al recuerdo de este dia.

» Tú, Luisa mia, no eres, pues, hoy solamente la flor primaveral que el cielo me ha regalado, el lirio que yo he visto crecer, eres la savia que he exhalado: yo me siento renovada, reflorecida, purificada, perfumada, viéndote hoy á tí. Paréceme que soy yo la que voy á sonreir y hacer rodar argentinas y tiernas lágrimas por debajo de ese blanco velo.

» Yo sentiré de rechazo los latidos de tu pecho cuando tú llegarás al altar santo: se iluminará mi corazon cuando tú lleves la vela encendida en tu mano; comulgaremos ambas á dos, juntas, con el mismo Sacramento; y un mismo éxtasis henchirá nuestros corazones.

» Las alegrías de que vas á gozar hoy no se borrarán jamás de tu tierno corazon. Óyeme una séria reflexion: hasta ciertos hombres, que mas tarde creen una *valentía* hacerse indiferentes, paganos en algun modo, podrán ahogar, renegar de su fé, pero jamás podrán lograr destruir enteramente las emociones de esa solemnidad para la cual tú te preparas. Viejos, contristados y decaidos, se rejuvenecen, se consuelan y esperan; cuando evocan este dia de su juventud radiante, de confusa ternura, de humildad y de cierta altivez á un mismo tiempo, en que se recuerdan exentos de todo defecto, buenos, llenos de generosos arranques, mas amantes de sus padres, amados ellos mismos mas intensamente, llenos de respeto y respetados á la vez, como séres consagrados, santos, en el seno de una santidad que los llevaba en sus alas mecidos, agraciados en sí mismos, felices, viendo florecientes el cielo y la tierra, avanzándose entre una doble bendicion, ante un misterio que los elevaba y que los separaba de la infancia...

» Tu buen padre, Luisa mia, que pasa por ser un filósofo, asistirá al templo á tu primera Comunion, y puedo asegurarte que allí orará fervientemente por tí. Ambos á dos, pues, te acompañaremos este dia; como suplicamos á Dios nos conceda poder otro dia acompañarte al mismo altar para otra ceremonia muy importante en tu vida.

» Todos los deberes religiosos, hija mia, deben servir para facilitar y perfeccionar el fin humano, nuestro fin, nuestra mision. Dios bondadoso no es un padre egoista y envidioso, que nos llame para retenernos. En ese dia mismo te devolverá á tus padres, á tus amiguitas, á tu hermano, á tus estudios, á todo lo que necesita de tu trabajo, de tu buena voluntad; solamente que Él te devolverá mas fuerte.

» Llevarás contigo de allí la idea de una victoria siempre prometida, de un consejo siempre ofrecido; tu fé de cristiana alimentará tu vocacion de hija de familia y de MUJER.

»Para ese dia no te inventes una actitud determinada y violenta. Brillen en tu emocion la sencillez y la verdad.

»Si la alegría te hace sonreir, no ofenderá tu sonrisa á los piadosos por lo inocente de tu dicha. Si rodaren lágrimas por tus mejillas, no te avengüences de ellas, pues serán de celeste ternura.

»Tu traje blanco está dispuesto. He querido que fuese sencillo. El lujo en tal solemnidad es una sacrílega impertinencia.

»No sé si puede concebirse que haya madres tan mal aconsejadas, tan destituidas de buen sentido, que quieran presentar á sus hijas hechas unas coquetas ante Dios bondadoso; en cuanto á mí, te digo que temeria pecar, poniéndote demasiado bella exteriormente, cuando la belleza interior pertenece solamente á Aquel á quien no puede engañar compostura alguna.

»Ya no hay necesidad de que te diga mas sobre este importante asunto. Las palabras mejor intencionadas pudieran agitar perjudicialmente tu recogimiento.

»El silencio es el pudor de la piedad; además, ¿toda la elocuencia maternal no va en mi bendicion?...

»Ven, ven ya: pónte este blanco vestido y este velo, que llevamos solo dos veces en la vida y para dos grandes solemnidades.

»No hay una corona visible que poner sobre tus sienes; pero hoy es cuando has de empezar á coger una á una las flores de la corona que un dia has de ceñir.

»Bendita seas pues en tu inocencia, tú que me has bendecido en mi maternidad.

»¡Ante Dios que nos oye y nos ve, ante tu padre que nos escucha, te deseo con toda mi alma, para mi felicidad de esposa y de madre, verte gozar un dia de esperanzas tan dulces como los recuerdos embriagadores despertados en mí por tu felicidad de hija y de cristiana!...»

Ahí teneis otro bellísimo cuadro del arte y del poder del amor maternal ilustrado.

Esta leccion sublime de una madre á su hijita para el acto mas trascendental de la vida cristiana, de la vida del espíritu, de la vida moral, no se parece en nada á los sermones rutinarios que en la familia, en las escuelas, ó en libros poco á propósito, suelen propinárseles como preparacion á tan grande solemnidad, á la cual van, y de la cual salen como el negro del sermon: «Con la cabeza fria y los piés calientes...»

Si en el templo del hogar, la madre, supiera desempeñar el augusto sacerdocio con que Dios la invistió, no se llegaria á la sagrada ara tan inconscientemente, ni por consiguiente se bajaria de ella con frutos tan efímeros, con el corazon tan desprovisto de esa vida superior, de esa vida celestial, sin la que, (digan lo que quieran los materialistas y positivistas é incrédulos de todas estofas) ni puede darse dignidad personal, ni grandeza de virtudes morales, ni temple de carácter, ni benéfica generosidad, ni heroismo, ni abnegacion, ni patriotismo, ni fé, ni libertad; sin la cual, en una palabra, la civilizacion es incompleta.

Despues de haber visto contemplado y admirado, y quisiéramos que imitado, el bello cuadro de preparacion de una hija á la primera comunion, bosquejado por

una digna madre, ved las sentidas frases de un grande, tierno, amoroso é inteligente apóstol de Jesucristo en nuestros tiempos, mártir de su amor y de su trabajo por los hombres, templado en la fragua misteriosa del corazon de Jesucristo, glosando sus divinas y tiernas palabras tan propias de la solemnidad que nos ocupa: «Dejad que los niños se acerquen á mí... de ellos es el reino de los cielos...» «¿Os acordais de la tierna edad en que nos consagramos á Jesucristo recibiéndolo? Para las grandes almas, debidamente preparadas, este es el gran momento de la vida, la edad virginal, la edad angélica. Su espíritu no está ya sumido en la ignorancia, ya juzga y comprende; juzga que Dios es bueno y que servirle es reinar. La libertad se despierta en su corazon, pero este corazon es puro como los céfiros, y no habiéndolo aun manchado las tempestades de acá bajo, no se siente libre sino para obedecer con mayor ventura, con mas honor. En esa bella edad se tiene íntegra la fé en Dios y se siente la hermosura de las cosas divinas...»

«Cristo es el Verbo eterno, la luz interior que ilumina á toda alma que viene á este mundo. Esta se dirige con sus esfuerzos intelectuales á esa luz vivificadora, haciendo, practicando, sin haberlo aprendido, el precepto de los filósofos: que para ver, hay que ir ante todo á Dios que es la gran luz...»

«Yo atribuyo todos los bienes de mi vocacion á mi primera comunion... Este pensamiento es un manantial de dulzuras!

»Veo aun, como si fuera ayer, aquel momento bendito en que viniendo de recibir á nuestro Señor Jesucristo en la mesa santa, me colocaba en mi sitio, y allí me prosternaba sobre aquel reclinatorio de terciopelo encarnado, que ocupa todavía aquel mismo lugar; yo prometí en aquel momento solemne á nuestro Señor Jesucristo con toda sinceridad de corazon, pertenecerle para siempre. Recuerdo perfectamente la conviccion que tenia ya entonces de que mi promesa era aceptada. Yo siento aun el calor de aquellas primeras lágrimas que corrieron en amor á Jesucristo desde mis ojos infantiles, y la inefable confusion de un alma, que por la primera vez ha hablado á Dios, le ha visto y le ha oido. ¡Íntimos y profundos esponsales del corazon con Dios! ¡Con qué respeto y con qué amor he guardado este dulce recuerdo, y lo evoco hoy que Dios se ha dignado bendecir aquel mi voto de la edad infantil! ¡Ah! querido amigo y señor mio, ¿lo creeis? Este amado recuerdo me ha dado lo que yo llamaré el éxtasis de la primera comunion. Paréceme que toda la vida depende de ese bello dia; que en él se puede tratar con Dios; que en tal dia, como me lo decia un hermoso ángel de doce años, se firma por cada uno su eternidad.

»¡Hermoso dia! hermoso dia que me es muy caro; allí á mi lado estuvísteis vos, querido amigo y señor mio. Ciertamente vos fuisteis elegido por Dios para hacerlo mas bello. Esta es la razon porque yo os guardo y guardaré por vuestra asistencia en la solemnidad de aquel dia un eterno reconocimiento. Permitid que una vez mas, aunque deseo no sea la última, os rinda mi afectuoso y debido homenaje...»

¿Cuántas almas conoceis que hayan sacado de la fuente de las fuentes, del

corazon de Jesucristo en su primera comunion tantas, tales, tan bellas y grandiosas doctrinas para su alimento y robustez de la vida?

¿Podeis afirmarlo de la vuestra cada una de las que nos hagais el honor de leer estas páginas? ¿Os prepararon convenientemente á vosotras para tan augusta y misteriosa iniciación? ¿Preparais para ella á vuestras hijas de la manera que os muestra el bello cuadro de aquella madre ilustre y típica en ciencia, sentimiento, conciencia y virtudes, naturales y cristianas? ¿Sabríais al menos prepararles los materiales convenientes en libros como *Le Journal de Margueritte*, y una infinidad de libros que en las naciones extranjeras están en manos de todas las familias y están traducidos en todas lenguas?

Si así supierais ó quisierais hacerlo, si así se dispusiera á las niñas para esa grande solemnidad de su vida, y despues de ella se completara su educacion religiosa, ya con libros, ya con discursos, diálogos, obras buenas; sobre todo teniendo una bibliotequita selecta en que figuraran entre otras obras: Las de Balmes, las de Lacordaire, las del P. Raulica, las de Santa Teresa, las de Wisseman, las de Dupanloup, las de Gratry, las de Ozanam, las de Perraud, César Cantú, San Francisco de Sales; entonces su alma se meceria perfectamente en un ambiente de vida múltiple, de la direccion del trabajo material doméstico, de labores, de los quehaceres de la casa, hasta de la delicada ejecucion de una inspirada pieza de Bethowen, de Rossini, de Meyerbeer, de Mozart y de la solucion de un problema moral ó científico. Entonces seria el bello facsímile de la MUJER fuerte descrita en la Escritura Santa, cuya letra y cuyo espíritu no debe por mas tiempo serle desconocido. Así la educacion religiosa, en armonía con la física, la intelectual y la moral prepararian á la MUJER para una adecuada educacion social, para un exquisito cumplimiento de su gran mision, para que conozca, aprecie y sepa defender su dignidad de persona, de MUJER y de cristiana. Entonces sabria dar cuenta de su sér y de su razon de sér, y aun del conjunto de los séres, de su causa, sus efectos, sus medios y sus fines, y sobre todo, sabria dar razon de lo que cree y por qué lo cree, sabria defender la armonía de la razon y de la fé; al paso que la educaciou religiosa que hoy recibe la deja sumida en la mas tenebrosa ignorancia hasta de los nombres de todo eso, y la arroja en la pendiente del fanatismo de la incredulidad ó de la excesiva credulidad.

De ahí el inconsciente desden de gran parte de los hombres por la majestad de todo lo espiritual, de todo lo suprasensible, de todo lo divino, creyendo *que todo eso pertenece á la categoría de «las supersticiones de la* MUJER.» ¡Lamentabilísimo resultado!

«De ahí, exclama la sentida alma de E. Perreyve, que esos espíritus agitados por recios vendabales no tienen el auxilio de una sola gota del rocío celeste, del hálito saludable del amor, de la esperanza, de la fé divina. Vedles á esos pobres espíritus, inquietos, desgraciados, en los dias de prueba, de incertidumbre, ante terribles y sucesivos combates que se preparan á cada momento, á cada sacudida, no teniendo en su socorro ni ese último recurso del hombre en los peligros: la libertad del sacrificio. Así no es extraño que se vean turbados en el fondo de su

corazon, sintiendo temblar bajo sus huellas el terreno mismo en que habian cifrado sus mejores esperanzas. ¡Felices las almas sobre las cuales no gravita el peso del lodo del apego á las cosas de este mundo cuando hay necesidad de actividad y libertad! Yo no veo por mi parte, querido amigo, que sea tan árduo el conservar esa preciosa independencia. Lo que yo te propongo no es morir para el mundo; sino vivir en él mas libremente. Yo no sé ver, repito, el horror del sacrificio, cuando se liberta uno de la esclavitud... Respecto á la inteligencia del espíritu de la vida cristiana, espiritual, virtuosa, la carta de D... me parece inspirada en exagerado rigorismo, que yo no sé ver en el verdadero espíritu cristiano. Ciertamente que el amor de Dios es mucho mas la expresion de la vida que de la muerte. Los amores profanos causan muchas veces la muerte á mas de una virtud y á muchas disposiciones generosas. El amor de Dios lo despierta todo, lo resucita todo. Al contrario de aquel, destruye en el alma los gérmenes de la muerte que el mundo vicioso habia en ella sembrado. Multiplica el poder del hombre, no dejando en las almas nada que no sea inmortal. Persuádete de esta idea, á saber: que en los tiempos que corremos solo demostrarán amar mucho á Dios los que hagan mucho por el bien de los hombres y por la verdad. Por esta parte, tu corazon, cuyo ardor por todo lo que es noble me es bien notorio, hallará ancho campo en cumplimiento de los divinos designios. Yo te creo muy á propósito para renunciar á esas pequeñas felicidades de este mundo, y para la accion generosa, incesante, vigorosa de un alma libre para la dicha de sus hermanos y para la gloria de Dios.

»Siento mucho que te haya hecho mella la carta de D... Yo sé que su autor está mucho mas adelantado que yo en el camino de la virtud; es mas: sé que hay en su espíritu raices de santidad. Yo le amo mucho, y le respeto mas porque ante Dios, debe pesar cien veces mas que yo en la misteriosa balanza que mide las virtudes de los hombres. Empero no puedo menos de decirte que le creo sobrado estrecho en la exposicion de ciertos principios. La famosa máxima, por ejemplo, de que nosotros hemos de ser en manos de Dios como un palo ó un cadáver, no puede servir, á mi parecer, mas que para apartar los corazones de la religiosidad, por chocar con la razon que es, dígase lo que se quiera, un don de Dios. No, nuestra religion no nos exige eso, ni es tal el absurdo de nuestros misterios, que se haya de renunciar á la sabiduría de hombre, y á la razon para amarlos, para profesarlos, para vivir la vida cristiana. En cuanto á mí, te confieso que si la perfeccion cristiana fuera esa, yo estaria muy lejos de la perfeccion, y no aspiraria jamás á ella. Dios, en las veces que mi alma le ha oido, jamás me ha mandado que abdicara de mí mismo hasta el punto de renunciar «á que sepa lo que se hace ó se dice uno,» para no vivir como máquina sino del pensamiento ó accion divina. Créeme, no te preocupes por palabras que salen de corazones harto entusiastas como el de D... que no convienen á los neófitos. Consulta sobre este punto á hombres ilustrados que pueden comprender el sentido real, positivo de la vida cristiana. El abate G... debe poderte decir mucho mas y mejor que todos nosotros. Tú aprenderás de ellos, estoy bien seguro de lo que te afirmo, que por ser cristiano no se es menos hombre, y que se puede hablar,

obrar, razonar y pensar viviendo esa vida de sacrificio por sus hermanos y para servir al Padre comun de todos. De otro modo la vida cristiana seria espantosa, no solo bajo el punto de vista de la debilidad humana, sino tambien bajo el aspecto de la dignidad humana. Y á mi parecer, no lo es sino bajo el primer aspecto... Te confieso que la consideracion de mi debilidad me espanta... Empero, sin embargo, tengo gran confianza en la bondad de Dios, «que levanta al miserable desde el lodo para colocarle entre sus elegidos,» que Él oirá mis plegarias, y cuando suene la hora de su misericordia, me curará, cuando haya yo sabido orar largo tiempo como el ciego del camino de Jericó: «Jesús, hijo de David, tened piedad de mí.»

»Hijo mio, la vida que recibiste, y vuelves á recibir siempre que curas de una enfermedad, no se te ha dado sino para que la consagres al bien de los hombres, á la verdad, á la justicia y de consiguiente á la gloria y amor de Dios en el prójimo.

»Si, pasmado de la grandeza de esta idea, te esfuerzas en restringirla y me preguntas á qué hombres debes la vida, te contesto, hijo mio, que la debes á todos los hombres.

»Un alma cristiana es un sér universal, que tiene derechos y deberes excepcionales respecto de la salud del mundo.

»Un sér que toda su vida debe elevar esta plegaria: ¡Padre nuestro, venga á nosotros el tu reino! ¡Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!

»¿Qué quiere decir esto, hijo mio, sino que el cristiano vele incesantemente por toda la tierra y ore por ella?

»El apóstol lo habia comprendido bien cuando decia á los cristianos de su tiempo: «Hermanos; nuestro primer deber es orar por todo el mundo, por todos los hombres.» Y cuando haciendo universal su corazon, capaz de abrazar y abarcar á todo el mundo, aseveraba que nadie sufria ó escándalo, ó debilidad, ó persecucion, ó hambre, ó desnudez, que no lo sufriera él en su corazon, añadiendo que su alma se consumia todos los dias por la solicitud de todas las almas de toda la tierra.

»Dios solamente puede llenar nuestras constantes y crecientes aspiraciones á la verdad y al bien. Ved ahí por qué el cristianismo ha hecho una cosa tan divina, tan grande, tan necesaria al interponer á Dios entre las almas que se aman. El cristianismo solo es la religion que ha conocido el corazon humano; ella sabe que en todo profundo sentimiento de amor, hay una secreta incursion á lo infinito; y si esta incursion es el escollo en que vienen á cernerse las pasiones profanas, ella es por lo contrario el sosten y la salvacion de los afectos santos, porque solo ella puede sostener la marcha del amor, y salvarlo permitiéndole que se engrandezca. Sí, ¡oh Dios bondadoso! poniéndoos vos mismo en los corazones de vuestros cristianos, les asegurais lo que el mundo, sin vos, no les dará jamás: «¡LA PERPETUIDAD DEL AMOR!» Vos les enseñais á buscar en ellos algo mas que á sí mismos, dais á sus ascendentes ardores un alimento inagotable; les defendeis de los vulgares escollos en que viene á estrellarse el amor profano que, al dia siguiente de sus primeros delirios, perece, se extingue, y con todo llámase á sí mismo eterno.

»Así como he llamado á la primera ley del amor *ley de partida*, hay otra que yo llamo *ley de término*, esto es, *ley de principio y ley de finalidad*. Pues bien, discurramos ahora un momento sobre la segunda.

»Llega un momento en la marcha del amor, en que este, habiendo agotado todos sus dones, no halla ya mas que un recurso, y es darse á sí mismo... Y yo hallo esta segunda ley esculpida por Dios en el Evangelio, donde se dice en gloria del Hijo de Dios que «Él amó á los suyos hasta el fin, *in finem dilexit eos...*» Y entonces es cuando despues de habérnoslo dado todo, habernos llamado sus amigos, y habérnoslo todo revelado, da á sus amados la presencia real de su cuerpo, en participacion, en comunion de todo lo que es.

»Ved ahí el fin y el abismo del amor.

»Él nos amó hasta este abismo, *in finem dilexit eos.*

»¡Oh buen Dios, dadnos el amor creciente, que á medida que avance nuestra vida, haga nuestros dias mas dignos de que sean por vos bendecidos, y nuestro corazon mas parecido al vuestro!

»¡Oh Dios de bondad y amor, comunicadnos ese vuestro bello amor hasta el fin, el amor hasta el don de sí mismo!

»¡Felices, mil veces bienhadadas las almas virginales, á quienes desde la mañana de su juventud, Dios llama á su servicio, y que en la marcha ascendente de su corazon, hallan desde luego el final dichoso del don de sí mismos!... ¡Gloriosa suerte la de esos séres desposados con el cielo, que dan á Dios desde sus primeros pasos, todos los tesoros del amor profundo que no conceden al mundo!... al vicio, al desórden.

»Hay en el mundo dos clases de personas: la raza de los que no viven sino para hacer daño á sus prójimos, y la de los que no emplean su existencia, su actividad, toda su vida, sino en hacer bien á los demás.

»Aquella raza arroja sobre las almas con impudencia y con audacia el escándalo, la mentira, la iniquidad, la violencia, la traicion, el deshonor, las lágrimas abrasadoras, la desesperacion.

»La otra raza, raza de ángeles sobre la tierra, lleva á las almas el respeto, el amor, la luz, la alegría de las cosas puras, las afecciones inmortales, el honor, el valor para este mundo y la esperanza para el otro.

»¡Ah señores, morir con inefable y sagrado gozo de saber que jamás se ha causado el menor mal á nadie, pequeño ni grande! ¡Morir con la tranquila confianza de no haber nunca escandalizado á ningun pequeñuelo! ¡Morir con la feliz certidumbre de no haberse jamás aprovechado de ninguna debilidad, abusado de la miseria, engañado á la ignorancia; con el honor de no haberse jamás hallado á su paso la debilidad sagrada de la hija de Dios sino para respetarla, protegerla y defenderla; morir en fin diciéndose que nunca se ha extendido ni en una pulgada el imperio del mal sobre la faz de la tierra; sino que por lo contrario, se ha esforzado en extender todo lo posible las fronteras santas del imperio del bien; que se ha empleado su espíritu, sus años, su fortuna y sus fuerzas, en sostener el reinado de

la verdad y de la justicia: ¡qué alegría, señores, qué consuelo, qué firme seguridad en medio de las sombras del último momento¡ ¡qué honra ante los hombres, qué proteccion delante de Dios!»...

El alma sublimemente religiosa de la que como de célica fuente manaban raudales tan bellos, tan puros, tan fecundos, tan vitales como esos, vivió y murió consecuente con esa sublimidad de amor, de bondad, de fé, de esperanza, de verdad, de justicia, de sacrificio por el bien de los hombres y la gloria del Padre celestial, poco tiempo despues de ese hermosísimo discurso.

¿Hay algo que pueda contra-balancear, atacar esa excelsa y bienhechora religiosidad? ¿La fé de ese sublime modo profesada y practicada no es invencible, inatacable? ¡Ah! Ciertamente que sí. Empero ¿abundan mucho las almas, los corazones que en esa elevacion la aniden? ¡Ay! ¡desgraciadamente poco!. . ¿Sabeis por qué? Pues es sencillamente porque pocas almas se preparan para la augusta fusion divina en la primera Comunion, como se preparó el alma santa de E. Perreyve, y por eso pocas almas beben como ella bebió «las aguas de las fuentes del Salvador,» pura y abundosamente. De ahí la sequedad de tantas almas, de tantos corazones que se tienen por muy cristianos, de ahí su esterilidad, ó sus raquíticos frutos para sí y para la sociedad.

¿Es acaso que las fuentes del Salvador se han agotado? Sería blasfemo y absurdo afirmarlo, pensarlo siquiera; primero porque su divinidad las hace inagotables; y segundo porque cuando continuan fecundándose en sus saludabilísimas corrientes corazones como los de los Lacordaires, de los Wissemanes, de los Raulicas, de los Cochéins, de los Perreyves, de los Captiers, de los Daguerrys, de legiones de misioneros que continuan dejando todo lo de este mundo por las almas de sus hermanos los salvajes, para llevarlos al Padre celestial que los trueque en ángeles, en hijos suyos, por continuar los ángeles de la caridad como las hijas del gran Vicente de Paul y otras corporaciones, sacrificándose en aras de todos los séres humanos desvalidos ó desdichados; porque en el seno de la familia, de la sociedad, se ve generar al Cristianismo, padres dignos, madres grandes, hijos, domésticos, funcionarios, personas justas, benéficas, bondadosas de todas clases y condiciones, altas, medias é inferiores. Es pues lógico deducir, sentar, afirmar y sostener que cuando esas almas se templan, fecundan y vivifican en las corrientes puras del Cristianismo, la vitalidad de esta religion no ha disminuido, y que está muy lejos de agotarse.

No porque sean en corto número los que van á esas fuentes á buscar esa vida sublime, heróica, con una sublimidad y heroismo no ruidosos, pero no por eso menos positivos, augustos y venerandos, es racional achacarlo á la vitalidad cristiana, sino á la pereza é irracional desden de la humana naturaleza, de la sociedad que asemejándose á la irracionalidad del buey, infinitas veces pisotea sin reflexionar, lo mismo la inmundicia de un excremento que la preciosa corola de una bella flor.

Educad pues cuantos teneis encargo, derechos y deberes de hacerlo, madres, maestras, maestros, sacerdotes, educad á la MUJER, sabed elevarla á esa altura de

la pura religiosidad en alas de la armonía, de la fé racional, no ciega ni estúpida, y por consiguiente estéril ó dañina, sino fecunda, activa, amante de Dios en espíritu y en verdad, amante de la humanidad, bienhechora, á fin de que sus obras sean demostracion de la bondad de su fé, que sus palabras religiosas sean á la par que sencillas, elevadas, llenas de racionalidad, del balsámico aroma del ósculo de lo divino con lo humano, de la ciencia con la religion; y ella, la MUJER, entonces será el mejor apóstol del Cristianismo, única égida salvadora de la sociedad, ayer, hoy y mañana, y sin el cual, como ha dicho con profunda conviccion, energía, fuerza y verdad el gran Lacordaire, no hay, no ha habido, no habrá civilizacion posible. Entonces, cuando la MUJER sepa ser en religion y hasta en ciencia y en civilizacion un apóstol modesto pero eficaz, racional, vereis volver por los caminos de la fé pura á los hombres, á vuestros hijos, á la sociedad en general, no de real órden, sino llevados por la luz y por el amor, por la conviccion y la paz de su alma, la felicidad que reinarán en sus corazones. Entonces la grandeza de la vida cristiana dejará de ser desdeñosamente apellidada: TONTERIAS DE BEATAS...

¡Dios abrevie la distancia que nos separa de ese gran dia!...

¡Trabajen todas las almas conscientes en su cooperacion, sobre todo educando á la MUJER, que una vez educada completa y convenientemente, será lo que ha de ser, el apóstol por el corazon; pero irradiando su bello y eficaz apostolado el sol de su razon!

Pretextos y pasiones son las barreras que los hombres oponen á la fé. Es necesario que la MUJER, desde el trono de su mision en la familia y en las diversas posiciones sociales, altas, medias ó humildes, sepa deshacerlos cual la irradiacion solar deshace las neveras que impiden la circulacion en diversos puntos de la tierra.

Como final de este libro, que cerramos sintiendo que el espacio é índole de la obra no nos permita expansionarnos mas en este y otros puntos, vamos á trasladar aquí para luz de la MUJER algunas preciosas reflexiones de un excelente libro del sabio y malogrado Rector de la Universidad católica de Lovaine, monseñor La Foret, titulado: «¿Por qué no se cree?» que recomendamos á todas nuestras lectoras que puedan leerlo, en francés ó traducido. En libros como este deben completar su instruccion religiosa, alimentar su alma y buscar antídotos que oponer á los venenos de la indiferencia, de la impiedad, del abrasador descreimiento, que asolan la familia y la sociedad.

«Vana é inútilmente, dice, se obraria disimulando que hay en nuestras sociedades modernas, en nuestras sociedades cristianas, muchos hombres que no creen en el Cristianismo. Muchos no se limitan ya á rechazar la religion de Jesucristo, se lanzan á negar á Dios, ó, cuando no lo niegan en términos explícitos, alteran radicalmente su nocion é intentan colocar sobre el altar del Dios vivo, creador del cielo y de la tierra, un ídolo filosófico mil veces mas vano que los ídolos de leño ó de piedra á los que los paganos quemaban incienso ¿De dónde proviene esa incredulidad? Si damos oidos á ciertos hombres de entre esos incrédulos que se pican de filósofos y de críticos, esa negacion del Cristianismo, ó hasta la del Dios

personal y vivo viene impuesta por la ciencia y por la razon, que es el fruto natural y legítimo del progreso de las luces: racionalistas espiritualitarios, materialistas, ateos, panteistas, escépticos de todas estofas, todos invocan la ciencia y la razon para justificar á los ojos del público, á la consideracion de su propia conciencia, hasta cierto punto y aparentemente, sus negaciones ó sus dudas escépticas ó indolentes. Yo quiero hacer á los incrédulos de toda condicion con tal que sean instruidos la justicia de consignar que saben cubrir su incredulidad con el manto de los mas bellos y los mas nobles pretextos. Yo no tengo el propósito de examinar ni de discutir uno á uno en este momento todos esos pretextos científicos y filosóficos que ellos mismos, *auctoritate propria*, han pomposamente bautizado con el nombre de razones decisivas y perentorias.

» Este análisis trituratorio de esos pretextos lo hemos hecho en obra aparte, [1] y escritores católicos continuan haciéndolo diariamente con la autoridad de un verdadero saber. Hoy vamos nosotros á probar el bien por otro camino.

» Muchas veces he reflexionado, algunas con espanto, siempre con tristeza, sobre el fenómeno de la incredulidad en medio de las luces del Cristianismo; yo me he preguntado frecuentemente con toda la sinceridad de mi alma, por qué tantos hombres, de los cuales algunos son indudablemente espíritus elevados, sérios, instruidos, rechazan las enseñanzas de la Iglesia católica, órgano y continuadora de la obra de Jesucristo sobre esta tierra; por qué ciertas inteligencias, antes que someterse á la autoridad de la Iglesia, descienden hasta la negacion total del órden moral y religioso, ó sea hasta la duda universal. Ciertamente hay en este hecho materia para un estudio psicológico y moral de una alta importancia y de un doloroso interés. Sé muy bien, y acabo de recordarlo, que este hecho aparece á los ojos de nuestros incrédulos la cosa mas sencilla y mas natural del mundo; yo bien sé que tienen la pretension de colocar su incredulidad bajo el patronato directo y exclusivo de la ciencia y de la filosofía, pero tambien estoy profundamente convencido de que la ciencia y la filosofía no se hallan de ningun modo interesados en esa actitud hostil ó indiferente que se toma frente á frente de la fé cristiana. Los cristianos han tenido siempre, y continuan, á Dios gracias, teniendo tanta ciencia y filosofía como los incrédulos. La incredulidad proviene pues de otras causas. ¿Cuáles son estas causas? Ved ahí lo que nos proponemos investigar aquí.

» Ciertamente que no me será dado dar con todas las causas reales de la incredulidad. Las hay que ciertamente se escapan al ojo del observador mas perspicaz; hay en el interior del alma humana misterios que solo á la mirada de Dios es dado penetrar. Empero no es difícil, por poco que se haya observado y meditado sobre el creyente y el incrédulo, por poco que se haya estudiado su historia, reconocer las causas principales y ordinarias de la incredulidad.

» Dividiremos este nuestro trabajo en dos partes, la una histórica, la otra crítica. En la primera parte, despues de haber dicho una palabra sobre la predicacion de Jesucristo y de los opuestos efectos que ella produjo, recordaremos, en algunos

[1] *Les Dogmes catholiques exposés, prouvés et vengés des ataques de l'hérésie et de l'incredulité.*

rasgos, las principales fases de la doble historia de la fé cristiana y de la incredulidad en el seno del Cristianismo. Esta historia nos proporcionará preciosas enseñanzas. Ella nos dirá cómo se viene á ser cristiano,—por la ciencia imparcial y la mejora de costumbres,—y cómo se deja de serlo,—por la ciencia parcial, apasionada, extraviada, y la perversion de las costumbres,—San Agustin es tipo exacto de estas dos fases. Veremos por esta experiencia diez y nueve veces secular del género humano, si real y verdaderamente la incredulidad puede tener orígen en el desarrollo de la ciencia y el progreso de la razon y de las luces.

»En la segunda parte, apoyándose sobre la historia y la observacion psicológico-moral, procuraremos desenvolver esas causas positivas de la incredulidad religiosa. Comenzaremos por definir la naturaleza de la fé, y la de la incredulidad; despues, analizando los principios formales de la incredulidad contemporánea, nos esforzaremos en desentrañar los estados complejos del alma á los cuales se adhieren ó de que son resultado...» Siempre será cierto que *poca filosofía* aparta de la religion; mucha ciencia, y sobre todo moral, conduce á ella...

LIBRO CUARTO.

LA MUJER DE LA CLASE MEDIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

EDUCACION SOCIAL.

Mision social de la MUJER de la clase media.—Medios que para desempeñarla le da la educacion actual.—Mejoras que hay que introducir en esta para que cumpla la MUJER su importante cometido en la sociedad, sea cual fuere el lugar que ocupe.—Eleccion de trabajo ú ocupacion.—Cuestion sobre trabajo y profesiones.

En general, la MUJER tiene señalado por la ley natural, por Dios, un papel altamente importante en la familia y en la sociedad, y de su preparacion, de su educacion para llenarlo, para desempeñarlo, depende naturalmente su cumplimiento estéril, fructuoso ó dañino.

El punto de partida de esa preparacion, es evidentemente el conocimiento y cultivo de sus facultades, de su sér, de su poder, de su principio, de su fin particular y de su fin general.

De cómo la MUJER se ha hallado respecto á todos esos extremos en la historia de la humanidad y de las civilizaciones sucesivas, algo hemos dicho en lo que llevamos escrito.

Si su posicion posible y debida, moral, personal y educable está en nuestra civilizacion, legislacion y costumbres de nuestra época en el grado que de justicia, y de dignidad personal, y hasta de conveniencia social le corresponderia, puede perfectamente deducirse de las comparaciones y censuras que al tratar de su educacion intelectual y moral religiosa hemos hecho.

¿Está dicho todo?

¡Ah! ni remotamente.

La MUJER ha recibido y recibe una educacion que no la enseña á conocerse, porque para conocerse se necesita cultivar la filosofía, al menos en sus ramas elementales; y esta enseñanza no la recibe, y menos aun en España.

Sino se conoce la MUJER de la alta clase, ¿se conocerá la de la clase media? ¡oh! no, mucho menos. De lo que se conoce la infeliz obrera, nos ocuparemos extensamente en el tercer volúmen de esta nuestra obra.

No conociéndose la MUJER, no puede conocer su fin, su deber, su mision. Y lo mas triste es que hay empeño tenaz y poco justo y poco racional en ciertas gentes en impedir que esos conocimientos necesarios formen parte de los programas de educacion de la MUJER. Hay por parte de esas gentes tenacidad detestable en que la MUJER continue en las tinieblas de la ignorancia de su propia dignidad personal, de la grandeza y trascendencia de su fin, de su mision: que marche en esa esclavitud moral, que vaya al desempeño de sus funciones al acaso y á la ventura.

Á la oscuridad y vaivenes de este criterio, de este soplo cultiva sus primeras afecciones, elige sus amistades, desenvuelve su alma y corazon y aun su conciencia: hace sus estudios, emplea su actividad, escoge las formas de su trabajo, busca sus libros, da sus primeros pasos hácia el amor, hácia el asunto de mas sério interés para ella y para el hombre, para su casa y para la sociedad en la sucesion y educacion de las generaciones, hácia el matrimonio, ó hácia un magisterio de oracion, de caridad, de enseñanza. De ese modo ciego gasta sus fuerzas, su trabajo, sus facultades, su sér, su existencia. Así son sus frutos.

Y lo chocante es que luego todo el mundo se queja de lo inútil, ó al menos de lo poco útil que es la MUJER en su cooperacion social. Sin embargo, nadie ó muy pocos, sobre todo en España, se creen en el caso de educar mas y mejor á la MUJER, ni á sus propias hijas, de manera que ya que la de hoy tenga ó nula ó torcida influencia en la marcha de la familia, en el curso de los destinos sociales, en luz para el que no necesita pan, en alimento, abrigo, amparo, proteccion, providencia del sér abandonado, huérfano, víctima de la carestía, de la miseria, de la ignorancia; ora en la esfera privada, ora en la accion pública; ya en la caridad particular, ya en el ejercicio de la beneficencia general ó local, lo mismo en alivio de esas miserias diarias que como fiebres endémicas devoran á las infelices clases desvalidas, cuando no tienen salud, cuando no tienen trabajo, cuando no pueden ya valerse de sus miembros para el trabajo, como en providencia extraordinaria en las grandes crísis de carestías de pan, de trabajo, etc., etc.

La MUJER debe ser el consejero siempre alerta, siempre despierto, siempre iluminado de su marido, de sus hijos, y hasta de aquellos hijos que no tienen madre, de los pobres que vayan á implorar su proteccion; sobre todo, debe ser todo eso la MUJER de la clase media, porque está, por serlo, en medio de todas las acciones, en el teatro mas activo de la sociedad.

La MUJER ha de ser el apóstol infatigable de la dignidad humana, de la paz, de la justicia, del bien, de la caridad, de la civilizacion, del comun bienestar. Ha de ser la fuente inagotable de todo grande, de todo noble, de todo elevado, de todo benéfico sentimiento en favor de la familia humana, porque Dios de ella la ha constituido dos veces madre: una al pié de la cruz; otra en la cima del Calvario en la augusta y purísima y beneficentísima personalidad de María, á quien siendo

Las dependientes del Comercio

(CLASE MEDIA)

madre suya, constituyó en madre adoptiva del género humano. Y aquella madre, y aquella MUJER representaba á toda MUJER cristiana, á toda MUJER redimida, á toda MUJER regenerada en el bien, en la verdad y en el amor.

¿Qué sabe la MUJER de toda la sublimidad de su grandiosa mision? ¿Qué le dice de esta la miserable educacion que se le da? ¡Ah! nada, ó casi nada. Si alguna, ó algunas como nosotros hemos conocido y conocemos, para honra de su clase, sabe modelar su vida, su existencia, su actividad en ese ideal celeste por el bien de su familia, por el bien del pobre, por el bien de la sociedad, son excepciones que confirman la regla general, sobre todo en nuestra desgraciada patria. Y aun esas mismas mujeres respectivamente grandes, ora en la familia, ora en el seno de la sociedad, ora entre esas legiones de religiosas, como formadas por las meras fuerzas de los impulsos de su noble corazon, bendecidas por Dios, sin preparacion alguna adecuada, no son capaces de remontar su vuelo hasta dominar lo que venimos exponiendo y diremos luego.

No, obran de buena fé, guiados por las luces de su entendimiento, obran mas por instinto que por la irradiacion luminosa de una inteligencia reflexiva, no obran al calor de un gran corazon fundido en el horno de los grandes modelos, de las grandes escuelas, de las grandes enseñanzas de los héroes del bien como las Paulas, las Catalinas, las Matildes, las Isabelas, las Teresas de Jesús, los Juanes de Dios, los Vicentes de Paul... y en nuestros tiempos las individuas de las Juntas de Beneficencia alemana, italiana, francesa, inglesa, norte-americana, de las cuales daremos luego algun boceto.

¿Pero aquí? Si ni siquiera se les enseña á conocer su naturaleza, sus pasiones, su dominio, la direccion de sus pasos ante Dios y ante las personas, sobre todo ante los inferiores, ante los pobres; si su educacion é instruccion se reduce á una miserable cartilla de maniquíes, de muñecos, ignorando totalmente lo vasto y profundo de las reglas y leyes de buena sociedad, de benevolencia, de buen trato, de ese don de gentes, con el cual se enseña á la jóven extranjera á ser la admiracion de los grandes y el astro tutelar de los pequeñuelos, de los pobres, de los dependientes, de los criados.

Ved á este propósito otra hermosa página de la digna é ilustrada madre antecitada:

«Luisa mia, contéstame á lo siguiente:

»¿Una silla rota, un mueble del cual no han quitado bien el polvo, valen la pena de que se dé un tremendo sofocon, ó se ponga mala cara á un buen criado ó criada, y de que se le provoque á odiarnos?

»¿Contestas que no? Entonces, ¿por qué esta mañana he oido que dabas golpes con el pié en el suelo, y hablabas con tanta cólera al criado?

»No sé lo que tú le decias; no he podido entenderlo, pero he comprendido que querias humillarle, mortificarle, confundirle con tu superioridad, porque tú ya no echas á perder los muebles ni dejas un átomo de polvo en tu cuarto.

»No tenias razon, ni la tendrás nunca para proceder así, Luisa mia.

»Yo tengo cuidado de los objetos que están á mi cargo, no tengo deseo alguno de haber de comprar nuevos muebles; pero tambien tengo consideracion con los criados. El nuestro no es sin duda muy hábil; pero tiene un gran valor, y es su honradez á toda prueba; podrá dejar polvo en algun mueble; pero es limpio y educado. Siempre se puede renovar la vajilla y la sillería; pero hay mayor riesgo y dificultad en reemplazar una criatura humana, cuyas imperfecciones no son de gran monta, y sus buenas cualidades son excelentes y positivas.

»Solamente te deseo, Luisa mia, que cuando tú tengas tu casa puesta, te veas tan bien servida como hoy, pues á no servirse uno á sí mismo, no se puede desear mas. Pero oye bien esta reflexion: «La cordura y ciencia de los amos deben anticiparse y predisponer la cordura y la ciencia de los criados; es difícil sin duda saber mandar, pero no lo es menos saber servir.»

»Un hombre de estado del antiguo régimen no supo hallar mejor divisa cuando quiso ponerla en sus armas y muebles que esta: «Yo sirvo.»

»¿Quiso halagar de este modo su orgullo?

»Yo hubiera querido verle con librea, sirviendo solamente un plato á sus convidados, cuando comian en su casa.

»La Academia francesa distingue de un modo especial á los sirvientes con sus premios; sabe bien lo que hace; ya que no puede nombrarlos académicos, hace de ellos laureados.

»Todos los años, en las solemnidades consagradas á la virtud, corona á servidores fieles, á criados adictos y leales á sus amos. Encarga á sus mas elocuentes oradores y escritores que trasmitan á la posteridad con su palabra elocuente y estilo florido los nombres de esos hombres beneméritos, y pongan de relieve sus mas culminantes servicios.

»Se evoca á los ilustres antepasados, cuyos nombres brillan siempre honrosamente grabados en la cúpula del Instituto, á que desciendan con su espíritu á bendecir, por ejemplo, á la buena cocinera que hizo excelente caldo por espacio de veinte ó mas años, pagando ella misma el puchero de aquellos á quienes servia, cuando ellos no tenian para pagarlo; al ayuda de cámara que llegó á vestir á su señor con sus propios vestidos...

»La Academia jamás ha pensado en asignar premios á los amos.

»Sabe perfectamente la Academia que en este caso faltarian concurrentes al certámen, aspirantes al lauro.

»Es pues este asunto de la mayor consideracion. Se está mal servido porque no se sabe lo justo que puede y debe esperarse del servicio de sus criados, ni se tiene cuidado en guardarles las debidas consideraciones; porque se ha perdido, con el sentimiento del deber de los criados, el sentimiento de proteccion de los amos.

»En otro tiempo, Luisa mia, un criado venia á ser un individuo de la familia, amable y complaciente, que tenia voz y voto en ciertas ocasiones decisivas, que era admitido á los goces íntimos de sus amos y confundia su alma con la de la familia.

»Era, en cierta manera, esta clase de séres, una categoría de educadores de

familia de segundo órden, para ciertas cosas que ni los libros ni los maestros enseñan en parte alguna, porque son solo hijas del buen sentido, de la observacion y experiencia. Eran los primeros confidentes de los pecadillos de fácil perdon; los primeros intercesores, cuando era menester que los padres perdonaran al pequeño hijo pródigo.

»He llorado muchas veces leyendo la historia de una anciana criada; voy á contártela:

»Un filósofo del siglo pasado, todavía muy jóven, habia venido á París, contra la voluntad de su padre, que era un modesto fabricante de cuchillos de la ciudad de Laugres.

»La capital era ya en aquel tiempo una residencia perjudicial y ruinosa para los estudiantes, y harto temible para las familias de las provincias.

»El pobre jóven filósofo aprendia mucha mas filosofía de la que hubiera querido aprender. Empeñaba sus libros y sus vestidos, cuando no tenia pan que comer; y muy á menudo, cuando el ingrato se hallaba hambriento, volvia su mirada hácia la casa paterna. Acordábase de la mesa bien servida, de los excelentes cuchillos fabricados por su padre, los cuales no habia necesidad de afilar para cortar los buenos pasteles confeccionados por su madre; estremeciase recordando las dulzuras de su antiguo hogar y exhalaba tristes suspiros.

»Aunque estos suspiros se exhalen á sesenta ó á cien leguas de distancia, el corazon de las madres los percibe siempre.

»La esposa del cuchillero despertábase muchas veces al sonido de una voz temblorosa, que, jadeante, decia al través de su puerta: «¡Madre, tengo hambre!»

»La buena madre sacaba entonces de su armario de nogal, tres piezas de oro guardadas con gran cuidado, ponia una galleta, medias hechas por ella, un paquetillo de dulce, en un cesto cubierto, corria á la cocina, y decia á su criada: «Mira, haz como que vas al mercado y vé á París...»

»La sirviente se quitaba su delantal de bayeta, se ponia el *casaquin* de los dias festivos para hacer honor á París, tomaba el cesto, y se iba.

»De esta manera hacia mas de sesenta leguas á pié, llegaba una mañanita á París, entraba por la puerta de Charenton, hallaba la direccion á pesar de faltar á su puesto los guardas municipales, subia la larga escalera de la boardilla del filósofo, —era lo que mas la cansaba—y empujando la puerta bastante mal cerrada, decia:

—»¡Buenos dias, hijito nuestro, vedme aquí!

»Entonces abrazaba al infeliz hambriento, le entregaba los tres luises, lo regañaba un poco, le amenazaba con no volver jamás á verle ni llevarle socorros; le remendaba la ropa y las medias; creia, despues de todo, que el hambre le iba bien; le abrazaba y besaba una vez mas en ambas mejillas, y regresaba de nuevo camino de Laugres, á pié, del mismo modo que habia venido, sin tener siquiera la curiosidad de ir á ver la fuente de los Inocentes, ¡el mejor monumento de París para las cocineras de provincia!

»El cuchillero, el padre cruel, no era tonto, pero queria parecerlo. Lloraba y

reia para sus barbas, arreglando sus cuchillos durante esta ausencia; y cuando la criada, jadeante y con los piés empolvados, volvia de su mercado trayendo la cesta vacía, se ocultaba para oirla explicar á su dueña, cosas como esta:

—»¡Ya le he visto, está bueno y hermoso, y os envia mil abrazos!

»*Tres veces*, durante los años de aprendizaje del filósofo, aquella pobre criada hizo tal viaje de cincuenta á sesenta leguas al menos, para ir á llevar tres luises y el beso de una madre á *Diderot*.

»¡Y este servicio no la cansaba! puesto que ella vivió sesenta años con aquella familia, siempre dispuesta á hacer por ella los mismos sacrificios.

»¿Crees tú, Luisa de mi vida, que una sirvienta como aquella no merecia un buen premio de la Academia, y hasta un sillon en ella?

¿Por qué tan afectuosa abnegacion se ha hecho tan rara?

Oigo decir á veces:

—¡Los criados son malos! ¡Les han encasquetado en el cerebro tantas cosas que se creen iguales á los amos!

»Sin embargo, parece que lo que no se les ha enseñado es á ser adictos.

»Antiguamente se tuteaba á los criados; era la época en que no se tuteaba al padre ni á la madre: ¿Se tiene ahora mas consideracion á la dignidad de los criados? ¿Se ama mejor á los padres desde que la moda ha cambiado?

»Una noble dama de la córte de Luis XIV, la marquesa de Lambert, haciendo lo que yo estoy ahora contigo verificando, escribiendo lecciones á su hija, le aconsejaba que tratase á sus servidores como *amigos desgraciados*. La frase era hija de un personaje antiguo clásico; lo cual prueba que las grandes damas que querian ser buenas madres de familia no se desdeñaban de leer libros griegos ó sus traducciones.

»La marquesa añadia una cosa, que es la mas particular, tratándose de una marquesa perteneciente á la córte mas orgullosa del mundo, que entre una criada y una marquesa no habia mas diferencia que el *azar*, y QUE NO HAY COSA MAS VIL QUE SER ALTANEROS CON QUIENES NOS ESTÁN SUMISOS.

»No olvides, hija mia, esta gran leccion. Cifra tu dignidad en tu dulzura, y tu autoridad en tu razon. Luchar con orgullo con pobres gentes menos instruidas que tú, es provocarlas á insolentarse, á rebelarse, cosas que es menester evitar á todo trance para que pueda conservar cada uno el puesto que le corresponde.

»La educacion y buenas maneras son la gran fuerza de los amos, porque así con su ejemplo es como imponen ese primer deber á los criados.

»Sé, pues, siempre cortés y atenta, para que tengas siempre á tu vez el derecho de exigir que los otros lo sean contigo, y al mismo tiempo puedas así librarte de familiaridades inútiles.

»Si los criados son amigos caidos en la desdicha, son amigos que *se pagan*. Esto basta para que se mantenga uno en guardia ante sus halagos, que bien puede ser que no todos sean desinteresados.

»Jamás permitas que crean que el salario de su trabajo les obliga á lisongearte,

á mentir. Demuéstrales que tú no pagas su corazon, y que este no se halla en forzosa servidumbre; y sobre todo, Luisa mia, no les exijas nunca virtudes de que tú no les hayas dado ejemplo. Esto seria suponerlos mas ricos que tú.

»En la vida, bastante á menudo, aunque no lo parezca á primera vista, tiene uno que reconocer que es el servidor de algo ó de álguien.

Tú verás, hija mia, en el mundo á que voy á acompañarte, á gentes que saludan á otros con mayor servilismo que un ayuda de cámara no ha empleado en quitar nuestra basura ó retirar nuestras babuchas.

»¿Qué ambicioso puede decir que jamás llevará librea? El nombre cambia, pero el galon es el mismo. Tú debes ya haber comprendido que entre una muchedumbre de gentes con casaca negra y corbata blanca, á veces es difícil distinguir amos de criados.

»Un dia recibí una sorpresa por haber pedido un vaso de agua á un académico que tomaba por un camarero.

»Era un sabio que no se pagaba mucho de los adornos exteriores, fué á buscarme el vaso de agua. Al darme el vaso de agua echómela toda sobre el vestido. Hice muy mal, pues lo traté públicamente de poco hábil, de inepto.

»¡Ah, Luisa mia, pronto llevé mi castigo! Todo el mundo se echó á reir; el académico sonrió tambien con galantería, y yo me quedé confundida, humillada por haber puesto de manifiesto mi desprecio, no por mi modo de pedir agua, sino por mi manera de contestar á una torpeza.

»Si yo me hubiera mantenido fina y comedida, nadie se habria apercibido del incidente. Acuérdate del error de tu madre, y ten cuidado de no confundir jamás á un académico ó á un hombre de estado con un sirviente!

»¡Quisiera, hija mia, precaverte contra otra costumbre pretenciosa y vulgar que reina en el mundo social, y es la de hablar de los criados, venga ó no venga al caso, y decir mal de ellos, y muchas veces hasta en su presencia. Grosera murmuracion que los criados no tardan en imitar. Las amas de casa que se dejan llevar de esos excesos vulgares, vanidosos y nécios, no parece sino que renegando siempre de la cocina y de la antecámara, quieren hacer olvidar su propio orígen.

»Sucede, Luisá mia, con la economía doméstica una cosa semejante que con el aseo personal y la devocion: son deberes tan necesarios, tan naturales, que al hablar de ellos, se da motivo á creer que se han tenido que hacer grandes esfuerzos para comprenderlos.

»Cuando oigas á ciertas gentes lamentarse sin cesar respecto de sus criados, ya puedes deducir que son incapaces de cuidados mas nobles, de pensamientos mas elevados, mas ideales. Los pequeños disgustos que la servidumbre mezcla á nuestra existencia, desgraciadamente son reales; pero al fin y al cabo, no son mayores que otros de que no se habla jamás, porque lo contrario seria lloriquear eternamente sobre la condicion humana.

»En el fondo de mi alma les perdono mas de lo que ellos creen á esos séres que solamente nos deben sus servicios y de quienes nosotros exigimos por apéndice un constante buen humor.

»Nosotros nos permitimos delante de ellos toda clase de caprichos, de impaciencias; les exigimos que sientan nuestras indisposiciones, y nosotros no queremos sufrir cosa alguna de las suyas, de sus lágrimas, de sus decepciones, de sus tristezas. No les permitimos la familia, la paternidad, la patria, sino en ciertos dias y á ciertas horas. Nos creemos mas bien servidos, mas dichosos cuando se desprenden de sus mujeres, de sus hijos, de su patria.

»Si la separacion de esos sagrados objetos les es dolorosa, si estando para sucumbir ante este dolor, nos dejan, nosotros que no les hemos dado mas que su salario, les tachamos de ingratos.

»¿Y nosotros no lo somos nunca respecto de ellos?

»Si tu padre fuese mas acaudalado, quisiera que tuviera el honor de fundar un premio que se adjudicara anualmente al amo que jamás hubiese dado un mal ejemplo ó un mal consejo á sus criados, ni les hubiese dirigido nunca una injuria ó una reprension injusta.

»Dime, Luisa, dime: ¿quieres ganar tú un dia ese premio, y lo recibirás de ti misma, cuando te sientas feliz, apacible, respetada en tu modesto hogar, con honrados servidores que abran la puerta á gentes honradas?»

En esta excelente leccion, tan elevada como práctica, esa digna madre introduce á su hija en la sociedad doméstica y en la pública, preparando su corazon con la cultura de los mas nobles y humanitarios sentimientos; su juicio con atinadísimas reflexiones, tanto respecto á la dignidad de su persona, cuanto á las consideraciones que la moral, la razon, la ley divina, la ley humana y la delicada y fina educacion nos impone para con los demas, especialmente para con los inferiores, para con los pobres, de quienes la MUJER ha de ser siempre madre cariñosa, luz, consuelo...

Ved ahora cómo le habla á su amada hija respecto á amistades, á lecturas, á su pequeña biblioteca y á sus primeros pasos en la vida social.

«Pidesme, querida Luisa, que te escoja una amiga. Yo te enseñaré á elegirla por ti misma. No se trata ya de elegir una muñeca ni un profesor; y tú estás ya en edad de tener iniciativa en esa especie de primer amor.

»No es extraño que te sientas algo sola, aun entre nosotros. Es verdad que nos amas á todos nosotros sin reserva, sin excepciones; pero dándote nosotros el apetito de amar, no llegamos á saciar tu corazon.

»Tú no nos amarás menos á nosotros amando á tus amigas; pero algo debe revelarte que tú serias siempre una niña si no tomabas tú misma la iniciativa de una afeccion nueva, de la cual debes tener toda la responsabilidad.

»Es necesario satisfacer, Luisa mia, este instinto del corazon, que se despierta.

»La amistad es el parentesco de las conciencias.

»Tú no sabrás lo que vales, lo que en fuerza y apoyo puedes dar y recibir, sino cuando tengas alguna amiga.

»Bien veia yo hace ya bastantes dias nublar tu faz una ligera sombra de enojo ó fastidio. No hacias ya caso de tus muñecas ni juguetes, disputabas con tu hermano,

quien te parecia testarudo. Me preguntabas si íbamos á hacer visitas: te hacias traicion á tí misma. Antes de emprender este camino, óyeme atenta.

»No hay en el mundo mas que una manera de grangearse la amistad, y esa manera única es amar.

»Si se elige al sér que nos completa y nos refleja, este no podrá permanecer en la indiferencia ó en la ingratitud ante una simpatía lógica; pero no se llega á abrir los corazones de los demas si antes no abre uno el suyo. Para merecer ser amado es necesario que se esté seguro de saber amar y de poder ser amado.

»La Fontaine, el primer filósofo de los niños, último filósofo de los viejos cansados de la filosofía, ha dicho con mucha razon:

»¡Cuán dulce cosa es un amigo verdadero!
»¡Él busca vuestras necesidades en el fondo del corazon!»

»Ved ahí la mas hermosa de las definiciones de la amistad, y toda la afeccion humana, amor maternal, amor de los niños, amor de los esposos, está incluido en ese último verso.

»La amistad, necesaria á las jóvenes, se hace mas adelante una necesidad tambien para las madres.

»Yo me renuevo á medida que tú te desarrollas. Cuando yo sea vieja, y tú seas una MUJER jóven, no me contentaré ya con ser tu madre, querré ser tu amiga. Tú tendrás secretos que escaparian forzosamente á la autoridad maternal; tú respeto querrá economizármelos. Tu confianza, sin disminuir, se hará mas circunspecta; entonces será, Luisa de mi alma, *cuando me será preciso buscar tus necesidades en el fondo de tu corazon.*

»Ya lo ves, pues, la amistad es una gran cosa, puesto que las madres tienen de ella una necesidad, para continuar siendo madres cuando sus hijas son ya mujeres.

»Búscate pues una amiga. Tu hermano queda siendo tu hermano; pero vuestra amistad tiene un orígen tan análogo, dichas tan semejantes y tristezas tan poco diferentes, que amándoos siempre los dos solos, y no amando á nadie mas que á vosotros, seguramente no hariais mal alguno, pero tampoco hariais bastante bien.

»Un sabio lo ha dicho: «¡Quien no vive en otro, no vive mucho en sí mismo!»

»Yo quiero que tú vivas completa y vigorosamente, toda tu vida de jóven y de MUJER.

»La amistad engrandece el corazon; es la sola afeccion que no puede armonizarse con el egoismo; puesto que introduce forzosamente los pensamientos de los otros en nuestros pensamientos secretos.

»Muchas mujeres se creen unas santas porque encierran toda su vida en sus deberes de madre ó en su amor fraternal. Aislándose en una virtud sola, la esterilizan. Amando exclusivamente á los séres á quienes no puede dejarse de amar sin renegar de la naturaleza, los aman muy mal. La amistad agrega el sentimiento al instinto, sirve de medio y de esfera á todas las afecciones humanas, y une en la misma alma todas las facultades de amar.

» Busca esa alma, Luisa mia. Si das con ella, descubrirás en tí mas corazon del que tú crees tener.

» Pero ten mucho cuidado. Lo que nos salva puede perdernos. No creo que vayas á confundir la amistad con la curiosidad vana de jóvenes envidiosas, que no se unen con las que llaman sus amigas sino para envidiarlas mas de cerca.

» Acuérdate de aquellos miserables compañeritos de las Tullerías, tan pagados de su empaque y de su tocado, que no admitian en sus juegos á quienes fueran con vestidos poco elegantes, y que te preguntaban de buenas á primeras:

» —¿Qué hacen tus padres? ¿Son ricos? ¿Tienes vestidos de seda?

» Ten pues cuidado, amada hija mia. Se puede morir de amistad, como se muere de otra cosa cualquiera, y si se sobrevive á las decepciones, á los envenenamientos de amistades insanas, se conserva en el corazon un recuerdo penoso, una amargura, una vergüenza, de que no se llega á curar jamás.

» La falsa amistad es una traicion de la ira. ¡Cuántas mujeres he conocido yo que han descubierto de repente que se detestaban, despues de largos años de expansion ardorosa y de amistad exigente! Su apasionamiento no podia terminar sino por asfixia ó por repentino cansancio. No se hallaban unidas por ese vínculo indisoluble, que se extiende, que es flexible, que no se rompe jamás, por la estimacion y por la virtud.

» No elijas tu amiga por su talle ó por su figura; desconfia de la que te diga que eres bonita antes que sepa si eres buena.

» Reconocerás á tu amiga verdadera, predestinada, al latido misterioso del corazon que os hará amar mútuamente al encontraros las dos amando la misma virtud.

» ¡Sí, la virtud! Dígase y hágase lo que se quiera, Luisa mia, la virtud es y será siempre fundamento de todas nuestras dichas, á la manera que el cielo es el horizonte de todas nuestras miradas.

» En otras ocasiones te he hablado de la marquesa de Lambert, que escribió sabios avisos para su hija; pues bien, escribió además un excelente tratado sobre la amistad, en el cual atinadamente dice:

« La perfecta amistad nos pone en la necesidad de ser virtuosos. Como no puede conservarse sino entre personas apreciables, nos fuerza á su imitacion. »

» No te espantes, Luisa mia, de esta sentencia. La virtud en sus albores puede tener cabellos rubios, mejillas sonrosadas y lindos ojos; no está reñida con la alegría ni la diversion; y acaso así la halles en alguna de tus jóvenes compañeras. La amistad pues no obliga á renunciar á la vida, al juego, á las afecciones de familia. Por lo contrario, es el respeto de la vida: es el juego sin cálculo, es la afeccion, el cariño sin envidia.

» ¡Eleva tu alma para hallar un alma elevada!

» ¿Quieres una confidente? Abre antes tu corazon; acaso algun otro lo busque ya sin conocerte, para depositar en él dolores que consolar.

» ¿Tú no quieres amar á una persona grosera? Cuida mucho de no estar jamás de mal humor. La cara de una amiga es un espejo.

»¿Quieres hallar una compañera valerosa? pues antes hazte tú fuerte. ¿La quieres modesta? Vela por tu modestia. ¿La anhelas espiritual? Procura tú no ser material. ¿La deseas alegre? Pues no dejes nunca tu sonrisa, que es el emblema de los corazones de oro.

»¿Te conviene una amiga que te agrade? Esfuérzate tú en agradar.

»Ahí tienes la primera leccion de coquetería, y te la doy sin vacilar, porque es de buena ley.

»Para amar á tus padres y al Dios de bondad, para ser de ellos amada, no has tenido que hacer grandes esfuerzos. Empero el mundo carece del ojo siempre vigilante de Dios bondadoso, y de los ojos de tus padres siempre cerrados para ver tus defectos.

»El mundo para inspirarse en el gusto por la virtud, quiere señales exteriores, así como necesita del fragante aroma de una flor para pararse á cogerla.

»La coquetería sin otro objeto mas noble que el de aparecer á todo el mundo interesante, es perniciosa. La belleza puesta al servicio de la bondad, es la grande y sublime obra maestra que la naturaleza nos exhibe permanentemente, retándonos á que la extingamos.

»¡Oh! mírate, Luisa mia, en el espejo. Desde que yo te hablo así, te has embellecido. Es buena señal.

»Tú no sabes aun el nombre de la amiga á quién has de amar; pero amas ya la amistad, como una gracia femenina mas que adquirir, como una virtud superior que ya ambicionas.

»Está tranquila; con una aspiracion semejante, no puedes menos de llegar á una buena eleccion. Tu amiga me dejará mi hija enterita, y tú, tú, hija mia, me vas á dar en tu amiga una hija mas á quien amar.»

Si es bella, oportuna y altamente filosófico-moral esta leccion de tan digna madre, no lo es menos la siguiente sobre la biblioteca de una jóven.

«Quiero que leas, mi querida hija, que leas de todo, hasta novelas, pero con sobriedad.

»La curiosidad que te agita, no es una tentacion fatalmente mala. El peligro de las novelas depende de los novelistas y no del género literario; muchas veces tambien la disposicion del lector ó lectora es lo que hace venenosa la lectura.

»Si me he esforzado en fortalecer tu razon, en elevar tu corazon, no ha sido ciertamente para que hubiera de temer para tí cualquier lectura.

»Héte colocado en las estanterías de tu librería libros de piedad y libros de instruccion; no hablo de los cuentos de hadas que están relegados ya al último lugar. Ahora colocaremos las obras de los poetas.

»¿Quieres tambien novelas? Su coste no me arruinará; su eleccion es mas difícil...

»Ya te he dicho, porque los novelistas *franceses*, no se hallan estimulados á escribir para las señoritas; no escribiendo sino para las mujeres casadas, cuentan é

inventan sin poner freno á su imaginacion ó á su malicia, y entran en detalles atrevidos, perniciosos é inmorales.

»La novela de las almas juveniles puede variar hasta el infinito, sin traspasar el umbral del paraíso de la inocencia.

»Lo que hay de menos trivial en el mundo es el Idilio; así como lo mas variado y mas lleno de sorpresas, es la primavera.

»Pero cuando uno se quiere ceñir á los cuentos, las comedias, los dramas del hogar, no sale de la monotonía de la vida de familia, sino á condicion de salir de los deberes domésticos.

»En otros paises, en Inglaterra, en Alemania, por ejemplo, hallándose la juventud con menos trabas y mas libre en sus lecturas, la novela se ocupa de ella, y este género literario es mas decente. Los grandes novelistas pueden dejar hojear sus libros á sus propios hijos ó hijas sin peligro alguno. El genio conmueve sin perturbar; no inspira sueño alguno insano. Por esto novelistas como Walter Scott, cuyo nombre te es bien conocido, son confidentes amables, apreciabilísimos, al mismo tiempo que consejeros del heroismo...

»Luisa mia, tú quieres leer para dar expansion á tu espíritu, y para ilustrarte al mismo tiempo poco á poco.

»¡Busquemos juntas esa expansion y esa luz!

»Ciertamente hay tesoros de gracia, de poesía, de verdad, de rasgos de decoro, de honestidad verdadera en muchos libros contemporáneos. Yo seré tu norte para que los halles en ese mar. Si no se puede aislarlos enteramente de tanta página insulsa ó perjudicial, no tengas cuidado, yo te señalaré el derrotero, y *velaré* las páginas que puedan ofender tu dignidad.

»¿Seria acaso mejor prohibir, desterrar del hogar la lectura de las novelas?

»Despues que hayas agotado la literatura instructiva, inocente, ¿fuera mejor dejarte esperar, en las ilusiones de tu espíritu, la hora en que, casada ya, y de consiguiente, segun el mundo, libre de hacer cuanto te parezca bien, de leer toda suerte de libros, para desquitarte?

»Yo no opino de esta manera, Luisa mia. Una buena novela reune el encanto de una conversacion, de una intimidad intelectual, que consuela y que aconseja, una amistosa enseñanza de la vida, á un mérito superior del arte que nos levanta á lo ideal.

»Para hablar como yo quiero y me gusta hacerlo contigo, sin entusiasmo, para pedir prestada una comparacion á la vida familiar, te diré que la poesía pura es el licor extraordinario que se toma á los postres, que vivifica, y que corona el festin con un brillo esplendente; la novela es el postre ordinario de la comida de familia, la golosina de reglamento, y no debe tenerse por eso en menosprecio. Ciertamente no podríamos vivir de solos postres, pero nos fuera difícil privarnos de ellos por completo.

»La novela moderna, tal como yo quisiera verla comprendida por todos, como lo es por algunos, es el cuadro elegante y vigoroso de la vida; la describe, la pinta

con exacto pincel, para sostener el valor de soportarla; no ha de calumniársela hasta el punto de inspirar aversion, porque nada tiene que ofrecer en su sustitucion, ni siquiera la ebriedad de los sueños. Su deber es hacer amar el heroismo familiar, conservar el placer de las afecciones virtuosas, la estima del amor, y el amor á lo digno de estimacion.

»Para nosotras, las mujeres, es la gaceta misteriosa que nos cuenta nuestros secretos aparentando contar los de los otros. Es un espectáculo diario, á domicilio, en el hogar mismo, espectáculo que se interrumpe, y se vuelve á reanudar á nuestro albedrío, que alimenta y excita la curiosidad, inspirando buenos sentimientos.

»El gusto por la lectura, Luisa mia, no implica necesariamente lo contrario del gusto de la virtud; á menudo le precede.

»El medio de juzgar las novelas, y conocer las que son buenas, es muy sencillo. Para el que tiene una conciencia recta, la regla es: no leer para sí sino aquellas que pueden ser leidas en alta voz por la hija delante de su madre ó por la madre delante de su hija.

»Tú que tienes la conciencia recta y la razon sana, estarás cierta, querida Luisa, de haber hecho una buena lectura, si, al cerrar el libro, te acude este pensamiento noble: «¡Yo quisiera haberlo escrito!»

»Empero, ¿cómo preservarte del primer contacto? Por de pronto, yo bastaré para eso. Mas tarde, cuando ya hayas leido mucho, llegarás á presentir, á adivinar los malos libros. Ciertos nombres sirven de etiqueta al veneno. El título, el aspecto de los libros son los índices.

»En nuestros paseos, te he enseñado á distinguir las setas; ahora estoy segura de que no corres riesgo de envenenarte con ellas. El conocimiento de los *libros venenosos* lo adquirirás de la misma manera.

»Hasta que esa experiencia esté encarnada en tí, yo te auxiliaré en esta tarea.

»Cuando estés en situacion de poderte bastar á tí misma y preservarte de las malas lecturas, ya serás casada, y verás, Luisa mia, que nada da señal tan clara de pureza, como el temor de palidecer ante su marido ó de sonrojarse ante su hijo!..

»Lee pues sin miedo las novelas que yo te entregue sin recelo.

»Formemos desde hoy tu biblioteca. No sé si te pondré muchas obras completas. En cuanto á las páginas *veladas* ó *cosidas*, las descoseremos las dos mas tarde, cuando tú tendrás aquella experiencia de la vida y de la sociedad, de que te hablaba poco há; porque yo jamás te impediré que leas, siendo soltera, sino los libros que solo debas leer de casada; con todo no quiero que creas que tengo empeño en preservar tu imaginacion de que se manche, por remordimientos de haber yo manchado la mia.

»Hay groserías, miradas ó palabras ofensivas, que la MUJER mas honesta no puede prevenir, si bien puede castigarlas.

Las ofensas del libro tienen necesidad de nuestra complicidad. Está tranquila, sin

embargo, las novelas mal escritas, de intencion vulgar, de invencion inverosímil, se denuncian por sí mismas ó por el nombre de sus autores. Es muy fácil librarse de ellas...»

De esta manera, con lecciones graduales, en extension, en intencion, en aplicacion, de etapa en etapa, como de la mano, con una ilustracion notable, con conocimientos de las ciencias naturales, morales y sociales, que son tan poco comunes como necesarios en la MUJER, en la madre y maestra de la familia y de la sociedad por ella, va llevando esa ilustre y típica madre á su hija hasta los umbrales de la vida social, y en lecciones, que luego citaremos, se verá como la guia en esta vida.

Lo mismo en los elementos de las ciencias y las artes, que en la moral, las costumbres y los usos sociales, la MUJER que tiene la dicha de que la instruya, la eduque y la guie una madre tan digna é ilustrada como esa, ni va al acaso, ni marcha entre tinieblas. Por consiguiente, camina á su fin, al cumplimiento de su mision, gradual, provechosa y acertadamente. Esa MUJER conoce la dignidad de su personalidad humana, esa MUJER conoce las fuerzas de su vida física y de su vida espiritual, esa MUJER sabe de dónde viene, cuál es su deber y los medios y leyes de su cumplimiento.

Esa MUJER, si se viese azotada por los vendabales de los infortunios, no perderá su dignidad: sabrá trabajar, y trabajará, y solo en su trabajo venerando, ilustrado, fecundo, y las virtudes que de su base fluyen, buscará el sosten de su vida, y la solucion de sus desgracias, de sus lágrimas, de sus penurias.

Si esa MUJER brillase en el desden de las prosperidades sociales, será luz para el ciego, verdad para el ignorante, amparo para el desvalido, madre del huérfano, pan para el hambriento, medicina para el enfermo, consuelo para el afligido, guia para el alma extraviada, ángel de su familia, astro benéfico en el firmamento social. Todo eso debe ser la MUJER. ¿Lo puede ser sin la educacion debida?

Afirmarlo así seria un absurdo, puesto que vemos cuan pocos frutos genera hoy la MUJER poco educada en esa doble esfera de la familia y del mundo social. Ni aun para ella misma sabe producir los necesarios.

¡Pobrecilla! La culpa la tiene la sociedad que no rompe las cadenas de su ignorancia. Si brilla es por excepcion.

Su dignidad y su carácter se elevan á grande altura.

Leed otra vez á la ilustre escritora española, señora Arenal, tratando este punto empezando por la siguiente pregunta:

«*¿Cómo se modificará el carácter de la* MUJER *educada?* Y contesta:

»Todo el mundo sabe que con la civilizacion se modifican, se suavizan las costumbres; que los pueblos menos civilizados son los mas feroces. Este incontestable hecho social significa que el individuo, á medida que se educa, que se instruye, se hace menos irascible, menos violento, mas benévolo. Esto pasa á los pueblos, pasa á los hombres. ¿Y las mujeres? ¡Oh! con las mujeres se cree que sucederá lo contrario, porque todo lo que á ellas se refiere se rige por reglas especiales: el absurdo tiene tambien su lógica, que se aplica hasta donde puede.

»Mas clara ó mas confusa, es muy comun la idea de que la MUJER cuyas facultades intelectuales se eduquen, ha de hacerse mas varonil, que ha de perder la suavidad y la dulzura, que son el encanto de su sexo; que ha de ser menos manejable; que ha de querer revestirse de autoridad con perjuicio de la de su marido; es decir, que la educacion en ella ha de producir un efecto diametralmente opuesto al que produce en todos los vivientes racionales é *irracionales*. Esta opinion podrá carecer de sentido comun, pero en cambio tiene numerosos partidarios.

»Preguntemos á la experiencia, que aunque tratándose de la educacion de la MUJER, está muda en muchos casos, debemos recoger respetuosamente sus respuestas cuando puede darlas. ¿Qué nos dice? Que la educacion, aun incompleta, produce en ella los mismos efectos que en el hombre.

»Esas mujeres duras, brutales, crueles, desalmadas, intratables, pertenecen, por regla que apenas tiene excepcion, á las clases no educadas. Á medida que la MUJER se educa, menos por lo que aprende en el colegio, que por lo que se modifica por el trato social, el ejemplo y el ámor del hombre ilustrado, ¿no se hace mas dulce, mas afectuosa, mas dócil á la voz del deber, de la razon y del cariño?

»Nuestro sér es un compuesto de instintos, de facultades y sentimientos, buenos cuando se dirigen al bien; malos cuando al mal se encaminan. ¿Qué es la educacion de la MUJER? Lo mismo que en el hombre. El medio de fortificar los buenos impulsos, y de debilitar los malos. Tal vez se nos dirá: ¿esos impulsos naturales no son naturalmente armónicos? Responderemos: que los instintos, estando encargados de la conservacion del individuo y de la especie, nacen educados; son necesariamente de una naturaleza, de una energía mas espontánea que las facultades, y por un misterio impenetrable de la Providencia, esta energía necesaria pasa fácilmente del límite debido, y se convierte en crímen ó pasion perturbadora apenas lo ha pasado.

»Los instintos son necesarios á nuestra vida material, y la vida del alma es una guerra contra los instintos, que exceptuando uno solo, el maternal, tienen tendencia á desbordarse y son fatales cuando se desbordan. ¿Por qué son los salvajes lascivos, sanguinarios, egoistas y ladrones? Porque se dejan arrastrar por sus instintos. Combatiéndolos el hombre civilizado, se hace un sér moral, social y llega á la benevolencia, á la piedad, á la abnegacion, á la virtud. ¿Cómo se combaten los instintos? Con los sentimientos y la inteligencia, pero las manifestaciones de esta, necesaria á la perfeccion, no á la vida, son menos enérgicas y han menester educarse. A medida que se educan, los instintos se tienen á raya, los sentimientos se elevan, las ideas se extienden, y el hombre se hace mejor. A la MUJER le sucede (y necesariamente ha de sucederle, ¿no es persona como el hombre?) lo propio, y no es posible sostener que su compañero estará peor con ella cuando sea mas dulce, mas razonable, mas buena.

»Pero se dice: el hombre quiere ser obedecido sin discusion, sin razonar su mandato; así lo exigen su instinto de mando y la paz doméstica.

»Respondemos: que el instinto pierde terreno á medida que la razon avanza,

que la paz va siendo, no el silencio, sino la armonía; que el principio de autoridad no razonada é irresponsable no puede vivir en la familia cuando muere en la sociedad. Y no vive en efecto. El marido que no es bueno, abusa muchas veces de su fuerza y de la ventaja que le proporciona la ley; pero el hombre justo y razonable, muchas veces toca tambien los inconvenientes de que su MUJER no se haga cargo de la razon. ¿No tiene que transigir con las genialidades y con los caprichos, y siguiendo el consejo de San Pablo, *por la paz ceder de su derecho?* ¿No tiene que renunciar á hacer valer su razon, y calla como quien trata con una criatura que de ella carece, por no aceptar y educar la inteligencia de su MUJER? ¿No se ve en la precision de concederle privilegios muy parecidos á los de los niños y los locos, y cuyo límite es mas fácil extender que fijar? ¿Al imponer la tiranía de los fuertes, no sufre la de los débiles, que si son queridos, pueden ejercerla?

»El principio de autoridad está debilitado en el hogar doméstico como en la plaza pública; las mujeres se quejan de la tiranía de los maridos y estos de la desobediencia de las mujeres, y es que la época es de transicion, y que la paz doméstica no tiene *ya* los elementos del pasado, ni cuenta *todavía* con los del porvenir.

»Si se respetan los fueros de la justicia, la paz entre séres sensibles y razonables ha de establecerse por la razon y el sentimiento. La MUJER educada sentirá y comprenderá mejor, tendrá mas elevacion para pensar y mas delicadeza para sentir, y será con su marido mas razonable y mas amante. ¿Qué hombre, sino es perverso ó brutal, preferiria la obediencia ciega del temor á la docilidad razonada del cariño?

»Pero en fin, ¿quién *mandará en casa*, quién será el jefe de la familia? Mandar despóticamente, no debe hacerlo nadie; tener fuero privilegiado, no debe tenerle ninguno, ni tampoco hacer concesiones de gracia y andar en tratos con la justicia, porque la justicia no se suple por ninguna cosa, ni sobre ella hay nada. Pero el hombre es físicamente mas fuerte que la MUJER; es menos impresionable, menos sensible, menos sufrido, lo cual le hace mas firme, mas egoista, y le da una superioridad jerárquica natural, y por consiguiente eterna en el hogar doméstico.

»La MUJER que ha de ser madre, ha recibido de la naturaleza una paciencia casi infinita, y debiendo por su organizacion sufrir mas, es mas sufrida que el hombre. Su mayor impresionabilidad la hace menos firme; su sensibilidad mayor la hace mas compasiva y mas amante. Por mas derechos que le concedan las leyes, la MUJER, á impulsos del cariño, cederá siempre de su derecho; callará sus dolores para ocuparse de los de su padre, su marido ó sus hijos; la abnegacion será uno de sus mayores goces; dará con gusto mucha autoridad por un poco de amor, y suplirá con la voz dulce y persuasiva que Dios le ha dado, la fuerza que le negó. No queremos ni tememos conflictos de autoridad en la familia, de la que el hombre será siempre el jefe, no el tirano.

»Así como no vemos diferencias de inteligencia en los niños de diferente sexo, vemos muchas de carácter. La niña es desde luego mas dócil, mas dulce, mas cariñosa, menos egoista; está ya allí el gérmen de la madre, que ensaya con sus

muñecas lo que mas adelante hará con sus hijos. Son naturales, y por consiguiente, eternas, las diferencias de carácter necesarias para la armonía, porque (y nótese esto bien) *las de la inteligencia no contribuyen á ella, sino que por el contrario, la turban.*

»Entremos en el hogar doméstico y observemos un matrimonio. La paz no se alterará nunca porque piensen del mismo modo, sino que al contrario, será tanto mas perfecta cuando sus opiniones sean mas idénticas y sus entendimientos puedan marchar mas tiempo unidos. Donde las diferencias se notan es en el carácter, y ahí están grabadas por la mano de Dios. La dulzura, la perseverancia, la docilidad, la abnegacion, la debilidad física de la MUJER; su natural mas compasivo, mas amante, mas paciente y sufrido: estos son los elementos de la armonía. Añádase que en el hombre, al menos en el hombre de nuestra raza, cristiano y civilizado, hay, además del amor, muchos sentimientos que, lejos de arrastrarle al abuso de la fuerza, le impulsan á amparar la debilidad, á proteger á la MUJER, á devolverle en consideracion y respeto todo lo que puede haber recibido de su abnegacion y de su paciencia. Cuando la MUJER no tiene ya ningun atractivo, es todavía objeto de miramientos, y consideraciones en que no tienen parte las simpatías del sexo: independientemente del amor, hay entre los dos sexos armonías, cuyo orígen está en las diferencias de carácter y de modo de sentir.

»Existen pocos hombres que no cedan á la razon y á la dulzura de una MUJER prudente, y si no ceden, bien pueden entrar en alguna de las condiciones, de las diferentes categorías del malvado. Como creemos que la MUJER será tanto mas prudente y mas dulce y suave de carácter, cuanto esté mejor educada, tenemos por cierto que habrá mas armonía en el matrimonio á medida que la que llegue á ser esposa tenga mas cultivada su razon y mas elevados sus sentimientos. No puede llamarse armonía el silencio de la MUJER, que si no tiene una palabra para la contradiccion, tampoco la halla para el consejo, y que si no se opone nada, tampoco comprende ni consuela.

»La experiencia poco puede decir en la materia, porque en nuestra patria es muy corto el número de mujeres que tienen alguna instruccion, y esta poco sólida, adquirida sin plan ni método, y á veces teniendo que vencer grandes obstáculos. En las mujeres que hemos podido observar de cerca, hemos visto, lo que no podíamos menos de ver, que la instruccion las hace mas razonables y mejores, mas dulces y menos expuestas á devaneos y extravíos; sentimos no poder citar aquí algunos nombres, que probarian la natural alianza de una inteligencia cultivada, de un corazon amante y de una abnegacion sin límites.

»Si se nos presentase algun ejemplo de lo contrario, responderíamos que no hemos creido que en instruyéndose las mujeres no ha de haber ninguna díscola, viciosa, ni perversa; responderemos que pueden rechazarse todos los ejemplos, porque entre nosotros no hay mujeres que tengan verdadera instruccion; y responderíamos, en fin, que habiendo hasta aquí sido necesario sostener una lucha para que la MUJER en España se instruyese algo, ha necesitado, á veces, condiciones de

carácter especiales para instruirse, y nada tendrá de extraño que esta energía tuviese la apariencia y acaso la realidad de mayor violencia y menos dulzura que en lo general del sexo. Aunque así fuese, careceria de fuerza el argumento que en este hecho se apoyase; pero repetimos que no es así; aunque hecha la observacion en las condiciones mas desfavorables, ha confirmado siempre esta verdad. *Todo sér racional ó irracional se mejora á medida que se instruye ó educa.*

»Hay mucho que esperar y nada que temer para la armonía y paz doméstica, de la educacion intelectual de la MUJER, que no necesita mandar para dirigir, ni dominar para ser dichosa No queremos quitar al hombre su autoridad, ni tememos que abuse de ella cuando halle enfrente la razon ilustrada y el cariño. No queremos que se pretenda destruir la obra de Dios, prohibiendo á la MUJER el uso de las facultades que de Él ha recibido, ni tememos que, por una excepcion inconcebible entre todos los séres educables, sea menos dulce y suave cuando esté mejor educada. No queremos que se la prive de su derecho, ni tememos que abuse, ni que use de él siquiera reclamándolo con todo rigor; halla mas gusto en hacer gracia que en exigir justicia, y el consejo que San Pablo da al hombre, ella le recibe de su corazon: «POR LA PAZ CEDERÁS DE TU DERECHO.»

Los derechos sociales de una adecuada educacion de la mitad del género humano, no será una gracia concederlos; es una estricta justicia reconocerlos y hacérselos á la MUJER efectivos, reales, positivos.

El primero de todos es el pan de su alma, la instruccion; el segundo, inseparable, es el medio de subsistir, de dar pan, sustento á su cuerpo; es que su instruccion, su educacion se encarne en un arte, en una ciencia, en una carrera, en una profesion, última parte de este capítulo, cuestion trascendental en los tiempos que alcanzamos, y con razon, porque la vida tiene por medios de sustento la instruccion y el medio de emplearla, una forma decorosa y productiva del trabajo.

Con aquel primer medio se alimenta al alma; con este segundo se sustenta el cuerpo, y además se cumple el deber que incumbe á toda persona humana, varon ó hembra, hombre ó MUJER, de cooperar con su trabajo concienzudo al fin social, de que todos somos consolidarios.

Si la MUJER tiene deber de trabajar por el fin social, individual y colectivo, particular y general; si tiene derecho á alimentar su alma y su cuerpo, la sociedad tiene la *obligacion de estricta justicia* de dispensarle á la dignidad de su personalidad, á la realidad y fines de su existencia, una y otra cosa.

De ahí el principio, el derecho de la libertad respectiva, posible, asequible de la MUJER al trabajo, á una carrera ó profesion adecuada, compatible con la delicadeza de su sér, con el alcance de sus facultades, no dormidas como hoy, sino desarrolladas por una debida educacion, como tiene derecho la dignidad de su personalidad racional.

¿Cuántas profesiones están hoy en manos de hombres afeminados que deben pasar por justicia, por equidad, por recta distribucion y division del trabajo, por decoro y vergüenza social á manos de la MUJER?

Trabajo y Honor

(CLASE MEDIA)

¿Qué significan tantos millares de millares de *apuestos mancebos* en esas tiendas de sederías, de telas, de blondas, de modas, de variedades de señoras? ¡Ah! Significan la injusticia, la inconveniencia, la falta de decoro y aun la inmoralidad. Mientras esos *donceles* no sean sustituidos por señoritas ó jóvenes instruidas, que allí tienen, de derecho y de conveniencia social, un puesto decoroso para ellas, altamente útil para su subsistencia, conveniente para la moral, decente para el comercio y económico para la division del trabajo.

Á todas horas se nos habla de las fuerzas hercúleas del hombre, y sin embargo se ven tantos *varones* robustos pasar la vida detrás de un mostrador entreteniendo á señoras y señoritas que están mas desocupadas de lo que debieran...

Los libros de contabilidad de tantos ramos del comercio, ¿por qué no han de estar en España, como debieran estarlo, y lo están en otros paises, en manos de mujeres?

Las escuelas de párvulos, las escuelas mixtas, las escuelas elementales de los niños de ambos sexos, ¿por qué no han de estar todas bajo la direccion de la MUJER?

¿Por qué la MUJER no ha de tener abierto ámpliamente el campo de las bellas artes, de muchas artes manuales que están en armonía con sus hábitos, con sus aficiones, con sus usos, con su economía?

¿Por qué á la MUJER no ha de reconocérsele en España el derecho de toda personalidad nacional á cursar ciertas carreras, ciertos estudios de Medicina, de Farmacia, por ejemplo, para que pudiera con éxito, y con provecho para sí, para sus compañeras, para decoro de la sociedad y en bien de la moral desempeñar esos oficios, tan en armonía con sus virtudes morales, con su paciencia, con sus delicadas manos, con sus instintos caseros, con la finura de su intuicion, y sobre todo con lo sagrado de sus deberes personales, familiares y sociales?

Cuestiones son todas estas dignas de la mayor atencion por parte de los gobiernos, de los legisladores, de las Academias, de todos los órganos de la opinion pública, que debe impeler hácia las soluciones de tales problemas.

CAPÍTULO II.

EDUCACION SOCIAL.

Eleccion de estado.—Educacion que esta requiere.—Educacion de la MUJER de la clase media relativamente al matrimonio.—Deberes de la misma en la familia.—Deberes de la MUJER en sociedad.—Deberes de justicia.—Deberes de caridad.—Deberes de urbanidad.

Se lamentaba el gran poeta y filósofo Horacio, preceptor ilustre de los nobles Pisones, de que si era breve en la exposicion de sus pensamientos, se quedaba oscuro, corto, incompleto; y por el contrario, si para ser completo en su exposicion, se alargaba, temia hacerse pesado.

Ved ahí tambien una cosa semejante que nos pasa á nosotros: por temor de hacernos pesados, nos quedamos cortos en la exposicion de algunos tratados de nuestra obra.

Su objeto es una causa tan grande, tan importante, de tanta trascendencia para la MUJER, la familia y la sociedad entera, que quisiéramos disponer de talento y espacio inmensamente mayor para hacer su defensa, para ganar completamente este pleito para la MUJER, cuya justicia no pueden negar ni sus mismos adversarios. Sin embargo, esperamos algun éxito, haciendo lo que esté á nuestro alcance.

El tratado que nos ocupa es ciertamente digno de extension mayor que la que aquí podemos darle, puesto que los principios que forman su base y deben constituir su desarrollo, son de una influencia decisiva en bien ó en mal de la paz, de la marcha, de la prosperidad, del bienestar de la familia y de la sociedad.

Sin embargo, por los límites propuestos á esta obra, nos vemos obligados á tratarlo solamente bajo sus puntos de vista generales, de consiguiente lo haremos con el posible laconismo.

El pensamiento primordial de este capítulo, es cierto que lo hemos ya tocado en los preliminares de este volúmen.

Empero allí no era sino de paso y como haciéndonos cargo del estado actual de la constitucion de la familia, y los medios generadores de la misma, sus defectos y los remedios promptuarios, manuales, aplicables á su mejora á nuestro parecer, ahora mismo.

Aquí habremos de detenernos mas en los detalles, porque este es su lugar oportuno.

Está á la vista, en la conciencia, y hartas veces en la deplorable experiencia, que se lleva á la jóven, á la señorita, á la MUJER, al matrimonio por una pendiente de cálculo, de vanidad, de interés, de pasion ciega; pero siempre sin norte, sin luz, sin criterio, sin preparacion, sin guia, sin la instruccion y educacion especialísima que este grave, gravísimo, el mas trascendental asunto que la vida reclama.

En ese camino de eleccion de estado, no hay que buscar ni conocimiento de la sociedad, ni conocimiento del corazon humano, sin el mas pequeño conocimiento de los derechos, y sobre todo de los grandes deberes del matrimonio, de las modestas, pero sublimes virtudes é inteligencia que á él debe llevar la esposa. ¡El acaso por toda brújula de ese largo y agitado viaje!

¡Ah! ¡Si pudiéramos revelar aquí todos los tristes arcanos que sabemos, hijos todos del descuido ó la ignorancia de las madres!

¡Cuántas jóvenes han ido al claustro debiendo haber tomado otra via muy diferente! ¡Cuántas otras han elegido ó van á elegir el matrimonio sin saber lo que hacen, ignorando completamente la gran responsabilidad que asumen!

»De ahí tantas desventuras individuales y colectivas! ¡De ahí tantas ineptitudes, tantas víctimas estériles, tanto desórden en todos los estados, y sobre todo en la familia, reflejándose inmediata é ineludiblemente sobre la sociedad!

¡Eleccion de estado á los doce, á los trece, á los catorce, á los quince, á los diez y seis años! ¡Y aun eso sin ningun talento muchas veces, sin conciencia de lo que se hace, sin que se les descorra ninguno de los misteriosos pliegues del corazon, de los escollos de los destinos de la criatura, de las múltiples variaciones á que está expuesta, del fuego que late bajo las superficiales cenizas!...

¿Así se quiere labrar la felicidad de esas víctimas? ¿Con tales piedras se pueden esperar sólidas construcciones individuales ni sociales, privadas ni públicas? ¡Ah! delirio fuera imaginarlo siquiera.

Con materiales caducos es locura ó sórdida mala fé levantar edificios.

¡Y sin embargo, así se edifican entre los pueblos de la raza latina, sobre todo en España!

De ahí la degeneracion que corroe nuestra raza física y moralmente.

¿Qué puede esperarse de grande y de bello de la MUJER á quien de este modo se conduce al matrimonio?

¿Qué fuentes de virtudes, de ilustracion, de vigor físico y moral, de beneficencia, de benevolencia, de luz, de consuelo, podeis esperar fluyan de la MUJER, ni en la familia, ni en el trabajo, ni en la civilizacion, ni en la actividad por el bienestar privado y público?

Este punto lo profundizaremos mas y mas en el tomo tercero de nuestra obra, PORQUE ALLÍ HEMOS DE DESCENDER Á TODAS LAS MINAS QUE BAJAN DE ARRIBA...

Veamos ahora cómo por ese camino social lleva de la mano á su hija aquella

digna madre antecitada, y luego veremos cómo debe andarlo la MUJER, segun dice un ilustre filósofo.

«Está ya acordado, Luisa; esta noche iremos al baile, el primero para tí. Hemos contestado aceptando la invitacion particular. Por otra parte es ya hora que te presentes en la sociedad, y que en cierto modo me vuelvas á ella.

»Efectivamente, hija mia, este baile es un doble estreno: se fijarán las miradas tanto sobre tu madre como sobre tí. Quiero honrarte, amada mia, y procuraré ponerme bella á mi manera así como tú estarás radiante con tus diez y siete años y tus elegantes trajes.

»A la verdad, mirado esto á fondo, es una bagatela; esta visita hecha á las once de la noche, hasta las tres ó las cuatro de la madrugada, á una señora á quien conocemos mucho, y á quien tenemos libertad de visitar durante las horas mas cómodas del dia; para reunirnos con un centenar de personas, no muy conocidas para nosotras, para fatigarnos, yo sobre un asiento, y tú de pié; para volvernos yo muy aburrida, y tú harto molida.

»Sí, indudablemente es cosa que no vale la pena, es una vanidad, es el pretexto ú ocasion de un gasto, de un cansancio, tal vez de un constipado. Pero, con todo, hija mia, es una prueba necesaria y temible en su frivolidad. Es tu ingreso en la via láctea en que el mundo busca sus estrellas; es, digamos la palabra sacramental, tu noviciado de señorita que ha de casarse.

»De propósito traigo siempre á tu recuerdo esta idea, porque es mi objetivo; porque es la idea fija de todas las madres, porque siempre he tenido temor de echarla en olvido; porque yo no te he instruido sino para darte á otro.

»Deseo que al vernos entrar por el salon, digan:—¡Qué poco ha envejecido la madre consagrándose á la educacion de su hija!—Deseo que te miren á tí, estando tú callada, en ese silencio respetuoso que excita la estima, la gracia, la verdadera juventud, la pura belleza.

»¡Déjate, ambas á dos, te aseguro estaremos bellas!

»No necesito hacerme nuevos trajes, pues hace diez años que los tengo, solo necesito cambiar los adornos y rehacerlos para someterlos á las variaciones de la moda.

»Los tuyos, no menos que los mios, quiero que sean bastante sencillos, bastante sérios para que formen contraste y te sirvan de sombra protectora; pero es necesario sin embargo hacerlos bastante elegantes para que tu padre obtenga á la vez un triunfo por su esposa y por su hija.

»¿Qué te parece, Luisa, un vestido de raso malva, adornado de encajes blancos? Llevaré diamantes en el cabello, sin flores, pues estas deben adornar tu cabeza, sin plumas, sin penachos ni zarandajas, porque esto seria mucha fanfarria para una victoria que deseo obtener sin ruido, y que no me parece muy difícil. Pienso sin embargo, ponerme en la cabeza algo que brille, que indique la llama de mi corazon.

»Estoy segura de que todos adivinarán mi gozo, y la santa esperanza que me

agita y que me enorgullece; al entrar así, erguida la cabeza, arrastrando mil encajes cuya plácida blancura será templada por ese trasparente melancólico. Seré la noche de un dia de verano; cuando un vapor argentino vela las bronceadas nubes que colora el sol de agosto!

»Tú serás mi alborada. Mas hé aquí el modo cómo yo he dispuesto tu primera aparicion en la sociedad.

»Un vestido de fay blanco, con sobrefalda de tul de seda blanca; blancura sobre blancura, virtud sobre virtud; pero blancura elegante, virtud espiritual. Hé ahí el símbolo de tu adorno. Entre la seda y los adornos, haré colocar yerbecitas y florecillas, sembradas de margaritas *guadañadas*. Esta será la primera cosecha que tú lleves en tu traje, ¡cosecha de tus ensueños inocentes, de tus alegrías infantiles! En el corpiño y en la cabellera llevarás tambien florecillas en armonía con el resto del traje. Yo te pondré mi collar de perlas blancas, mi collar de soltera; será la armonía de mis diez y ocho años con tus diez y siete. Llevarás dos pequeñas perlas en tus orejas. No te hablo de tus zapatos blancos, de tus guantes tambien blancos; estos detalles son supérfluos. Para simular la mariposa sobre esas florecillas harás voltear un abanico de raso blanco.

»¿Estás con eso contenta, Luisa mia? ¿Tienes alguna observacion que hacerme? ¿Habrás soñado de otra manera tu primera presentacion á la sociedad?

. . . . . .

»Creo (¿convendria decir, espero?) que te invitarán á menudo. Si te dejan en mayor descanso de lo que fuere tu gusto, si hay abundancia de jóvenes y escasez de caballeros, no te enfades por eso. Descansa.

»Un baile no es un concurso de gimnástica. No se debe ir á él para obtener por premio la fatiga. Acepta las invitaciones sin desearlas ni enorgullecerte por ellas. No te muestres sobradamente halagüeña con quien te invite muchas veces; muy comunmente esos son jóvenes tímidos, que pasan por ser indiscretos por temor de invitar á otras señoritas que les acojan con menos amabilidad. No los castigues con tu propia bondad, ni les dés motivo para creerse victoriosos.

»Si alguno para hacerse el original, critica la casa que le recibe y las personas con quienes se codea, hazle comprender con tu silencio ó disgusto que no eres su cómplice en esa bajeza; pero no intentes convencerle de que es un necio, porque seria tiempo y trabajo perdidos. Si topares con algun jóven que lleve su respeto á la pareja y á sí mismo hasta el mutismo absoluto, estímalo tanto como á un hablador, y no le fuerces á decaer á sus propios ojos, con lúgares comunes sobre el calor, la orquesta y la bella reunion...

»En general, Luisa, puedes decir que todos esos bellos jóvenes, que hacen el valiente á veinte pasos de distancia, que te invitan balbuceando, y que no son impertinentes sino en la guardarropía, al salir, son, á pesar de todo, jóvenes de espíritu y de buena familia, mas encogidos que una señorita.

»Se les educa á tal distancia de las señoritas decentes, cuando no tienen hermanas; ignoran tanto el modo de estar al lado de toda MUJER decente; somos tan

imponentes, segun parece, que los mas audaces se vuelven zurdos, y que las virtuosas de los bailes públicos no saben como bailar en un salon.

»Sé compasiva, mi querida Luisa. Acaso uno de esos haya de ser tu esposo. No por eso intentes adivinarlo. Los buenos maridos, no se descubren en un baile tan fácilmente como los buenos bailadores; y sobre este punto necesitas todavía mis lecciones y mi auxilio.

»Pórtate con las mujeres de todas edades, con las señoritas de toda clase como con los que sean tu pareja, esto es, con sencillez; ¡sé buena!

»Hasta en un baile puede haber ocasion de practicar la caridad y otras virtudes. Si observas, por ejemplo, una pareja menos elegante, y con menos facilidad, por consiguiente, que las otras para trabar conversacion, lleva en cuanto puedas á tu pareja hácia aquellos convidados avergonzados. Acuérdate de la leccion que te he dado con respecto á las jóvenes de las Tullerías, que no querian jugar sino con compañeras tan ricas, ó tan bien vestidas como ellas. Jamás seas cómplice de una de esas pequeñas y cobardes crueldades.

«Sé amable con todo el mundo. Hasta te permito que seas algo coqueta si es para una buena accion. Entonces traba conversacion, por decirlo así, hasta contigo misma, y cuando bailes, con tu bello traje, al lado de una jóven pobre, piensa que solo dejarás de humillarla mostrándote con ella amable y expansiva; sonríele como sonreirias á tu espejo. Procura hallar en sus ojos iluminados por los tuyos la centella feliz de tu mirada. Haz brillar sobre ella tu corazon y tu gracia. La hallarán bella, si tú la hermoseas con tu sonrisa; la amarán, si tú le comunicas los encantos que emanen de tu bondad.»

¡Qué cuadro tan magnífico, de una educacion tan elevada como sencilla y práctica!

Esa ilustre y digna madre tenia la genuina, la esencial, la adecuada idea de lo que debe ser la educacion de los hijos, sobre todo, la educacion de las hijas, que han de ser las madres del mañana; y hay que prepararlas para que sean madres dignas é ilustradas como esa. Si tenia tal madre concepto claro, cabal de lo que debe ser la educacion, su importancia, su extension, su saludable influencia, que como benéfico y fecundante sol, ha de irradiar á todas partes, y de todas partes ha de hacer brotar, crecer, desenvolver y fructificar los fenómenos de la vida moral, las virtudes naturales y cristianas. Con ella el alma racional, el alma cristiana, especialmente la MUJER, ha de ser como la abeja, ha de saber fabricar su dulce panal, cumplir la grandeza de su mision, hasta entre espinas y flores amargas, ó sea frivolidades y contradicciones de la vida, privada y social.

¡Esos prodigios morales, esos portentos de virtud sabe enseñar esa madre á su hija, aun entre las frivolidades de un baile!... ¡Y en eso, y en esos prodigios morales, modestos, ocultos casi, de corazon á corazon, de alma á alma cifra la madre su gloria y la de su hija!

¿Puede darse, señoras cristianas, nada mas bello, que esa cariñosa moral, práctica, exquisita y delicada leccion de esa madre á su hija, para que sepa mani-

festarse virtuosa y buena aun en cosas tan ligeras, tan triviales, tan mundanas como un baile?

Continuemos esas preciosas lecciones.

«Cuando regreses de tu primer baile, quebrantada por la fatiga, arrugado el traje, verás como el sueño cual rocío celeste, te se llegará cariñoso y benéfico. Si te portas como yo te he enseñado, verás como tu conciencia está tan tranquila cual si salieras de cumplir un deber, al salir de una frívola velada, en que tú habrás dado al mundo el sello de tu buen espíritu, y á mí, mi querida Luisa, la primera de las recompensas que yo espero, con la de las fiestas que se preparan para velarme la necesidad de las despedidas del porvenir!

»Luisa mia, háme asaltado un grande escrúpulo, que te he de manifestar.

»Ayer noche, en el salon de la señora E... te estuve contemplando, y sin querer halagarte, para rendir homenaje á la verdad, he de confesarte que quedé de tí prendada. Como estabas indudablemente contenta de tí, como tu conciencia estaba tranquila, brillaba sobre tu frente un apacible y grato esplendor, que no daba en rostro á las pretensiones de nadie, y que te daba un aire especial de belleza.

»Tus contestaciones en el juego y papel de *secretaria,* tu penetracion en resolver los pequeños problemas propuestos, me daban noble orgullo, y te habria abrazado con todo mi corazon... si no hubiese temido ser la primera.

»¡Ah! hija mia muy querida, mira el reverso de estas mis halagüeñas impresiones: ¡Yo era sola en admirarte!

. . . . . .

»Por lo que respecta á aquellos señoritos muy peinados que no se dignaban tomar parte en los juegos que tú dirigias como MUJER, tenian tan profundo desprecio por las concesiones que les arrancaba la educacion, se hallaban tan pagados de sí mismos, que no tenian ni la idea de si podian estar contentos de tí.

»Ante estas consideraciones, me dije para mí: «—Héte ahí muestras de jóvenes casaderos; la coleccion está completa; ¿sobre cuál de ellos querria ó podria mi Luisa fijar sus ojos, hacer su eleccion?

»¿Sobre ese que acaba de hacer su viaje á Inglaterra, expresamente para hacerse grabar sus iniciales sobre sus cepillos, sus peines y sus cajas de marfil, porque en Paris nadie desempeña ese cometido con tanto primor como cierto grabador de Lóndres?

»En ese otro que se gloria de haber oido quince veces á *Madama Angot,* y de no poner jamás su pié en el Teatro Francés?

»¿En ese pisaverde que tiene miedo de que la lectura le fatigue, sin que jamás la haya probado?

»¿En aquel hermoso moreno, de afilado bigote, de ojos centellantes, que declara el servicio voluntario una invencion grotesca, y que habla de ir á ver como se baten en España cuando le llegue el turno de ir al cuartel francés?

»¿En ese pálido aspirante á diplomático, que se vanagloria de no tener opinion

sobre cosa alguna, y se está siempre mirando su ojal como si de él fuese á brotar una rosa?

»¿En ese camorrista que se llama demócrata porque su padre se niega á darle dinero?

»¿En ese *angélico* muñeco de veintidos años que se dice legitimista, para conservar la gracia de una tia cuya herencia espera?

»¿En estos, en aquellos que no piensan en nada, que no saben nada, que no aspiran á nada, que no leen nada, que jamás hacen cosa alguna, y que sin embargo han de llegar á todo; que se aburren de aburrirse, sin saber siquiera si es posible tener gusto por algo en este mundo?

»¿En qué cabeza bien templada, en qué corazon bien formado podrá dar la mirada de mi Luisa y hacer saltar y brillar una chispa?

»¿Estos jóvenes no son fenómenos de imbecilidad, representan como la medianía de la generacion actual, y acaso algunos de ellos acabarán por desempeñar formalmente el papel de hombres sérios en la sociedad?

»No he vacilado un momento, querida mia, en juzgar que ninguno de esos caballeritos era capaz de inspirarte la ilusion de la estima que tú deberás á tu marido. Empero, héme dicho para mí:—«¡Si Luisa no puede nunca escoger sino entre pretendientes de este calibre, la pobre niña quedará soltera, envejecerá soltera!...»

. . . . . .

»Pensé, reflexioné, me acongojé:—Imprudente, me dije, yo he educado á mi hija para un marido; ¿qué será, si no lo halla?

»¿Acaso las madres descuidadas, que fian estos y todos los asuntos graves á la ventura, y que se contentan con dar á sus hijas una educacion venal, son mas previsoras que yo?

»¿Por ventura las jóvenes son siempre bastante buenas para los maridos que se les dan? ¿Vale mas casarlas á la moda, con maridos á la moda, que dejar de casarlas?

. . . . . .

»Me he detenido en este pensamiento y he cerrado los ojos para no verte como eres, sino para buscarte en mi conciencia, como deberás ser, dentro de diez ó quince años, si has de quedarte soltera.

»¡Pues bien! Luisa mia, ¿es una ilusion maternal? ¿es una tentacion de mi egoismo que se consolaba de poderte conservar á su lado? Yo no te hallaba muy diferente de lo que te he visto á menudo, en mi imaginacion, cuando te contemplaba MUJER casada, madre tranquila. Sonreiaste con la misma sonrisa, mas grave, eso sí, sentada junto á una cuna, y una voz infantil te llamaba suavísimamente *querida tia.*

»Tu hermano y su esposa te llamaban: «mi hermana» con franca y duradera amistad, y tú siempre bella, maternal, tranquila, serena, con esa melancolía en la mirada que conserva la dicha y la refresca; con esa resignacion de un alma valerosa que conoce la vida, y que ya no tiene que temer las decepciones, pasar los años

dichosa al contemplar la dicha de los otros á quienes mirabas sin envidia, y con quienes vivias con gusto.

»Tus cabellos encanecian, mas no habias perdido ni uno; no habias experimentado el delirio de la maternidad. Pensabas en mí; y al murmullo de tus labios, de los que salia mi nombre mezclado con plegarias, pareciame adivinar que me bendecias porque no habiéndote podido dar un marido digno de tí, al menos te habia inspirado bastante fuerza y bastante virtud para hacerte hallar los goces de la maternidad, aun sin matrimonio y sin marido.

. . . . . .

»Creo que vas á culparme de que siembro poesía por todas partes. Es que la razon tiene sus éxtasis, y no hay deber cumplido, sin que haya por lo mismo, belleza. Cuanto mayor sea, tanto mayor vuelo imprime al pensamiento.

. . . . . .

»Sea lo que fuere, no recelo por tí, mi muy querida Luisa, ninguno de estos dos destinos. Héme esforzado en inspirarte el gusto de todos los deberes de la familia y de la sociedad; empero, jamás he soñado un momento en ocultarte las amarguras que pueden sobrevenirte en la vida.

»Si el compañero que te deseo, si el hijo que espero, pasa sin mirarte ni verte, perdónale de que haga traicion á su felicidad. Perdona á los otros que no son culpables de su error, pero sigue siendo lo que he hecho que fueras por la educacion. Espera entonces á los hijos de los otros para servirles de madre.

. . . . . .

»Por otra parte, yo confío poderte aun acompañar largo trecho en este viaje; y precisamente voy á ser aquí la vieja señorita para darte ejemplo, y tú reconoces, ¿no es verdad, Luisa mia? que hasta aquí no te arrepientes de haberme seguido. Recibe pues esta leccion como has recibido todas las otras que te he dado.

. . . . . .

»—*La peticion de matrimonio.*

»Mañana, segun me han prevenido, vendrán á pedirnos formalmente tu mano. ¿Sabes cuál será nuestra contestacion?

»Tu padre y yo, te presentaremos á un caballero que nos hablará conmovido en nombre de su hijo. Nosotros le diremos: «Ved ahí á nuestra hija, está á vuestras órdenes.» Él nos contestará: «Lo mismo digo á ustedes respecto á mi hijo.»

»Te abrazará, nos abrazaremos. Tú recibirás, en el dia mismo, el primero de los grandes ramilletes que señalarán, desde mañana, cada uno de los dias de esta via florida, al fin de la cual te espera un altar adornado de flores y de luces, y entonces serás desposada!...

»Nosotros, querida mia, no aceptaremos sino á aquél á quien hayas tú aceptado ya. Has sido completamente libre en tu eleccion; pero sin comparacion sacrílega, he de confesarte que tu libre albedrío, iba, en este caso particular, como el de todos los séres humanos, algo vigilado, guiado, no forzado.

»Tú me has hecho confidencias; es ya preciso que yo á mi vez te haga las mias.

Tu pequeño poema va á convertirse en prosa; lo hemos visto florecer. Desde sus primeros albores, desde el primer fulgor sorprendido en tus pupilas, desde el primer carmin observado sobre las mejillas de aquel que mañana palidecerá al pedir tu mano. Al entrar en nuestra casa, nos dijimos tu padre y yo: «¡Si pudieran amarse!...»

»Las condiciones de rango, de familia, de fortuna, eran iguales ó análogas. Bajo este aspecto, no teníamos necesidad, ni de tomar informes, ni de armarnos de precauciones.

»¡Lo que nos importaba era muy otra cosa!

»Tú, amada mia, no sabrás jamás, y sobre todo él ignorará siempre cuánto hemos estudiado, cuánto hemos vigilado á ese caballero que viene á noticiarnos que debemos quererle como hijo. ¡Puedes figurarte cómo habremos escudriñado sus maneras de entrar, de saludar, de sentarse, de mirarte, de hablarte!

»Yo en el silencio de mi cuarto, y para mí sola, hacia vibrar en mi oido el eco de sus palabras que habia esforzado en retener para adivinar el secreto, sondear el fondo de su carácter!

»Cuando hablaba con lentitud, me asaltaban impresiones súbitas de temor de su indolencia; cuando replicaba con vivacidad, temblaba de miedo de descubrir en él sobrada violencia!

»Tu padre le planteaba las cuestiones mas importantes, así, sin aparentar siquiera el designio de interrogarlo; y al cabo de ocho dias, el corazon de ese señorito, tan reservado, era nuestro; y conocíamos lo que él pensaba, lo que él creia, lo que él sabia!...

»Hija querida de mi alma, lo que puedo asegurarte es que no te has engañado, que has hecho una magnífica eleccion. Si quedan todavía puntos oscuros, si todas las investigaciones maternales, si todos los instintos peregrinos de tu corazón no han podido penetrar hasta en los últimos pliegues de esa conciencia á la que te entregamos sin reservas, Dios á quien oramos te bendiga, no me habrá de castigar por no haber sabido realizar mejor esa importantísima obra de tu porvenir, y del bien social que puedas hacer por ella. Él me es buen testigo de que no te he escaseado mi ternura, y de que hubiera querido estar iluminada por el génio, para analizar mejor hasta las últimas fibras de ese corazon del que ha ser mi nuevo hijo.

»Empero, puedo jurártelo, estoy satisfecha. ¡Oh! ¡no es que el primer golpe de escalpelo sea una obra maestra, ni yo me fie de todo lo visto!

»No dejo de creer que ese caballero habrá modificado á menudo su aspecto, que muchas veces habrá dado mayor gravedad de la ordinaria á su gesto, mayor gracia á su corbata, antes de venir á llamar á nuestra puerta.

»Si hubiera podido observarle por el ojo de la cerradura, sin duda le hubiera sorprendido mas de una vez, haciendo exámen de sus fuerzas, limpiando una mancha en la punta de sus charoladas botas, deshaciendo una ruga de la camisa, y ensayando varias sonrisas, antes de juzgarse presentable.

»Ciertamente que hasta en el hombre mas franco hay hipocresía ó afectacion, y cuando no haya de estar ya á la defensiva ú ofensiva; cuando sea vencedor, cuando

haya tomado posesion de la plaza, descubriremos, puedes estar segura de ello, sus mañas; él mismo nos dirá:—«¡Tenia tanto miedo de no agradar!»—Y nosotras le perdonaremos el haber sabido agradar tan bien y hasta disimular tan ladinamente...!

»Por otra parte, debo decirte á tí, hija mia, que tú has extremado sobradamente la modestia; te he visto tomar un aire de fria indiferencia cuando la campanilla de la puerta tocaba á tu corazon y te decia:—¡Es él!

»Un dia en que él discrepó de tu opinion en yo no sé qué asunto, tuviste una desesperacion tan profunda, tan absoluta, que te pusiste á tocar el piano apenas dejo la puerta, y á cantar desesperadamente como una loca. Me dieron ganas de interrumpirte, de obligarte á darme las lágrimas de que tenia sed, tan feliz me hallaba con volver á encontrar en tí las extravagantes é inocentes disimulaciones por las cuales pasé yo á tu edad.

»Ya ves pues, Luisa mia, por mi criterio, que tu hora ha llegado tan fácilmente y con mas garantías que por las rutinarias vias. Héte permitido hablar á tus parejas en el baile, tener conversaciones con jóvenes de buena educacion recibidos en nuestra casa, ó con quienes nos encontramos en visitas decentes ó en paseo; yo habia puesto ante tu vista una lucecita tranquila sin humo y sin grandes resplandores, que no era cínica como la linterna del filósofo de Atenas, pero que tenia sus exigencias, su seguridad. A la verdad, debo decir que tú te has servido perfectamente de ella. ¡Tú has buscado, tú has hallado un hombre! No apagues ese fulgor victorioso; tú lo convertirás en velador familiar, en lámpara del hogar que vamos á amueblar dentro de poco.

»Empero tenemos tiempo aun de hablar de este importante punto, puesto que faltan todavía algunas semanas. Hablemos del presente.

»El presente, es la grande alegría; por mi parte la mas íntima: es la peticion con que se nos ha prevenido; es la entrada con aspecto mas solemne de ese caballero, que será muy tonto mañana, y á quien yo bendeciré por su tontería, porque yo no le permitiria presentarse de otra manera, mas libremente. Él tiene espíritu, ¡el bribon! pero yo le prohibo que lo manifieste. Estoy tranquila; tiene bastante para sentirse francamente conmovido y dejar ver su emocion.

»Tú, Luisa, serás lo que podrás ser. Hoy no es como en la víspera de tu primer baile, no tengo hoy necesidad de inspirarte la eleccion de tu vestido y atavío. Tienes que manifestar al exterior, por tu porte, por tu actitud, por tu aspecto, un sentimiento que llena todo tu sér. ¡Escúchate á tí misma y á nadie mas que á tí misma en este punto! Preséntate con toda la sencillez de tu amor naciente, con la seguridad de tu propia estima, con la modestia de tus virtudes que son buscadas, con la confianza en tí, en nosotros, en él, que poseyendo ya tu corazon, te obligará á que le dés tu mano.

»Él vendrá por aquí todos los dias. No tengo libertad que darte ni que restringirte. Nada quiero cambiar en nuestras costumbres. No seré yo quien he de ir aun siguiéndote palmo á palmo; tú debes ser ya tu primera guarda con la escolta de los consejos y la educacion que te he dado.

»El infeliz va á creerse en cuarentena. Tú le dirás que amo su peste, y que tú no le temes. Te hablará así en voz baja. Estoy muy segura que no te dirá, sin embargo nada mas que lo que yo pudiera oir. Estos pequeños misterios de la voz, del gesto, esos grandes secretos que se empezarán entre vosotros, puedes suponer que yo los sé de antemano; tu padre podria recitárselos á él al decirle adios; y yo cuando vendrás á abrazarme, podria hacerte sonreir repitiéndotelos al oido.

»¿Qué vas á hacer? Pasar por el camino en el cual hallarás impresas las huellas de tu madre. En él cogerás las flores que yo cogí, aspirarás su perfume con la misma confianza, sin vana coquetería, sin pueril meticulosidad.

»La dicha te espera pacientemente, marcha á ella tambien con paciencia. ¡No te precipites! ¡Se convertiria en tu sombra, y correria mas precipitada, mas veloz que tú!...

»No esperes al fin de esta senda una poesía que te embriague; pero no dudes tampoco de los ensueños poéticos que van á revolotear y batir sus alas en torno á tus sienes.

»La gloria que me habia yo reservado para coronar mis lecciones, el gozo supremo que yo me habia prometido despues de todos los que ya me has hecho gustar, mi querida hija, yo lo poseo plenamente.

»Este gozo es el de poder pronunciar delante de tí, con mis ojos sobre los tuyos, mi corazon contra el tuyo, mejor los dos juntos, sin que tenga que ruborizarme, sin que tenga que palidecer, sin que tengamos, yo remordimientos, tú temores, esa palabra que espanta, la palabra *amor*, que resume todos los deseos humanos, que encierra todas las promesas divinas.

»Sí, ese es el amor que empieza para tí, hija mia; amor de que tu madre no tendrá celos, amor que será por tu padre bendecido, que el mundo va á consagrar con su respeto y estima. Recíbelo, sumisa y modesta, porque sus delicias se pagan con grandes deberes, y á veces con grandes sufrimientos. No te disgustes si aquel que te dirá esta palabra á media voz, no te la dice tan claramente como tu madre que te habla claramente; y si por timidez ó por respeto no osase decírtela, perdónaselo; espera, forzosamente vendrá dia en que te la diga! Entonces comprenderás que las palabras mas suaves para hacerse oir son las que no se han deletreado.

»—*La víspera de boda.*

»Mañana es el gran dia.

»Mientras tú te entregas á ensueños en tu cuarto de soltera, yo recuerdo y recapacito mi vida en mi cuarto de esposa y de madre.

»De comun acuerdo, por ambas partes, hemos abreviado el camino de esta vigilia, la última que contigo vamos á pasar juntos bajo el mismo techo.

»Nos hemos abrazado tiernamente, disimulándonos nuestro dolor y yo te he dicho sonriendo:

—»¡Hija querida, vete á descansar, para que mañana, en la iglesia, no descubran en tu rostro las huellas de tu llanto.

»Ha parecido que contestabas á este escrúpulo de coquetería con estas indicaciones:

—»Vete, mamá, vete á descansar para que mañana puedas aparecer tan jóven y bella como lo eres todavía.

»Así nos hemos separado entendiéndonos para fingir, sin engañarnos. por esto estoy segura que en estos momentos no duermes todavía, y para armonía de esta vigilancia te escribo estas líneas.

»Tú leerás esta mi carta antes de ir allá al templo. La llevarás contigo. Deseo vivamente que la sientas cerca de tu corazon, como una caricia continua del mio. Quiero que las oigas hablarte de mi alegría, cuando sorprendas mis lágrimas. Siempre se llora un poco en ese dia de ventura; pero esas lágrimas no deben causar inquietud. Las otras madres, cuyo turno no les ha llegado aun, nos lo envidian; y las que ya las han derramado, mezclan con ellas la luz de su sonrisa, como para embellecer el acto con un arco iris.

»No te turben, pues, las tristezas que yo espero, lo mismo que yo no he de ser mas desgraciada por melancolías que te deseo.

»Mi pasado, que yo recojo para derramar sobre tí, como la bendicion de tu porvenir, no me dá ninguna alarma, y al contrario, me autoriza para decirte con fé:

»—¡Marcha sin temor hacia esa nueva vida! tú eres digna de vivir de ella. Mereces sus dulzuras, é iba á decir sus tormentos; porque el sufrimiento porque se atraviesa en un hogar doméstico, virtuoso, imprime una virtud en el corazon, una gloria en la frente.

»No pueden hacerse pactos con el destino humano. Empero yo que he llevado mi parte de tristeza y de alegría, te puedo jurar, querida hija mia, que ajustadas cuentas con nuestros sueños, con nuestras ilusiones, el matrimonio hace mas fácil el cumplimiento de nuestros deberes, mas ligeras las penas; y que puede dejar tanta serenidad, despues de mas de veinte años de experiencia, cuanto puede en la víspera de su celebracion, generar en esperanzas é ilusiones. Cuando á la verdad, se la busca, cuando se la sigue con una voluntad leal, no puede producir decepciones. Solo la mentira produce amarguras incurables. El matrimonio no es la decepcion ni el desengaño, es la verdad. Promete la maternidad que es la obra mas grande y mas dulce de la vida; da el amor; asegura la estimacion.

»No temas nada, hija mia. Héme esforzado en hacerte á mi semejanza, y en vísperas de separarme de tí, cuando busco la mejor expresion de mi anhelo por tu felicidad, no sé hallar otra sino el que yo te vea marchar por la misma senda, sobre las mismas huellas que te han dejado impresas mis pasos; no pidiendo á Dios que te libre de ninguna de las espinas que he encontrado en mi camino, pero á pesar de las cuales he sido la esposa mas satisfecha de su cometido, la madre mas feliz en su obra.

»Vas á dar principio á tu gran dia por la casa municipal. Yo no participo ni del desden, ni del horror, ni del desprecio de algunas madres erradamente sentimentales, respecto de esa ceremonia civil.

»Reviste el aspecto de la realidad y de la ley; es fria, sencilla, sin prestigio, y sin poesía exterior, pero es necesario examinarla con la poesía interior, es decir, con la efusion de un alma que se da toda entera, y que no juzga el aro sobradamente rígido porque es de hierro y sin ornamentacion.

»Ese magistrado que os unirá leyéndoos el Código, es el eco de la sociedad humana que os acogerá, advirtiéndoos vuestros derechos y vuestros deberes; es un padre de familia, amigo de tu padre, y al propio tiempo semejante á él, que os asegurará vuestra dignidad, la proteccion de la ley y el respeto de todas las personas honradas.

»Es menester saludarle como á un primer amigo; darle las gracias como al postrer maestro por quien termina tu educacion de soltera, tu instruccion para ese estado ulterior.

»Te dirá que la MUJER debe obedecer. Dirá á tu marido que esa tu obediencia no la debe exigir como déspota, sino que la debe merecer como esposo, y que ademas, te debe por ella proteccion. ¿Quereis, pues, mas, hijos mios? ¿Vuestros corazones no latirán á la par cuando ese magistrado grave os pregunte si quereis firmar esas dos obligaciones de la sociedad que son las condiciones de la vida práctica, no menos que de la vida moral?

»No necesitas que te haga aquí particulares advertencias acerca de la ceremonia religiosa. En la iglesia es donde experimentarás mas dulce emocion, y si tu piedad habitual se enternece de una manera especial en ese dia, si tu adoracion recibe el perfume del amor y agradecimiento, tu razon sostendrá á tu corazon en esta última prueba, y no parecerás abatida bajo el peso de la gracia que descenderá sobre tí á las melodías del órgano y á la bendicion del sacerdote.

»En esa gran solemnidad, la oracion es otra necesidad como la de las lágrimas. Cuando se encadena el destino del mortal, natural es que se aspire al Infinito, añadir un espacio del horizonte insondable al horizonte humano, y tomar acta, por decirlo así, del derecho de prolongar su dicha y su amor hasta mas allá de la vida. Empero ese éxtasis tiene su embriaguez. La MUJER verdaderamente cristiana debe saber gustarle.

. . . . . .

»¿Falta aun otro capítulo de consejos que darte en este venturoso dia? Serás hermosa porque tendrás toda tu alma reflejada sobre tu semblante. No tomarás un aire de triunfo, porque la eleccion de un marido no es una conquista; es un deber que empieza. Tampoco estarás confusa por esta tu felicidad porque la habrás merecido.

»Entra en el templo á semejanza de como te dije debias entrar en la alcaldía, con sencillez y con seguridad de tí misma; teniendo á tu lado como una fuerza la familia que te entrega y como una esperanza la familia que te recibe; dichosa por ser estimada, mas aun que por ser amada; porque en ese dia, hija mia, la primera parte pertenece tanto á la nueva parentela, á los amigos, al público, como la segunda pertenece por entero á tu marido.

»¿El marido? Ya hemos hablado de él y aun volveremos hablar luego, sin celos,

sin escrúpulos maternales; sino segun tu corazon que siento latir junto al mio.

»Empero hasta que te halles sola con él, en el vis á vis que no ha de acabar nunca, tienes todavía reglas de educacion cordial que observar. No olvides á nadie ni te olvides á tí misma. Ten esto presente para guardar cierta serenidad, pero natural. La mejor precaucion que debes tomar es no ocultar nada ni hacer ostentacion de cosa alguna.

»Creo que no tengo necesidad de recomendarte que ames á tu marido. Solamente te diré estas palabras: ¡Ámale sin miedo! La sobrada reserva de los amores honestos priva á la sociedad de una victoria sobre la afrenta de los amores deshonestos. Adórnate, hija mia, con todos los encantos que presta la naturaleza á todos los que pueden obedecerla sin desobedecer ninguna ley moral; y jamás abrigues temores porque nosotros veamos la dicha que te hemos deparado.

»El esposo á quien has elegido y á quien esperábamos que elegirias, nos ha parecido igual á tí en cualidades y en defectos. Si mas tarde vienes á reconocer en él una superioridad imprevista, debes estar de ello altamente satisfecha; no te sientas por eso humillada, porque su confianza en tí no tendrá entonces sino mayor precio. Si lo hallares inferior en algunas cosas, compensa este vacío con mayor cantidad de esfuerzos y jamás permitas que se rompa el equilibrio, la armonía de vuestras dos almas.

»Por otra parte no vayas á creer que esto sea una cosa difícil; las mujeres mas tontas llenan este deber hasta con talento cuando aman; y harto á menudo se estrellan en eso las mas inteligentes, las mas espirituales, si no aman como deben.

»No te hablaré del arreglo de tu casa. Para eso te he educado é instruido lo mejor que he sabido. Me has visto en esta tarea, y dócil me has ayudado en ella. ¡Acuérdate de mis lecciones, y creo me será permitido añadir con noble orgullo que se asume en la alegría de ese gran dia: «Acuérdate de mi ejemplo!»

»Vas á ser la hija de una nueva familia, y la parte que tú nos quitas, tu marido, por bueno, por respetuoso que sea, por filial que se muestre y lo sea en verdad, no nos la compensará jamás! Los padres dan sus hijas; aquellos que tienen hijos, los hacen mas suyos, bastante á menudo, mucho mas suyos en lugar de entregarlos, cuando los casan; porque el hogar conyugal vuelve al marido al hogar paterno, del que huia siendo soltero.

»Tengo pues medida toda la extension de nuestra separacion. Es una separacion real, á pesar de toda la proximidad en que viviremos. Efectivamente me dejas por la primera vez en tu vida y para siempre. Hállome sorprendida de sentirme afligida, por verme dichosa. Pero no vayas ahora á contristarte á tu vez. Mi dicha borra mi tristeza; tu inquietud ahogaria tu felicidad.

»Hoy puedo ya dejarme de rodeos para decirte lo que me falta: ¡el matrimonio es para la madre como un segundo nacimiento de su hija, que la deja lastimado el seno, pero ensanchado el corazon! ¡Parte! ¡parte! no vuelvas los ojos para mirar si lloro. Tengo impaciencia por verte en tu nueva infancia, en tu nuevo destino,

por seguir tus pasos en ese camino desconocido, que voy á reconocer á medida que tú lo andes por primera vez.

»Sé en realidad de verdad hija de los que te van á llamar tal, de los que te van á llamar su hija. Llámalos tú en cambio *mi padre* y *mi madre*, sin exigir, por nosotros, de tu marido, la reciprocidad de un lenguaje filial que acaso le costaria á él mayores esfuerzos con los cuales nos complaceria menos.

»En las mujeres la ternura es mas connatural, mas fácil, mas ingeniosa, los hombres mezclan la altivez hasta en su gratitud.

»Deja pues á tu marido que nos ame como le sea dable, con tal que nos ame; y si jamás le llegare el valor de llamarse francamente hijo nuestro, no hemos de reñir con él por causa de sobrado respeto.

»¿He llegado ahora de veras al fin de esta mi tarea? Sí, hija mia; te acompañaré hasta el sagrado lecho en donde cesan mi derecho y mi deber; pero no temas que lo viole. En ese gabinete en que yo espero instalarme mas tarde como abuela, tu madre, hija mia, se veria mas ligada que tú. Deseo que tu marido te halle tan confiada, cuando te tienda sus brazos, como púdica y casta te hallaba, cuando te mecias en los mios.

»Adios, mi amada hija, tus ensueños van á terminar, cuando vuelven á empezar los mios...»

Estudiad, estudiad madres de familia, mujeres del siglo XIX, mujeres de la clase media el criterio luminoso de esa madre ilustre, madre modelo de inteligencia, de sentimiento, de delicadeza, de sentido práctico, á la par que templada en las elevadas, espirituales, puras, cristianas regiones de lo ideal, de lo infinito.

Si en esa hermosa escuela se formara la MUJER, la madre de familia, la humanidad volaria por los puros espacios del bien en vez de arrastrarse por los abismos de la ignorancia, del vicio, del retroceso ó de la glacial indiferencia por la verdad, por la luz, por la virtud, por la justicia, por la plena y armónica civilizacion de cuerpo y espíritu.

Ved ahora como última etapa de este camino, las bellas páginas del filósofo aludido y de quien hemos citado ya otras delicadisimas, que no lo son menos las siguientes:

«La MUJER, dice, es (ó debe ser añadimos nosotros) el ángel de paz y de civilizacion.

»La MUJER considerada en su aspecto superior es el elemento mediador del amor.

»Profunda y encantadora potencia que tiene dos revelaciones: á medida que se eclipsa la primera, la del atractivo, la del amor plástico, aparece la segunda con toda su celeste ambrosía: *la influencia de la paz, del consuelo, de la meditacion.*

»El hombre, en su sentido mas genuino, es la fuerza de la creacion. Produce, pero en dos sentidos, de los cuales uno es negativo. Por este, produce la guerra, la discordia, el combate. Entre las artes y las ideas, el torrente de bienes que mana de su fuerte y fecunda mano, corre tambien un torrente de males, que la MUJER tiene por mision venir luego á suavizar, á consolar, á curar.

La Caridad en la Mujer

(CLASE MEDIA)

»Atravieso yo un bosque, un paso peligroso, y oigo pisadas suaves.—Pudiera esto ser un hombre y me vuelvo á mirar. Empero, ved ahí que me hallo ser una MUJER. ¡Salud, dulce ángel de paz!

»En un viaje científico-moral que un inglés hizo á Irlanda, treinta años atrás, para examinar sus males y buscar sus remedios, pinta la extrema desconfianza de aquellas pobres criaturas indigentes, á quienes un hombre turbaba atrozmente por entrarse en sus míseras chozas. ¿Será acaso un agente fiscal, un espía?... Empero, felizmente no iba solo. Descubríase detrás de él un amable fisonomía de MUJER. Y desde que esta era vista, todo se abria, se tranquilizaban y renacia su confianza. No podian ya concebir aquellas sencillas gentes que hubiese podido llevar consigo á su MUJER, si hubiera querido hacerles daño.

»Una cosa idéntica le ha ocurrido á Levingston en su viaje de exploracion por las inexploradas regiones de Africa. Un hombre solo se les hace sospechoso y muchos han perecido en semejante caso. Pero la vista de una familia tranquiliza, calma y pacifica. ¡La paz! ¡la paz! es el grito de esas buenas gentes. Eso es lo que ellos decian de un modo peregrino á un misionero de Europa, de la cual les llevaba las artes protectoras. Las mujeres le decian: «Dadnos el *sueño!*»—Pues bien, este *sueño,* esta paz, esta profunda seguridad, la veian detrás de él que venia con sus bueyes y su casa ambulante; ellos la veian en la señora Levingston, rodeada de sus tres hijos. Esta vista decia lo bastante. El sentido íntimo les decia perfectamente que no habia llevado su querido nido al mundo de los leones, sino para hacer bien á los hombres.

»Si la vista muda de una MUJER tiene tal influencia, ¿cuál será la de su palabra? ¿cuál será el poder de ese acento que penetra de corazon á corazon?

»La palabra de la MUJER, es el dictámen universal, la virtud pacificadora que suaviza por todas partes, que cura en todo punto.

»Empero este poder divino no tiene alas en la MUJER sino cuando ya no es esclava de la personalidad humana, del mutismo de la preocupacion, cuando el progreso y los años la emancipan, le desatan la lengua, le dan toda su accion.

»En un momento de verdadera nobleza y de magnanimidad, una MUJER de un brillante génio, ha caracterizado, ha abordado lo que ninguna MUJER contempla sin horror, la edad madura, y hasta los bordes mismos de la senectud. Esa edad en tal grado temida, le parece que tiene sus dulzuras, sus encantos, una serena grandeza que la juventud no puede dar de sí.

»La edad juvenil, dice ella poco mas ó menos, (siento mucho no tener á la vista sus mismas palabras) es como un paisaje de los Alpes, saturado de accidentes imprevistos, con sus rocas, sus torrentes, sus precipicios. La vejez es como un grandioso, majestuoso jardin francés, de nobles sombras, de hermosos y largos paseos, en los cuales se ven de lejos los amigos que vienen á visitarnos. Anchos caminales para pasear muchos de fondo, conversar juntos; finalmente, un amable sitio de sociedad, de conversacion.

»Esta hermosa comparacion, solo tiene el defecto de hacer ver que entonces la

vida se hace uniforme y monótona. Precisamente es todo lo contrario. La MUJER goza de una libertad de que en otra edad se ve privada. Las preocupaciones la mantenian esclava. [1] Érale (ésle) preciso evitar ciertas conversaciones. Débese privar de tales ó cuales comunicaciones. Hasta las vias de la caridad se le abren dificilísimamente muchas veces, para no decir que de ningun modo puede obrar el bien. El mundo injusto así la oprime; y de lo contrario la maldice. La edad, (y la instruccion despreocupada) la emancipa, goza de todos los beneficios de una libertad pura. En este caso, resulta tambien que ella disfruta de todo el vuelo del espíritu, piensa y habla de una manera muy distinta, independiente y original. Entonces ella se hace ella misma.

»Las mujeres jóvenes y bellas tienen en toda extension la permision de ser tontas, y la seguridad de ser siempre admiradas (aduladas ó cosa peor). Empero la MUJER de alguna edad ya es otra cosa. Es necesario para ello que brille su espíritu. Lo hace brillar, y muchas veces de una manera agradable é interesante por su gusto y su instruccion.

»Madama Sévigné dice esto de un modo admirable. Tambien aquí citamos de memoria: «Juventud y primavera, dice ella, no os dará mas que lo verde y siempre verde; pero nosotros, las personas del otoño, somos de todos colores...»

. . . . . .

»Esto permite á la señora, á la MUJER completada por la autoridad del tiempo y de la educacion, ejercer á su derredor esas amables y bondadosas influencias sociales, tan propias de su mision en todo pais civilizado. ¿Qué es eso en el fondo, sino una buena y simpática disposicion que se siente y pone alegre, que da espíritu hasta á los que parece no lo han de tener, fortaleciéndolos, imponiendo á los nécios bufones, que se imponen el *gustazo brutal* de acoquinar á los tímidos?

»Este brillante y hermoso reverbero de bondad ilumina su casa, su salon como de una suavísima irradiacion. Ella anima al hombre especial, á quien los charlatanes imponian silencio, y quien bajo la mirada mágica de una MUJER de espíritu que lo aviva, toma un aspecto de modesta firmeza. Entonces la conversacion no es ese vacío fárrago que se oye por todos lados, el eterno saltimbanquismo en que los cerebros vácuos llevan toda ventaja. Cuando el hombre con ese secreto de seriedad ha puesto bien la cuestion, sin prolijos desarrollos y sin pedantismos, ella añade una palabra hija de su corazon, que á menudo brota al calor de aquel, dando fuego y luz á lo que él ha dicho, haciéndolo fácil, agradable. Todos se miran, todos sonrien, todos se han comprendido.

»No se sabe lo bastante que muchas veces una simple palabra de una MUJER puede levantar, salvar á un hombre, engrandecerlo á sus propios ojos, darle para siempre la fuerza que hasta ahora le faltó.

»Yo contemplaba un dia á un muchacho sombrío y raquítico, de aspecto tímido.

[1] ¡Á cuántas bellas y angelicales criaturas hemos oido quejarse amarga é inútilmente contra tales cadenas hasta para el bien, la virtud, la expansion inocente!—Todo vendrá con la luz...

taciturno, miserable. Sin embargo tenia una centella. Su madre, que era bastante ruda, me dijo: «No se sabe lo que tiene.»—Y yo sí lo sé, señora. Es que nadie jamás ha impreso un beso en su cara.—Esto desgraciadamente era sobrado verdadero.

» Pues bien, en la sociedad, que no es otra cosa sino una madrastra de los espíritus, de los séres morales, de los cuales hay muchos mónstruos (y no son los menos ni los pequeños), porque esa madre, la sociedad, no los ha jamás besado, favorecido animado. No saben cómo eso sucede. Nadie hace caso de esos séres; pero desde que aventuran una palabra tímida, se hace la atmósfera glacial, se les deja, no se hace caso, ó se burlan de ellos.

» Esa personita sola, abandonada, fijaos por un momento, puede ser que encubra un genio cautivo. ¡Oh! Si en ese momento, una MUJER, revestida con la doble autoridad de inteligencia y corazon, adornada de gracia y elegancia, pronunciase ó tradujese la palabra (á veces fuerte, á veces profunda) que salta de los labios de ese pária, si tomándolo por la mano, ella lo hiciese valer, lo enseñase á los distraidos, á los bufones, les hiciese ver que ese guijarro es un diamante... se obraria una gran metamórfosis. Vengado, regenerado, vencedor, podria muchas veces demostrar que entre esos hombres él solo es hombre, y los demás la nada...

» ULTIMO AMOR.—AMISTADES DE LA MUJER.

»El gran divorcio de la muerte es tan duro para la MUJÉR que ha quedado sola, sin consuelo, le es tan amargo, que ella quiere, desea, espera seguir á su marido al sepulcro. «Yo moriré,» dice ella. ¡Ay! es muy raro que se llegue á morir. Si la MUJER no se suicida sobre la hoguera de su marido, como lo hacen en la India, corre el albur de sobrevivirle largo tiempo. La naturaleza parece complacerse en humillarla íntegra, le contraría aquel designio conservándola jóven y hermosa. Los efectos físicos de la tristeza son variados, hasta opuestos, segun los temperamentos. Yo he conocido una señora, anegada en lágrimas y en el dolor inconsolable é irreparablemente herida, verdaderamente perdida para la vida, florecer sin embargo en salud. La absorcion en que vivia, su inmóvil abatimiento, habia dado á su belleza lo que le faltaba, un hijo admirable. Ella se sonrojaba de esto, se lamentaba, y la vergüenza que sentia por su semblante de indiferencia, acrecentaba su desespero.

» Es un decreto de la naturaleza. Dios no quiere que esa admirable flor muera ni se marchite. Ella pide la muerte y no la ha de alcanzar. La vida le es impuesta. Se ve obligada á constituir parte de la belleza, del ornato del mundo. Aquel mismo á quien ella quiere seguirle prohibe este sacrificio porque suspira. El amor que habia cifrado en ella tantas esperanzas y tantos designios, que tanto hizo por dar vuelos á su corazon y hacer de ella una persona, no se resuelve á abonar todo eso, ni á arrastrarlo á la tierra. Si es el amor verdadero, le permite, y á veces le indica que ame aun.

» En nuestras poblaciones de la costa, superiores por tantos conceptos, observo dos cosas: que la MUJER, á menudo inquieta, siempre preocupada por su marido, le ama y le es fidelísima; pero que tan pronto como él ha muerto, contrae segundas

nupcias. Entre nuestros marineros que van á la pesca peligrosa de Terranova, los de Granville, por ejemplo, en esa varonil poblacion en la que no se conocen hijos ilegítimos (excepto de emigrados extranjeros), las mujeres se vuelven á casar inmediatamente, desde el momento que su marido no vuelve cuando debe. Por otra parte, es menester hacerlo porque los hijos moririan. Si á veces el supuesto muerto reaparece, halla perfectamente hecho el que su amigo haya adoptado y nutrido su familia.

»Aunque no hubiera habido hijos que alimentar, es imposible que aquel que ama, que esa MUJER ha hecho feliz, desee en pago, dejarla desgraciada para siempre. Ella dirá no hoy. Ella creerá de buena fé poderse sostener siempre, por la fuerza de su dolor y su recuerdo. Pero él que la conoce mejor que ella misma, puede muchas veces prever que un cambio violento de todas las costumbres está por encima de sus fuerzas, que va á quedar desolada.

»¿No sufre en verla en el porvenir, cuando sola? ¿volverá á su casa, no hallando á nadie? ¿llorará en su hogar apagado, sombrío?...

»Si reflexiona, si tiene alguna experiencia del corazon humano, se preocupará con compasion de un misterio de sufrimiento, que se trata por tantos y tantos con supina indiferencia ó ligereza, pero que los médicos descubren y deploran. Es que la necesidad de amor, que pasa pronto en el hombre desazonado, en la MUJER pura, por lo contrario no solo se conserva sino que muchas veces aumenta. La circulacion menos rápida, una vida menos ligera y menos cerebral, menos variada por la fantasía, un poco de grosura por la cual es (hasta en la privacion y en las lágrimas) fortificada y embellecida, todo eso la agita y la tortura.

. . . . . .

«El que ama y muere debe ver el porvenir por ella, mejor de lo que puede ella verlo á través de sus lágrimas. Es necesario que él prevea y provea, que no le imponga nada, sino que la libre de escrúpulos, y hasta que se constituya su padre con una magnanimidad, que la emancipe, ¡pobre criatura! la dirija y la ilumine de antemano, le arregle la vida.

»Así la primera union no se marchita. Se conserva por la obediencia, el reconocimiento y el cariño. Pasada á segundas nupcias, lejos de olvidar, al contrario viviendo por él, y en la calma del corazon, se dice: «Yo hago lo que él quiere. Toda dicha que disfrute, me viene de él. Su providencia me ha dado el consuelo, la dulzura del último amor...»

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

»Las mujeres que saben tan bien lo que sufre su sexo, deberian amarse, auxiliarse. Empero sucede todo lo contrario. ¡Qué! ¡el espíritu de competencia, los celos, la envidia, son otros tantos fuertes obstáculos! La hostilidad parece en ellas como otro instinto. Sobrevive á la juventud. Pocas señoras perdonan á la pobre obrera, á la criada, el ser jóvenes bonitas.

»En eso se privan de una dulce satisfaccion, del grato privilegio que les daria la edad (y que vale casi tanto como el amor), el de proteger el amor. ¡Qué dicha pues el poder iluminar, dirigir á los que se aman, aproximarlos! el hacer comprender á ese jóven obrero que su vida de café, ó cosa peor, le es mas costosa, mas deplorable en todos sentidos que la vida de familia. Muchas veces basta una palabra de una persona que tiene ascendiente, para generar, confortar ó dirigir el amor, sobre todo si esa persona de influencia es la MUJER. Muchos maridos creen fastidiarse de su MUJER y se alejan de ella. Entonces muchas veces un elogio fortuito que oiga hacer de ella, un movimiento de admiracion que sorprenda, la exclamacion de un tercero que envidia su dicha, son lo bastante para hacerle ver lo que cualquiera hubiese visto, á saber, que es mas encantadora que nunca, y se le despierta el corazon, que no estaba mas que dormitando y le recuerda que es amante como siempre...

»—LA MUJER PROTECTORA DE LAS MUJERES.— La quinta parte del mundo, la Australia, no cuenta hasta hoy mas que con un santo, [1] una leyenda. Este santo es una MUJER inglesa, muerta, segun creemos, en este año.

»Sin fortuna, sin recursos y sin auxilios, hizo mas por ese nuevo país que todas las sociedades de emigracion y que el mismo gobierno británico. El mas rico y el mas poderoso de los gobiernos de la tierra, dueño de las Indias y de un imperio de ciento veinte millones de almas, fracasó en esa colonizacion que debe reparar sus pérdidas. Una simple MUJER llevó á camino dicha colonizacion, por su bondad vigorosa y la fuerza de su corazon.

»Paguemos aquí el justo homenaje á esa raza perseverante. Una francesa, una alemana, hubiera tenido y desplegado acaso tanta bondad, tanta piedad generosa, pero no sé si hubiera tenido tanta persistencia contra tantos obstáculos. Era necesaria una constancia admirable en el bien, una sublime terquedad.

»Carolina Jones.—Tal era la heroina que vamos á poner ante la consideracion de nuestras lectoras.

»Nació hácia 1800, en una aldea del condado de Northamptoa. A los veinte años contrajo matrimonio, y llevada á Ultramar por un oficial de la compañía de Indias. Viaje harto brusco. Educada en costumbres decentes, sérias, de la vida agrícola inglesa, fué á parar á una de esas babilonias militares en donde parece que todo se puede tolerar. Las hijas de los soldados, huérfanas, se ponian de venta en las calles de Madras. Se propuso recogerlas y llenó de ellas su casa. Hicieron burla de ella; mas no le hicieron mella tales burlas, y su firmeza dió estabilidad á su casa, hoy convertida en un Orfalinato real.

»La salud de su marido, el capitan Chisholm, exigió un clima mas sano, por lo cual pidió y obtuvo ir por algun tiempo á la Australia, á donde llegó con su esposa é hijos en 1838. Empero, obligado pronto á regresar á su destino, dejó allá sola á su MUJER é hijos, y entónces fué cuando esta dió principio á su valerosa empresa.

[1] Desde que eso se escribió han ido allá otras almas santas, hermanas de la caridad, misioneros, artistas, etc...

»Nadie ignora que Sidney, y la Australia en general, ha sido poblada de reos *convictos*, de sentenciados, de los cuales muchos estarian destinados entre nosotros á trabajos forzados. La constante deportacion, arrojaba allá masas de hombres, y pocas mujeres proporcionalmente.

»Fácilmente pues se adivinará cuán buscadas eran, y aun perseguidas. Cada buque que llegaba con mujeres era recibido con algazara, saludado con gritos salvajes, que se podian tomar por famélicos ahullidos. Los actos mas violentos, los mas indignos tenian lugar, estaban á la órden del dia. Hasta las esposas de los empleados, cuyos maridos se hallasen ausentes, carecian de la menor seguridad en su misma casa. Por lo que hace á las jóvenes deportadas, caian en manos de aquella turba como caza soltada.

»Para comprender todo lo horrible de tal situacion es necesario saber lo que es una inglesa. Esta carece de la habilidad, del espíritu de recursos y de salidas que caracteriza á nuestras mujeres. No saben trabajar, no sirven, en general, mas que para los hijos y la casa. Son muy dependientes, modestas (no suelen llevar dote). Empero, la no casada, es una desgraciada criatura, que no sabe salirse con cosa alguna, que tambalea, cae, se daña en todas partes. Alguien ha dicho con triste razon: «Es un perro perdido, que anda errante, busca á su amo y no sabe hallar otro.»

»Sus mismas extraviadas son mucho mas desgraciadas que las de nuestro pais. Estas, en su triste estado se defienden por la ironía, y hasta pueden relativamente hacerse respetar algun tanto. La extraviada inglesa no tiene el menor recurso, ningun arma contra la vergüenza, ni cosa alguna que decir. Las que sostienen conversaciones son irlandesas. La inglesa no puede sostenerse en su abatimiento moral sino bebiendo *gin* de cuarto en cuarto de hora, y manteniéndose así en las semi-tinieblas en que ella apenas si percibe de por sí las injurias que se le dirigen.

»Jóvenes ¡ay! de quince años, de doce años, á quienes se lanza á ese oficio y á dar vuelos como pequeñas aves de rapiña; y esta clase de jóvenes era la materia de las *razzias* de la policía, y tras una condenacion sumaria eran enviadas á la Australia. Se las apiñaba muchas veces en viejos y malos buques, como el *Occean*, que embarrancó frente á Calais mismo, y nos arrojó cuatrocientos cuerpos de mujeres, casi todas jóvenes y bellas. Cuantas personas lo vieron derramaron amargas lágrimas y se arrancaban los cabellos.

»No es difícil imaginarse lo que venia á ser aquella especie de ganado humano, á guisa de cachorrillos sin defensa, arrojado á un mundo de presidiarios. Salidas por las calles de Sidney, no tenian mas medio de escapar á los continuos ultrajes, y atropellos sino yéndose á dormir al raso fuera, léjos de poblado y en las rocas.

»Carolina se sintió herida, no solo en su pudor de inglesa, sino tambien en su bondad de MUJER, por aquel repugnante espectáculo. Invocó el apoyo de la autoridad; pero esta, preocupada de sobra con la vigilancia de tantos hombres criminales y peligrosos, tenia otras cosas en que ocuparse además de aquellas pequeñas miserables. Invocó el apoyo del clero; pero el anglicano, como otro de

tantos, cree demasiado en la fatal perversidad hereditaria para esperar mucho del remedio humano. Se dirigió á la prensa, que le contestó con ironías.

»Sin embargo, tanto, tanto dijo y repitió que no costaria un sueldo, un maravedí, que el gobierno *por toda gran generosidad* le prestó un viejo almacen. En él albergó en seguida un centenar de aquellas jóvenes desgraciadas, que al menos tuvieron así un techo donde cobijarse. Mujeres casadas, en ausencia de sus maridos, pudieron al menos dormir en ese refugio, para no tener que temer un ataque de noche.

»Empero, ¿cómo hacer para alimentar á ese rebaño de jóvenes, no sabiendo la mayor parte hacer cosa alguna? Carolina, esposa de un capitan y teniendo la carga de tres hijos suyos, se veia apurada. Buscó en el campo familias que pudieran emplearlas. De este modo hizo lugar para otras. EN MENOS DE UN AÑO ELLA HABIA SALVADO Á SETECIENTAS; TRESCIENTAS INGLESAS PROTESTANTES Y CUATROCIENTAS IRLANDESAS CATÓLICAS. Muchas de ellas se casaron y abrieron en sus casas á su vez un refugio, un asilo de salvacion á sus pobres hermanas deportadas.

»Habiéndose agotado toda colocacion en las cercanias de Sidney, fué menester buscarlas lejos. Los viajes no parecen por acá muy á propósito para una MUJER jóven, menos aun en pais de tales habitantes, y en donde las habitaciones ó poblados están muy á menudo á gran distancia, y de consiguiente, hay poca ó ninguna seguridad, vigilancia, ni proteccion pública. Ella, sin embargo, tuvo valor para todo. En un excelente caballo que llamaba el capitan, (en recuerdo de su marido, ausente), marchaba por sendas despobladas, y muchas veces, sin camino alguno, á través de campos y torrentes. Lo mas notable y atrevido es que se llevaba con ella jóvenes para colocar de criadas ó para casarlas, y á veces eran una sesentena. Pues bien: ella fué recibida en todas partes por aquellos hombres harto mal apreciados, como una providencia, con miramientos y respeto. Pero jamás dormia sino en paraje seguro, y siempre con sus hijas, prefiriendo pasar la noche en cabañas mal cubiertas que separarse de ellas.

»Empezóse luego á vislumbrar la grandeza de aquella noble, cristiana, civilizadora, humanitaria, socialmente maternal empresa de aquella heróica MUJER de espíritu, de corazon, de amor, de caridad é inteligente fortaleza de alma. Hasta entonces no se hacia cosa de gran provecho, todo se reducia á viajar, renovando incesantemente esas colonias estériles que siempre iban apagándose. Realmente no se trabajaban, no se cambiaban las almas, las costumbres, los hábitos, la moral. El vicio continuaba siendo vicio; la prostitucion mas que en Londres, vergonzosa, estéril. La revolucion verificada por aquella MUJER extraordinaria, admirable, para vergüenza de la estéril colonizacion oficial, pudo calificarse así: «Muerte á la muerte, á la esterilidad...

»El gobierno habia contestado á las primeras demandas de aquella heróica MUJER: ¿Qué me importa? ¿Es mi obligacion buscarles mujeres?—Y sin embargo, este era todo el secreto. Era el secreto de la vida, de la perpetuidad para aquel nuevo mundo. Ella pues no vaciló; aquella MUJER casta y pura y santa no vaciló

en hacerse el agente universal de los amores de toda la colonia, el ministro de la felicidad de la misma. Procuraba dirigir bien la eleccion en aquellos matrimonios rápidos. Pero ¿qué hacer? Ella creia que, en una gran soledad, cuando no hay terceros discordantes para intrigar y embrollar, la buena naturaleza lo arregla todo; quiérese amar y se ama; se relacionan por tiempo accidental, y acaban por adorarse.

»Trabajaba especialmente en reconstituir las familias; impulsaba á la jóven, una vez bien casada, hecha ya dueña de su casa, á que hiciera venir á sus padres. Hacia ir de Inglaterra á las infelices costureras que se morian de hambre como les sucede á muchas hoy dia.

»La recompensa que halló en tan sublime obra fué que faltó poco para que la mataran. El populacho de Sidney tomó muy á mal que hiciera ir tantos emigrados, que hacian bajar los salarios. Unos bandidos se arremolinaron bajo sus ventanas y pedian su vida. Ella se les presentó con valor, los arengó, les hizo entender la razon, y ellos se alejaron llenos de respeto.

»Al cabo de siete años hizo un viaje á Inglaterra, y en Londres logró convertir al ministerio á sus ideas, y dió un curso público para propagarlas. El ministro Grey y las comisiones de la cámara de los lores quisieron oirla y consultarla. Sucedió otra cosa rara, admirable, y fué que su esposo, convertido en su primer discípulo, volvióse á Australia. Estos dos esposos tan íntimamente ligados se impusieron una cruel separacion para poder hacer mayor bien. Ella habia ido á juntarse de nuevo con su esposo, cuando cayó mortalmente enferma (1859).

»¡Tal es la leyenda de un mundo! Su recuerdo se agrandará de generacion en generacion.

»Es preciso que hagamos notar una particularidad, y es, que esta gran MUJER, que esta santa, era el espíritu mas práctico, el mas alejado de toda quimera, de toda preocupacion, de toda exageracion. Poseia en el mayor grado el espíritu administrativo, lo escribia todo, tenia un DETALL inmenso de las cosas, de los gastos, de las personas, una contabilidad exacta. Ved ahí un rasgo muy inglés: creyéndose responsable ante su esposo y sus hijos del modesto patrimonio de familia, calculaba que el total, á pesar de los desembolsos que hacia, habíalo recuperado menos una pequeña diferencia. En todo su apostolado, no habia empobrecido á su familia sino en diez y seis libras.

»¡Ciertamente no era caro para crear un mundo!...»

LA MUJER CONSUELO DE LOS PRISIONEROS.—En su Memoria coronada por el Instituto, madama Mallet decia en 1845: «Diez mil mujeres entran anualmente en nuestras prisiones de Francia. Las mas culpables, que son las mejor tratadas, llenan las casas centrales. Las menos culpables, en número de ocho mil, se hallan en las prisiones departamentales, conventos viejos y húmedos, donde muy á menudo se las deja sin trabajo, en una ociosidad vergonzosa, corruptora,—«*sin sábanas, sin ropa blanca, y á veces sin cama.*»

»Es verdad que desde entonces han mejorado notablemente las prisiones francesas.

»*¡Hasta* 1840 *estuvieron cuidadas por hombres!* y aun ahora una MUJER presa y llevada á la prevencion tiene por toda proteccion la sabiduría de diez muchachos de veinte años. Sirva de punto de reflexion el triste asunto de Oslinda, juzgada el 14 de setiembre de 1858.

»En la estadística general de crímenes y delitos, las mujeres figuran en término mínimo (17 por 100), cosa notable porque ganan mucho menos que el hombre, y tienen menos medios decorosos de subsistencia, y de consiguiente, son mas tentadas por la miseria. Cuando se entra con madama Mallet en los detalles de las causas, esa proporcion femenil disminuye; casi se anula. Muchos de sus delitos son obligados. En unas, sus madres degradadas azótanlas á los doce años, les hacen saltar dientes á puñetazos para forzarlas al vicio y al robo. En otras, son los amantes, que no cometen el crímen por sí mismos, sino que les obligan á cometerlo por la MUJER á quien dicen que aman, y si no quiere robar así forzada, la matan á bastonazos. En estos casos y otros semejantes, solo la fuerza y el hambre la llevan al delito, al mal. Otra clase hay todavía que comete el mal por bondad de corazon, por cariño filial, se prostituyen para auxiliar á sus padres...

»La mayor parte de ellas son criaturas, tiernas, caritativas. Los pobres son de esto buenos testigos. Estos se dirigen con preferencia y con la mayor confianza á esas mujeres, á esas jóvenes. Véase eso en esa hez de las ciudades, y se verán en ellas grandes rasgos de bondad. En los campos en cambio hay mucha dureza. Dan algo por temor al incendio ú otra mira; pero ahí dejan á menudo morir á sus padres de hambre.

»La causa verdadera, profunda, general, que conduce á esas jóvenes de las ciudades al vicio, al mal, es el tedio, la tristeza y la miseria de su vida...

»Ahí tiene la MUJER de las clases acomodadas un gran deber social, cristiano que cumplir: constituirse en madre de esas jóvenes desgraciadas, imitar á menos coste á la heróica y sublimemente caritativa Jones, ese gran modelo que hemos puesto mas arriba para enseñanza de la MUJER y de sus deberes sociales, cuyo cumplimiento disminuiria el crímen y sembraria virtudes...

»La señora Mallet en sus estudios de las prisiones lo ha visto y expuesto así perfectamente. Lo que es de desear es que las señoras de las clases alta y media imiten á esa ilustre moralista de su sexo y ejecuten y cumplan sus consejos altamente saludables para la sociedad, devolviéndole muchos de sus ángeles caidos; que de tales guardan todavía el corazon innumerables jóvenes encerradas en las prisiones, desde las cuales podrian fácilmente volver al paraíso de las virtudes sociales por la educacion y el trabajo en colonias agrícolas ú otros análogos; pero en campo abierto, con luz, con sol, con poesía, con música; el amor puro, el matrimonio, etc.»

Volveremos sobre este punto en el tercer tomo.

FACULTADES MÉDICAS DE LA MUJER.—MATERNIDAD MORAL DE LA MUJER PARA LOS HUÉRFANOS.—«Todo el mundo ha conocido en Lyon á mi bueno y sabio amigo el doctor Lortet, el corazon mas rico de la tierra por su energía en el bien. Su madre

tiene de ello todo el mérito. Lo que él ha sido, su madre lo hizo. Aquella señora ha quedado en leyenda para la ciencia y la caridad.

»El padre de la señora Lortet, Richard, obrero de Lyon, granadero, que no supo ser otra cosa, se propuso en su regimiento aprender matemáticas y muy pronto dió lecciones á oficiales y á todos. Vuelto á Lyon, casado, dió á su hija esta educacion. Ella empezó como los niños de Froebel, por un estudio que atrae á los niños, la geometría (al contrario de la arítmética que los fatiga en extremo). Esposa de un industrial, viviendo en medio de obreros, en medio de las convulsiones de Lyon, ella se arriesgó por todos, salvando unas veces á realistas, otras á republicanos, forzando intrépidamente las puertas de las autoridades y arrancándoles concesiones, indultos. Sabido es el abatimiento espantoso que sucedió á aquellas agitaciones violentas. Hácia 1800, parecia que el mundo se hundia, ó moria de anemia. Senancourt escribió su desesperado libro del *Amor*, y Granville *El último hombre*. La misma señora Lortet, á pesar de su gran valor, á la vista de tantas ruinas, desmayó. Se apoderó de ella una enfermedad nerviosa, que parecia incurable. Tenia á la sazon solo treinta años. El habilísimo doctor Gilibert, á quien ella consultó, le dijo: «No teneis absolutamente nada. Mañana con vuestro hijo me vais á coger á las afueras de Lyon tal y cual planta. Eso basta.» Ella apenas podia andar, lo hizo á duras penas. Al dia siguiente la envió á coger otras plantas á un cuarto de legua. Cada dia le aumentó la distancia. Antes de un año la enferma, hecha una botánica, con su hijito de doce años, hacia sus ocho leguas por dia.

»Aprendió el latin para poder entender á los botánicos y lo enseñó á su hijo. Por este, siguió su madre cursos de química, física y astronomía. Así le preparó á los estudios médicos, le envió á estudiar á Paris y á Alemania. Mas recogió de todo eso gran recompensa. Con un corazon idéntico, el hijo y la madre, en todas las batallas de Lion ampararon, ocultaron y salvaron heridos de todos los partidos. Ella participó constantemente de la generosidad arriesgada de su hijo el jóven doctor. Si no hubiese vivido con él y en un gran centro médico, hubiera extendido por su parte sus estudios, y los habria circunscrito menos á la botánica. Ella fué la herbolaria de los pobres y habria sido su médico...

»Las lecciones de anatomía son frecuentadas por los dos sexos en los Estados Unidos de una manera casi igual. Si las preocupaciones impiden las disecciones, las suplen las jóvenes por medio de las admirables imitaciones del doctor Anzoux. Este mismo me dijo que fabricaba tantas para los Estados Unidos como para el resto del mundo. [1]

»—Problema.—Suponiendo igualdad de ciencia, ¿cuál es el mejor médico?—Solucion: «*El que ame mas y mejor.*»

»Este bello pensamiento de un gran maestro, nos conduce á deducir que: «LA MUJER ES EL MEJOR MÉDICO.»

»Este corolario lo está demostrando como enfermera práctica la MUJER lo mismo

[1] ¿Las conocen en España dos mujeres, ni siquiera las comadronas?—Esto seria pedir peras al olmo.

instintivamente entre los pueblos bárbaros, con el conocimiento de los simples, que se transmite tradicionalmente la MUJER, que en los pueblos cultos en que tiene mayor educacion, hasta hacer en ciertos paises noble competencia á los doctores, lo mismo en los laureles académicos, que en los frutos y beneficios de la visita, como por ejemplo hoy ya en Norte América, Rusia, Suiza, Alemania, y empieza en otros paises en ese palenque oficial, científico y facultativo, ascendiendo del empírico ó práctico.

No serán los pobres ni los pueblos desheredados los que pierdan en esas elevaciones de la augusta y salutífera mision y personalidad social de la MUJER, que es lo que queriamos demostrar...

«La MUJER en general, y mas siendo instruida, ¡qué auxiliar tan grande seria para la medicina!

»¡Cuántas veces su instinto, en mil cosas delicadas, supliria, iluminaria la ciencia del hombre, del médico en visita, en consulta! La educacion del hombre despierta en él mas de un sentido, pero en la MUJER despierta muchos. Esto es palpable, sobre todo en enfermedades de la MUJER. Para penetrar su secreto volátil, que escapa siempre, ese que es como un Proteo misterioso, es menester ser MUJER, ó amar infinitamente.

»El sacerdocio médico exige dones tan variados, y hasta tan opuestos, que para ejercerlo seria preciso ser una doble entidad, digamos la palabra, *hombre*-MUJER, la MUJER asociada al marido, como las señoras Pouchet, Hahnemann, etc.; ó la madre asociada al hijo, como lo estuvo la señora Lortet. Tambien seria práctico que una viuda ejerciera la medicina asociada á algun hijo adoptivo, educado por ella.

»Los médicos, (la primera de las clases sociales en Francia, indudablemente la mas ilustrada), ¿aplaudirian que un ignorante que ellos mismos han desasnado y hecho reflexionar, revelase lo que hay en el corazon? Pues bien, vedlo que se le parece.

»La medicina tiene dos partes, de las cuales una no habla bastante claro: 1.ª *La confesion*, el arte de hacer decir al enfermo todos los precedentes que expliquen la crísis física. 2.ª *La adivinacion* moral, para completar estas confesiones, ver mas allá de ellas, obligarle á entregar el pequeño núcleo á veces imperceptible, que es el fondo mismo del mal, y que, si no se le saca, á pesar de todos los remedios, el mal renacerá siempre.

»¡Oh como la MUJER, una buena y experta MUJER, con la riqueza de la observacion del tiempo y de un corazon sano, jóven, sensible, tierno, que sabe siempre hallar salida, la paciencia en su piedad, en su compasion, llega á penetrar esos secretos del enfermo! El hombre es ahí muy necesario. Es preciso que él observe y conjeture friamente, con mesura y gravedad, sobre el aspecto físico y lo poco que el enfermo se determine á confesar. Pero la MUJER del doctor, si estuviese allí á su lado, ¡cuánto mejor llegaria á esa parte secreta y misteriosa del arte de curar! ¡Cuánto mas obtendria ella del enfermo por su compasion, y sobre todo, si el

enfermo es una MUJER! Muchas veces para resolverlo todo, hacer fundir todos los hielos, obtener la historia completa, bastaria una lágrima!...

«Yo tenia por vecino, en Paris, á un carbonero de unos treinta años que tenia bienes en Auvernia, y en la capital una tienda en que hacia buen negocio. De su país, hizo venir una esposa, una linda auvernesa, algo baja, pero bonita, cuyo semblante ennegrecido pronto, no brillaba menos con sus ojitos de fuego. Tenia buen juicio, pero no estaba disgustada de ver que la miraban sobradamente. Habitaban un callejon súcio, estrecho, oscuro y poco sano. Por momentos, el carbonero, jóven y fuerte, no dejaba de tener accesos de fiebre. Estos se hicieron habituales. Iba palideciendo, adelgazando. Un buen médico llamado vió en seguida que era probable fuese la causa aquella vivienda respecto á un hombre procedente de la montaña y acostumbrado á un aire del campo. Le dijo que sin volverse á su país, aunque le curase la fiebre, le volveria. El enfermo no contestó; la fiebre aumentó.

»Una señora de la vecindad á quien servia la carbonera vió que tras la juiciosa observacion del médico habia otra causa muy distinta. Y se dirigió á la bella carbonera, diciéndole: «Pequeña mia, ¿sabes por qué tu marido tiene fiebre, y la tendrá, y se le aumentará de cada dia mas? Pues yo te lo diré: es porque tus bellos ojos gustan demasiado de ser mirados... ¿Y sabes tú por qué la fiebre le ha aumentado estos dias? Es por la lucha que en él tienen trabada el amor y la avaricia. Él cree que en su país gana demasiado poco. No sabrá vencer en esta lucha y morirá.»

»Ni la esposa ni su marido habrian jamás solventado la cuestion. Esa señora la solventó. Ella hizo que los padres del carbonero le escribieran diciéndole que estaba en un error creyendo ganar mas estando en Paris, pues se arruinaria por lo mal que le iban en su tierra los negocios, viviendo él ausente. Esto le resolvió, traspasó su tienda, se fué con su esposa al país, desapareció la fiebre. Los dos se salvaron.»

Ved ahí el poder médico-benéfico-social de la MUJER. Salvar á los otros es al propio tiempo salvarse á sí mismo. Grande y dulce consuelo es para un corazon herido ejercer ese saludable poder de curarse á sí propio, curando á los demas. Una MUJER sobre cuyo corazon gravitan un gran luto, punzantes tristezas, graves pérdidas, no sabe siempre bastante que este fondo de dolor, es, permítaseme la palabra, una maravillosa farmacia para los males ajenos. Una madre ha perdido á su hijo; una compañera la visita y llora. Aquella madre casi no se atreve ya á llorar sabiendo que esta ha perdido todos los suyos, y quedado solitaria, cuando á ella le queda aun su marido y otros hijos á su derredor, y entonces se consuela y dice: ¡Ah pobre amiga, al fin yo no estoy tan sola!... Y del dolor paciente y amigo que la visita nace el consuelo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO PRIMERO.

MUJER DE LA CLASE MEDIA.

PÁGINAS.

CAPÍTULO PRIMERO. EDUCACION FÍSICA.—Preliminares. 5

— II. EDUCACION FÍSICA.—La madre de la clase media.—El esposo.—Deberes de ambos antes del alumbramiento en armonía con su trabajo ú ocupaciones. . 35

— III. EDUCACION FÍSICA.—El alumbramiento.—Deberes de los esposos en este suceso trascendental de la familia.—Asistencia facultativa.—Lactancia.—¿Puede la madre lactar? Pues debe hacerlo.—¿Está imposibilitada á juicio facultativo? Debe abstenerse de lactar aunque sea sacrificando su gusto.—Nodrizas.—Lactancia artificial. 48

— IV. EDUCACION FÍSICA.—Consideraciones científico-históricas sobre lactancia y destete.—Albores de la educacion física de la niña de la clase media.—Deberes maternales en este punto capital. 66

— V. EDUCACION FÍSICA.—Sistemas ó métodos modernos de educacion físico-pedagógicos.—Necesidad de que los padres preparen y elijan un sistema, método y plan desde los principios.—Mayor necesidad aun de que una vez elegido lo sigan y ejecuten de mancomun y constantemente. . . . 115

PÁGINAS.

CAPÍTULO VI. EDUCACION FÍSICA.—La salud de la niña y sus primeros estudios.—Marcha paralela y armónica que debe guardarse en su desarrollo corporal y espiritual —Medios de lograr este doble é importantísimo objeto. . . . 136

— VII. EDUCACION FÍSICA DE LA MUJER.—Obstáculos que halla la higiene en el terreno educativo y social.—Medios de combatirlos. 157

LIBRO SEGUNDO.

LA MUJER DE LA CLASE MEDIA.

CAPÍTULO PRIMERO. EDUCACION INTELECTUAL.—Albores de la inteligencia de la niña de la clase media.—Métodos de guiar su desarrollo.—Leyes que deben iniciarlos y seguirlos.—Direccion que debe llevarlos á cabo.—Rémoras.—Auxiliares.—¿Qué puede aprender en edad temprana?—¿Cómo debe aprenderlo?—Muñecas.—Juguetes.—Juegos. 217

— II. EDUCACION INTELECTUAL.—Educacion intelectual de la jóven de la clase media despues de los ocho años.—Cuestiones sobre la capacidad intelectual de la MUJER, la oportunidad y grados de su educacion intelectual y las profesiones que puede ejercer.—Cuestiones sobre su educacion doméstica y de colegio. 253

— III. EDUCACION INTELECTUAL.—Ventajas de la completa educacion intelectual de la MUJER de la clase media.—Inconvenientes para ella y para la sociedad de la falta de su cultura intelectual.—Ventajas de que posea un título, un arte, un oficio ó carrera.—Cuestiones sobre cuáles debe adoptar la MUJER. . 284

LIBRO TERCERO.

LA MUJER DE LA CLASE MEDIA.

CAPÍTULO PRIMERO. EDUCACION MORAL Y RELIGIOSA.—Iniciacion de la tierna conciencia de la niña en los principios de la sana moral.—Ambientes que para su cultura debe respirar.—Ambientes de que hay que alejarla.—Trascendencia de este principio y de su aplicacion en toda época de la vida, pero especialmente en la de la tierna edad.—Principios morales.—¿Es posible moral sin Dios? ¿Moral independiente? 319

— II. EDUCACION MORAL DE LA MUJER.—La filosofía de la historia como fuente de

PÁGINAS.

educacion moral de la MUJER.—Escuelas de moral.—Epitecto.—Sócrates.—Zenon.—Epicuro.—Jesucristo.—Beutham.—Montaigne.—Main de Birau. . 319

CAPÍTULO III. EDUCACION MORAL DE LA MUJER.—Nocion y naturaleza de lo bueno, de la moral.—Deber estricto ó perfecto.—Ciencia y conciencia de este deber.—Leyes que lo presiden.—Sanciones. 367

— IV. EDUCACION MORAL Y RELIGIOSA.—¿Debe darse la educacion religiosa á la MUJER desde sus primeros años?—Cómo y en qué grados hasta los diez años.—Necesidad de que tal educacion sea pura, sólida y profundamente religiosa sin levaduras políticas.—Espíritu y letra de la educacion religiosa. 423

— V. EDUCACION MORAL Y RELIGIOSA.—Primera comunion.—Su preparacion actual.—Su preparacion debida.—Frutos segun ella sea.—Subsiguiente y complementaria educacion religiosa de la MUJER de la clase media. . . 453

LIBRO CUARTO.

LA MUJER DE LA CLASE MEDIA.

CAPÍTULO PRIMERO. EDUCACION SOCIAL.—Mision social de la MUJER de la clase media.—Medios que para desempeñarla le da la educacion actual.—Mejoras que hay que introducir en esta para que cumpla la MUJER su importante cometido en la sociedad, sea cual fuere el lugar que ocupe.—Eleccion de trabajo ú ocupacion.—Cuestion sobre trabajo y profesiones. 467

— II. EDUCACION SOCIAL.—Eleccion de estado.—Educacion que esta requiere.—Educacion de la MUJER de la clase media relativamente al matrimonio.—Deberes de la misma en la familia.—Deberes de la MUJER en sociedad.—Deberes de justicia.—Deberes de caridad.—Deberes de urbanidad. . . 486

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO SEGUNDO.

	Pág.
Amor materno.	48
Correccion del miedo.	116
La jóven madre..	122
Recreo.	160
La escuela del hogar..	217
Educacion mútua.	264
Las dependientas de comercio.	468
Trabajo y honor..	484
La caridad en la mujer.	500

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU
CEU
15061761